PETER J. BOETTKE

VIVIENDO LA ECONOMIA

AYER, HOY Y MAÑANA

THE INDEPENDENT INSTITUTE • UNIVERSIDAD FRANCISCO MARROQUIN

Viviendo la economía

ayer, hoy y mañana

Peter J. Boettke

330

B673 Boettke, Peter J.

Viviendo la economía : ayer, hoy y mañana / Peter J. Boettke ; Lucy Martínez-Mont, traductor. -- Guatemala, Guatemala : Universidad Francisco Marroquín, 2013.

360 p. ; 28 cm.

ISBN: 978-9929-602-21-2 - Guatemala

1. Economía
2. Economía – Historia
3. Economía – Enseñanza
4. Economistas – Ensayos, conferencias, etc.
5. Teoría económica

I. Título.
II. Lucy Martínez-Mont, traductor

LOC: HC10-1085 DDC.22

1.ª edición, septiembre 2013
ISBN 978-9929-602-21-2

DERECHOS RESERVADOS
Copyright 2013
UNIVERSIDAD FRANCISCO MARROQUÍN
THE INDEPENDENT INSTITUTE

Prohibida su reproducción total o parcial

La misión de la
Universidad Francisco Marroquín
es la enseñanza y difusión de los
principios éticos, jurídicos
y económicos de una sociedad de
personas libres y responsables

Calle Manuel F. Ayau (6 Calle final), zona 10
Guatemala, Guatemala 01010
www.ufm.edu

Créditos

Autor
Peter J. Boettke

Traductor
Lucy Martínez-Mont

Edición y estilo
Amable Sánchez Torres
Marialys de Monterroso
Iván Carrino

Coordinación
Claudia Sosa

Diseño de portada
Keith Criss

Diseño y diagramación
Miguel Ángel García

Tipos D

Revisión
Claudia Sosa
Dinora de Posadas

THE INDEPENDENT INSTITUTE es una organización sin fines de lucro, no partidista, dedicada a la investigación académica y educativa, que patrocina estudios integrales en materia de política económica. Nuestra misión es promover con audacia sociedades pacíficas, prósperas y libres, basadas en un compromiso con el valor y la dignidad de la persona.

El politizado proceso de toma de decisiones en la sociedad ha limitado el debate público a una mera reconsideración de las políticas existentes. Dada la influencia predominante de los intereses partidarios, la innovación social es poca. A fin de comprender tanto la naturaleza como las posibles soluciones a los principales problemas de interés público, el Independent Institute se adhiere a los más altos estándares de la investigación académica independiente, sin tomar en cuenta los prejuicios y convencionalismos políticos o sociales. Los estudios resultantes se difunden ampliamente en libros y otras publicaciones, y se debaten en numerosas conferencias y programas por los medios de comunicación. Tratando de encontrar siempre más profundidad y mayor claridad, el Independent Institute trata de redefinir el debate público y orientarse por nuevas y eficaces direcciones para reformar el gobierno.

FUNDADOR Y PRESIDENTE
David J. Theroux

DIRECTOR DE INVESTIGACIONES
William F. Shughart II

ASOCIADOS *SENIOR*
Bruce L. Benson
Ivan Eland
John C. Goodman
Robert Higgs
Lawrence J. McQuillan
Robert H. Nelson
Charles V. Peña
Benjamin Powell
William F. Shughart II

Randy T. Simmons
Alexander Tabarrok
Alvaro Vargas Llosa
Richard K. Vedder

CONSEJEROS ACADÉMICOS

Leszek Balcerowicz
Warsaw School of Economics

Herman Belz
University of Maryland

Thomas E. Borcherding
Claremont Graduate School

Boudewijn Bouckaert
University of Ghent, Bélgica

Allan C. Carlson
Howard Center

Robert D. Cooter
University of California, Berkeley

Robert W. Crandall
Brookings Institution

Richard A. Epstein
New York University

B. Delworth Gardner
Brigham Young University

George Gilder
Discovery Institute

Nathan Glazer
Harvard University

Steve H. Hanke
Johns Hopkins University

James J. Heckman
University of Chicago

H. Robert Heller
Sonic Automotive

Deirdre N. McCloskey
University of Illinois, Chicago

J. Huston McCulloch
Ohio State University

Forrest McDonald
University of Alabama

Thomas Gale Moore
Hoover Institution

Charles Murray
American Enterprise Institute

Michael J. Novak, Jr.
American Enterprise Institute

June E. O'Neill
Baruch College

Charles E. Phelps
University of Rochester

Paul Craig Roberts
Institute for Political Economy

Nathan Rosenberg
Stanford University

Paul H. Rubin
Emory University

Bruce M. Russett
Yale University

Pascal Salin
University of Paris, Francia

Vernon L. Smith
Chapman University

Pablo T. Spiller
University of California, Berkeley

Joel H. Spring
State University of New York, Old Westbury

Richard L. Stroup
North Carolina State University

Robert D. Tollison
Clemson University

Arnold S. Trebach
American University

Gordon Tullock
George Mason University

Richard E. Wagner
George Mason University

Walter E. Williams
George Mason University

Charles Wolf, Jr.
Rand Corporation

100 Swan Way, Oakland, California 94621-1428, U.S.A.
Teléfono: 510-632-1366 • Facsímile: 510-568-6040 • Email:
info@independent.org • www.independent.org

LA UNIVERSIDAD FRANCISCO MARROQUÍN (UFM) es una universidad privada y laica, fundada en 1971 en la ciudad de Guatemala. Única en el mundo de las ideas, su misión es "enseñar y difundir los principios éticos, jurídicos y económicos de una sociedad de personas libres y responsables".

A pesar de que se trata de una institución sin fines de lucro, trabaja como si lo fuera, sometiendo sus propias decisiones y actividades a la ley de la oferta y la demanda. Así ha desafiado el concepto de la academia tradicional: no suscribe contratos fijos con sus profesores y sus directivos son empresarios.

La UFM se caracteriza porque da a conocer a todos los estudiantes, independientemente de la carrera que cursen, los principios de la cooperación voluntaria, la dinámica de los mercados libres, y el progreso de las sociedades que respetan la propiedad privada y el intercambio pacífico.

La UFM es hoy un centro de estudio, promoción y defensa de la libertad, que trasciende las fronteras de Guatemala, y constituye un modelo para impulsar la libertad a nivel internacional.

CONSEJO DIRECTIVO

RECTOR
Gabriel Calzada Álvarez

VICERRECTOR
Ottavio Benfatto

SECRETARIO
Ricardo Castillo

TESORERO
Ramón Parellada

VOCALES
Manuel Ayau G.
Federico Bauer
Juan Mauricio Bonifasi
Diana Canella de Luna
Luis Fernando Samayoa

Índice

- Comentarios sobre este libro
- Prefacio
  - Capítulo 1
  - La economía para el pasado, el presente y el futuro
- Parte I Sobre la enseñanza de la economía
  - Capítulo 2
  - La tarea de la educación económica
  - Capítulo 3
  - La docencia de la Economía Austriaca en los programas de posgrado
  - Capítulo 4
  - La docencia de la economía, el aprecio por el orden espontáneo y la economía como ciencia política
- Parte II Sobre los profesores de economía
  - Capítulo 5
  - La relevancia como virtud
  - Capítulo 6
  - La contribución olvidada
  - Capítulo 7
  - El señor Boulding y los austriacos
  - Capítulo 8
  - La “política” de la economía política
  - Capítulo 9
  - La maximización de la conducta y las fuerzas del mercado

    - Capítulo 10
    - El individualismo metodológico, el orden espontáneo y el programa de investigación del taller de teoría política y análisis político
    - Capítulo 11
    - ¿Es la autorregulación la única forma de regulación razonable?
    - Capítulo 12
    - El asunto de la metodología
    - Capítulo 13
    - Invitación a la economía política
    - Capítulo 14
    - ¿Tenía razón Mises?
    - Capítulo 15
    - La genialidad de Mises y la brillantez de Kirzner
    - Capítulo 16
    - Hayek y el socialismo de mercado
    - Capítulo 17
    - James M. Buchanan y el renacimiento de la economía política
- Parte III Sobre la práctica de la economía
    - Capítulo 18
    - ¿Cuándo se arruinó la economía?
    - Capítulo 19
    - El hombre como máquina
    - Capítulo 20
    - Los límites del conocimiento económico

    - Capítulo 21
    - Sacerdotes infalibles y humildes filósofos
- Parte IV Conclusión
    - Capítulo 22
    - Algunos párrafos críticos que deben influir en lo que enseñamos, y por qué enseñamos economía
-
- Referencias bibliográficas

Comentarios sobre este libro

"En *Viviendo la economía* se describe la economía como debe ser. Se trata de un libro sólido, que se opone a la simulación excesiva de la economía académica moderna y, al mismo tiempo, evita la tentación de extender la aplicación de la lógica más allá de los límites razonables. Boettke se concentra en el propósito principal de la economía, consistente en comprender cómo, entre limitaciones institucionales propiamente diseñadas, los mercados operativos generan y distribuyen valor sin conflictos evidentes".
James M. Buchanan, Premio Nobel de Economía

"*Viviendo la economía* es un libro admirable. La pasión de Peter Boettke por la excelencia en la docencia y por la economía troncal —la clase de razonamiento económico derivado de las ideas de Adam Smith, los economistas austriacos y ciertos economistas contemporáneos, como James Buchanan y Elinor Ostrom— brilla en cada página. Este libro debería ser accesible a todos los estudiantes de primer año de economía, aunque fuera para mostrarles todo lo que les falta".
Bruce Caldwell, Universidad de Duke

"*Viviendo la economía* es un libro apasionante. En él Peter Boettke relata, con entusiasmo contagioso, su historia de amor por la economía. Lleva al lector de la mano por el sendero de las ideas que formaron su pensamiento, caminando sobre los pasos seguros de los grandes economistas que forjaron la tradición liberal que él notablemente representa. Nos muestra en él a la Escuela Austriaca de manera sólida, pero abierta, dejándole un justo espacio a las ideas de quienes, no siendo miembros de la misma, nos han ayudado a entender mejor el proceso del mercado. Para Boettke, la economía es más que números y ecuaciones, más que conceptos o teoremas. La economía es una manera de entender el mundo: una forma de vivir".
Guillermo Cabieses, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

"Desde diversas perspectivas, *Viviendo la economía* es un libro admirable. La superioridad del mismo expresa la generosidad intelectual extraordinaria de

Peter Boettke y su exclusivo entusiasmo intelectual. La pluma prolífica de Boettke divulga la sinceridad, la enorme benevolencia y la brillantez de un académico que con toda su integridad intelectual busca aprender y comprender".
Israel M. Kirzner, Universidad de Nueva York

"Con este magnífico libro, Peter Boettke confirma el consejo de Friedrich A. Hayek: para ser un buen economista, no hay que ser solamente economista. El autor recorre la economía con una visión amplia, recogiendo enseñanzas de muchas otras disciplinas: historia, epistemología, filosofía. Newton pudo llegar tan lejos, porque pudo "pararse sobre los hombros de gigantes". Boettke lo hace también, sin importar la escuela específica a la que pertenecen. El libro es, además, una visión aguda de la historia del pensamiento económico en el siglo XX. La ciencia económica es asimismo un "orden espontáneo" de naturaleza evolutiva, que Boettke nos presenta con mucha inteligencia. Por último, es el libro de un gran maestro, que analiza cómo enseñar la ciencia sobre la base de tantos otros grandes maestros".
Martín Krause, Universidad de Buenos Aires

"*Viviendo la economía* está inspirado por alumnos de Boettke, grandes maestros como Boulding y Kirzner, y por el tema central del que la economía se ha alejado peligrosamente: el énfasis en la economía troncal sobre el proceso y las reglas, por oposición a los resultados. El nexo troncal tiene sus raíces en *La teoría de los sentimientos morales*, de Adam Smith, y se extiende a Hayek, Ostrom y otros pensadores modernos, que Boettke examina con una profunda comprensión de su importancia para nuestra época".
Vernon L. Smith, Premio Nobel de Economía

"Este libro es lectura imprescindible para educadores de economía y estudiosos de las ciencias sociales en general. En *Viviendo la economía* se examina el lugar de la misma en las ciencias, y el papel del economista en la docencia y en la sociedad, mientras se abordan mitos comunes de temas económicos centrales. Boettke se hace preguntas importantes sobre los objetivos, los alcances y las limitaciones de la economía y del economista. También propone respuestas con una lucidez que no deja de ser seductora. Nos recuerda y previene que la humildad es una actitud indispensable para

comprender la teoría y abordar la interpretación de los hechos. Boettke consigue transmitir su pasión y asombro por el poder del razonamiento económico, como herramienta para comprender el actuar humano y los fenómenos sociales. Más allá de sintetizar de manera comprensible propuestas a cuestiones filosóficas y metodológicas de la economía, Boettke logra conciliar y entretejer el trabajo de economistas modernos o contemporáneos tan diversos como Vernon Smith, Elinor Ostrom y Deirdre McCloskey, con el tapiz de la Escuela Austriaca de Mises, Hayek, Rothbard y Kirzner. Más que objetos sueltos, muestra tableros que facilitan al lector moverse sobre ellos y entre ellos. Plantea el proceso del mercado y la economía abierta no como una visión pasiva de lo que ya está escrito, sino como una variada, diversa y sobre todo fructífera tarea de rutas abiertas a la exploración".
Fritz Thomas, Universidad Francisco Marroquín

"Me siento muy complacido con el libro *Viviendo la economía*, en el que se contiene plenamente la esencia de mi trabajo, y del trabajo de otros, sobre la esencia de la economía y la importancia de la comprensión de la misma".
Gordon Tullock, Universidad George Mason

Prefacio

> La ignorancia sobre economía no es un crimen. La economía es, al fin y al cabo, una disciplina especializada y muchos la consideran una "ciencia deprimente". Pero vociferar opiniones sobre temas económicos cuando se permanece en ese estado de ignorancia es una irresponsabilidad completa.
>
> **Murray N. Rothbard**[1]

Me enamoré de la economía en el otoño de 1979. Durante el verano que antecedió a ese otoño, las largas colas que se formaban en las gasolineras me causaban confusión y frustración por varias razones. La economía borró mi confusión y concentró mi frustración en la causa de la falta de productos. Así fue como quedé "enganchado".

En muchos aspectos, la lógica del razonamiento económico llegó espontáneamente cuando empecé a estudiar. Mis primeras lecturas sobre el tema fueron *Economics in One Lesson*, de Henry Hazlitt, y *Free Market Economics: A Basic Reader,* libro editado por Bettina Bien Greaves (que incluye "I, Pencil", de Leonard Read). Vinieron después varios ensayos y extractos de los libros de Ludwig von Mises, relacionados con los problemas del socialismo y el intervencionismo, en contraste con los beneficios de la economía de libre mercado. También me enfrasqué en *Free to Choose*, de Milton y Rose Friedman. Cuando terminé de leer ese libro, había cambiado mi visión del mundo que me rodeaba. Desde las actividades más mundanas del hombre hasta las más profundas, ahora lo veía todo a través del lente económico. Había descubierto que la economía proporciona respuestas fundamentales sobre la vida y la muerte de los seres humanos. Desde entonces, para mí la economía es la más interesante de las ciencias humanas y la más importante de las ciencias políticas.

Abrigo la esperanza de que estos ensayos reflejen mis más de treinta años de romance con la economía como disciplina, y que salga a relucir la gran alegría que me proporciona la docencia de la misma, principalmente cuando mis estudiantes comparten conmigo sus reflexiones. Creo que gran parte de la economía moderna ha perdido el camino y me siento íntimamente comprometido con salvaguardar la docencia y la esencia de la misma. Heredé

de mi profesor Kenneth Boulding el término “economía de la línea troncal” (*mainline economics*), que describe un conjunto de proposiciones avanzadas inicialmente por Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, y más tarde, en la Universidad de Salamanca (España), por los escolásticos tardíos de los siglos XV y XVI.

Destacan entre estos clérigos Francisco de Vitoria, Martín de Azpilcueta, Diego de Covarrubias, Luis de Molina, Domingo de Soto, Leonardo Lessio, Juan de Mariana y Luis Saravia de la Calle[2]. Sus análisis impulsaron el desarrollo de la Escuela Clásica de Economía, tanto en la ilustración escocesa (Adam Smith) como en el liberalismo francés (Jean-Baptiste Say y Frédéric Bastiat). De allí brotó la escuela neoclásica, en especial la versión austriaca de Carl Menger, Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. Más adelante se desarrolló la nueva economía institucional, reflejada en la economía de los derechos de propiedad (Armen Alchian y Harold Demsetz), la nueva historia económica (Douglass North), el derecho y la economía (Ronald Coase), la economía de las decisiones públicas (James Buchanan y Gordon Tullock), la economía de la gobernanza (Oliver Williamson y Elinor Ostrom) y el análisis del proceso del mercado (Israel Kirzner). La idea clave de este acercamiento a la economía es que hay dos observaciones fundamentales de una sociedad comercial: 1) la búsqueda individual del interés personal, y 2) un orden social complejo, que acopla los intereses individuales con el interés general.

En el desarrollo de la economía de la línea troncal, el postulado de “la mano invisible” reconcilia el interés personal con el interés general, no por un colapso del primero ante la fuerza del segundo, ni por la suposición de capacidades cognoscitivas sobrehumanas entre los actores, sino por el proceso de reconciliación en el intercambio que ocurre en un entorno institucional específico. En palabras de Adam Smith, “el regateo y la puja” del mercado generan el orden social. Se equivocan quienes suponen que la solución de la mano invisible emerge porque la economía convencional establece un conjunto de intercambios racionales, entre individuos perfectamente racionales, en un mercado perfectamente estructurado. Tales idealizaciones serían ajenas al pensamiento de Adam Smith y también al de Friedrich Hayek. Por el contrario, quienes seguimos los pasos de Adam Smith hemos aprendido que el hombre es una criatura muy imperfecta que opera en un mundo muy imperfecto. Al concentrarse en el intercambio y en

las instituciones en las que ocurre el intercambio, el razonamiento económico serio explica cómo los precios y los procesos empresariales del mercado impulsan el surgimiento de organizaciones sociales complejas.

El término "economía de la línea troncal", que utilizo en mi análisis, contrasta con la economía de la "corriente principal" (*mainstream economics*). La línea troncal de la economía se define como un conjunto de proposiciones positivas, descriptivas del orden social, que han sido compartidas desde Adam Smith hasta nuestros días. En cambio, la corriente principal de la economía es un concepto sociológico, relacionado con las preferencias de la élite científica de la profesión económica. A veces concuerdan las predicciones de la línea troncal con las de la corriente principal, a veces se contradicen. En los momentos de contradicción, se necesitan actos de empresarialidad intelectual de quienes trabajan en la línea troncal y tratan de reencauzar la corriente principal de la economía.

Mis propias investigaciones han formado parte, principalmente, del área de los sistemas económicos y políticos comparados, y el estudio de las consecuencias que tienen estos sistemas en relación con el progreso material y la libertad política. Al enfocar estas cuestiones, brotó también en mi mente un interés particular por el pensamiento económico del siglo XX y la metodología de las ciencias sociales, que constituyen, a mi juicio, el origen del enorme sufrimiento que se observó en el mundo socialista y en los países subdesarrollados, causado por las malas ideas en los campos de la economía y la política pública. Esas malas ideas se originaron en nociones erróneas sobre la filosofía de la ciencia aplicada a las ciencias sociales. Mis esfuerzos en las ramas de la investigación y la docencia se han concentrado en explorar y relatar ese vericueto de errores intelectuales. La Escuela Austriaca de Economía, sus ideas, sus figuras históricas y su destino, relacionado con la profesión económica y la política pública, han sido para mí fuentes de constante inspiración intelectual desde mis años de pregrado, y sin duda se reflejan en todos mis escritos.

En junio del 2011, mi amigo Chris Coyne y yo visitamos la Universidad Francisco Marroquín. Esa visita inspiró este libro. La UFM es una institución impresionante, centrada en el aprendizaje avanzado de la economía. Nos conmovieron la devoción de toda la comunidad intelectual de la UFM por un razonamiento económico claro y su gran calidad en la docencia de esta disciplina. En varios sitios de la UFM puede encontrarse uno con las efigies

de grandes economistas que, a lo largo de la historia, lucharon por divulgar a través de sus escritos las ideas básicas en torno a esta materia. La colección de ensayos que presento en *Living Economics* refleja mi intención de divulgar esas ideas básicas de la ciencia económica, que debemos a Adam Smith, Jean-Baptiste Say, Philip Wicksteed, Ludwig von Mises, Friedrich Hayek, James Buchanan, Vernon Smith, Elinor Ostrom y muchos otros que, en tiempos pretéritos o en la actualidad, están o estuvieron dedicados a la economía.

La economía nos enseña muchas cosas. En mi opinión, la más importante es la explicación de cómo se desarrolla la cooperación social en un sistema de división del trabajo. Aquí está la explicación de por qué algunas naciones son ricas y otras pobres; por qué en unas los individuos viven en la pobreza, la ignorancia y la privación, mientras en otras viven en la abundancia, gozan de buena salud y disponen de múltiples posibilidades de progreso social. Cuando las instituciones estimulan la cooperación social de acuerdo con el principio de la división del trabajo, aparecen las ganancias del comercio y se realizan las innovaciones. Por el contrario: si las instituciones obstruyen la cooperación social y la división del trabajo, la vida se convierte en una lucha constante por la supervivencia. En otras palabras, la economía nos proporciona el marco intelectual clave para que sepamos cómo vivir mejor.

Mises llamó "Ley de Asociación" a este proceso, que constituyó también la inspiración del fundador de la Universidad Francisco Marroquín, Manuel Ayau, en cuyos libros se analiza la idea de cooperación social, en el marco precisamente de la división del trabajo. En uno de los ensayos de esta obra insisto en el papel de la propiedad, los precios, las ganancias y las pérdidas, elementos que proporcionan a los actores económicos los incentivos, la información y el impulso innovador requeridos para lograr el fenómeno complejo de la coordinación económica y la cooperación social entre individuos anónimos. He aquí las características principales de una sociedad pacífica y próspera.

Combinados con mi vocación docente, la visión compartida de la naturaleza y el significado de la ciencia económica añaden una satisfacción especial a la publicación de *Living Economics* por el Independent Institute y la Universidad Francisco Marroquín. Agradezco tal distinción a David Theroux, presidente del Independent Institute, y a Giancarlo Ibárgüen, rector de la Universidad Francisco Marroquín. Es un honor colaborar con dos

hombres que han dedicado su vida a promover el razonamiento económico riguroso. Confío en que este libro constituya una modesta contribución al propósito de divulgar el pensamiento económico.

Agradezco al personal de mi oficina en la Universidad George Mason y al Mercatus Center —concretamente a Peter Lipsey, Liya Palagashvili, David Currie, Carly Reddig y Matthew Boetkke— haberme ayudado en la preparación de este manuscrito. También me resultaron muy positivas las sugerencias editoriales de David Theroux, Roy Carlisle y Alex Tabarrok. Los errores que aún pueden encontrarse son de mi exclusiva responsabilidad.

Agradezco asimismo a los maravillosos maestros de economía que tuve a lo largo de los años, como Hans Sennholz, en Grove City College; y James Buchanan, Gordon Tullock, Kenneth Boulding y Don Lavoie, en George Mason. Tuve también la fortuna de contar, en una etapa formativa de mi carrera, con el consejo y guía de algunas de las grandes figuras de nuestra disciplina: Warren Samuels, Peter Berger, y especialmente Israel Kirzner, con quien trabajé durante ocho años en la Universidad de Nueva York. Fue también un sueño hecho realidad poder trabajar en NYU —el hogar académico de Ludwig von Mises— y en estrecha colaboración con Israel Kirzner.

Durante mis estudios de posgrado, inicié una sólida amistad con dos compañeros de clase —Steve Horwitz y David Prychitko—, que me han acompañado en esta travesía intelectual. No siempre les agradezco lo suficiente por hacer de mí un mejor maestro y un mejor economista, al establecer un modelo profesional que he tratado siempre de emular. Deseo sinceramente que estos ensayos cumplan con ese estándar, incluso en las áreas en las que estamos en desacuerdo. En uno de los ensayos de esta colección, aconsejo a los estudiantes que escojan a sus maestros con cuidado —ya que en el futuro "enseñarán como se les ha enseñado"— y que escojan también cuidadosamente sus lecturas, ya que escribirán como los autores que lean. Debo agregar que deben escoger con cuidado sobre todo a sus amigos, porque serán ellos quienes establezcan sus estándares de argumentación y asimismo quienes les criticarán honestamente cuando no cumplan con esos estándares. Steve y Dave han desempeñado ese papel para mí, desde que ingresamos en la profesión como maestros e investigadores, en la década de los 80.

Por último, me gustaría agradecer a los maravillosos estudiantes a quienes

he tenido el privilegio de enseñar durante mi carrera y, especialmente, a los que he tenido el gran honor de servir como asesor de tesis. No sé si se darán cuenta de lo mucho que he aprendido de ellos, y cuánto me enorgullece observar su trayectoria como maestros de economía y evaluar sus contribuciones al desarrollo de la economía de línea troncal. Es asombrosa su habilidad para comunicar el buen raciocinio económico no solo a sus estudiantes, sino al público en general.

Escribo estas líneas en el 2012, mientras nuestra economía pasa por un período especialmente turbulento. Necesitamos, ahora más que nunca, utilizar un buen raciocinio económico, a diferencia de lo que ocurre con la "economía de emergencia", que domina la política pública desde el 2008. Armado con las verdades de la economía de línea troncal, las enseñanzas de Adam Smith y Friedrich Hayek, y los talentos de comunicación de mis ex alumnos, confío en que el razonamiento económico seguirá creciendo en calidad y cantidad, hasta derrotar a la ignorancia económica y la política de intereses especiales, y cambiar la marea de la opinión pública en la dirección de una economía más sana. Como escribieron Milton y Rose Friedman, en *Free to Choose*: "Cuando una corriente de opinión fluye con fuerza, tiende a barrer todos los obstáculos, todos los puntos de vista que se oponen a ella"[3].

Tenemos mucho trabajo por hacer, si queremos reencauzar la economía. Empecemos.

Capítulo 1

La economía para el pasado, el presente y el futuro

> La reciente "nueva economía", que en mi opinión es la peor por su doctrina falaz y sus perniciosas consecuencias, es la diseñada por el fallecido Lord, John Maynard Keynes, quien logró, en una década, que el pensamiento económico retrocediera hasta la Edad Oscura. Es un hecho obvio que la mayoría de las cosas importantes que debe enseñar la economía son cosas que la gente, si quisiera, vería por sí misma… "Ha llegado el momento de tomar el toro por los cuernos y enfrentar la situación".
>
> **Frank H. Knight**[4]

Introducción

Hay un asunto importante y poco sutil que debe enfatizarse en todas las conversaciones sobre economía que involucren a colegas, estudiantes, políticos y público en general sobre la gran recesión económica del 2008. John Maynard Keynes estaba equivocado en su análisis de la inestabilidad capitalista y de los motivos del desempleo persistente en 1936, tanto como siguió estándolo en el 2008. Las ideas de Keynes, desarrolladas en su libro *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), eran tan descabelladas en el siglo XIX como lo fueron en el XX y lo son en el XXI. La economía keynesiana es simplemente incorrecta. Por otra parte, es sumamente importante recordar que, en el campo de la economía, las ideas erróneas conducen siempre a políticas nocivas que, a su vez, engendran malos resultados económicos[5]. Esta secuencia de errores concatenados lógicamente puede tomarse su tiempo y adquirir diversas formas, pero su resultado es inevitable. El Keynes de la *Teoría general* nunca entendió cómo opera la economía y menos cómo repararla cuando las crisis la acechan. Durante mi carrera de economista, uno de los acontecimientos más frustrantes que he presenciado ha sido la resurrección de Keynes con motivo de la crisis financiera del 2008. Tal resurrección fue auspiciada por

economistas profesionales, por intelectuales y, en especial, por políticos y hacedores de políticas económicas.

Keynes estaba equivocado, porque su análisis se basaba en un conjunto de premisas erróneas. El análisis anterior sobre la falla en la "demanda efectiva" fue propuesto por Malthus, pero Ricardo y otros "clásicos" se opusieron con vehemencia. Según Keynes, este análisis tuvo que sobrevivir "por debajo de la superficie, en los submundos de Karl Marx, Silvio Gesell o Major Douglas"[6]. Keynes cree que la victoria completa de los "clásicos" es un misterio y que refleja la falta de voluntad de los economistas profesionales posteriores a Malthus para reconocer la ausencia de conexión entre las teorías "clásicas" y los hechos básicos observados. "Puede ser —argumentaba Keynes— que la teoría clásica represente la manera como nos gustaría que se comportara nuestra economía. Pero suponer que de hecho se comporta en esa forma es suponer que nuestras dificultades han desaparecido"[7].

Pero son buenas las razones por las cuales los economistas enviaron estas teorías al submundo de la opinión económica. Es que ellas reflejaban un análisis económico defectuoso. Lo que quiero decir con esto es que estas teorías descartan implícitamente la existencia de escasez y suponen que el problema fundamental de la sociedad moderna es la pobreza en el seno de la abundancia. En forma explícita niegan tanto la racionalidad de los actores como la acción coordinadora de los precios, y también descartan que los precios guíen las decisiones, así como la retroalimentación y la disciplina generadas por el sistema de ganancias y pérdidas[8]. Si pudiéramos imaginar un mundo sin escasez, carecerían de importancia tanto el rol coordinador del sistema de precios como los incentivos derivados de la estructura de los derechos de propiedad. Por otra parte, si impedimos que los individuos que pueblan nuestra economía aprendan de las señales del mercado e impedimos que estas señales actúen como deben, entonces ¡por supuesto que la economía no va a funcionar! No se trata de algo misterioso. Sin la guía continua de los precios y los procesos del mercado, que guían a los actores económicos en el sendero del aprendizaje y el descubrimiento, "en el seno de la deslumbrante multitud de posibilidades económicas"[9], el futuro de la economía se verá sin duda distorsionado por "las fuerzas oscuras del tiempo y la ignorancia"[10].

Es importante destacar, como lo hizo J. B. Say en sus *Cartas a Malthus* (1821), que todas las discusiones sobre sobreproducción y subconsumo se refieren al sistema de precios. El remedio para los excedentes, según Say, no está en la expansión monetaria ni en el estímulo fiscal, sino en permitir que los precios libres equilibren los mercados. En respuesta a la teoría de Malthus sobre los excedentes generalizados, Say explica con un gran esfuerzo cómo los procesos del mercado coordinan los planes de producción de unos con las demandas de consumo de otros, mediante los ajustes de los precios del mercado mismo. Say destaca simplemente que "un pequeño exceso de la oferta en relación con la demanda basta para generar una alteración considerable del precio"[11]. Este énfasis en los precios del mercado y el rol que los precios juegan en la autorregulación de la economía de mercado (y no su teoría del valor, como argumenta Malthus), según Say, es la verdadera piedra angular de la contribución de Adam Smith a la ciencia de la economía política[12].

Deseo enfatizar este punto señalado por Say: la piedra angular de la economía de Adam Smith es el análisis del sistema de precios y la capacidad autorreguladora de la economía de mercado. En esto se encuentra lo que es perdurable en economía, mientras lo efímero está en el submundo del pensamiento económico que se opone a este análisis. Lamentablemente, como lo han señalado F. A. Hayek, James Buchanan[13], y, más recientemente, Luigi Zingales[14], el mensaje keynesiano seduce a los tecnócratas y a los políticos.

He aquí el dilema ancestral de la economía: En economía lo efímero es políticamente popular, mientras lo perdurable es políticamente impopular. Hayek describe el enigma de la economía en estos términos: Con mayor frecuencia que otros científicos sociales, los economistas son convocados para consultas de política pública, pero sus recomendaciones, basadas en los principios de la ciencia económica, son descartadas tan pronto como las expresan. No solo son rechazadas las enseñanzas de la economía, sino que la opinión pública parece desplazarse precisamente en la dirección opuesta a la de los economistas. Hayek manifiesta que esta situación no se dio solamente en su época. Los economistas clásicos confrontaron el mismo dilema[15]. Pero lo que resulta más intrigante, desde el punto de vista de la teoría del cambio

social, es que las ideas de los economistas en general no son rechazadas, ya que la opinión pública refleja con claridad las ideas de los economistas de la generación anterior. Lamentablemente, las ideas dominantes son las que Keynes definió como las "relegadas al submundo". Precisamente en esta situación nos encontramos hoy y, como educadores, es nuestro deber, según proclama el epígrafe de Knight, enfrentar la situación cara a cara, reconocer el desagradable estado de cosas que caracteriza a nuestra profesión y al aparato político, y asumir el reto de enseñar los principios de la economía a quienes rechazan nuestra enseñanza y, en muchos casos, incluso se niegan a escuchar.

Lo que Adam Smith no dijo (y lo que sí dijo)

Adam Smith no fue el primer pensador económico, pero sintetizó el conocimiento heredado y lo hizo de tal manera que desde entonces ha cautivado la imaginación de los intelectuales. Su aporte es uno de los logros sobresalientes de la historia científica y literaria de la civilización occidental. Hasta nuestros días, el legado de Smith inspira debates acalorados.

Una nueva generación de académicos, entre ellos Emma Rothschild y Sam Fleischacker, lucha para proteger ese legado de la comunidad de políticos conservadores que se visten con la corbata de Adam Smith[16]. Los dos autores destacan los conceptos de humanidad e igualdad de las teorías de Smith como medio para contrarrestar la tendencia a ver en sus textos exclusivamente los conceptos de interés personal y eficiencia del mercado. Esa caricatura de Smith, como esta lectura igualitaria y humanista del mismo pone de manifiesto, es falsa. Smith nunca dijo "la avaricia es buena". Su argumento es muy distinto. Pero la descripción de Rothschild y Fleischacker también es una caricatura confusa. Smith no era un socialdemócrata igualitario. Era un "igualitario analítico", pero también era un economista político clásico y liberal. Su obra, *La riqueza de las naciones*, desarrolla la ciencia positiva de la economía política, y un jefe de Estado, inspirado y deseoso de promover una "buena sociedad", podría leer el libro V de *La riqueza de las naciones* con la intención de absorber un conjunto de reglas basadas en esa ciencia positiva[17]. En la obra de Smith, la escala y el alcance del Gobierno son limitados. El Gobierno existe, pero su capacidad es

comparable a la figura del "guardián nocturno" que encontramos en la filosofía política liberal clásica: el "guardián nocturno" protege a la gente de los agresores extranjeros, protege asimismo a las personas y sus propiedades, administra la justicia y asegura el suministro de obras públicas esenciales. Solamente una lectura distorsionada podría generar la institucionalización antiséptica del "interés personal", o inducir la imagen de Smith como precursor del moderno Estado benefactor de los socialdemócratas. La lectura más moderna de Smith que hacen los socialdemócratas es consecuencia de esta caricatura prevaleciente en nuestra cultura: la equiparación del interés personal con la filosofía de los economistas asociados con la filosofía del *laissez-faire*. Las caricaturas pretenden distanciar a Smith de los "economistas" y ofrecer una interpretación más compasiva de los pobres y los desposeídos.

En la historia intelectual, teorías anteriores a nuestra época intentaron construir una controversia entre dos libros de Smith, *La teoría de los sentimientos morales* (1758) y *La riqueza de las naciones* (1776). *Das Adam Smith Problem* (en alemán) argumenta que en Smith la simpatía inspiró su teoría de los sentimientos morales, mientras el interés personal inspiró sus teorías económicas. Dado que uno de los libros proyecta generosidad y el otro egoísmo, ¿cómo podemos reconciliar las dos obras? Muchos esfuerzos se han hecho para dilucidar este problema —incluyendo el ensayo de Vernon Smith titulado "Las dos caras de Adam Smith"—. La conclusión final es que dicho "problema" no es realmente un problema.

En *La riqueza de las naciones* se analiza el orden social entre individuos que no se conocen: un orden social en el que el alcance de la actitud moral llega mucho más allá que en el ámbito de lo familiar. Según Adam Smith, "en la sociedad civil el hombre afronta continuamente la necesidad de cooperación y asistencia de grandes multitudes, aunque su vida es apenas suficiente para forjar amistad con pocas personas"[18]. La economía de mercado es cooperación anónima; cooperación entre desconocidos. En el capítulo que precede a la cita de este párrafo, Smith enfrenta al lector con el misterio básico de la vida económica. La cantidad de relaciones de intercambio que deben ser coordinadas para producir los bienes más simples "excede todo cómputo"[19].

La fuente de la riqueza de las naciones surge de la cooperación social bajo

la división del trabajo, y para alcanzar la cooperación social la sociedad debe contar con ciertas instituciones fundamentales: el reconocimiento y el respeto de la propiedad privada, el cumplimiento de los contratos y la legitimidad de la transferencia voluntaria de la propiedad. La benevolencia no tendría la capacidad para alcanzar esta cooperación social de acuerdo con la división del trabajo. Hay relaciones en los límites externos de nuestra simpatía moral, pero cuando las instituciones de propiedad, contrato y transferencia son reconocidas, el interés personal de los individuos puede ser organizado para generar en la sociedad las ganancias mutuas del comercio y los beneficios de toda división refinada del trabajo. Nuestros sentimientos morales no desaparecen cuando el alcance de la simpatía moral se desplaza del orden íntimo al orden extenso del mercado. Esos sentimientos son omnipresentes, pero debemos ser maduros para evitar que nuestras intuiciones morales entren en conflicto con las exigencias morales del mercado. En una sociedad comercial, los sentimientos morales se manifiestan mediante reglas más generales de conducta justa —en relación con las instituciones de propiedad, contrato y transferencia—, y no mediante resultados específicos de repartos justos, relacionados con una disponibilidad fija de recursos. Las reglas del orden íntimo no se extienden al orden extenso sin que sean sacrificados los beneficios de la cooperación social según la división del trabajo, en cuyo caso sacrificamos, de hecho, el orden extenso.

Ciertamente Smith no predicó que los individuos deben perseguir su interés personal a cualquier costo. Tampoco predicó este enfoque más sutil: que el afán de alcanzar el interés personal automáticamente generaría beneficios públicos. De hecho, en *La riqueza de las naciones* abundan los ejemplos que ilustran cómo el interés personal puede conducir a resultados sociales indeseables. Su discusión sobre la vocación docente en Oxford (mala) y en Glasgow (buena) es un ejemplo clásico[20]. En Glasgow, el maestro tenía un fuerte incentivo para impartir instrucción de calidad, porque su salario era función de las cuotas pagadas por los estudiantes. En Oxford, una subvención garantizaba los salarios de la docencia y por ello los maestros, desde hacía tiempo, habían descartado hasta la pretensión de enseñar. En un caso (Glasgow) la búsqueda del interés personal inspira una conducta socialmente deseable, mientras en el otro (Oxford) esa misma búsqueda del interés personal promueve una conducta socialmente indeseable. La obra de Smith

está llena de ese tipo de análisis institucionales comparativos. El punto clave es que el análisis de Smith se concentra en las especificaciones institucionales en operación, y no en el postulado de conducta derivado del interés personal. La especificación institucional de la economía de mercado, basada en la propiedad privada, guiada por un sistema de precios y disciplinada por una contabilidad de ganancias y pérdidas, impulsa la conducta del interés personal en la dirección de la cooperación social. La amplia división del trabajo está coordinada a través del mundo, y los productos más comunes —el abrigo de lana para Adam Smith, el lápiz para Milton Friedman— están a disposición de individuos que ignoran quiénes participaron en la producción del bien y, si se les dijera que deben producir ese bien por sí mismos, no sabrían ni por dónde empezar.

El párrafo anterior es simplemente otra manera de describir la proposición de la "mano invisible" de Adam Smith. En el seno de un sistema institucional basado en la propiedad, los contratos y el intercambio voluntario, los individuos que buscan su interés personal generan un orden universal que contribuye al bien común, aunque no haya sido esa su intención. En ausencia de ese sistema institucional, es muy probable que el interés personal no genere consecuencias públicas favorables y, de hecho, puede ser que ocurra lo contrario. Lo que importa según la política económica de Smith es el filtro institucional en el que se desempeñan los actores individuales y que produce procesos equilibradores excepcionales[21].

En sus *Cartas a Malthus*, Jean-Baptiste Say reverencia a Smith: "es mi maestro"[22]. Como mencioné anteriormente, la afinidad de Say con Smith es profunda, debido a la admiración de ambos por los precios como coordinadores de la actividad económica. Según Say, los intercambios y los precios del mercado, que emergen del "regateo y la puja" entre individuos, constituyen la piedra angular de la economía política de Smith. La economía de Smith es la economía de la teoría de precios, pero también es la economía institucional. En el legado de Smith, el nexo entre la función abstracta de los precios y la función concreta de las instituciones suministra los fundamentos de lo que perdura en economía. Sin embargo, al comprender todas las implicaciones del mensaje de Smith sobre la teoría del mercado, el sistema de precios y el papel de las instituciones, también descubrimos por qué los tecnócratas y los políticos entrometidos lo encuentran impopular.

Según Hayek, Smith diseñó su economía política para que fuera robusta frente a la estupidez y la arrogancia de los actores del sistema[23]. Smith y sus contemporáneos —entre ellos Hume— se empeñaron en descubrir un sistema de gobierno en el que los malos individuos pudieran hacer el menor daño posible y cuya operación no requiriera que solamente los individuos mejores y más brillantes estuvieran a cargo. En otras palabras, buscaban un sistema de gobierno social que tratara a los humanos como son —a veces bondadosos, a veces malos; a veces inteligentes, a veces no tanto— y que usaran la diversidad humana para generar paz y prosperidad. Los economistas clásicos de los siglos XVIII y XIX descubrieron que la economía de mercado fundamentada en la propiedad privada generaba las bases para ese sistema.

En *La teoría de los sentimientos morales*, Smith argumentó que "el hombre de sistema" se cree muy sabio, pero quizás el párrafo más mordaz sobre la arrogancia de los políticos se encuentra en *La riqueza de las naciones*. Después de la descripción de la famosa mano invisible, Smith escribió esto:

> Sea cual fuere la especie de actividad doméstica en que pueda invertir su capital, y cuyo producto sea probablemente de más valor, es un asunto que juzgará mejor el individuo interesado en cada caso particular, no el legislador o el hombre de Estado. El gobernante que intentara dirigir a los particulares, respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible, y se arrogaría una autoridad que no puede confiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un senado o consejo, y nunca sería más peligroso ese empeño que en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido[24].

Este párrafo anticipa el argumento de Hayek y Mises, asociado al cálculo económico, sobre el conocimiento y la planificación del Gobierno. También anticipa el problema de la arrogancia y el poder que Hayek identificó con "la pretensión de conocimiento" y la "fatal arrogancia". En otros textos he sostenido que el argumento de David Hume, de que cuando diseñamos instituciones de gobierno debemos suponer que todos los hombres son tramposos, implica que debemos ser vigilantes para rechazar la tramposa arrogancia del estilo que Hayek ha enfatizado, y también la arrogancia oportunista que Buchanan y Tullock han denunciado en su desarrollo del

análisis de las decisiones públicas. En el párrafo transcrito aquí, Smith anticipa las ideas básicas de las críticas modernas al control del Gobierno sobre la vida económica, y revela otro elemento de lo que es perdurable en la economía.

Lo que perdura y lo que no perdura

En las clases de economía, la mayoría de los profesores incorporan desde el principio el concepto de escasez. Explican que los individuos escogen entre opciones sujetas a restricciones y que siempre existen restricciones. Como resultado, nuestras escogencias implican siempre costos y, por ese motivo, necesitamos ciertas herramientas que nos ayuden a tomar decisiones. El sistema de precios nos proporciona tales herramientas. Más importante aún: el sistema de precios traduce las evaluaciones privadas sobre los costos de oportunidad de las decisiones a un lenguaje consistente en información útil, que otras personas pueden utilizar en sus propias evaluaciones. Así se establecen los términos de intercambio en el mercado.

La economía estudia el intercambio y las instituciones en las cuales el intercambio se produce. Frank Knight explicó con insistencia que el análisis económico debe empezar siempre con el reconocimiento de este punto fundamental: un intercambio voluntario es voluntario, y todo intercambio voluntario, para ser concretado, debe ser beneficioso para ambas partes involucradas, ya que, si no lo fuera, no se produciría. La economía es elemental, pero la aplicación persistente y consistente de la forma económica de pensar requiere disciplina y creatividad. La economía es una disciplina seria, enfocada en temas serios. A la vez, la economía es una exploración divertida del hombre en todos sus emprendimientos. Entre nuestras responsabilidades como maestros de economía está la de explicar a nuestros estudiantes las dos vertientes de la forma económica de pensar.

Pero una de las aplicaciones más valiosas de la forma económica de pensar puede hallarse en la respuesta a esta pregunta: ¿Por qué, con frecuencia en un entorno democrático, la buena economía entra en conflicto con la buena política? Un análisis económico de la política democrática revela que el proceso da lugar a la confrontación entre empresarios políticos buscadores de votos y dos clases de votantes: los racionalmente ignorantes y los que

defienden intereses especiales. La lógica de esta situación sesga las circunstancias. Con el fin de obtener votos y contribuciones monetarias para su campaña, el empresario político buscador de votos promete concentrar los beneficios en los votantes bien informados y bien organizados que representan intereses especiales. A la vez, el buscador de votos dispersa los costos entre los votantes mal organizados, mal informados y racionalmente ignorantes. Así, el ciclo electoral impacta el cronograma y produce cierta miopía, que distorsiona la lógica de la relación entre los beneficios concentrados y los costos dispersos.

En esto consiste la buena política. Actuar de otra forma conlleva el riesgo de no juntar los votos mínimos requeridos para ganar la elección. Un político buscador de votos, que no logra atraer los necesarios para ganar la elección, eventualmente se verá expulsado del mercado político. Pero surge esta pregunta: ¿Generan buena economía las políticas miopes, que concentran los beneficios en grupos de intereses especiales y dispersan los costos entre votantes racionalmente ignorantes —o racionalmente apáticos—? La respuesta es NO. Más bien, estas situaciones producen externalidades políticas. La buena economía concentra los costos en los tomadores de decisiones y dispersa ampliamente los beneficios entre la población. He aquí, nuevamente, una forma de pensar en las implicaciones del postulado de la mano invisible de Adam Smith: en un mercado competitivo, los individuos que persiguen su propio interés dentro de un sistema de propiedad privada son responsables de los costos de sus decisiones, pero tienen la oportunidad de cosechar los beneficios del intercambio y esos intercambios producen beneficios generalizados para la sociedad. Como podemos ver en las oportunidades de comercio y en las ganancias derivadas de la innovación tecnológica, los beneficios de la vida comercial moderna son recurrentes y se renuevan continuamente. En otras palabras, los beneficios no son ganancias de corto plazo. Son de largo plazo por su naturaleza y el núcleo de la explicación de la riqueza de las naciones —o de la pobreza de las mismas, cuando los beneficios del comercio y los beneficios de la innovación no surgen con regularidad—.

En el corto plazo, la buena economía concentra los costos en los tomadores de decisiones y en el largo plazo dispersa los beneficios en la sociedad entera. Por el contrario: la buena política concentra los beneficios en los grupos de interés bien organizados y bien informados en el corto plazo, mientras que,

en el largo, dispersa los costos entre la gran masa de votantes —tanto los racionalmente ignorantes como los que racionalmente se abstienen—. Desde los orígenes de la disciplina, los economistas han reconocido el conflicto entre la buena economía y la buena política.

En este contexto, debemos recordar que nuestra función como profesores de economía no es tripular el barco en una dirección o en otra. Tampoco divulgar entre los políticos y el público noticias placenteras y populares sobre la posibilidad de que las políticas de un gobierno ilustrado corrijan los males de este mundo. Por el contrario, nuestra responsabilidad es una tarea doble, que comprende: 1) el trabajo placentero de presentar a los "estudiantes" los principios básicos de nuestra disciplina y desarrollarlos para propiciar la comprensión del mundo que nos rodea; y 2) la desagradable tarea de encarnar al crítico social, que demuestra, lógica y empíricamente, cómo las mejores intenciones de los políticos se desvían y producen resultados peores que las condiciones que las nuevas políticas pretendían mejorar. Frank Knight insistió en esto: no debemos subestimar nuestro papel de proveer *conocimiento negativo*[25]. La economía delimita parámetros en las utopías de la gente, y la docencia de los principios económicos debe informar sobre lo que *no* debe hacerse, incluso más de lo que debe servir como guía para la acción política.

Las teorías implícitas de supuestos mundos "post-escasez", que no ven las funciones que nosotros atribuimos a la propiedad, los precios, las ganancias y las pérdidas, o las que suponen que los tomadores de decisiones en política son eunucos omniscientes —o, en el sentido más tradicional, déspotas benevolentes—, no deberían sobrevivir a una buena educación económica. La vulnerabilidad de ese frágil análisis debe ser expuesta y sujeta a duras críticas en nuestras publicaciones científicas, en la docencia que impartimos, en las propuestas de política que hacemos, en los testimonios que presentamos frente a comités de investigación, y en nuestros esfuerzos por comunicarnos con el hombre común a través de artículos de revista, editoriales de opinión, aportes en Twitter y blogs, y entrevistas por radio o televisión. Se dice que Arthur Marget utilizó la analogía del luchador con la red durante la época de los gladiadores, para describir su propio desafío intelectual. Provisto de una red y un tridente, el gladiador atrapaba a su adversario con la red y le daba el golpe mortal con el tridente. Se dice que Marget describió su voluminoso

libro *The Theory of Price* (1938-1942) como su esfuerzo por atrapar, dentro de su red, todas las falacias keynesianas, para luego darles el golpe de gracia con su análisis.

Increíblemente, el keynesianismo, como sistema de *política* económica, muestra gran habilidad y fortaleza frente a los repetidos esfuerzos —exitosos intelectualmente, en mi opinión— de atraparlo en la red de las doctrinas económicas falaces. Afirmo que son motivos políticos, y no analíticos, los que explican la fascinación que inspira el keynesianismo. En tales condiciones, debemos seguir la lucha y exponer la bancarrota intelectual de la economía politizada. En el fondo, el keynesianismo es una enfermedad de la política en las sociedades democráticas. Es una doctrina económica de arrogancia tecnócrata, padece de "pretensión de conocimiento" y otorga un espacio al oportunismo de los políticos, que, en la práctica, son liberados por el keynesianismo de toda restricción.

Me he referido a la importancia que J. B. Say atribuye al papel del sistema de precios en la autorregulación del mercado, pero no debemos olvidarnos de su compatriota Frédéric Bastiat[26]. En su famosa sátira económica "La petición de los fabricantes de velas" expone la tontería de los intereses creados. ¿Qué diferencia existe entre la petición del fabricante de velas y las demandas de rescates financieros, el proteccionismo contra los competidores extranjeros, el establecimiento de sindicatos cuyos miembros están libres de los vaivenes del mercado, y tantas otras peticiones e interferencias? Los cerebros fríos deben prevalecer sobre los corazones ardientes. La arrogancia y el razonamiento flojo deben ser expuestos cada vez que surgen, ante todo mediante el análisis cuidadoso de los aspectos teóricos y empíricos, pero no debemos olvidar que la crítica satírica y mordaz también es un instrumento efectivo para la docencia.

Conclusión

Esta discusión sobre lo que perdura en economía sirve de llamado para que todos veamos la educación económica como nuestro principal deber profesional. Hay una tarea que debemos ejecutar: enseñar los principios básicos de la economía y cultivar entre nuestros estudiantes una apreciación elevada por el legado de los grandes economistas políticos, desde Adam

Smith y David Hume, hasta F. A. Hayek y James Buchanan. El mensaje de estos personajes es claro: la economía de mercado basada en la propiedad privada es un sistema autorregulado, guiado por ajustes de los precios relativos y el cálculo de ganancias y pérdidas. La sociedad de mercado constituye la base de un orden político de personas libres. Deben estudiarse las intenciones de interferir en el orden del mercado, para saber si se trata de iniciativas de tramposos inducidos por la arrogancia, por el oportunismo o por ambas cosas. Nunca perdamos de vista este mensaje y comuniquémoslo en forma sencilla y clara: cuando se trata de obtener las ganancias mutuas generadas por la cooperación social, los precios funcionan, la política no. El mensaje central de la superioridad de la libertad económica frente a la tiranía del control gubernamental es lo que emerge del estudio del pensamiento económico, y este mantuvo su validez ayer, la sigue manteniendo hoy y la mantendrá también mañana.

Parte I
Sobre la enseñanza de la economía

Capítulo 2

La tarea de la educación económica

> Lo más importante de la economía académica, tanto para el estudiante como para el dirigente político, es su utilidad profiláctica contra las falacias populares.
>
> **Henry Simons**[27]

Introducción

Llegado el otoño, en todo el país los padres de familia se despiden de sus hijos, que emprenden su viaje hacia las aulas para cursar la educación superior. Muchos estudiantes recorren largas distancias. Otros descubren que la vida lejos del hogar es una nueva experiencia. Un grupo de ellos —con sus mentes jóvenes, frescas y entusiastas— se dirigirá a la clase de economía, con un texto sobre la materia, comprado con anticipación, a un costo cercano a los cien dólares. Algunos habrán adquirido incluso la versión electrónica del mismo.

Es probable que el autor del texto sea Gregory Mankiw, aunque, si el profesor es de cierta edad, quizás haya escogido el texto de Campbell McConnell. Si el profesor tiene una inclinación ideológica específica, puede ser que les haya asignado a los alumnos el texto de James Gwartney y Richard Stroup —o tal vez el de E. K. Hunt o el de Joseph Stiglitz—. Si el profesor se jacta de ser de centro-izquierda, pero no es ideológico ni tecnocrático, es probable que los estudiantes deban adquirir algún libro de William Baumol y Alan Blinder. Si son muy afortunados, se les pedirá que adquieran *Modern Principles of Economics,* escrito por mis colegas Tyler Cowen y Alex Tabarrok. Y si son extremadamente afortunados —y mi opinión aquí ya refleja cierto sesgo—, les corresponderá aquel profesor de buen gusto y juicio claro que asigna *The Economic Way of Thinking*, escrito por Paul Heyne[28].

De los miles de estudiantes que se inscriben cada año en su primera clase de economía, solo una muy reducida minoría escoge cómo, por quién y desde qué perspectiva les gustaría estudiarla. Para la gran mayoría de ellos, la inscripción en una clase determinada conllevará simplemente una elección

aleatoria, o una decisión basada en la conveniencia de los horarios. El estudiante puede terminar en el aula de un profesor dinámico o, lo que es más común, en la de un profesor aburrido. Puede ser que el profesor esté bien informado sobre temas de actualidad, pero también puede ser que no sepa lo que está ocurriendo en el mundo y que incluso le importe poco enterarse de ello.

Con frecuencia, la docencia de la economía se imparte de forma mediocre. Con bastante certeza, dependiendo de mi interlocutor, puedo predecir una de tres reacciones cuando la gente se entera de que soy economista: 1. "¡Un desastre! Fue la clase que más detesté. ¿Cómo pudo usted estudiar eso?". 2. "¡Qué interesante! ¿Sabe usted hacia dónde se dirigirán las tasas de interés?". 3. "¡Las clases de economía me fascinaron!".

El comentario número tres suele provocar un conjunto de preguntas sobre estrategias económicas y, con cierta frecuencia, pronunciamientos políticos de izquierda, de centro o de derecha[29]. Después del 2008, me he cruzado frecuentemente con personas que, al enterarse de que soy economista, nos critican, a mis colegas y a mí, por la presente crisis económica y declaran que los economistas no saben nada. Casi nunca, realmente casi nunca, sucede que me encuentre con alguien que diga: "¡Qué interesante! Conservo buenos recuerdos de mis profesores de economía. Ellos cambiaron mi vida y mi forma de ver el mundo". Las pocas personas que adoptan esta actitud suelen ser estudiantes de posgrado, o tal vez otros colegas —si el posgrado no acabó con su entusiasmo—. Es poco probable que sea este el perfil de las personas que uno pueda conocer casualmente en el vecindario, en la iglesia o en la comunidad.

Esta discrepancia siempre me ha intrigado. Aparte de mis cursos de economía, fui estudiante de otras materias, que recuerdo con aprecio, inspirado por la devoción de los profesores y los conocimientos que adquirí[30]. Pero con la economía parece que algunos estudiantes la entienden y otros no. Si usted es de los que la entienden, entonces se dedica a este campo, pero si no entiende, aborrecerá a los economistas y todo lo que representan. ¿Por qué?

Pienso que fracasamos en nuestro intento de impartir cursos de economía como una disciplina que apasiona al intelecto e ilumina el mundo. Yo digo con frecuencia que la economía es una disciplina seria, que se ocupa de

cuestiones vitales como la riqueza y la pobreza, la vida y la muerte; que es un marco admirable para reflexionar sobre la conducta del hombre en el mundo real, incluidos todos los esfuerzos humanos; y todo eso es entretenido y absolutamente divertido[31]. Admito que, en apariencia, la economía inspira pensamientos extraños y contraintuitivos. Se enfoca en la libertad de escoger, pero sujeto a restricciones. Se concentra en la intención de la acción humana, pero también en las consecuencias no intencionadas de esa acción. Como lo dice Hayek: "La tarea curiosa de la economía es demostrar a los hombres cuán poco saben realmente sobre lo que imaginan que pueden diseñar"[32]. Pero ocurre también que la economía, en manos de sus profesionales más refinados, es casi equivalente a la aplicación del sentido común. Como señaló Frank Knight: "Las cosas realmente importantes que la economía debe enseñar son cosas que los individuos verían con sus propios ojos, si quisieran ver. Es difícil creer que hay utilidad en el intento de enseñar lo que el hombre no quiere aprender y ni siquiera escuchar con seriedad"[33]. La tensión entre estos dos asertos es, en gran medida, subproducto de la forma como se imparte la docencia y la manera como sus enseñanzas —inconsistentes y *ad hoc*— se aplican en el ámbito de la política pública[34].

El enfoque básico de Paul Heyne sobre la educación económica fue una combinación de "KISS" —"*keep it simple, stupid*"; en español: "mantenlo simple, estúpido"— y su profunda devoción por ciertos principios básicos de la disciplina. Ambos elementos contribuyen a mantener el mensaje simple, pero un profesor entregado tanto a la simplicidad como al enfoque agudo debe estar convencido de que "economía simple" no es lo mismo que "economía para individuos de mente simple". El profesor que no está genuinamente convencido de esto se inclinará a impartir cursos sobre proposiciones teóricas muy refinadas, que aprendió en sus cursos de posgrado, aun cuando esa técnica docente no sea la más adecuada. Muchas veces las circunstancias constituyen incentivos para enseñar los cursos introductorios como si fueran versiones diluidas de los cursos de posgrado tomados por los profesores. Incluso para quienes no se sienten incómodos con la economía básica, estos incentivos suelen originarse en los intentos de los profesores que buscan promocionarse profesionalmente, balanceando sus responsabilidades docentes con el prurito de publicar.

Este enfoque de la docencia económica fracasa en su intento de comunicar efectivamente los principios básicos. Además, plantea los principios de la disciplina de una manera sumamente inapropiada para estudiantes de pregrado. Si el profesor enfatiza las excepciones a los principios ante un auditorio que por primera vez los afronta, los estudiantes aprenden las excepciones, no los principios. Por ejemplo, los estudiantes absorben los conceptos de monopolio, externalidades, bienes públicos, ingresos desiguales, inestabilidad macroeconómica y políticas correctivas del Gobierno, lanzadas para corregir todas estas anomalías. Consideran que las "fallas del mercado" son la lección principal de la ciencia económica y relegan a segundo término el papel que juegan la propiedad privada, los precios relativos y la contabilidad basada en el sistema de ganancias y pérdidas —es decir, el de estructurar los incentivos, impulsar la información que encauza las decisiones, inspirar innovaciones y generar retroalimentación disciplinaria a partir de las decisiones tomadas—.

En resumen: adoptar el enfoque doctoral, diluido y simplificado, para enseñar los principios de la economía, no promueve entre los estudiantes la comprensión de los beneficios generados por el comercio y la innovación que explican la riqueza de unas naciones y la pobreza de otras. Este método simplemente instruye sobre un conjunto de modelos y técnicas de control social. La "filosofía mundana" de la economía política se convierte en "la ciencia triste" que se ocupa de optimizar los impuestos, del control regulatorio y del refinamiento de la macroeconomía. Tanto la ciencia como su aplicación son traicionadas por estos intentos desganados de enseñar la manera económica de pensar y demostrar su importancia. Los estudiantes son también traicionados cuando se les enseña la ciencia económica de forma tan aburrida y con niveles muy elevados de arrogancia.

La visión básica de la manera económica de pensar

Uno de los grandes placeres de impartir clases de economía básica es inducir a los estudiantes, completamente inocentes sobre la forma económica de pensar, a entender que "todos hacen precisamente eso, sin saber que lo hacen"[35]. Cuando incorporo a mis clases introductorias el cálculo de los conceptos básicos de beneficio marginal y costo marginal, trazo las curvas y

les pongo las etiquetas correctas: el beneficio marginal es decreciente, el costo marginal es creciente. Luego pregunto: "¿Cuántas señoritas presentes aquí tuvieron una cita romántica? Muchas manos se levantan. Continúo: ¿Cuántas de ustedes se casaron con el chico de la cita?". A esto le sigue normalmente cierto murmullo. Prosigo: "¿Cuántas solo salieron una vez con ese chico de la primera cita?". Las manos se levantan y el murmullo se vuelve audible. Entonces digo: "OK, entiendo. El costo marginal de aceptar una segunda cita con, digamos, 'Ed', excede el beneficio marginal de salir una vez más con él". Matizo: "La mayoría de los hombres no son ni el hombre con el que te quieres casar después de solo una cita, ni aquel del que quieres escapar el resto de tu vida. En lugar de eso, con el chico en cuestión probablemente tendrás tres, cinco o hasta diez citas". Luego suelo invocar una frase mítica: "Mira, eres un gran chico, pero simplemente no tienes el material para ser mi novio". En ese caso, las experiencias de la chica con Ed alcanzaron un punto "óptimo" en, digamos, las cinco citas; ella decide no tener una sexta cita, porque el costo marginal de la experiencia excedería el beneficio marginal. Ni mi pareja inventada ni mis estudiantes son únicos en este sentido. Cuando se trata de la conducta económica, todos la tienen, pero ninguno es consciente de ello. La manera económica de pensar nos brinda un lenguaje para analizar su comportamiento de una manera sistemática.

La forma económica de pensar comienza cuando se comprende que, en todas las circunstancias de la vida, la elección humana se materializa siempre frente a un entorno de restricciones. La restricción fundamental es la escasez, no desde el punto de vista de escasez material o financiera, sino desde el punto de vista de la lógica de la escasez. Los términos "pobreza" y "escasez" no son sinónimos y es importante enfatizar este punto. Bill Gates, como todas las personas, se ve obligado a escoger. Sus escogencias —como las nuestras — se fundamentan en un entorno de limitaciones y reflejan los sacrificios que se derivan de cada acción que elije ejecutar. Los impedimentos adicionales incluyen limitaciones financieras, restricciones tecnológicas, tiempo limitado y recursos restringidos.

Lo cierto de elegir en un entorno de restricciones es que necesariamente nos enfrentamos con costos de oportunidad al elegir un determinado camino. Los sustitutos abundan. Siempre escogemos entre cursos alternativos de acción, y para tomar esas decisiones necesitamos varias herramientas que nos ayuden a evaluar el costo de oportunidad de cada una. Entre dos senderos

atractivos, nuestras expectativas de beneficio nos inducen a escoger uno y renunciar al otro, a sabiendas de que tal renuncia implica un costo. Necesitamos ayuda para evaluar el costo de oportunidad de nuestro curso de acción. Las relaciones de intercambio establecidas en el mercado nos llegan en la forma de precios monetarios relativos, que podemos usar para evaluar las alternativas. Una introducción a la teoría de los precios monetarios pondría el énfasis en cómo las evaluaciones subjetivas de algunos pueden convertirse en información objetiva sobre el mercado, que puede entonces ser utilizada por otras personas cuando hacen sus propias evaluaciones subjetivas que se materializan en sus decisiones económicas. Una introducción adecuada también debería preocuparse, por otro lado, por el papel que juegan la propiedad, los precios, y el sistema de pérdidas y ganancias en la coordinación de las decisiones económicas.

Ambos aspectos de esta comprensión sutil deben ser comunicados a los estudiantes, si se desea que comprendan la teoría del mercado y el sistema de precios, el poder del mercado como coordinador de los planes de vendedores y compradores, la imposibilidad de cálculo económico racional en un sistema de propiedad colectiva, acoplado todo con la inexistencia de un mercado de bienes de capital, y la inestabilidad económica de las medidas intervencionistas, como los controles de precios, las regulaciones y las restricciones. Los estudiantes deben adquirir la misma visión para comprender su propia participación en el mercado: comprar o abstenerse de comprar como consumidores, mantener la mente alerta a las oportunidades de ganancias mutuas como comerciantes o como emprendedores, ejercitar la propia creatividad —como empresarios, gerentes o propietarios de negocios — en el descubrimiento de procesos productivos innovadores, que reduzcan los costos o generen productos nuevos para satisfacer mejor la demanda de los consumidores.

La economía básica nos enseña que los individuos, si bien no automáticos calculadores de placer y dolor, son actores con propósitos, que sopesan los costos y los beneficios de sus decisiones, y se esfuerzan por lograr lo mejor que pueden, dada su situación —que incluye limitaciones cognoscitivas, además de barreras materiales y contextos específicos—. Brevemente: a esto se refieren los economistas cuando afirman que los individuos se involucran en procesos de elección racional o que actúan según su interés personal. Estas afirmaciones no significan que las escogencias humanas sean robóticas, ni

que los seres humanos sean ególatras atomizados. Significa que tienen sus propios fines y que utilizan los medios disponibles para alcanzarlos. Se empeñan en efectuar intercambios mutuamente ventajosos con otros actores económicos. Su guía es la expectativa de grandes ganancias, mediante la especialización y el intercambio. Concentran sus esfuerzos en producir bienes y servicios a un costo de oportunidad reducido, e intercambian esos productos por bienes y servicios que ellos podrían producir, pero solamente a un costo de oportunidad relativamente más alto. Esos intercambios generan las ganancias mutuas del comercio y así emerge en las sociedades la división del trabajo.

El ejercicio de escoger sujeto a restricciones, el beneficio mutuo generado por el intercambio, la importancia de los derechos de propiedad, los incentivos, los precios, la información, sentirse atraído por las ganancias y repelido por las pérdidas, el advenimiento espontáneo de la cooperación social bajo el signo de la división del trabajo son los principios que contienen la esencia de lo que los estudiantes de pregrado deben absorber como prerrequisitos para una comprensión más completa de cómo funciona una economía de mercado.

El gran economista Henry Simons argumentó —como se refleja en el epígrafe de este capítulo— que el propósito primario de la economía como disciplina es proporcionar una herramienta profiláctica contra las falacias populares. Según Simons, la intuición necesaria para impugnar tales falacias se relaciona con el papel de los precios y los ajustes de los precios relativos que inducen los ajustes requeridos, los cuales permiten obtener ganancias mutuas entre los actores económicos y empujan el sistema económico en la dirección del equilibrio del mercado —situación en la que se dan todos los beneficios derivados del intercambio y la innovación que corresponden a un momento específico—. Frank Knight enfatizó con frecuencia que “un intercambio es un intercambio”[36]. Un intercambio beneficia a ambas partes involucradas. De lo contrario, no se habría efectuado. En una economía de libre mercado, la interacción económica es un juego de suma positiva. En otras palabras: los intereses de los participantes no necesariamente son conflictivos, y la ganancia de un participante no necesariamente provoca pérdidas a otro. La política, por otra parte, es, en el mejor de los casos, un juego de suma cero, en el que los intereses entran en conflicto y la ganancia

de un participante equivale a la pérdida de otro. (La política también puede ser un juego de suma negativa; por ejemplo, cuando no hay disciplina contra la búsqueda de rentas —*rent seeking*—).

La mayoría de las falacias populares tienen sus raíces en la confusión sobre este principio básico de las relaciones de intercambio. Por otra parte, no entender las maquinaciones de la política, aun en las democracias, induce a mucha gente a creer en lo opuesto: que los mercados son juegos de suma cero o juegos de suma negativa. Desde esta perspectiva, la visión general puede describirse erróneamente en estos términos: "El marco legal básico proporcionado por la política es considerado como un corrector de las fallas del mercado, la política fiscal se establece para estimular la demanda agregada, y los mecanismos de gobierno son diseñados para promover el crecimiento económico y el desarrollo. Por lo tanto, el Gobierno es la solución y el sistema de mercado es el problema".

Estas falacias populares son reflejo de la ignorancia generalizada de la economía básica. También son propiciadas por la insistencia persuasiva de grupos de interés. La docencia de la economía introductoria es efectiva en la medida que comunique a los estudiantes: 1) la naturaleza universal de los intercambios que los individuos deben negociar; 2) el papel desempeñado por los derechos de propiedad privada en la estructuración de incentivos; 3) el papel de los precios como comunicadores de información entre los actores económicos; 4) la función de las ganancias como incentivo para la innovación; y 5) la función de las pérdidas para disciplinar las decisiones y reasignar los recursos escasos a usos de mayor valor. La política económica sólida se fundamenta en estos principios básicos. Las falacias populares los rechazan o los ignoran.

Las herramientas que usan los actores económicos y la forma como los economistas las comprenden

Es importante diferenciar entre los actores económicos y los economistas empeñados en comprender la conducta de los actores económicos. He aquí uno de mis experimentos mentales favoritos, que suelo compartir con mis estudiantes: imaginen que están en Nueva York o en Washington, DC. ¿Qué tendría un impacto mayor en sus vidas: que todos los economistas se declaren

en huelga o que todos los basureros se declaren en huelga? Inmediatamente —e inevitablemente— los estudiantes comprenden la situación. Los basureros son más importantes para la vida diaria que quienes nos ganamos la vida estudiando la economía. Pero el experimento sugiere también una visión más amplia. La vida económica sigue su curso sin los economistas. Si no hubiera economistas, aún habría comercio, producción especializada, búsqueda constante de ventajas económicas y un deseo claro de evitar las pérdidas. Los individuos procurarían comprar a precios bajos y vender a precios altos, y sabrían que deben evitar las situaciones de compras caras y ventas baratas. No necesitarían que un economista los asesorara.

Los economistas surgieron mucho después que el fenómeno que tratan de comprender. En otras palabras, los economistas emergieron de un esfuerzo filosófico por comprender una práctica ya existente. Este punto tiene amplias implicaciones relacionadas con la naturaleza de la disciplina, aunque por lo general no nos ocupamos de esas implicaciones en los cursos introductorios[37].

En la economía de mercado, una actividad vital que involucra a los actores económicos es el cálculo racional sobre los usos alternativos de recursos escasos. Nuevamente, no hicieron falta economistas para que evolucionara esta práctica. Solamente fueron necesarios la propiedad privada y los precios libres. Los sistemas económicos que no permiten la propiedad privada ni los precios libres distorsionan el proceso del cálculo económico y, en última instancia, hacen imposible que los agentes económicos puedan aplicarlo. Esta es la objeción decisiva al socialismo como sistema económico. Implica renunciar a la división intelectual del trabajo en la economía, manteniendo a los actores económicos en una oscuridad total en relación con las preguntas fundamentales sobre qué, cómo y para quién producir. Los economistas no podemos contestar en abstracto a esas preguntas, pero el estudio sistemático de la economía nos ayuda a comprender cómo son contestadas de hecho, como subproducto de la actividad de millones de individuos que hacen todo lo que pueden para mejorar su vida: buscando oportunidades de intercambios mutuamente beneficiosos y canalizando su energía creativa en la búsqueda de innovaciones en las artes, el comercio y la ciencia. El “milagro” del crecimiento económico moderno y del desarrollo no brotó de la cabeza de un genio. Fue resultado de un cambio en el entorno institucional, que impulsó el

comercio y permitió los proyectos empresariales de arbitraje e innovación. El historiador económico Joel Mokyr argumentó recientemente que el punto clave fue la convergencia de varios cambios filosóficos e institucionales que impulsaron el pensamiento crítico y transformaron las innovaciones científicas en conocimiento comercial práctico[38]. Los avances en la ciencia de la ingeniería se convirtieron en innovaciones comerciales, que satisficieron las demandas de los consumidores en un grado mayor del que había podido imaginarse con anterioridad y a menor costo. El "palo de hockey" del crecimiento económico —el ascenso súbito de una gráfica que hasta entonces no mostraba crecimiento alguno— experimentado en Occidente se explica de este modo —y por implicación se explica también la ausencia de experiencias comparables de crecimiento fuera de los países occidentales—.

Reiteremos: Los economistas no orquestaron el crecimiento económico de Occidente. Donde los "planificadores económicos" hicieron esfuerzos a gran escala para orquestar el crecimiento —en lo que fue la Unión Soviética, en África y en América Latina— los resultados no fueron la prosperidad generalizada, sino la pobreza sistemática y la tiranía política[39]. Compartir esta historia de manera inteligible con alumnos principiantes es una de las tareas principales del profesor de economía. Muchas malas ideas brotan de la falta de comprensión de esta historia. He aquí el mensaje central de Deirdre McCloskey en sus fascinantes libros *Bourgeois Virtues* (University of Chicago Press, 2006) y *Bourgeois Dignity* (University of Chicago Press, 2010).

Los economistas no son responsables de la riqueza de las naciones, pero pueden ser responsables de su pobreza. Es esta una ironía que los estudiantes deben poder comprender. Los economistas se equivocan cuando olvidan que la vida económica existió antes que ellos y que opera, en su mayor parte, independientemente de ellos. Los economistas también se equivocan si en su trabajo guardan esferas del conocimiento, herméticamente selladas en cubículos separados de exploración científica y filosófica, y de experimentación e innovación del mercado.

Una vez más, se trata de una posición frágil que no es necesariamente un tópico apropiado para los cursos básicos de economía, pero el punto subyacente ha sido destacado por F. A. Hayek y Robert Lucas, en los trabajos por los que fueron galardonados con el Premio Nobel. Hayek enfatizó la

diferencia entre el conocimiento incorporado en una economía y el del economista que estudia el sistema económico. Una comprensión teórica del conocimiento económico incorporado no significa necesariamente que este estará disponible en forma práctica para el experto económico-político. El argumento de Hayek es que el conocimiento contextual que poseen y utilizan los actores económicos excede con creces —en importancia y preminencia para la coordinación de actividades económicas— al abstracto y teórico que los economistas tienen a su disposición, derivado de modelos de control óptimo.

Lucas enfatizó un punto un poco diferente. Estableció un límite de conocimiento para los economistas y los actores económicos. Hayek destacó que los economistas no tienen el conocimiento contextual que tienen los actores económicos. Lucas subrayó que es un error metodológico suponer que el conocimiento de los economistas es superior al de los actores económicos. El conocimiento que tienen los economistas —por ejemplo, sobre la relación entre la cantidad de dinero y el nivel de precios de la economía— lo tienen también los actores económicos, pero no explícitamente, sino solo implícitamente. Por lo tanto, los diseños de política son fundamentalmente inconsistentes cuando suponen que los actores económicos ignoran las formulaciones teóricas que les conviene conocer. Tenemos aquí, en esencia, la hipótesis de expectativas racionales y el argumento central de la proposición que condujo al paradigma de los Nuevos Clásicos en macroeconomía.

Los actores económicos utilizan las herramientas de razonamiento que la economía de mercado les proporciona. Los derechos de propiedad brindan incentivos a los actores, los precios relativos los guían en sus decisiones, y las ganancias y las pérdidas dirigen el uso de los recursos, estimulando la innovación y el crecimiento económico. El economista, por otro lado, tiene un conocimiento teórico sobre cómo esas herramientas son utilizadas por los actores económicos. Por lo tanto, los economistas son, más que todo, *estudiantes* de la sociedad. Los esfuerzos por verlos como *salvadores* de la misma, armados de planes comprehensivos y diseños de política, generalmente generan esfuerzos frustrados de parte de los gobiernos, para mejorar la situación económica de sus ciudadanos[40].

Mi profesor James Buchanan solía decirnos: “La introducción forzada de

conceptos ajenos en mentes reticentes requiere variadas reiteraciones". Quizá yo mismo tenga que ser perdonado por mis repeticiones sobre las lecciones básicas de la economía. Los costos de oportunidad abundan. La propiedad, los precios y las ganancias deben cumplir su cometido de coordinación económica de las actividades. El libre comercio permite que los individuos obtengan ganancias de los sistemas de producción especializada y del intercambio. Y la política, mientras proporcione un marco básico de ley y orden, no debe ser vista como un correctivo de los males económicos. Esta es una de las grandes ironías del conocimiento económico: no necesitamos *entender* la economía para *obtener* los beneficios de la libertad de intercambio y producción, pero necesitamos, a toda costa, entenderla para *sostener y mantener* el marco institucional que nos permite hacer posibles los beneficios que emanan de la libertad de intercambio y producción. La ignorancia económica, alimentada por el cientifismo y los intereses especiales generados por la democracia ilimitada, ha demostrado la vulnerabilidad del liberalismo económico frente a las críticas falsas. Las falacias económicas han reemplazado a la economía básica en la imaginación del público. Nuestra tarea como educadores es desafiar la ignorancia y denunciar los intereses especiales. Desde que Henry Simons impartió clases a generaciones de estudiantes de la Universidad de Chicago, nuestra tarea de educadores económicos se ha vuelto más complicada.

Economía positiva, economía normativa y el arte de la política económica

Existe una ciencia de la economía. Es importante que los alumnos lleguen a comprender esto. La economía no es una simple opinión. La manera económica de pensar ayuda a los individuos a desarrollar opiniones informadas. La mejor manera que he encontrado para enseñar la naturaleza científica y objetiva del análisis económico es "la prueba del demonio". Con los conceptos de salario mínimo y control de renta, demuestro a los estudiantes que el *análisis* puede satisfacer a un ángel y también al demonio, pero el ángel y el demonio tendrían opiniones diferentes sobre las implicaciones normativas. Ambos son casos de restricciones de los precios de mercado para asignar los recursos —empleos y viviendas—. En ambos casos

el análisis económico demuestra que los individuos menos aventajados serían perjudicados desproporcionadamente. El ángel, por supuesto, encontraría esta situación aberrante, y el demonio estaría muy complacido con el resultado. Pero como ambos estarían de acuerdo con el análisis de la situación, sabemos que se trata de un análisis objetivo y no de las preferencias subjetivas del economista cuando se discute la economía de los controles de precios.

Para que no piensen los estudiantes que les hago una mala jugada, a menudo continúo con la historia de dos buenos amigos —David Hume y Adam Smith— que fueron, en muchos aspectos, los cofundadores del estudio de la economía política. Uso el ejemplo de su análisis "económico" sobre el apoyo del Estado a la religión y a la educación religiosa, y los resultados aparentemente contraintuitivos de su análisis. Smith observó que en los países cuyas instituciones religiosas eran fuertemente apoyadas por el Gobierno, y cuyos líderes religiosos recibían del mismo salarios y fondos operativos, el nivel de religiosidad era inferior al de los países cuyas instituciones religiosas debían competir por los aportes financieros de los feligreses. Smith dedujo que los incentivos a los líderes muy religiosos, seguros de sus finanzas, eran diferentes de los incentivos a los que debían competir por donaciones de fondos. La competencia religiosa generaría mejores sermones, mayor entrega pastoral con los feligreses…; en resumen, más religiosidad. Hume observó el mismo fenómeno y desarrolló un análisis similar para explicar la situación. Sin embargo, Hume era un escéptico religioso y aspiraba a menos religiosidad en la sociedad. En consecuencia, *proponía que el Estado financiara la religión*. Smith no era un escéptico religioso. Por lo tanto, *argumentaba a favor de la competencia en las actividades religiosas.* Nótese que ambos analizaron la situación con la ayuda de una teoría de los incentivos y agentes racionales, y una teoría de la competencia y el orden espontáneo, pero diferían en sus evaluaciones normativas. El análisis generado por la forma económica de pensar es independiente de la posición normativa del analista. No dejar claro este punto en la introducción de los estudiantes a la forma económica de pensar es un error de grandes proporciones.

John Neville Keynes —padre del Keynes más famoso— dividió el conocimiento económico en tres categorías: la economía positiva, la economía normativa y el arte de la economía política. Este Keynes nos legó la dicotomía práctica entre la economía positiva —que se ocupa de lo que es

— y la economía normativa —que se ocupa de lo que debe ser—[41]. La economía del bienestar y los conceptos de eficiencia económica son —o al menos pueden ser— tópicos secundarios de la economía positiva. Pero cuando nos embarcamos en evaluaciones comparativas de determinadas situaciones, casi por necesidad entra en consideración el elemento normativo. Esto es cierto cuando hablamos de "racionalidad" como punto de referencia —como suele ocurrir en el caso de la economía del comportamiento—, o cuando usamos el "equilibrio competitivo" con el mismo propósito —como suele ocurrir en el caso de la economía descrita en los libros de texto convencionales y, en particular, en las discusiones relacionadas con la organización industrial, la legislación antimonopolios y la regulación económica—.

El arte de la economía política emerge de la aplicación de la economía positiva y normativa en el ámbito de la política pública. La economía política es, como la propia expresión lo implica, más arte que ciencia en este nivel, pero utiliza el conocimiento científico en sus aplicaciones, que van desde las preguntas mundanas de política relacionadas con el control de precios, el comercio internacional y la inestabilidad macroeconómica, hasta cuestiones esotéricas y cargadas ideológicamente, asociadas con la explotación, la injusticia y la elección entre capitalismo y socialismo. Para describir la interrelación intelectual entre la economía y la filosofía social, yo procuro mostrar a mis estudiantes que la economía política puede convertirse en una disciplina relevante en cuanto a sus valores solamente en la medida que la ciencia económica pueda suministrar un análisis neutral respecto de eventuales juicios de valor.

Una crítica frecuente es que nosotros, los economistas, conocemos el precio de todo, pero no conocemos el valor de nada. Esta crítica, si bien tiene un sonido literario bonito, no refleja la verdad[42]. Los economistas comprenden que los seres humanos no se alimentan de tasas de crecimiento. Lo que importa es una mejoría constante en relación con una variedad de medidas del bienestar humano. Lo deseable es la oportunidad para los individuos de vivir una vida floreciente. El florecimiento humano toma en cuenta los componentes subjetivos de la elección humana, tanto como los componentes objetivos que suministran bases sólidas para ejecutar tales escogencias. En última instancia, es necesario discutir la conexión entre las

instituciones de una sociedad libre y la libertad individual para escoger. Incluso así, en mi relación con los estudiantes considero importante enfatizar que el análisis económico en sí mismo no es una ciencia normativa, sino una ciencia positiva. Repetiré esto una y otra vez: la economía no puede decirnos si las ganancias son merecidas o inmerecidas, pero sí ayudarnos a predecir las consecuencias que tiene la respuesta que se dé a esa pregunta. El análisis pertinente ha evolucionado a través de siglos de pensamiento económico. Ha producido resultados empíricos importantes, relacionados con las "grandes preguntas" sobre la riqueza, la pobreza y el bienestar humano. A la fecha, el análisis y los resultados son tales que nuestros alumnos deben culminar un curso introductorio de economía, sabiendo qué está ocurriendo en la disciplina de la economía[43]. Los modelos son instrumentos para el razonamiento económico, pero no son en sí mismos el objeto de estudio de la economía. Con demasiada frecuencia, los estudiantes de hoy salen de un curso de economía en el que estudiaron modelos, fueron examinados sobre modelos y ahora conocen una lista larga de las características de los modelos, pero no tienen idea lo que es la economía[44]. Los programas intensivos en modelos estimulan a los estudiantes con ciertas características y descartan a los demás.

La forma como se imparte un curso no es neutral respecto de quiénes se convertirán en la siguiente generación de estudiantes y en profesores. La relación de la instrucción con la preparación para el futuro de estudiantes y profesores crea un ciclo perpetuo. Yo pienso que el resultado presente es que los estudiantes dotados con una fuerte aptitud matemática, y quizás con una mentalidad de ingenieros —problema-solución—, son seleccionados para esta disciplina, mientras son rechazados los que tienen aptitudes más interpretativas y una mentalidad filosófica —de pregunta-respuesta—. Como resultado de la progresión de este ciclo durante el siglo XX, la "filosofía mundana" de la economía política ha sido desplazada y reemplazada por la "física social" de la ciencia económica.

En definitiva, la exclusividad en cualquiera de estas opciones distorsiona el discurso económico en una dirección improductiva. En otras palabras, tanto la ciencia económica como la economía política requieren lógica e interpretación, habilidad para comprender los problemas y proponer soluciones, y habilidad para considerar preguntas más profundas y proponer

respuestas especulativas en la conversación perenne que constituye una civilización que progrese. Una de las lecciones verdaderamente importantes que procuro transmitir a mis estudiantes es la del papel que la economía desempeña en la interrelación entre la economía política y la filosofía social. Los economistas deben estar dispuestos a aprender de historiadores, filósofos, politólogos, sociólogos y otros intelectuales, y a establecer conexiones con ellos. La vida del economista debe ser una vida de aprendizaje. Nada es peor que un economista que solamente sabe economía, con excepción, quizás, de un filósofo moral que nada sepa de economía.

Conclusión

Considero que la enseñanza de la economía es una vocación. En muchos aspectos la principal justificación de nuestro salario como economistas es el papel didáctico que desempeñamos en la sociedad. Como maestros, no es nuestra responsabilidad divulgar una ideología política o promover una preferencia por un conjunto determinado de políticas públicas. Por el contrario, nuestra tarea como maestros de economía es comunicar eficientemente a nuestros estudiantes los principios básicos de la economía, de tal forma que tales estudiantes puedan convertirse en participantes bien informados en el proceso de gobierno democrático. Esos principios básicos están enraizados en la lógica de la escogencia humana, en las relaciones de intercambio que constituyen la economía de mercado, y en el orden espontáneo de la actividad económica, que se desarrolla cuando los individuos son libres de escoger en una economía de mercado basada en la propiedad privada. Si tenemos éxito en nuestra tarea educativa, el grado de conocimiento económico habrá mejorado y habremos cumplido nuestro deber de cultivar las capacidades requeridas para los ciudadanos en una sociedad de individuos libres y responsables. Si fallamos, nuestros esfuerzos teóricos y empíricos serán de poco valor en el proceso de comprensión, y fracasará la intención de mejorar la condición humana.

Capítulo 3

La docencia de la Economía Austriaca en los programas de posgrado

La economía no es solo un juego para personas muy listas.

Gary Becker[45]

Introducción

A lo largo de mi carrera, he impartido constantemente clases a estudiantes de posgrado y en particular a estudiantes de doctorado. La docencia avanzada difiere radicalmente del esfuerzo para estimular mentes jóvenes, poseedoras, a lo sumo, de antecedentes mínimos sobre la forma económica de pensar. Ambas tareas docentes son, en esencia, invitaciones a la investigación, pero difieren los niveles de presentación y los temas que se discuten. Sin embargo, a veces las discusiones avanzadas decepcionan, porque el enfoque tiende a convertirse en lo que llamo "economía de pizarrón", en oposición a la actividad económica real que se desarrolla "fuera del aula". El estudiante avanzado está interesado en aprender las teorías y los métodos de otros economistas, y es lo que se espera de él, mientras que los principiantes, en el mejor de los casos, muestran curiosidad por el mundo que los rodea.

La instrucción y la docencia de posgrado mejorarían si nos enfocáramos más en lo que ocurre fuera del aula y menos en el pizarrón. Pero el pizarrón también es fascinante. Para los que optamos por dedicarnos a la economía como forma de vida, no solo es fascinante la actividad económica, sino también lo es, como disciplina, la conversación en la que deseamos participar. Este capítulo está dedicado a lo que he aprendido, a lo largo de los años, enseñando a estudiantes de doctorado cómo involucrarse en esa conversación, sin dejar de lado una agenda de investigación y docencia un tanto apartada de la corriente principal de la disciplina.

En el aula

En el aula, mis cursos de doctorado están diseñados para estudiantes empeñados en convertirse en académicos en el campo de la economía. Un

doctorado es un grado académico de investigación y, en vista de ello, la docencia a los estudiantes de doctorado debe enfocarse en ese objetivo. Es mucho más que una serie de cursos de pregrado con esteroides. El objetivo debe ser ayudar a los estudiantes a encontrar el enfoque de su investigación y animarlos a apropiarse de sus programas en este sentido. Deben encontrar su propia voz, por así decirlo, y resolver el reto de cómo se involucrarán en la conversación profesional.

Esto requiere que los estudiantes estén familiarizados con la literatura necesaria, puedan discutir inteligentemente esa literatura y aporten sus propias contribuciones a la disciplina. Las discusiones en el aula se basan en los textos apropiados para la materia pertinente, y no exclusivamente en clases magistrales. Por ejemplo, mis clases de economía austriaca se enfocan principalmente en *La acción humana* de Ludwig von Mises, *Individualismo y orden económico* de Friedrich Hayek, *Competencia y empresarialidad* de Israel Kirzner y *El hombre, la economía y el Estado* de Murray Rothbard[46]. Estos libros brindan a los estudiantes argumentos metodológicos y también temas económicos como la teoría monetaria, la teoría del capital y la teoría del proceso de mercado, desarrolladas por la Escuela Austriaca. Los estudiantes leen también a autores modernos que no son parte de la Escuela Austriaca, pero cuyas ideas están alineadas con ideas de la misma. Mis clases se centran en las ideas, no en las historias personales ni en las personalidades de los diferentes economistas. La idea principal es descubrir qué oportunidades existen en la conversación corriente sobre economía y economía política, para sustentar un análisis desde la perspectiva de esta Escuela, y qué oportunidades existen en la literatura corriente para obtener beneficios mutuos del intercambio intelectual. Procuro que los estudiantes se interesen en la economía austriaca, para ver cómo pueden aumentar el conocimiento existente de la Escuela Austriaca en la literatura científica contemporánea, y también cuáles medios de la literatura contemporánea podrían ayudarles a ellos y a los demás a mejorar las ideas que han estado tradicionalmente asociadas con la economía de la Escuela Austriaca.

El avance de un programa de investigación científica exige, por lo menos, tres cosas: ideas, fondos y posiciones académicas. Cuando la investigación está ligeramente fuera de sincronía respecto de la corriente principal de la práctica presente, el estudiante de doctorado debe posicionarse con

inteligencia en la comunidad científica; de lo contrario, corre el riesgo de suicidarse profesionalmente. Entonces, cuando dejamos el aula y nos enfocamos en consejos para la disertación, mis interacciones con los estudiantes deben tomar en cuenta este tipo de consideraciones.

La colocación de los estudiantes graduados: el papel de los austriacos en la profesión

Lo primero que debo enfatizar como asunto preliminar aquí es que no sé de instancia alguna que conduzca a una estrategia secreta en la academia[47]. Cada cual es juzgado por lo que escribe, y competimos con personas altamente calificadas. Nadie puede "falsificar" la competencia. Una vez que se abandonan la economía austriaca y la economía política liberal clásica, se abandonan y punto. Los individuos más exitosos son los que aportan contribuciones significativas en esas áreas y se dan a conocer por las posiciones que asumen: Rothbard por el anarcocapitalismo, Kirzner por la empresarialidad y la teoría del proceso del mercado, Lavoie por sus críticas al socialismo, Caldwell por Hayek y la metodología, Rizzo por el análisis económico del derecho y la filosofía de la economía, Selgin y White por la banca libre, Garrison y Horwitz por la macroeconomía, Wagner por las finanzas públicas y la sociología fiscal, Koppl por los "grandes jugadores", Stringham por el anarcocapitalismo, Leeson por el autogobierno, Coyne por la reconstrucción de posguerra, Powell por las maquiladoras, etc.[48].

La segunda cosa que debo expresar con claridad es lo que entiendo por éxito en la academia. Creo que todos estamos de acuerdo en que nuestro objetivo como economistas profesionales es publicar trabajos innovadores, que encuentren una apertura en revistas profesionales de alto perfil y generen citas significativas. Por otra parte, podemos estar de acuerdo en que nuestro objetivo como maestros de economía es tener la oportunidad de enseñar a los alumnos mejores y más brillantes de cada generación. Andrew Schotter, entonces jefe de departamento de la Universidad de Nueva York (NYU), me dijo cuando me contrató: "Usted quiere jugar con los Yankees de Nueva York y no con los Mud Hens de Toledo, ¿correcto?". En 1990 esas palabras tuvieron para mí un sentido perfecto, y también lo tuvieron cuando regresé a "Toledo", en 1997, después que me negaron en Nueva York el estatus de

profesor permanente[49]. Las palabras de Shotter todavía tienen un sentido perfecto[50]. Deseamos pertenecer a las "grandes ligas". Solo esto satisface nuestras ambiciones científicas. Nuestras ambiciones y nuestra realidad no están alineadas por el momento, lo que significa que nuestro trabajo está por realizarse. Debemos recordar siempre lo que enfatizó Frank Knight: "Decir que una situación no tiene esperanza equivale a decir que es ideal". Estamos, obviamente, lejos de lo ideal. Por lo tanto, tampoco estamos en una situación sin esperanza.

La característica más importante que hace de alguien un austriaco no es la voluntad de identificar su trabajo con esa etiqueta, sino las proposiciones sustantivas sobre la economía con las que un economista se identifica[51]. Estas proposiciones sustantivas se relacionan tanto con cuestiones de método y metodología en economía como con temas de economía política. Y cuando descubrimos que no se trata de una etiqueta, sino del método escogido y las posiciones asumidas, entonces debemos admitir que la buena economía y la buena economía política no son dominio exclusivo de los que desean etiquetar su trabajo como austriaco. De hecho, son muchísimos los economistas a lo largo de la historia de nuestra disciplina de quienes podemos aprender, y sería intelectualmente ridículo no aprovechar esa oportunidad.

Mises y Hayek son los mejores modelos de cómo aprender constantemente de nuestros colegas profesionales. Ambos se oponían a ser etiquetados, pero ambos estaban orgullosos de la herencia educativa e intelectual que tuvieron en Viena. Aun así, es reconocido generalmente que ambos contribuyeron más que otros intelectuales a nuestra comprensión personal de la economía austriaca moderna. En la segunda mitad del siglo XX y más acá, *La acción humana* de Mises y *El individualismo y el orden económico* de Hayek establecieron la agenda para el desarrollo progresivo de la economía austriaca y de la economía política liberal clásica.

Mi mensaje a los estudiantes de posgrado es que aprendan de Mises y Hayek y del método que ellos usaron en sus investigaciones y en su docencia. Esto significa que, a menos que los estudiantes estén trabajando en historia intelectual, su objetivo cuando escriban ensayos debe ser adoptar argumentos, convertirlos en propios, desarrollarlos según su propio contexto intelectual y mantener la comunicación con sus colegas. No es la fidelidad en la práctica

de citar a sus maestros —y ciertamente no es la cantidad de párrafos que citan de sus obras— lo que hace de un ensayo una contribución valiosa para la economía "austriaca". Es la calidad del argumento y su importancia para solucionar un problema significativo en el mundo económico o en el mundo político. Deirdre McCloskey tiene razón cuando afirma que todo ensayo debe poder contestar con facilidad a la pregunta ¿y qué? De lo contrario, tal vez no deba ser escrito[52].

Consejos para estudiantes de posgrado en economía austriaca

A continuación planteo cinco puntos que me han parecido esenciales para llevar a los graduados al camino correcto de la docencia y la investigación exitosa[53].

1. Lo que usted enfatice de la expresión "economía austriaca" es importante según cómo y con quién interactúe. Si usted enfatiza el adjetivo *austriaca,* deberá acentuar los fundamentos filosóficos y la metodología. Si enfatiza el sustantivo *economía,* deberá resaltar las proposiciones sustantivas del razonamiento económico y sus aplicaciones. La comunicación con sus colegas es más fácil sobre economía si usted es economista, y la comunicación con otros científicos sociales y filósofos es más fácil si se concentra en temas filosóficos y metodológicos. Con los historiadores es mitad y mitad. En conclusión, cualquiera que sea el énfasis escogido —"economía" o "austriaca"— procure interactuar con las mentes más brillantes en cada disciplina. ¡No pase todo su tiempo hablando únicamente con quienes comparten sus conceptos de "economía" y de "austriaca"!
2. La vida académica es demasiado corta y sus colegas profesionales son demasiado interesantes para enfatizar diferencias en lugar de ideas

comunes. Busque constantemente áreas comunes con el propósito de concentrarse en problemas pertinentes. Pecar por omisión —y no pecar por comisión— es lo que más entorpece el avance de la economía[54]. Por otra parte, la herencia intelectual de Mises y Hayek es demasiado importante en su análisis de los pecados de omisión para ser apreciada solamente por un grupo selecto. Nuestra tarea es un compromiso con nuestros colegas y nuestros estudiantes, sin aislamiento ni protección. Si Mises y Hayek fueron tan brillantes y tan visionarios como afirmamos, entonces debemos lograr que todo economista profesional y todo estudiante de economía en el mundo tengan la oportunidad de evaluarlos.

3. Es necesario que usted absorba la lógica básica de la manera económica de pensar y que aprenda el "lenguaje" de la economía moderna[55], pero no intente competir en ese campo, que no es su ventaja comparativa. Como estudiantes, deben "atreverse a ser diferentes", sin ser incompetentes en la disciplina. Pero nunca deben olvidar, en primer lugar, por qué los atrajo la economía, y cómo esa pasión inicial —una pasión tan fuerte que decidieron dedicarle el trabajo de su vida— los lleva a conversaciones más amplias sobre economía y economía política.
4. Dedíquese a su pasión. No se dedique a lo que usted considere que está "de moda" en la literatura del momento. Mire por la ventana. No se concentre en lo que está en el pizarrón. Al dedicarse a su pasión, piense como discípulo de Mises, pero escriba como un discípulo de Popper. En otras palabras: pensar como un economista se refiere completamente a explicaciones sobre la lógica de la escogencia y de la "mano invisible", pero la comunicación con otros economistas a menudo se logra mejor usando el lenguaje de teoremas y proposiciones, pruebas de hipótesis,

conjeturas y refutaciones. No tema proponer conjeturas audaces. No tema estimular las críticas de sus colegas. Procure estar siempre en ambientes en los que usted aprende de otros en situaciones de investigación y que lo obliguen constantemente a mejorar sus argumentos. Una vez más, amplíe constantemente su zona de confort hasta que sea capaz de conversar con las mentes más brillantes dedicadas a la economía y a la economía política. En resumen, sea ambicioso y comprométase a buscar la verdad tal como usted la concibe.

5. Hay una fórmula básica para el éxito académico. Primero, sea usted el mejor estudiante de su clase. Segundo, construya su sistema de contactos académicos durante su tercer año de estudios superiores: por ejemplo, la Association for Private Enterprise Education (APEE) es una red de contactos fantástica para economistas austriacos. Asimismo las reuniones anuales de la Society for the Development of Austrian Economics (SDAE), afiliada a la Southern Economic Association. Tercero, tener en cuenta esta fórmula: "*doctorado en mano + publicaciones en revistas de prestigio + buenas evaluaciones de los estudiantes – impuesto al almuerzo = empleo de calidad.* Todos mis alumnos interesados en una carrera académica que cumplieron con estos logros cursaron la carrera deseada y la ejercieron con gran éxito[56].

Aproveche las oportunidades ofrecidas por diversas instituciones y revistas de orientación favorables al mercado para aprender, desde el principio de su carrera, cómo escribir con claridad y cómo hablar con eficiencia. Pero no permanezca en esa zona de confort. Procure superarla con su trabajo y sus presentaciones. Aprecie su papel de maestro de economía y haga su mejor esfuerzo para proyectar excelencia en el aula. Asista a las reuniones profesionales y nunca, nunca, sea un lastre para sus amigos o sus oponentes[57].

Usted escribirá como lee; por tanto, lea cosas buenas. Actuará con sus alumnos como sus maestros actuaron con usted; imite a los mejores maestros que haya tenido. Agregue a esto su afán de ser un gran colega, comentando oportunamente sobre los artículos escritos por sus colegas, y sea un ciudadano servicial en su universidad. Este comportamiento lo convertirá en una persona indispensable para su institución.

He procurado comunicar estas cinco lecciones a dos generaciones de estudiantes de doctorado.

Conclusión

La profesión de economista se ha vuelto más interesante durante los veinticinco años que he dedicado a la docencia. Es un momento maravilloso para dedicarse a la economía, y ese entusiasmo y esa devoción deben percibirse en su entrega a la profesión.

Para terminar, creo firmemente que la docencia de la economía es una vocación para la que fuimos seleccionados. Disfruten su papel de maestros e investigadores económicos. Es, sencillamente, la más elevada disciplina intelectual —tal vez, en ciertos días, hasta podría decir que es la única— dedicada al estudio del ser humano. La economía puede ser comprendida en forma práctica como 1) una disciplina seria enfocada en temas serios y sumamente importantes, y al mismo tiempo 2) el mejor marco intelectual para iluminar el estudio del hombre en todos los caminos de la vida y en toda circunstancia histórica.

El destino de la civilización está ligado íntimamente a nuestra habilidad para comunicar la enseñanza básica de nuestra disciplina. Hay leyes económicas que no pueden ser violadas sin consecuencias para el destino de la humanidad. Cuando apreciemos la economía como una disciplina, las contribuciones esenciales de Mises y Hayek nos parecerán obvias.

Capítulo 4

La docencia de la economía, el aprecio por el orden espontáneo y la economía como ciencia política

> Dado el principio de libertad como libertad de asociación activa, la noción de control científico de la sociedad es una contradicción palpable… En una democracia, la noción de control no es solamente inmoral. Está excluida *ipso facto*… Cuando un hombre o un grupo demandan poder para hacer el bien, mi impulso es… eliminar las últimas cuatro palabras y dejar simplemente "Quiero poder". Eso es más fácil de creer.
>
> **Frank Knight**[58]

Introducción

A James Buchanan le gusta contar esta historia: Cuando ingresó al programa de doctorado en economía de la Universidad de Chicago, sentía una inclinación socialista, pero después de seis semanas del curso de teoría de los precios, impartida por Frank Knight, dejó de sentirla. ¿Qué había en las enseñanzas de Knight que transformaron a Buchanan y a varios de sus compañeros, aunque no a todos? Esta pregunta ha inspirado e intrigado a Buchanan a lo largo de su carrera como profesor de economía.

Frank Knight enseñó a los estudiantes de economía los principios básicos de la disciplina: la idea de escasez, la necesidad de escoger, el papel de los precios relativos como guía del ajuste a las circunstancias cambiantes, y la importancia de la competencia en la autoorganización de la economía de mercado. "Los principios económicos" —argumentaba Knight— "son simplemente las implicaciones más generales del principio de libertad individual y social; es decir, la libre asociación dentro de cierta esfera de actividad"[59]. La libertad de asociación a la que se refiere Knight es la libertad de intercambio, que sirve como la base del orden social. Como lo subraya en su libro *Intelligence and Democratic Action,* el punto elemental que requiere ser enfatizado continuamente es que *un intercambio es un*

intercambio[60]. El intercambio es voluntario y mutuamente beneficioso. A menos que ambas partes se beneficien, no sería un intercambio, porque no se realizaría voluntariamente. El intercambio es lo que genera la división del trabajo, lo que guía los planes de producción y lo que satisface las demandas de consumo. En última instancia, la materia de estudio de la economía es el conjunto de las relaciones de intercambio entre individuos que escogen libremente, y las instituciones dentro de las cuales estos intercambios se realizan.

Lamentablemente, la tarea de comunicar este punto elemental a los estudiantes y al público no siempre es fácil, debido a la ignorancia y a los intereses especiales. Como dice Knight:

> El hecho serio es que la mayoría de las cosas realmente importantes que la economía debe enseñar son cosas que los individuos verían con sus propios ojos si quisieran ver. Es difícil creer que hay utilidad en el intento de enseñar lo que el hombre no quiere aprender y ni siquiera quiere escuchar con seriedad[61].

Pero debemos encontrar la utilidad de esforzarnos en enseñar economía, incluso si fuera solamente para servir de antídoto al veneno diseminado por los antieconomistas, que nos rodean en las escuelas y las universidades, en las iglesias y en la calle, en las cortes y en el Gobierno.

En sus clases, impartidas en la Universidad de Chicago, Henry Simons, inspirado por la docencia de Knight, enseñó a una generación de estudiantes que "la economía es útil para el estudiante y para el dirigente político, más que todo como un profiláctico contra las falacias populares"[62]. En un sistema de derechos de propiedad privada, libertad de contratos y estabilidad monetaria, la economía de mercado funciona, mediante ajustes de los precios relativos y la contabilidad de ganancias y pérdidas, para guiar a los individuos en sus decisiones económicas, tomando en cuenta la información pertinente sobre las escaseces relativas y las oportunidades de intercambio. El intercambio mutuamente beneficioso es creador de riqueza, y la economía de mercado, gracias a los ajustes de precios relativos, va corrigiéndose a sí misma.

Fue gracias a Knight que Buchanan comprendió el proceso económico y cómo —mediante los incentivos y la información sobre propiedad, precios,

ganancias y pérdidas— la economía de mercado es el ejemplo más importante de un orden espontáneo. Durante esas primeras seis semanas en la Universidad de Chicago, bajo la tutela de Knight, Buchanan se transformó de un apasionado populista en un entusiasta defensor del orden del mercado. Estas son sus palabras: "Fui convertido por el poder de las ideas, por la comprensión del modelo de mercado. La experiencia moldeó mi actitud hacia el uso y el propósito de la instrucción económica. Si yo pude ser convertido, otros también pueden serlo"[63].

Este aspecto de la carrera de Buchanan —profesor de economía en el sentido más amplio de la expresión— es el que deseo explorar. Debemos a Buchanan la construcción de centros de investigación en la Universidad de Virginia, en Virginia Tech y en George Mason, para impulsar estudios avanzados en las áreas de economía política y análisis de las decisiones públicas. También le debemos la supervisión de más de cuarenta candidatos a doctorado, entre quienes hay varios académicos sobresalientes en los campos de economía experimental, derecho y economía, finanzas públicas, economía de la salud, economía política constitucional y, por supuesto, el análisis de las decisiones públicas.

Pero no enfatizaré este aspecto de su carrera y el papel de Buchanan en la organización de asociaciones profesionales, ni tampoco su papel en el lanzamiento de las revistas *Public Choice* y *Constitutional Political Economy*[64]. En lugar de enfocarme en todos estos méritos, lo haré en el énfasis que Buchanan puso en la economía básica y elemental, en cómo este "maestro" ha comunicado esos principios a los estudiantes y al público en general, y en cómo esos principios pueden informar y mejorar el proceso democrático de decisiones colectivas[65]. Para decirlo sin vueltas, James Buchanan afirma que nuestro propósito principal como educadores en economía, y la única justificación para el apoyo público a nuestros esfuerzos, es enseñar a los estudiantes y al público en general los principios básicos de la economía y cultivar en todos ellos un aprecio por el orden espontáneo de la actividad económica, para que puedan convertirse en participantes informados del proceso democrático.

¿Qué deben hacer los economistas?

El economista que observa el mundo de una sociedad comercial es impactado inmediatamente por dos hechos primordiales: que los individuos persiguen su propio interés y que la sociedad comercial moderna, con su amplia división del trabajo, es ordenada. No es por la benevolencia del carnicero, del panadero o del cervecero como conseguimos nuestra comida. Pese a la diversidad de propósitos perseguidos por los actores económicos en el mercado, "París es alimentada". En pocas palabras, la primera tarea del economista es explicar cómo estos dos hechos de la vida comercial —el interés personal y el orden social— son mutuamente consistentes. Si no podemos explicar esta consistencia, hemos fracasado en la primera tarea del economista.

Es importante enfatizar que esto no compromete al economista con la falacia de Pangloss —personaje de la obra *Cándido*, de Voltaire—. Como explicaré en la próxima sección, muchas cosas están mal en la sociedad y podrían corregirse con acciones colectivas. Pero en economía, comprender "la mano invisible" es la primera tarea que debe ser cumplida. De lo contrario, las demás cuestiones no pueden ser analizadas adecuadamente.

Las proposiciones "mano invisible" y "orden espontáneo" deben ser comprendidas en sentido dinámico y no estático, para que sean útiles. No se trata de comprender el orden completo de la economía, como si un planificador social benevolente escogiera la asignación óptima de los recursos para la sociedad. El orden que procuramos comprender es el resultado obtenido de las acciones de una multitud de individuos, cada uno empeñado en realizar sus planes, a menudo en conflicto con los demás, y reconciliados a través del proceso de intercambio.

El mensaje central de Buchanan en su texto clásico "¿Qué deben hacer los economistas?" es que lo que debe ocupar el centro del escenario económico es la teoría del intercambio, no la teoría de la asignación de los recursos[66]. Buchanan argumenta que los economistas deben asumir su responsabilidad básica disciplinaria y comprender su materia, que consiste en "la conducta humana en las relaciones de mercado, reflejo de la propensión a negociar e intercambiar, y las múltiples variaciones estructurales que supone esta relación"[67]. Esta forma particular de actividad humana y los arreglos institucionales que surgen como sus consecuencias son los objetos apropiados del estudio del economista. Por otra parte, el problema dominante del método

de la asignación de los recursos confunde a los economistas y los hace ver el problema económico de la sociedad como uno de matemáticas aplicadas, que puede ser resuelto por ingenieros sociales, a quienes se confían los instrumentos de la política de control.

Pero el problema económico de la sociedad no es la asignación de los recursos escasos para alcanzar un fin determinado[68]. Cuando en la enseñanza de la economía elemental se enfatiza el problema de asignación óptima, el mensaje que llega con facilidad a los estudiantes es que algún individuo o algún grupo deben estar a cargo de los instrumentos del control social y administrar el sistema económico. Los estudiantes aprenden a menudo que todos los sistemas económicos deben responder a las preguntas ¿cómo?, ¿qué? y ¿para quién?: ¿Cómo se producirán los bienes? ¿Qué bienes se producirán? ¿Para quién se producirán esos bienes? Después, los estudiantes aprenden que, a través de los incentivos de los derechos de propiedad, definidos con claridad y aplicados estrictamente, y a través de la fuerza de los precios y de la contabilidad de ganancias y pérdidas, el sistema de mercado contesta a esas preguntas con tanta efectividad que la eficiencia del intercambio y la eficiencia de la producción se alcanzan simultáneamente: se obtendrán todas las ganancias del intercambio, los precios reflejarán la totalidad del costo de oportunidad de la producción, y en la producción se emplearán las tecnologías menos costosas. Ningún arreglo posible de los asuntos económicos podría mejorar la situación, excepto, por supuesto, que hubiera en el mecanismo del mercado imperfecciones causadas por monopolios, información imperfecta y/o externalidades, que impiden que el mercado efectúe una asignación eficiente de los recursos. En estas circunstancias, algunas ganancias del comercio no son aprovechadas, los precios ya no reflejan los costos de oportunidad y la producción no emplea la tecnología de menor costo.

Continúa lo que aprenden muchos estudiantes de economía: las oportunidades de progreso social abundan, pero no pueden aprovecharse en el mercado debido a las imperfecciones. La reforma necesaria debe venir desde fuera del sistema. Al estudiante típico se le enseña entonces que el papel económico del Gobierno es corregir, mediante política pública, la estructura del mercado y los conflictos relacionados con la asignación de los recursos. El Gobierno se encarga de corregir las imperfecciones de la economía de

mercado. En el análisis de políticas antimonopolios, el paradigma "estructura-corrección-logros" es un ejemplo de la noción de gobierno como correctivo. Otros ejemplos son las políticas de "economía del bienestar" —con su origen en Pigou— y "protección del consumidor". En la mayoría de las clases de economía, los estudiantes aprenden que la economía de mercado es fantástica, pero su habilidad para funcionar se limita a situaciones en las que se cumplen ciertos supuestos muy restrictivos. Cuando ocurren desvíos del estándar ideal de asignación de los recursos, el Gobierno interviene para alinear los precios con los costos, y los costos privados con los costos públicos de las decisiones.

Una buena parte de esta descripción elemental del sistema económico es información importante que los estudiantes deben aprender. Las variables inducidas del mercado —precios y ganancias/pérdidas— y las variables subyacentes —gustos, tecnología y disponibilidad de recursos— deben manifestar una fuerte tendencia de concordancia para que se efectúe la coordinación espontánea y compleja de la actividad del mercado. De lo contrario, el "orden" del mercado no sería tan ordenado. En otras palabras, cuando se discute sobre escogencias privadas y escogencias públicas, es importante comprender la relación entre los precios y los costos, y entre los costos privados y los costos sociales. La cooperación social de acuerdo con la división del trabajo emerge cuando, dentro de un sistema económico, los individuos se esmeran por obtener las ganancias del comercio y las derivadas de la innovación, guiados por las motivaciones humanas ordinarias y las señales informativas que se originan en los precios relativos y en la contabilidad de ganancias y pérdidas. En el límite, cuando todas esas ganancias se obtienen de hecho, los recursos son asignados en el momento preciso a los usuarios que les atribuyen mayor valor y se emplean las tecnologías de menor costo. Pero la "eficiencia" no es la meta ni el propósito del mercado. En sí misma, la economía de mercado no posee teleología, aunque los individuos que participan en el mercado tienen sus propios propósitos y también los planes que se proponen llevar a cabo[69].

Según Buchanan, "El 'mercado' o la organización del mismo no es un *medio* que conduce a la realización de algo. Es más bien la incorporación institucional de los procesos de intercambio voluntario, efectuados por individuos según sus diversas capacidades. No es nada más que eso.

Observamos que los individuos cooperan mutuamente, para llegar a acuerdos, para comerciar. El sistema de relaciones que emerge o evoluciona a partir de este proceso de intercambios —el marco institucional— es lo que se llama 'el mercado'"[70]. El "orden" del mercado se define en términos del proceso en que emerge. No sería posible definir un orden independientemente del proceso en sí. Ni la asignación ni la distribución son consecuencias de un sistema económico que pueda ser definido fuera del contexto de la conducta comercial y las relaciones de intercambio que lo producen[71].

Cuando los individuos escogen entre un camino u otro, la constelación de precios relativos que confrontan al tomar decisiones les otorga un incentivo y una señal esencial para evaluar la situación. En otras palabras, el conjunto de precios existentes proporciona la información *ex ante* sobre las escaseces relativas que los actores emplean para inferir usos alternativos de los recursos y métodos de producción. El precio de mercado pagado por el bien o el servicio y el estado de ganancias y pérdidas revelado en el mercado mismo proporcionan a los actores económicos una evaluación *ex post* sobre lo apropiado o inapropiado de las decisiones empresariales. La discrepancia entre las expectativas *ex ante* y la realización *ex post* en el mercado motiva a los actores económicos a *descubrir* o *aprender* las mejores formas de equiparar sus planes de producción con las demandas de consumo. Si este proceso de producción e intercambio no se realizara, no existirían el conocimiento ni los incentivos necesarios para engendrar la coordinación compleja del mercado. (Y no es solo que dicha información sería difícil de inferir. Literalmente no existiría).

El punto fundamental del énfasis de Buchanan sobre la naturaleza emergente del "orden" del mercado es que, en ausencia del proceso de mercado, no existe un orden económico que pueda definirse. Son los actos de comprar o abstenerse de comprar, el regateo, la negociación y el intercambio los que producen el "orden" del mercado. En resumen, siempre debemos reiterar, como economistas, que la materia fundamental de la economía es el intercambio y las instituciones en las que dicho intercambio se realiza.

La yuxtaposición de este enfoque a la economía basada en el intercambio, con el método que enfatiza la óptima asignación social y la distribución justa de los productos promovida por un planificador social benevolente, abre la puerta al contraste que hace Buchanan entre la economía y la política, y su

énfasis en las reglas y el marco institucional. Las cuestiones de "distribución justa" jamás son sobre distribuciones particulares de recursos, sino sobre la selección de las reglas del juego que inducen un patrón de intercambio, producción y, en consecuencia, distribución. La justicia se refiere a las reglas y los procesos, no a los resultados ni a los estados finales.

En forma similar, el mercado no es competitivo porque así lo suponemos, sino que se vuelve competitivo.

> Y es este proceso de *tornarse competitivo*, causado por la presión continua del comportamiento humano en el intercambio, y no el disparate de la perfección postulada, el que constituye el meollo de nuestra disciplina, si es que la tenemos. Una solución a un conjunto de equilibrio general de ecuaciones no se ve predeterminada por reglas establecidas en forma exógena. Una solución, si la hay, surge como resultado de una red evolutiva de intercambios, negocios, operaciones, pagos, acuerdos y contratos que, a la larga, en algún punto deja de renovarse. En cada etapa de esta evolución hacia una solución hay beneficios que pueden obtenerse, existen intercambios posibles, y si esto es cierto, la dirección del movimiento se modifica[72].

La economía, como ciencia del intercambio, no puede generar predicciones precisas sobre puntos exactos, pero sí sobre las tendencias y la dirección del cambio. El mercado es un orden espontáneo y su consistencia se origina dentro del propio proceso. Por lo tanto, carece de sentido cualquier intención de construir el orden independientemente de ese proceso. Como economistas, no tenemos manera de saber lo que el mercado escogerá de manera previa al proceso. El mercado escogerá, como explicó Buchanan, lo que el mercado escogerá[73]. La economía estudia las relaciones sociales de actores que contratan libremente. La política, por su parte, se ocupa de relaciones sociales en las cuales unos individuos se relacionan con otros en forma expresa o potencialmente coercitiva. Lo peculiar del enfoque de Buchanan respecto de la política es su énfasis en la posibilidad de que los cambios en las reglas del manejo de instituciones coercitivas o cuasi-coercitivas puedan producir la base para mejorar el juego económico-político. La tarea del economista es estudiar las relaciones de intercambio que evolucionan en el proceso del mercado. La tarea del especialista en economía política es proponer cambios

en las reglas que generen mayores ganancias del comercio y más innovaciones en el proceso del mercado. Este es el sentido en que Buchanan armoniza la teoría empresarial del mercado —con su énfasis en la evolución continua del proceso de intercambio— con la teoría contractual del Estado, que enfatiza el nivel preconstitucional de selección de las reglas, y el nivel posconstitucional de actividad política dentro de un conjunto dado de reglas.

La función del economista y del economista político en la sociedad

El paradigma de intercambio que sostiene Buchanan desafía las pretensiones de los ingenieros sociales. Nunca deben los economistas dar consejos a los políticos como si se los estuvieran dando a un planificador social benevolente y nunca deben asumir ellos mismos la función de planificadores sociales benevolentes. La sabiduría de la economía política clásica era oponer resistencia a esas ilusiones de grandeza[74]. Adam Smith lo advirtió: los políticos que intentan controlar la economía operan sin el conocimiento de los hombres de negocios y los empresarios sobre la situación local; además, asumirían necesariamente un nivel de poder sobre los demás que no podría ser confiado a ningún legislador individual, a ningún consejo o senado de legisladores y que, en ninguna parte, sería tan peligroso como en manos de "una persona suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido"[75]. El "hombre de sistema" de Smith, "sabio según su propia arrogancia", es objeto de burla en la visión de Buchanan y obviamente también lo fue en la visión de Smith[76].

La política no puede ser considerada como un proceso para lograr emitir "un juicio verdadero", a menos que estemos dispuestos a soportar la tiranía en manos de una élite arrogante que se cree poseedora de la verdad[77]. En el siglo XX, gran parte de la economía y de la política pública fueron desarrolladas para encajar con la agenda intelectual de esta élite progresista. La consolidación de las unidades gubernamentales y la centralización de las entidades burocráticas, combinadas bajo la reglamentación de expertos entrenados, define la profesionalización del gobierno y de la administración pública en la época moderna[78].

La función del economista en la agenda intelectual progresista debe ser la del experto técnico dotado de herramientas de control social. La "buena sociedad" resulta del uso óptimo de esas herramientas. El economista como ingeniero social es consecuencia natural de esta agenda intelectual progresista. La forma como la corriente principal de la economía se desarrolló *después* de la Gran Depresión, y el consenso posterior a la Segunda Guerra Mundial sobre la síntesis neokeynesiana, se asocian directamente a la agenda progresista, a veces de manera inconsciente, pero otras de manera muy explícita. Se dijo que se había demostrado que la mano invisible del mercado no funcionaba, y que se necesitaba la mano visible del Estado para cumplir con la tarea de impulsar la economía. Los reguladores económicos debían utilizar las herramientas del Estado para corregir las ineficiencias de la microeconomía, y las políticas fiscal y monetaria corregirían la inestabilidad macroeconómica. La perspectiva comunicada por Abba Lerner en *The Economics of Control* (Macmillan, 1946) o por el texto clásico de Paul Samuelson, *Economics* (McGraw-Hill, 1948), veían al economista como el salvador potencial, equipado con las herramientas apropiadas para curar las dolencias sociales y timonear la nave del Estado. Por supuesto, este papel asignado a los economistas tiene sentido solamente si el Estado es percibido como un agente activo en la economía, y si la disciplina de la economía es más análoga a la ingeniería que a la filosofía. Esta visión del economista como salvador de la sociedad es ridícula en un mundo en que el Gobierno es considerado limitado en tamaño y poder. Por otro lado, el economista, visto como filósofo y estudioso de la sociedad, es irrelevante si se espera que el Estado desempeñe un papel activo en el juego económico. El cuadro 4.1 puede ilustrar esta situación[79]:

Cuadro 4.1

	Estado Árbitro	**Estado Jugador**
Economista como estudioso	Liberalismo Clásico	inestable
Economista como salvador	inestable	Gobierno Activista

La perspectiva de Buchanan está en la casilla superior izquierda, y en esa casilla al economista no se le concede ninguna posición privilegiada en la

sociedad. El economista está en la posición mucho más humilde de estudioso de la sociedad, de divulgador del conocimiento obtenido de sus estudios y, en ocasiones, de crítico social de las prácticas observadas en su capacidad de ciudadano. Jamás se le permite declarar que tiene una conexión directa con la verdad divina y, mucho menos, que tiene poderes divinos que justifiquen imponer sus puntos de vista a sus conciudadanos. Por el contrario, como ya se mencionó, la función principal del economista es enseñar a los estudiantes los principios básicos de la economía para que ellos puedan convertirse en participantes bien informados en el proceso democrático. Recordemos que en este contexto la definición de "enseñar" incluye una variedad de actividades que van mucho más allá de las aulas y abarcan presentaciones a colegas científicos de investigaciones refinadas, divulgación de análisis políticos a los tomadores de decisiones, comentarios públicos sobre las noticias de los periódicos, y docencia directa en una variedad de niveles, desde clases introductorias hasta seminarios avanzados para estudiantes de doctorado. En resumen, estamos siempre involucrados en las tareas de "estudiar" y "enseñar", pero debemos abstenernos de "predicar", y más aún de "imponer".

La propulsión reformadora de la economía está fuera del alcance del economista como tal, aunque el economista político desempeña un papel importante en los esfuerzos de reforma, incluso en la visión de Buchanan del humilde filósofo mundano[80]. Recalcamos una vez más que la función descrita es muy diferente de la función que asume el economista como salvador. Buchanan insiste en que el economista político se desempeña en el nivel de las reglas, no en el nivel del juego activo con reglas determinadas. El ensayo clásico de Buchanan "Positive Economics, Welfare Economics and Political Economy" establece la posición sutil que debe prevalecer[81]. Buchanan argumenta que el dilema intelectual que confrontan los economistas es que, por interés en la importancia científica de la disciplina, el economista puro debe abstenerse de expresar juicios de valor, limitándose al análisis de relaciones entre medios y fines, y la derivación de hipótesis comprobables. El economista profesional tiene una función mínima en el proceso de elaboración de políticas. Sin embargo, debido a la naturaleza de la disciplina y a su importancia central en el debate político, la profesión seguirá atrayendo a mentes jóvenes deseosas de participar en el proceso de formación de políticas, y buscarán apoyarse en la disciplina científica de la economía.

Con su insistencia sobre la economía política, Buchanan intenta proporcionar la solución a esta agenda intelectual: captar la imaginación de los reformadores sociales jóvenes y ambiciosos, pero guiarlos hacia un análisis de las políticas que no viole la estructura, libre de juicios de valor, de la economía positiva. El paso crítico en este esfuerzo es rechazar la suposición de omnisciencia, implícitamente aceptada en la economía del bienestar tanto la de antaño como la del presente[82]. El economista observador no está en una posición privilegiada para contrastar, desde lo alto, el sistema vigente con algún estándar idealizado de "eficiencia". Al ser rechazada esta posición privilegiada, el concepto de eficiencia que puede discutir el economista es el de acuerdo voluntario entre quienes participan en el proceso. Nada más y nada menos, para regresar a la fórmula de Knight, "un intercambio es un intercambio". Entonces, ¿qué puede decir el economista? Según Buchanan:

> El economista político es concebido a menudo como apto para *recomendar* la política A en lugar de la política B. Si, como explicamos antes, no existe ningún criterio social objetivo, el economista como científico no tiene la capacidad de recomendar. Por lo tanto, toda discusión sobre política en la que participe parece apoyarse en implicaciones normativas. Pero existe un papel positivo para el economista en la formación de política. Su tarea es emitir un diagnóstico sobre la situación de las instituciones sociales y brindar a los individuos involucrados un conjunto de cambios posibles. El economista no recomienda la política A en lugar de la B. Presenta la política A como una hipótesis sujeta a prueba. La hipótesis es que la política A resultará, de hecho, ser un óptimo de Pareto. La prueba conceptual es el *consenso* entre los miembros del grupo que deben escoger, no el mejoramiento objetivo de algún agregado social medible[83].

La tarea política del economista es ofrecer cambios posibles en las reglas del juego económico, aceptables por todas las partes y generadores de un acercamiento al óptimo de Pareto. Por lo tanto, la economía política se encarga de una forma particular del cambio social, que puede ser consecuencia de la acción colectiva, o de las deliberaciones entre los

miembros de un grupo social, sobre las reglas que manejan sus interacciones mutuas en su intento de vivir mejor en sociedad. Los ajustes espontáneos que surgen de las actividades de producción e intercambio, debidos a cambios en los gustos, la tecnología o la disponibilidad de recursos, no son consecuencias de la deliberación colectiva. Estos cambios en el mercado, inducidos por los precios relativos y la contabilidad de ganancias y pérdidas, ocurren constantemente en el contexto de un conjunto de normas sobre derechos de propiedad. El economista, en su calidad de economista, es un estudiante de este proceso dinámico de cambios y ajustes guiados por los precios relativos y el sistema de ganancias y pérdidas. Es un estudioso del orden espontáneo del mercado. Como economista y como crítico social puede señalar problemas posibles en la estructura existente de los derechos de propiedad y/o en las políticas del Gobierno, así como explicar cómo las normas y las políticas existentes pueden, de hecho, inhibir las ganancias del comercio y de la innovación, debido a incompatibilidades de incentivos o distorsiones en el proceso de información y retroalimentación. Como economistas políticos, poseedores del conocimiento científico del orden espontáneo y del análisis de medios y fines que suministra la disciplina de la economía, pueden sugerir cambios hipotéticos en la estructura de las reglas; cambios Pareto-eficientes, sujetos a los límites del consenso entre los miembros de la unidad colectiva.

Como establecimos antes, el economista no es el salvador de la sociedad ni es un experto técnico en quien confiar para superar las dolencias sociales mediante la ingeniería social. El papel del economista es mucho más humilde: consiste en dedicarse al estudio de la sociedad y a la docencia de los principios básicos de la disciplina. Su tarea principal es comunicar a los estudiantes y al público en general una apreciación básica del orden espontáneo del mercado, las ideas fundamentales de la escogencia sujeta a restricciones, y el intercambio mutuamente beneficioso. Conocer la disciplina de la economía es esencial para que sus "estudiantes" puedan convertirse en participantes informados en el proceso democrático de escogencia colectiva.

Por qué el diseño constitucional es consistente con el orden espontáneo

En *El Federalista* (n.º 1), Alexander Hamilton argumentó que la pregunta

crítica que su generación enfrentaba en los Estados Unidos era si el buen gobierno podía ser consecuencia de reflexión y escogencia, o si sería siempre consecuencia del accidente o de la imposición[84]. Esta pregunta política de Hamilton todavía es esencial y espera una respuesta. En tiempos modernos, la exploración de la experiencia constitucional de los Estados Unidos se convirtió en tema de investigación para economistas políticos como Hayek y Buchanan[85]. En manos de estos economistas, se trata de un esfuerzo para desarrollar una teoría de "economía política robusta", sinónimo del desarrollo de la economía política constitucional[86]. Para expresarlo en términos sencillos: ¿Podemos tomar a los hombres como son, con sus motivaciones ordinarias y su sabiduría limitada, y descubrir un conjunto de reglas que ate efectivamente las manos de los gobernantes, de manera que les permita gobernar, pero no abusar del poder que les fue confiado, creando así las condiciones de acuerdo con las cuales los miembros de la sociedad puedan involucrarse libremente en la coordinación compleja de las actividades económicas, para obtener las ganancias del intercambio y la innovación?[87].

Como puntos de énfasis en las obras de estos dos autores, Hayek se concentró en los límites del conocimiento del hombre en el nivel abstracto y en la naturaleza contextual del conocimiento asociado a la economía en la dimensión concreta, mientras que Buchanan insistió en la lógica institucional/organizacional de la política y en los incentivos sistémicos generados por diferentes entornos de reglas. Sin embargo, el mensaje central de ambos autores —con los mismos jugadores, reglas diferentes producen juegos diferentes— se ve a través de sus escritos sobre la economía política comparada. Para Hayek el dilema era cómo limitar la arrogancia racionalista del hombre; para Buchanan, cómo limitar el impulso oportunista del hombre. Ambos encontraron esperanza en lo que llamaron la "norma de generalidad", implantada en un contrato constitucional: no debe aprobarse ninguna ley ni establecerse ninguna regla que privilegien a un grupo de individuos de la sociedad[88]. Al parecer, Hayek se apoya en un proceso evolutivo de prueba y error, que selecciona las reglas que permiten el éxito de la sociedad y descarta las que inhiben el progreso de la sociedad[89]; Buchanan propone un "convenio" constitucional, basado en la construcción de un "velo de ignorancia", para asegurar la justicia del contrato social, y se esmera por

lograr un contrato social que refleje la unanimidad conceptual. En la práctica, nunca vemos una evolución ni un contrato social en forma pura, pero sí alguna combinación en la que los contratos constitucionales se basan en normas sociales evolucionadas, si estas han de permanecer en una sociedad específica[90]. Lo que vemos es una interacción entre habilidades constitucionales creativas y codificación de normas existentes, convirtiéndolas en leyes formales. El Estado subordinado del constitucionalismo encuentra su legitimidad en el Estado inhibido por normas culturales y métodos de sanción social. Si las reglas formales del Gobierno no tuvieran sus raíces en las reglas informales, generadas por las normas y las convenciones sociales, el costo de imponer las reglas formales sería prohibitivo[91].

El poder normativo de la economía política clásica es crear reglas que limiten el poder del Gobierno y, a la vez, establezcan un entorno que promueva la cooperación social de acuerdo con la división del trabajo. Cuando pensamos en el contrato constitucional, es práctico usar las distinciones de Buchanan entre el Estado protector (ley y orden), el Estado productivo (bienes públicos) y el Estado redistributivo (buscadores de rentas), para apreciar el problema fundamental: ¿Podemos hallar un conjunto de reglas de gobierno que permitan el desarrollo del Estado protector y del Estado productor, sin desencadenar al Estado redistributivo?[92].

Las reglas deben someter la conducta de los políticos, aunque no transformen la naturaleza humana. En otras palabras: se presume que los hombres son deshonestos[93], pero las reglas de buen gobierno, de acuerdo con las cuales los hombres se relacionan, disciplinan su falta de honestidad de tal manera que la conducta deshonesta se mantiene controlada hasta dejar incluso de existir. Las reglas de buen gobierno pueden limitar también la arrogancia de los políticos, que se hace evidente en sus esfuerzos para ejercer control y comando sobre la economía.

Para nuestros propósitos presentes, es importante enfatizar que en una economía de mercado, con derechos de propiedad definidos claramente y libertad de contratación, no hay conflicto entre el ejercicio de la profesión constitucional y el aprecio del orden espontáneo. Por otra parte, el reconocimiento del proceso de evolución social que ocurre en toda sociedad

produce normas y costumbres que permiten a los grupos de individuos cooperar entre ellos, a veces en circunstancias muy difíciles. La profesión constitucional claramente comprendida no puede ser extraída de la historia, proponiendo escenarios imaginarios de reglas completamente nuevas. Las advertencias de Buchanan contra la omnisciencia en la política económica chocan con el impulso constructivista, del mismo modo que su trabajo sobre la importancia del *statu quo* en la economía política nos señala dónde debe empezar el ejercicio de la artesanía constitucional.

El *statu quo* de Buchanan carece de peso normativo, pero tiene peso analítico. Es lo que es. Empezamos con el "aquí y ahora", no con un Estado imaginario donde podemos suponer que los problemas que plagan la estructura existente de derechos pueden ser descartados sin riesgo. La tarea del economista político como artesano constitucional sigue siendo proponer cambios hipotéticos de reglas que deben generar acuerdo entre los miembros de la unidad de acción colectiva, incluyendo a quienes en el presente se benefician del *statu quo*. La política, como intercambio, procura encontrar mejoras Pareto-eficientes, que puedan generar acuerdos, y el principio de compensación es una brújula importante en ese proceso de escogencia colectiva.

Que la artesanía constitucional comience con "aquí y ahora" significa que está limitada por la historia, pero no que sea esclava de la historia. La relación entre la cultura y la política económica tiene matices. La cultura no es completamente rígida ni perfectamente moldeable, pero es omnipresente y el hombre no puede escapar de ella. Para usar la expresión de Eric Jones, vemos culturas que se entremezclan a lo largo de la historia con respecto al cambio institucional y al crecimiento económico[94].

Cuando Hayek incluyó su apéndice "Por qué no soy un conservador", el mensaje que trataba de comunicar era que, como Hamilton, no deseaba limitarse a una aceptación pasiva del accidente y la imposición, dado que la reflexión propia y la escogencia pueden ser usadas para mejorar la condición humana[95]. En *The Constitution of Liberty,* parte de un proyecto más amplio en la mente de Hayek sobre "El abuso de la razón"[96], intentó rectificar la arrogancia de los intelectuales. En sus propias palabras, Hayek buscaba "usar la razón para reducir las pretensiones de la razón". Pero, una vez más, el objetivo del libro era persuadir a sus lectores de que era necesario un cambio

en las reglas —tanto en las generales sobre la naturaleza del gobierno, como en las particulares sobre política monetaria o laboral, por ejemplo— y de que la civilización occidental debía continuar su camino de paz y prosperidad. La visión principal de Hayek, sobre un tema que Buchanan desarrollaría con mayor profundidad, era que, si hemos de progresar, las reglas particulares de política deben ser consistentes con las reglas generales de gobernabilidad. El Gobierno debe estar limitado por reglas, no impulsado por intereses.

Pero, al llegar a este juicio crítico, Hayek admitió un punto epistemológico importante en su esfuerzo por alcanzar un cambio social firme de las reglas de buena gobernabilidad. El científico social debe ser un crítico de todas las convenciones sociales y de los esquemas existentes de reglas sociales, pero no puede criticarlas todas al mismo tiempo. Según Hayek, para asumir la actitud de un crítico racionalista, es preciso considerar como dadas una gran cantidad de conductas existentes y no criticar las raíces y las ramas de todas las reglas sociales. El racionalista constructivista propone la transformación de todas las raíces y todas las ramas de las reglas sociales. Hayek argumenta que tal esfuerzo es arrogante y está condenado a la frustración y al fracaso. Por otra parte —a pesar de cómo lo han interpretado varios analistas (incluso Buchanan, en varias ocasiones)—, Hayek no sostiene que la artesanía constitucional esté condenada a la frustración y al fracaso. Si fuera diferente su visión sobre el tema, no habría escrito obras como *The Constitution of Liberty,* ni el tercer volumen de *Law, Legistation and Liberty*[97]. Para Hayek, y también para Buchanan, la libertad se encuentra en el contrato constitucional que ata las manos de los gobernantes y establece el marco institucional que nos permite vivir mejor en sociedad. El marco institucional de la constitución convierte situaciones de conflicto social en oportunidades de cooperación social.

En sus reflexiones sobre la economía política postsocialista, Buchanan confrontó este problema epistémico de Hayek sobre el cambio social[98]. Las "presuposiciones tácitas sobre la economía política", según Buchanan, debían ser reconocidas explícitamente y examinadas a la luz de la experiencia histórica, radicalmente diferente, de los pueblos que vivieron bajo regímenes socialistas. La historia es importante cuando se hace análisis institucional. En palabras de Buchanan: "La historia, y la imaginación histórica que esta moldea, son importantes"[99]. La historia vivida por un pueblo constituye el

statu quo respecto del cual debe realizarse el cambio social, a través de la artesanía constitucional.

La construcción constitucional *ab ovo* debe descartarse, ya que viene infectada por la "fatal arrogancia"; pero la artesanía constitucional inspirada por un *statu quo*, y negociada dentro de un proceso dinámico de acción colectiva es una parte integral del establecimiento de un orden liberal[100]. Por medio de este proceso dinámico, una apreciación del orden espontáneo no entrará en conflicto con la artesanía constitucional y dotará de contenido económico a la estructura de reglas por las que deben dirigirse con ahínco nuestros esfuerzos artesanales, para que los ciudadanos puedan disfrutar de una vida más satisfactoria y autónoma[101]. Las formas de vida de los individuos son numerosas, pero de hecho son pocas las formas de *convivencia* que permiten lograr, simultáneamente, autonomía individual, relaciones sociales pacíficas y una prosperidad generalizada[102].

Conclusión

Hemos visto que James Buchanan pone un gran énfasis en la función del economista como estudioso de la sociedad y divulgador de los principios básicos de la ciencia económica. La tarea del economista y del economista político nunca es concebida como la de un ingeniero social a cargo de las palancas del control social de la política y la economía. En nuestro epígrafe de Frank Knight, el concepto del economista entrometido choca con la mera noción de la gobernabilidad democrática y, en el contexto de un sistema democrático es, de hecho, contrario a la ética. ¿Quién aprobó que se privilegiara al economista en el discurso político? El economista y el economista político tienen una función mucho más humilde, aunque esencial, en una sociedad libre. Como economistas educamos a nuestros estudiantes (definidos en sentido amplio) sobre los principios básicos de nuestra disciplina científica para que puedan convertirse en participantes informados en el proceso democrático. Como Buchanan lo establece explícitamente:

> He argumentado con frecuencia que solamente hay un principio económico que vale la pena enfatizar, y la función didáctica del economista es comunicar algún grado de comprensión de este principio

> al público en general. Fuera de este principio, no habría base para el apoyo, por parte del público en general, de la economía como disciplina académica legítima, y no habría sitio para la economía como elemento apropiado del currículum de una educación liberal. Me refiero, por supuesto, al principio del orden espontáneo del mercado, que fue el gran descubrimiento intelectual del siglo XVIII[103].

Por otra parte, como hemos argumentado, el economista político propone cambios hipotéticos en la estructura de las reglas, sujetos a la prueba del consenso de los demás en el ámbito de la escogencia colectiva. El orden no se impone. El orden es consecuencia del acuerdo.

El orden del mercado es espontáneo y emerge de la conducta de intercambio de individuos en el contexto de una estructura preexistente de derechos de propiedad, y de normas y mecanismos de obligación. Es un proceso dinámico en un contexto de normas. En otro nivel de análisis, hay escogencia entre las normas que enmarcan este proceso y permiten que el orden se defina continuamente y se redefina como consecuencia de la deliberación consciente. La gran contribución de Buchanan a la economía política y a la filosofía social fue reconciliar el énfasis en los procesos económicos y la conducta estratégica de los individuos en el juego económico con el nivel constitucional de análisis. Así, Buchanan demuestra cómo solo mediante la utilización de una ciencia económica valorativamente neutral podemos establecer una visión valorativamente relevante de la economía política y la filosofía social. Para expresarlo en otros términos: la economía se enfoca en el juego, dado un conjunto de reglas, mientras que la filosofía social reflexiona sobre cuestiones de justicia y el ideal de una "buena sociedad". La "buena sociedad" no puede ser analizada independientemente del reconocimiento de que la política nunca se refiere a distribuciones particulares de recursos, y sí a reglas del juego social que engendran un cierto patrón de intercambio, producción y distribución. Las preguntas sobre "justicia" y "equidad" no se refieren a los resultados finales de los procesos distributivos, sino a las reglas y a la interacción social derivada de esas reglas. En última instancia, los filósofos sociales pueden preguntar: "¿Qué es un juego bueno?" Pero es la ciencia económica la que nos contesta la pregunta sobre "cómo participan los jugadores en el juego, dadas las reglas del mismo".

La economía política como disciplina tiene que ver con la forma como interactúan las reglas y las estrategias, y con el reconocimiento de que la respuesta a "qué es un juego bueno" solo puede ser suministrada si examinamos cómo participarán los jugadores en el mismo, dadas esas reglas. La economía proporciona a la filosofía social una información necesaria, pero no suficiente. Sin esta información, el discurso de la filosofía social resultará irrelevante para responder a las preguntas planteadas sobre lo que constituye una "buena sociedad".

La economía es una ciencia pública en dos sentidos. Si el conocimiento producido por la disciplina genera mejores leyes, reglas e instituciones, el adjetivo "pública" se justifica. Pero Buchanan enfatiza que hay otro sentido según el cual la economía es una ciencia pública. Es un compromiso educativo, en el que la transmisión del conocimiento básico de la disciplina mejora la habilidad de los estudiantes para ser participantes informados en el proceso democrático de seleccionar los parámetros dentro de los cuales se efectúa la interacción económica[104].

En ninguno de los dos sentidos de la economía como ciencia pública la teorización del orden espontáneo causa conflicto con el ejercicio intelectual de artesanía constitucional. Más bien coexisten en una relación intelectual simbiótica. El orden espontáneo del juego económico es estructurado por el marco establecido de ley y orden, y el marco autosostenido de ley y orden viene legitimado por la historia y la cultura de un pueblo. Como lo sugirió Hamilton, nos viene a la mente ver nuestras constituciones como un producto de reflexión y escogencia, y no como accidente e imposición. La historia y la cultura son importantes. Buchanan reconoció, en una diversidad de contextos, que la historia y la cultura constituyen el *statu quo* a partir del cual debe iniciarse toda negociación política. El "aquí y ahora" es lo que es, y carece en sí de peso normativo alguno. Solo es. Pero esto significa que toda negociación debe empezar "aquí y ahora", y no en algún punto de partida mitológico.

La artesanía constitucional empieza con el reconocimiento de esta evolución previa y propone normas que, hipotéticamente, nos permitirán convivir mejor, sujeto esto al acuerdo de las partes interesadas en la acción colectiva. Una vez establecidas, realizarán las mejoras hipotéticas Pareto-eficientes, creando un entorno económico en el que el orden espontáneo del

mercado genere los beneficios del intercambio y de la innovación que surgen cuando se promueve la cooperación social de acuerdo con el principio de la división del trabajo. En el contrato constitucional no solo está la libertad, sino también la promesa de paz y prosperidad. Tenemos aquí una lección importante que la economía ofrece a nuestros conciudadanos cuando estos se involucran en la práctica dinámica del autogobierno. Y es una lección impartida con mayor claridad en las obras de James M. Buchanan que en las de cualquier otro autor en la historia de nuestra disciplina.

Parte II
Sobre los profesores de economía

Capítulo 5

La relevancia como virtud

Hans Sennholz

El estudio avanzado de la economía tiene por objeto aprender cómo piensan otros economistas, el lenguaje que usan, los modelos que crean y la evidencia que proporcionan. Muy poco de la educación económica se aplica a estudiar la economía real y la respuesta política apropiada a problemas determinados. Solemos estudiar las obras de otros economistas, no el sistema económico *per se*.

Soy profesor de economía. Con frecuencia he pensado sobre mi propia experiencia como estudiante en Grove City College, y me he preguntado por qué, en última instancia, opté por convertirme en economista y profesor de economía. Comprendí que el poder detrás del método del Dr. Hans Sennholz era la importancia que él confería a la economía para comprender el mundo real. Poco tiempo se dedicaba en las clases a Keynes, menos a Marx y algo a Friedman. Sennholz dedicaba la mayor parte de su energía a aplicar el enfoque económico de la Escuela Austriaca para comprender la historia económica de la Revolución Industrial, la Gran Depresión, el patrón oro, el fracaso del socialismo, del fascismo y del intervencionismo. En sus exposiciones, los beneficios del libre comercio se ensalzaban, mientras que se ponían en evidencia los vicios del proteccionismo.

Según las clases del Dr. Sennholz, la Escuela Austriaca de Economía era la promotora más consistente y más elocuente del sistema de libre empresa, fundamentado en la propiedad privada. Pero la Escuela Austriaca era tan propensa a que no se le otorgara importancia como otras escuelas de pensamiento económico atrapadas en la vida académica.

Cerca de 1983, cuando yo había empezado a inclinarme hacia la carrera de economista profesional, Sennholz me describió la Escuela Austriaca contemporánea de esta manera: Kirzner era un metodólogo conectado con otros economistas, pero no conectado seriamente con el mundo; Lachmann escribió un buen libro sobre el capital y nada más; a Rothbard le complacía ser un libertario radical, lo que no era importante para el mundo práctico de la política pública. Pero la rama Sennholz de la Escuela Austriaca libraba constantemente la batalla de la política pública en Washington (o “Washin”, como él lo pronunciaría). En ese tiempo —y ahora también— mis simpatías

estaban con las ideas libertarias de Rothbard, y mi tendencia fue rechazar la caracterización de Sennholz como demasiado conservadora. Al seguir investigando sobre las enseñanzas de la Escuela Austriaca contemporánea, estuve en desacuerdo con los comentarios de Sennholz sobre Kirzner y Lachmann, y le di más importancia a las contribuciones puramente intelectuales de estos individuos que a su política pública. Pero ahora, transcurrida ya la mitad de mi carrera profesional, me inclino a apreciar —más que en ningún otro momento desde que fui su estudiante, hace treinta años— la insistencia del Dr. Sennholz sobre un compromiso continuado con el mundo de la política pública. Los economistas debemos mantenernos alerta sobre nuestra importancia en los debates de política pública. Nuestra economía es mejor cuando nuestro trabajo es pertinente para los problemas del mundo real. Por supuesto, la ciencia y la filosofía son importantes, y la verdad ha de ser nuestro principal objetivo. Pero esperamos que la verdad nos provea de una visión más clara sobre cómo opera el mundo, y sobre la base de esa comprensión correcta debemos comprometernos más directamente con él. Debemos evitar el vicio de los economistas —tanto de la Escuela Austriaca como de otras afiliaciones— de enfocar nuestra atención exclusivamente en otros economistas, en vez de enfocarla en la economía[105].

Los estudios del Dr. Sennholz como ejemplo de su entrega a lo relevante

Los aportes más significativos que el Dr. Sennholz hizo durante su carrera los hizo, sin duda, en el salón de clases y en la sala de conferencias. Orador dinámico —sabía aprovechar su acento alemán para enfatizar diferentes aspectos—, Sennholz se dirigió a miles de estudiantes y a otras audiencias durante sus años en Grove City College, y más tarde como presidente de la Foundation for Economic Education (FEE). Con frecuencia escribió comentarios sobre el mundo de la política pública. Muchos de estos escritos no son investigaciones profundas, sino ejercicios de periodismo económico. Algunos parecen sermones morales, más que ensayos económicos: sermones sobre el orden de la propiedad privada y la buena política monetaria. Además de esta entrega, casi diaria, a la política pública contemporánea, Sennholz publicó libros que constituyen aportes más duraderos. Fieles a las inquietudes

intelectuales del autor, estos libros son contribuciones a cuestiones de política pública: por ejemplo, el desarrollo de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, el problema de la inflación en la década de los setenta, el desempleo a principios de la década de los ochenta, la deuda pública y el déficit a finales de esa misma década y una propuesta para restaurar la libertad monetaria[106].

En cada uno de esos libros, Sennholz procuró usar los aportes más importantes de la Escuela Austriaca, en particular los de su maestro Ludwig von Mises, para exponer los errores de las políticas del Gobierno encaminadas a dirigir el sistema económico. Mises y Wilhelm Röpke fueron los economistas que más influyeron en Sennholz. Esto se ve en su énfasis sobre la seguridad de la propiedad privada, la apertura comercial, la libertad laboral, el dinero sano y la responsabilidad fiscal. El utilitarismo de Mises se refleja en los argumentos consecuencialistas de Sennholz contra la intervención del Gobierno y el moralismo de Röpke en la dimensión ética que Sennholz raras veces deja fuera de sus obras. El mensaje básico de Sennholz es que la economía de libre mercado no solo es eficiente, sino también moralmente correcta. La interferencia del Gobierno en el desarrollo natural de la economía no solo es ineficiente, también es una infamia que debe ser resistida. Las políticas inflacionarias distorsionan el cálculo económico y son violaciones fundamentales de la confianza depositada por los ciudadanos en su Gobierno. Los sindicatos obstruyen el mercado laboral. Las barreras legales que favorecen a los sindicatos entorpecen la libertad de contratación y generan conflictos en el mercado, que en otras circunstancias tendería a la armonía de los intereses, inducida por la escogencia voluntaria. La deuda pública y los déficits fiscales entorpecen la inversión privada, ponen en riesgo la productividad futura, y destruyen la disciplina fiscal necesaria para mantener al Gobierno bajo control y evitar la mentalidad de los derechos adquiridos, que es inherente al proceso democrático y suele desatar conflictos sociales o raciales.

Sennholz desarrolla estos argumentos en lenguaje sencillo y raras veces usa la jerga de los economistas profesionales. Los que lo escuchan son primordialmente legos interesados y no economistas. Sin embargo, sí condimenta su discurso con comentarios sobre las obras de otros economistas, en particular de figuras como John Maynard Keynes, A. C. Pigou y Milton Friedman. Sus referencias a la evolución de las ideas

económicas en la profesión económica están siempre en el contexto de su misión amplia, que consiste en exponer los errores populares que engendran una política pública equivocada. Sennholz insiste en que la función del economista debe apoyarse en una posición firme y valerosa contra los "guardianes putativos del bien común, cuando nos conducen por el camino equivocado"[107].

El mensaje básico que Sennholz quiso transmitir a sus lectores está plasmado en todos sus libros, desde el primero hasta el más reciente. Como ejemplo, consideremos este extenso párrafo de su libro *How Can Europe Survive?*

> Si el mundo entero fuera intervencionista, la coexistencia pacífica de las naciones soberanas sería imposible. La interferencia del Gobierno con la operación de la economía de mercado favorece a ciertos productores, a expensas de otros productores y consumidores. Este "favor", esta "protección", toma por lo general la forma de influencia y regulación de precios, que se basa en restricciones a las exportaciones e importaciones. Estas restricciones son medidas de nacionalismo económico y causan conflictos económicos internacionales. Las políticas inflacionarias, acopladas con regulaciones de paridades arbitrarias, producen faltantes de moneda extranjera, que a su vez conducen a nuevas restricciones del comercio exterior. Otras formas numerosas de intervención y proteccionismo del Gobierno — restricciones a la competencia y a la inversión, control de calidad y cantidad de los bienes producidos, impuestos que consumen capital e inducen la exportación del capital líquido, y protección de numerosas organizaciones de comercio y de profesiones— son actos directos de nacionalismo económico o dependen de actos suplementarios de nacionalismo económico. Sea cual fuere la forma como analicemos el sistema del intervencionismo, su aspecto inherente internacional es la desintegración de la división del trabajo. Todo acto de nacionalismo económico requiere ajustes dolorosos en los países que comercian con el país ofensor. En el análisis final, todos los países que el comercio internacional vuelve interdependientes se ven obligados a hacer ajustes en sus estructuras de producción debido a un simple acto de nacionalismo económico. Solo el sistema de libertad individual y una

> economía mundial no obstaculizada pueden generar las ventajas enormes de la división internacional del trabajo y desarrollar un entorno en el que las naciones pueden vivir en paz[108].

Los libros, los artículos y las conferencias de Sennholz repiten una y otra vez el tema de cómo una intervención engendra otra intervención y cómo estas socavan el orden pacífico del mercado. Las imágenes que Sennholz evocaba hace veinte años en sus conferencias aún suenan en mis oídos. Por ejemplo, describía al moderno Estado benefactor como un círculo gigantesco, con las manos de todos nosotros metidas en los bolsillos de nuestros vecinos. Pero Sennholz no solamente usaba la retórica y las imágenes para estimular a las mentes jóvenes sobre la economía y la política económica de una sociedad libre. Como lo demuestra el párrafo citado, su análisis tenía importancia duradera. Lo que escribió en 1955 es tan importante hoy como lo fue entonces. En los albores de la crisis asiática de 1998, muchos economistas —Joseph Stiglitz fue el más notable— recetaron la imposición de control de capitales[109]. Pero, según Sennholz, la política restrictiva sobre capitales consume el capital de hoy y enajena el capital líquido. Los argumentos de Sennholz son todavía importantes —en gran medida como advertencias— para la formación contemporánea de la Unión Europea. En lugar de crear un ambiente de libertad de capital y mano de obra a través de Europa, grupos de intereses industriales y sindicatos laborales esgrimen el poder político para mantener las restricciones. Pero, como argumentó Sennholz a mediados del siglo pasado, la libertad de comercio y la libertad de movimiento de mano de obra y capital es la medida más importante que los pueblos de Europa pueden adoptar. La unificación sería aceptable si la mayoría de los europeos fueran liberales clásicos en su inclinación política, pero, como la mayoría de ellos se inclinan hacia el intervencionismo y el socialismo, la promesa de una Europa económicamente unificada no podrá cumplirse. La unificación presupone libertad de movimiento de mano de obra, pero el Estado benefactor impone leyes de migración y límites de la oferta de mano de obra para mantener los salarios superiores al salario del mercado y beneficiar a grupos de trabajadores privilegiados. La unificación presupone que los Gobiernos eliminen todas las barreras de entrada a competidores extranjeros, para obligar a las empresas domésticas a minimizar sus costos, con el fin de

competir efectivamente. Pero las políticas del Estado benefactor elevan los costos de los negocios para garantizar que se cumplirán los objetivos sociales. Esto significa que las empresas domésticas deben ser protegidas contra la competencia extranjera, para que no peligre su propia posición competitiva. En otras palabras, el Estado benefactor engendra el proteccionismo. La unificación presupone una moneda estable, pero el Estado benefactor aumenta el crédito para financiar políticas socialdemócratas. La unificación requiere migración libre de capital, pero el Estado benefactor exige el control del Gobierno sobre las inversiones y los movimientos de capital. Sennholz argumentaba: "Es obvio que el Estado benefactor es incompatible con la unificación interestatal, lo que requiere que se tome una decisión trascendental. Los países de Europa deben escoger entre el bienestar creado por el Gobierno y la unificación interestatal. No pueden tener las dos cosas"[110].

Además de su análisis económico sobre la intervención y la expansión del crédito, un tema consistente en las obras de Sennholz es, como lo he dicho antes, que no debemos olvidar el elemento moral. Solamente un cambio en la moralidad pública y privada generará los cambios necesarios. Según Sennholz, "las reformas significativas son, en última instancia, reformas morales, cambios en la percepción de la buena conducta"[111].

Conclusión

Los "sermones" económicos que oí en Grove City College cambiaron el rumbo de mi vida. No pasa un día sin que recuerde con afecto el estilo y la sustancia de las clases del Dr. Sennholz. Como profesor de economía básica de cientos de estudiantes, me apoyo en esos recuerdos cuando intento transmitir a mis alumnos los principios de la economía y sus implicaciones para una sociedad libre. No me siento muy bien cuando introduzco el elemento moral en la discusión, pero creo a ciencia cierta que el Dr. Sennholz tenía razón cuando expresaba que una reforma duradera necesita un cambio de moralidad. Durante la última década, la dificultad de las economías de transición para establecer una economía de mercado acentúa la complejidad de la matriz institucional, que se requiere para que funcione adecuadamente el sistema de precios. Independientemente incluso de estas experiencias de

transición, en principio la economía política necesita, en cierto nivel de análisis, la adopción de una perspectiva moral[112].

El Dr. Sennholz mezcló exitosamente su conocimiento de la ciencia económica con un compromiso profundo con los principios morales que rigen una sociedad de individuos libres y responsables. Este mensaje fue transmitido con claridad en sus libros, en sus clases y en sus conferencias. Para los estudiantes de mente abierta, el mensaje de Sennholz fue transformador. En los días oscuros del siglo XX, cuando el socialismo parecía adueñarse del campo moral más elevado, unos pocos valientes se oponían a esa tendencia intelectual. Algunos entregaban sus energías al estudio puro. Los economistas laureados con el Premio Nobel —F. A. Hayek, Milton Friedman, George Stigler, James Buchanan, Ronald Coase, Douglass North— orientaron la economía en nuevas direcciones y proveyeron nuevas municiones para defender la economía de libre mercado. Algunos devotos de la libertad económica, entre ellos Milton Friedman, fueron elevados al estatus de celebridad como intelectuales públicos. Otros, como Murray Rothbard, impulsaron la estrategia mixta del estudio y el activismo político. Israel Kirzner intentó crear un movimiento puramente académico, basado en las enseñanzas de la Escuela Austriaca. Cuando se escriba la historia de la influencia que ejerció la Escuela Austriaca durante la segunda mitad del siglo XX, las aportaciones del Dr. Sennholz, como maestro y como escritor popular, deben figurar también en ella. Sennholz dio a cientos de jóvenes la oportunidad de recibir las enseñanzas de la Escuela Austriaca en una época en que el nombre de Mises ya no era reconocido por los economistas. En una entidad rural de Pensilvania, dedicada a la docencia básica de las humanidades, el Dr. Sennholz transmitió, de manera consistente y enérgica, los principios de libertad individual y libre empresa durante más de treinta años.

Capítulo 6

La contribución olvidada

Murray Rothbard sobre el socialismo teórico y práctico

La contribución de Murray Rothbard fue significativa para nuestra comprensión de la teoría y la práctica del socialismo en la Unión Soviética. En sus escritos de las décadas de los 50 y los 60, Rothbard se anticipó a *todos* los desarrollos importantes relacionados con los problemas de la economía soviética y a *todos* los aportes intelectuales sobre economía política comparada, relacionados con el socialismo realmente existente de la Unión Soviética.

> La extensión del socialismo en el mundo de nuestros días es, al mismo tiempo, subestimada en países como los Estados Unidos y sobreestimada en la Rusia soviética. Es subestimada en los Estados Unidos, porque el aumento de los préstamos del Gobierno a las empresas privadas ha sido ignorado en términos generales y hemos visto que el que otorga préstamos, sin que importe su estatus legal, también es un empresario y dueño en parte de la empresa. La extensión del socialismo soviético es sobreestimada, porque la mayoría de los autores ignoran que Rusia no puede ser totalmente socialista, mientras pueda referirse a los mercados relativamente libres que operan en otras partes del mundo. En otras palabras, un país socialista o un bloque socialista de países experimentan inevitablemente enormes dificultades y enormes desperdicios en su planificación, pero pueden comprar, vender y mantener referencias con el mercado mundial. Estas condiciones les permiten aproximarse, aunque sea vagamente, a los precios racionales del mercado por extrapolación. Ampliamente conocidos, los desperdicios y los errores de esta planificación del socialismo parcial son insignificantes, en comparación con lo que ocurriría si el mundo entero fuera socialista, sumido en el caos total de la planificación centralizada[113].

Para los economistas se ha vuelto un lugar común insistir en que el colapso del bloque soviético en 1989 fue un momento decisivo en la economía política del siglo XX. Además, es casi obligatorio para estos economistas insistir en que nadie predijo el colapso del comunismo. Pero esta humildad es

autoimpuesta por la camisa de fuerza intelectual que muchos economistas visten. Murray Rothbard rechazó ser confinado a los métodos y la metodología de las líneas dominantes del pensamiento económico de su tiempo. Se opuso al formalismo de la teoría de precios de Walras, al positivismo de la econometría y a los agregados keynesianos. Pero no nos equivoquemos. Históricamente Rothbard fue un miembro destacado del pensamiento económico y esta corriente ortodoxa en economía no debería ser tan humilde frente al colapso del comunismo al final de la década de los 80. Mucho antes de las revoluciones socialistas del siglo XX, los economistas anticiparon los problemas que traerían las desviaciones del régimen de propiedad privada y el control del Gobierno sobre la economía.

El dilema que deben confrontar los economistas como Rothbard es cómo pudo el socialismo persistir en la práctica por tanto tiempo, dados todos los problemas que ellos habían identificado en el sistema teórico. Afortunadamente, Rothbard no guardó silencio sobre esta "caja negra" del socialismo realmente existente. Pudo demostrar en sus obras que la economía socialista era teóricamente imposible y cómo el socialismo en la práctica se las arregló para sobrevivir. En su libro *Man, Economy and State,* Rothbard enriqueció al lector con una presentación meticulosa de los principios básicos de la economía y de la economía política, y puso a disposición de los estudiantes serios un marco para el análisis del socialismo realmente existente en la Unión Soviética. En esos tiempos (y hasta hoy) las explicaciones de Rothbard fueron y son muy superiores al marco explicativo dominante en la llamada "sovietología" y en el campo de los sistemas económicos comparados. Como en otras áreas de la economía y de la economía política, Rothbard dejó que la lógica del argumento lo llevara a donde debía llevarlo, sin considerar las opiniones convencionales.

En relación con el socialismo, debemos recordar el contexto intelectual de la economía y de las ciencias sociales en las décadas de los 50 y los 60. Había críticas contra el socialismo, pero la mayoría de los intelectuales pensaban que el socialismo era un ideal moral y que la planificación económica socialista tenía el potencial de derrotar al capitalismo en términos de crecimiento económico. Muchos reconocían las atrocidades cometidas por el régimen soviético, pero eso nada tenía que ver con las dificultades inherentes de la planificación socialista. Los problemas de la Unión Soviética se debían a la ausencia de un sistema político democrático. El sistema económico

soviético había evitado la Gran Depresión, había estimulado la inversión industrial que permitió la derrota de Hitler, había alcanzado un nivel significativo de crecimiento después de la Segunda Guerra Mundial, de acuerdo con las estadísticas oficiales, y había derrotado a los Estados Unidos en la carrera tecnológica de la conquista espacial, cuando lanzaron el Sputnik en 1957, y cuando Yuri Gagarin viajó al espacio, en abril de 1961. Cuando Khrushchev golpeó el podio con su zapato, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, no se refería exclusivamente a la superioridad militar de la Unión Soviética.

El análisis del sistema soviético hecho por Rothbard desafió todas esas presunciones. La opinión popular entre los economistas veía en el sistema soviético crecimiento económico, eficiencia económica, propiedad colectiva, planificación centralizada. Rothbard veía crecimiento insostenible, ineficiencia, derechos de propiedad atenuados, precios internacionales y mercados negros. Aparte de los escritos de tres o cuatro economistas, fue apenas en la década de los 90 cuando los investigadores en sistemas económicos comparados pudieron alcanzar el nivel del análisis que Rothbard había delineado ya en 1962 con su libro *Man, Economy and State*. Cada vez más y más intelectuales han llegado a comprender los enfoques conceptuales que inspiran el análisis de Rothbard. A lo largo de este capítulo, analizaremos las implicaciones completas de su argumentación, que permanecen ocultas para la gran mayoría de los economistas que discuten sobre estos conceptos.

Contribuciones teóricas sobre los problemas del socialismo

El punto de partida del análisis de Rothbard es la demostración de Ludwig von Mises de que el cálculo económico dentro de una comunidad socialista era, estrictamente hablando, imposible. En ausencia de cálculo económico racional, la producción económica se vería reducida a meros tanteos en la oscuridad. Al escoger entre el proyecto de producción A o el proyecto de producción B, los planificadores económicos carecerían de criterios económicos para tomar la decisión. Para expresar esto en términos más prácticos, imaginemos que un planificador socialista es confrontado con la tarea de decidir si las líneas férreas han de construirse con platino o con

acero. Tecnológicamente, el platino sería el metal superior para asegurar larga duración a los rieles y viajes cómodos en tren. En una economía capitalista, el mercado de bienes de capital reflejaría los usos alternativos del platino y daría al inversionista opciones para decidir en términos de eficiencia de costos. Pero en un sistema socialista, el mercado de los bienes de producción habría sido abolido. El socialismo completo elimina todas las referencias a los mercados mundiales y toda memoria de asignaciones previas del mercado. Los planificadores se verían confrontados con una situación en la que el sistema de precios, abolido, ya no podría servir como indicador de las escaseces relativas que proporcionan el conocimiento necesario para el cálculo de los tomadores de decisiones. Por lo tanto, el criterio económico queda descartado. La imposibilidad de fundamentar las decisiones en un cálculo económico racional significa que la *economía* socialista es imposible[114].

Rothbard enfatiza este punto de manera concisa: "Mises, quien expresó la última y la primera palabra en este debate, demostró irrefutablemente que un sistema económico socialista no tiene capacidad para calcular, porque carece de mercado y, por lo tanto, carece de precios para los bienes de producción, especialmente para los bienes de capital"[115]. Rothbard argumenta que, paradójicamente, la crítica de Mises sobre el socialismo no se refiere al tema de la propiedad colectiva —pese a los problemas que este esquema genera—, sino a los arreglos institucionales que requieren que un solo agente dirija el uso de los recursos en toda la economía. Rothbard presenta el argumento de Mises en el contexto de una tendencia natural de la economía capitalista, en el sentido de incrementar la integración vertical de las empresas y por tanto el poder de monopolio en la economía de mercado. Los críticos del mercado libre argumentan con frecuencia que la tendencia natural es que la economía evolucione en dirección de un gran cartel que controle todos los recursos productivos de la misma. Pero una economía de mercado, explica Rothbard, no puede inclinarse en esa dirección, porque las empresas no pueden integrarse verticalmente sin confrontar el problema del cálculo económico. Las leyes de la ciencia económica establecen límites al tamaño de toda empresa en el mercado, y esos límites son establecidos por el cálculo económico[116].

Supongamos que una empresa intenta integrarse verticalmente, eliminando

de este modo el mercado externo para bienes de producción. Rothbard explica:

> En este caso, en la empresa no habría forma de saber cuál etapa de su producción generaría ganancias y cuál no. Por lo tanto, no habría forma de saber cómo asignar los factores entre las diferentes etapas. No habría forma de estimar ningún precio implícito o costo de oportunidad para una etapa en particular. Toda estimación sería completamente arbitraria y no tendría relación alguna con las condiciones económicas[117].

El análisis de Rothbard antecedió a la investigación que se haría más tarde sobre la organización interna de la empresa, el problema de los precios de transferencia y la evolución de la empresa de muchas divisiones para resolver estas dificultades, relacionadas con la excesiva centralización[118]. Es importante destacar que Rothbard vio que la magnitud del problema del cálculo económico aumentaría cuanto más avanzara el sistema social de intercambio y producción:

> El cálculo económico se vuelve más y más importante cuando la economía de mercado se desarrolla y progresa; cuando aumentan las etapas productivas y la variedad de los bienes de capital. Por lo tanto, para mantener una economía avanzada, siempre será más importante la preservación de mercados para todos los bienes de capital y todos los bienes de producción[119].

El último punto es crucial, porque se relaciona con el aserto marxista referente al objetivo de la planificación económica socialista. En una obra posterior de Rothbard, se lee esta observación, obvia en apariencia, pero muy perceptiva: "La clave del sistema de pensamiento intrincado y masivo creado por Karl Marx (1818-1883) es en definitiva muy sencilla: *Karl Marx era comunista*"[120]. Marx sostenía que el comunismo terminaría con el sufrimiento de la humanidad. Un aspecto crucial de esta afirmación era que la sociedad comunista del futuro dejaría atrás la escasez. Todos los problemas económicos se desvanecerían y no habría necesidad de plantear la pregunta sobre cómo asignar los medios escasos entre fines alternativos. Bajo el comunismo, la racionalización de la producción causaría un tremendo brote

de productividad y haría posible la transición del "reino de la necesidad al reino de la libertad"[121]. Como señala Rothbard en su discusión sobre Marx, la promesa era que una etapa más elevada de comunismo erradicaría la división del trabajo y libraría al hombre de toda limitación[122].

En oposición a esta declaración marxista, es devastadora la demostración de Mises sobre la imposibilidad de cálculo económico bajo el socialismo. La colectivización de los medios de producción no resultaría en racionalización, sino en caos. En lugar de superabundancia, la producción se paralizaría y seguiría la hambruna. No es nuestra intención recorrer aquí los intentos variados de los marxistas y otros científicos sociales de refutar el análisis de Mises sobre el cálculo económico[123], pero es importante sacar a luz la interpretación de Rothbard sobre el debate, porque anticipaba la reinterpretación que se puso en boga en los escritos de Karen Vaughn, Peter Murrell y Don Lavoie en la década de los 80. La conclusión definitiva fue que los austriacos habían ganado el debate[124]. Los párrafos que siguen muestran cómo la presentación de Rothbard en 1962 ya vaticinaba la inutilidad de la teoría del equilibrio económico para entender los problemas del cálculo económico socialista, tema posteriormente enfatizado en los aportes de Vaughn (1980), Murrell (1983) y Lavoie (1985):

> Una leyenda curiosa se ha vuelto bastante popular entre los que escriben sobre el lado socialista del debate del cálculo económico. Mises, en su artículo original, afirmó "teóricamente" que no podía haber cálculo económico bajo el socialismo. Barone probó matemáticamente que esto es falso y que el cálculo económico es posible. Hayek y Robbins concedieron la validez de esta prueba, pero después afirmaron que el cálculo no sería "práctico". La inferencia es que el argumento de Mises fue refutado y que el socialismo únicamente necesita de algunos artefactos prácticos —quizás calculadoras mecánicas— o asesores económicos para efectuar los cálculos y "contar las ecuaciones". Esta leyenda es completamente falsa de principio a fin. En primer término, la dicotomía entre "teórico" y "práctico" es una dicotomía falsa. En economía, todos los argumentos son teóricos. Además, como la economía analiza el mundo real, por su naturaleza esos argumentos teóricos son "prácticos"

también.

Aun dejando a un lado la dicotomía falsa, la naturaleza verdadera de la demostración de Barone se hace evidente. No es "teórica", sino "irrelevante". Una prueba basada en listas de ecuaciones matemáticas no es prueba en sentido alguno. En el mejor de los casos, sería aplicable solamente a la economía de giro uniforme. Es obvio que toda nuestra discusión sobre el problema del cálculo se aplica al mundo real y solamente al mundo real. No puede haber cálculo en la economía de giro uniforme, porque allí el cálculo no sería necesario. No se calcularían las ganancias y las pérdidas cuando todos los datos futuros se conocen desde el principio y esa economía, si existiera, no generaría ganancias ni pérdidas. En la economía de giro uniforme, la mejor asignación de recursos se da automáticamente. Que Barone demuestre que la dificultad del cálculo no existe en la economía de giro uniforme no es solución. Es simplemente un ejercicio excesivo de matemática sobre cuestiones obvias. La dificultad del cálculo económico se aplica únicamente al mundo real[125].

Los modelos de equilibrio de Taylor-Lange-Lerner no lograban dilucidar la naturaleza del cálculo económico, porque resolvían el problema mediante suposiciones que, de hecho, no son solución alguna. Ya hemos leído lo escrito por Rothbard sobre la organización económica de la empresa. El cálculo económico es vital para el mantenimiento de los proyectos de inversión en una economía avanzada. El problema de la coordinación de la estructura de capital que constituye una economía avanzada es un problema del mundo real. En este mundo, los factores de producción no son puramente específicos ni tampoco puramente no específicos. En un mundo de factores puramente específicos, estos factores pueden ser usados únicamente para producir un bien, y en un mundo de factores puramente no específicos podrían ser usados para producir cualquier bien[126]. El problema de la coordinación de la estructura de capital ocurre porque los bienes de capital tienen especificidad múltiple y deben ser asignados entre proyectos de inversión en competencia. Los actores económicos deben decidir dónde asignar los bienes de capital escasos, para producir productos finales que satisfagan las demandas del consumidor. Los planes de producción de unos

deben encajar con las demandas de consumo de otros. Si estos planes no encajaran, los recursos serían mal asignados y por lo tanto desperdiciados: es decir, se producirían cosas que nadie desea y las cosas deseadas no serían producidas. En el mundo real de bienes heterogéneos de capital con especificidades múltiples, la tarea de efectuar el cálculo económico racional es vital para el éxito o el fracaso del sistema económico. Sin las guías de los precios del mercado y la contabilidad de ganancias y pérdidas, los planificadores económicos estarían perdidos en un mar de posibilidades.

Estas percepciones de Rothbard sobre la magnitud del problema del cálculo económico para una economía moderna permanecen ocultas en el modelo de flujo circular de Knight, en el modelo de equilibrio general competitivo de Arrow-Hahn-Debreu, en el modelo keynesiano de gastos e ingresos, y en el modelo IS-LM de los neokeynesianos. Todos los modelos económicos dominantes en la época en que Rothbard escribió estaban fuera de foco para el análisis de la cuestión del cálculo económico. *Todos estos modelos descartan, por construcción, el problema del cálculo económico.* Un punto teórico final que Rothbard analiza en *Man, Economy and State*, importante para el análisis del socialismo en la teoría y en la práctica, es su discusión sobre la propiedad pública o colectiva[127]. Rothbard argumenta que "la característica importante de la propiedad no es la formalidad legal sino las reglas concretas; y en relación con la propiedad del Gobierno son los funcionarios públicos quienes controlan y dirigen, y por tanto son 'dueños' de la propiedad"[128]. Los funcionarios del Gobierno poseen la propiedad porque tienen la potestad de controlar, pero no tienen derechos plenos sobre los flujos de fondos y la potestad que poseen no está garantiza en el largo plazo.

> Los funcionarios del Gobierno tienden a considerarse como propietarios transitorios de los recursos "públicos"… En definitiva, salvo en el caso de la "propiedad privada" de un monarca hereditario, los funcionarios del Gobierno son propietarios del uso temporal de los recursos, pero no de su capital. Si solamente el uso temporal, pero no el recurso específico, puede tener dueño, en poco tiempo será visible una dilapidación no económica del recurso, porque no habrá beneficio alguno, para nadie, relacionado con la conservación del mismo a través del tiempo, y para cada dueño temporal será ventajoso consumirlo con

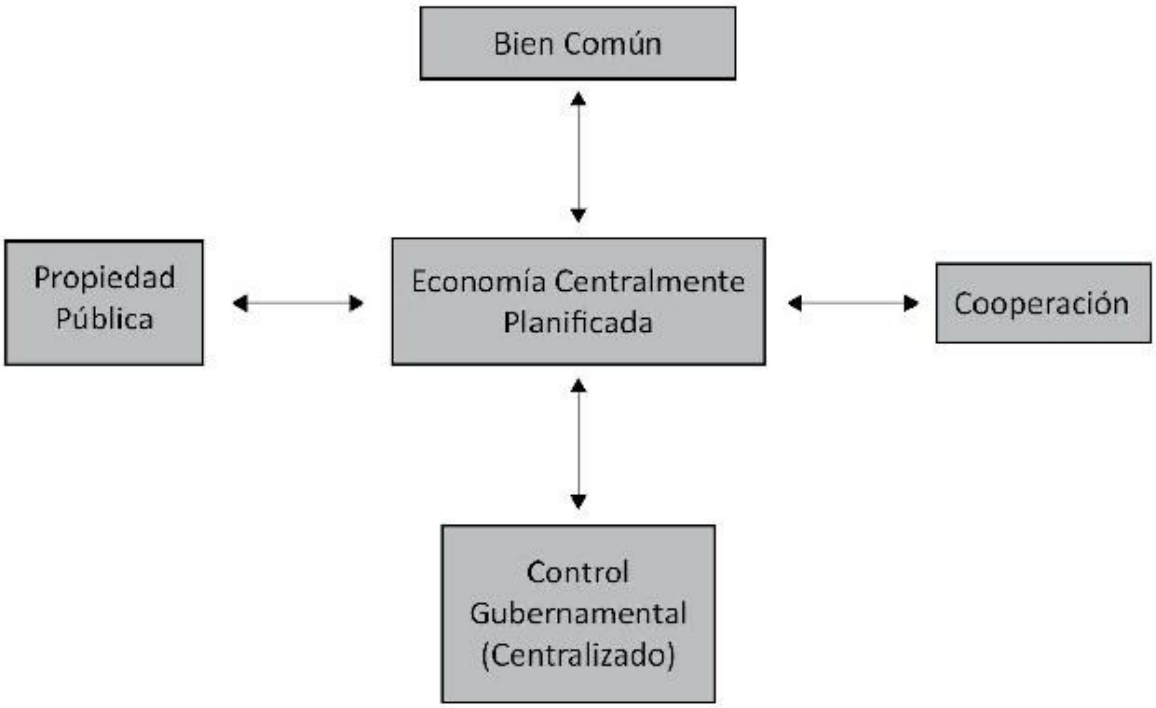
rapidez[129].

En *Man, Economy and State* Rothbard pudo explicar de manera persuasiva no solo el argumento de Mises sobre la imposibilidad de efectuar cálculo económico racional bajo el socialismo, sino también la incoherencia conceptual de la idea de propiedad colectiva[130]. No es solamente que el cálculo económico racional sea imposible en el socialismo, sino que la mera idea del socialismo es imposible. La idea fracasa intelectualmente desde su concepción.

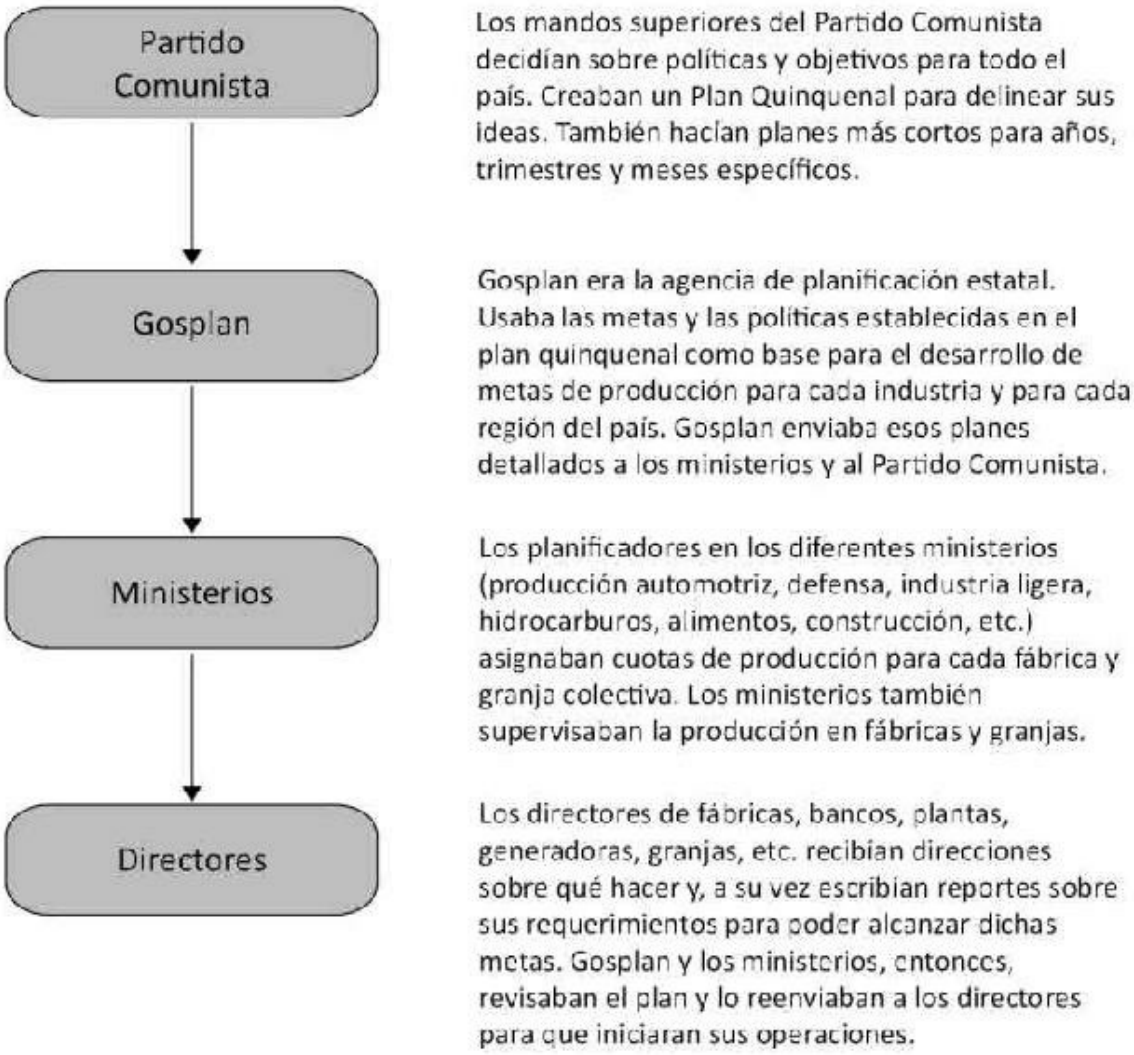
Análisis de la realidad soviética

Rothbard no estaba satisfecho con la sola descripción del caso teórico contra el socialismo. Como se ha mencionado en páginas anteriores, Rothbard decía que todos los argumentos teóricos son argumentos prácticos, y usaba las enseñanzas de la economía para analizar la realidad soviética de su tiempo, escudriñando las premisas falsas que sobre el sistema se promulgaban en esa época. Una vez más, es importante recordar el contexto de las décadas de los 50 y los 60, en las que Rothbard escribió *Man, Economy and State*. En ese tiempo, la conversación de los profesionales de la economía sobre la Unión Soviética estaba dividida en tres posiciones distintas: 1) los que abogaban por modelos teóricos de planificación, 2) los que defendían modelos empíricos de crecimiento económico, y 3) los conservadores que criticaban el sistema soviético. La crítica conservadora se centraba principalmente en los incentivos distorsionados del sistema soviético que producían ineficiencias. En la época de *Man, Economy and State,* en la economía se hacían pocas críticas conservadoras sobre el socialismo. Frank Knight lo criticaba, pero no desde el punto de vista de la economía. Argumentaba que el socialismo no se resentía de problemas económicos, sino de problemas políticos[131]. En la década de los 40, Milton Friedman había criticado *The Economics of Control*, de Abba Lerner, pero los estudios de Friedman giraban primordialmente en torno a aspectos técnicos de la microeconomía y aspectos empíricos de la macroeconomía[132]. Su compromiso total con el liberalismo clásico se haría más evidente en sus escritos posteriores a su libro *Capitalism and Freedom*, publicado en 1962. La obra de G. Warren Nutter sobre el sistema soviético

fue también publicada en 1962, y el desarrollo de James Buchanan y Gordon Tullock sobre el análisis de las decisiones públicas esperaría asimismo hasta la década de los 60. A mediados del siglo pasado, los economistas del libre mercado eran pocos y no gozaban de gran reputación profesional. En esencia, en la década de los 50 los economistas críticos del socialismo se limitaban a Mises, Hayek y sus seguidores. Los demás actuaban en conjunto, como si Mises y Hayek hubieran sido derrotados en el debate del cálculo económico socialista, a la que Rothbard alude con el epíteto de "leyenda curiosa". Con la excepción de unos pocos críticos, la literatura económica principal se dividió en dos partes: 1) el microanálisis de la planificación y 2) la estimación macroeconómica de las tasas de crecimiento. En relación con el aspecto teórico, se decía que la planificación soviética seguía un método de balance de materiales para la planificación económica. Un bosquejo simple de esto se encuentra en la gráfica 6.1.



Gráfica 6.1.
Fuente: http//www.cssd.ab.ca/tech/social/tut9/lesson 7.htm



Gráfica 6.2: La planificación socialista como se suponía que debía funcionar. Fuente: http//www.cssd.ab.ca/tech/sohttpcial/tut9/lesson21.htm.

Se suponía que el método de los balances de materiales para la planificación económica garantizaría que las diferentes etapas serían coordinadas y que los recursos se asignarían de tal manera que se maximizaría su uso y se cumplirían los objetivos. El proceso está expresado en la figura 6.2. Por supuesto, la realidad se desvió significativamente de estos diseños de arriba para abajo —mostrados en las gráficas— y de la planificación coordinada del sistema económico[133]. La planificación no podría coordinarse de manera tan eficiente, ni siquiera en las condiciones más ideales del mundo real, debido al problema del cálculo económico. Además, una vez que apreciamos la "holgura" del sistema, debemos reorientar nuestra comprensión de la

operación de la economía de tipo soviético.

Si no es un ejemplo del ideal de la economía planificada centralmente, ¿cómo podemos caracterizar el sistema soviético? En esto, Rothbard estaba mucho más adelantado que sus colegas economistas cuando señaló los elementos esenciales de la economía de mercado que seguían vivos en el sistema soviético y que lo mantuvieron a flote. La obra de Paul Craig Roberts, que desarrolló una comprensión policéntrica del sistema soviético, en contraste con la interpretación de la planificación centralizada, ilustra la anticipación de Rothbard en relación con los que escribirían más tarde[134]. Desafortunadamente, los escritos de Roberts, como sucedió con los de Rothbard, fueron ignorados ampliamente por los demás profesionales del ramo[135]. El punto importante para nuestro propósito ahora es que, así como Rothbard anticipó, por una parte, los elementos principales del argumento de Lavoie en sus críticas de la literatura teórica, en su análisis del socialismo realmente existente anticipó también los elementos principales del análisis de Roberts sobre el papel de los mercados negros (y de otros colores) en la economía soviética.

Rothbard reconoció claramente los problemas en torno a los incentivos en el proceso productivo. Lo absurdo de medir la producción en términos de agregados, y no en términos de valores de mercado, creó incentivos para producir cantidades mayores sin tomar en cuenta la asignación de los recursos. Pese a la gravedad de los problemas con los incentivos, los problemas del sistema económico soviético eran aún más graves. El sistema de planificación económica intentó ajustes para afrontar esos problemas, y en la práctica produjo un sistema totalmente diferente del que los libros de texto intentaban modelar[136].

El análisis de Rothbard sobre el socialismo realmente existente destaca tres factores esenciales para comprender la realidad de la economía soviética, significativamente desviada del modelo de planificación centralizada descrito en los libros de texto. El primero es la existencia de los precios mundiales del mercado, en los que los planificadores soviéticos podían apoyarse para formular sus planes. Entre un gran número de países, regidos por los precios establecidos por el mercado, un país socialista podía comprar y vender en el mercado y basarse para su planificación en los precios del mismo. Esto permitiría a los planificadores económicos del país socialista “aproximarse

vagamente a alguna clase de precios racionales respecto a los bienes producidos"[137]. Esta posibilidad de basarse en precios internacionales es lo que impide que cualquier intento comprehensivo de planificación centralizada caiga en un caos de cálculo total.

Pero el sistema soviético no se basaba solamente en los precios internacionales. Las fallas de la producción y la frustración de los consumidores dieron origen a mercados internos. Así lo expresa Rothbard:

> Otro factor olvidado que disminuye la extensión de la planificación en los países socialistas es la actividad del "mercado negro", particularmente en bienes de consumo (golosinas, cigarrillos, medicamentos, medias, etc.) que la gente puede esconder con facilidad. Incluso en el caso de mercancías más voluminosas, la falsificación de registros y la práctica extensa de sobornos dan vida a cierto tipo de mercado limitado: un mercado que viola toda la planificación socialista[138].

La importancia del mercado negro para comprender la economía soviética permaneció ignorada en gran medida hasta después del colapso visible del sistema. Incluso a finales de la década de los 80 los libros de texto más importantes sobre este asunto solo dedicaban unas cuantas páginas al análisis del mercado negro, a pesar de la evidencia del uso intenso del mismo, como elemento interno de la planificación para facilitar el logro de las metas de producción, y como elemento externo para satisfacer las demandas de los consumidores. Y la existencia del soborno y la corrupción, como parte crucial de la operación de la economía soviética, solo fue discutida después que fueron estructurados en detalle los modelos económicos de faltantes en las décadas de los 80 y los 90, aunque por referencias de la literatura existentes sabemos que el "*blat*" era incluso más importante que Stalin[139].

Rothbard se anticipó sustancialmente a los cambios que ocurrieron unos veinte años más tarde. Lo evidencian sus escritos sobre la economía centralmente prohibida, la ausencia de innovaciones en el sistema soviético y la falacia de las tasas de crecimiento de la economía soviética. ¿Por qué, según Rothbard, el sistema soviético no es en realidad planificado centralmente? Es importante citar este párrafo *in extenso*:

> Por otra parte, debe notarse que una economía "planificada"

> centralmente es una economía centralmente *prohibida.* El concepto de "ingeniería social" es una metáfora en la que no se puede confiar, porque en la estructura *social* es la *gente* la planificada, y no la mecánica inanimada de los diseños de ingeniería. Y dado que todo individuo, por naturaleza, aunque no siempre por ley, es dueño de sí mismo e impulsador de sí mismo —su energía proviene de sí mismo —, las órdenes centrales, respaldadas por la fuerza y la violencia como deben serlo bajo el socialismo, efectivamente *prohíben* a todos los individuos hacer lo que quieren hacer o lo que se consideran capaces de hacer[140].

El sistema soviético era en esencia una economía de prohibiciones. Al analizar una economía de prohibiciones, podemos enfatizar uno u otro de estos dos elementos: por una parte, la fuerza y la violencia que deben usarse para aplicar los decretos de la autoridad; y por otra, los fracasos para impedir que los individuos encuentren maneras de realizar sus planes y cómo el ambiente de prohibición impacta esa realización. En la primera parte tenemos fuerza y violencia, y en la segunda, mercados negros y corrupción, en la medida que los individuos asumen el riesgo de los castigos arbitrarios de las autoridades, para perseguir sus planes y realizar sus deseos. La gente que vive en este ambiente de prohibiciones no deja de realizar sus planes, pero se ve forzada a hacerlo de una manera diferente a como suele hacerse en un mercado sin obstrucciones. En los Estados Unidos, la prohibición en la década de los 20 no redujo el consumo de alcohol, pero creó un ambiente que impulsó la destilación del güisqui en las bañeras y engrandeció a Al Capone. De forma similar, la prohibición del mercado en la Rusia soviética no redujo los intercambios del mercado, solamente los volvió clandestinos[141].

Rothbard señaló que una de las consecuencias más destructivas de este ambiente de prohibición en la operación de la economía soviética era el impacto dañino sobre los inventos y la innovación que producía el intento de planificación central: "Los inventos, las innovaciones, los desarrollos tecnológicos por su propia naturaleza, por definición no pueden ser predichos anticipadamente, y por eso, central y burocráticamente, no pueden ser *planificados*"[142]. Dejar espacio para las posibilidades no previstas no forma parte de la naturaleza de los ejercicios de planificación. En una sociedad de

libre mercado, qué se inventará, cuándo y quién será el inventor son circunstancias que permanecen ocultas a nuestros ojos hasta después de producirse el invento[143]. La tarea de planificación central, si ha de ser coherente, requeriría tener el conocimiento por adelantado y planificar la innovación tecnológica. Sin embargo, la expresión "innovación planificada" es un clásico oxímoron. Una vez que reconocemos que la planificación centralizada no puede planificar innovaciones tecnológicas, la creencia en la racionalización económica debe abandonarse completamente. Rothbard concluye:

> Es evidente que una economía centralmente prohibida, que por su naturaleza ya es suficientemente irracional e ineficiente para fines dados, y con medios dados y técnicas *dadas* en un momento determinado, es aún más incompetente si queremos un flujo de nuevos inventos y nuevos desarrollos. La burocracia, claramente incompetente para planificar un sistema estacionario, es aún más incompetente para planificar un sistema progresivo[144].

A principios de la década de los 60, era común ignorar los crímenes soviéticos contra la humanidad y las supuestas ineficiencias de la economía soviética. Como justificación, se decía que el aparato de planificación centralizada había logrado un crecimiento económico de tal magnitud que una sociedad mayoritariamente campesina se estaba transformando en una sociedad industrial en menos de una generación, y que esta transformación había logrado derrotar a Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Este crecimiento de la economía soviética justificaba todos los sacrificios, en términos de derechos humanos y frustración de los consumidores. Rothbard no quiso analizar a fondo "el alboroto suscitado en años recientes sobre la tasa de crecimiento, supuestamente enorme, de la Unión Soviética"[145], pero sus comentarios breves se adelantaron a la esencia del argumento que más tarde fue publicado por críticos del supuesto crecimiento soviético y efectivamente puso en duda los datos empíricos. La conclusión es que el crecimiento había sido medido de manera incorrecta: los insumos productivos eran contados, pero no el valor de la producción. Nutter fue uno de los primeros que trató de divulgar un análisis realista de las operaciones de la economía soviética, pero tuvo poco éxito en la reducción de las cifras

exageradas, y eventualmente Roberts demostró que incluso las estimaciones de Nutter eran demasiado elevadas[146]. Rothbard reconoció con claridad la exageración de los datos sobre el crecimiento:

> Curiosamente, encontramos que el "crecimiento" parece ocurrir casi exclusivamente en bienes de capital, como el hierro y el acero, las hidroeléctricas, etc., mientras que poco o ningún crecimiento parece reflejarse en el nivel de vida del consumidor soviético promedio. Pero el nivel de vida del consumidor es el objetivo de todo proceso productivo. La *producción* no tiene sentido alguno si no es un medio para el *consumo.* La inversión en bienes de capital nada significa, *salvo como un paso intermedio para incrementar el consumo*[147].

El sistema soviético era un sistema de "producción conspicua". La inversión del Gobierno, en lugar de producir beneficios tangibles para los consumidores, "resulta ser una curiosa y perversa forma de 'consumo' por parte de los funcionarios públicos"[148].

Los escasos bienes de capital que son asignados por la compulsión del Gobierno, en cumplimiento de algún plan central, se desperdician o se disipan porque la inversión no se fundamenta en la demanda de los consumidores ni en las señales de ganancias y pérdidas del mercado. Estas inversiones son malas inversiones y, si se suspendieran los subsidios del Gobierno, es poco probable que pudieran ser sostenibles. Rothbard resume así la situación soviética:

> El capital es una *estructura* intrincada, delicada e interconectada de bienes de capital. Todos los elementos delicados de esta estructura deben encajar, y encajar con precisión. De lo contrario, lo que ocurre es una mala inversión. El mercado libre es casi un mecanismo automático para que se dé ese encaje, y hemos visto en este texto cómo el mercado libre, con su sistema de precios y sus criterios de ganancias y pérdidas, ajusta las cantidades de los diversos componentes de la producción, y cómo este ajuste impide que alguien se aleje demasiado de esta alineación. Pero en el socialismo o en situaciones de inversión masiva del Gobierno no existe un mecanismo de ajuste y armonización. Desprovisto de un sistema de precios libres y de un criterio de ganancias y pérdidas, el Gobierno solamente puede avanzar

> a tropezones, “invirtiendo” a ciegas, sin poder invertir apropiadamente en los sectores correctos, en los productos correctos y en los lugares correctos. Se construirá un hermoso transporte subterráneo, pero no habrá ruedas para los trenes. Verá la luz una represa gigantesca, pero no habrá cobre para las líneas de transmisión. Estos excedentes abruptos y estos abruptos faltantes, tan característicos bajo la planificación gubernamental, son los resultados de la mala inversión del Gobierno[149].

En consecuencia, el crecimiento de la economía soviética era simultáneamente sobreestimado e insostenible. Causa sorpresa que la enorme exageración del rendimiento de la economía soviética haya continuado hasta finales de la década de los 60 y más acá[150]. De hecho, en 1989 todavía se podía encontrar una descripción positiva de la economía soviética en el libro de Samuelson y Nordhaus, el texto de economía mejor vendido en esa época[151].

Cuando examinamos el mejor análisis moderno del socialismo real, hecho por Andrei Shleifer y Robert Vishny, y la mejor investigación histórica hecha por Paul Gregory, resulta evidente que estos autores construyen sobre los aportes de Rothbard, incluso cuando no lo reconozcan[152]. El análisis de Shleifer y Vishny se enfoca en “la mano que agarra” [*grabbing hand*] y el sesgo en el sistema de planificación que produce faltantes. Gregory investigó profundamente en los archivos y utilizó el marco de la política económica moderna para brindar una interpretación coherente y abarcadora de la economía política de Stalin. En ambos casos, estos autores utilizan conceptos desarrollados en primera instancia por Rothbard. Sin embargo —una condición prácticamente universal— no parecen estar enterados del análisis pionero de Rothbard en las décadas de los 50 y los 60. Descubrir que la profesión económica tardó más de treinta años en detectar y dilucidar lo que Rothbard desarrolló en *Man, Economy and State* evidencia la verdadera grandeza de este autor. Lamentablemente, aun cuando estas ideas son reconocidas, casi nunca son atribuidas a Rothbard.

Conclusión

Como hemos visto, *Man, Economy and State*, de Murray Rothbard, no solo presentó la crítica teórica del socialismo, sino que, además, extendió el análisis para hacer comprensibles las fallas de lo realmente existente: la economía soviética. A principios de la década de los 60, Rothbard se adelantó a *todos* los desarrollos importantes en el análisis del socialismo —tanto en la teoría como en la práctica— que surgirían en las décadas de los 80 y los 90. En primer término, Rothbard sugirió la reinterpretación del debate del cálculo económico socialista, un tópico protagonizado más tarde por Lavoie, que enfatizaba el proceso dinámico del mercado en oposición a la preocupación por el equilibrio[153]. También estableció con claridad su crítica del concepto de derechos de propiedad colectiva, indicando que tal noción falla al no reconocer los derechos de control que deben estar en manos de los tomadores de decisiones[154]. En forma similar, cuestionó la idea básica de la planificación económica centralizada e introdujo la idea de la economía prohibida, en oposición a la economía planificada[155]. La combinación de la identificación de los "dueños" en un régimen supuestamente de propiedad colectiva, y su aclaración sobre los beneficiarios principales de una economía prohibida, se adelantó a la interpretación de la planificación soviética como búsqueda de rentas, que fue desarrollada en la literatura del análisis de las decisiones pública[156]. Rothbard cuestionó también la interpretación del crecimiento soviético y argumentó que se trataba simultáneamente de sobreestimación y mala inversión[157].

Dada la evidencia textual que hemos proporcionado, debería haber pocas dudas sobre el adelanto de Rothbard en términos de la articulación de los fracasos del sistema soviético. Su análisis es válido en la actualidad. Debemos recordar que fue escrito en la década de los 50 y que *Man, Economy and State* no fue revisado ampliamente cuando aparecieron nuevas ediciones. Pero incluso si reconocemos que se adelantó a los desarrollos subsiguientes de la literatura económica, subsiste la pregunta: ¿Habría ayudado el análisis de Rothbard al período poscomunista? La respuesta es un sí inequívoco. Uno de los mayores problemas del período de transición ha sido la mala descripción del sistema original. Los libros de texto han descrito el sistema de tipo soviético como uno en que nadie tenía derechos de propiedad según el *statu quo* del momento. Por supuesto, la realidad de la

situación era, como la describió Rothbard, que los beneficiarios principales del sistema eran los líderes políticos. Además, la estructura soviética de inversión estaba mal invertida. Las implicaciones políticas del análisis de Rothbard habrían conducido a dos temas importantes: 1) el reconocimiento de las propiedades privadas agrícolas y la eliminación de la prohibición de participar en el mercado; 2) la eliminación de todas las restricciones del Gobierno a los ajustes de mercado, para eliminar la mala inversión y reasignar el capital a usos más apropiados. En resumen, el consejo que Rothbard dio en *America's Great Depression* (Princeton, NJ: D. Van Nostrand, 1963), referente al ciclo de auge-recesión es el mismo que correspondía al inicio de la recesión postsoviética[158]. Además de extender las implicaciones políticas de *America's Great Depression,* Rothbard elaboró también un bosquejo para las economías en transición en "How and How Not to Desocialize"[159]. En este artículo, Rothbard hace diez recomendaciones clasificadas como "hacer", y diez como "no hacer", para la transición del socialismo a la economía de mercado. Desafortunadamente, las coaliciones políticas de todas las economías exsoviéticas rechazaron muchas de las prescripciones de política ofrecidas por Rothbard.

La obra *Man, Economy and State* es reconocida como un hito histórico en la economía austriaca. A la par de *La acción humana* de Mises, el libro de Rothbard se yergue como el único tratado sistemático sobre estos temas. Rothbard guía al lector desde los principios básicos de la disciplina hasta las afinadas interpretaciones de las consecuencias económicas del intervencionismo. Un ejemplo importante del poder intelectual del aporte de Rothbard es su análisis de los problemas teóricos del socialismo y la aplicación de la comprensión de estas visiones teóricas al análisis de la realidad soviética.

Capítulo 7

El señor Boulding y los austriacos

El mundo real es un caos. Y si el mundo real es un caos, es un gran error ser claro al respecto.

Kenneth E. Boulding[160]

Introducción

Kenneth E. Boulding fue sin duda uno de los pensadores económicos y sociales más prolíficos del siglo XX. Publicó cerca de cuarenta libros y cientos de artículos durante su carrera académica. Sus investigaciones, que abarcaban desde aspectos técnicos de la teoría del capital hasta investigaciones sobre la paz, y desde economía de la defensa hasta teoría de la evolución social, se consideraban también de las más interesantes entre los académicos. Boulding fue un intrépido pensador social, empeñado en construir una teoría unificada de la ciencia social y del conocimiento en general.

Fue un pensador ecléctico que desafiaba la clasificación. En sentido muy real, él fue su propia escuela: lamentablemente, una escuela repleta de jefes de cocina, pero sin cocineros. Su texto clásico introductorio, *Economic Analysis* (New York: Harper & Brothers, 1941), estableció firmemente a Boulding en la corriente principal del pensamiento económico. Versiones revisadas de su texto estuvieron entre los primeros intentos para introducir las ideas keynesianas en la corriente pedagógica de la economía. Pero Boulding no era un keynesiano tradicional, aunque aceptaba la etiqueta[161]. Hasta cierto punto, estaba también bajo la influencia de Joseph Schumpeter. Ambos se conocieron durante el viaje en barco que los trajo a América, y en 1932 ambos estuvieron en la Universidad de Harvard. Estudió la teoría del capital con Schumpeter y, aparentemente, descubrió un error fundamental en la teoría de Böehm-Bawerk[162].

Con frecuencia Boulding expresaba sorpresa por la forma como otros trataban de encasillarlo. En la introducción del primer volumen de sus *Collected Papers* expresa:

> A pesar de que no me considero muy radical —me encuentro más cercano a la "línea principal" del pensamiento económico que va de Adam Smith a Ricardo, Mill, Marshall y Keynes— en términos de la recepción de mis ideas me siento mucho más cerca de los heréticos, especialmente los institucionalistas norteamericanos —Veblen, Wesley Mitchell y especialmente John R. Commons, quien ha logrado la admirable distinción de ser, quizás, el pensador americano más influyente y el más ignorado del siglo XX—[163].

En este capítulo, no buscamos ofrecer al lector otra clasificación de Boulding. Fue al mismo tiempo economista de la corriente principal y crítico radical, teórico clásico y técnico moderno, científico y místico. Nuestro propósito es llamar la atención sobre esos rasgos de la obra de Boulding que sugieren que es uno de los más importantes —y más creativos— subjetivistas norteamericanos posteriores a Frank Knight.

Una de las influencias —a menudo ignorada— de Boulding fue su profunda afinidad con la tradición austriaca o subjetivista del análisis económico. Sus primeros artículos técnicos, por ejemplo, fueron exploraciones de la teoría del capital de los austriacos y de Fisher[164]. Esta influencia continuó cuando dejó la economía técnica para dedicarse a temas más amplios en las ciencias sociales. Especialmente *The Image* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1956) representa un clásico ignorado de la tradición subjetivista.

Un tema básico que Boulding comparte con los subjetivistas de todos colores es que el mundo social es un sistema desorganizado y complejo, que no se presta a explicaciones nítidas y de una sola causa. De hecho, las explicaciones formalmente elegantes con las que se pretende brindar un conocimiento objetivo y una predicción precisa son una ilusión o, tal vez, un dogma. Boulding sostenía que estas visiones deterministas del sistema social pueden ser muy desastrosas, porque pueden conducirnos a "menospreciar la adaptabilidad, lo tentativo y esa constante necesidad de revisar las imágenes, cualidades necesarias para la supervivencia en un mundo incierto"[165].

Los antecedentes de Boulding

Boulding nació en Liverpool, Inglaterra, en 1910. Se educó en New College, Oxford, gracias a una beca científica que obtuvo en 1928. Su intención era estudiar química, pero la ciencia no le pareció tan interesante, como había anticipado, y decidió enfocarse en problemas sociales. Boulding cuenta que en junio de 1929 visitó a Lionel Robbins: quien estaba por dejar Oxford para asumir un profesorado en la London School of Economics. Boulding quería saber qué debía leer durante el verano, si deseaba estudiar economía. Robbins le proporcionó una lista, que incluía los *Principles*, de Alfred Marshall, y *Common Sense of Political Economy*, de Philip Wicksteed. Al regresar a Oxford, en el otoño de 1929, Boulding obtuvo una calificación casi perfecta en su examen de economía y pudo retener su beca científica, a pesar de haberse inscrito en el programa avanzado de política, filosofía y economía.

Antes de graduarse, Boulding publicó su primer artículo profesional —un análisis de la función teórica de los "costos de traslado"— en el *Economic Journal* —editado por Keynes en esos días—. Después de graduarse en Oxford, Boulding obtuvo el Commonwealth Fellowship —equivalente británico de las becas Rhodes—, y se trasladó a los Estados Unidos para estudiar economía, primero por un período breve, en la Universidad de Harvard, donde su maestro fue Joseph Schumpeter, y luego en la Universidad de Chicago, con Frank Knight. Las exploraciones de Boulding sobre la teoría austriaca del capital le disgustaban tanto que Knight publicó un ensayo titulado "Mr. Boulding and the Austrians", de donde, obviamente, tomamos prestado el título de este capítulo.

Boulding no completó su doctorado en economía, una experiencia que, según sus propias palabras, lo habría matado. A pesar de no tener su "tarjeta sindical" académica, Boulding solía atribuir las oportunidades profesionales que a menudo se le presentaban a dos factores: sus estudios en Oxford y el "respaldo" científico de Frank Knight[166].

La carrera educativa de Boulding incluyó cargos en las universidades de Edimburgo, Fisk, Colgate, Iowa, McGill, Michigan y Colorado. Se retiró de Colorado en 1980 e impartió clases como profesor visitante en varias universidades durante esa década. El aporte de Boulding como académico fue amplio. Como mencionamos antes, su *Economic Analysis* fue uno de los principales libros de texto de economía en la década de los 40. Con Ludwig von Bertalanffy, en la década de los 50 Boulding fundó la Sociedad para la

Investigación de Sistemas Generales y fue el primer presidente de la misma. Inventó en esencia el concepto de "economía de la defensa y resolución de conflictos", y su libro *Economics and Defense* (New York: Harper & Row, 1962) es considerado un clásico en ese campo.

En su carrera temprana, Boulding se impacientaba con la economía convencional. Por ejemplo, en *A Reconstruction of Economics* escribió que no existía la economía, solo la ciencia social aplicada a problemas económicos. La desilusión de Boulding con la economía convencional salió de su molestia profunda sobre los supuestos de conocimiento perfecto, mercados perfectos y equilibrio estático. Los requerimientos de la economía técnica obligaban a los economistas a meterse en camisas de fuerza, sin ofrecer ventajas significativas que contrarrestaran la pérdida del análisis creativo y crítico. Existían los beneficios de la técnica económica moderna, pero Boulding enfatizaba que el costo, en términos de comprensión humana, no debía ser ignorado[167].

Con todo, sería un error suponer que Boulding estaba en contra del formalismo en economía. En su juventud era muy sofisticado técnicamente. Lo que buscaba, empezando con sus primeros artículos sobre la teoría del capital, pero principalmente con su libro *A Reconstruction of Economics*, era complementar la visión newtoniana del mundo, con herramientas formales compatibles con un mundo dinámico y heterogéneo.

Además de su visión no ortodoxa de la economía, Boulding era un cuáquero devoto y un pacifista. Su actitud crítica sobre la economía moderna y su profunda espiritualidad hicieron de Boulding un iconoclasta.

A pesar de su estatus exótico, Boulding mereció muchos honores durante su carrera. En 1949 ganó la medalla John Bates Clark de la American Economic Association, una distinción otorgada cada dos años al economista menor de cuarenta años que hubiera aportado la contribución más significativa al pensamiento económico. Después de esta distinción, Boulding se alejó más aún de la corriente principal de la economía y se acercó más a la esencia interdisciplinaria de la ciencia social y la filosofía social. No obstante, en 1968 fue elegido presidente de American Economic Association[168].

Temas subjetivistas en la economía de Boulding

Desde la primera presentación sistemática de los *Principles of Economics* de Carl Menger[169], la economía subjetivista se había distinguido de otras escuelas de pensamiento por el énfasis en cuestiones de conocimiento, tiempo y proceso. En un sentido muy limitado, la economía neoclásica aceptó la teoría subjetiva del valor. Pero en un aspecto importante la revolución neoclásica representó una victoria del marginalismo y no del subjetivismo. Por ejemplo, el libro de Alfred Marshall reintrodujo rápidamente el insostenible concepto del costo objetivo en su análisis de la conducta del mercado[170].

Un tema fundamental en la visión subjetivista del conocimiento es que el mundo social no es nada más ni nada menos que una construcción social de la realidad. Los valores individuales, las percepciones y las expectativas guían el juicio sobre las direcciones alternativas de las acciones. En otras palabras, nuestro mundo está fragmentado en múltiples realidades y múltiples sistemas de valor. El conocimiento implantado en el sistema social está disperso entre los diversos participantes. Para el subjetivista, tanto el conflicto de valores como la dispersión del conocimiento centran la atención académica en las instituciones y prácticas que capacitan a los participantes para coordinar sus actividades con los demás de manera razonable. Son precisamente estas instituciones y estas prácticas las que construyen el puente entre el solipsismo y el orden social que los economistas y los científicos sociales tratan de explicar[171].

En oposición a la concepción newtoniana convencional, los subjetivistas ven el tiempo a la manera de Heráclito. El tiempo es irreversible y representa una corriente sin fin de conciencia. G. L. S. Shackle lo puso en estos términos: “En lo que concierne a los seres humanos, el ser consiste en un nuevo conocimiento sin fin”[172]. Visto de esta manera, el tiempo implica la aceptación de una inherente incertidumbre del futuro, que se resiste a ser reducida a formalización matemática.

El interés por el conocimiento y el tiempo conduce a una visión compleja y dinámica del mundo social. Tradicionalmente, los subjetivistas han argumentado que el proceso y el análisis evolutivo son los métodos más apropiados para comprender la interdependencia de los sistemas dinámicos y las estructuras de la realidad[173]. En el mejor de los casos, los modelos de

equilibrio convencionales proporcionan una heurística práctica, para explicar las tendencias de los ajustes mutuos de la conducta.

En su vasta obra, Boulding pone repetidamente el énfasis sobre estos temas. Incluso cuando estaba más identificado con la economía de la corriente principal —en términos de la técnica y el estilo de sus argumentos — su análisis formal —en gráficas y en sistemas de ecuaciones— buscaba examinar los ajustes período por período, mientras su análisis verbal enfatizaba la dinámica evolutiva subyacente. Boulding nunca se concentró exclusivamente en estados de equilibrio. De hecho, su aceptación de la posibilidad de equilibrios múltiples y —más importante aún— su reconocimiento de la necesidad de desequilibrio para fundamentar la economía de equilibrio, condujeron a Boulding, desde las eras tempranas de su desarrollo profesional, a examinar modelos formales de la teoría de la población y la interacción ecológica, desarrolladas por las ciencias biológicas, para ayudarse en sus propias investigaciones. Por ejemplo: los libros *A Reconstruction of Economics* y *Conflict and Defense,* obras muy técnicas, especialmente en aquel tiempo, reflejan el interés de Boulding por el análisis del proceso y la dinámica evolutiva.

La tesis básica de *A Reconstruction* es que el método de hoja de balance para el estudio de la economía examina la secuencia de las situaciones y no las situaciones particulares que los modelos tradicionales de equilibrio se limitan a analizar. Según Boulding, en la teoría de la empresa parece imposible introducir el concepto esencial de incertidumbre. Las teorías de maximización se basan en conocimiento, con certeza, del futuro. Con este método no se puede analizar la estructura de activos de la empresa. Un análisis de la estructura preferida de la hoja de balance, y principalmente de la liquidez y la flexibilidad de los activos, no es posible sin la introducción de la incertidumbre desde el principio. La incertidumbre del futuro y las defensas contra esa incertidumbre están incorporadas en la estructura de activos de la empresa. Si intentáramos elaborar una teoría elegante sobre la empresa maximizadora de beneficios, sin tomar en cuenta la incertidumbre —pensaba Boulding— nunca seríamos capaces de incorporar la incertidumbre al análisis y nuestra teoría de la empresa sería tristemente deficiente[174].

Además, en *Conflict and Defense* Boulding usa el concepto de los procesos

de Richardson, para examinar los equilibrios múltiples que emergen frente al conflicto: estos son procesos que generan imitación autojustificada e improductiva. Su propósito era desarrollar una teoría de los conflictos y su resolución para demostrar que "los procesos de conflicto no son arbitrarios, ni casuales ni incomprensibles"[175]. Su esperanza era que, al comprender la lógica del conflicto, la humanidad hallaría soluciones a los problemas de mejoramiento y bienestar en una era nuclear. El punto analítico positivo que deseamos subrayar es simplemente que Boulding estaba preocupado con los procesos y los movimientos entre equilibrios, no con la ficción teórica del equilibrio *per se*.

A medida que Boulding se distanciaba de la corriente principal del pensamiento económico, vio en última instancia la tarea de las ciencias sociales como una explicación de la evolución y el progreso del conocimiento humano[176]. La economía del equilibrio era un caso de mala asignación de recursos intelectuales[177].

En la tradición subjetivista, el individuo no es un calculador automático de placer y dolor ni está completamente ciego. El individuo se confunde entre esperanzas fascinantes y temores recurrentes. El libro *The Image* fue el intento de Boulding de comunicar a sus colegas científicos sociales exactamente cuánto está ausente del análisis cuando la incertidumbre, la ignorancia y el cambio dinámico se dejan fuera, debido a la aceptación de algunos supuestos operacionales como el conocimiento perfecto y los mercados perfectos. En el mejor de los casos, "nuestra imagen relacional es defectuosa. Nuestra imagen de las consecuencias de nuestros actos está saturada de incertidumbre, hasta el punto de que ni siquiera podemos establecer con seguridad cuáles son las cosas que nos parecen inciertas"[178]. La economía tradicional manejó este problema de la incertidumbre suponiendo que el acto humano de tomar decisiones consiste en escoger entre alternativas disponibles para quien elige, con utilidades conocidas y una distribución de probabilidades. Esto permite a los economistas calcular con gran agilidad el valor esperado de lo que se escoge, pero no explica la toma de decisiones en situaciones de incertidumbre, y tampoco nos ayuda a comprender cómo nuestras decisiones se ajustan para guiar la conducta y coordinar nuestros actos con los actos de los demás.

El mago calculador de la economía de la corriente principal proporciona los fundamentos de la doctrina de mercados perfectos. En el análisis de mercados perfectos, las decisiones tomadas por individuos solo necesitan fundamentarse en la información de los precios para ajustar apropiadamente su conducta. Sin embargo, al introducir imperfecciones en el mercado, la información de precios ya no es la única información esencial. Ahora la información relacionada con las cantidades, la calidad, la reputación del vendedor y otras cosas más, suministra una retroalimentación vital. El decisor debe escoger su curso de acción en un entorno en el que apenas se vislumbran las posibilidades que se le presentan. Boulding argumentaba que "el proceso de reorganización de las imágenes económicas a través de mensajes es la clave para comprender la dinámica económica"[179]. La vida económica está gobernada por la reorganización de nuestras imágenes, mediante la transmisión de conocimiento. Por lo tanto, la explicación del uso del conocimiento en cualquier sistema social se convierte en la cuestión científica clave para comprender la dinámica evolutiva.

La evolución emana en gran medida de la habilidad del "saber cómo", para instruir a los seres humanos y guiar sus decisiones. El "saber cómo" está implantado en nuestras imágenes. Boulding escribió: "La visión evolutiva se opone a cualquier reduccionismo o materialismo simple. Ve la esencia del proceso evolutivo en el campo de la información, del 'saber cómo', de las instrucciones programadas y otros elementos, y dirige la raza humana hacia la conciencia y a una gran expansión del 'saber cómo' mediante el desarrollo del 'saber qué': es decir, del conocimiento consciente"[180]. Esta transferencia del "saber cómo" al "saber qué" no sería posible sin la capacidad de los individuos de comunicarse a través del lenguaje. El "saber cómo" está incrustado en la estructura genética de los animales —por ejemplo, un huevo de gallina "sabe cómo" convertirse en pollo— pero el progreso humano incluye tanto el "saber cómo" como el "saber qué".

Por lo tanto, una pregunta clave para los economistas se encuentra fuera de los confines de la teoría del equilibrio neoclásico: en una sociedad compleja y avanzada, ¿cómo puede la mayoría de la gente tener la capacidad de convertir el "saber cómo" en "saber qué", cuando, de hecho, su conocimiento no fluye a través de una autoridad central ni de un banco de datos? Según Boulding, "un principio muy importante de la producción económica es que el 'saber

cómo' que lo fundamenta no se encuentra en una mente individual, sino que está disperso entre muchas mentes y debe ser coordinado a través de procesos de comunicación"[181]. Este ha sido uno de los temas fundamentales de la economía subjetivista, desde Menger hasta Hayek, y el método de Boulding —aunque no siempre sus conclusiones— es consistente con ese programa de investigación. Por otra parte, los modelos neoclásicos de equilibrio general, empezando con Walras, básicamente ignoran el asunto al suponer información perfecta. Hasta los modelos de información imperfecta, introducidos en la economía durante la última generación, suponen un conocimiento objetivo de la distribución estadística de posibilidades. La incertidumbre real permanece fuera del alcance, incluso en los modelos más avanzados de información económica. En un sentido muy fundamental, esto ocurre porque los modelos de la corriente principal solamente incorporan el "saber qué" —datos objetivos— y deben permanecer callados en relación con el "saber cómo".

La confianza con que los economistas neoclásicos afirman la eficiencia del sistema de mercado parece elevarse y caer con los eventos externos. Después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, la teoría económica enfatizó con frecuencia cómo la economía de mercado del mundo real no lograba adaptarse al ideal del modelo de competencia perfecta. En otras palabras, las imperfecciones en los datos objetivos no lograban guiar con eficiencia el uso de los recursos, y entonces eran necesarias medidas correctivas del Gobierno. Recientemente, y principalmente con el colapso del socialismo en el Este europeo y en la antigua Unión Soviética, los economistas neoclásicos han intentado enfatizar la habilidad comparativa del sistema no centralizado de precios, para generar resultados eficientes. En ambos casos, la similitud con las cuestiones subjetivistas relacionadas con el uso del conocimiento es solamente superficial.

Boulding era demasiado astuto para aceptar plenamente los argumentos neoclásicos formales sobre las fortalezas y las debilidades del sistema de precios. No es tanto que la economía neoclásica esté equivocada cuando advierte sobre las patologías del sistema de precios, o cuando enaltece la fortaleza de la economía de mercado para generar resultados eficientes. La teoría dice demasiado poco sobre cómo el sistema ejecuta lo que logra y cómo otros sistemas sociales también son usados en la sociedad para

coordinar los planes y las visiones de la gente[182].

Boulding enfatizó un método más interdisciplinario e identificó por lo menos tres sistemas que coordinan a los individuos con la sociedad —precios, políticas y prédicas— lo que él llamaba sus "tres p"[183]. Para la coordinación en sociedades complejas no bastan los precios del mercado. Los sistemas políticos —las leyes, la protección de los derechos de propiedad, el poder de amenazar— y los sistemas de integración —la moral, la ética, el amor, la empatía— son igualmente cruciales para las instituciones económicas legítimas. Generan confianza en la relación cara a cara y también en la interacción anónima social. Su libro *Three Faces of Power* (New York: Sage, 1990) es el inicio de una teoría social cuya tarea, intelectualmente ardua, es integrar los sistemas de coordinación de la sociedad moderna, interdependientes, pero conceptualmente distintos.

Boulding, el intruso interdisciplinario: una conclusión

Pocos académicos del siglo XX tuvieron la admirable habilidad de Kenneth Boulding para expresarse en diversas disciplinas —desde la economía, la biología, la sociología y la ecología, hasta las matemáticas y el análisis de sistemas— con argumentos sensatos y perceptivos. Pocos tendrán también esas cualidades en el futuro.

Una de las secuencias metodológicas que resume mucho del largo alcance del análisis de Boulding es su subjetivismo radical, que germinó temprano en sus artículos sobre economía técnica, publicados en las décadas del 30 y el 40, se hizo visible en el libro *The Image* en los 50, y floreció, tanto implícita como explícitamente, en la mayor parte de su análisis social posterior. Confiamos en que este capítulo sitúe a Boulding dentro de la rama norteamericana de la economía subjetivista moderna y, más aún, que pueda inspirar a otros en esa tradición, para que continúe la exploración crítica de los frutos de las contribuciones teóricas de Boulding.

Capítulo 8

La “política” de la economía política

Warren Samuels

Warren Samuels ha dedicado su carrera académica a examinar la historia intelectual y la lógica interna de los argumentos relacionados con la función económica del Gobierno. Ha sido bastante ecléctico en su método y ha estudiado profundamente el pensamiento de los economistas clásicos y modernos, como Pareto, Knight, Hayek, Coase y Buchanan, y también el de analistas de la tradición institucionalista de la economía y de la economía política. Si bien su estudio constituye una red bastante amplia de análisis, su mensaje fundamental ha sido consistente. Samuels enfatiza la correlación irreductible de todos los procesos económicos con los nexos políticos y legales. Tenemos aquí un punto importante que debemos destacar, especialmente cuando recordamos los esfuerzos hechos por los economistas después de la década de los 50, para desarrollar una teoría del proceso económico institucionalmente antiséptica. Al destacar el marco en el que se desarrolla toda la actividad económica, Samuels trató de resaltar el aspecto *político* de la economía política. Por eso merece ser reconocido como uno de los principales responsables de la resurrección de la economía política, en la segunda mitad del siglo XX.

Para ilustrar la contribución de Samuels al programa de investigación de la economía política moderna, examinaré su relación con James M. Buchanan en la década de los 70. El debate tuvo lugar no solamente a través de intercambio de artículos en el *Journal of Law and Economics,* sino también en la correspondencia privada entre ambos académicos, que más tarde fue publicada en el *Journal of Economic Issues.* Simpatizo en cierta medida con la posición de Samuels sostenida en los artículos y en la correspondencia, respecto al arraigo de la acción económica en el marco de un contexto político y legal, y aprecio su opinión sobre la no neutralidad esencial de todas las acciones del Estado —incluso la acción asociada exclusivamente con el apoyo de la política de *laissez-faire*—. Sin embargo, no recorro todo el camino con Samuels en cuanto a las implicaciones del argumento. Aquí me basaré en un punto señalado por Buchanan sobre la posición relativa del *statu quo* en el análisis de la economía política, que Samuels no apreció plenamente en su correspondencia con él. Se trata de un punto de la

economía analítica que tiene implicaciones normativas, y no de un respaldo normativo de cualquier cosa que exista al inicio de nuestro análisis. Después de exponer las posiciones, ilustraré esta estipulación inspirada por Buchanan sobre la posición de Samuels con referencia a una discusión sobre la economía política tradicional en la antigua Unión Soviética.

A Samuels no le agradan las etiquetas y, a medida que avanzo en mi carrera, aprecio más y más su resistencia a la costumbre de etiquetar. Por eso consideré oportuno para este capítulo el subtítulo siguiente: "Lecciones de un institucionalista maduro a un joven austriaco". Este subtítulo habría sugerido cierta información vital, porque la contribución de Samuels es una crítica *institucionalista* de la economía política ortodoxa; pero va más allá de los argumentos que se hallan en las obras de escritores como Commons y Hale, aunque tiene raíces intelectuales en esos argumentos. Por otra parte, estoy asociado íntimamente con la tradición austriaca de la economía y la economía política de la escuela de Virginia, aunque tal vez algún día sea posible hablar simplemente de economía política sin etiquetas y, aun así, comprender las opiniones de unos y de otros. El intercambio de ideas entre Samuels y Buchanan demuestra cómo dos intelectuales honestos y razonables que indagan sobre cuestiones fundamentales desde perspectivas radicalmente divergentes pueden, no obstante, compartir posiciones comunes. A pesar de no estar enteramente de acuerdo con Samuels, deseo que estas posiciones comunes sean reconocidas. Es mucho lo que puede aprender un discípulo de Hayek y Buchanan de un discípulo de Commons y Hale, y yo he tomado ventaja de esa oportunidad.

Samuels nunca fue mi maestro, en el sentido formal del término, pero estuve bajo su influencia desde mi primer año de posgrado, a pesar de que yo viviera en Fairfax (Virginia) y él residiera en East Lansing (Michigan). Su influencia me ha acompañado desde entonces. Nos conocimos por un artículo que yo escribí en mi primer año de posgrado, sobre la relación entre los austriacos y los institucionalistas, enfocando especialmente las coincidencias entre ambas escuelas, antitéticas a menudo, en torno a la importancia del cambio evolutivo para comprender la economía. Escribí ese artículo después de leer uno similar de Samuels. Ambos fueron publicados, con comentarios de otros economistas, en una revista anual dedicada a la historia del pensamiento económico y la metodología[184]. Pero nuestro contacto no se

limitó a ellos: Samuels dictó una conferencia en la Universidad George Mason, intercambiamos correspondencia, nos vimos con frecuencia y discutimos sobre una amplia serie de tópicos a lo largo de los años. Cuando asumí mi primer cargo de profesor en la Universidad de Oakland en Rochester, Michigan, Samuels me involucró en sus seminarios semanales en la Universidad de Michigan State —a corta distancia de Rochester—. Dictó varias conferencias en la Universidad de Oakland y, más tarde, en la Universidad de Nueva York, cuando me trasladé allí después de dos años de permanencia en Michigan. Mi pensamiento debe mucho a Samuels, tanto en cuestión de estilo —la actitud profesional con los que mantienen divergencias intelectuales, el valor de la docencia para avanzar en el diálogo sobre economía política, y la generosidad hacia los colegas jóvenes que empiezan a participar en el discurso profesional— como respecto a proposiciones sustantivas sobre teoría económica, metodología y economía política. Samuels no me ha desprovisto de mis apreciadas creencias, pero me hizo caer también en la cuenta de que algunas de esas creencias son más actos de fe que actos de razón. En este capítulo intentaré divulgar algunas buenas razones sobre por qué debemos incorporar las lecciones de Samuels para reforzar algunas de esas creencias apreciadas sobre la propiedad privada, la estabilidad y la predictibilidad de la ley, y la naturaleza contractual de las reformas realistas.

Hongos en los cedros y plantaciones de manzanas

Samuels escogió el caso *Miller et al. versus Schoene*, para examinar la no-neutralidad esencial del gobierno limitado, porque es una ilustración simple de los principios básicos de la interdependencia de lo económico, lo legal y lo político[185]. El caso alude a la constitucionalidad de una ley sancionada en Virginia en 1914 y fue presentado a la Corte Suprema en 1928. Se refiere a cedros rojos y manzanos, y a sus respectivos propietarios. Los cedros rojos pueden desarrollar un hongo llamado óxido del cedro (*cedar rust*). El hongo no afecta a los cedros, pero es muy dañino para los manzanos. En 1914 la legislatura de Virginia emitió un estatuto por el que se autorizaba a los propietarios de manzanos a invocar esa ley, para defender sus derechos con

respecto a la fuerza destructiva del hongo del cedro. Los demandantes en el caso *Miller et al.* argumentaban que esa ley, inconstitucional, había "usurpado" su propiedad para beneficiar a los productores de manzanas. Argumentaban que su propiedad privada había sido expropiada sin compensación, no para el bien público, sino para beneficiar a otro grupo de propietarios privados.

Samuels argumenta que este caso ilustra la necesidad del Gobierno de escoger entre apoyar un conjunto de derechos a expensas de otro. Si el Gobierno no hubiera adoptado el estatuto que permitía a los productores de manzanas apelar frente al entomólogo del Estado para que se investigara a todos los cedros rojos en un radio de dos millas de distancia de sus huertos, la ley habría favorecido a los dueños de los cedros rojos, a expensas de los productores de manzanas. En definitiva, la corte determinó que cuando tal escogencia es necesaria, el Estado no transgrede sus poderes constitucionales, si decide destruir la propiedad de una categoría de propietarios para proteger a otra categoría de propietarios. El resultado de este caso particular no preocupa a Samuels. Como él mismo lo expresa, lo relevante para explorar los fundamentos de la economía política es "la necesidad inevitable de escoger" que en el caso se destaca. "El Estado se vio obligado a escoger a cuál de los propietarios debía conferírsele formalmente la seguridad, viable en la práctica, de sus derechos legales"[186]. En ausencia de la acción del Estado para proteger a los productores de manzana contra la pérdida de valor de sus árboles dañados, la ley existente sobre la propiedad habría perjudicado a los productores de manzana en beneficio de los propietarios de cedros rojos. En otras palabras: los derechos de un grupo serían protegidos y los del otro no, y el Estado debe escoger a cuál de los dos grupos proteger. La proposición generalizable que Samuels desea inducir en los lectores es que jamás se confronta un caso en el que se deba escoger entre gobierno y no gobierno; es decir, entre intervencionismo y *laissez-faire.* En un sentido fundamental, la postura *laissez-faire* está conceptualmente en bancarrota. "Las fuerzas del mercado emergen y adoptan forma y tendencia únicamente dentro de un patrón, *inter alia,* de opciones legales sobre derechos relativos: el riesgo relativo de sufrir daño y la relativa ventaja o desventaja coercitiva"[187]. Cuando nos alejamos de la discusión ideológica, podemos reconocer, desapasionadamente, que el Gobierno es omnipresente como el

marco básico dentro del cual se desarrolla la actividad económica. En este caso particular, "es asunto de cuál interés está dispuesto a apoyar el Gobierno"[188].

El punto de vista de Samuels es válido. Su énfasis sobre el arraigo de toda actividad económica dentro de un entorno político y legal es importante y no siempre reconocido explícitamente en la literatura del análisis de las decisiones públicas y el análisis económico del derecho. Por otra parte, estas otras teorías intentaron enfatizar cómo las herramientas del razonamiento económico (maximización y equilibrio) pueden ser usadas para analizar diferentes aspectos de los contextos políticos y legales. El examen (desde la otra dirección) sobre cómo lo político y lo legal estructuran los resultados económicos aún no era parte de la agenda de investigación. En esa época, "la economía política" era un término acuñado para describir las teorías marxistas, o un método naciente —pero en crecimiento— de la escogencia racional aplicada al estudio de lo político, lo legal y lo sociológico. Así, el énfasis de Samuels en el arraigo de la actividad económica en un contexto político y legal representó una visión alternativa importante de la economía política, y sirvió como correctivo de la idea de los procesos económicos desarraigados y autónomos. El comité del Premio Nobel ha reconocido a James Buchanan —en lo político— y a Ronald Coase —en lo legal— como pioneros en el desarrollo de este método de escogencia racional, dirigido a la economía política. Irónicamente, mientras ambos son identificados correctamente como fundadores de los movimientos del análisis de las decisiones públicas y del análisis económico del derecho, ambos tuvieron —y tienen— serias reservas sobre la forma como estos dos campos se han desarrollado. Y las reservas de ambos se originan en el desplazamiento del concepto de "arraigo", el programa que Samuels enfatiza. Limitaré mis comentarios al intercambio entre Buchanan y Samuels sobre el caso *Miller et al. versus Schoene* y resaltaré sus coincidencias relacionadas con el tema del arraigo. Recomiendo la biografía intelectual escrita por Steve Medema, *Ronald Coase* (London: Macmillan, 1994) a los lectores interesados en las ideas de Coase sobre este asunto.

Soluciones negociadas y *statu quo*

James Buchanan decidió responder a la interpretación hecha por Samuels del caso *Miller et al. versus Schoene*, porque, en la mente de Buchanan, la postura de Samuels reflejaba la "sabiduría convencional" de la década de los 70, cuyo resultado era "la mano omnipresente del Estado en todas nuestras vidas"[189]. Aunque Samuels escogió el caso porque pensaba que "no era un caso en el que uno pueda involucrarse emocional o ideológicamente"[190], para Buchanan la descripción de Samuels está enraizada en una visión diferente del orden social. Buchanan afirma que la versión de Samuels no toma adecuadamente en cuenta las oportunidades de intercambio que surgirían al producirse cambios exógenos en el ambiente. Cuando la interdependencia entre los cedros rojos y los manzanos se hizo evidente con la aparición del hongo, en palabras de Buchanan, "deberían haber surgido ganancias potenciales de intercambios que habrían inducido a la eliminación de esta nueva interdependencia"[191]. En lugar de poner su confianza en el proceso de intercambio, Buchanan argumenta que la narrativa de Samuels sitúa la confianza en el proceso legislativo/judicial, que supuestamente puede medir los beneficios superiores de un nuevo arreglo de derechos de propiedad, que ha de ser impuesto sin necesidad de compensación. El subjetivismo de Buchanan no le permite adherirse a este argumento.

Sin embargo, es importante reconocer que Buchanan no niega que los procesos económicos ocurren siempre en el contexto de algún conjunto de derechos de propiedad. En sus propias palabras, "el principio que debe ser enfatizado es que *alguna* estructura, *cualquier* estructura, de derechos bien definidos es un punto de partida necesario para los intercambios potenciales requeridos con el fin de eliminar la nueva interdependencia emergente"[192]. El arraigo necesario de la acción económica en un contexto legal y político es una posición compartida por Buchanan y Samuels. Discrepan sobre el papel otorgado a la conducta comercial en la resolución de conflictos entre las partes. Buchanan sigue la regla general de que la negociación de conflictos para internalizar costos y beneficios es preferible a la adjudicación. La adjudicación, a su vez, es preferible a la legislación, como una forma de clarificar los arreglos de derechos de propiedad para facilitar las oportunidades de intercambio. Y finalmente, si la legislación ha de invocarse, debe limitarse a situaciones en las que los problemas sobre bienes públicos

persisten incluso después que haya intentado hacer esfuerzos para negociar una solución[193]. Pero, como señala Buchanan, incluso en los casos en que la cuestión de los bienes públicos justifica la interferencia colectiva, la pregunta sobre cómo ha de organizarse esa acción colectiva espera una respuesta. Buchanan, como es sabido, se apoya en el principio de unanimidad de Wicksell, que en la escogencia colectiva es análogo al intercambio de beneficio mutuo en situaciones de escogencia privada. En otras palabras, el principio de acuerdo mutuo se mantiene como criterio, tanto para la acción colectiva como para la acción privada. En lugar de dejar la resolución de conflictos colectivos en manos del aparato estatal y la regla de los expertos, que se aplicó en el caso *Miller et al. versus Schoene,* como lo describió Samuels, el análisis de Buchanan se apoya en el acuerdo mutuo. La resolución no se logra por la escogencia inevitable entre dos alternativas, sino mediante la negociación y el acuerdo. Ambas partes aceptan ajustar sus expectativas y su conducta después del cambio exógeno en el entorno social que introdujo la interdependencia donde antes no existía ningún problema.

Al apelar directamente al Estado, los productores de manzanas truncaron el proceso que pudo resolver el conflicto por la vía de oportunidades de intercambio entre los propietarios de manzanos y los propietarios de cedros. Se pidió al Estado que evaluara el daño causado a los manzanos por la infección de los hongos del cedro, en relación con el daño causado a los cedros por sus propios hongos y con el causado por la tala prematura de los cedros. En el caso particular de *Miller et al. versus Schoene,* el Estado se fundamentó en la opinión experta de un entomólogo. Hay puntos importantes que debemos considerar. Primero, la determinación de un entomólogo no es necesariamente una determinación económica y, desde el punto de vista de la economía, lo que nos interesa es aproximarnos a una solución de Pareto. Segundo, debemos reconocer que la generalización del caso *Miller et al. versus Schoene* se derrumba cuando se introduce al experto. Como lo expresa Buchanan: "En la mayoría de las interdependencias económicas no hay 'expertos', y lo probable es que se cometan errores importantes en toda estimación de costo-beneficio"[194].

Por supuesto, como lo indicamos antes, Buchanan reconoce que en el caso de un problema genuino de bienes públicos —quizás podría considerarse la eliminación de los hongos de cedro cuando estos afectan a numerosas

propiedades— o en el caso de altos costos de transacción, la decisión colectiva del Estado podría reemplazar la reconciliación de intereses a través de la negociación. Buchanan señala que ley de Virginia sobre el óxido del cedro [Virginia Cedar Rust Act] reconoció la amplitud del problema al exigir que un mínimo de diez propietarios legales presentaran peticiones antes de otorgar poder al entomólogo del Estado.

Buchanan y Samuels concuerdan en que la actividad económica está arraigada inexorablemente en los entornos políticos y legales, pero sus métodos divergen a partir desde este punto de partida fundamental. Descriptivamente, Samuels cuestiona el mito de la neutralidad del Estado en el pensamiento liberal. El Estado protege necesariamente un conjunto de derechos contra otros, se tome o no la decisión de intervenir. Samuels no emite aquí un juicio normativo. No nos da razones para creer que favorece a los productores de manzanas o a los productores de cedros. Su análisis es un ejercicio de pura descripción y las implicaciones analíticas de tal descripción en los aspectos de la política, la propiedad y la ley. Para Buchanan, esta descripción debe ser matizada. Es indudable que se invoca al Estado para favorecer un interés a expensas de otro, pero Buchanan pregunta en qué se basan las decisiones que se toman. Dado que no se cuenta con una métrica persuasiva, la sugerencia de Buchanan es que se circunscriba la acción del Estado. La neutralidad —o la no discriminación— de la acción del Estado no es una descripción en los textos de Buchanan, sino una meta que el diseño institucional debería cumplir, si ello fuera posible.

Aquí entra en juego la posición del *statu quo* en el sistema analítico de Buchanan. “Hay un prejuicio explícito a favor de los derechos previamente existentes, no porque la estructura posea algún atributo ético, ni porque el cambio en sí mismo sea indeseable, sino por una razón mucho más elemental: solo ese prejuicio ofrece incentivos para que emerjan acuerdos voluntarios negociados entre las partes”[195].

En gran medida, el “estatus” relativo del *statu quo* descrito en esta cita se convirtió en el foco del intercambio de correspondencia entre Samuels y Buchanan, que eventualmente ellos publicaron[196]. Samuels acusa a Buchanan de privilegiar el *statu quo* como ideal normativo para propósitos conservadores, y Buchanan sostiene que, de hecho, Samuels es el defensor del *statu quo*. Samuels responde que es cierto que tanto él como Buchanan

tienen percepciones subjetivas del mundo, pero Buchanan tiene un sesgo inherente a favor del *statu quo*, mientras que él solamente cita un punto de partida descriptivo para la discusión crítica del *statu quo*. La correspondencia entre ambos comienza en 1972, termina en 1974, y contiene trece misivas[197]. Hay, inevitablemente, ciertas incomprensiones, pero también se encuentran allí aclaraciones adicionales de las posiciones respectivas que ocurren cuando se reiteran los argumentos. Sin embargo, para este lector el tema del *statu quo* nunca se explica satisfactoriamente, porque lo positivo, lo normativo y lo pragmático se mezclan en el intercambio.

En la obra de Buchanan el *statu quo* contiene elementos de lo positivo, lo normativo y lo pragmático. Pero lo normativo no entra en el análisis en la forma que sugiere Samuels. Ningún peso normativo ha de ser acordado a la posición de *statu quo*. Más bien, el *statu quo* funciona primero como un dato positivo —este es el mundo en el que nos encontramos— y como algo pragmático —la reforma real tiene que partir de algún *statu quo* existente—. En otras palabras, Buchanan enfatiza en varios escritos que el realismo en economía política —lo que él denomina "política sin romance"— debe empezar "aquí y ahora", no con algún ideal imaginario que el analista desearía imponer al sistema. En el caso de los productores de cedros rojos y los productores de manzanas, el análisis de Buchanan comienza con el derecho de propiedad que existía antes de la emisión de la ley sobre los hongos del cedro, porque ese era el arreglo que debía ser ajustado. Samuels llega a comprender este punto en su correspondencia con Buchanan, pero insiste en que "el problema es que no hay acuerdo sobre el mecanismo de cambio". Pero es justo aquí donde no se aprecia plenamente el valor pragmático del *statu quo*. Samuels insiste —correctamente en mi opinión— que a menudo Buchanan procura "simular con lógica lo que es *en realidad* función del poder, del conocimiento y de la psicología"[198]. Esta inclinación de Buchanan es más evidente en sus textos sobre el contrato social básico, derivado de un velo de ignorancia —o de incertidumbre—. Pero aun así, ¿no será, en realidad, que el punto de Buchanan es pragmático, y no justificativo? Elijo interpretar el punto de Buchanan en este sentido: No niega la función del poder, del conocimiento y de la psicología, pero comienza con la realidad existente como punto de partida necesario para el análisis. Para regresar al caso específico, Buchanan no niega que bajo los arreglos anteriores de

propiedad el advenimiento del hongo del cedro nos confronta con un conflicto entre los diferentes propietarios. La presencia de la nueva interdependencia es lo que conduce a las oportunidades entre las dos partes, para resolver el conflicto por la vía de la negociación. En otras palabras: Buchanan niega la escogencia inevitable entre dos alternativas contenida en Samuels: la escogencia inevitable en el nivel de análisis entre las dos partes del intercambio y la escogencia inevitable en el nivel de teoría social. En consecuencia, la afirmación de Samuels de que "si la anarquía sin control social es repugnante, el problema se reduce a cuál sistema de control social —el control social de quién—"[199] tiene implicaciones diferentes para Buchanan. El "control" social, en términos del establecimiento de las reglas del juego, es un tema principal en todos los escritos de Buchanan, pero dentro de ese marco de reglas lo que nos mueve de un estado de cosas a otro estado es el vehículo del acuerdo mutuo: ya sea a través del mecanismo de intercambio económico, ya de la construcción del consenso democrático, mediante el principio de unanimidad.

El principio de compensación se encuentra en el núcleo del análisis de Buchanan sobre la ruta de transición. Comenzamos con los derechos existentes, y el arreglo social de poder, conocimiento y psicología, no porque esa situación sea deseable desde el punto de vista normativo, sino porque representa el "aquí" que debe ser transformado para llegar "allá", si así lo deseamos. Se trata, como dije antes, de una mezcla de lo positivo —para describir adecuadamente el "aquí"—, lo normativo —para conjeturar por qué la situación sería mejor "allá"— y lo pragmático —para analizar caminos potenciales que nos lleven de "aquí" hasta "allá"—. Samuels sostiene que esta posición es confusa. Refiere en la correspondencia que el argumento de Buchanan es difícil de seguir, porque "una parte se opone al cambio, otra lo favorece, y la parte que lo favorece se opone a cualquier cambio que no sea contractual[200].

Para defender su posición, Buchanan responde a Samuels en estos términos:

> Pero mi defensa del *statu quo* se origina en mi falta de voluntad, de hecho, de mi falta de habilidad, para discutir cambios que no sean contractuales por naturaleza. Puedo, por supuesto, expresar mis propias nociones y pensar sobre cómo Dios podría escucharme e imponerme

> esos cambios, e imponerlos también a usted y a todos los demás. Me parece que esto es lo que la mayoría de los científicos sociales hacen todo el tiempo. Pero, para mí, esto es simplemente un esfuerzo desperdiciado y explica la mayor parte de la frustración. Me parece que nuestra tarea es bastante diferente: procurar encontrar, localizar, inventar esquemas de cambio que generen consenso unánime o casi unánime, y proponerlos. Dado que las personas difieren de opinión sobre tantas cosas, estos esquemas son conjuntos muy limitados, lo cual podría sugerir que pocos cambios son posibles. Por lo tanto, el *statu quo* es defendido indirectamente. El *statu quo* no tiene prioridad alguna, salvo por el hecho de su propia existencia y eso es todo lo que existe. El punto que enfatizo siempre es que comenzamos desde aquí y no desde otro lugar. Y, como economista, todo lo que puedo hacer es procurar hablar de esto y explicar maneras de cambiar que sean conceptualmente contractuales, nada más. Esto me permite dar un paso limitado hacia los juicios normativos o las hipótesis, por ejemplo; sugerir que los cambios parecen ser potencialmente aceptables para todos. Son cambios Pareto-eficiente que deben, por supuesto, incluir compensaciones. El criterio en mi esquema —cosa que no puedo enfatizar demasiado— es el acuerdo. Aquí mi método es estrictamente wickselliano[201].

La respuesta de Samuels señala correctamente que mientras el método de Buchanan puede conjeturar que el *statu quo* no tiene prioridad alguna, salvo su existencia, el criterio de unanimidad sí privilegia la situación existente. "El cambio o la continuidad del *statu quo* es asunto normativo, y su método incorpora la continuidad del *statu quo*"[202]. Me parece que Samuels tiene razón aquí. Hay un "conservadurismo" implícito en el análisis desarrollado por Buchanan. ¿Pero cuál es la alternativa? Debemos empezar en algún punto de nuestro análisis y el realismo en economía política exige que empecemos con un conjunto existente de arreglos. Por otra parte ¿cuál sería exactamente la alternativa del modelo de mutuo acuerdo en política y por qué tendría peso normativo? Un modelo basado en el mutuo acuerdo no puede negar los puntos de Samuels sobre la no neutralidad, ni la necesidad de escoger entre derechos en conflicto, pero sí sugiere que podemos tratar de minimizar el

impacto de la no-neutralidad —una meta más que una descripción—, y que podemos proporcionar un entorno en el que las soluciones negociadas a los conflictos entre agentes puedan ser buscadas tanto como sea humanamente posible.

Implicaciones para la economía política de transición

La economía de tipo soviético es descrita a menudo como una economía planificada centralmente. Esta descripción hace caso omiso de los principios organizacionales de facto de ese sistema social de producción, ya que se enfoca exclusivamente en las normas *de jure* de la organización económica. Sin embargo, también debemos estar dispuestos a examinar los entornos que subyacen a determinadas instituciones y explorar las prácticas que gobiernan la vida económica en una sociedad. En un sentido fundamental, los mercados operaron a lo largo de la historia de la planificación soviética, solo que sometidos a una existencia secreta. Las instituciones básicas de una sociedad occidental de mercado, por ejemplo, no concuerdan bien con la experiencia vivida por la sociedad soviética. En el submundo soviético, las instituciones de poner precios y regatear tomaron formas concretas, pero lo hicieron en un entorno de mercado negro —o de otro color—, sin derechos de propiedad bien definidos y respetados, con faltantes de productos y ausencia de redes alternativas de oferta. Basta con observar la descripción más simple de esta situación económica de faltantes, para comprender el problema enfrentado por una economía política en transición.

La figura 8.1 muestra de manera muy sencilla la oferta y la demanda de un producto. Resalta el faltante del producto y el precio real, más alto que el precio oficial, que hay que pagar para obtener ese producto en una economía de faltantes. Se observa una brecha entre la cantidad demandada y la cantidad ofrecida, y se crea una situación en la que los compradores deben afrontar costos no monetarios para obtener el producto. En condiciones “normales” de mercado, los costos de los compradores son simultáneamente beneficios para los vendedores. Pero en la situación de faltante artificial —causado por precios administrados— los costos no monetarios no son beneficios inmediatos para los vendedores, por lo que los vendedores tienen un fuerte

incentivo para transformar en beneficios —monetarios o no monetarios— para ellos estos costos no monetarios, pagados por los compradores. En otras palabras: lo que revela este sencillo diagrama son las "rentas" obtenibles por quienes puedan explotar la situación de escasez: "rentas" que en el caso soviético tomaron la forma de "sobornos" monetarios, "ganancias de mercado negro" y "privilegios" no monetarios para los grupos favorecidos por la élite gobernante.

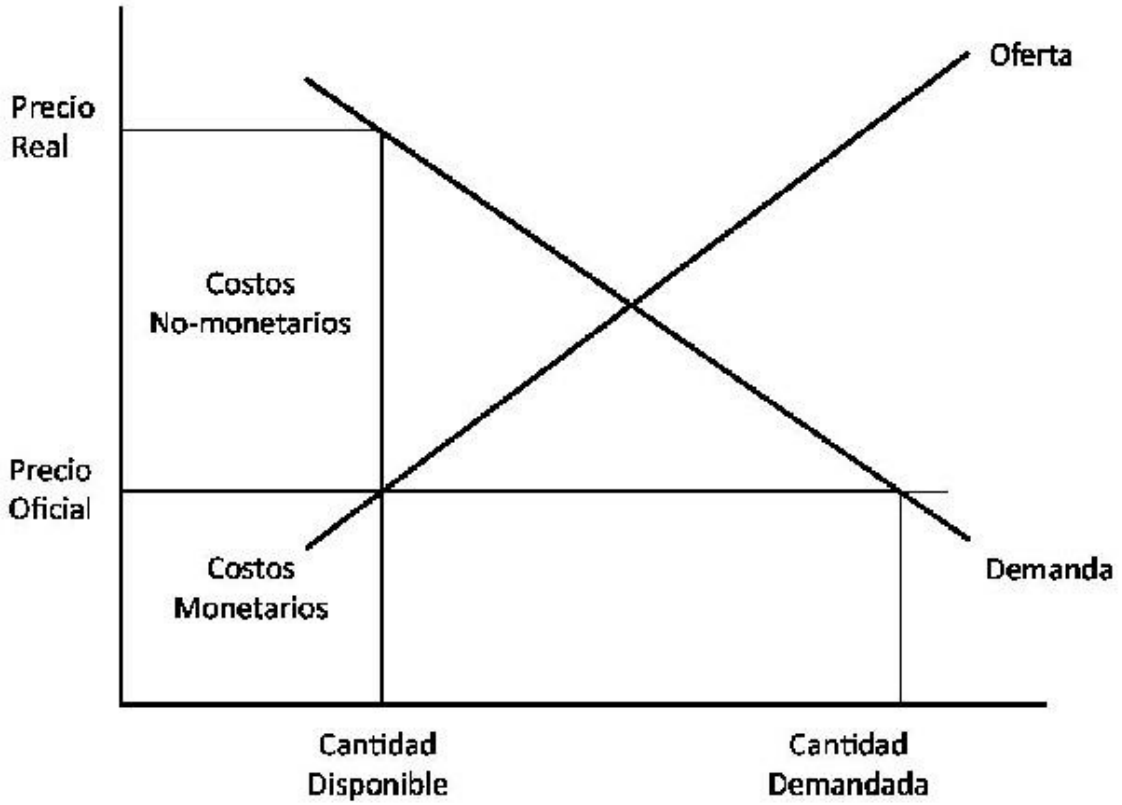


Figura 8.1. Análisis básico de la oferta y la demanda

Cambiar esta situación no es simplemente cuestión de liberar los precios para ajustarlos a los niveles que equilibran el mercado. "Rectificar los precios" no es suficiente. Básicamente, quienes lograron convertir los costos no monetarios en beneficios personales tienen un "derecho de propiedad" bajo el arreglo existente. Por analogía, podemos decir que la *nomenklatura* soviética estaba en una posición similar a la de los propietarios de cedros rojos en el caso *Miller et al. versus Schoene*, discutido por Samuels y Buchanan.

En la interpretación de Samuels, el Estado debe escoger entre apoyar el arreglo existente, que beneficia a los propietarios de cedros, o promover un

sistema nuevo de derechos de propiedad, que beneficiaría a los productores de manzanas. El arreglo anterior no había causado problemas hasta que el incidente exógeno de los hongos introdujo una interdependencia que no había existido antes. En la interpretación de Buchanan, la existencia de la interdependencia proporciona una oportunidad para intercambios mutuamente beneficiosos, pero esta opción no fue aceptada porque el recurso de apelar al Estado fue antepuesto a las negociaciones entre las partes.

Pienso que el ejercicio de recorrer estos argumentos sobre cambios en los derechos de propiedad en el contexto postsoviético resalta la importancia que tiene, para la economía política, el *statu quo* de Buchanan. En el caso *Miller et al. versus Schoene*, Buchanan se opone al cambio legislativo sobre los derechos de propiedad, porque este cambio no se adapta al principio de compensación. Samuels insiste en que esto sesga la postura de Buchanan en favor del *statu quo*: en este caso, los preexistentes derechos de propiedad que favorecían a los productores de cedros rojos, en perjuicio de los productores de manzanas. En el caso postsoviético, el análisis de Buchanan también implicaría el uso del principio de compensación como una guía para la reforma. Iniciemos el análisis reconociendo que algunos miembros de la sociedad poseen algo similar a derechos de propiedad sobre las rentas —el rectángulo en la figura 8.1 que representa los costos no monetarios—. En otras palabras, tienen control sobre un activo y la certeza de recibir beneficios que provienen de su estatus de propietarios. Solo aceptarían renunciar a ese derecho de propiedad a cambio de una compensación —hasta el límite del valor presente del flujo de ingresos futuros asociados con su derecho de propiedad—.

Desde el punto de vista de mi análisis, no considero deseable esa situación soviética preexistente, y tampoco sostengo que sea deseable compensar a la *nomenklatura* para que renuncien a sus posiciones privilegiadas. Mi punto de vista, equivalente al punto sugerido por Buchanan, es que una reforma que no privilegie a un grupo a expensas de otro solamente es posible mediante el principio de compensación. Esta reforma podría ser a veces muy costosa: de hecho, si nos concentramos en la figura 8.1, vemos que el costo de compensar a los rentistas existentes por la pérdida de su flujo de ingresos futuros podría ser mayor que los beneficios obtenidos por los compradores, como resultado de la eliminación de la escasez artificial, dependiendo de la inclinación de las curvas de la oferta y la demanda. Además, elevados costos

de transacción podrían impedir el éxito de esas negociaciones. Estas perspectivas son importantes, pero secundarias en relación con el punto que debe ser enfatizado: que una reforma realista debe empezar con los derechos existentes y ver la forma de cómo maniobrar para asegurar la transición de un conjunto de arreglos a otro.

Si el principio de compensación no es respetado cuando se da una situación exógena —por ejemplo, el surgimiento del hongo del cedro o el colapso del sistema comunista— ¿que esperarán los nuevos propietarios, en el caso de ser confrontados con otro evento exógeno? Si sus expectativas se forman sobre la base de experiencias previas, podrían esperar que sus derechos de propiedad también sean reasignados sin su consentimiento y sin compensación. Como consecuencia, acortarían el horizonte temporal de la inversión, lo que impedirá la expansión del mercado y limitará las oportunidades de especialización e intercambio. No se desarrollarán y/o no serán explotadas las nuevas oportunidades de beneficio mutuo.

Esta discusión, abstracta en algún sentido, se desarrolló en forma concreta en los debates recientes sobre la privatización en la antigua Unión Soviética. El argumento a favor de la privatización que desarrollé en mi libro *Why Perestroika Failed: The Politics of Economic and Socialist Transformation* (New York: Routledge, 1993) era sobre las privatizaciones dirigidas por la *nomenklatura*. Mi posición estaba influida por el argumento de Buchanan (y de Tullock) sobre la posición relativa del *statu quo* y los problemas que confronta la reforma de una sociedad acostumbrada a la búsqueda de rentas (*rent-seeking*). Dados los costos de transacción, relativamente elevados, asociados al pago de una suma fija para compensar a los "propietarios" preexistentes, mi argumento era que el Gobierno ruso simplemente debería reconocer formalmente a los propietarios de facto y luego adoptar una política de cero barreras de entrada y cero subsidios. Esta política compensaría efectivamente a los propietarios existentes, al otorgárseles derechos sobre los flujos de ingreso además de su control existente sobre esos activos. Al mismo tiempo, la amenaza de la entrada de nuevas empresas, domésticas y foráneas, garantizaría que el sistema existente no comportaría privilegios y conduciría a una estructura cambiante de derechos establecidos por acuerdo mutuo y ajustes evolutivos, a medida que se presentaran nuevas oportunidades en diferentes dimensiones.

Este argumento era demasiado optimista. En esos días, el contraargumento

se desarrolló en dos formas: posponer la privatización o estructurarla sin reconocer a los propietarios preexistentes. En mi opinión, ninguno de estos argumentos era (ni lo es ahora) persuasivo. El optimismo exagerado se refería al interés de parte del Gobierno postsoviético de crear condiciones de entrada al mercado. El principio de compensación fue mantenido en cierta medida durante la privatización masiva, pero no así la segunda ronda de libre entrada y ausencia de subsidios. En términos generales, los subsidios de la economía soviética se mantuvieron durante el período postsoviético[203]. La entrada de industrias de gran escala fue desalentada, e impuestos discriminatorios y regulaciones onerosas han dirigido las nuevas empresas de pequeña escala hacia la economía informal. La economía visible es, en términos generales, el conjunto de las antiguas industrias del Estado, reestructuradas total o parcialmente, y reestructuradas, y tiene más que ver con la perpetuación de las rentas que aún pueden obtenerse mediante acciones políticas. El resultado es que Rusia todavía está muy lejos de avanzar en el sendero que conduce a una economía de mercado basada en la propiedad privada.

Pero el objeto de esta digresión no es analizar mi diagnóstico particular sobre el esfuerzo de la reforma rusa. Lo que deseaba destacar son los tópicos que se hallan en el intercambio de correspondencia entre Samuels y Buchanan. Samuels acierta cuando enfatiza que las acciones económicas están arraigadas en el contexto político y legal. Acierta también cuando insiste en que el Estado es una institución que puede ser aprovechada —y será aprovechada— por unos para explotar a otros. El Estado, en este sentido, no es neutral. Pero la preocupación de Buchanan sobre la reforma que debe comenzar aquí y ahora también me parece acertada. Además, es convincente el énfasis sobre cómo —comenzando por el aquí y ahora— el principio de compensación debe guiar la transición entre aquí y allá, salvo que deseemos recurrir a medios ajenos al acuerdo mutuo.

Conclusión

Samuels elevó el nivel de nuestra comprensión sobre el arraigo político, legal y social de la economía. De hecho, puso el énfasis no solo en las interrelaciones entre estas esferas separadas del control social, sino también en su conexión esencial. Estas se producen y se reproducen unas a otras por

su operación. La economía adquiere una forma concreta por su relación con el entorno legal y político. Si cambia la estructura de los derechos, la economía se reconfigura.

Samuels también elevó nuestra conciencia sobre el tema del poder en la sociedad, incluso en economía. Argumenta que en la estructura social la cuestión política clave es siempre sobre los intereses de quienes son tomados en cuenta y los de quienes son ignorados. La respuesta a esta pregunta se define siempre en el seno del proceso político-legal y siempre viene moldeada por las existentes relaciones de poder en el Gobierno, en la economía y en la sociedad. Samuels hizo más profunda nuestra comprensión de esos temas, destacando el papel de la ideología y de los sistemas de creencias en los sistemas sociales y en las formas de análisis. En palabras de Samuels:

> Los derechos no son producidos en una caja negra llamada gobierno, y la economía no opera por su propia fuerza. Un nexo legal-económico es formado por un proceso en el que ambos se (re)determinan simultáneamente. En el corazón de la sociedad y del cambio social (incluso el cambio legal) está el control y el uso del nexo legal-económico y, en el corazón de este, está el ejercicio del gobierno, del poder y del sistema de creencias. Las características fundamentales del nexo legal-económico no son tan simples ni tan obvias como se piensa en ciertos enfoques teóricos que afirman que la política y la economía son esferas preexistentes y auto-subsistentes[204].

Debemos apreciar las ideas profundas que Samuels, a lo largo de su distinguida carrera, nos ha dado sobre la naturaleza de la economía política y su contribución a nuestras discusiones sobre este tema. Pero temo que a menudo (aunque no siempre) su preocupación por las instituciones de coerción mutua ha desviado su atención de la institución de consentimiento mutuo. Samuels aprecia el poder de la imaginación humana para aprovechar oportunidades ventajosas en el mercado, en la ciencia y en la trasmisión cultural, pero su obra no hace énfasis en este aspecto de la interrelación social humana. En el análisis del cambio legal, como en el caso *Miller et al. versus Schoene*, cierta ceguera ante las oportunidades de intercambio mutuamente ventajoso desemboca en un sesgo a favor de la acción del Estado en

comparación con la resolución del conflicto por la vía de la negociación. Pero si Samuels tiene razón en su descripción positiva del arraigo de la economía y del poder de los intereses existentes, me parece que su análisis debe ser complementado con un reconocimiento de que la discusión sobre la transición de una situación a otra debe empezar con el "aquí y ahora". El *statu quo* merece un lugar apropiado, no porque sea algo especial, sino simplemente porque *es.* Y cuando se lo incorpora al análisis, el principio de compensación se convierte en el método guía que nos permite efectuar mejoras (pequeñas o grandes) cuando estas sean factibles en este mundo. En definitiva, el análisis descriptivo de Samuels sobre el control social puede ser (o tal vez debería ser) el punto de partida de nuestro análisis, pero no es suficiente, como marco analítico, para enfocar el tema de la economía política del cambio social. Los sistemas de poder, de conocimiento y de creencias deben ser la base de nuestro análisis, pero la continuidad, la predictibilidad y la compensación también deben estar presentes. El resultante análisis híbrido Buchanan/Samuels proporciona una mezcla de lo descriptivo, lo pragmático y lo normativo para forjar una economía política digna de nuestros predecesores clásicos.

Capítulo 9

La maximización de la conducta y las fuerzas del mercado

Gordon Tullock

Introducción

Las contribuciones de Gordon Tullock a la economía política están bien documentadas. Conceptos como "tráfico de influencias", "el motivo del voto" y la "búsqueda de renta" (*rent-seeking*), explorados detalladamente por Tullock, son ahora parte del lenguaje común de los economistas y de los economistas políticos. James Buchanan ha afirmado que Tullock es un "economista natural"[205]. El economista natural, como el atleta natural, despliega atributos sobresalientes en su área antes del entrenamiento formal. En el caso de los atletas, la expresión se refiere normalmente a una velocidad explosiva, una agilidad excepcional y una coordinación sorprendente entre los ojos y las manos. En economía, los atributos son diferentes y suelen estar asociados con una habilidad para penetrar los enigmas analíticos y ofrecer con rapidez, argumentos lógicamente sólidos[206]. El economista natural piensa como un economista, sin darse cuenta de que está pensando como un economista. En otras palabras, los economistas naturales ven a los individuos, en todos los contextos, como actores racionales que se enfrentan con costos de oportunidad en sus decisiones y escogen el sendero de la maximización de utilidades. Los preceptos éticos y morales no enturbian el análisis. Al adoptar esta perspectiva con tanta consistencia, incluso en ambientes en los que este método es desconocido, Tullock descubrió terrenos nuevos que hasta hoy solo son explorados parcialmente en el derecho, la política, la ciencia y la sociobiología. Los individuos que están en entornos ajenos al mercado, y los que se encuentran en economías de mercados competitivos, siguen el mismo modelo de conducta motivacional, y por eso el economista puede predecir patrones de conducta sobre una variedad de actividades y entornos.

Las aplicaciones creativas de Tullock sobre la manera económica de pensar siguen a menudo el sendero analítico de inferir las intenciones a partir de los resultados. ¿Dónde deja este análisis las consecuencias no intencionadas de la

acción humana? El concepto de consecuencias no intencionadas está en la base del análisis económico de la "mano invisible" o del "orden espontáneo". Si las "rentas" que fluyen a los grupos de intereses especiales son producto de un diseño deliberado, ¿significa esto que la economía de Tullock tiene poca relación con las consecuencias no intencionadas?

Es mi tarea sostener la tesis de que la economía de Tullock está basada en una apreciación profunda de las explicaciones de la mano invisible. Como argumenta Nozick, la referencia a la mano invisible requiere que se expliquen los procesos de *filtración* y los procesos de *equilibrio*[207]. Por sí solo, el modelo de conducta motivacional del interés personal no puede proporcionar esa explicación. Puede ser un componente necesario, pero definitivamente, no es un elemento suficiente. El economista natural probará que no es natural si no comprende que el contexto es importante y que hay una brecha entre las escogencias de los individuos y su resultado social, que es función del entorno institucional en que se dan esas escogencias. El entorno institucional proporciona el proceso de filtración, y la combinación del modelo de conducta motivacional con la identificación del mecanismo de filtración genera la comprensión de los procesos de ajuste, que dan lugar al estado de equilibrio, si no se introducen otros cambios.

La insistencia de Tullock en aplicar la manera económica de pensar en áreas que van mucho más allá de la esfera de la competencia del mercado y del cálculo monetario, ha resultado en una apreciación más profunda de las condiciones que producen la cooperación o el conflicto social. En un ambiente institucional de propiedad privada e intercambio libre, la conducta de perseguir interés personal puede resultar en un bien social: la mano invisible. Por otra parte, fuera del entorno de la propiedad privada, los procesos de filtración y los procesos de equilibrio que ocurran pueden guiar al interés personal en direcciones que producen un mal social: la tragedia de los comunes. La manera de ver esto es que el juego social siempre lo juegan individuos motivados por su interés personal, pero Tullock argumenta que las reglas del juego determinarán si se trata de un juego de suma positiva —de suma cero— o de suma con resultado negativo. Sostengo que esta visión es tan importante para identificar a los economistas naturales como lo es el supuesto de motivación y conducta que ellos atribuyen a la humanidad.

El programa de Simons y la educación de un economista

A propósito de su biografía personal, Tullock recibió muy poco entrenamiento como economista y él es el primero en decirlo. Pero el poco entrenamiento que sí recibió fue del mejor nivel posible. Tullock estudió en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chicago y tomó un curso básico de economía con el profesor Henry Simons. Este curso, como lo admite el propio Tullock, cambió su vida. Le infundió curiosidad por la disciplina y le dio el respaldo necesario para que pudiera aprender economía por su cuenta y se convirtiera en un economista profesional[208]. ¿Qué se aprendía en el curso de economía de Simons? Primero, que "la economía es principalmente útil, tanto para el estudiante como para el líder político, como profiláctico contra las falacias populares"[209]. Segundo, que el análisis económico comenzó con el análisis sistemático de los debates sobre la política del Gobierno. Tercero, que la primera tarea de la economía es comprender la operación de la economía de mercado y que ese análisis procede de los supuestos de propiedad privada, libertad de contratación, libertad de escogencia y un sistema monetario. Es importante enfatizar que la demostración del orden social que emerge bajo esos supuestos no es un ejercicio normativo apologético del sistema capitalista, sino un análisis positivo sobre cómo funciona este sistema. Cuarto, que por necesidad el análisis económico opera con supuestos simplificados, pero que la meta es hacer el análisis eficiente sin que se vuelva inadecuado. Y por último, suponiendo un entorno institucional de propiedad privada, libertad de contratación, libertad de escogencia y sistema monetario, que el sistema de precios guiará la producción y el consumo de manera que se genere un equilibrio eficiente en la asignación de los recursos, y que cualquier desviación de ese equilibrio impulsará fuerzas que equilibrarán el sistema. De hecho, Tullock aprendió con Simons que la tarea fundamental de la teoría de los precios es explicar el *proceso de ajuste del equilibrio* guiado por los movimientos de los precios relativos.

El cambio económico en el modelo que Simons enseñaba era el resultado de una de estas situaciones: a) cambios en los términos del ajuste a condiciones dadas, o b) cambios en las condiciones subyacentes, como

gustos, tecnología o propiedad de los recursos. Los ajustes del equilibrio a las condiciones dadas son guiados por los movimientos de los precios relativos y las señales de ganancias o pérdidas. Pero Simons argumentaba que este método también habilitaría al economista para predecir de manera razonable las consecuencias de un cambio particular en las condiciones subyacentes —como el resultado de un cambio en la legislación— sin que cambien otras variables. "Por lo tanto, el análisis estático acoplado con algo de juicio puede habilitarnos para asegurar con confianza que, en virtud de cambios particulares, las condiciones económicas serán diferentes en aspectos específicos de lo que serían en otras condiciones"[210]. Los supuestos estáticos, como los comprendía Simons, no eran restrictivos, sino herramientas intelectuales necesarias para ayudar al estudiante a comprender las complejidades sociales de la economía de mercado y de la economía política.

Tullock fue convencido por el enfoque de Simons de la manera económica de pensar y esa influencia se puede ver en su docencia y en su carrera académica. En condiciones competitivas, los cambios de precios guían una interdependencia compleja en la vida económica que coordina los planes de producción con las demandas de consumo[211]. En el texto *Simons' Syllabus*, cuando las fuerzas del mercado bajo condiciones competitivas son el foco principal del análisis, la desviación de esas condiciones es explorada en términos de situaciones de monopolio y oligopolio[212]. Las lecciones principales que Simons enfatizó en sus clases fueron: 1) que en el mundo real, salvo protección por un decreto del Gobierno, los monopolios enfrentan una situación difícil al explotar sus ventajas, debido: a) al peligro de legislación adversa y/o a la opinión pública hostil en forma de rechazo de los consumidores; y b) por los costos de mantener el poder del monopolio contra competidores potenciales; y 2) que en teoría el análisis del poder del monopolio es importante, porque demuestra de manera directa las pérdidas que imponen a la comunidad todas las restricciones que los grupos de intereses especiales imponen a la competencia del mercado.

Se puede argumentar que el ensayo sobre economía más famoso de Tullock es "The Welfare Costs of Monopolies, Tariffs and Theft". Se trata de una exploración más completa que la de Simons sobre el problema del monopolio

y la política del Gobierno[213]. En "Entry Barriers in Politics", Tullock elabora sobre las proposiciones de Simons referentes a los competidores potenciales, y se adelanta a varios de los argumentos asociados más tarde con la teoría de los mercados disputados en el área de la organización industrial y las aplica a la comprensión de los enigmas y las paradojas de la política[214]. En ambos casos, la genialidad de Tullock radicó en seguir la estructura argumentativa desarrollada en la teoría básica de los precios y aplicar ese estilo de razonamiento para desarrollar fenómenos inteligibles fuera del ámbito de la economía de mercado. Como veremos más adelante, esto también es cierto para el resto de las contribuciones de Tullock relativas a la toma de decisiones dentro y fuera del mercado. El trabajo de Tullock es la aplicación de la teoría de los precios de principio a fin, aun cuando las preguntas que intenta responder se encuentran fuera del área de la economía de mercado y no hay precios *per se* que puedan ser examinados.

Comprender las fuerzas del mercado y aclarar los fenómenos ajenos al mercado

Equipado con su comprensión de las fuerzas del mercado en una economía competitiva, y de cómo el interés personal del individuo puede ser guiado por los precios relativos y la expectativa de utilidades para generar una red compleja e intrincada de cooperación social, Tullock emprendió la explicación del mundo empírico en el que se encontró al ligarse al Departamento de Estado. Tullock vivió en un mundo de burocracia y política, no en el mundo de las fuerzas del mercado. Allí, era desplegado el mismo modelo de conducta motivacional, pero en un ambiente institucional alternativo. En los entornos en los que Tullock decidió explorar la coordinación no se obtenía mediante los movimientos de los precios, sino por el voto, las reglas burocráticas o el impulso filantrópico. La pregunta simple es: ¿Cuáles son los procesos de filtración y los procesos de equilibrio que operan en estos ambientes institucionales?

Un ejemplo clásico que capta el estilo de argumentación de Tullock es su reacción a este resultado aparente: contra la intuición, los cinturones de seguridad y las bolsas de aire no mejoran la seguridad en las carreteras[215]. Si

consideramos las muertes por accidentes de tránsito, encontraremos que muchas se explican por la imprudencia de los conductores. En las carreteras hay conductores irresponsables y conductores conscientes. Desafortunadamente, la obligatoriedad del uso de los cinturones de seguridad y las bolsas de aire reduce los costos privados de conducir irresponsablemente, pero incrementa los costos sociales. El argumento es simple: al sopesar los costos esperados de conducir a alta velocidad, girar "en u" por donde no está permitido, cambiar de carril, etcétera, los conductores consideran el costo potencial de un accidente y también el beneficio de llegar a destino en menos tiempo. La conducción irresponsable, entonces, puede ser modelada como el resultado de una deliberación racional como lo es la conducta consciente. Los instrumentos de seguridad reducen la probabilidad de muertes y heridas derivadas de un accidente. Cuando el Gobierno hace obligatorio el uso de instrumentos de seguridad, reduce el costo esperado de un accidente para los ocupantes del automóvil. Al reducir los costos asociados a la irresponsabilidad de los conductores, se incrementa, de hecho, la probabilidad de accidentes —manteniendo constantes las demás variables —. Si el objetivo de la política del Gobierno es reducir la irresponsabilidad y, como consecuencia, reducir la probabilidad de accidentes, tal vez una política más efectiva sería legislar que en el timón se instalara un puñal dirigido al conductor y apuntando directamente a su pecho. En esta situación, el conductor tendría un incentivo poderoso para conducir con prudencia.

Este ejemplo ilustra la frialdad relacionada con la aplicación persistente y consistente de la lógica de la economía a los problemas de la política. También refleja esta observación aguda de Tullock: el interés personal no es suficiente para explicar los resultados sociales en términos económicos. El interés personal es un supuesto de motivación y conducta que se interpone a los resultados observados, pero esos resultados son consecuencias del supuesto de motivación y conducta, sumados a contextos institucionales específicos que proporcionan una estructura de costos frente a beneficios. La certeza de un entorno de seguridad en el interior del vehículo induce a los que escogen racionalmente a comportarse de cierta manera, mientras que incrementar los costos de la irresponsabilidad mediante un entorno no seguro en el vehículo induce a observar una conducta diferente de los que escogen racionalmente. La ironía contraintuitiva de la narrativa de Tullock establece cómo la seguridad interna del vehículo resulta en mayor peligro, mientras que

la ausencia de cierta seguridad interna resulta en una conducción más prudente. La discusión de Tullock sobre cómo el interés personal, cuando los costos recaen en el conductor, resulta en una mejor consecuencia social, trae a la mente el estilo de razonamiento que hallamos en la discusión de Adam Smith sobre cómo el interés personal del carnicero, del panadero y del cervecero genera nuestra cena.

Conducir un automóvil, enamorar a alguien, votar en una elección, hacer una donación a la iglesia y cuidar a los niños son ejemplos de deliberación racional en contextos específicos. Por ejemplo: al decidir si vota o no vota, el individuo considera no solamente los beneficios asociados al voto, sino también los costos de involucrarse en el acto de votación. Proposiciones conocidas en el análisis de las decisiones públicas sobre la ignorancia racional, la abstención racional y el voto de los intereses especiales son consecuencias de la aplicación persistente y consistente de la lógica económica a situaciones ajenas a la economía de mercado. *El interés personal está omnipresente, la competencia está omnipresente, pero la manera como el interés personal y la competencia se manifiestan depende del marco institucional.* En el contexto de la economía de mercado, con derechos de propiedad privada claramente definidos y estrictamente aplicados, Tullock argumenta de manera bastante convencional —según la definición de Simons y la teoría de precios de la Escuela de Chicago en las décadas de los 40 y los 50— que la conducta motivada por el interés personal resulta en costos más bajos y mejor calidad de los productos, dado que los productores, atraídos por las ganancias, se esmeran en satisfacer las demandas de los consumidores. Los mecanismos de filtración que están en funcionamiento en la economía de mercado son la expectativa de ganancias y la penalidad que implican las pérdidas, que modifican continuamente la estructura del uso de los recursos y de la propiedad, y estimulan a la innovación por parte de los empresarios. El sendero que conduce al equilibrio es consecuencia de los ajustes de los precios relativos y del arbitraje empresarial que empujan el sistema hacia las condiciones óptimas, cuando se ven realizadas todas las ganancias del comercio.

El reto que confronta Tullock, al llevar la lógica de la economía más allá del área del mercado, es descubrir y sopesar los filtros alternativos y los procesos de equilibrio que operan en el área de la política, la ley y el orden, la sexualidad humana y la conducta de la vida biológica no humana. La

propiedad, los precios, las ganancias y las pérdidas no existen en estas áreas para disciplinar a los actores y canalizar los esfuerzos en una dirección que haga coincidir los intereses personales con el beneficio público, como ocurre en la economía de mercado[216]. Los individuos sopesan los costos marginales (CM) y los beneficios marginales (BM) cuando toman decisiones y se inclinan por las actividades en las que BM>CM, pero la posición y la pendiente de las líneas BM y CM son funciones del ambiente institucional en el que deben hacerse las escogencias.

La reconciliación del orden espontáneo con el análisis de las decisiones públicas

Una conjetura básica de la economía del análisis de las decisiones públicas es que las intenciones se pueden inferir a partir de los resultados[217]. Si se aprueba una ley para elevar el salario mínimo por encima del salario del mercado y como resultado de esta medida los trabajadores con salarios bajos son despedidos, como lo establece la teoría económica, los economistas del análisis de las decisiones públicas infieren con audacia que la legislatura conspiró para aprobar leyes cuya intención es reducir la competencia de los trabajadores con salarios bajos. El objetivo de la política es concentrar los beneficios en los grupos de interés bien organizados y bien informados, y dispersar los costos en las masas mal organizadas y mal informadas. Stigler explicó la inferencia de las intenciones a partir de los resultados en estos términos:

> Los objetivos anunciados de una política a veces no tienen relación o están relacionados perversamente con sus efectos reales, y *los efectos verdaderamente intencionales deben ser deducidos de los efectos reales.* No se trata de una tautología diseñada para dar brillo a un problema complicado, sino de una hipótesis sobre la naturaleza de la vida política. Por supuesto, a veces las políticas se adoptan por error, y el error es un rasgo inherente de la conducta del hombre. Pero los errores no son la base de la dinámica de la vida de los hombres. Si una política económica ha sido adoptada por numerosas comunidades, o si es apoyada persistentemente por una sociedad durante un período

> largo, conviene suponer que los efectos reales son conocidos y deseados. Está claro que una explicación de una política en términos de error o confusión no es una explicación en sentido alguno: todo o nada sería compatible con esa "explicación"[218].

Frente a estas ideas, parece que la persecución inexorable de un nexo entre intenciones y resultados contradice la teoría del orden espontáneo sobre consecuencias no intencionadas.

Pero este conflicto es solo aparente. Adam Smith explicó el poder de los procesos de la mano invisible para canalizar el interés personal hacia los beneficios públicos. También reconoció que la mano escondida de los mercaderes, si se asocia con los oficiales del Gobierno, puede resultar en privilegios especiales para unos pocos que erosionan la prosperidad de la población general. El trabajo de Tullock sobre microeconomía y economía política está firmemente enraizado en la tradición de Smith.

Algunos críticos de la teoría del orden espontáneo caracterizan erróneamente la posición, argumentando que la intencionalidad está ausente del análisis. Pero el mensaje de Hayek, que debe recordársele a algunos, se enfocaba en la acción humana y no en el diseño humano. Como vimos con Nozick, las explicaciones de la mano invisible comienzan con el individuo que reflexiona sobre un curso de acción que procede mediante procesos de filtro particulares, definidos por el contexto de la escogencia. El patrón de conducta e interacción que resulta muestra propiedades de equilibrio. La presentación de Adam Smith sobre la proposición de la mano invisible sigue la misma estructura argumentativa. Es importante enfatizar que Smith no supone que los actos de interés personal son suficientes para asegurar un orden social benévolo. Por el contrario, el interés personal guía a los funcionarios públicos a sobrecargarse. También es lo que conduce a los profesores de Oxford a no satisfacer las demandas educativas de sus estudiantes, y a los maestros de doctrina religiosa a ser menos dedicados y menos diligentes en las sectas religiosas financiadas por el Estado, en comparación con las sectas que dependen exclusivamente de contribuciones voluntarias[219]. El interés personal también conduce al hombre de negocios a conspirar con sus competidores para establecer precios y buscar protección contra competidores extranjeros[220]. El interés personal respalda el sofisma

de los mercaderes y los fabricantes en la búsqueda del estatus monopólico, tanto como que es el interés personal de profesores y predicadores lo que los hace buscar ingresos seguros y protección contra los competidores en su tarea de impartir instrucción filosófica y doctrina religiosa.

También es el interés personal lo que inspira los refinamientos de la división del trabajo, las actividades de coordinación de una economía guiada por los cambios de los precios relativos y las innovaciones de los emprendedores. El interés personal no es exclusividad del *laissez-faire*, pero el régimen del *laissez-faire* —en las instituciones específicas de libertad natural, o lo que Hume llamaba el sistema de "propiedad, contratos y consenso"— canaliza el interés personal en una dirección que maximiza la eventualidad de un orden social de paz y prosperidad. Smith afirmó que en ausencia de las instituciones de la libertad natural, o cuando el Gobierno procura frenar su desarrollo, el resultado es la tiranía y la pobreza.

La obra de Tullock sobre la teorización del orden espontáneo es similar a la de otros economistas políticos modernos que estudiaron la toma de decisiones fuera del mercado —por ejemplo, Thomas Schelling— y con frecuencia enfatiza las consecuencias no intencionadas, pero indeseables, de la acción humana[221]. La mayoría de las obras en la tradición de la economía se enfocan en el sistema de mercado —con la existencia de premios y castigos asignados a la conducta individual—. Sobre la proposición contraintuitiva de que el interés personal puede generar beneficios públicos los académicos enfocados en las decisiones ajenas al mercado tienden a mostrar que el interés personal puede causar pérdidas o que la espiritualidad pública puede derivar trágicamente en consecuencias no deseadas. Hay un lado oscuro y un lado brillante en la lógica de las consecuencias no intencionadas. En qué dirección se moverá el sistema será función de las instituciones en las que los individuos persiguen sus intereses personales.

Un ejemplo clásico de la apreciación de Tullock sobre el orden espontáneo, comprendido en el sentido benigno convencional del término, puede hallarse en su ensayo "Adam Smith and the Prisoners' Dilemma"[222]. Tullock demuestra cómo la disciplina de tratos repetitivos en el mercado da lugar a la cooperación entre individuos anónimos que no se conocen y promueve la cooperación y el intercambio. El costo de no cooperar es demasiado alto, debido al mercado de la reputación. Tullock resume el argumento en estos

términos: si usted opta por no cooperar, descubrirá pronto que no hay nadie con quien no cooperar. Así, el dilema del prisionero se transforma en un juego de suma positiva de comercio y creación de riqueza, a través del filtro de la reputación desarrollada mediante tratos repetidos, y una mayor información fluye a través de los mercados. En ausencia de ese filtro, la situación del dilema del prisionero mostraría una tendencia al equilibrio de la solución no cooperativa. La política como búsqueda de renta puede ser un juego de suma cero, o un juego de suma negativa, que induce a los tomadores de decisiones a seguir caminos de acción que reflejan interés personal, pero los resultados son consecuencias sociales no deseadas, dado que la riqueza es simplemente redistribuida o, en el peor de los casos, destruida.

Desde esta perspectiva, las fallas de la política no resultan solamente de la ignorancia y los incentivos perversos, sino de la ausencia de instituciones que trabajarían para atenuar los problemas de ignorancia y la existencia de instituciones que, en cambio, a menudo exacerban la perversidad de los incentivos que los actores enfrentan cuando toman decisiones. Las instituciones políticas tienen sus propios procesos de filtro y sus propios conceptos de equilibrio, y, de esa forma los patrones menos que ideales que emergen tienen fuertes características de supervivencia. Reconocer esto conduce directamente a la perspectiva "constitucional", que se asocia normalmente con James Buchanan, pero en la que Gordon Tullock contribuyó enérgicamente en su obra sobre la economía política. Las reformas exitosas no son consecuencia de divulgar mejor información ni de nombrar a mejores políticos. Son consecuencia de reglas constitucionales alternativas. Una ilustración importante puede verse en la obra de Tullock sobre cómo un sistema federalista apropiado, caracterizado por la descentralización, y la competencia entre Gobiernos, y que otorgue a los ciudadanos el poder de votar con los pies, puede mejorar el análisis de política pública del Gobierno de turno[223]. En su narración de cómo la competencia entre las jurisdicciones del Gobierno producen una mezcla mejor de políticas públicas para satisfacer la amplitud de las demandas de los ciudadanos, se sigue el interés personal, existe un ambiente institucional, hay procesos activos de filtración y se ponen de manifiesto las propiedades de equilibrio descritas. Una vez más, Tullock muestra el estilo de razonamiento de Adam Smith, que inicialmente aprendió con Henry Simons, durante el

único curso formal de economía que tomó.

Conclusión

Frank Knight, el gran economista de Chicago, expresaba a menudo que "decir que ante una situación no hay esperanza es decir que es ideal". Está claro que la obra de Gordon Tullock sobre la economía política de las decisiones públicas no es decididamente reformista, como lo es la de su colega James Buchanan. Pero en realidad Tullock no es pesimista ni optimista. Es un realista. La gente es lo que es y la política también es lo que es. Los mercados funcionan porque toman a la gente como lo que es y utilizan sus motivaciones básicas para generar una conducta de cooperación. Pese a la retórica de mejorar y ennoblecer al hombre por la vía del servicio público, la política opera como los mercados, sobre la base del interés personal. Pero el ambiente institucional en el que se hacen las escogencias políticas es radicalmente diferente del contexto en el que predominan la propiedad privada, la libertad de contratación y la contabilidad de ganancias y pérdidas. Por la estructura alterada de premios y castigos, el interés personal se manifiesta en forma diferente a como se observa en la economía de mercado. Sin embargo, el interés personal impulsa la acción humana, y por ese motivo nosotros, como economistas políticos, podemos identificar razonablemente cómo un cambio en la estructura institucional afectará la conducta en esta dirección o en aquella.

Al analizar la política con los mismos instrumentos analíticos con los que se examinan el orden del mercado, Tullock aportó contribuciones significativas y duraderas a nuestra comprensión de las fuerzas espontáneas que emergen de la acción humana. Los patrones de intercambio que resultan de nuestras relaciones en el mercado, en las cortes, en la sede del Congreso, e incluso en el dormitorio, fueron iluminados con una visión profunda por Gordon Tullock. Enfatizó el lado oscuro de la mano escondida de la manipulación política por intereses especiales, como oposición al lado brillante de la "mano invisible" en los procesos del mercado. Pero en su análisis Tullock aplicó, persistente y consistentemente, la teoría de la escogencia racional en todas las veredas de la vida humana (y no humana), identificando los procesos de filtro en operación y las propiedades de

equilibrio que se muestran en los entornos sociales que él estudió. Cuando hablamos de los herederos del siglo XX de Adam Smith, y de su estilo de razonamiento sobre la mano invisible, las contribuciones valiosas de Tullock en el campo de la economía política merecen el derecho de que su nombre se asocie con los de Hayek y Buchanan.

Capítulo 10

El individualismo metodológico, el orden espontáneo y el programa de investigación del taller de teoría política y análisis político

Vincent y Elinor Ostrom

Introducción

Uno de los desarrollos más excitantes en las ciencias sociales del siglo XX fue la expansión rápida del estilo de razonamiento y de las técnicas de medición comunes a la economía y a otras disciplinas. La historia, el derecho, la ciencia política y la sociología fueron transformadas, en las décadas del 50 y del 60, debido a lo cual dicha transformación se conoció como la revolución de la "escogencia racional". Los primeros desarrollos en estas áreas se enfocaron simplemente en la noción de que el actor humano debía tener un rol central en cualquier análisis de la vida social. En otras palabras, la adopción del *individualismo metodológico* era el paso crucial afrontado por los revolucionarios científicos originales. Esto constituyó un contraste directo con la forma como las ciencias sociales eran diseñadas hasta finales del siglo XIX y principios del XX. En las áreas de estudio, la historia se enfocaba en el pasado, la antropología en lo exótico, el derecho en las cortes, la política en el Estado, y la economía en el mercado. Durkheim, confrontado con esta división intelectual del trabajo, decidió que la sociología derrotaría a todas estas disciplinas, insistiendo en que lo "social" estaba en todas ellas. En el proceso transformó la sociología, definida entonces como la ciencia general de la acción humana —definición compartida por Spencer, Weber y Simmel —, en una disciplina enfocada en las fuerzas sociales, que son la base de la realidad social. Sin importar los méritos del enfoque de Durkheim, la consecuencia de este sistema de pensamiento fue la pérdida de la visión del actor humano, los incentivos que enfrenta, la información que posee y su habilidad para adaptarse a circunstancias cambiantes.

El éxito del *holismo metodológico* nunca impactó a la economía como disciplina. A principios del siglo XX hubo voces heterodoxas que

cuestionaron el individualismo metodológico de la revolución marginalista, y ciertamente entre 1940 y 1970 la hegemonía keynesiana descartó de la economía el individualismo metodológico. Pero, durante esos años, el análisis microeconómico nunca desapareció de su lugar dominante en la disciplina y el individualismo metodológico nunca perdió su preeminencia en la economía. Las demás ciencias sociales nunca estuvieron en la misma situación. La reintroducción a esas disciplinas del individualismo metodológico fue asociada al movimiento que adquirió el nombre de "imperialismo económico".

Cuando los "imperialistas" originales exportaron —en el caso de James Buchanan— o importaron —en el caso de William Riker o James Coleman— el modelo económico básico, la naturaleza de la disciplina se había transformado de tal manera que trabajar con el modelo económico significaba no solo individualismo metodológico, sino también un enfoque de modelos y mediciones en las ciencias sociales. "Modelar" al individuo significaba optimizar la conducta y "medir" hallar implicación estadística. Los críticos del imperialismo económico se concentraron en tres objetivos no necesariamente interconectados: 1) lo inapropiado del individualismo metodológico; 2) lo irreal del modelo de maximización, como descripción de la conducta humana; y 3) la a) falla empírica del modelo de maximización en términos de prueba estadística: y b) lo inapropiado de los *tests* de estadística en disciplinas que aspiran a una *comprensión general*, en lugar de aspirar a la *predicción.* Ciertamente, varias de estas críticas pueden ser válidas.

Hay por lo menos tres problemas con las críticas dirigidas al imperialismo económico. Primero, no está claro que el individualismo metodológico necesariamente imponga a un académico modelos de maximización y pruebas de significación estadística. Segundo, incluso los ejercicios más abominables de modelos de maximización y estadística pueden ser superiores a las explicaciones del colectivismo metodológico. En otras palabras, la explicación parsimoniosa derrotará el análisis más complicado, que incluye todas las fuerzas sociales que impactan la situación examinada. Tercero, quizás en un análisis empírico de las ciencias sociales pueda encontrarse que ambos enfoques estructuran un modelo de acción humana en un contexto más amplio que los modelos de maximización, y se enfoca en asuntos de significado humano y de comprensión de la escogencia en lugar de enfocarse en la predicción.

En la primera mitad del siglo XX había una visión unificada de las ciencias sociales. El actor humano estaba en el centro y el objetivo era comprender, y no predecir. Esta visión fue promovida por economistas como Mises, Knight y Hayek. En la segunda mitad del siglo XX, este programa de investigación fue continuado de la manera más identificable en la obra de Buchanan y en el desarrollo de la Escuela de Economía Política de Virginia. Este imperialismo es diferente del que se practica en la Universidad de Chicago, diferencia a menudo olvidada en un esfuerzo por homogenizar todas las iniciativas asociadas con la forma económica de pensar fuera de la esfera del mercado. Por ejemplo, Ronald Coase ha rechazado el imperialismo reflejado en la identificación de Richard Posner de derecho y economía, mientras que muchos economistas atribuyen a Coase el liderazgo de la revolución en la academia legal. Douglass North se encuentra en una situación similar, en relación con la cliometría y la investigación en la historia económica.

Uno de los mejores ejemplos de un programa de investigación metodológicamente individualista de principios del siglo XX, orientado en una nueva dirección con mayor desarrollo, es la obra de Vincent y Elinor Ostrom, y del taller de teoría política y análisis político de la Universidad de Indiana [Workshop of Political Theory and Analysis of Policy]. "Bloomington School" es reconocida como una de las tres escuelas principales asociadas con el desarrollo de la teoría del análisis de las decisiones públicas: las otras dos son Rochester (Riker) y Virginia (Buchanan y Tullock). El taller de la Universidad de Indiana fue fundado en 1970. Como sugiere el nombre, está enraizado en el compromiso intelectual de colaboración académica entre los profesores y los estudiantes graduados, y pone el énfasis en la interconexión entre problemas teóricos y los prácticos en la política pública. A partir del trabajo temprano de los Ostrom sobre la naturaleza policéntrica de las municipalidades y el suministro de bienes públicos, el taller ha promovido la investigación sobre el federalismo, los recursos de propiedad común y el análisis institucional del desarrollo. Argumentamos que en cada una de estas tareas, la investigación de los Ostrom construye sobre el enfoque de las ciencias sociales desarrollado por Mises, Knight y Hayek, en términos de individualismo metodológico y orden espontáneo[224], y al mismo tiempo perfecciona tal enfoque. Los Ostrom despliegan y difunden la manera económica de pensar más allá de los límites

tradicionales, mientras se libran de la mayor parte de las críticas dirigidas al imperialismo económico.

Predecesores intelectuales

Thorstein Veblen fue uno de los primeros críticos sobresalientes del concepto neoclásico del hombre maximizador. Argumentaba que las bases antropológicas de la economía moderna estaban mal fundamentadas y no tomaban en cuenta la complejidad de la escogencia humana en un mundo dinámico. La economía debía ser encauzada en una dirección apropiadamente evolutiva en su análisis. En una de las críticas más famosas escritas por un economista hasta entonces, Veblen manifestó:

> La concepción hedonista del hombre es la de un calculador refrescante de placeres y dolores que oscila como una burbuja homogénea de deseos y felicidad, bajo el impulso de estímulos que lo mueven a través del área pero lo dejan intacto. El hombre no tiene antecedente ni consecuencia. Es un dato humano aislado y definitivo, en equilibrio estable, con excepción de las fuerzas invasivas que lo desplazan en una dirección o en otra. Colocado en un espacio elemental, rota simétricamente alrededor de sus propios ejes espirituales hasta que el paralelogramo de fuerzas cae sobre él, y entonces sigue la línea que resulta. Cuando se ha gastado la fuerza del impacto, él descansa. Como antes, es una burbuja de deseo autocontenida. Espiritualmente el hombre hedonista no se mueve primero. No es la base de un proceso de vida excepto en el sentido de que es sujeto de una serie de permutaciones impuestas en él por circunstancias que le son externas y ajenas[225].

Veblen se encontró en una posición incómoda con respecto a la economía austriaca, en particular respecto a Menger. Argumentó que la discusión sobre la utilidad marginal y la subjetividad del valor deben ser vistas como un enfoque apropiado de evolución para los problemas de la escogencia humana. Lamentablemente, Veblen argumentaba que el concepto erróneo de los austriacos sobre la naturaleza humana descarrilaba el proyecto. ¿Pero cuál era la alternativa de Veblen?

Aquí yace el problema de todos los modelos individualistas no metodológicos de interacción social. Si el foco de nuestra atención analítica debe ser una teoría dinámica del cambio social, entonces debemos tener agentes de cambio social. A menos que dejemos de enfocarnos en estos agentes de cambio y nos concentremos en las fuerzas sociales que están fuera del control del individuo, no seremos capaces de desarrollar una teoría del cambio social. El institucionalismo de Veblen, como la caricatura de la economía neoclásica que él describió, no proporciona una teoría del proceso de vida, pero debe ver cambios impuestos en nosotros por la fuerza de circunstancias externas y ajenas.

La cuestión del marco alternativo debe ser considerada siempre en estas discusiones metodológicas, porque el verdadero factor determinante en las ciencias sociales no es tanto el valor verdadero, sino el valor pragmático del enfoque. Puede ser que no tengamos la explicación verdadera de los fenómenos, pero quizá tengamos una explicación útil. La crítica de la burbuja homogénea, unida a un cálculo hedonístico de placer y dolor, no debe ser dirigida a la precisión descriptiva sobre si nos hemos comportado o nos comportaremos de esa manera. La cuestión es si ver al hombre así sirve para nuestros propósitos científicos. Y, por supuesto, para varios propósitos no sirve.

Esto fue reconocido por economistas como Mises, Knight y Hayek, quienes rechazaron, en una u otra forma, la ficción del "hombre económico". Por otra parte, los tres son individualistas metodológicos comprometidos y, como argumentaremos, fueron los padres fundadores de la aplicabilidad universal de la teoría de la escogencia racional en todas las disciplinas.

Knight demandó durante años, en la Universidad de Chicago, el establecimiento de un programa educativo de investigación que mezclara elementos de la economía neoclásica con la economía institucional. Este programa nunca arrancó en la dimensión institucional, pero la influencia de Knight en sus estudiantes fue inmensa. Knight, sin embargo, enfrentaba conflictos sobre el tema de la economía como ciencia y sobre la disciplina más amplia de la economía política. En su ensayo "What Is Truth in Economics?" Knight defiende los fundamentos lógicos de la economía contra la acusación positivista: "Las proposiciones y las definiciones fundamentales de la economía no son observadas ni inferidas de la observación en ningún aspecto parecido al sentido de generalización de las ciencias naturales

positivas o de las matemáticas, y sin embargo en ningún sentido real son arbitrarias"[226]. La metodología de las ciencias naturales no es aplicable a las ciencias humanas, pero las ciencias humanas tienen la capacidad de generar conocimiento sobre la realidad. No son los métodos positivistas sino los científicos los que garantizan el progreso científico. Como lo destaca Knight, "Sin un sentido de honor (y capacidad especial) entre los científicos — digamos, si todos fueran charlatanes— no habría ciencia"[227]. El debate razonado entre economistas capaces produce "la verdad" en economía. En el núcleo del discurso económico está el actor humano economizador. Knight escribió:

> Toda discusión sobre la economía supone (y ciertamente es "la verdad") que toda mente racional y competente sabe: a) que cierta conducta involucra la distribución o la asignación de los medios de oferta limitada entre modos alternativos de usos para obtener fines; b) que modos dados de distribución alcanzan en "grados" diferentes, para cualquier sujeto, algún fin general que es un denominador común de comparaciones; c) que hay alguna distribución "ideal" que alcanzaría el fin general en grado "máximo", condicionada por la cantidad disponible de medios para el sujeto y los términos de asignación presentados por los hechos de una situación dada[228].

Knight argumenta, incluso, que *conocemos* esas proposiciones económicas mejor de lo que conocemos las proposiciones de cualquier ciencia natural que se derivan de la observación. Poseemos conocimiento, por decirlo así, "desde adentro", porque nosotros mismos somos actores económicos. Sabemos que escribimos y no que solo hacemos marcas negras en una superficie blanca. Sabemos que leemos y no solo que vemos marcas negras. Conocemos las proposiciones fundamentales de la economía porque vivimos en este mundo.

Según Knight, la economía técnica tiene un alcance limitado, y consiste en gran medida en lo que podría llamarse *conocimiento negativo*: información de lo que está equivocado, en relación con la situación corriente o con una línea de pensamiento. Un control social comprehensivo de la acción económica individual, mediante las técnicas de la ciencia, es imposible y repugnante para el pensamiento humanitario. La economía no puede servir como instrumento de control social, pero sí como instrumento del

pensamiento crítico. Para trasladarse más allá del papel negativo de la economía, el pensador social se coloca en el área de los juicios de valor. Knight argumenta que para hacer ese traslado en forma legítima lo que se necesita es "un estudio interpretativo *(verstehende Wissenschaft)* que, sin embargo, debería desplazarse mucho más allá de todo límite posible de la economía e incluir las humanidades en el conjunto completo de las disciplinas sociales"[229].

Influido por Knight, Weber y Menger, Mises procuró desarrollar un marco para un *verstehende Wissenschaft* arraigado en la lógica de la acción individual. Nombró *praxeología* a esta disciplina, por el simple motivo de que la disciplina de la sociología, en el tiempo transcurrido entre Weber y Mises, había sido dominado por el colectivismo metodológico. En esta atmósfera intelectual, la perspectiva económica y social que Mises desarrollaba toparía con la incomprensión. La alternativa de Mises fue —como un enfoque orientado a la acción en las ciencias sociales— pensar que la praxeología captaba mejor sus intenciones disciplinarias y metodológicas. Mises argumentó: "De la economía política de la escuela clásica emerge la teoría general de la acción humana, la *praxeología.* Los problemas económicos o catalácticos forman parte de una ciencia más general y ya no pueden ser separados de esta conexión. Ningún procedimiento apropiado de problemas económicos puede abstraerse de los actos de la escogencia como la acción inicial[230]. La economía se convierte en parte, hasta entonces en la parte mejor elaborada, de una ciencia más universal, la praxeología"[231].

Mises argumentaba con energía a favor del individualismo metodológico: "Nadie se aventura a negar que las naciones, los Estados, las municipalidades, los partidos, las comunidades religiosas son factores reales que determinan el curso de los eventos humanos. El individualismo metodológico, lejos de cuestionar el significado de tales estructuras colectivas, considera que describir y analizar su surgimiento y su desaparición, sus estructuras cambiantes y su operación, son dos de sus tareas principales, y escoge el único método apropiado para resolver satisfactoriamente este problema"[232]. Resumiendo: Mises es un individualista metodológico y un científico social que se adscribía a la teoría de la escogencia racional, pero rechazando enfáticamente la versión mecánica

de la escogencia racional, el *homo oeconomicus*[233]. Como alternativa, Mises insiste: "La economía se ocupa de las acciones reales de hombres reales. Sus teoremas no se refieren al hombre ideal o perfecto, ni tampoco al fantasma de un hombre económico fabuloso (*homo oeconomicus*), ni a la noción estadística de un hombre promedio (*homme moyen*). El hombre, como vive y actúa, con todas sus debilidades y sus limitaciones, es el sujeto de la cataláctica. Toda acción humana es un tema de praxeología. La materia de la praxeología no es solamente el estudio de la sociedad, de las relaciones sociales y de los fenómenos de masa, sino el estudio de toda acción humana"[234].

A partir de las ideas de Knight y Mises, Hayek desarrolló un argumento sobre la característica única de las ciencias humanas, del individualismo metodológico y del método compositivo para estudiar los fenómenos complejos[235]. Para el científico social,

> Los problemas que trataban de resolver aparecen solamente después que una acción consciente de muchos hombres produzca resultados no diseñados, mientras son observadas las regularidades que no son resultados del diseño de alguien. Si los fenómenos sociales no mostraran orden alguno, salvo cuando fueran diseñados conscientemente, no habría cupo para las ciencias teóricas de la sociedad y habría solamente problemas de psicología como a menudo se argumenta. Es solo en la medida en que alguna clase de orden surge como resultado de la acción humana, sin ser diseñado por individuo alguno, que se confronta un problema que demanda explicación teórica[236].

El objetivo del científico social tiene dos dimensiones, según Hayek. Primero, los fenómenos sociales deben volverse inteligibles en cuanto a los propósitos y planes de los individuos empeñados en servir sus propios intereses —individualismo metodológico—. Segundo, deben ser localizadas las consecuencias no intencionadas de esas acciones —orden espontáneo—. El individualismo metodológico estaba en el núcleo del proyecto de investigación de Hayek, pero él rechazaba el atomismo frecuentemente asociado con el individualismo metodológico. Como Mises, Hayek rechazaba el modelo del *homo oeconomicus.*

Lo que obtuvimos de Hayek es un programa de investigación de las ciencias sociales y la economía política, que está arraigado en el análisis de la escogencia racional como la misma es ejecutada por actores humanos —y no por robots—, donde las creencias, las normas y las costumbres guían al actor que escoge[237]. El programa, sin embargo, no está enfocado en el examen de la lógica situacional que el actor persigue. Las consecuencias no intencionadas de esas acciones generan el orden social, que es objeto de estudio. Los ejemplos más importantes que resultan de la acción humana, pero no del diseño humano, que Hayek menciona en su trabajo sobre fenómenos sociales, son el lenguaje, las normas culturales, y las costumbres, el dinero, los mercados y el derecho. La cooperación social de acuerdo con la división del trabajo emerge cuando las normas y las costumbres de una sociedad sostienen y fortalecen las instituciones formales de la propiedad y de los contratos, que permiten la expansión de una economía de mercado. La modernidad y la civilización son productos del desarrollo de la economía de mercado. En este sentido, Hayek es, en el siglo XX, el representante de una línea de pensamiento que puede ser conectada con figuras del siglo XVIII, como David Hume y Adam Smith.

Municipalidades, desarrollo y autoorganización

Este proyecto básico de Hume y Smith en las ciencias sociales es lo que anima a los Ostrom en su proyecto conjunto de economía política y política pública. Con frecuencia, Vincent Ostrom se ha quejado de los teóricos sociales que trabajan sobre categorías amplias y apresuradas: mercado versus la planificación, mercado libre versus la intervención del Gobierno, sociedad civil versus Estado, lo privado versus lo público, etcétera. Pero la caracterización de la economía política clásica, como parte de esos amplios brochazos es, por supuesto, un error. Los pensadores del iluminismo escocés no eran ingenuos, sino unos teóricos complicados que comprendían la complejidad de la interacción social. Quizá los economistas neoclásicos modernos sean culpables de falta de sutileza, pero Hume y Smith no lo fueron. Ellos comprendían las muchas dimensiones de la motivación humana, la naturaleza institucionalmente contingente de la cooperación social, y la ley de consecuencias no intencionadas en los asuntos humanos.

Vincent Ostrom reconoció que es necesario este enfoque más sutil de la economía política para un programa de investigación viable sobre el análisis de las decisiones públicas. “La teoría económica neoclásica se apoya en un ‘modelo’ que supone una economía de mercado perfectamente competitiva, en la que actores completamente informados participan como compradores y vendedores, cuando se establece un precio de equilibrio en un punto en que la demanda de ese precio es igual a la oferta de ese precio”[238]. Pero este “modelo” de interacción humana tiene problemas y limitaciones en los entornos sociales, principalmente porque está divorciado de la realidad. El problema de “pensar en modelos” es tan serio que a menudo conduce a pensar en abstracto, cuando lo importante es concentrarse en el examen de las realidades de los asuntos humanos[239]. Los absurdos que pueden resultar de un modelo económico inmaculado quizá sean mejor ejemplificados cuando el modelo se extiende, más allá del área del intercambio de mercado, a cuestiones de política, religión, sociología y derecho”[240]. “Continuar la adherencia a una forma ortodoxa de aplicar ‘el razonamiento económico’ a decisiones ajenas al mercado no permite que surja el aprendizaje. La incertidumbre, los dilemas sociales, las anomalías, los enigmas problemáticos abren la puerta al aprendizaje, la innovación y los adelantos básicos para que se produzca el conocimiento”[241].

El marco de análisis que se desarrolló en el taller se basaba en un examen de las estructuras de incentivos que confrontan los individuos en diferentes contextos de decisiones. Además de los incentivos, se busca también resaltar el conocimiento y la información que adquieren y utilizan los actores en estos contextos diversos de decisión. Vincent Ostrom argumentó que la contextualización de la condición humana permite que el académico empeñado en analizar la política establezca un curso entre las abstracciones de los teóricos económicos y el enfoque que identificó a los historicistas alemanes y los institucionalistas americanos: recopilación de hechos sobre hechos, sin un lenguaje teórico que los clasifique. Como alternativa, el desarrollo de un marco para el análisis institucional permitió que los académicos asociados al taller sobrepasaran la brecha entre las abstracciones de flotación libre y la concreción momentánea.

Las primeras aplicaciones de este marco evolutivo se hicieron en el campo

del suministro de bienes públicos por parte de las municipalidades, como el suministro de agua[242]. En teoría, la estructura debía precisar la definición de las instituciones para desarrollarse. Las instituciones tienen tres significados diferentes en la literatura: 1) instituciones como estrategias de equilibrio, 2) instituciones como reglas de juego, y 3) instituciones como normas[243]. No vemos que deba haber una razón de por qué un estilo de razonamiento inducido estructuralmente no puede absorber las tres definiciones en un marco de análisis[244]. Primero, probablemente la definición más productiva de las instituciones sea algo como esto: las reglas del juego formales e informales que están en operación en todo contexto de decisión. Estas reglas dictan la conducta de equilibrio que muestran los actores, y no al revés. Segundo, también debemos preguntarnos sobre la aplicación de las reglas del juego. En un mundo donde las reglas informales (las normas) legitimaran las reglas formales, el costo de aplicación sería menor: y en un mundo donde hay conflicto entre las reglas formales y las informales, los costos de aplicación de las reglas formales a menudo serían prohibitivos.

Al examinar las reglas de decisión de los gobiernos municipales, Ostrom —primero en trabajo conjunto con Tiebout y Warren, y luego por su cuenta — desarrolló el concepto de *policentrismo* en las organizaciones del Gobierno. “Lo policéntrico connota varios centros de decisión, formalmente independientes unos de otros”[245]. Los arreglos organizacionales y la implementación del policentrismo son, como se dijo antes, función de las reglas del juego en el “nivel constitucional”. En todo momento, un marco de análisis debe respetar los juegos establecidos que están en operación y las interacciones estratégicas a las que cada juego imprime movimiento. La competencia entre los diferentes centros de decisión pueden estimular a los individuos en un sistema que tiende hacia la “eficiencia” de la producción y el intercambio. “Con el desarrollo de condiciones de producción que se asemejan a las del mercado, gran parte de la flexibilidad y de la respuesta de la organización del mercado puede ser realizada en la economía de los servicios públicos”[246]. Pero los académicos deben estar al tanto de las posibilidades de patología que existen incluso en el interior de un sistema policéntrico de suministro de bienes públicos. Sin derechos de propiedad completos y sin un sistema de precios libres, los problemas de cálculo

económico presentarán perversidades en la producción y el intercambio de bienes y servicios.

> Pueden preverse varias dificultades en la regulación de una economía competitiva de servicios públicos. El establecimiento económico de los precios y la asignación de los costos dependen del desarrollo de medidas efectivas de los servicios municipales. Dado que la opción preferida en una comunidad no puede ser convertida a una simple escala como las ganancias en dólares en una empresa privada, puede ser más difícil mantener una relación competitiva objetiva en una economía de servicios públicos[247].

El policentrismo emerge porque una jerarquía unificada que organiza los servicios públicos de un área metropolitana amplia es desastrosamente inefectiva. —Por ejemplo, los problemas de incentivos y cálculo se amalgaman en arreglos jerárquicos—. Pero, como hemos visto, el sistema policéntrico tiene sus propias patologías, que deben ser analizadas. Vincent Ostrom vio el camino a una solución para estos problemas en el nivel constitucional del análisis, a través de reglas generales[248].

> El énfasis de Polanyi sobre un sistema general de reglas que proporcionan una estructura para ordenar las relaciones en un sistema policéntrico es un asunto ampliamente ignorado por Ostrom, Tiebout y Warren. La tarea de formular un sistema general de reglas aplicables a la conducta de las unidades del gobierno en las áreas metropolitanas, y de mantener facilidades institucionales apropiadas para implementar esas reglas de derecho, es un problema en cuyo tratamiento fallamos. *Que la gobernabilidad de áreas metropolitanas pueda ser organizada como un sistema policéntrico dependerá de varios aspectos, en relación con la probabilidad de que la elaboración de reglas y la implementación de reglas puedan ser instituidas en estructuras policéntricas*[249].

En este punto, es importante destacar la conexión entre la noción de orden espontáneo y el policentrismo. Es vital recordar que la noción de orden espontáneo no descarta la acción con propósitos por parte de los actores individuales. En contraste total, un orden espontáneo es la consecuencia de la

conducta deliberada, orientada a objetivos. En el nivel más elevado, está claro que ningún planificador central podría diseñar deliberadamente un sistema complejo de gobierno policéntrico, que funcionara de la manera en que de hecho opera. Con "orden espontáneo" no se pretende decir que un sistema alcanza algún equilibrio fijo en ausencia de la acción humana deliberada. Por el contrario: la idea principal es que hay consecuencias no intencionadas, impulsadas por esa acción. Estas consecuencias no intencionadas desempeñan un papel significativo en la construcción del orden completo del sistema. Como resultado, lo que se necesita es un conjunto de instituciones que permiten a los individuos actuar con un propósito y hacer ajustes a las consecuencias no intencionadas de sus actos.

Podemos visualizar dos clases de orden en la sociedad. En primer término, está lo que Hayek llamó "organización", que es un conjunto de acciones conscientemente pensadas e implementadas. El segundo tipo de orden es espontáneo en el sentido de que es independiente de la omisión o dirección de cualquier individuo. Es vital tener en la mente que lo que se afirma no es que todos los fenómenos complejos deban ser espontáneos. En lugar de eso, se trata de explicar que, cuanto más complejo sea el orden, más deberemos apoyarnos en fuerzas espontáneas para generar ese orden.

Dada la dicotomía de los tipos de orden, podemos ver que los sistemas policéntricos de gobierno manifiestan claramente ambos tipos de orden. En el sistema completo, hay reglas complejas y mecanismos institucionales, que facilitan la interacción social y la resolución de conflictos. La acumulación de conocimiento local y tácito sobre "cómo lograr que las cosas se hagan" en un sistema policéntrico puede verse como un orden espontáneo que cambia continuamente. Los que pueden denominarse *aspectos culturales del orden social* —cómo interactuar con los demás, cómo resolver los problemas, etcétera— pueden caracterizarse como un orden espontáneo. Los individuos interactúan deliberadamente con los demás, pero el conjunto de normas que evolucionan es un resultado no intencionado de esas interacciones deliberadas. En contraste flagrante con la idea de que el orden espontáneo es un equilibrio estático, generado en ausencia de la conducta deliberada, es precisamente porque no podemos conocer todas las situaciones futuras que necesitamos, en un ambiente institucional maleable y apto para afrontar circunstancias que cambian siempre. En resumen, la mera noción del orden espontáneo elimina toda noción de equilibrio estático y pone el énfasis en los

mecanismos que permiten a los individuos adaptarse a las situaciones únicas que se les presentan. El énfasis en estos mecanismos para adaptarse a consecuencias no intencionadas impregna la obra de los Ostrom sobre los sistemas policéntricos de gobierno.

Es en este contexto donde podemos establecer una conexión con la noción de Vincent Ostrom sobre la empresarialidad pública. Esta noción incluye la habilidad de los individuos para participar en una solución conjunta de problemas. La necesidad de enfrentar conflictos nuevos es precisamente resultado de que hay consecuencias no intencionadas de la acción deliberada, que no pueden ser conocidas por adelantado. Si las situaciones futuras fueran conocidas por adelantado, la noción de empresarialidad pública no tendría sentido.

Un ingrediente esencial del programa de investigación del taller es la necesidad de conectar los problemas del mundo real con la condición humana. Para lograr tener acceso a estos problemas, se utilizan como instrumentos el trabajo de campo, los experimentos y los estudios detallados de casos concretos. El suministro de agua, los sistemas de irrigación, la policía, las instituciones de los pueblos nativos —enfocados en la propiedad común de los recursos— y el proceso de desarrollo económico en las economías menos desarrolladas, han sido centro del análisis institucional empleado por académicos asociados a la Escuela de Bloomington. Para emprender este análisis, el primer énfasis ha sido identificar la organización y los mecanismos sociales en operación, sin enfocarse en su rendimiento. La evaluación de la implementación y la sostenibilidad del sistema existente se abordan después de clarificar exactamente las estructuras organizacionales en operación en un contexto social dado.

El análisis va desde el contexto del entorno a la acción, los incentivos a los patrones de las interacciones, los resultados, que son evaluados y, a la vez influyen en las interacciones. El contexto se define sobre la base de las condiciones físicas y materiales existentes en una sociedad, los atributos de la comunidad en cuestión y las reglas aplicadas en esa sociedad. Los diferentes entornos de acción generan incentivos que, a su vez, engendran un patrón de interacciones sociales. El prototipo de interacciones conduce a resultados que fortalecen el contexto de la escogencia o entran en conflicto con él.

Este ha sido un programa de investigación extremadamente productivo, que ha cuestionado con éxito la división artificial de las disciplinas en las ciencias

sociales, tanto en términos del análisis institucional positivo de las interacciones sociales existentes, con la identificación de situaciones disfuncionales, como en términos de la recomendación de cambios de política para influir en el cambio social. El análisis de las decisiones públicas, la economía política positiva y las economías institucionales nuevas están interconectadas en la labor de los académicos asociados con el taller, bajo la rúbrica del análisis institucional comparativo. Sin embargo, a diferencia de una gran parte del trabajo en estos programas de investigación, los académicos asociados con la Escuela de Bloomington están más enfocados en el trabajo empírico, y particularmente en los estudios directos derivados del trabajo de campo, en los que formas múltiples de evidencia, incluidas las entrevistas profundas y las investigaciones profundas son usadas como instrumentos de análisis. Como resultado, la riqueza de los detalles en el análisis institucional logra desenterrar no solamente las reglas formales que están en operación, sino también las normas y las reglas informales que gobiernan la interacción social.

En su obra sobre la propiedad común de recursos, Elinor Ostrom logró demostrar cómo las costumbres locales y el conocimiento en los países menos desarrollados brindan soluciones a los problemas comunes, sin adoptar las reglas formales de economías más desarrolladas. Una implicación importante de este análisis es que debe ser abandonada la búsqueda de un modelo verdadero que encaje con todas las situaciones. Otra implicación es que los modelos formales, como el dilema del prisionero y la tragedia de los comunes, no poseen la aplicación universal que les es atribuida con frecuencia. Sabemos esto por la realidad empírica evidenciada con experimentos y trabajo de campo. Pero mientras las costumbres locales y el conocimiento pueden proveer soluciones a los dilemas sociales, están afectadas por otras imperfecciones que deben ser tomadas en cuenta y que los hacen vulnerables y limitados en la promoción del orden social más allá de ciertos límites. Alguien puede argumentar que, según lo que demuestra su longevidad, estas costumbres son más sólidas de lo que puede pensarse inicialmente. Sin embargo, la interpretación alternativa, que insiste en la naturaleza patológica de las soluciones compatibles con el juego del dilema del prisionero y el problema de los bienes comunes, es que la solución solamente funciona entre grupos pequeños de agentes relativamente homogéneos, y esos escenarios institucionales están limitados en su habilidad

para generar riqueza y desarrollo generalizado en cualquier sociedad.

Hay dilemas importantes de gobernabilidad que la investigación del taller estimula en la imaginación de los académicos. En primer lugar, está el problema del cumplimiento efectivo de la norma. Una sociedad libre funciona mejor cuando la necesidad de policías es menor; es decir, cuando los contratos se cumplen en la mayoría de los casos y los beneficios de la asociación superan las ventajas de la conducta desviada. Pero en la medida en que se crece una sociedad moderna por encima de grupos pequeños de agentes relativamente homogéneos, el punto focal se desplaza desde el cumplimiento efectivo hacia las reglas formales del juego, que controlan efectivamente la interacción social, de manera que los individuos puedan disfrutar de las ventajas de la asociación. Inspirados por Tocqueville, los Ostrom procuraron desarrollar una ciencia y un arte de asociación para formalizar las ganancias mutuas del intercambio y la producción en una sociedad heterogénea[250]. La estructura legal adoptada en una sociedad a veces fortalece y a veces entra en conflicto con las asociaciones autorreguladas que se desarrollan fuera de la esfera del Estado; pero una vez que la sociedad reconoce que la ley fortalece las asociaciones autogobernadas que están en funcionamiento, la pregunta que persiste es cómo proteger el ámbito de autogobierno del poder coercitivo del Estado, cuyas reglas formales pueden pervertirlo.

Dado que las reglas no se aplican o se cumplen por sí solas, todo sistema de reglas constitucionales depende del uso consciente de las prerrogativas del Gobierno y de los ciudadanos para mantener e implementar los límites inherentes en un sistema de derecho constitucional. Por lo tanto, el conocimiento sobre técnicas y sobre criterios de diseño es esencial para la administración de los experimentos sobre reglas constitucionales de los Estados Unidos. Este conocimiento proporciona los criterios apropiados para evaluar la operación y los métodos que pueden usarse, de manera que los empleados públicos se controlen y se limiten mutuamente, y los ciudadanos mantengan límites apropiados en sus relaciones con los empleados públicos. Toda estructura de relaciones es vulnerable frente al desarrollo de coaliciones que intentan dominar las estructuras de decisión. La viabilidad de un sistema de derecho constitucional depende, por su parte, de la percepción de esos riesgos y de la voluntad de los demás para resistir a esa usurpación de

autoridad[251].

Hay dos puntos importantes que resaltan en estos párrafos: primero, el economista político debe percatarse de la vulnerabilidad de todo sistema social que requiere la introducción del poder coercitivo del Estado, para sobreponerse al colapso de la autorregulación y mantener el orden social. En la construcción de las instituciones políticas que manejarán la situación más allá de la autorregulación, el teórico debe buscar la forma de minimizar la vulnerabilidad[252]. La respuesta de Tocqueville se apoya en las asociaciones civiles autogobernadas; la de Madison, en estructuras políticas que confronten la ambición de una con la ambición de otra. Una sociedad libre debe tener cupo amplio para asociaciones sociales no gubernamentales, instituciones políticas no gubernamentales e instituciones legales no gubernamentales que minimicen la dominación de unos sobre otros, al hacer que la competencia entre los grupos de interés mantenga bajo control a cada uno de ellos[253].

Conclusión

El programa de investigación del Taller de Teoría Política y Análisis Político es sofisticado y pertinente para el análisis de los problemas del mundo real. Con una multiplicidad de visiones inspiradas por un conjunto de disciplinas, se forma una estructura que permite al teórico involucrarse en un análisis constitucional comparativo, rico en detalles y en un contexto histórico. Por otra parte, el análisis sirve para generar una evaluación y diseñar remedios institucionales en relación con las patologías y las perversidades que existen en cualquier estructura.

Es importante enfatizar que el análisis se basa en el individualismo metodológico y en la manera económica de pensar. En contraste con los modelos de la economía neoclásica de la corriente principal, una arqueología de perspectiva del conocimiento revela que la agenda de investigación de los Ostrom deriva significativamente de las ideas desarrolladas por Knight, Mises y Hayek en la primera mitad del siglo XX.

La importancia metodológica del enfoque de los Ostrom no puede ser subestimada. El paisaje de las ciencias sociales puede diagramarse de la siguiente manera (gráfica 10.1):

	Fino	Grueso
Sucio	Enfoque analítico narrativo hacia la economía política de Weingast/Bates, etc., y el enfoque de los Ostrom del análisis institucional de la política	Antropología y sociología
Limpio	Economía *mainstream*	Ciencia Política Estadística

Antes de los Ostrom, la célula que faltaba en las ciencias sociales era la intención de combinar la estructura lógica del conocimiento económico con los detalles institucionales valiosos de la historia y el análisis antropológico y sociológico. El Taller de Teoría Política y Análisis Político cruzó la brecha entre las abstracciones de flotación libre de los economistas de la corriente principal y el empirismo ingenuo del historicismo y del antiguo institucionalismo, pero estos académicos también han maniobrado para eliminar la sofisticación pseudocientífica de los *tests* de significación estadística, no completados por un marco teórico. Los datos no hablan por sí mismos, pero esto no significa que nunca deba permitirse que los datos hablen.

Con su propio trabajo y la colaboración de generaciones de académicos, Vincent y Elinor Ostrom emprendieron un programa de investigación que ha tenido el efecto de enriquecer con nuevo vigor una tradición de la economía política, que puede ser fechada desde Hume y Smith hasta Knight, Mises y Hayek. Los Ostrom le han dado a este programa de investigación contenido empírico y poder normativo, arraigado en el respeto de las propiedades autogobernadas de las asociaciones civiles. Este poder de las asociaciones civiles le otorga autoridad a los ciudadanos y ayuda a limitar el poder del Estado de conceder privilegios especiales a algunos, a expensas de otros, y a diferentes individuos la libertad de rendir beneficios mutuos mediante el intercambio y la producción, de manera que la riqueza se crea y la cooperación social —no el conflicto— es lo que caracteriza el orden de la sociedad. Los liberales clásicos, de Smith a Tocqueville, comprendieron que una sociedad de individuos libres y responsables logra simultáneamente la libertad individual, la creación de riqueza y la cooperación pacífica. La obra de Vincent y Elinor Ostrom, elaborada sobre la base de esta gran tradición

intelectual, ha enriquecido su contenido científico.

Capítulo 11

¿Es la autorregulación la única forma de regulación razonable?

Elinor Ostrom

Elinor —"Lin"— Ostrom, ganadora en el 2009 del Premio Nobel de Economía, hizo contribuciones significativas a lo largo de su carrera sobre las disciplinas de la economía política y el análisis de las decisiones públicas. Sus contribuciones más reconocidas se relacionan con el uso de los recursos de propiedad común. Descubrió una diversidad de arreglos institucionales aplicados en varias sociedades humanas, para evitar conflictos sobre el uso de los recursos. Donde una interpretación estricta de la teoría hubiera predicho un uso exagerado y un mal manejo de esos recursos, ella encontró arreglos de acción colectiva que mostraron ser efectivos en limitar el acceso y establecer las responsabilidades. Muchos de los instrumentos de manejo que ella encontró residían no en la estructura formal del Gobierno, sino en las reglas informales, y a veces tácitas, que rigen la vida de las comunidades.

Me gustaría empujar un poco más adelante el argumento de Ostrom y preguntar si el fundamento de un sistema efectivo de regulación debe ser encontrado, primero y principalmente, en las reglas de autorregulación que las comunidades adoptan y que los ciudadanos respetan, y no en estatutos de regulación bien diseñados por expertos en eficiencia. Los esfuerzos para regular las actividades humanas, suprimir nuestros deseos más ridículos, disciplinar nuestros caprichos más salvajes y controlar nuestro interés personal existen en todo el mundo. La mayor parte de nuestros esfuerzos intelectuales, como economistas sin más y como economistas políticos, se centran en estudiar las regulaciones formales establecidas e implementadas por agencias del Gobierno. Ostrom, por otra parte, estudió la economía política de la vida diaria y la autorregulación de la conducta y dejó de lado la economía política del Gobierno solamente. ¿Qué podemos aprender de su obra sobre la relación entre estas dos formas de regulación de la conducta de las sociedades humanas?[254]. De aquí mi pregunta inicial. ¿Es la autorregulación la única forma de regulación razonable?

La paradoja de la autoridad del Gobierno y la difícil

búsqueda de una “regulación razonable”

Hace varios años asistí a un seminario, en la London School of Economics, sobre la obra de P. T. Bauer. La paráfrasis que sigue, de Anne Krueger, resume lo que aprendimos sobre política económica en las últimas décadas del siglo XX: “Sí, Bauer tiene razón. Los mercados libres son más poderosos que la planificación central y la intervención del Gobierno. Pero sabemos también que los mercados absolutamente sin restricciones no son realistas. Podemos estar todos de acuerdo en que necesitamos establecer una *regulación razonable*, *no dominada por intereses especiales”.* Inmediatamente fui impactado por la frase de Krueger, que parecía tan razonable. ¿Quién podría oponerse a la “regulación razonable” sin ser “atrapado” por grupos de intereses especiales? Nadie en su sano juicio argumentaría a favor de una regulación no razonable dominada por la política de grupos de intereses especiales. Como suele hacerlo, Anne Krueger dio en el clavo. Pero yo me sentía molesto, levanté la mano y pregunté: “¿Y qué pasa si ese conjunto de regulaciones es nulo?” Mi pregunta no fue tomada en serio en esa ocasión, pero creo que debería haberlo sido.

Uno de los grandes dilemas de la economía política es reconocer que, cuando acudimos al Gobierno para resolver nuestros problemas, necesariamente creamos un conjunto nuevo de problemas, que antes no existía, pero que ahora deben ser confrontados. No digo, *a priori*, que los costos de afrontar estos problemas contrarresten siempre los beneficios de recurrir al Gobierno. Solamente digo que debemos ser conscientes de que, de hecho, hemos creado un conjunto nuevo de problemas que debemos considerar, y que esos problemas conllevan costos que deben ser tenidos en cuenta. Nos dirigimos al Gobierno, primero, para obtener seguridad en nuestras vidas diarias: protección de la propiedad, garantía de contratos, etcétera. Pero también nos dirigimos a él porque nos preocupa la amenaza de depredadores privados. Lamentablemente, tan pronto como identificamos una serie de autoridades del Gobierno que nos protejan, nos volvemos vulnerables a la amenaza de los depredadores públicos. Debemos embarcarnos entonces en la toma de medidas costosas para protegernos de la conducta depredadora del Gobierno. Como James Madison explicó en *The Federalist Papers*, el dilema es que primero debemos otorgar poder al Estado y después limitar al

Estado. Este es, en esencia, el proyecto constitucional de formar un Gobierno efectivo.

El deseo de instituir una regulación razonable que no se vea dominada por nada ni por nadie es admirable, pero poner en marcha ese deseo es en la práctica, una cuestión de economía política positiva. ¿Con qué medios podemos establecer tales regulaciones a través del proceso político y cómo aplicarlas —sellándolas incluso herméticamente— para que no las capturen y dominen las partes interesadas?

La economía política positiva de la regulación nos conduce a cuestionar las teorías de regulación que postulan un origen de interés público —no negable, pero ciertamente cuestionable— y la idea de un déspota benevolente que aplique esa regulación. Sin embargo, una práctica común en la economía política positiva consiste en analizar los datos para inferir las intenciones a partir de los resultados y seguir la ruta del dinero para responder a la pregunta de quién se beneficia a costa de quién. Sin duda, la regulación puede ser introducida para enfocar alguna falla que se perciba en el mercado, pero no podemos suponer que la regulación del Gobierno corregirá sin costo el problema. Por supuesto, esta demanda de un análisis institucional comparativo fue uno de los puntos principales de Ronald Coase en sus ensayos sobre la Comisión Federal de Comunicaciones (1959) y sobre el costo social (1960). En el ensayo sobre la CFC, Coase argumentó:

> Fuera de las malas asignaciones que son el resultado de presiones políticas, una agencia administrativa que intenta ejecutar la función normalmente ejecutada por el mecanismo de los precios opera bajo dos inconvenientes. Primero, carece de la medida monetaria precisa de beneficio y costo suministrada por el mercado. Segundo, por la naturaleza de las cosas no puede poseer toda la información concerniente conocida por los gerentes de todos los negocios que usan o podrían usar frecuencias de radio, sin que mencionemos las preferencias de los consumidores por la variedad de bienes y servicios en cuya producción las frecuencias de radio podrían ser usadas…
>
> La operación del mercado no es en sí misma sin costo, y si los costos de operar el mercado son significativamente superiores a los costos de administrar la agencia, podríamos estar dispuestos a aceptar la mala asignación de recursos que resultaría de la falta de conocimiento, la

> inflexibilidad y la exposición a presión política, que son características propias de la agencia[255].

En otras palabras: los intentos de reemplazar el sistema de precios por la administración y las asignaciones del Gobierno se enfrentan con los problemas de cálculo, conocimiento disperso y grupos de interés político. Estos problemas distorsionan los arreglos existentes y también inhiben el procedimiento de descubrimiento empresarial de maneras nuevas y potencialmente mejores, para arreglar los asuntos y asignar los recursos.

En "El Problema del Costo Social", Coase explica con mayor detalle que debemos "comenzar nuestro análisis con una situación que se aproxime a la que de hecho existe, para examinar los efectos de una propuesta de cambio de política y procurar decidir si la situación nueva sería, en conjunto, mejor o peor que la situación original"[256]. Coase agrega que esto sería deseable, si la reforma política no implicara costo y si pudiéramos garantizar que los cambios propuestos operarían según lo planeado, de manera que nuestras ganancias fueran superiores a nuestras pérdidas.

> Pero al escoger entre arreglos sociales en el contexto en que se toman decisiones individuales, debemos tener en mente que un cambio en el sistema existente, que pudiera conducir a una mejora en algunas decisiones, puede conducir también a un empeoramiento de otras. Por otra parte, debemos tomar en cuenta los costos involucrados en la operación de varios arreglos sociales (la operación de un mercado o de un departamento del Gobierno) y también los costos de transferirse a un sistema nuevo[257].

El argumento de Coase no es que el mercado de *laissez-faire* sea ideal —a menos que sea tan solo una definición—, sino que la búsqueda de "regulación razonable" es elusiva. En otras palabras, no es tan irrazonable cuestionar la facilidad con que encontramos la existencia —no pensemos aquí en diseño, implementación y sostenimiento— de "regulación razonable" en los mercados regulados por el Gobierno.

Reconocer la cuestión elusiva no cambia el hecho de que los seres humanos son imperfectos y sus pasiones deben ser domesticadas. Necesitamos la gobernanza. Los seres humanos debemos ser disciplinados, para lograr entre

nosotros un orden social pacífico y próspero. Pero ¿cómo domesticamos las pasiones humanas y qué mecanismos debemos emplear para lograr tal domesticación? Hirschman sostenía que, a lo largo de la historia intelectual de Occidente, la domesticación de las pasiones fue el objetivo perseguido por sistemas de fe[258]. Las pasiones, según Hirschman, pueden ser reprimidas por la autoridad y la fuerza, o incluso suprimidas por convicciones religiosas. Pueden ser controladas, o dominadas por la fuerza disciplinaria de confrontar pasión contra pasión. De hecho, puede pensarse que la teoría económica nació de un esfuerzo por ver cómo las pasiones son sujetadas a través del interés comercial, de tal manera que nuestros vicios privados se transformen en virtud pública. Además, los refinamientos de la teoría clásica de la economía política y la práctica histórica de la artesanía constitucional inspiraron la importancia de las fuerzas contrastadas de la sociedad a los padres fundadores de los Estados Unidos.

El mecanismo para atar y chequear las pasiones identificadas por los economistas políticos clásicos estaba integrado por la propiedad privada, el sistema de precios, el Estado de derecho y el orden constitucional[259]. La competencia en busca de ganancias y el castigo de las pérdidas disciplinarían a los hombres y orientarían su conducta para obtener las ganancias del comercio y las ganancias de las innovaciones en la forma más efectiva posible, en vista de los gustos, la tecnología y la disponibilidad de los recursos. Las ganancias estimulan a los actores económicos para que asuman riesgos y las pérdidas para que sean prudentes cuando toman decisiones. La economía de mercado era un ejemplo claro de un sistema de autorregulación, en el que el riesgo y la prudencia se balanceaban mutuamente.

Los participantes en una economía de mercado se sienten incentivados para buscar intercambios de beneficio mutuo y descubrir los métodos de menor costo, a fin de cosechar las ganancias surgidas de esos intercambios. La humanidad se desarrollaría mejor con “intercambio, negocio y venta” que con “violación, pillaje y abuso”, siempre y cuando el ambiente institucional en que actúan los individuos garantice que el comercio mutuamente provechoso, en oposición a la apropiación violenta, es la actividad económica más redituable. Las pasiones serían controladas. La paz y la prosperidad serían consecuencia del establecimiento de un sistema de “propiedad, contratos y consenso”.

Desde el siglo XVIII, el debate intelectual más importante en el área de la economía política ha girado en torno a esto: si el orden social ha sido resultado de la domesticación de las pasiones por la autoridad central (Hobbes) o consecuencia de la "mano invisible" de la economía de mercado (Smith). A finales del siglo XX surge Elinor Ostrom, cuya misión no es tanto resolver el debate cuanto trascenderlo. Ostrom ha argumentado persuasivamente que esta forma tradicional de ver las cosas no es efectiva para abordar situaciones tan diversas como comprender la organización de la economía pública local, el dilema del subdesarrollo o la administración de los bosques y la pesca. Una forma de pensar en su aporte a la economía de la gobernanza es ver su obra como un argumento de que hubo respuestas de orden espontáneo (Smith) a las preguntas constructivistas (Hobbes). Pero esto, en realidad, no capta la esencia de su argumento, que profundiza en la forma y la función —y hasta en el cumplimiento— de las reglas de gobernanza que ya están en funcionamiento en una diversidad de sociedades humanas.

Desde los bienes públicos municipales hasta la administración comunal de los recursos

En el debate sobre la economía pública local, Lin Ostrom y su esposo Vincent cuestionaron la sabiduría convencional de la administración pública, argumentando que la administración eficiente no era el resultado de la consolidación y la administración centralizada, sino un subproducto de procesos policéntricos de comunidades locales, que compiten por los residentes mediante el suministro de bienes y servicios públicos, a cambio de impuestos y cuotas locales[260]. Lo que parecía caótico a una mente racionalista de administración pública modernista era, de hecho, la organización ordenada de las economías públicas locales, que emergía de la participación ciudadana y del compromiso de la comunidad. Estaban en funcionamiento unos mecanismos descentralizados que generaban una municipalidad más accesible y más adaptable para satisfacer las demandas de los ciudadanos, en comparación con la eficiencia que reconocían los expertos en administración pública moderna. El consenso "científico" de la centralización administrativa era un error, y en los lugares donde se aplicara

conduciría, en vez de a una mejora, a un empeoramiento del desempeño de las funciones básicas del Gobierno en las áreas urbanas.

Pero lo que era cierto sobre el manejo de la administración pública de la policía, las escuelas y los servicios públicos en ambientes urbanos grandes, también lo era —argumentaban los Ostrom— en cuanto al manejo de los recursos de propiedad pública. como la pesca, los bosques y los sistemas de irrigación en entornos rurales y subdesarrollados[261]. Los esfuerzos de los expertos en eficiencia para centralizar la asignación de recursos causaron problemas de mala asignación —como también lo comprobó Coase— debido a la imposibilidad de aplicar el cálculo económico, de movilizar el conocimiento disperso en la sociedad, y el fracaso de proteger el sistema contra la influencia destructiva de los grupos de intereses especiales. Sin embargo, hay un lado reverso del enfoque de Coase que debe ser reconocido. Los proponentes de la administración pública moderna argumentaban a menudo no solamente que las fuerzas descentralizadas en operación eran ineficientes comparadas con la administración centralizada, sino también que los actores locales no podrían negociar cómo escapar de las ineficiencias, aunque se empeñaran mucho en intentarlo. Coase pidió a economistas y elaboradores de políticas que vieran dónde permitían los convenios transformar las situaciones de conflicto en oportunidades de cooperación —convenios a menudo ocultos—. En forma similar, los Ostrom examinaron los acuerdos sobre reglas de gobernabilidad y los mecanismos de aplicación que la gente elaboraba —o encontraba ya elaborados—, que convertían las situaciones de conflicto potencial en oportunidades de cooperación. La obra de Elinor Ostrom mostró que la gente que ella había estudiado, dedicada a los recursos de propiedad común en una variedad de contextos, no se enfrentaban tanto a “la tragedia de los comunes”, sino más bien a “la oportunidad de los comunes”, y que la situación de conflicto brinda una oportunidad para encontrar los sistemas correctos de reglas, con el fin de asegurar la propiedad común bien gobernada y la posibilidad de una cooperación pacífica[262].

Podemos, y lo hacemos a veces, hallar maneras de vivir mejor juntos. Como lo expresa Shivakumar, la obra de los Ostrom nos guía en la dirección de “una ciencia nueva de la política”, para comprender la civilización democrática en el siglo XXI: una ciencia esta que “se apoya en la capacidad humana para elaborar las reglas de autogobierno a través de la reflexión y la

escogencia. Sin duda, los seres humanos tienen el potencial para mejorar su bienestar mediante reglas que gobiernen su asociación mutua"[263].

Resumiendo las lecciones de Elinor Ostrom

¿Qué significa esta obra para el futuro del análisis de las decisiones públicas y la economía política? Gran parte de la historia del análisis de las decisiones públicas ha sido definida por el análisis económico de la política y del gobierno formal. Ciertamente, los Ostrom no son ciegos en relación con el gobierno formal, pero su obra nos invita a pensar con mayor profundidad sobre la autoridad —las reglas formales e informales del juego social que domestican, conectan y controlan nuestras pasiones— y los mecanismos de aplicación que aseguran autoridad efectiva, incluso en los ambientes más inesperados. Cómo opera la buena autoridad en situaciones en las que no debería hacerlo y cómo los individuos de estas sociedades desarrollan los atributos necesarios para ser ciudadanos autogobernados son situaciones que la obra de los Ostrom nos obliga a considerar.

Opino que la primera lección duradera de Elinor Ostrom es que, en su situación local, los individuos son más efectivos en su conocimiento de las reglas y las acciones correctas para evitar conflictos y promover la cooperación que los empleados del Gobierno, separados de la vida diaria de la comunidad. Confiemos en el pueblo para diseñar las reglas correctas y no en expertos foráneos que prometen soluciones racionales a los males sociales. Esta conclusión puede interpretarse como un llamado a la precaución a los futuros reformadores, con el fin de que respeten las tradiciones y las costumbres locales por encima de sus esfuerzos por imponer cambios en las estructuras de la autoridad —llamemos a esta precaución optimismo—, o como una sanción contra todos los esfuerzos de reforma importada y una afirmación de que el único camino hacia la reforma es local —llamemos a esto pesimismo—. Ostrom no negaría las posibilidades de mejora en la autoridad que vinieran de expertos foráneos, pero enfatiza que estos esfuerzos de reforma deben respetar los incentivos que enfrentan los que reciben asistencia y los anidados juegos que se juegan a través del proceso político[264].

Elinor, y particularmente Vincent, fueron inspirados con frecuencia por las

palabras de Hamilton en *The Federalist Papers*: "… si las sociedades humanas son capaces de establecer un buen gobierno, valiéndose de la reflexión y porque opten por él, o si están por siempre destinadas a fundarse en el accidente o la fuerza sus constituciones políticas"[265]. Ellos son optimistas, con precaución, respecto de que el hombre pueda establecer un buen gobierno a través de la reflexión y la escogencia, y que no estará siempre golpeado por los mares violentos de la historia. Sin embargo, es importante enfatizar en dónde los Ostrom hallaron sus razones para ser optimistas. En sus escritos, la esperanza no se halla en las reformas racionalistas de los planificadores del gobierno informados por la ciencia moderna de la administración pública, sino en la "ciencia y arte de la asociación", practicada por una ciudadanía autogobernada. El pueblo y su capacidad de abrazar —en vez de evadir— las dificultades de pensar y los cuidados de vivir, no la maquinación de la política, dan vida a la esperanza de que la artesanía constitucional generará un orden social de paz y prosperidad.

Deseo destacar la lectura de una investigación de los Ostrom que impulsa el argumento un poco más lejos y carga el énfasis en las implicaciones consistentes y completas de lo que hemos aprendido de los diversos estudios que emergen de la investigación, en el Taller de Teoría Política y Análisis de Política, para la "ciencia y el arte de la asociación". Las reglas que son requisitos son las que ya son aplicables a la vida de los pueblos. Elinor encontró, en el campo de la acción colectiva, el equivalente al hallazgo de Coase sobre el comercio en los mercados privados, que ya había permitido resolver conflictos sobre la propiedad y el uso de los recursos. Cheung demostró que los apicultores y los productores de manzanas hacían tratos para abordar los potenciales problemas de externalidades, incluso cuando los teóricos de las fallas del mercado lo señalaran en los libros de texto y los ensayos como claro ejemplo de una externalidad que resultaría en una falla del mercado[266].

Las prácticas de la vida económica desafiaron lo que la lógica de la teoría predecía, y lo que eso dice al analista es que la solución del dilema se encuentra en los detalles institucionales de los arreglos establecidos por la gente en su vida diaria. En el caso de los apicultores y los productores de manzanas, con los tratos contractuales se internalizaron las externalidades. En el caso del pastoreo en las montañas de Suiza y los sistemas de irrigación en

España, con reglas internas y arreglos de monitoreo se disciplinaron las tentaciones de violar las reglas de la comunidad y se aseguró una sólida conformidad con las reglas que gobiernan los recursos de propiedad común[267].

Una visión más importante que Ostrom acentuó sobre la administración de los recursos de propiedad común se refiere a los sistemas evolucionados de reglas que emergieron para asignar responsabilidad y mecanismos efectivos de castigo respecto a quienes violaran las normas. Las reglas basadas en la comunidad y el compromiso comunal encontraron formas de subsanar la situación conflictiva de los comunes, lo mismo que los apicultores y los productores de manzanas encontraron soluciones al problema de la externalidad y dieron con la posibilidad de una cooperación social mutuamente ventajosa. Ostrom descubrió que estos sistemas locales de autogobierno, para preservar y proteger los recursos de propiedad común, existen en una variedad de sociedades humanas y perduran a través del tiempo: en algunos casos perduran un siglo, en otros se prolongan hasta un milenio. Ella se apresura a señalar que no dice que estos sistemas de reglas reflejen la forma óptima imaginable de gobierno, dadas las circunstancias, pero tampoco duda en etiquetarlas como sistemas exitosos de gobernanza.

Esto nos conduce a la segunda lección más importante de la obra de Ostrom. Al examinar sistemas de gobierno, las "reglas en uso" —la práctica viva de la vida diaria— son las que importan para la cooperación social, no tanto las "reglas escritas" en los libros. Yo agregaría que también es importante la discusión sobre la función de las reglas. En la economía básica sobre derechos de propiedad, las reglas que rodean los derechos de propiedad asignan a los actores económicos incentivos que guían su conducta. Las reglas de propiedad determinan a quién pertenece qué propiedad y qué puede hacer el propietario con lo que le pertenece. Los derechos de propiedad privada definen la pertenencia, la responsabilidad, y alientan la administración. Sin derechos de propiedad claramente definidos y aplicados, los incentivos se distorsionan y las decisiones sobre el uso de los recursos se toman con menos cuidado. Por lo tanto, cuando por dificultades tecnológicas o algún impedimento determinado, resultara "imposible" establecer los derechos de propiedad privada sobre un recurso, la teoría tradicional pronosticaría una administración deficiente y demandaría una privatización, o

una regulación extensiva, o que pasara a la propiedad del gobierno. Los estudios detallados de Ostrom sobre la administración de los recursos comunales deberían hacernos repensar estas clasificaciones de derechos de propiedad. Lo que ha demostrado Ostrom no es solo que las "reglas de uso" determinan la práctica, sino también que la misma función de las reglas puede cumplirse con muchas formas diversas de esas reglas[268]. La función que los derechos de propiedad privada han proporcionado, en términos de incentivos de responsabilidad en el uso de los recursos, ha sido servida por una variedad de sistemas de reglas comunales. Estas reglas utilizan varios métodos para limitar el acceso al recurso, asignan responsabilidad a quienes lo usan o a quienes cuidan de él, y se establecen métodos para castigar a quienes violan las reglas de la comunidad —ello implica desde multas monetarias a sanciones sociales, como la vergüenza y la exclusión—.

La obra demuestra que la gente es capaz de idear sistemas de autorregulación en una diversidad de circunstancias. Al centrarnos en el tema de mi título, vemos que en las diferentes experiencias con los recursos de propiedad común —tanto en las sociedades occidentales como en las no occidentales, y a lo largo de diversas épocas históricas y niveles de desarrollo — los sistemas de autorregulación operan para disciplinar las pasiones del hombre y convierten situaciones de conflicto potencial en una realidad de cooperación social. Además, dado que, en esta variedad de ambientes del tiempo, los sistemas de autorregulación operan fuera del entorno formal de la política, no lidian con el problema de la protección contra la influencia indeseable de grupos de interés especial del poder político. La autoridad sin gobierno puede y suele existir en el mundo en el que estudiamos como economistas políticos, incluso en las circunstancias menos favorables[269]. La "regulación razonable", como la definí aquí —definición de Anne Krueger— se convierte no en elusiva, sino en real en los ejemplos suministrados en las obras de Ostrom sobre la autorregulación. Ya no se define como un conjunto nulo y encontramos una variedad de ejemplos de sistemas efectivos de reglas que gobiernan las interacciones sociales de un individuo, domesticando las pasiones humanas y sujetándolas en la dirección que produce cooperación social pacífica bajo la división del trabajo, incluso en situaciones —como en el caso de la administración de recursos de propiedad común— en las que deberíamos ser muy pesimistas sobre el orden voluntario de los asuntos

humanos.

En la obra de Ostrom hay dos lecciones adicionales esenciales para el futuro de la investigación relacionada con el análisis de las decisiones públicas. La tercera lección que subrayaré es su curiosidad intelectual y su apertura metodológica en relación con una variedad de técnicas y enfoques del aprendizaje. Ella estudió en UCLA y en los primeros años de su carrera su profesor de economía fue Armen Alchian. Obtuvo un grado en ciencia política, estudió la economía local pública y fue influida por la idea de Tiebout sobre la competencia en la economía del sector público. Su aporte fue importante en los temas del análisis de las decisiones públicas y la economía política moderna. De hecho, fue pionera en estas áreas, centrando su trabajo en los interrogantes sobre la tragedia de los comunes, el dilema del prisionero y la lógica de la acción colectiva. Se dedicó a estudios detallados de casos, pero también tuvo en cuenta la abstracta teoría de los juegos, como ayuda para comprender el juego dinámico entre reglas y estrategias en la economía política de la vida diaria. También se ocupó del laboratorio y de la economía experimental para aportar pruebas a sus teorías sobre los recursos de propiedad común y los experimentos de esa área con el fin de aprender sobre la aplicabilidad de sus ideas en contextos diferentes. En su discurso presidencial frente a la American Political Science Association, Ostrom describió su propia visión como "un enfoque de conducta sobre la teoría de la escogencia racional de la acción colectiva"[270]. Y cuando se desempaca esa descripción, coincide perfectamente. Finalmente, ella comprendió que su obra sobre el sistema de reglas representaba el estudio de fenómenos complejos, y no de fenómenos simples. Para estudiar los fenómenos complejos, trató de adquirir una visión adicional del campo de la complejidad social y del modelaje por computadora de sistemas complejos. Se puede argumentar que desde Kenneth Boulding[271], no nos habíamos cruzado con un científico social que alentara la curiosidad pura sobre el mundo, para emprender un viaje metodológico de tantos enfoques diferentes y llegar al fenómeno que intentaba comprender: las reglas de autogobierno que operan en las vidas de una variedad de individuos que emprenden la cooperación para evitar el conflicto[272]. A la vez, Ostrom también tiene unidad en sus métodos de investigación: escogencia racional, como si los que escogen fueran humanos, y análisis institucional como si la historia importara.

La última lección de Elinor Ostrom —una lección que ciertamente merece ser subrayada— es su motivación —de ella y de Vincent— para el proyecto de su vida como académicos y educadores en ciencia política. Ambos ven su vocación como la del cultivo de una ciudadanía autogobernada y de las características que debe tener esa ciudadanía. En una entrevista para mi libro con Paul Dragos Aligica, *Challenging Institutional Analysis and Development: The Bloomington School*, Elinor Ostrom manifestó sobre su trabajo y el de su esposo en el taller, que una de sus "prioridades principales" siempre ha sido que sus investigaciones y esfuerzos educativos estén dirigidos al cultivo de ciudadanos que son capaces de autogobernarse. "El autogobierno y el sistema democrático siempre son empresas frágiles", expresa Elinor. "Los ciudadanos del futuro deben comprender que participan en la construcción y reconstrucción de políticas gobernadas por reglas. Y deben aprender 'el arte y la ciencia de la asociación'. Si fallamos en esto, todas nuestras investigaciones y todos nuestros esfuerzos teóricos carecen de importancia"[273].

Estas son palabras y acciones muy inspiradoras.

Capítulo 12

El asunto de la metodología

Don Lavoie

Don Lavoie —profesor "David y Charles Koch" de economía, en la Escuela de Política Pública de la Universidad George Mason— falleció en noviembre del 2001. En su vida, trágicamente corta, escribió tres libros originales, editó otros dos, y publicó gran número de artículos sobre economía austriaca, marxismo, historia del pensamiento económico, economía comparada, diseño de *software* para computación, estudios de simulación en computación, teoría educacional, teoría política libertaria y metodología de las ciencias sociales. Con esta lista de temas se pone de manifiesto que fue un académico excepcional. Las circunstancias personales de su vida fueron apropiadas para el desarrollo de su talento: entrenado en la ciencia de la computación, desarrolló algunos de los primeros programas para que las computadoras aprendieran música; y más tarde, cuando trabajaba en el área de ciencia de la computación, obtuvo su doctorado en economía en la Universidad de Nueva York. Mientras completaba su doctorado —concentrado no solo en economía austriaca, sino también en economía marxista—, Lavoie fue capaz de publicar artículos en revistas académicas sobre la historia del pensamiento económico y la metodología. En 1981, después de completar su doctorado, se incorporó al profesorado de la Universidad George Mason, que empezaba un programa de doctorado nuevo. Con Karen Vaughn, Richard Fink y Jack High, Lavoie abrió el Centro para el Estudio de los Procesos de Mercado, un centro de investigación y educación que, durante la década de los 80, atrajo a más estudiantes de doctorado interesados en la economía austriaca que los que atrajo Viena en cualquier año desde 1920. Cuando Lavoie estaba en el centro intelectual de este grupo productivo de investigación y educación, publicó más artículos y supervisó más tesis que cualquier otro miembro de la unidad. Su enfoque particular era hacer que los estudiantes publicaran sus disertaciones como libros, en vez de seguir la práctica emergente —que ahora es dominante— de publicar tres ensayos. Su iniciativa tuvo un éxito increíble, como lo evidencian los libros publicados por Roy Cordato, David Prychitko, Steve Horwitz, Emily Chamlee-Wright, Howard Baejter y por mí mismo.

Como académico, Lavoie era mejor conocido por su trabajo dedicado al debate teórico sobre el socialismo, *Rivalry and Central Planning* (New York:

Cambridge University Press, 1985). En 1985 también publicó *National Economic Planning: What is Left?* (Cambridge: Ballinger, 1985). Como Hayek antes que él, Lavoie terminó enfocándose en cuestiones metodológicas, debido a los problemas que veía en la comunicación de los puntos austriacos de este debate a los economistas de la corriente principal. Los puntos que enfatizaba en su interpretación del debate, y su propio desarrollo de la línea del argumento —sobre la rivalidad, la información dispersa, el conocimiento local y la esfera tácita— eran simplemente ininteligibles para la mayoría de los economistas asociados con el formalismo y el positivismo. El viaje filosófico de Lavoie en busca de una respuesta a este enigma, lo trasladó de la filosofía pospositivista de la ciencia a la hermenéutica filosófica y al posmodernismo. Desde mediados de la década de los 80, el trabajo de Lavoie se fue centrando cada vez más en los temas metodológicos. Apreciaba la crítica posmoderna de la ciencia, pero se distanciaba de la posición no constructiva del relativismo epistemológico. Desde el punto de vista filosófico, se encontró cómodo entre el objetivismo y el relativismo, en las enseñanzas de la hermenéutica filosófica, y más concretamente en las obras de Hans-Georg Gadamer.

El estudio de las obras de Gadamer llevó a Lavoie a reconstruir la base filosófica de la Escuela Austriaca de Economía. Los que nos consideramos cercanos a Gadamer vemos la lógica de su posición, que muchos de sus detractores simplemente no comprendieron. Primero, es importante reconocer que la economía austriaca está inserta en una tradición filosófica continental, no en una tradición analítica. Segundo, es preciso familiarizarse suficientemente con las obras de Mises, para comprender que Mises dividía las ciencias sociales en teoría e historia y argumentaba sobre posiciones epistemológicas únicas para cada una: la teoría o la concepción resultaría del método fenomenológico de análisis, explicado tempranamente por Hüsserl, y la historia o la comprensión resultarían de la adopción de un punto de vista hermenéutico o interpretativo, relacionado con la obra de Dilthey. Una vez comprendida esta historia —la comprendieron pocos lectores, incluso entre los que simpatizaban con la economía austriaca— el llamado de Lavoie a Gadamer no es una ruptura radical con sus raíces austriacas, sino una evolución natural. La posición de Gadamer sobre la hermenéutica filosófica puede ser etiquetada nuevamente —y de hecho así lo fue por Gadamer— como hermenéutica fenomenológica. Gadamer fue alumno de Hüsserl y de

Heidegger, e intentó hacer una síntesis entre estos dos pilares de la filosofía alemana. En un sentido fundamental, Lavoie se refería simplemente a las notas de pie de página de Mises y actualizaba la base filosófica de la escuela austriaca.

Uno de los puntos de vista más importantes de Gadamer fue la idea de mezclar los horizontes entre el autor y el lector. Leemos libros de otros y otros leen libros nuestros, no para acusarnos mutuamente, sino para aprender mutuamente. Para convertirnos en algo diferente que antes, experimentamos las palabras ajenas. Lavoie fue un hombre de un compromiso ideológico profundo, pero su respeto por los valores de la academia condicionaba ese sentimiento y lo obligaba a tomar en cuenta los puntos de vista de los demás. Constantemente trataba de aprender de los que no compartían su perspectiva metodológica e ideológica. Cerca de 1990 se convenció de que hallaría más espacio para aprender, si se movía en un ambiente en el que la gente compartiera su posición filosófica básica. Optó por dejar el departamento de economía en la Universidad George Mason y emprendió un programa nuevo en la Escuela de Política Pública. También trabajó con estudiantes de doctorado en el departamento de estudios culturales. Profesor dedicado, distinguido en dos ocasiones como profesor del año por la Universidad George Mason, fue también un pionero del aula electrónica y de la educación a distancia.

Siendo aún joven, Don Lavoie contrajo una grave enfermedad y murió trágicamente. No logró escribir su libro sobre metodología, en el que pensaba poner en tela de juicio las presunciones de nuestra disciplina, y establecer el enfoque hermenéutico de la política económica y las ciencias sociales. Esa tarea fue heredada por los numerosos estudiantes que tuvimos la suerte de tenerlo como maestro, mentor y amigo.

Capítulo 13

Invitación a la economía política

Peter Berger y el cómico drama de la vida política, económica y social

Peter L. Berger fue uno de los científicos sociales más influyentes del siglo XX. En 1986 se publicó un estudio sobre su obra de las décadas 70 y 80. En dicho estudio se demostró que Berger fue citado 1052 veces. Esto lo colocó a la par de otros pensadores como Dewey, Whitehead y Marcuse. Sus contribuciones a la sociología del conocimiento, la sociología de la religión y el análisis sociocultural del capitalismo son muy conocidas y han sido ampliamente comentadas. Además, son contribuciones muy controversiales. De hecho, es razonable decir que Peter Berger marchó al ritmo de un tambor diferente en el campo de la sociología que escogió. Paul Samuelson comentó una vez que en la ciencia económica competimos por la única moneda que vale la pena obtener: el aplauso de nuestros colegas. Peter Berger veía las cosas de manera diferente y siguió una agenda más subversiva en el campo de las ciencias sociales. La búsqueda de la verdad y la comprensión de la sociedad en que vivimos, y también lo que permanece exótico, requerían de él una postura escéptica y a veces cómica.

Debe fomentarse cierto grado de irreverencia hacia la tarea de la comprensión social. No se trata de debilitar la seriedad de la tarea de la sociología, sino de reconocer que la autosupresión es una señal de madurez intelectual. A menudo nos es muy difícil comprender lo que está más cerca de nosotros, en términos de familiaridad. Los que nos movemos en disciplinas académicas profesionales habitamos en centros universitarios —y en la política diaria de la vida académica— y en las propias disciplinas —que se especializan en lenguaje y expectativas—. Pero precisamente porque estamos arraigados en esos mundos es difícil que dispongamos de la distancia crítica requerida con frecuencia para ganar en comprensión.

En su introducción a este campo, Berger aclara irónicamente esto a los no iniciados: Desde la publicación de su libro *Invitation to Sociology* (New York: Doubleday, 1963), se vendieron de él cerca de 670,000 ejemplares en 25 años (1963-1988) y fue traducido a dieciséis idiomas en el mismo período. El libro fue adoptado ampliamente en los Estados Unidos para las clases de introducción a la sociología. Un comentador observó, refiriéndose al amplio

mercado de libros usados en las universidades, que el libro de Berger probablemente fue utilizado durante ese período por mucho más de un millón de estudiantes. Sin embargo, las críticas de los otros profesionales eran, con frecuencia, negativas, y la respuesta de los estudiantes no ha sido muy alentadora. Por otra parte, se dice que los estudiantes graduados en la disciplina y los profesores de edad avanzada quedaron impresionados por la obra. Esto constituye un dilema: los estudiantes no graduados califican al libro como intimidante; los sociólogos dedicados a este campo, como demasiado simplista. Pero los estudiantes graduados lo consideran refrescante, porque les recuerda lo que deseaban hacer cuando empezaron a estudiar sociología; por su lado, los profesores mayores piensan que el libro es atractivo, porque discute —en lenguaje claro— lo que habían deseado para esta disciplina, pero acabó perdiéndose.

Berger es un sociólogo humanista y ve la disciplina como humanista. Las ciencias sociales, principalmente en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, adoptaron al unísono un punto de vista más científico. Que el método científico, de hecho, obstruye el avance científico fue uno de los grandes enigmas del pensamiento social del siglo XX. Desafortunadamente, debido a la fuerza de la implantación del método científico en sus mentes, los científicos sociales no lo ven. Confunden el progreso peligroso con el progreso real. En un fragmento característico, Berger resume el punto así: "Los sociólogos, principalmente en los Estados Unidos, se han vuelto tan preocupados por las cuestiones metodológicas que han dejado de interesarse por la sociedad. El resultado es que nada significativo han encontrado sobre aspecto alguno de la vida social, dado que en la ciencia, como en el amor, una concentración en la técnica probablemente conducirá a la impotencia"[274].

Las disciplinas, por cierto, pueden extraviarse en dilemas metodológicos. Dado el complejo de inferioridad en comparación con las ciencias naturales, las ciencias del hombre son especialmente susceptibles. La mímica de los métodos apropiados para el estudio de la naturaleza ha sido, embarazosamente, la costumbre de los que estudian a los seres humanos, porque temen ser acusados de enfrascarse en una empresa intelectual no científica.

Un ejemplo sencillo puede aclarar este punto. Las ciencias naturales

maduraron con la purga de todas las formas de antropomorfismo en sus explicaciones. Los relámpagos no son causados por la furia de los dioses. La secuencia de las estaciones climáticas no es resultado de mandatos divinos. En lugar de explicar estos fenómenos físicos por referencia a los propósitos y los planes de los dioses, el conocimiento científico descubrió explicaciones físicas subyacentes. Pero las ciencias del hombre difieren de las ciencias de la naturaleza. Cuando purgamos los propósitos y los planes de las ciencias sociales, de hecho purgamos al sujeto de nuestro estudio. El hombre no es una roca y las rocas no pueden hablar. Conceptos como la intencionalidad y el significado no tienen papel alguno en las ciencias naturales, pero son la sustancia de las ciencias sociales. Berger manifiesta su preocupación por la confusión de dos ciencias distintas: "Sería bueno aconsejar a la sociología que no se concentre en una postura de ciencia sombría, ciega y sorda frente a la payasada del espectáculo social. Si la sociología actúa de esta manera, puede encontrar que ha adquirido una metodología infalible, a cambio de perder el mundo de fenómenos que originalmente inspiraron su exploración"[275].

Las preocupaciones de Berger son un eco de las de otros científicos sociales. A Kenneth Boulding le preocupaba que la precisión perfecta del modelaje matemático probaría ser menos fructífera que los métodos literarios menos precisos para comprender el mundo confuso en el que vivimos[276]. Quizás F. A. Hayek sea identificado como el crítico más expresivo del cientificismo en el estudio del hombre. Advirtió que el sendero cientificista conducía no solo a una imagen falsa del hombre y de la sociedad, sino que daba la impresión de que la ciencia social podía ser una herramienta efectiva para el control social[277]. Mi intención, sin embargo, no es hacer una evaluación metodológica de estos argumentos. Lo que deseo ver es cómo, dadas estas posiciones, se ofrece a otros una invitación para estudiar al hombre en varios aspectos de la vida y de las situaciones sociales. Berger, como otros autores mencionados arriba, advierte al lector sobre la visión de las ciencias sociales de cierta manera, pero también promete visiones a los que estudian al ser humano de otra manera. La invitación a estudiar promete iluminación, pero también contiene una advertencia sobre los límites. Esto es lo que deseo explorar. Como Berger enfatiza, los sociólogos se congregan con los economistas en algún espacio social y el científico político en

otro[278]. Por lo tanto, cómo se ven las ciencias del hombre cuando se estudia la economía, la política y la sociedad, es lo que deseo explorar y, en particular, cómo se ofrece una invitación para esta conversación. En otras palabras: ¿cuál es el tópico de la conversación y quién es invitado a conversar? Berger es explícito. Esta conversación es un "juego real" y "nadie invita a un torneo de ajedrez a los que son incapaces de jugar dominó"[279]. Por otra parte, ofrecemos una invitación abierta a los de nuestra clase y de clases superiores que están "intensamente, eternamente y desvergonzadamente interesados en los actos de los hombres"[280].

Una invitación a la investigación

Comparo y contrasto dos libros que son invitaciones a sus respectivas disciplinas: *Invitation to Sociology*, de Berger, e *Invitation to Economics*, de Thomas Mayer (New York: Wiley, 2009). El libro de Berger es un clásico. El de Mayer es reciente y menos conocido. Ambos autores provienen de una formación en alemán (Austria), pero recibieron su educación de posgrado en los Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, y los dos en la ciudad de Nueva York. Berger, nacido en 1929, recibió su doctorado en la New School, en 1954. Mayer, nacido en 1927, recibió su doctorado en la Universidad de Columbia, en 1953. Ambos despliegan una mirada bastante irreverente sobre la práctica actual de la disciplina a la que desean atraer a los estudiantes, y consideran un gran estímulo para el pensamiento que la disciplina se practique correctamente. Después de compararlas y contrastarlas, mostraré lo que es común a ambas invitaciones sobre el tema, y espero que será comprendido.

Comparación de las invitaciones

La fuerza de la invitación de Berger a los estudiantes es pensar en la sociedad como un drama que ocurre, y en los variados roles de los hombres como si fueran actores en un escenario. Pero el texto del drama no es tan determinista como esas imágenes pudieran implicar, y el concepto de drama se extiende mucho más allá del escenario. Nuestra identidad está como empacada en el conjunto de roles que desempeñamos. Las reglas que aceptamos son una

función de los juegos en que participamos. La sociedad nos moldea, pero, mediante nuestras acciones en situaciones sociales variadas, también nosotros moldeamos a la sociedad. De hecho, Berger argumenta que es imposible comprender la cultura y la sociedad sin mirarlas desde la perspectiva de la actuación y el buen humor[281]. A lo largo del camino, cada situación dentro de la obra está sostenida por la tela de significados compartidos tejida por las acciones de los participantes individuales. El mundo social constituye un orden que es resultado de la acción humana, pero no del diseño humano.

La fuerza de la invitación de Mayer es su énfasis en la estructura intuitiva, pero lógica, de los argumentos económicos. Desde el principio explica a sus lectores que la buena economía empieza con el reconocimiento de los costos de oportunidad que los individuos tienen que afrontar cuando toman decisiones y continúa con un análisis de las consecuencias no intencionadas de sus acciones. Como argumenta Mayer, su enfoque es un enfoque centrado en el hombre, porque concierne "a la manera en que los seres humanos usan una parte importante de su tiempo"[282]. La "visión trágica" de la vida que reconoce la escasez define la situación en la que los seres humanos se encuentran a sí mismos, pero el análisis del costo de oportunidad y de las consecuencias no intencionales —o los efectos indirectos— define la forma de pensar de un economista. Mayer sugiere también que esta forma de pensar es solamente un ejercicio de lógica aplicada. "Es asombroso hasta dónde el sentido común, acompañado por una actitud crítica y una motivación para pensar en el problema, en lugar de lanzarse a una conclusión emocionalmente satisfactoria, puede introducirnos a la economía"[283].

Ambos libros colocan al hombre en el centro del análisis, reconocen las restricciones que los individuos deben confrontar cuando actúan, y resaltan tanto la intencionalidad como las consecuencias de las acciones intencionales que sobrepasan esas intenciones. Ambos ven la economía como implantada en un contexto político y social más amplio, donde los tres conceptos —economía, política y sociedad— están enraizados en el campo más amplio de la filosofía y de la historia. Pero en ambos libros se promete también a los lectores que aislar sus disciplinas respectivas tiene sus beneficios como "una estrategia de investigación fructífera y conveniente"[284]. Al examinar de cerca ambas invitaciones, mi esperanza es mostrar el espíritu de cooperación

y solidaridad que puede verse en una sociología y en una economía humanísticas, sugerir que está garantizada una respuesta positiva a la invitación, y que los pormenores de la fiesta consistirán en un enfoque de la intencionalidad humana, las consecuencias no intencionadas de la acción humana, y el cómico drama que es la historia de la humanidad. Habrá muchas bromas en la fiesta, bromas a menudo satíricas, pero siempre orientada a obtener la verdad en los asuntos humanos.

Tal vez el aspecto más importante de ambos libros es que, si se acepta la invitación, el lector será candorosamente instruido sobre los instrumentos de razonamiento para detectar estupideces en los argumentos y en las explicaciones sociales divulgadas en la prensa popular, por políticos, o por otros con autoridad, o por otros pensadores sociales. Ambos libros se presentan como invitaciones a una disciplina, pero en realidad son invitaciones a la investigación y el pensamiento crítico. En el caso de Berger, el sociólogo invitado asume una actitud subversiva cuando transforma el significado de lo familiar mediante el análisis crítico. Respecto a Mayer, empezando por nuestras observaciones sobre "el curso ordinario de la vida", se recomienda al economista aspirante que siga el razonamiento de sentido común y que pregunte críticamente: "¿Es esto realmente así?". "¿En qué condiciones es eso cierto?"[285]. Berger observa la interacción entre la intencionalidad y la estructura social. Mayer, los costos de oportunidad y las consecuencias no intencionadas. Ambos observan las fuerzas sistémicas que producen y reproducen el orden social.

La sociabilidad espontánea y las dos disciplinas

Indudablemente, parte del esfuerzo del economista para seducir intelectualmente al lector sería una discusión sobre el orden espontáneo de la economía de mercado. El estilo de razonamiento de la "mano invisible" de Adam Smith ha sido la atracción más importante de la teoría económica desde los siglos XVII y XVIII, y el lugar de los fenómenos del orden espontáneo del mercado es el enigma teórico central de la disciplina. Mayer se refiere a este descubrimiento como "la joya de la corona de la economía"[286]. El sistema de precios permite una extensa división del trabajo con la coordinación de las actividades de intercambio y producción en la

sociedad. El sistema de mercado es una red compleja de actividades interconectadas, guiadas a través de los ajustes de precios, y disciplinadas por la contabilidad de ganancias y pérdidas. Los planes de producción de algunos se interconectan con los de consumo de otros, en una forma que tiende a responder simultáneamente a preguntas sobre qué producir, cómo y para quién. Una economía de libre mercado cumple con esto organizando incentivos, movilizando información y alertando continuamente a los actores económicos sobre ganancias potenciales, derivadas del intercambio y de la innovación. La interferencia en este proceso económico distorsiona el patrón de intercambio y producción, al no permitir que los precios divulguen la "verdadera historia" de las escaseces relativas, los gustos, las preferencias esenciales y las posibilidades tecnológicas. El punto importante que debemos subrayar para nuestros propósitos es que este sistema no es mecánico ni deshumanizante, sino íntimamente centrado en lo humano. Comienza con la gente, culmina con la gente y consiste enteramente en lo que la gente hace a diario.

Muchas representaciones de la persona económica y de la economía de mercado presentan el material de una manera mecánica, con los actores humanos reducidos a agentes racionales perfectos y el sistema de mercado definido como perfectamente competitivo. Pero esas presentaciones de la forma económica de pensar y de la lógica del mercado no deben ser, y nunca han sido, las representaciones dominantes. Adam Smith y David Hume, por ejemplo, tuvieron una comprensión más compleja del hombre y una comprensión más dinámica de los procesos competitivos que constituyen la economía de mercado. En resumen, hay una manera de ver las interdependencias complejas de las relaciones económicas, guiadas mediante ajustes de precios, que se inicia en cada paso del análisis por actores *humanamente* racionales.

Estas dos imágenes de la economía de mercado —una humana y la otra mecánica— pueden verse también en descripciones de la sociedad en general. El funcionalismo, por ejemplo, puede verse como el equivalente sociológico de la descripción mecánica de la economía de mercado en los modelos de los libros de texto sobre la conducta maximizadora y la competencia perfecta. Berger afirma que para Durkheim la sociedad era una restricción objetiva que los individuos debían confrontar[287]. La sociedad nos confronta como un

todo y no puede ser reducida a sus partes componentes. Por el contrario, tiene una existencia objetiva ajena a nosotros. “La sociedad, como hecho objetivo y externo, nos confronta principalmente en forma de coerción. Sus instituciones configuran nuestros actos e incluso moldean nuestras expectativas”. La sociedad tiene estructuras de recompensas cuando nos adaptamos al papel asignado, y fuertes castigos cuando nos desviamos de ese sendero. Desde la ridiculización hasta una literal privación de libertad, la sociedad tiene diversas maneras de disciplinar a sus miembros. En relación con esta imagen, la sociedad nos precede y seguirá viviendo después de nosotros. Berger concluye que, según la perspectiva de Durkheim, la sociedad “es el conjunto de muros de nuestra cárcel histórica”.

Esta depresiva imagen de nuestro destino se corresponde adecuadamente con la que pintan los modernos libros de texto de economía. El individuo cuenta cero en el modelo de competencia perfecta y el problema de la “escogencia” se reduce a un ejercicio de matemáticas aplicadas, mientras el individuo maximiza su utilidad en un marco de restricciones. De hecho, Berger está alerta ante la similitud de la imagen diseñada por el funcionalismo en sociología con la del formalismo funcionalista diseñada en economía. Como practicante auténtico de la ciencia maldita, argumenta que quizás las imágenes de la sociedad como cárcel de prohibiciones podría reemplazar la imagen de la economía de optimización, constreñida frente a la escasez. Sin embargo, también hay evidencia de otra imagen dibujada en ambas disciplinas, la sociología y la economía: el orden espontáneo del mercado y la sociabilidad, como está contenida en la ley de consecuencias no intencionadas. En la economía y en la sociología, como estas disciplinas son representadas por Mayer y Berger, la invitación a investigar es doble: primero, ver el dilema de la escogencia humana y comprender el lugar del individuo en la sociedad; y segundo, examinar el subproducto de esas escogencias como si fuera motivado por la intención pero no limitado por la intención. Los resultados de las escogencias que hacen los individuos y las intenciones con las que deciden involucrarse van mucho más allá de las motivaciones que impulsan esas escogencias, y los resultados pueden ser más satisfactorios, o más problemáticos que lo imaginado originalmente. Las invitaciones respectivas de Mayer y Berger son para estudiar las razones sistémicas de por qué las intenciones del actor son canalizadas en direcciones donde, en algunas situaciones los beneficios de sus interacciones son

superiores a la suma de las transacciones individuales, y en otras los beneficios totales son inferiores a la suma de las partes. Dicho en lenguaje económico: los resultados de la mano invisible y los de la tragedia de los comunes se alcanzan con el uso de las mismas herramientas intelectuales del análisis del orden espontáneo.

Ejemplos de filtros y propiedades de equilibrio

Las herramientas de análisis del orden espontáneo postulan una motivación de la conducta, examinan las instituciones en las que los individuos actúan e interactúan por los incentivos y la información provista a los tomadores de decisiones, y establecen la estructura de premios y castigos en el ambiente específico. Solo entonces pueden ser consideradas las propiedades resultantes de ese orden. Una vez más, la economía como disciplina proporciona el conjunto más refinado de herramientas para pensar en estos términos en el orden social. El actor individual no actúa en el vacío, sino en un ambiente institucional específico definido por la ley —por ejemplo, la ley de derechos de propiedad— y la historia cultural —por ejemplo, las creencias—, que sirven como "filtro" en el movimiento y la maniobra de la conducta, en esta dirección o en aquella, dependiendo de los incentivos, la información y las recompensas. Cuando la acción se filtra, sale del lado opuesto mostrando fuertes tendencias hacia estados de equilibrio que tienen "propiedades" atribuibles al orden respectivo. En relación con la sociedad entera, algunos órdenes son beneficiosos, otros no. Para Berger y Mayer, la frase del iluminismo escocés —"de acción humana, pero no de diseño humano"— explica correctamente la estructura social masiva en la que nos hallamos, se trate de las normas de la clase media suburbana o del conjunto de precios que encontramos en el supermercado. El orden social no ocurre porque sí. Es el compuesto de la conducta de multitudes de individuos que lo crean y lo sostienen. En el proceso, sin embargo, Berger y Mayer permiten que algunos individuos —los carismáticos en el entorno social, los empresarios en la estructura del mercado— tengan papeles más importantes que otros, sin que se otorgue un control determinante[288].

Para ver el estilo del orden espontáneo de razonamiento en el trabajo de diferentes disciplinas, extraeré algunos ejemplos principalmente de las

discusiones de Berger en las que se analiza la estructura social tal como existe en el mundo "dado por sentado" en el que escribía: valores académicos y científicos. He dejado la religión fuera del análisis, aunque tal vez sea la rama de la vida humana analizada por Berger que más reconocimiento haya obtenido, pero la religión podría ser un muy claro ejemplo del orden espontáneo como lo fue con Hume y Smith. Consideremos, por ejemplo, el análisis compartido a través de diferentes juicios en los escritos de Hume y Smith sobre la religión financiada por el Estado. Tanto Smith como Hume observaron niveles más bajos de religiosidad —medidos según la asistencia de fieles— en los Estados dotados de un monopolio religioso financiado con fondos públicos. Por otra parte, en los Estados con servicios religiosos y educación no financiados por el Gobierno, la diversidad de religiones y el fervor religioso en la población eran característicos. Hume y Smith razonaron que esto se debía a los incentivos que los líderes religiosos tenían en condiciones institucionales diferentes (por ejemplo, el filtro). En un ambiente monopólico financiado por el Estado, los líderes religiosos no sentían la necesidad especial de atraer fieles a su iglesia y supervisar la docencia de la misma. Pero en situaciones en las que el líder religioso debía obtener los fondos para los gastos de operación del templo mediante las donaciones de los fieles, los incentivos condujeron a poder oír sermones más agradables y a participar en actividades dirigidas a persuadir a los fieles de los beneficios de la práctica religiosa. Menos religiosidad en una situación y más religiosidad en la otra son características del equilibrio del filtro institucional de la competencia —o ausencia de la misma— en el contexto de los servicios religiosos. Sin embargo, a pesar del acuerdo en el análisis, sus posiciones normativas diferían sustancialmente. Smith sentía que la religiosidad era deseable y proponía la abolición del monopolio estatal de la religión. Hume tenía sentimientos diferentes sobre la religión, y concluyó que la religión financiada por el Estado era la política más deseable.

El análisis no necesita un punto de vista normativo. Tampoco una conclusión "normativa" de bienestar necesita la adopción de una posición normativa. Pero la aplicación del análisis al mundo de la política sí requiere que se emita un juicio normativo. Sin embargo, en el nivel de las invitaciones, lo que seduce al lector no son las conclusiones de política normativa de Berger o de Mayer, sino las observaciones astutas del mundo que resultan del análisis. En gran medida, estos autores han impulsado una

seducción intelectual y analítica, no una seducción ideológica y orientada a la política. En ambos casos se adopta una suerte de distancia sofisticada, mientras se usa el análisis para cuestionar instituciones y prácticas familiares. Los lectores son invitados a desarrollar sus facultades críticas y mantenerse alerta frente a las necedades que a menudo son presentadas como análisis en la prensa, entre políticos y también entre sus colegas.

La academia

Sobre Berger y Mayer, consideremos sus tratos de la academia contemporánea y de los valores científicos de sus respectivas disciplinas. Ambos describen la estructura de incentivos en la academia, el "mecanismo filtro" del profesorado y la promoción, y la "tendencia al equilibrio" de las prácticas de investigación y publicación en las áreas de la economía y la sociología. En ambos casos, la imagen no se ve bien. Para Berger, la estructura de la vida académica de los Estados Unidos ha impulsado la investigación en sociología que ha descartado la teoría y se ocupa de "pequeños estudios de fragmentos oscuros de la vida social, ajenos al interés teórico más amplio"[289]. Mayer, por su parte, ve que los incentivos de la moderna academia económica impulsan a los jóvenes a caer en la práctica, exageradamente común, de escribir ensayos con "muchas citas innecesarias de los ensayos de sus colegas y con la esperanza de que ellos actuarán recíprocamente"[290].

Parte del atractivo de Berger y Mayer ante sus respectivos invitados es que ambos proponen distanciarse de la práctica común, pero ofrecen una promesa intelectual de lo que la práctica apropiada de la disciplina puede entregar a esas almas valientes que eligen aceptar la invitación ofrecida y unirse a la fiesta. Quiero reiterar lo dicho. Berger es claro en que no todos son invitados: "nadie invita a un torneo de ajedrez a los que son incapaces de jugar al dominó"[291]. Mayer es más amplio. Sugiere que cualquiera puede asistir a la fiesta, si está dispuesto a involucrarse en un "pensamiento sistemático con sentido común sobre un problema"[292]. Uno puede ser su propio maestro de economía si nunca toma las afirmaciones como dadas sino que siempre las somete a escrutinio con estas preguntas: "¿Es esto realmente así?" "¿En qué

condiciones?", sin olvidarse nunca de preguntar sobre cuáles serán los efectos inmediatos, y exigir que los efectos de largo plazo y los efectos indirectos sean considerados explícitamente. Usted puede entrenar su intuición económica tratando de explicar siempre la razón de la conducta ordinaria que se observa a diario. Para ser seducido por la propia economía —no por la aplicación inapropiada de la ciencia, ni mediante una caja de herramientas de ingeniería social— es necesario encontrar la forma de asombrarse frente al milagro de lo mundano.

Una vez más vemos aquí lo que podemos ver en la invitación: el llamado a un mundo que damos por sentado, pero que después sometemos al análisis crítico, lo cual cambia nuestra percepción de lo familiar en la economía y en la vida social. Vemos la sociabilidad espontánea a través del lente de la sociología y la eficiencia espontánea del mercado a través del lente de la economía. Pero vemos también cómo la sociabilidad espontánea puede colapsar y cómo el orden económico puede volverse ineficiente. En el contexto de la academia —"el mundo que se da por sentado", cómo lo ven los estudiantes y los profesores que son los primeros lectores de *Invitation to Sociology* y de *Invitation to Economics*— la estructura de incentivos para los profesores y los estudiantes, y también la política académica diaria y la sociología del conocimiento, producen resultados que nos hacen rectificar la noción de que este es un juego que consiste en científicos netos buscadores de la verdad, empeñados en alcanzar las metas arrogantes de la sabiduría filosófica y la exactitud histórica. Sin embargo, a pesar de las dificultades, Berger y Mayer afirman que el proceso docente y el diálogo crítico producen, aunque sea como subproducto, una comprensión mejorada de las relaciones sociales y económicas fundamentales y de la realidad empírica.

La maldición del cientificismo

Otra área común que sorprende en las dos invitaciones es cómo Berger y Mayer ven la maldición del cientificismo que distorsiona las disciplinas respectivas y, en última instancia, transforma tanto la práctica de la disciplina que la invitación ofrecida ya no es atractiva para los invitados a la fiesta. En otras palabras, Berger y Mayer subrayan diferentes temas, pero sus textos pueden ser interpretados como afirmaciones de que el cientificismo mata a la

ciencia. Aclaremos. No es que el cientificismo produzca menos trabajo profundo. Es que, de hecho, mata la habilidad para derivar esa profundidad. Una ausencia depresiva de buen humor invade la disciplina. Perdemos el milagro de lo mundano y el misterio de la vida diaria, y nos volvemos incapaces de apreciar lo gracioso de la humanidad en la vida diaria.

El hombre económico es reducido, por formalismo y positivismo, a un calculador automático de placer y de dolor, en lugar de verse como una criatura atrapada por siempre entre el miedo y la esperanza, que debe abrazar el desafío de su libertad y lidiar con las imperfecciones de su conocimiento. En forma similar, la metodología infalible del formalismo y del positivismo encaja bien con cierta forma del funcionalismo en sociología. La lucha del individuo con la identidad, la asociación y la comunidad es ignorada como ajena al reino de lo apropiadamente científico. Berger escribe que "la libertad no es alcanzable empíricamente"[293]. Experimentamos la libertad todos los días de nuestra vida, pero "la libertad no está disponible para ser demostrada por ningún método científico". Por lo tanto, la libertad elude la mente científica. Pero —Berger así lo advierte— tal comprensión positivista de la tarea del sociólogo produce una forma de "barbarismo intelectual"[294].

Irónicamente para nuestros propósitos, Berger ve la solución al problema de la libertad en la estructura desarrollada por Max Weber para su sociología interpretativa. Desarrollos subsiguientes en sociología acusarían la teoría sociológica de Weber de ser "voluntarista". Durkheim enfatizó la naturaleza externa y objetiva de la sociedad. Weber enfatizó la intencionalidad humana y los significados subjetivos de la acción social. En estas perspectivas, se nos presentan lo que podría llamarse un punto de vista puramente externo y un punto de vista puramente interno. Pero, como explica Berger, esto construye mal el proyecto sociológico de Weber (y Schutz). —Recordemos que Schutz escribió su tesis doctoral bajo la tutela de Ludwig von Mises, que también intentó construir sobre el proyecto de Weber en la ciencia de la acción humana—. Weber reconoció las intenciones de los actores de la sociedad y las consecuencias no intencionadas. El punto de Weber era enfatizar simplemente que en las ciencias sociales "la dimensión subjetiva debe ser tomada en consideración para una comprensión sociológica adecuada"[295]. El orden social no puede ser visto puramente desde fuera. Las interpretaciones de los significados por los actores sociales se desplazan y el orden social se

mantiene por “la estructura de los significados que son incorporados por varios participantes”. En última instancia, cualquier metodología “científica”, que excluya nuestra habilidad para lograr el acceso a este mundo de significados sociales, erosiona la empresa científica. Puede haber coherencia con una perspectiva puramente externa, pero se esconde de la vista la parte más humana de la vida social. Por otra parte, una perspectiva puramente interna negaría la realidad social de otros y la realidad de que nacimos en un mundo social que nos define y nos moldea desde el nacimiento. Nuestros métodos científicos deben permitir y legitimar el diálogo que nos permite comprender lo que Berger denomina la paradoja de la existencia social: “La sociedad nos define, pero es definida por nosotros”[296].

Berger usa la metáfora del teatro para explicar el sujeto de las ciencias humanas. Los individuos actúan en dramas y en comedias. Ejecutan un papel en la obra, pero también improvisan en el escenario. La sociedad se presenta al actor como precaria, incierta e impredecible. Al mismo tiempo, las instituciones de la sociedad nos restringen y canalizan nuestra conducta. En gran medida, todo esto suena como la manera económica de pensar bajo la influencia de Mises, Hayek, Lachmann, Kirzner y Lavoie. Así debe ser, porque también encuentra raíces en la sociología de la *verstehen* de Weber, y sus métodos de procedimiento científico representan la ciencia positiva social antes que el positivismo. —En forma explícita, los fines son tratados como dados y el análisis se limita a la eficacia de los medios escogidos, en términos de la satisfacción de tales fines—.

Mayer nació en Austria, pero no es un economista de la escuela austriaca. Es un macroeconomista bastante convencional, entrenado a mediados del siglo. No obstante, posee una sensibilidad nada común sobre cuestiones metodológicas y filosóficas. Mayer rechaza el positivismo ingenuo y las dificultades que el proyecto empírico en economía debe confrontar[297]. Por otra parte, es un gran defensor de la economía empírica meticulosa y del análisis estadístico especialmente sofisticado. Sin embargo, cree que los esfuerzos para demarcar la ciencia entre otras formas de conocimiento humano no han sido exitosos. Argumenta que la búsqueda de un criterio de demarcación puede ser fútil. No hay forma confiable para trazar la línea entre la ciencia y la no ciencia, pero podemos distinguir entre sagacidad y ausencia de sagacidad. Mayer adopta las distinciones del idioma alemán entre sujetos

como las humanidades, las ciencias naturales y las ciencias sociales. El estudio disciplinado de un área del conocimiento humano —*Wissenschaft*— se modifica y se convierte en *Naturwissenschaften* o *Sozialwissenschaften*, mientras obtenemos los únicos puntos de demarcación que humildemente podemos alcanzar. El pensamiento científico progresa cuando quienes lo practicamos somos capaces de evaluar los argumentos y la evidencia de manera desinteresada, y aceptamos abandonar creencias previas cuando la lógica y la evidencia nos persuaden en sentido diferente y, "en general, estamos más interesados en establecer la verdad que en construir reputaciones"[298].

Berger utiliza el persuasivo argumento de que, si adoptamos el camino humanista en el pensamiento social, los estudiantes y los practicantes de la disciplina que estén convencidos del enfoque deben mantener comunicación constante con otras disciplinas que exploran la condición humana. En su invitación, Berger ignora la economía, y hace lo correcto, porque la economía que se practica en la década de los 60 es la economía técnica de los libros de texto: el hombre maximizador y la competencia perfecta en microeconomía, o los ejercicios mecánicos de control social, con el keynesianismo hidráulico del manejo de la demanda agregada en macroeconomía. Simplemente, nada muy humano hay en estos ejercicios intelectuales. De hecho, este estilo de economía se alinea de manera agradable con la perspectiva puramente externa de algunas formas de funcionalismo y, como tal, purga completamente del análisis al actor humano, sus propósitos y sus planes. Pero Berger menciona la filosofía y la historia como las disciplinas más importantes para mantener al teórico social conectado con el humanismo[299]. Para quienes critican el formalismo y el positivismo en economía, las mismas disciplinas son llamadas para mantener al economista humanista atado a la preocupación por la condición humana.

Seducciones mutuas

Como lo hemos mencionado, la invitación a la sociología de Berger tiene una historia curiosa. En términos de ventas, el libro ha tenido un éxito extraordinario. En términos de la crítica recibida de sus colegas, el éxito ha sido menor. El motivo de esta paradoja es simple. Berger ofrece una crítica

chocante del enfoque sociológico que domina en el medio académico en la época de su publicación y en la época actual. Sin embargo, como Berger señala, si se ha de practicar una sociología más humanista, deberá practicarse en la academia.

Berger entusiasma a sus lectores, informándoles de que deben ser curiosos y "… una persona intensivamente, permanentemente, desvergonzadamente interesada en los actos de los hombres"[300]. El sociólogo debe estar dispuesto a estudiar al hombre en "todos los lugares de congregación humana del mundo, en todos los sitios en los que los hombres se reúnen". Y "su interés intenso permanece en el mundo de los hombres, sus instituciones, su historia, sus pasiones". El sociólogo no solo debe inclinarse a comprender al hombre en "momentos de tragedia y esplendor y éxtasis", sino también debe estar "fascinado por lo común y lo cotidiano".

He argumentado que *Invitation to Sociology* de Berger tiene muchas similitudes impactantes con *Invitation to Economics* de Mayer. En ambos libros se intenta seducir al lector mediante una combinación de irreverencia crítica y de aprecio sorprendente del misterio de nuestra existencia mundana. El ser humano con sus propósitos y sus planes, sus fobias y sus temores, está en el centro de ambas invitaciones. Las instituciones de la sociedad nos definen y son moldeadas por nosotros en las historias ofrecidas por Berger y Mayer. Los individuos dinámicos rompen el candado de la estructura social: el carismático en la sociedad, el empresario en la economía. La noción del juego —en sus numerosos y diferentes significados— y las reglas que definen el área del juego aparecen en ambas invitaciones. Para nuestro propósito presente, el tema central del juego es el ordenamiento espontáneo de la sociedad: la sociabilidad en la forma de identidad, las asociaciones y la comunidad en la historia de Berger; las empresas, las organizaciones y los sistemas de comercio en la de Mayer. La ley de consecuencias no intencionadas es una de las ideas clave ofrecidas a los lectores de ambas invitaciones, como instrumento crítico del razonamiento y de la comprensión social.

Recientemente, Jon Elster describió a Tocqueville como uno de los primeros pensadores sociales importantes[301]. El mismo año, Richard Swedberg publicó un libro en el que describe la economía política de Tocqueville[302]. En otro libro publicado recientemente, Dragos Aligica y yo

recogemos la meditación de Vincent Ostrom sobre Tocqueville y la democracia, y elaboramos el proyecto moderno de la ciencia de asociación y el desarrollo de la gente bien preparada para aceptar "los problemas de pensamiento y el cuidado de vivir"[303]. Pero, de hecho, Berger nos derrota —con excepción de las referencias a Tocqueville, por supuesto— cuando concluye que puede aprenderse mucho sobre la sociedad con la metáfora de un teatro de marionetas. La lógica de la situación se hace aguda en ese teatro y podemos vernos en esa obra. La percepción pura y externa hasta puede conducirnos a pensar en nosotros mismos como marionetas, bailando en la punta de sus cordones. "Pero entonces captamos la diferencia decisiva entre el teatro de las marionetas y nuestra propia obra. A diferencia de las marionetas, tenemos la posibilidad de detener nuestros movimientos, cuando miramos hacia arriba y percibimos la maquinaria que ha producido nuestros movimientos. En este acto se establece el primer paso hacia la libertad. Y en este mismo acto encontramos la justificación definitiva de la sociología como disciplina humanista[304].

Sugiero que Peter Berger demostró, a través de su obra, el seductor proyecto intelectual del análisis del orden espontáneo: la estructura crítica de la mente que puede resultar del examen de la sociabilidad, como producto de la acción humana, pero no del diseño humano. También forjó el nexo indispensable entre el proyecto humanista en la sociología y la comprensión de la libertad del individuo en la sociedad. Si nuestros métodos nos vuelven ciegos y sordos frente a lo cómico de la sociedad humana, también nos distancian de la comprensión verdadera de la condición humana. Peter Berger peleó constantemente, y sigue peleando, para que podamos ver cómo vive un ser humano, y para que podamos escuchar a un individuo que cuente, en toda su gloria o en toda su ridiculez, la historia de un actor humano libre en el desarrollo del drama —y de la comedia— que constituyen nuestro mundo social.

Capítulo 14

¿Tenía razón Mises?

Introducción

La metodología única de la Escuela Austriaca la distingue del resto de la profesión económica. El subjetivismo metodológico, la incertidumbre radical, y la noción del mercado como un proceso se citan con frecuencia como características propias del método austriaco[305]. Por su estatus controversial, el *apriorismo metodológico* es citado con menos frecuencia en la literatura moderna. De hecho, a lo largo de la historia de la Escuela Austriaca, muchos de sus seguidores han intentado distanciarse de las leyes exactas de Menger y del apriorismo de Mises, pero construyendo al mismo tiempo sobre las ideas de ambos pensadores. Varios de los estudiantes de Mises en Viena —por ejemplo, Fritz Machlup— intentaron cumplir con este doble enfoque[306]. Pero para los economistas austriacos entrenados por Mises durante sus años en la Universidad de Nueva York (1944-1969), como Murray Rothbard, la adhesión al apriorismo metodológico es la característica distintiva de la Escuela Austriaca, y las alternativas metodológicas son interpretadas como posturas que debilitan el fuerte aserto de Mises sobre la naturaleza del razonamiento económico[307].

Durante mucho tiempo, la posición austriaca se ha asociado con una bifurcación del conocimiento: método deductivo versus método histórico, apriorismo versus positivismo, etcétera. Estimamos que estas divisiones no captan la posición sutil desarrollada por Menger, Böhm-Bawerk y Mises en su intención de moldear una posición única en relación con las ciencias humanas. Para la mayoría de los economistas, la economía era una ciencia situada entre las ciencias naturales y la disciplina cultural de la historia. Para estos austriacos, sin embargo, la economía era una ciencia humana, de la que podían derivar leyes con igual estatus ontológico que las leyes derivadas de las ciencias naturales, pero tomando en cuenta la complejidad de la experiencia humana. La postura austriaca no surgió con Mises. Él la heredó de Menger y Böhm-Bawerk, y se esforzó por brindar una defensa filosófica

de esa posición[308].

Mientras Menger y Mises recurrieron a la argumentación epistemológica, Böhm-Bawerk hizo valer su argumento en términos más sencillos[309]. Aquí el método deductivo se justifica, porque en el acto de barajar el conjunto de hechos históricos para construir una descripción con sentido, el historiador debe basarse en algún criterio de prioridad. Según Böhm-Bawerk, los criterios se originan en la teoría. El propósito de la teoría consiste en colaborar con la investigación histórica, no en oponerse a ella. Este fue —y es todavía— el argumento austriaco. Böhm-Bawerk desarrolló un argumento en que el progreso del conocimiento humano en la disciplina de la economía política no es resultado de deducción pura, ni inducción empírica, sino una mezcla de ambas cosas.

Sobre esta base, nosotros proponemos una división tripartita de la investigación económica: la teoría pura, la teoría institucionalmente contingente y la historia económica con análisis estadístico. Cada segmento de la investigación sirve a propósitos diferentes y las presunciones de conocimiento hechas en cada una constituyen momentos epistemológicos diferentes[310]. Así como debemos reconocer el componente empírico de la investigación económica, también debemos reconocer la importancia de la teoría pura que se construye a partir de deducción lógica.

En una ciencia dominada por lo que muchos han llamado “la envidia de la física”, los escritores de la Escuela Austriaca que han insistido en la naturaleza apriorística de la economía pura han soportado a menudo una marginalización mayor que los economistas profesionales que se han distanciado del enfoque apriorístico. Afirmamos que es un error grave, nacido de la confusión sobre las diferentes áreas del conocimiento que constituyen la investigación económica.

En este capítulo se explora el apriorismo metodológico como fue presentado por su defensor más reconocido, Ludwig von Mises. Su postura es filosóficamente más sofisticada que lo que tanto amigos como enemigos han podido reconocer. La postura de Mises se entiende como implantada en los problemas prácticos de la investigación económica y en un enfoque de sentido común de los problemas que hemos atribuido a Böhm-Bawerk. Sostenemos que resulta evidente cómo Mises fue influido por la filosofía de Emanuel Kant para justificar la teoría pura y también para demostrar que la

aplicación del concepto de Mises a la ciencia de la economía es un movimiento que viene de más allá de Kant. Específicamente, afirmamos que la construcción de Mises sobre estos desarrollos descartó la dicotomía tradicional analítica/sintética. Ambos enfoques revelaban con éxito lo ilegítimo del positivismo. Ambos defendían la importancia empírica de las "meras tautologías" en la ciencia económica. Finalmente, discutiremos la importancia que tiene para la ciencia económica moderna la posición metodológica de Mises.

Kant sobre el apriorismo

La idea de lo sintético *a priori* se conecta notoriamente con la obra de Emanuel Kant, *Critique of Pure Reason*[311]. Sobre la distinción entre la apariencia de las cosas y las cosas en sí mismas, Kant argumentaba que la deducción trascendental de conceptos es el ejercicio intelectual más importante para nuestra comprensión. La cognición humana puede ser dividida entre los conceptos que llegamos a comprender independientemente de la experiencia y los que llegamos a comprender únicamente por medio de la experiencia. Kant argumentaba que el problema que se desarrolla en la comprensión del hombre es cómo nuestras condiciones subjetivas de pensamiento pueden obtener validez objetiva. Insistía en que este problema se resolvía mediante la deducción trascendental.

Kant opinaba que el racionalismo extremo de filósofos como Leibnitz, Wolff y Baumgarten era un error. Por sí misma, la razón nada puede enseñarnos sobre el mundo real. Sin los datos de la experiencia, la lógica pura está perdida y no puede proporcionarnos información sobre la realidad en que vivimos. En forma similar, el empirismo de Locke, Berkeley, Hume y otros también era incorrecto. Los hechos del mundo nunca son presentados a la mente *tamquam tabula rasa.* Solamente pueden ser comprendidos con la ayuda de conceptos que existen en nuestra mente antes de la experiencia. En respuesta a ambos conceptos —el racionalismo puro y el empirismo puro— Kant desarrolla la noción de una clase de conocimiento presente en la mente de los individuos sin conocimientos *a priori*, pero capaces de conocer información sobre el mundo real.

Kant afirmaba que los axiomas *a priori*, conocidos por nosotros

independientemente de la experiencia, están implantados como categorías de la mente humana. Estos conceptos *a priori* son necesarios para usar la facultad humana del juicio con el fin de comprender los eventos del mundo. De hecho, la comprensión del mundo es imposible, salvo por medio de estas categorías que nos habilitan para dar sentido a nuestras experiencias. Según Kant, entonces, nuestra comprensión de la realidad objetiva tiene validez objetiva mediante el uso de conceptos conocidos *a priori*. En la base de todo conocimiento empírico están los conceptos *a priori*, sin los cuales la validez objetiva nos sería negada. Como argumentaba Kant, no derivamos conceptos de la naturaleza, pero interrogamos a la naturaleza con la ayuda de tales conceptos. Sostenía que a través de la introspección somos capaces de darnos cuenta de lo que nuestras mentes ya saben, y podemos llegar a descubrir las categorías *a priori* que moldean nuestros pensamientos y nuestras percepciones del mundo[312].

Este breve y elemental resumen de la postura de Kant no pretende ser completo y, por supuesto, no hace justicia a las variadas y complicadas sutilezas de su filosofía. Solamente se pretende ofrecer con él un simple bosquejo de la epistemología de Kant, como medio para analizar el contexto en el que Mises desarrolla su posición sobre la naturaleza de la ciencia económica: esa tarea la emprenderemos en las páginas siguientes.

En forma similar, a veces se afirma que el argumento de Kant fue motivado por el deseo de proporcionar un fundamento metafísico a la ciencia de Newton. No tenemos especial interés en este asunto. Tampoco tenemos comentarios sobre si fue un esfuerzo para legitimar la ciencia, pero al mismo tiempo dejarle espacio a la moralidad y a la fe religiosa. Nuestro enfoque primordial es conocer la influencia de Kant en la argumentación de Mises sobre la naturaleza del pensamiento económico. Kant desarrolló su argumento sobre la acción humana con referencia a la discusión de Locke sobre cómo la creencia impulsa la acción. Locke argumentaba que nuestra comprensión de la acción humana surge solamente de nuestra experiencia con la naturaleza. Mientras Kant admite que el estudio empírico puede permitirnos comprender la causalidad ocasional a través de la cual se aplican las categorías puras y las formas de intuición, argumenta sobre la naturaleza estrictamente *a priori* de estas categorías. Este enfoque sobre las categorías *a priori* de la acción humana ocupará la atención filosófica de Mises.

Mises y la naturaleza de la ciencia económica

Durante la mayor parte de su carrera, Mises estuvo en una posición metodológica incómoda[313]. Como economista de idioma alemán, su educación había sido dominada por el historicismo. Como intelectual vienés, comenzó a madurar como pensador bajo la influencia de la cultura filosófica de Wittgenstein y del Círculo de Viena. Cuando publicó su primer testimonio importante sobre visiones metodológicas, el positivismo lógico comenzaba a difundirse por la ciencia económica[314]. Como lo veía Mises, el positivismo lógico negaba la existencia del conocimiento *a priori* y rechazaba todas las formas no empíricas de análisis[315]. Según esta visión, si la economía ha de progresar como ciencia, si es una ciencia, debe seguir los métodos de falsabilidad usados en las ciencias físicas[316]. Los positivistas afirman que la verdad sobre el mundo solamente es accesible por la experiencia. La objetividad estéril que demanda la verdad no puede permitir que la polucionen los "no hechos". Por lo tanto, el programa positivista apuntaba a purgar la influencia subjetiva de los hechos puros del mundo. Afirmaba que la realidad, inmaculada frente a las preconcepciones de los científicos, solamente podría alcanzarse por el método científico. Según esta visión, la postura libre de juicios de valor es enteramente inherente al proceso en el sentido de que la verdad objetiva resulta de la aplicación del proceso científico[317]. Si bien es posible no estar de acuerdo con esta formulación del positivismo lógico, así lo concebía Mises y es esta concepción la que nos preocupa[318].

Mises desarrolló su argumento sobre el apriorismo metodológico en contra de la visión del positivismo y también en contra de los historicistas alemanes de la generación anterior, como Gustav Schmoller, y más tarde del alumno de Schmoller, Werner Sombart. Mises señaló que los programas positivistas e historicistas estaban fatalmente equivocados desde su concepción, por no apreciar la necesaria naturaleza cargada de teoría de todos los "hechos"[319].

Esta visión no es nueva para Mises, sino que fue señalada por Goethe cuando afirmó: "todo lo que existe en el mundo de los hechos es ya una teoría"[320]. Mises usó una versión de este argumento cuando afirmó que los

empiristas son “capaces de creer que los hechos pueden ser comprendidos sin teoría alguna, porque no han reconocido que una teoría está ya contenida en los términos lingüísticos involucrados en todo acto de pensamiento. Aplicar el lenguaje a cualquier cosa, con sus palabras y sus conceptos, significa enfocarlo simultáneamente con una teoría[321]. Nunca se elige entre la teoría y la no teoría. La elección se da entre una teoría articulada y defendible, y otra inarticulada e indefendible.

La inevitabilidad de la carga teórica de los hechos resulta en un imposible proceso libre de juicios de valor, como el pretendido por los positivistas. Si se requieren hechos “puros” para lograr objetividad, entonces la objetividad es imposible. Según Mises, la objetividad en las ciencias sociales estaba asegurada por la restricción del análisis para evaluar la efectividad de los medios escogidos para fines dados. El subjetivismo radical de Mises con respecto a los fines que los individuos persiguen permitió la objetividad del análisis económico.

Para Mises, la naturaleza cargada de teoría de los “hechos de las ciencias sociales” implica que debemos luchar para articular la teoría y defenderla de manera clara y lógica. Pero esto no significa que la teoría sea inmune a la crítica. El economista “jamás puede estar absolutamente seguro de que sus investigaciones no hayan sido desviadas y de que lo que considera la verdad certera no sea un error. Lo único que puede hacer es someter sus teorías, una y otra vez, al más crítico análisis”[322]. Tampoco niega esto la importancia fundamental del esfuerzo empírico para comprender el mundo social. De hecho, en el sistema de Mises, el propósito completo de la teoría era colaborar con la interpretación histórica. Dividió las áreas del conocimiento entre concepción (teoría) y comprensión (historia) basado en las materias separadas de la epistemología relacionadas con ambas categorías[323]. Aunque con frecuencia esta postura es ignorada por sus críticos, queda claro que en los escritos de Mises esa comprensión histórica era el objetivo vital hacia el que la construcción teórica de la economía debía ser usada. La teoría económica era el asistente del trabajo empírico. La teoría *a priori* y la interpretación de los fenómenos históricos están entrelazadas[324].

Mises hizo otra crítica de los positivistas lógicos, que capitaneaban el monismo metodológico en las ciencias. Manifestó que lo que distingue a la

economía de otras ciencias es que nuestra ciencia se ocupa de actores conscientes. A diferencia del sujeto de las ciencias físicas, los sujetos del estudio económico son agentes conscientes y racionales con ciertos deseos y ciertas creencias sobre cómo satisfacer sus aspiraciones. En las ciencias físicas las causas definitivas de la "conducta" de la materia nunca serán conocidas. Esta relación deriva de la relación entre el científico de la física y su sujeto de estudio, relación radicalmente diferente en el caso de los científicos sociales y sus sujetos de estudio.

El físico debe ser un observador fuera del sujeto. Nunca puede "meterse" al objeto de su investigación y nunca puede tener conocimiento directo e íntimo del origen de las propiedades primarias del sujeto. Al observar repetidamente el objeto de su investigación, externamente y en condiciones variables, el físico procura aproximarse a él. Este proceso puede acercarlo, pero su estatus inalterable de observador externo le impide, para siempre, tener conocimiento final de la causa última del sujeto[325].

El científico social se encuentra en una posición relativamente mejor. Como ser humano, es él mismo sujeto de estudio. Esta posición afortunada le permite "introducirse en la mente del sujeto". Por lo tanto, en las ciencias sociales, el científico *comienza* con conocimiento de las causas últimas que impulsan la conducta del sujeto. Y es en este sentido como el científico social está en mejor posición para el estudio de su campo que el físico en términos de comprender la *causalidad.* Esta comparación entre la relación del físico con el sujeto de su investigación y la relación del científico social con el sujeto de su investigación sugiere una diferencia fundamental en el estatus epistemológico de sus visiones respectivas e implica un dualismo metodológico en el área de la ciencia.

Nuestra comprensión del mundo natural mejoró tremendamente cuando las explicaciones de los fenómenos físicos por la vía de los "propósitos" fueron sustituidos por explicaciones que analizaban las leyes físicas de la naturaleza. Las explicaciones que invocaban los caprichos de los dioses para dilucidar, por ejemplo, el cambio de las estaciones climáticas fueron reemplazadas por la noción de la rotación de la tierra alrededor del sol. La purga del antropomorfismo en las ciencias naturales condujo al avance del conocimiento del universo físico. Pero como Mises reconoció, al intentar imitar las ciencias naturales, si purgamos los propósitos y los planes humanos

de las ciencias humanas, purgamos a nuestro sujeto de estudio[326]. Mises argumentaba que "La realidad praxeológica no es el universo físico, sino la reacción consciente del hombre con el estado dado de este universo. La economía no es sobre cosas y objetos de material tangible. Es sobre los hombres, sus significados y sus acciones. Los bienes, la producción, la riqueza y toda las demás nociones de conducta no son elementos de la naturaleza. Son elementos de significado humano y conducta humana"[327].

Además, Mises argumentaba que, en contraste con las ciencias naturales, no hay relaciones constantes en la acción humana. Por lo tanto, ninguna ley cuantitativa universalmente válida es posible en la esfera de los asuntos humanos. Entre las afirmaciones del monismo metodológico por un lado y el historicismo por el otro, Mises buscó labrar una posición para la ciencia de la acción humana: que concordara con los críticos culturales del monismo metodológico en que las ciencias humanas son únicas, pero que resistiera la implicación de esos críticos en el sentido de que no hay leyes nomológicas posibles en la esfera humana. La posición de Mises era que, si bien la ciencia de la acción humana (praxeología) difiere de las ciencias naturales por las razones enunciadas antes, genera igualmente leyes nomológicas que tienen la misma importancia ontológica que las leyes de las ciencias naturales.

El estatus epistemológico de la economía debía ser diferente por la naturaleza del sujeto de estudio, pero el descubrimiento científico y los avances eran posibles. No podían derivarse leyes cuantitativas, pero sí podían derivarse contrapartes cuantitativas, esenciales de hecho para comprender la realidad social y la política pública.

> La experiencia con la que las ciencias de la acción humana deben operar es siempre una experiencia de fenómenos complejos. Ningún experimento de laboratorio puede organizarse en relación con la acción humana. Nunca estamos en una posición de observadores del cambio en un elemento, salvo que todas las demás condiciones del evento sean iguales al caso en el que el elemento concerniente no cambió[328].

No podemos, entonces, "manteniendo constante el resto del mundo", cambiar un precio para determinar su relación con la cantidad, como lo requiere el método científico difundido por los positivistas[329]. Pero esto no significa que no podamos comprender la relación entre el precio y la cantidad

demandada. Podemos obtener patrones de predicciones (*pattern predictions*) o explicaciones del principio, aunque no podamos hacer predicciones puntuales sujetas a refutación. Mises nos dice que estas diferencias fundamentales entre las ciencias físicas y las ciencias humanas requieren que seamos dualistas metodológicos.

El dualismo metodológico de Mises estableció el marco de su apriorismo. Si los historicistas están equivocados, y las leyes económicas son de hecho evidentes y pueden ser comprendidas mediante investigación científica, ¿qué debe seguir? Y si los positivistas están equivocados y los métodos de las ciencias naturales no son apropiados para elaborar las leyes de la economía, ¿qué método deben seguir los economistas? En respuesta a estas preguntas, Mises, lo mismo que Kant, utiliza esta noción: a) axiomas *a priori* y categorías lógicas de la mente humana, b) conocidos por los individuos a través del proceso de introspección, c) que actúan como una herramienta para comprender el mundo. Después aplica esta idea a la ciencia de la economía.

Según Mises, nuestra naturaleza de actores —seres que actúan deliberadamente— es conocida a través de la introspección. La reflexión sobre lo que significa ser humano revela que la conducta deliberada es la característica primaria que nos distingue. Este conocimiento es apriorístico. No adquirimos conciencia de nuestras características únicamente humanas mediante la experiencia, porque de hecho no podemos "experimentar" sin un propósito. Por lo tanto, "el hombre no tiene el poder creativo para imaginar categorías variables" con la categoría de la acción[330]. Al tomar la acción como el punto de partida de toda la teoría económica, Mises ancla la lógica de la escogencia en la más amplia lógica de la acción, a la que llama praxeología.

Durante el desarrollo de su argumento, Mises va más allá de Kant. Los críticos de la noción de lo sintético *a priori* temían que esa visión abriera la puerta a cualquier conjunto de teorías. Según estos críticos, con la postulación arbitraria de cualquier axioma dado como apriorístico, se puede llegar a cualquier cantidad de conclusiones erróneas. Una crítica relacionada establece que, aunque pudiéramos estar de acuerdo sobre cuáles son los axiomas verdaderamente conocidos *a priori*, ¿cómo vamos a escoger entre los axiomas que han de usarse cuando diferentes axiomas ofrecen resultados diferentes o contradictorios?

En respuesta a las críticas sobre la selección supuestamente arbitraria de los axiomas de arranque, Mises argumentaba que el procedimiento deductivo no comienza con una escogencia arbitraria de axiomas, sino con una reflexión sobre la esencia de la acción humana: "El punto de arranque de la praxeología no es una escogencia de axiomas y una decisión sobre los métodos de procedimiento, sino una reflexión sobre la esencia de la acción"[331]. En nuestros esfuerzos para comprender la realidad *no escogemos* el axioma con el que deseamos empezar. El axioma es *escogido para nosotros* por el mundo en que vivimos. En cierto modo, el axioma de la acción nos es impuesto a nosotros por el mundo. Como el "filtro" con el que damos sentido a lo que nos rodea, necesariamente debemos iniciar nuestra comprensión de los procesos con el concepto de acción deliberada. Es el único medio disponible para nosotros para este fin, ya que no podemos evitar ver el mundo a través de los "lentes" condicionados por la estructura ineludible de nuestras mentes. Si deseamos colocar la economía en la realidad del mundo —afirmaba Mises—, no tenemos otra opción que comenzar con el axioma de la acción. Ningún otro punto de partida puede ofrecer una teoría que ilumine la conducta de los individuos reales.

Es cierto que la teoría económica podría comenzar con otro axioma y las leyes deducidas serían válidas, si no hubiera errores en el proceso de deducción y si los supuestos correspondieran a las circunstancias reales. Pero, para Mises, la economía es tanto apriorística como interesada en derramar luz sobre los eventos del mundo real. El axioma inicial debe conocerse sin referencia a la experiencia y estar conectado fundamentalmente con el mundo humano. El axioma de la acción encaja con estas dos descripciones. En contraste, el mundo del equilibrio competitivo de Arrow-Hahn-Debreu se deriva *a priori*, pero Mises lo descarta porque, a diferencia de la teoría deducida del axioma de la acción, permanece ampliamente desconectado del mundo real[332].

Como Kant, Mises sugiere que la acción implica ciertos prerrequisitos de acción: categorías de la mente que también son conocidas *a priori*. Enumera seis categorías, sin las que la acción deliberada es imposible: temporalidad, causalidad, incertidumbre, insatisfacción, un estado de cosas imaginado y preferido, y creencias o expectativas sobre los medios disponibles para satisfacer los deseos.

Al examinar la naturaleza *a priori* de estas categorías lógicas, en *Human Action* y en *Ultimate Foundation*, Mises ofrece una historia especulativa sobre la forma en que evolucionaron como parte de la mente humana. Según Mises, las categorías *a priori* evolucionaron con los humanos de una manera evolutiva, tipo Darwin. Contamos hoy las categorías de la mente, y las tenemos precisamente porque son más aptas para impartirnos información correcta y necesaria con el fin de sobrevivir en el mundo real. Las categorías están sujetas a evolución futura y las variaciones aprobadas nos permiten comprender mejor el mundo y la realidad subyacente de los cambios que se dan en el mundo. Este hipotético proceso de evolución ayuda a explicar la conexión necesaria del punto inicial de la acción y las categorías que implica para el mundo real. Si no estuvieran conectadas con el mundo de esta manera, los humanos que las poseen no podrían haber evolucionado como lo hicieron. Hay un proceso mutuamente interactivo entre nuestras mentes y el mundo, que constituye un círculo virtuoso entre la evolución de nuestras categorías mentales *a priori* —que determinan el mundo que experimentamos— y la realidad del mundo —que condiciona nuestra manera de pensar y de comprender la realidad—.

La importante obra de Barry Smith defiende el "apriorismo extremo y *falible*", basada en la existencia de "estructuras *a priori*" en el propio mundo[333]. Distingue entre el "apriorismo impositivo", subjetivista en su enfoque, y afirma que los actores individuales imponen estructuras al mundo que incrementan el conocimiento y el apriorismo reflexivo, al tiempo que sostiene que "podemos tener conocimiento *a priori* de lo que existe, independientemente de todas las imposiciones o inscripciones de la mente, como resultado de que ciertas estructuras en el mundo ostentan cierto grado de inteligibilidad en sí mismas"[334].

Smith ve a Mises como la variedad del subjetivista o "impositivista". Nuestro argumento no coloca a Mises en ninguno de esos dos campos o, para ser más exactos, vemos que Mises tiene un pie en cada campo. Discutimos antes que, como Kant, Mises creía firmemente en las categorías lógicas de la mente que los actores usan para comprender el mundo. Era absolutamente subjetivista en este sentido. Como lo expresó Mises, "quien quiera involucrarse con la economía no debe mirar al mundo externo. Debe buscarla en el significado de los hombres que actúan"[335].

Por otra parte, Mises condiciona la explicación evolutiva de cómo emergen estas categorías sobre la realidad del mundo y sugiere una mirada "reflexiva", dado que el conocimiento *a priori* evoluciona a través del tiempo con la evolución de las categorías mentales de los individuos. En este sentido, hay un elemento que Smith considera imperfecto en el concepto de Mises sobre el conocimiento *a priori*. Este concepto de Mises, aunque "verdadero" en el caso de los hombres que actúan en el presente, en última instancia puede revelarse equivocado —inconsistente con la realidad objetiva— en relación con los desarrollos adicionales en la evolución de la mente del hombre.

Mises sostiene que podemos deducir la lógica pura de la escogencia de estas categorías implicadas en el axioma de la acción. Las teorías a las que se arriba, dado que representan la elucidación y el análisis pormenorizado de las implicancias del hecho de que el hombre actúa, "son como las de la lógica y las de las matemáticas *a priori*"[336]. Si no se comete error lógico alguno en el proceso de deducción a partir del axioma de la acción, las teorías a las que se llega son verdaderas *a priori* e incondicionalmente ciertas. Sin embargo, su calidad apriorística no las hace ajenas al mundo real. "Los teoremas logados por razonamiento praxeológico correcto son incondicionalmente certeros e incontestables, como los teoremas matemáticos correctos. Además, se refieren, con la rigurosidad de su certeza apodíctica, a la realidad de la acción como aparece en la vida y en la historia. La praxeología transmite conocimiento exacto y preciso sobre las cosas reales"[337].

Por supuesto, Mises señala que, mientras en principio toda la teoría económica puede ser derivada de esta manera del axioma de la acción, por motivos prácticos limitamos nuestra actividad a dilucidar las teorías atinentes al mundo en que vivimos. Podríamos, por ejemplo, imaginar todos los estados posibles del mundo y desarrollar teorías derivadas lógicamente de las suposiciones establecidas. Si suponemos que no hubo errores en los procesos de deducción, esas teorías describirían correctamente los procesos y los resultados, cuando las suposiciones conjeturadas se mantengan. Por ejemplo, podríamos imaginar un mundo en el que el trabajo no fuera un costo, sino un placer. La teoría del trabajo deducida de esta suposición sería correcta, pero vigente solamente en un mundo en el que el trabajo generara placer. Sin embargo, dado que nuestro propósito es comprender el mundo en el que de hecho vivimos, observamos las condiciones de nuestro mundo —en nuestro

ejemplo, el desagrado que implica el trabajo— y utilizamos este postulado subsidiario y empírico para circunscribir los límites de nuestra teoría[338]. Mises señala que el fin de la ciencia [económica] es conocer la realidad. No es una gimnasia mental o un pasatiempo lógico. Por tanto, la praxeología restringe sus investigaciones al estudio de la acción en aquellas condiciones y de acuerdo con aquellos presupuestos que se dan en la realidad"[339].

El apriorismo de Mises implicó una visión importante respecto a la posibilidad de la ausencia de juicios de valor. La lógica deductiva requerida para examinar las cadenas de eventos económicos debe aceptar siempre los fines como dados. La función del economista es usar la teoría *a priori* para evaluar la eficacia de los medios escogidos, en relación con los fines establecidos. Por lo tanto, el economista nada debe decir sobre los fines, sino que está en la posición de comentar la coherencia de varios medios para alcanzar los fines dados. En palabras de Mises: "Los juicios de valor definitivos y los fines definitivos de la acción humana están dados para cualquier forma de investigación científica. No están sujetos a análisis posterior. La praxeología se ocupa del método y de los medios escogidos para lograr esos fines últimos. Su objetivo son los medios, no los fines"[340]. Por lo tanto, en contraste con la ausencia de juicios de valor de la metodología positivista, la metodología *a priori* es analíticamente carente de juicios de valor[341]. El análisis de medios y fines, a la luz de la ley económica deducida *a priori*, evita tanto el error fatal del positivismo, que no reconoce que todos los hechos están cargados de teoría, como la incorporación de juicios de valor al análisis económico.

Mises explica que el carácter apriorístico de la lógica pura de la escogencia implica que la teoría económica nunca puede ser validada o invalidada. Las leyes de la economía "no están sujetas a verificación o falsificación sobre la base de la experiencia y los hechos"[342]. Los intentos de contrastar empíricamente la teoría económica no solo son fútiles, sino también indican la irracionalidad de los científicos que intentan hacerlo. Esos científicos están en la misma posición que los que creen que pueden validar o invalidar el teorema de Pitágoras, midiendo ángulos rectos en el mundo real. Como las leyes de las matemáticas, las leyes de la economía "son lógica y temporalmente antecedentes a toda comprensión de los hechos históricos[343].

Este hecho, en conjunción con la imposibilidad de realizar experimentos controlados en el mundo real, hace imposible testar empíricamente la teoría económica como los filósofos positivistas de la economía pretenden que deberíamos hacerlo[344].

Los críticos de Mises se apresuran a señalar esto como evidencia de su negación de la importancia del trabajo empírico y del mundo real. Sin embargo, como señalamos antes, aunque es típicamente ignorado, Mises afirma explícitamente que la deducción de la economía *a priori* debe ser un asistente en el examen empírico del mundo. Según la visión de Mises, la explicación histórica institucionalmente contingente de Carl Menger sobre cómo emerge el dinero representa, de hecho, "los principios fundamentales de la praxeología y sus métodos de investigación"[345]. Nos interesa la teoría económica, porque ilumina el mundo que se encuentra del otro lado de la ventana. Los arreglos institucionales del mundo, que enmarcan las reglas que rigen la operación de la lógica de la escogencia en las decisiones humanas, son los elementos fundamentales en los que se enfoca la teoría económica. Por lo tanto, todos los argumentos de Mises, desde la imposibilidad de cálculo económico racional bajo el socialismo hasta el movimiento del ciclo económico, están implantados institucionalmente y son contingentes.

La función de la teoría apriorística en estos análisis es colocar parámetros en las utopías de la gente. Por lo tanto, mientras el análisis de cómo emergió el dinero es necesariamente una investigación empírica de las características institucionales que permitieron, o no permitieron, su surgimiento, la demanda de dinero siempre tendrá pendiente negativa. De esta forma, la teoría *a priori* encierra nuestras posibilidades de conducta y hace posible que examinemos las características reales del mundo empírico. "La teoría y la comprensión de la realidad que vive y cambia no son contrapuestas", sino que disfrutan de una relación simbólica[346]. Visto de esta manera, en lugar de una visión hiperteórica, el apriorismo de Mises es, de hecho, radicalmente empírico[347]. La lógica pura de la escogencia es un componente necesario, pero no suficiente, para la explicación económica.

A los críticos de Mises también les agradaba señalar que, si Mises estaba en lo correcto, la lógica pura de la escogencia es una "mera tautología". Tradicionalmente, la filosofía distingue entre proposiciones analíticas y

sintéticas. Se afirmaba que las primeras eran puramente tautológicas y que las segundas divulgaban información sobre el mundo real. La noción de Kant sobre lo sintético *a priori* —una clase de conocimiento adquirido sin la ayuda de la experiencia que, sin embargo, difunde información sobre el mundo real — destruyó las creencias tradicionales sobre la necesidad de un conocimiento *a priori* como verdades analíticas. Kant aceptó la distinción tradicional de lo analítico y lo sintético, pero argumentó que algunas verdades *a priori*, anteriormente consideradas analíticas podían, de hecho, ser sintéticas. Si bien Mises puede ser considerado como seguidor de Kant, en última instancia se adelanta a Kant rechazando completamente la distinción tradicional de lo analítico y lo sintético.

Según Mises, es cierto que, como las leyes de la geometría, la lógica pura de la escogencia es enteramente tautológica. Sin embargo, estas "meras tautologías" tienen un significado empírico increíble. ¿Quién negaría, por ejemplo, que las proposiciones *a priori* de la geometría son aplicables al mundo real? Todas las estructuras arquitectónicas, desde puentes a edificios, se apoyan en estas proposiciones tautológicas para ser construidas correctamente. De forma similar, en economía, por ejemplo, dependemos de la ley de la demanda —que es tautológica— con el fin de analizar la coherencia de varios medios para alcanzar varios fines. Que la observación no pueda falsear esta ley no significa que la ley sea empíricamente irrelevante. Como todas las proposiciones *a priori* derivadas del axioma de la acción, esta relación es extremadamente adecuada empíricamente. De hecho, sin ella seríamos totalmente incapaces de comprender cómo funciona la economía. La aplicación al mundo real de las leyes *a priori* de la economía genera proposiciones empíricas e institucionalmente contingentes sobre la realidad económica. Por lo tanto, señala Mises, las tautologías deducidas de un axioma inextricablemente ligado al mundo real no son un vicio. Al contrario, son las construcciones mentales indispensables que hacen posible que nosotros comprendamos el mundo real.

La importancia de la posición de Mises para la economía moderna

Las posiciones radicales de Mises sobre la metodología y la epistemología

han sido fuente de críticas considerables. Con el crecimiento del positivismo y del empirismo, el deseo de incorporar los métodos de las ciencias físicas a las ciencias sociales ha demostrado ser demasiado poderoso frente a la resistencia de la profesión de la economía. Economistas influyentes como Paul Samuelson y Milton Friedman argumentaron que, para que la economía tuviera el estatus de ciencia "verdadera", necesitaba adoptar una postura formalista y cuantitativa. Otros, como T. W. Hutchinson, luchaban por un método puramente positivista. Con el paso del tiempo, la tentación de la elegancia matemática y el deseo de un poder de predicción preciso atrajeron los corazones de la mayoría de los economistas. Como consecuencia, Mises fue visto por muchos como fuera del ritmo del tiempo. Esto condujo a Mark Blaug, famoso historiador del pensamiento económico y especialista en metodología, a desacreditar la posición metodológica de Mises por "dogmática e idiosincrática".

Sin embargo, vale la pena recordar que por muchos años, un apriorismo metodológico, más o menos como el descrito por Mises, fue común entre los economistas. De hecho, durante bastante tiempo, un método deductivo de "sentido común" era la forma de practicar la economía. Según Mises, "no afirmamos que la ciencia teórica de la acción humana *debe* ser apriorística, sino que es apriorística y siempre lo ha sido"[348]. Nassau Senior, Destutt de Tracy, J. B. Say, John Cairnes, Carl Menger, Lionel Robbins, Frank Knight y muchos otros fueron apriorísticos de una clase o de otra. Estos escritores sostienen que los teoremas económicos derivan de axiomas "autoevidentes". Lejos de haber perdido el ritmo, era esta la manera como la teorización económica se concretaba en manos de los economistas clásicos y neoclásicos durante más de cien años.

Desde esa época, sin embargo, la economía ha realizado varios giros en su método preferido para la investigación económica[349]. En oposición a la posición metodológica de Mises, en la década de los 50 la profesión económica adoptó los "modelos y las medidas" como un mantra. Con el desarrollo posterior de la teoría de los juegos y la introducción del teorema de Folk, la posibilidad de un número infinito de equilibrios condujo a la aparición de una clase de historicismo formalista que usaba herramientas formales para describir fenómenos económicos exclusivos. Ambos métodos tenían en común el rechazo implícito de la metodología económica respetada

por los economistas clásicos, como fue descrita y defendida por Mises. Inadvertidamente, ese rechazo purgó el elemento particularmente humano de la ciencia económica.

Porque comenzó con el axioma de la acción, el apriorismo de Mises movió necesariamente el elemento humano al frente del análisis económico. Las categorías lógicas implicadas en el axioma de la acción ponían el acento en el tiempo, la incertidumbre y el cambio, en el proceso de la intención de una persona de seguir sus propios fines. En ausencia de este método *a priori*, se pierde la importancia de las condiciones del mundo real que los actores —hombres y mujeres— afrontan. En su lugar quedan hombres y mujeres sustituidos por máquinas, operando en un entorno estéril, caracterizado por condiciones ideales que no reflejan la realidad.

Demandas recientes de nuevos métodos empíricos de investigación ilustran la bancarrota del método no apriorístico. Irónicamente, el apriorismo radical de Mises proporciona la respuesta a este problema empírico creciente. Como implícitamente afirma el método de Mises, la comprensión económica aumenta cuando se enmarcan las preguntas en términos de lo particular, pero se analizan en términos de la lógica de la escogencia. Interpretar lo particular por la vía de lo universal genera la *narrativa analítica*, que lleva a quien toma las decisiones en el mundo real de regreso a la primera plana del análisis económico[350]. La narrativa analítica convierte la lógica pura de la escogencia deducida *a priori* en la sirvienta de la investigación etnográfica enfocada institucionalmente. Al tomar algo prestado de la sociología y de la antropología, la economía puede usar encuestas, entrevistas y técnicas de observación de los participantes, para acumular conocimiento empírico nuevo de los sujetos (la narrativa), lo que debe analizarse a la luz de la teoría de la escogencia racional *a priori* (la analítica). Esto lleva a investigaciones analíticas rigurosas, ricas institucionalmente. Esta metodología de investigación emerge del único enfoque metodológico de Mises para la ciencia económica, que ofrece la salida de los problemas generados por el acercamiento empírico/positivista a las cuestiones económicas.

Conclusión

Hemos argumentado que la posición metodológica de Mises era una teoría de

avanzada para su época. Su enfoque sobre los fines dados y el análisis de los medios para llegar a esos fines nos proporcionan una noción alternativa y anterior al positivismo del concepto "libre de juicios de valor". Sus claras expresiones explican cómo la carga de teoría de los hechos destruye toda noción de *test* empírico y ambiguo del desarrollo anticipado en la filosofía postpositivista, pero no cae en el abismo epistemológico del posmodernismo. Finalmente, su enfoque sobre la aplicabilidad universal de la ciencia de la acción humana (praxeología) abrió el camino a una ciencia social unificada, basada en el individualismo metodológico.

Por otra parte, la obra de Mises no es la teorización del escritor sentado que muchos han descrito. El propósito íntegro de la tarea teórica es impulsar una mejor investigación empírica, pero estas dos tareas representan momentos epistemológicos diferentes: concepción para la teoría y comprensión para la historia. Mises fue capaz de desarrollar un sistema de análisis que hoy se discute como el método de la narrativa analítica de la economía política. Afirmamos que este movimiento salvará la economía de su irrelevancia al reconectar la explicación económica con el agente humano: el conjunto alfa y omega de toda la vida económica. La obra *Human Action* de Mises fue un logro monumental en economía técnica, en filosofía social y en política pública, e igualmente importante es su aporte a la filosofía de las ciencias humanas. En este aspecto Mises argumentó con fuerza que las leyes de la ciencia económica se deducen *a priori* y prueban su importancia en el acto de interpretar los fenómenos históricos. Sin estas leyes *a priori*, estaríamos ciegos frente al mundo empírico.

Capítulo 15

La genialidad de Mises y la brillantez de Kirzner

> Lo que Mises nos enseñó en sus escritos, sus conferencias, sus seminarios, y tal vez en todo lo que dijo, es que la economía tiene una importancia decisiva. La economía no es un juego intelectual. Es extremadamente seria. El futuro de la humanidad y de la civilización depende, según el punto de vista de Mises, de la más amplia comprensión de los principios de la economía y del respeto a esos principios.
>
> **Israel Kirzner**[351]

Introducción

El modelo neoclásico de la economía de mercado más pura es un mundo libre de fricción, en el que las decisiones descentralizadas de los agentes son coordinadas de manera perfecta a través del mecanismo de los precios. Por otra parte, el modelo neoclásico de las fallas del mercado y de la necesidad de la intervención del Gobierno se refiere a las complicaciones del mundo real —las fricciones que ocurren en el mundo— y con él se demuestra cómo el sistema de precios no puede operar perfectamente. Según este punto de vista, el Gobierno puede corregir las fallas del mercado.

En contraste, las obras de economistas como Armen Alchian, James Buchanan, Ronald Coase, Douglass North, Vernon Smith y Elinor Ostrom aceptan plenamente las fricciones que existen en el mundo real y procuran mostrar cómo las fuerzas del mercado actúan para ajustar la conducta y cambiar las prácticas de cambio, para reducir las imperfecciones en el mundo y promover la coordinación de los planes. El sistema de precios es importante, precisamente porque somos actores imperfectos en un mundo imperfecto de fricciones, incertidumbre e ignorancia humana.

Ludwig von Mises e Israel Kirzner son dos de los académicos más prominentes que intentaron lograr una mejor comprensión sobre cómo opera la “mano invisible”, para coordinar el amplio conjunto de intercambios económicos que ocurre diariamente en el mundo imperfecto. La mano

invisible opera precisamente debido a las imperfecciones en esta visión de la teoría del mercado y no requiere ninguno de los supuestos asociados con la teoría formal del equilibrio general competitivo. Tampoco requiere grandes números, ni tomadores de precios, ni bienes homogéneos, ni conocimiento perfecto. Ludwig von Mises escribió que "lo que distingue a la Escuela Austriaca y le otorgará reputación inmortal es precisamente que creó una teoría de la acción económica y no una teoría del equilibrio económico y de la inacción"[352]. Los economistas austriacos —principalmente Mises, Hayek y Kirzner— trataron de demostrar cómo, con la guía de un sistema de propiedad privada, la conducta humana, guiada por los precios y las ganancias y pérdidas monetarias, se ajustaría y sobreviviría a las imperfecciones del mundo. Esta metodología se enfoca en la estructura institucional que crea un contexto único, basado en incentivos que, a su vez, influyen en la conducta de los actores. Esta conducta incluye la diseminación de información que luego influye directamente en las decisiones y las acciones de los agentes en la coordinación de sus actividades, y por lo tanto influye en el mejoramiento de la eficiencia del sistema económico. Fueron necesarias mentes especiales, como las de Mises, Hayek y Kirzner, para desarrollar este análisis. Para los propósitos de este capítulo concentramos nuestra atención en los aportes únicos de Mises y Kirzner.

Mises y el mercado

Israel Kirzner comenta con frecuencia sobre la reacción que tuvo cuando cursaba sus estudios de posgrado en la Universidad de Nueva York y escuchó a Mises cuando explicaba que el mercado es un proceso. Kirzner describe la experiencia como "intelectualmente estridente". Comprendía lo que significaba la expresión "el mercado es un lugar", pero ¿qué posible significado podía tener la expresión "el mercado es un proceso"? Mises sostenía que el mercado no era solamente un espacio donde la gente podía acordar los precios. También es un proceso por el que se genera conocimiento, información, y los precios son determinados a través de la sociedad. El énfasis de Mises en la noción del mercado como proceso es lo que separa la teoría tradicional del mercado de la visión austriaca. El mercado es importante para los austriacos, porque es un proceso.

De hecho, en la correspondencia entre Menger y Walras ya se pueden ver las diferencias entre estos dos conceptos: 1) el método de la teoría de los precios, enfocado en la determinación de los mismos, en un sistema de ecuaciones simultáneas; 2) la formación de los precios en un proceso continuo de regateo e intercambio. Pero los miembros más importantes de las escuelas respectivas pensaban que se trataba meramente de una diferencia en el énfasis y no de una diferencia en la sustancia. Hans Mayer identificó con mayor profundidad las diferencias de significado entre lo que llamó "teoría funcionalista del precio" y "teoría causal genética del precio"[353]. La aplicación consciente de la noción del análisis del proceso de mercado estaba yuxtapuesta a la teoría del equilibrio general. En Viena, otros miembros destacados de la Escuela Austriaca en ese tiempo, como Machlup, Mayer y Morgenstern, comprendían con claridad la importancia del proceso de mercado en el análisis económico. Pero fueron Mises, Hayek y, más tarde, Kirzner, los que divulgaron una interpretación madura del análisis austriaco del proceso del mercado.

Para comprender el origen del análisis del proceso del mercado, debemos retroceder a la obra de Mises *The Theory of Money and Credit* (1912; Indianapolis, IN: Liberty Press, 1980), donde usó la metodología "análisis del período" o "paso a paso", y buscó, adelantándose mucho a su tiempo, cómo integrar las teorías económicas micro y macro, para desarrollar un análisis del dinero y de las consecuencias profundas del mal manejo del mismo por las autoridades políticas. La teoría de Mises sobre el ciclo económico estaba ligada íntimamente con la manera como llegó a comprender el proceso del mercado. Junto con Hayek, Mises trabajó en temas de predicción económica y en lo que llegó a divulgarse como "la teoría austriaca del ciclo económico". Los aspectos más importantes de esta teoría eran: 1) una imagen de la estructura del capital en una economía consistente en combinaciones heterogéneas de bienes de capital, que debían ser mantenidas o reestructuradas para dar lugar a combinaciones más productivas y ventajosas; 2) una visión del proceso de producción a través del tiempo, que generaría la necesidad de un mecanismo para la coordinación intertemporal de los planes de producción, a fin de satisfacer las demandas de los consumidores; 3) la noción de que los incrementos en la oferta de dinero operan a través de la economía, no como ajustes instantáneos de los precios, sino mediante el

ajuste de los precios relativos. El trabajo de Mises defendió la teoría cuantitativa del dinero contra los excéntricos monetarios, que intentaban eliminar la pobreza mediante la impresión de más dinero y criticaban la teoría cuantitativa como si pudiera ser interpretada mecánicamente, con una interpretación que suponía ajustes instantáneos del sistema de precios, como consecuencia de cambios en la cantidad de dinero. En otras palabras: subestimaron las consecuencias negativas de la manipulación del dinero y del crédito por las autoridades políticas.

El nexo con el proceso de mercado no era explícito, pero siempre estaba presente en el análisis de Mises. Los empresarios se basan en las señales de los precios que guían sus proyectos de producción, de tal manera que los recursos escasos de capital se asignan a los proyectos de mayor valor con las tecnologías menos costosas. La estructura de capital no se repone automáticamente. Requiere cálculos cuidadosos de los actores económicos, para determinar qué planes de producción generan mayores ganancias. Si las señales de los precios son confusas, las decisiones sobre el mantenimiento y la asignación de capital pueden ser erróneas desde el punto de vista de la maximización del valor económico. La teoría monetaria del ciclo económico, desarrollada por Mises y Hayek en la década de los 20, contrastaba una visión de la economía basada en los empresarios, a) con la comprensión más mecánica de una economía monetaria asociada con los economistas de los Estados Unidos y del Reino Unido, y b) con la visión caótica de la vida económica asociada con los enemigos del capitalismo.

Contemporáneamente, con el análisis de la teoría monetaria y del ciclo económico, Mises era parte de un debate sobre la factibilidad económica del socialismo. El análisis de Mises sobre el socialismo, como su teoría monetaria, se basa en la teoría subjetiva del valor, aplicada al contexto de una economía que usa capital. De hecho, Mises fue lejos al afirmar que "para comprender el problema del cálculo económico era necesario reconocer la verdadera naturaleza de las relaciones de intercambio, expresadas en los precios del mercado. La existencia de este importante problema solamente puede ser revelada por los métodos de la moderna teoría subjetiva del valor"[354]. En el punto focal de la crítica de Mises al socialismo está su comprensión del proceso del mercado. Lo que hace al socialismo imposible no son solo los incentivos perversos de la propiedad colectiva y el enredo de

la burocracia, sino principalmente la inhabilidad para estimular la innovación empresarial fuera del contexto de la economía de mercado y del sistema de ganancias y pérdidas.

De hecho, el punto crítico que Mises enfatizó en contra de las formas más coherentes de socialismo fue que la propiedad colectiva de los medios de producción haría imposible el cálculo económico racional. Sin propiedad privada de los medios de producción, estos medios no tendrían mercado. Sin mercado para los medios de producción, estos no tendrían precios, y en ausencia de precios del mercado —que reflejarían las escaseces relativas de los bienes de capital— los planificadores económicos no serían racionalmente capaces de calcular la estructura de inversión económicamente más eficiente. Sin la capacidad de efectuar el cálculo económico racional, la producción no podría ser organizada racionalmente. Ningún individuo, ningún grupo de individuos, podría discriminar entre las posibilidades numerosas de métodos de producción para determinar cuáles son las más efectivas en costos, sin recurrir al cálculo basado en los precios monetarios. Los precios monetarios y la contabilidad de ganancias y pérdidas son guías indispensables en la administración económica. Sin estos datos, la mente humana estaría extraviada cuando tuviera que decidir entre procesos de producción diferentes. El socialismo, en su intención de derrotar a la anarquía de la producción, incorpora el caos planificado. En palabras de Mises:

> Suponer que una comunidad socialista puede sustituir los cálculos en términos de dinero por cálculos de bienes es una ilusión. En una comunidad en la que no se practican intercambios, el cálculo en bienes solamente puede cubrir los bienes de consumo. El sistema colapsa completamente cuando se trata de bienes de orden superior. Cuando la sociedad abandona los precios libres para los bienes de producción, la producción racional se vuelve imposible. Cada paso que se aleje de la propiedad privada de los medios de producción y del uso de dinero es un paso que se aleja de la actividad económica racional[355].

La crítica de Mises al socialismo fue recibida con resistencia por personajes como Karl Polanyi, Fred Taylor, Oscar Lange y Abba Lerner. La discusión teórica entre los economistas profesionales tuvo lugar en el contexto histórico de la década de los 20, y especialmente en la década de los 30, cuando las

economías capitalistas de occidente padecían la Gran Depresión, mientras se creía que el sistema de planificación socialista soviético había transformado un país de campesinos en una potencia industrial durante una generación. Supuestamente, debido a los eventos de la década de los 30, se había probado que el capitalismo era no solo injusto, sino también inestable e ineficiente. Por otra parte, la planificación central socialista proporcionaba a la Unión Soviética la base material para luchar contra la amenaza fascista, que surgió en Alemania en las décadas del 30 y del 40.

A lo largo del debate sobre la factibilidad del socialismo, Mises desarrolló lentamente una comprensión más madura del empresarial proceso del mercado. En su libro *Socialism,* sostuvo que el sistema de precios en conjunto sirve una función triple que, por definición, el socialismo no podría utilizar. En la economía de mercado, el conjunto de precios señala a los tomadores de decisiones las escaseces relativas de los bienes y servicios en cuestión. Si el precio es relativamente alto, puede inferirse que el producto de que se trate es relativamente escaso y su uso debe economizarse. Por el contrario: si el precio es relativamente bajo, puede inferirse que el producto es relativamente abundante y que se puede usar con mayor soltura. El conjunto de precios ayuda a los tomadores de decisiones, porque proporciona un conocimiento *ex ante* de la situación. Y el sistema de precios también proporciona un conocimiento *ex post* a los actores económicos, en forma de la constelación de precios que emerge en el período siguiente, y los estados de ganancias y pérdidas de los negocios. Si un actor económico puede comprar barato y vender caro, el mercado comunica que la decisión previa estaba en la dirección correcta; pero si se revela que, sobre la base del conocimiento previo, usted compró caro y ahora debe vender barato, resulta evidente un error de juicio que necesita repararse. La mera discrepancia entre expectativas *ex ante* establecidas por el conjunto de precios en el momento en que se toma la decisión, y las realizaciones *ex post* de ganancias y pérdidas, impulsa el descubrimiento de mejores maneras de organizar las actividades económicas. Estos descubrimientos los hacen las partes involucradas en las transacciones, o las nuevas partes que ingresan y también demandan recursos de los actores previos. Es por medio del sistema de precios y los ajustes constantes de los precios relativos como ocurren la coordinación económica y el aprendizaje continuo. Las sólidas afirmaciones sobre la habilidad del sistema de mercado para corregirse a sí mismo se basan en la veracidad de la

capacidad del sistema de precios para lograr coordinación y aprendizaje.

Ante el auge de la planificación socialista en el mundo y el apoyo que recibió de intelectuales occidentales, Mises decidió continuar su lucha contra lo que consideraba una economía no ortodoxa y "mala", y comenzó a escribir lo que se convertiría en su *magnus opus*, publicada inicialmente en 1940 en alemán, y más tarde, en 1949, en inglés, con modificaciones significativas. En *Human Action: A Treatise on Economics* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), Mises aplicó y desarrolló con gran destreza la metodología paso a paso de la economía, en relación con el tiempo, la incertidumbre, el cálculo económico, la economía de mercado, el proceso de la formación de los precios, el interés, la expansión del crédito, el ciclo económico y otros tópicos. De esta manera, Mises difundió la obra de sus profesores y colegas de Viena, al incorporar el elemento dinámico del proceso económico a la base de análisis de la economía moderna. En *Human Action,* Mises amplía el desarrollo de la idea del mercado como proceso y muestra cómo los precios del mercado son generalmente "falsos", o distintos de los precios de equilibrio, pero son prácticos desde el punto de vista de la información y la motivación, porque guían y coordinan la actividad económica a través del tiempo. En este contexto, Mises estableció que "el hecho esencial es que la competencia en la búsqueda de ganancias de los empresarios no tolera la preservación de precios falsos de los factores de producción. Las actividades de los empresarios son el elemento que construye la situación irrealizable de la economía de giro uniforme, si no ocurren cambios adicionales"[356].

Contrariamente a los supuestos de Walras, los precios no reflejan todo el conocimiento disponible, y por eso existen discrepancias que crean oportunidades de ganancias que los empresarios pueden descubrir. En otras palabras, el sistema de comunicación no es perfecto. Los precios no transmiten todo el conocimiento que a Walras le hubiera gustado que transmitan. Sin embargo, es precisamente en esta "imperfección" donde se halla la maquinaria del sistema económico. La imperfección de los precios crea la habilidad del sistema para comunicar información concerniente a sus propias propiedades de comunicación.

En última instancia, la noción del mercado como proceso en la obra de Mises descansa en la idea de la interconexión entre las actividades humanas —según Mises, la "conexidad"—. La conexidad del mercado solo puede ser

explicada si lo vemos como un proceso. El mecanismo que crea la conexidad de las actividades humanas es el cálculo monetario empresarial. Su consecuencia es la cooperación social bajo la división del trabajo, de la que dependen el crecimiento económico y el desarrollo. Este mecanismo se apoya en la propiedad privada, la libertad de contratación y un medio de intercambio. Dado que la moneda está presente en todos los intercambios y, por ello, crea nexos entre las decisiones de todos por ser un medio de intercambio, los empresarios son capaces de descubrir oportunidades que pueden requerir, para su explotación, una amplia división del trabajo y del conocimiento. La explotación simultánea de numerosos descubrimientos de empresarios crea una concatenación de asuntos entre los diversos actores económicos, porque los empresarios ofertan para desviar los recursos de sus usos alternativos. El proceso de oferta por los recursos escasos —basado en el cálculo monetario de los empresarios— crea una interrelación entre las actividades humanas. Los precios no son elementos aislados en el mercado. Resultan de las complejas relaciones que prevalecen en todo momento en la sociedad. En los precios se apoyan los avances materiales, científicos y tecnológicos de la civilización occidental.

Kirzner y el descubrimiento empresarial

Israel Kirzner ha descrito su educación de posgrado en economía, en la Universidad de Nueva York, como una profunda confusión e iluminación intelectual. Un día de cada semana aprendía la teoría estándar a través del estudio del libro de George Stigler, *Theory of Price* (Chicago: University of Chicago Press, 1946), y otro día de cada semana aprendía sobre el proceso de mercado de Ludwig von Mises y su *Human Action.* Ambos enfoques eran diametralmente opuestos a la macroeconomía del keynesianismo que se aprendía en esa época, pero también parecían mutuamente opuestos en un sentido fundamental. Es a partir de este entorno que Kirzner desarrolló su teoría del proceso de mercado. En una serie de libros que comenzó en 1960 y siguió por más de tres décadas, Kirzner desarrolló rigurosamente la teoría austriaca moderna del proceso de mercado, principalmente en el contexto del papel del empresario.

La brillantez de Kirzner se apoya en la forma como abrió y cerró el marco

de referencia de la microeconomía tradicional con la introducción del elemento empresarial. En la visión de Walras, los precios son parámetros del sistema en el que ningún agente puede influir. Todos los individuos son tomadores de precios y los precios transmiten suficiente información para que cada uno realice sus escogencias. Walras se esforzó por resolver el problema que siguió. Mientras los precios son vistos mejor como paramétricos desde la perspectiva de cada agente, son vistos como variables desde el punto de vista del sistema completo. En la teoría de equilibrio general, los precios no están bajo la influencia de ninguna persona en particular, sino que son determinados en el nivel sistémico que vacía los mercados. Los precios son vistos como transmisores de conocimiento suficiente para que los agentes puedan asignar recursos a su uso de mayor valor. Los precios son incentivos para la acción y, como tales, divulgan la información necesaria para que los recursos sean asignados de manera eficiente.

Este método suscita una cuestión importante. Si adoptamos una visión paramétrica de los precios, no logramos explicar cómo son determinados en el nivel del sistema. La dicotomía de Walras, entre los precios como parámetros para los individuos y los precios como variables en el nivel del sistema, ha arrinconado la teoría del mercado. ¿Cómo se llega a los precios de mercado? es la pregunta que el sistema de competencia perfecta de Walras no puede contestar, salvo con la estipulación de que existe un agente ficticio, el subastador. Como argumentó Frank Hahn, esta visión ha despojado a la economía de la habilidad para explicar los cambios de precios y los ajustes concretos[357]. En palabras de Arrow:

> Aunque aceptemos la historia completa [del equilibrio competitivo general], siempre habrá un elemento no individual [no escogido por individuos]: los precios confrontados por empresas y por individuos. ¿Qué individuo ha escogido precios? Al menos en la teoría formal, ninguno. Los precios son determinados en —no por— las instituciones sociales conocidas como mercados, que igualan la oferta y la demanda… La incapacidad para brindar una explicación individualista de la formación de los precios ha demostrado ser sorprendentemente difícil de remediar[358].

En esta visión de la economía de mercado, los agentes son pasivos en el sentido de que no originan cambio. Solamente responden como robots a la situación del mercado y a los incentivos ofrecidos por los precios paramétricos.

En última instancia, la visión paramétrica/incentivos de los precios se apoya en una visión específica del problema económico y del conocimiento. El método de Walras trataba los recursos de la economía como totalmente conocidos y totalmente dados. En 1937, Hayek criticó este enfoque, explicando que, salvo que se proporcione una teoría sobre la adquisición del conocimiento, no se puede explicar la asignación de los recursos y el verdadero papel de los precios. Con Hayek, el problema económico se convierte no solo en un problema de asignación de recursos, sino también en un problema de adquisición y comunicación del conocimiento necesario para que los individuos puedan hacer las mejores asignaciones posibles. Solo con una solución a ese problema se puede ofrecer una solución para determinar los precios.

El establecimiento del problema económico correcto condujo a Hayek a enfocar la naturaleza del conocimiento. El método de Walras define el conocimiento como dado, mientras que Hayek lo define como disperso y no alcanzable por todos. Si el conocimiento es idiosincrático y tácito, los precios no pueden ser tratados como parámetros que transfieren toda la información existente. Son como comunicadores del conocimiento, que los individuos determinan y usan como determinantes en sus escogencias.

Una vez más, es aquí donde se encuentra la brillantez de Kirzner: brindar una solución al dilema de la teoría de precios; es decir, a la determinación de los precios. Según Kirzner, el problema de la función empresarial como categoría analítica es generado por la visión de que no podemos explicar la existencia de una novedad pura —y ganancias puras— con referencia a los factores de producción que ya están en uso. Kirzner presentó a los profesionales de economía la solución más audaz, abordando directamente el problema del cambio y de la novedad con una teoría que podía dar cuenta de la presencia de ganancias puras en el mercado, al enfocarse en el elemento puramente empresarial de la acción humana. Para lograrlo, distinguió la conducta de la optimización de la de alerta empresarial. Al aislar las dos funciones concibió la distinción entre empresarialidad y propiedad de los bienes. Kirzner también utilizó la construcción imaginaria del equilibrio

como maniobra contra la cual podía estudiar el papel de la función empresarial, dado que solamente contra un entorno de agentes optimizadores —los maximizadores de Robbins, para usar la terminología de Kirzner— puede uno ilustrar el rol del empresario.

La esencia de la función empresarial en la obra de Kirzner también gira en torno a esta idea fundamental: el descubrimiento y la explotación de las ganancias del comercio no ocurren automáticamente, sino que brotan de la acción humana deliberada. Esto se aleja de la microeconomía tradicional, en la que las ganancias existentes del comercio son conocidas siempre. Kirzner, por el contrario, enfatiza que, para que esas ganancias sean explotadas, primero deben ser percibidas. La esencia de la función empresarial se apoya en esta visión fundamental. En contraste con la microeconomía tradicional, el concepto de Kirzner sobre la función empresarial en el proceso de mercado consiste, en primer término, en la liberación de la escogencia humana de su estructura determinista, mediante la introducción de la perspicacia (o *alertness*). Estar alerta a las ganancias no explotadas del comercio enciende el motor del proceso del mercado. Por lo tanto, también es por su relación con el proceso del mercado como la noción de la perspicacia es crucial.

Un fundamento clave de la teoría del proceso del mercado de Kirzner es que las variables subyacentes —incluso los gustos, la tecnología, la donación de recursos, y las variables inducidas de la contabilidad de ganancias y pérdidas— se encuentran en una posición rezagada, pero determinante. En otras palabras, dada la dinámica de la economía, las variables subyacentes, en cualquier momento, no están perfectamente alineadas. El proceso de descubrimiento del mercado proporciona el mecanismo mediante el que las variables inducidas se mueven en la misma dirección que las variables subyacentes. En conjunto, la contribución de Kirzner a la teoría del proceso del mercado proporciona el nexo que le faltaba a la teoría neoclásica. Dado un marco institucional de propiedad privada, bajas barreras a la entrada y variables subyacentes fijas, el proceso empresarial conducirá a un patrón de producción e intercambio que guiará la economía hacia un estado de equilibrio. El nexo faltante en la teoría tradicional de los precios que proporcionó Kirzner fue una comprensión de los fundamentos de desequilibrio de la economía, y también un camino del desequilibrio a un estado de equilibrio —si y solo si las variables subyacentes están fijas—.

Cuando los individuos determinan los precios, actúan como empresarios.

Esto significa que la condición marginal que ha establecido la teoría de precios —"el precio iguala el costo marginal"— no es un supuesto que se integra en la teoría. En lugar de eso, se trata de una tendencia de un proceso de mercado competitivo, que resulta de los actos de los individuos en relación con las discrepancias que pueden existir entre el conocimiento individual y el conocimiento disponible en el mercado. La intuición del empresario reside en descubrir el valor de algún conocimiento que él posee, pero que aún no está reflejado en los precios del mercado.

Lo que distingue a los economistas austriacos es la comprensión elaborada del rol de la función empresarial y cómo esta impulsa el proceso del mercado. La comprensión tradicional del mercado es limitada, porque se apoya en un entorno "cerrado" que no puede tomar en cuenta la novedad. Kirzner ha llamado nuestra atención al entorno no restringido en el que "oportunidades relacionadas pueden existir sin que hayan sido reconocidas al principio del análisis". En un entorno no restringido "no hay límites conocidos a lo que es posible. Una economía que pretende luchar con las circunstancias sin restricciones del mundo real debe trascender un marco analítico que no puede contener la sorpresa genuina. La economía austriaca ha tratado de cumplir con esta meta, enfocando su atención en la naturaleza y la función del descubrimiento empresarial puro"[359].

El refinamiento del proceso del mercado

La función del empresario consiste en descubrir información previamente desconocida. Este proceso de descubrimiento se basa en la capacidad de los empresarios de percibir la información que no es transmitida por los precios en el presente y actuar según esa percepción. Los empresarios actúan basados en el conocimiento que tienen de las circunstancias que pronostican cuáles negocios pueden concretarse. Cuando un empresario propone un producto nuevo a un precio nuevo, porque cree que suficiente gente estará interesada en el producto nuevo y que será ventajoso producirlo, introduce conocimiento nuevo en el sistema y con ello reduce la ignorancia. El sistema de precios, al ser capaz de transmitir toda la información, crea los incentivos para descubrir qué hace falta. En última instancia, la función del empresario es descubrir conocimiento y, por esta vía, reducir la ignorancia.

La ignorancia siempre está presente, pero no es de la misma naturaleza en un sistema abierto que en un equilibrio competitivo cerrado. En el caso del sistema abierto, la ignorancia es radical, porque parte de la ignorancia misma: los individuos no saben qué es lo que ignoran. Esto implica un mundo en el que existe la "verdadera incertidumbre"; es decir, un mundo en el que los eventos futuros son verdaderamente impredecibles. Por este contexto de ignorancia radical y verdadera incertidumbre es real el problema económico analizado por Hayek. Si suponemos que el problema desaparece, como hacen los teóricos del equilibrio competitivo, el problema económico queda reducido a la dimensión de un asunto mecánico —¿cuáles precios vaciarían los mercados?— por oposición a un asunto epistémico —¿cómo podría regularse a sí mismo el sistema?—.

En este contexto, la función empresarial —característica humana única— ofrece una respuesta al reto de la ignorancia radical. El velo de la ignorancia es atacado constantemente, porque la imaginación humana siempre está activa. Es importante enfatizar que la imaginación humana —la posibilidad de creación pura de información— es la característica principal de la función empresarial. Sin embargo, en el contexto social, la creatividad es necesaria, pero a menudo no es suficiente. Lo que también se necesita es un compás para determinar, como enfatizó Joseph Schumpeter, que el invento —es decir, la creatividad— es también una innovación —es decir, una creatividad socialmente útil—. Este compás es el mecanismo de ganancias y pérdidas que ayuda a determinar si el invento es socialmente útil y se convertirá en una innovación al ser adoptado por otros. Las dos caras de la moneda empresarial son la creatividad pura —de información— y el descubrimiento —de la brecha de conocimiento en la naturaleza social a través del mecanismo de los precios—. Estos dos aspectos de la función empresarial son la estructura del proceso del mercado; es decir, el descubrimiento constante de inventos socialmente importantes. En este sentido, el proceso del mercado es un sistema que se corrige a sí mismo con base en el descubrimiento de oportunidades de comercio hasta entonces ignoradas. Estas posibilidades de comercio reflejan al instante el descubrimiento de una necesidad social incluso no expresada en el mercado —y por lo tanto, no transmitida por el sistema de precios— y la expresión de la creatividad humana.

Conclusión

El panorama intelectual de la economía política moderna ha cambiado considerablemente desde el período clásico del siglo XIX. En el siglo XX, los economistas trataban de refinar los principios universales de su disciplina, expresándolos en un lenguaje más formal, con todos los supuestos restrictivos que debían ser usados para asegurar la maleabilidad matemática. El elemento empresarial de la acción humana fue una casualidad de esta revolución matemática, porque define la maleabilidad. Tanto Mises como Kirzner personifican momentos respectivos en el desarrollo de la disciplina que intentaba enfatizar que el mercado es un proceso que opera en un universo sin límites. No se puede explicar la operación del mercado y los ajustes del sistema de precios sin recurrir al empresario.

Durante casi tres cuartos de siglo, el discurso económico tomó un camino en el que el rol del empresario en la economía del mercado es sistemáticamente ignorado. En contra de esa corriente, la genialidad de Ludwig von Mises divulgó una visión inspiradora y, a partir de esta visión, en la segunda mitad del siglo XX Kirzner desarrolló su teoría del proceso del mercado. Kirzner comprendió muy bien las implicaciones de la idea de que la conducta de optimización no puede explicar el mercado como un proceso. Sin la introducción de elementos exógenos *ad hoc*, la economía queda limitada en su capacidad para explicar el cambio social y la novedad. Esto no significa que la construcción del equilibrio deba ser descartada. Ocupa un lugar importante en la caja de herramientas de la economía y es solamente contra el equilibrio como se puede comprender el proceso de cambio. La economía, sin embargo, se centró con tanta determinación en la ausencia de cambio que se volvió dañina para lo que los economistas trataban de explicar. En este sentido, la investigación brillante de Kirzner es fundamental, porque coloca la noción de cambio —y la acción empresarial frente a las condiciones cambiantes— de vuelta en el centro de la teoría económica y, en particular, en nuestra comprensión de la economía del mercado y del sistema de precios.

Capítulo 16

Hayek y el socialismo de mercado

Ciencia, ideología y política pública

Introducción

El programa de investigación de Hayek se basa en las enseñanzas de Adam Smith y Carl Menger, que trataron de comprender el orden social no como el resultado de un diseño consciente, sino como las consecuencias no intencionales de la acción humana individual. Además del énfasis en el orden espontáneo, Hayek aprendió de Menger que la acción humana individual está guiada por las evaluaciones subjetivas de los individuos y que la evaluación pertinente que hacen los individuos está en la unidad marginal del bien o el servicio que son objeto de deliberación. A lo largo de la carrera de Hayek, en el centro de sus esfuerzos de investigación estaba el dilema de cómo un sistema social puede transformar las percepciones subjetivas individuales de unos en información valiosa para otros, de tal manera que puedan coordinar sus acciones para producir un orden social amplio, que se traduzca en beneficios mucho más importantes que las intenciones de cualquier individuo. En este sentido, no creo que sea una exageración decir que F. A. Hayek, más que cualquier otro economista del siglo XX, continuó el programa de investigación en economía política de Adam Smith y refinó el estilo de razonamiento de la "mano invisible", que es el sello distintivo de la manera económica de pensar.

Otra influencia importante en el pensamiento de Hayek fue la noción del costo de oportunidad de Wieser y la noción de la imputación del valor. A Wieser se le suele dar crédito por la idea de que el costo de cualquier decisión económica es la alternativa más atractiva descartada al tomar esa decisión. Además, Wieser —siguiendo a Menger— veía el proceso de producción como un desarrollo a través del tiempo, donde el valor fluye hacia arriba, desde los bienes inferiores a los bienes superiores usados en su producción, y una corriente de bienes y servicios fluye hacia abajo, desde los bienes superiores a los bienes inferiores que consumimos. El proceso de derivar el valor de los bienes de producción a partir de los bienes de consumo resultantes se conoce con el nombre de imputación. El temprano trabajo de

Hayek en economía técnica fue precisamente sobre este tema. Con el estudio de este proceso de imputación se interesó por la distorsiva influencia de las teorías del equilibrio, en relación con la complejidad de este proceso de ajuste económico a través del tiempo.

Otras influencias importantes en la economía de Hayek fueron las de Wicksell y otros economistas suecos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, quienes, al mismo tiempo que los austriacos, centraban su atención en explicar el desempeño del sistema económico a través del tiempo y resaltaron la función de las expectativas individuales en la realización de la coordinación económica[360]. Las expectativas *ex ante* guían las decisiones individuales; las realizaciones *ex post* revelan lo apropiado de las creencias previas y conducen a una realineación de la conducta, en respuesta a la discrepancia entre lo *ex ante* y lo *ex post.* La coordinación económica es un acto intrincado, que busca el balance entre la escasez de recursos, las creencias, y las expectativas, y las posibilidades tecnológicas. Los planes de producción deben conectarse con las demandas de consumo. En la economía capitalista, la coordinación intertemporal está guiada por la tasa de interés. Si se distorsiona el mecanismo de la tasa de interés, el resultado será una coordinación errónea y el sistema económico funcionará de manera deficiente: los planes de producción no coincidirán con las demandas de consumo y la economía experimentará desperdicios sistémicos y desempleo.

La última influencia sobre Hayek y, en mi opinión, la más significativa, fue la de Ludwig von Mises. La mejor manera de comprender a Hayek es verlo como seguidor de Mises en las preguntas que le formuló inicialmente sobre el sistema económico, aclarándolas y ofreciendo respuestas más sutiles. La obra de Mises sobre la teoría monetaria y el ciclo económico, los problemas del socialismo y del intervencionismo, y el análisis de sistemas políticos y económicos alternativos sirvieron de impulsos al programa de investigación de Hayek. La relación entre ambos fue malentendida por amigos y enemigos, porque Mises y Hayek tenían programas de investigación interconectados, pero destinos profesionales separados.

En manos de Hayek, las proposiciones variadas desarrolladas por Menger, Wieser, Wicksell y Mises se combinaron y condujeron a un programa de investigación con énfasis en tres temas principales:

1. La economía debe ser concebida como una ciencia que estudia problemas de coordinación. Es la amalgama de planes de los actores económicos, que debe resultar de tal manera que el orden social complejo pueda emerger cuando se desarrolla a través del tiempo. Los incentivos deben estar alineados entre los actores económicos, que deben llegar a saber no solamente cuáles son las mejores oportunidades disponibles en el presente para el intercambio mutuamente beneficioso, sino también descubrir nuevas oportunidades de ganancias mutuas, derivadas del intercambio con otros actores en el sistema económico.
2. El conocimiento en un sistema social de intercambio y producción está disperso entre individuos diferentes y distanciados socialmente, y la habilidad del sistema para lograr la coordinación compleja es función de la habilidad para movilizar este conocimiento disperso. La división del trabajo en la sociedad implica la división del conocimiento, y la economía de mercado basada en la propiedad privada es el mejor medio disponible para movilizar y usar el conocimiento disperso en la sociedad, a fin de realizar la coordinación compleja de los planes económicos que constituyen el sello de una sociedad comercial avanzada.
3. Para ser efectiva, la economía de mercado debe operar dentro de un entorno de instituciones liberales de gobierno, que brinden seguridad a los contratos y garanticen la estabilidad del marco legal. El Estado de derecho es un componente esencial para el progreso económico, y la generalidad de la ley —por oposición a los privilegios especiales— proporciona la característica de predictibilidad requerida para que la actividad económica alcance un estado avanzado.

El hilo común en el programa de investigación de Hayek es cómo aprenden

los actores económicos a coordinar sus acciones unos con otros, para realizar sus planes de la manera más efectiva posible. En otras palabras: el mercado no solo alinea el sistema de incentivos de los actores económicos para adjudicar los recursos escasos de manera eficiente, sino también constituye un sistema de aprendizaje que impulsa a los actores económicos a ajustar su conducta para realizar sus planes de manera cada vez más eficiente, en la medida que se adaptan al tiempo que transcurre.

El debate de Hayek con los socialistas de mercado fue un escenario ideal para poner estas ideas bajo un enfoque claro.

La contribución de Hayek a la economía del socialismo

El punto de partida de Hayek en el análisis del socialismo fue la aceptación del argumento de Mises referido a que, bajo el socialismo, el cálculo económico racional es imposible. Sin embargo, los desarrollos subsiguientes de la obra de Hayek son consecuencia de reconocer que el argumento de Mises, a pesar de su fundamental corrección, no iba a impedir las intenciones de a) las respuestas a Mises, en teoría, por los economistas inspirados por el socialismo, y b) la realización del socialismo en la práctica, gracias a los políticos en el poder, inspirados por ese sistema. En teoría, esto condujo a los ensayos de Hayek sobre el conocimiento y la competencia como procesos de descubrimiento[361]. En el área de la política práctica, Hayek destacó las consecuencias no intencionadas e indeseables de buscar instalar el socialismo y el intervencionismo[362].

El argumento de Hayek, como el de Mises, enfatizó la evolución de la crítica del socialismo desde los incentivos hasta el acto de economizar información; desde el descubrimiento de oportunidades para obtener ganancias mutuas hasta el uso de la política para proceder a la explotación depredadora, cuando el Estado de derecho se debilita. Para ver la evolución del argumento contra el socialismo, debemos ubicar a Hayek en un contexto en el que se debía responder a los defensores del socialismo de mercado. Hayek trató de otorgar a sus oponentes la posición más favorable posible, de manera que, incluso en esas circunstancias favorables a ellos, pudiera demostrar que la posición de los mismos fallaría y su propio argumento

tendría un poder persuasivo máximo. Visto el hecho en retrospectiva, pareciera que la estrategia de tal argumentación condujo a otros a malinterpretar la posición de Hayek respecto a las múltiples dificultades que el socialismo confrontaría en la práctica.

La crítica de primer nivel al socialismo es que la propiedad privada de los medios de producción es condición necesaria para la coordinación de la actividad económica. La propiedad privada proporciona a los actores económicos incentivos de alto poder para combinar los recursos de manera efectiva. Sin propiedad privada, los incentivos que confrontan los actores económicos no actúan para internalizar los costos y los beneficios de sus decisiones, y conducen, por lo tanto, a decisiones menos prudentes. De hecho, este argumento puede ser retrotraído a Aristóteles y Platón. Ciertamente Hayek no ignoraba el origen del mismo, pero no hacía mucho énfasis en él porque los defensores del socialismo trataban de eludir el asunto, mediante la hipótesis de un cambio en el espíritu humano, causado por la colectivización. En el socialismo, los actores no necesitarían incentivos económicos que guiaran su conducta, porque su nueva naturaleza los conduciría a hacer el uso más juicioso posible de los recursos, para el bien de la sociedad. Hayek podía responder a este argumento de dos maneras: negar esta transformación y tener a cada lado a sus contrincantes hablando sin entenderse; o aceptar la hipótesis y luego mostrar que, incluso bajo este supuesto, el medio —la propiedad colectiva de los medios de producción— no lograría alcanzar el fin, consistente en el avance de la producción material. Hayek, como Mises antes que él, escogieron el segundo camino.

Si, como consecuencia de un cambio en la naturaleza humana, los incentivos económicos no se necesitan para que los individuos persigan el bien social, todavía debe responderse la pregunta sobre cuáles, exactamente, serían las acciones correctas para lograr la optimización económica y, como consecuencia, el bien social. Aquí el argumento se desplaza —más allá de la cuestión de la alineación de incentivos de coordinación— a los requerimientos de información para lograr la coordinación. Una vez más, la propiedad privada desempeña una función vital, porque es una precondición para el intercambio. La distinción entre “lo mío” y “lo tuyo” permite el comercio de bienes y servicios, y el establecimiento de ratios de intercambio. En una economía avanzada estas ratios de intercambio se expresan en precios monetarios y sirven para economizar la cantidad de información que deben

poseer los actores económicos cuando toman decisiones. Los precios relativos ayudan a economizar información y guían la toma de decisiones.

En estas primeras dos etapas del debate, los defensores principales del socialismo no eran economistas. Mises y Hayek procuraban comunicar razonamiento económico básico a individuos desconocedores del tema. Tanto Mises como Hayek se negaban a discutir sobre los fines del socialismo y mantuvieron su argumento en este contexto: dados los fines del socialismo —producción material avanzada y aumento de la armonía social—, los medios escogidos —propiedad colectiva de los medios de producción— serían inefectivos para alcanzar ese fin, debido a los problemas de la configuración de los incentivos y del procesamiento de la información. En ausencia de propiedad privada de los medios de producción, los actores económicos carecerían del incentivo de asignar efectivamente los recursos escasos y no podrían depender de precios monetarios relativos para guiar sus planes de producción. Todo ello aun cuando supusiéramos que dichos actores económicos están debidamente motivados para alcanzar las metas del socialismo.

En el proceso de exponer este argumento básico, Mises y Hayek fueron llevados a realizar descubrimientos sorprendentes respecto de las características esenciales del sistema de precios y de la economía de mercado. Don Lavoie expresó que se deben leer los argumentos de Mises y Hayek como dos lados de una misma moneda[363]. Comparto esta opinión y no eliminaré la característica de homogeneidad de sus diferentes contribuciones al análisis del socialismo[364]. Mises subrayaba cómo la habilidad para realizar un cálculo económico racional es una condición necesaria para coordinar la compleja división del trabajo que constituye una economía moderna de mercado. Hayek resaltó el conocimiento implícito en el cálculo económico y cómo los actores económicos llegan a aprender, adquirir y usar este conocimiento. El conjunto de precios relativos proporciona a los actores económicos información *ex ante*, que los ayuda en la planificación de su actividad económica, y la contabilidad de ganancias y pérdidas proporciona información *ex post*, que transmite la retroalimentación requerida a los actores económicos. La discrepancia entre las expectativas *ex ante* y los resultados *ex post* pone en movimiento un proceso de ajuste por los actores económicos, que aprenden a organizar mejor sus asuntos. El atractivo de las

ganancias puras y el castigo de las pérdidas sirven para dirigir las actividades económicas en el tiempo, asegurando una tendencia hacia el intercambio y la asignación eficiente, y generando progreso económico mediante la innovación. El sistema de ganancias y pérdidas premia y castiga a los actores económicos, de tal manera que las ganancias del intercambio mutuo son reconocidas y anheladas continuamente por los participantes en la economía de mercado.

Es importante subrayar que la propiedad privada proporciona el prerrequisito institucional de los precios monetarios y que los precios monetarios son un elemento necesario para la contabilidad de ganancias y pérdidas. En otras palabras, la propiedad privada no solo es importante para explicar los asuntos de incentivos que la filosofía clásica y la economía acentúan. También es un requisito institucional que permite la coordinación del conocimiento disperso en la sociedad y la realización de una división del trabajo desarrollada[365].

Los derechos de propiedad privada deben ser reconocidos y respetados para que sean efectivos en su función de base de los precios y, en consecuencia, del cálculo económico. En caso contrario, el sistema económico se distorsionaría. En una economía de mercado no distorsionada, en que la propiedad privada está claramente definida y es estrictamente respetada, el sistema de precios y el proceso del cálculo económico actúan para asegurar la eficiencia económica y la innovación. Pero el establecimiento de una economía de mercado no distorsionada es función de la infraestructura política en la que los derechos de propiedad privada son reconocidos y respetados. La política debe restringir el uso del poder y la conducta predatoria de los actores públicos y privados. Si el sistema político no estuviera restringido por límites estrictos, los derechos de propiedad no serán efectivos y el sistema económico quedará dañado. No solo será imposible materializar la coordinación económica, y entonces la organización será menos eficiente de lo que debería ser, dado el estado de disponibilidad de los recursos, las posibilidades tecnológicas y las preferencias del consumidor, sino que además el control de los medios económicos derivará también en una pérdida de la libertad política. El control de los medios económicos no es solamente el control material. Afecta también a los medios que usamos para alcanzar todos nuestros fines, incluso los más elevados y espirituales.

En resumen, el argumento de Mises y Hayek puede considerarse como una secuencia que empieza con los derechos de propiedad, sigue con los precios, atraviesa el sistema de pérdidas y ganancias, y finalmente desemboca en la política. Las consecuencias pueden resumirse en los términos incentivos, información, innovación e infraestructura. Sin el primer grupo de cuatro elementos —la propiedad y los otros mencionados—, el segundo grupo, también de cuatro elementos —incentivos y los otros mencionados— no surgirá de manera que pueda sostener a una economía avanzada. La seguridad de los derechos de propiedad privada proporciona el incentivo para administrar los recursos con eficiencia. Un sistema de precios que funciona economiza la información que deben usar los actores económicos para organizar sus asuntos. Una contabilidad adecuada de ganancias y pérdidas instruye a los actores económicos sobre lo apropiado de sus acciones anteriores y los inspira para innovar y ajustar continuamente su conducta, con el fin de obtener ganancias y evitar pérdidas. Finalmente, un sistema político que proteja contra la depredación constituye una estructura predecible, en la que los actores económicos pueden obtener ganancias del intercambio y proteger su libertad de escoger. El compromiso de Mises y Hayek con el argumento liberal que prescribe un gobierno limitado emerge como consecuencia de su comprensión de la operación de una economía de mercado funcional.

La contribución de la LSE

En gran medida, el debate en inglés sobre el socialismo de la economía de mercado se desarrolló entre los economistas de la London School of Economics (LSE)[366]. Por supuesto, el debate comenzó principalmente con la respuesta de Oskar Lange a Mises en 1936-1937, publicada en el periódico de la LSE, y el ímpetu de gran parte de la discusión se debió a Abba Lerner. La reacción de la LSE, contraria a la crítica de Mises y Hayek, fue argumentar que la política socialista era compatible con la libertad económica y política. De hecho, Durbin manifestó lo siguiente:

> Todos queremos vivir en una comunidad tan rica como sea posible, en la que las preferencias de los consumidores determinen la producción relativa de bienes que puedan ser consumidos por los individuos, y en

> la que haya libertad de discusión, de asociación política y un gobierno responsable[367].

Durbin también agregó que "somos socialistas en nuestra economía, porque somos liberales en nuestra filosofía". Hasta Lionel Robbins, amigo de Hayek y su camarada en el debate con los socialistas de mercado, argumentó:

> Un individualista, que reconoce la importancia de los bienes públicos, y un colectivista, que reconoce lo deseable de la máxima libertad individual en el consumo, encontrarán muchos temas que son de común acuerdo. La mayor línea divisoria en nuestro tiempo no está entre los que difieren sobre la organización como tal, sino entre los que difieren sobre los fines a los que la organización debe servir[368].

Para Hayek, la evolución del argumento en esta dirección probablemente fue desconcertante y frustrante. De hecho, sostengo que el desarrollo del programa de investigación de Hayek, en los siguientes cuarenta años, no fue consecuencia de su separación de la economía, sino de su apego más profundo a la argumentación económica para comprender el origen de la incomprensión de sus estudiantes y colegas. Su reflexión sobre su programa de investigación lo inspiró en 1964 para escribir lo que sigue:

> Si bien en un tiempo fui un economista teórico muy puro y muy restringido, la economía técnica me llevó a hacerme todo tipo de preguntas, frecuentemente consideradas filosóficas. Cuando miro hacia atrás, parece que todo comenzó, hace cerca de treinta años, con un ensayo sobre "La economía y el conocimiento", en el que examiné lo que me parecía que eran las dificultades centrales de la teoría económica pura. La conclusión principal de este ensayo fue que la tarea de la teoría económica consistía en explicar cómo un orden completo de la actividad económica se logra utilizando una gran cantidad de conocimiento, no concentrado en una sola mente, sino existente como conocimiento disperso entre cientos de millones de individuos diferentes. Pero todavía estaba yo muy lejos entre esto y una visión adecuada de las relaciones entre las reglas abstractas que el individuo sigue en sus acciones y la abstracción del orden completo que se forma como resultado de las respuestas del individuo, dentro de

> los límites que le son impuestos por esas reglas abstractas a las circunstancias particulares concretas que encuentra. Fue solamente con un nuevo examen del concepto antiguo de libertad bajo la ley —el concepto básico del liberalismo tradicional— y los problemas de la filosofía del derecho que esto causa como alcancé lo que ahora me parece una imagen clara y tolerable de la naturaleza del orden espontáneo, del que los economistas liberales han hablado durante tanto tiempo[369].

Bruce Caldwell ha argumentado que el desarrollo del ensayo de Hayek, "Abuse of Reason Project", surgió como consecuencia de este debate sobre el socialismo del mercado[370]. La idea clave argumentada por Dickinson, Durbin, Lange y Lerner era que un sistema socialista de mercado podía, mediante la planificación centralizada, eliminar el abuso del poder de monopolio y la producción irracional del capitalismo para asegurar la libertad individual, permitiendo un mercado libre para bienes de consumo. Se razonaba que un mercado libre para los bienes de consumo también podía usarse como ayuda del proceso de prueba y error para coordinar la producción mediante la planificación, porque si está dado el precio de los bienes de consumo, en condiciones de equilibrio, el precio de los bienes de producción usados para producir los bienes de consumo puede inferirse, como aprendimos con la teoría de la imputación discutida previamente.

No puedo introducir mejoras en la discusión de Caldwell sobre "Abuse of Reason Project" de Hayek, pero deseo resaltar una interpretación ligeramente diferente, que no es inconsistente con la de Caldwell, pero que acentúa la frustración de Hayek causada por sus colegas de LSE, y cómo esta frustración lo indujo a una búsqueda de respuestas en disciplinas ajenas a la economía técnica.

El ejercicio intelectual que deseo emprender es comparar el discurso inaugural de Hayek en LSE, "The Trend of Economic Thinking" ["La tendencia del pensamiento económico"], con el discurso de Lange "On the Economic Theory of Socialism" ["Sobre la teoría económica del socialismo"][371]. En 1933 Hayek argumentó:

1. La economía nació como una disciplina generada a partir de los sucesivos exámenes y refutaciones de los esquemas utópicos.
2. Los economistas liberales están tan preocupados por el bienestar de los pobres como los socialistas, pero reconocen los problemas del intervencionismo y la planificación, y también el poder del mercado para mejorar las condiciones de vida de los que tienen menos ventajas en la sociedad. De hecho, en 1933 Hayek escribió: "Los nuevos aportes al conocimiento han hecho que la solución de nuestras dificultades mediante la planificación parezca tener una probabilidad *menor* y no *mayor"*. Esta cita proviene de la obra que Hayek estaba editando, *Collective Economic Planning*; el problema al que se refiere es la Gran Depresión y el sufrimiento que los de menores ventajas en la sociedad debían confrontar como consecuencia.
3. Solamente con la negación de las leyes económicas, como lo ha hecho la Escuela Historicista, se pueden adoptar las políticas del intervencionismo y el socialismo. Un economista bien entrenado sería mucho más escéptico respecto de la eficiencia de esos esquemas utópicos. Hayek advirtió que la ironía de la época era que nuestra comprensión económica había sido mejorada ampliamente por los desarrollos de la economía neoclásica, pero que el historicismo gozaba de una aceptación general del público.

Hayek argumentaba que "por negarse a creer en las reglas generales, la Escuela Histórica tenía el atractivo especial de que su método era constitucionalmente incapaz de refutar incluso la utopía más salvaje y, por lo tanto, no era probable que atrajera la frustración asociada con el análisis teórico"[372].

Imaginemos la absoluta confusión que experimentó Hayek, que defendía esta posición, cuando pocos años después tuvo que lidiar con los argumentos

de Keynes, Lange y sus estudiantes, como Lerner. Su sorpresa probablemente fue especialmente aguda en relación con Lange y Lerner, porque usaban el análisis marginal y la teoría neoclásica del mercado para forjar un argumento a favor del socialismo.

Insisto en que esta experiencia en la década de los 30 impulsó la investigación de Hayek que lo condujo a abandonar la economía técnica y a concentrarse en la filosofía social y la economía política. Contrariamente al modelo de socialismo de mercado, Hayek argumentaba que sus colegas ignoraban las consecuencias no intencionadas de su modelo. En primer término, Hayek argumentaba que un mercado libre de bienes de consumo no proporcionaría el valor implícito de los bienes de producción, salvo que estuvieran dadas las condiciones del equilibrio. Al analizar este problema, Hayek empezó a dudar sobre la preocupación por la economía en estado de equilibrio. Los economistas tienden a extraviarse cuando dan por sentado aquello que deben demostrar. En este aspecto, Hayek subraya que el conocimiento requerido para coordinar la actividad del mercado emerge dentro de —y solamente dentro de— el proceso del mercado competitivo. En segundo término, Hayek afirmaba que las consecuencias políticas de la planificación no serían predecibles ni deseables desde el punto de vista de los que planean. Como escribió en *Road to Serfdom,* "el socialismo solo se puede llevar a la práctica con métodos que la mayoría de los socialistas desaprueban"[373]. Hayek no desafiaba la intención liberal de sus opositores socialistas. Señalaba que había una inconsistencia entre las metas que ellos buscaban y el modelo que proponían para alcanzar esas metas. El resultado sería un cuento trágico de buenas intenciones, que pavimentaría el camino al infierno.

El texto de Hayek "Abuse of Reason Project" tomó la forma de un examen crítico de la metodología y los métodos que se volvían dominantes en la economía en las décadas de los 40 y los 50, y las predisposiciones ideológicas de la ciencia social en el siglo XX. En el área del método y la metodología, Hayek criticó el formalismo y el positivismo. El formalismo explicaba la preocupación de los economistas por el estado de equilibrio. El positivismo condujo a la demanda de medición en la economía y esta demanda impulsó el desarrollo de técnicas para medir la operatoria agregada de la economía. La preocupación por el equilibrio oculta los procesos de

descubrimiento que constituyen la economía de mercado empresarial y las técnicas de agregación ocultan las relaciones económicas subyacentes que los individuos afrontan en el proceso de mercado. En el área de la ideología, Hayek criticó el sesgo constructivista que inspiraba esta creencia entre académicos y políticos: que el sistema social estaría plagado con accidentes e irracionalidades, a menos que estuviera diseñado de manera consciente. En resumen: el constructivismo es el opuesto exacto de la forma de razonar de la "mano invisible", que encontramos en el análisis de la civilización de Adam Smith y David Hume. Hayek recuperó la defensa moderna de Smith y Hume, y esta defensa cobró forma en su "Abuse of Reason Project"[374].

La importancia de Hayek hoy

Hoy, la obra de Hayek ha crecido en estatura, y sus ideas son incorporadas regularmente al desarrollo moderno de la economía y de la economía política. La brecha entre Samuelson y los austriacos era tan ancha en la década de los 40, que ni siquiera se sabía cómo iniciar la discusión entre ellos, pero en la década de los 90 la brecha entre la microeconomía de Paul Milgrom y John Roberts[375] y los austriacos se había estrechado considerablemente. El cierre de esa brecha está en dirección de una especie de alineamiento de incentivos y argumentos procesadores de información. Desde las décadas de los 30 y los 40, los austriacos han insistido en que los economistas los tomen con seriedad.

La influencia de Hayek puede verse en las áreas de la ciencia económica, el análisis de la política pública y el compromiso ideológico. En el área de la ciencia económica, la influencia de Hayek se puede ver en la dirección cognoscitiva que han tomado Timur Kuran y Douglass North[376]. La influencia de Hayek también puede verse en la obra de Mancur Olson, Andrei Shleifer y otros sobre la calidad institucional y la política de la depredación[377]. Finalmente, el reconocimiento de la importancia de la función empresarial, para comprender los conceptos de crecimiento de Smith y Schumpeter, sigue estimulando la búsqueda de los economistas para encontrar formas de incorporar el concepto elusivo de la función empresarial en la comprensión del proceso del mercado competitivo[378]. Algunas de estas

obras son compatibles con el trabajo empírico estándar, pero también se ha producido un reconocimiento creciente en el sentido de que el trabajo que pone el énfasis en las instituciones y el cambio económico debe evitar los datos de países enteros y centrarse en análisis de microdatos de contexto específico. Esto puede ejecutarse mediante un método de narrativa analítica[379], de análisis etnográfico de economías informales[380] o de encuestas basadas en micro-datos[381]. La economía empírica se encuentra en un proceso de transformación tan dramático como la economía teórica, y esto sucede bajo la influencia del foco de desagregación de Hayek y, también, de una manera consistente con la noción subjetiva de desarrollar una economía política de la vida diaria, que respete el significado que los individuos construyen y atribuyen a sus actividades y a las actividades ajenas.

En el área de la política pública, los argumentos sobre las instituciones y la capacidad institucional son más predominantes en el presente que en el pasado[382]. La idea de que necesitamos reglas sencillas para un mundo complejo no es un sacrilegio[383]. De hecho, es mucho más común que la idea de que, debido a la complejidad, necesitamos intervenciones detalladas[384]. Hoy en día, es sabiduría común que las reglas son superiores a la discreción en el área de la política pública. El análisis de la política se ha desplazado al nivel de las reglas del juego que crean el ambiente institucional en el que se desarrolla la actividad económica. Esto es más obvio en la discusión de la política pública sobre la economía del desarrollo y el énfasis en crear un ambiente institucional que cultive un ambiente empresarial en el que los individuos sean capaces de cosechar las ganancias mutuas del comercio. Se anima la cooperación y se minimiza el conflicto como consecuencias del ambiente institucional que se adopta en toda sociedad[385].

En el área del compromiso ideológico, ha emergido una nueva generación de académicos liberales. Han adoptado la idea de Hayek con un entusiasmo mayor del que ni el propio Hayek se hubiera imaginado. Kukathas, por ejemplo, argumenta que la tolerancia de minorías religiosas y étnicas otorgada por las instituciones liberales debe ser llevada a su conclusión lógica, incluso en el mundo en que vivimos hoy[386]. También el trabajo reciente de Bruce Benson sobre la descentralización del Gobierno ha

desarrollado, de manera consistente, la distinción de Hayek entre ley y legislación[387]. Por último, el trabajo de académicos como Barry Weingast sobre el federalismo para la preservación del mercado es otro ejemplo de que el argumento de la descentralización del Gobierno y el federalismo fiscal que debemos a Hayek está inspirando una nueva presentación teórica y una nueva investigación empírica[388].

Conclusión

Con este breve resumen se demuestra cuánta investigación ha generado —y sigue generando— la obra de Hayek, en manos de los académicos dedicados a la economía y la economía política, dirigida a las cuestiones fundamentales relacionadas con la cooperación social en una sociedad libre. El programa de investigación de Hayek en economía y en economía política contiene numerosos puntos sustantivos y se ha demostrado su importancia continua en el desarrollo futuro de la economía científica, el análisis de la política pública y el compromiso ideológico con el liberalismo clásico.

Capítulo 17

James M. Buchanan y el renacimiento de la economía política

> Si no soy un economista, ¿qué soy? ¿Un fanático trasnochado cuya función en el esquema general del mundo ha pasado a la historia? Tal vez debería aceptar esa descripción, retirarme con gracia y, con aliento alcoholizado, cuidar mi siembra de repollos. Tal vez podría actuar así, si los técnicos modernos hubieran producido mejores trampas económicas. Pero en vez de una evidencia de progreso, veo la erosión continua del capital intelectual —y social— que había acumulado la economía política en sus mejores horas.
>
> **James Buchanan**[389]

Introducción

Es extraño considerar exótico a cualquiera que haya ganado un Premio Nobel. En general, el estatus de exótico se reserva para los que trabajan en la oscuridad. Buchanan estudió en la Universidad de Chicago, fue profesor en la Universidad de Virginia, publicó artículos en el *American Economic Review* y en el *Journal of Public Economy*, fue nombrado miembro distinguido de la American Economic Association, recibió fondos de la National Science Foundation y de fundaciones privadas, para desarrollar la economía del análisis de las decisiones públicas. Entre sus antiguos alumnos, varios han sido profesores en algunas de las universidades más distinguidas de educación superior —Cornell, Penn, Cal Tech, y la Universidad de Virginia —, y varios han ocupado altos cargos públicos —director de la Federal Trade Commission, director de la oficina de presupuesto y subsecretario del Tesoro —. ¿Por qué un individuo tan bien conectado puede ser considerado un disidente?

Los individuos valientes que se oponen a las tendencias intelectuales de su tiempo para buscar la verdad —generalmente a un alto costo profesional— no suelen recibir tantas recompensas. Pero la carrera de Buchanan, como algunos aspectos cruciales de su pensamiento, entra en conflicto consigo misma. Es cierto que enseñó en la Universidad de Virginia, pero dejó ese

cargo debido a problemas políticos internos de la universidad y enseñó después en sitios de menor renombre, durante aproximadamente treinta años[390]. La revolución del análisis de las decisiones públicas empezó en la Universidad de Virginia en la década de los 60, pero fue en Virginia Tech, en la década siguiente, donde la revolución se afianzó, y durante la década de los 80, en la Universidad George Mason, se logró la victoria en varios frentes teóricos de la economía de la administración pública. Buchanan vivió gran parte de su carrera como un miembro del *establishment* profesional que pensaba como un no miembro y desde el exterior tenía una visión sobre el interior de ese *establishment*. Ha afirmado que nunca habría recibido el premio Nobel si el comité hubiera estado integrado por economistas *de los Estados Unidos*, porque su obra era apreciada en Europa mucho más que en la comunidad de investigación de su propio país.

Buchanan no es el único laureado con el Premio Nobel que sufrió ese destino. Friedrich Hayek, Gunnar Myrdal, Herbert Simon, Ronald Coase y Douglass North recibieron el Premio Nobel, pese a que se oponían a la sabiduría convencional de la economía en términos de metodología, política y área de estudio. Pero Buchanan fue especial en un sentido: sentía gran orgullo por su herencia del sur de los Estados Unidos y por el reto intelectual que representaba en la profesión económica de la corriente principal. En sus propias palabras:

> ¿Cuántos niños campesinos del centro de Tennessee, educados en escuelas públicas diminutas, pobres y rurales, y luego en instituciones llenas de problemas, financiadas por el Estado, han recibido el Premio Nobel? ¿Cuántos académicos que han enseñado casi exclusivamente en universidades del sur [de los Estados Unidos] han recibido el Premio Nobel en cualquier disciplina? ¿Cuántos de mis colegas economistas laureados con el Premio Nobel han descartado el uso de las técnicas matemáticas formales y el recurso amplio a pruebas empíricas?[391].

Buchanan ha aportado contribuciones originales a la metodología, la filosofía social, la economía de la política pública y también a la disciplina de la ciencia política. Limitaré mi discusión a tres áreas que lo definen como un gran opositor a la corriente principal de la opinión profesional en economía. Buchanan: primero, rompió la visión romántica de la política que dominaba

la ciencia política y el trato económico de las fallas del mercado y de la economía del sector público en general, entre las décadas de los 50 y los 70; segundo, desafiaba al formalismo de la economía moderna con un subjetivismo consistente y enfático; tercero, concatenó la economía con su disciplina hermana, la filosofía moral, y estableció los fundamentos para una economía política moderna.

Definiendo el disenso

El *Oxford English Dictionary* define el disenso secular como el desacuerdo con una propuesta o una resolución: es decir, lo opuesto del consentimiento. Aquí, el significado se comprende mejor en el contexto del discurso político. Pero la ciencia no es política. En la política, la meta es alcanzar el consenso. En la ciencia, la idea es llegar a la verdad —aunque sea imperfecta nuestra lucha para lograrlo—. Por lo tanto, el significado religioso de la disidencia podría ser más apropiado para la economía.

La idea de la economía moderna como una religión secular ha sido explorada como una sátira y como un estudio serio. Leijonhufvud expone los rituales y la estructura social de la profesión económica de manera satírica, para promulgar con seriedad que "… Entre las generaciones más jóvenes, es raro encontrar a un individuo que posea alguna concepción de la historia de la economía. Los economistas han perdido su pasado y por eso carecen de confianza en el presente, y de propósito y dirección para el futuro"[392]. Por otra parte, Robert Nelson documenta cómo la economía se convirtió en la teología de la era moderna. Eliminar el pecado ya no es prerrogativa divina. Asegurar el progreso económico *sí* lo es, porque nuestra religión secular moderna enseña que "… Si todas nuestras necesidades materiales importantes pueden ser satisfechas plenamente…, se eliminaría la causa principal de las guerras del pasado, del odio y de otras maldiciones de la historia humana. Habría menos base para la envidia, y para otras fuentes de malos pensamientos y malas acciones"[393].

Si Leijonhufvud y Nelson estuvieran, aunque fueran parcialmente, en lo cierto, quizás ver a la economía como una comunidad religiosa, en el seno de las instituciones de educación superior, protegida por la estructura social y las normas de la profesión, sería un punto de partida práctico para abordar la

cuestión del disenso. En esta comunidad religiosa, ¿cómo se trata a los inconformes? En su folleto *Shortest Way With the Dissenters* —un ejercicio de broma literaria— Daniel Defoe recomendaba que los disidentes fueran condenados a muerte o exilados. Los guardianes del consenso apreciaban el análisis de Defoe. Cuando se supo que el propio autor era un disidente, estos guardianes se enojaron tanto que su intolerancia pidió que fuera expuesta la ridiculez del autor. Los altos prelados de la economía moderna no promueven medidas tan extremas, pero ser exiliado de la profesión no es poco común. La ausencia de conformidad con cierto rango de cuestiones es común en la economía moderna, pero el rango y el conjunto de respuestas posibles tienen poca amplitud. McCloskey lo ha expresado en forma sucinta:

> En estos días, el departamento americano de economía, típico y estrecho, abarca todo desde la M a la N. Si alguien está muy cerca de esa área, puede convencerse de que el rango es "amplio". Pero este no se estira hasta Israel Kirzner, ni a Barbara Bergmann, ni a James Buchanan, ni a Tom Weisskopf[394].

Por lo tanto, un disidente en economía es un economista que se opone a la religión económica dominante. Esta oposición puede deberse: 1) a su rechazo al modelaje matemático y a las pruebas econométricas y, en consecuencia, a su rechazo al *lenguaje* básico y a la *caja de herramientas* de los economistas científicos contemporáneos; 2) a la articulación de un caso filosófico contra la economía moderna; y/o 3) al rechazo de las limitaciones profesionales contra la teorización normativa y la visión de la importancia política como una virtud. Cada una de estas posturas significa estar contra la ortodoxia contemporánea y estar a favor de las tres constituye un motivo seguro de expulsión. En conjunto, las tres posturas caracterizan la obra de James Buchanan.

La pregunta sociológica sobre por qué algunas ideas "prenden" y otras no es particularmente importante para esta discusión. Un disidente efectivo se identifica con el "pensador divergente" de Kuhn[395]: un pensador enraizado firmemente en la tradición científica contemporánea, que ha adoptado "un pensamiento convergente" en su enfoque de la ciencia. Por lo tanto, el científico exitoso muestra simultáneamente las características de un tradicionalista y de un iconoclasta[396]. La "tensión esencial" entre el

pensamiento convergente o divergente es una característica prominente de Buchanan, y explica la paradoja relacionada con el estatus profesional. Buchanan fue formado en la conformidad del neoclasicismo, y por eso su disidencia golpeó la tradición en una parte de la profesión y generó un cambio paradigmático en la manera de trabajar la economía del sector público.

Una sinopsis de la contribución de Buchanan

La autobiografía de Buchanan puede hallarse en su libro *Better than Plowing*. Nació en un área rural de Tennessee, y fue educado en la escuela pública local y luego en la escuela media local, el Middle Tennessee State Teacher's College. Allí pagó su colegiatura y los libros con lo que ganaba ordeñando vacas. Durante un año asistió al programa de posgrado de la Universidad de Tennessee, donde aprendió poco sobre economía, pero mucho sobre la vida. Sirvió en la marina durante la Segunda Guerra Mundial y después, gracias al subsidio devengado por su militancia en la marina, obtuvo su doctorado en la Universidad de Chicago. Buchanan era un socialista libertario cuando ingresó en la Universidad de Chicago y se "convirtió" al liberalismo clásico después de seis semanas de clase sobre la teoría de los precios, que dictaba Frank Knight. Los valores libertarios permanecieron, pero Buchanan comprendió que el mercado —y no el Gobierno— era la institución más consistente con esos valores. También descubrió en Chicago el principio sobre los impuestos justos de Knut Wicksell. Su última influencia intelectual provino de la tradición italiana de las finanzas públicas, a la que estuvo expuesto durante el año en que disfrutó de la beca Fullbright. Esta tradición italiana acentuó la diferencia entre la política real y la política ideal.

En las clases de Knight, Buchanan adquirió su marco teórico y la idea de que la economía no es una ciencia. Con Wicksell aprendió que la política debe ser comprendida como un entorno de intercambio. La eficiencia en el sector público solamente puede ser garantizada de acuerdo con una regla de unanimidad para las escogencias colectivas. De los italianos, Buchanan aprendió que las finanzas públicas deben presuponer una teoría del Estado y que sería aconsejable rechazar de antemano el utilitarismo y el idealismo de Hegel. Con estos tres elementos juntos estaba lista la dimensión de las

contribuciones de Buchanan a la economía del sector público. Solo faltaba derivar las implicaciones[397].

Sandmo ha argumentado que los logros más importantes de Buchanan han sido "la introducción de sus colegas economistas a nuevas maneras de pensar sobre la economía, en particular sobre el sector público y la interacción entre la economía y la política"[398]. Al redirigir las finanzas públicas a la luz de la conexión Knight/Wicksell/Italia, Buchanan pudo desafiar en varios frentes la sabiduría recibida de las generaciones anteriores[399].

Buchanan desafió la comúnmente aceptada doctrina keynesiana en lo metodológico y lo analítico[400]. Por ejemplo, el nivel de agregación en la teoría fiscal keynesiana violaba las normas políticas de la sociedad democrática y comprometía fundamentalmente la naturaleza de la deuda pública. Enfocados en la unidad agregada, los teóricos fiscales eran incapaces de confrontar el problema de quién paga el costo de la creación de bienes públicos y cuándo deben efectuarse los pagos. El problema era elemental — pero se habían olvidado los principios del costo de oportunidad y de la toma de decisiones económicas.

La controversia sobre la carga de la deuda obligó a Buchanan a reexaminar los fundamentos conceptuales de la ciencia económica. Esto condujo a la publicación de su breve libro *Cost and Choice*[401]. La lógica de la economía sobre el costo de oportunidad conduciría a resultados sobre una variedad amplia de temas, desde la carga de la deuda a asuntos concernientes al reclutamiento militar, el problema de las externalidades, el contexto de la escogencia de la toma de decisiones por los burócratas. El estatus de foráneo de Buchanan se caracteriza cuando induce a sus colegas economistas a reexaminar los fundamentos conceptuales de su disciplina. En otras palabras, el debate sobre la carga de la deuda fue típico de la carrera de Buchanan. Era visto como un foráneo, porque pedía a los economistas que pusieran atención en los principios más elementales de su disciplina. Al advertir que el moderno emperador técnico estaba desnudo, Buchanan desarrolló una función intelectual importante, más allá de su contribución sustancial al asunto[402].

En la década de los 70, la obra de Buchanan se volvió más filosófica. En *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan* (University of

Chicago Press, 1975) presenta la perspectiva contractual de la economía política. Siguieron a esta obra varias colecciones de ensayos[403]. En la década de los 90, en colaboración con Yoon, Buchanan se centró en asuntos relacionados con los rendimientos crecientes y la función positiva de la ética del trabajo[404]. A diferencia de otros académicos dedicados a las implicaciones técnicas y políticas de los rendimientos crecientes, Buchanan puso más su atención en los efectos de los rendimientos crecientes sobre instituciones y prácticas específicas. Su preocupación era comprender el argumento de Adam Smith sobre los retornos crecientes que resultan de la especialización y sobre cómo el ambiente institucional canaliza las inclinaciones humanas a las prácticas de "ofrecer, regatear e intercambiar", con el fin de lograr las ganancias de los rendimientos crecientes.

Hay una unidad sorprendente en el programa de investigación de Buchanan a lo largo de su carrera. Las proposiciones básicas que guían su obra pueden resumirse así[405]:

- La economía es una "ciencia", pero es una ciencia "filosófica", y las opiniones estrictas contra en cientificismo ofrecidas por Frank Knight y Friedrich Hayek deben ser tomadas en cuenta.
- La economía trata sobre la escogencia y los procesos de ajuste, no sobre los estados de reposo. Los modelos de equilibrio solamente son prácticos cuando reconocemos sus limitaciones.
- La economía trata sobre los intercambios, no sobre la maximización. El intercambio y el arbitraje deben ser el foco central del análisis económico.
- La economía estudia actores individuales, no entidades colectivas. Solamente los individuos escogen.
- La economía se trata de un juego sujeto a reglas.
- La economía no puede ser estudiada apropiadamente fuera de la política. Las escogencias entre las diferentes reglas del juego no pueden ser

ignoradas.

- La función más importante de la economía como disciplina es su papel didáctico en la explicación del principio del orden espontáneo.
- La economía es elemental.

Desde sus críticas tempranas a la teoría de la escogencia social y a la economía del Estado de bienestar, hasta sus escritos recientes sobre el diseño constitucional, Buchanan pone el énfasis en estos ocho puntos.

Por último, es importante reconocer el esquema metodológico que Buchanan usa para formular preguntas de economía política y cómo este esquema le permite entretejer estas ocho proposiciones en un marco coherente para la teoría social. Buchanan subraya que debemos diferenciar entre los niveles de análisis anteriores y los posteriores a la constitución. El análisis preconstitucional se refiere a las reglas del juego. El análisis posconstitucional examina las estrategias que adoptan los jugadores dentro de un conjunto de reglas definidas. La economía política bien entendida involucra movimientos hacia delante y hacia atrás entre estos dos niveles. La aplicación exitosa de la economía política moderna al mundo de la política pública exige una perspectiva *constitucional.* Sobre este punto, Buchanan introduce la distinción vital de "la política dentro de la política" y los cambios sistemáticos en las reglas del juego. Las reformas duraderas resultan no de los cambios de política dentro de las reglas existentes, sino de los cambios en las reglas de gobernabilidad. De ahí que, lejos de ser un intelectual conservador, Buchanan es un intelectual radical que trata de llegar a la raíz de la causa de los males sociales y políticos.

El final del romance

Según una leyenda antigua, se pidió a un emperador romano que fuera juez en un concurso de canto entre dos participantes. Después de escuchar al primero, el emperador entregó el premio al segundo, suponiendo que el segundo no podía ser peor que el primero. Claro, esta suposición pudo estar equivocada. Quizás el segundo cantante era peor que el primero. La teoría de la falla del mercado cometió el mismo error que el emperador: una cosa era

demostrar que la economía de mercado no estaba a la altura de los ideales del equilibrio competitivo general; pero afirmar alegremente que la acción política podía corregir sin costo la falla era un asunto muy diferente. Lamentablemente, gran parte del trabajo analítico se hizo de esa manera. Numerosos académicos hicieron estallar la burbuja de la visión romántica del sector político en la década de los 60, pero James Buchanan y Gordon Tullock son los que merecen el crédito por haber cambiado el enfoque.

Antes del análisis de Buchanan y Tullock sobre el análisis de las decisiones públicas, la teoría económica postulaba a menudo una función de bienestar objetivo que "la sociedad" trataba de maximizar y suponía que los actores políticos estaban motivados para alcanzar ese objetivo. La crítica de Buchanan y Tullock señaló que: 1) no existe función objetiva de bienestar; 2) aunque existiera, las sociedades no escogen, sino únicamente los individuos; y 3) los individuos del sector político, igual que los del sector privado, toman sus decisiones con base en una evaluación que contrasta sus costos con sus beneficios[406].

Las visiones más importantes de la economía política moderna fluyen de estas tres proposiciones elementales: el motivo del voto, la lógica de los costos dispersos y los beneficios concentrados, el sesgo cortoplacista de la política y la perspectiva constitucional en la evaluación de la política. La política debe ser endógena en todo modelo razonable de decisiones económicas, pero el espíritu intelectual de la década de los 50 y principios de la década de los 60 se caracterizaba por un optimismo excesivo sobre la naturaleza de la política. La cautela de Buchanan sobre la locura democrática y la necesidad de restricciones constitucionales no encajaba bien con el idealismo intelectual de la época. El inicio de la guerra de Vietnam, el escándalo de Watergate y el fracaso de las políticas económicas instituidas por las administraciones demócratas y republicanas dificultan que, en la actualidad, se imagine una visión no cíclica de la política. No se trata de un apoyo a la apatía hacia los políticos. En ninguna parte de la obra de Buchanan se sugiere que los políticos sean peores que los demás. Buchanan simplemente resalta que los políticos son como el resto de la humanidad: ni santos ni pecadores, sino un poco de ambas cosas.

En forma metodológica, Buchanan se basó en el supuesto del hombre económico en la política, no para describir la motivación de cualquier actor

político, sino como estrategia de modelaje. Como se dijo antes, Buchanan aprendió de los italianos (y de Wicksell) que se debe proponer una teoría del Estado. Con la propuesta de la maximización de ingresos del Leviatán, Buchanan pudo enfocar las reglas del juego político que limitarían la conducta de los individuos dentro de la política. En especial, si los miembros del Gobierno son maximizadores de ingresos, la pregunta es esta: ¿Qué reglas del juego son necesarias para transformar la conducta de maximización de ingresos en una conducta de maximización de la riqueza? Esta es una pregunta que nos remite al diseño constitucional. En dos libros que produjo con Geoffrey Brennan —*The Power to Tax* (New York: Cambridge University Press, 1980) y *The Reason of Rules* (New York: Cambridge University Press, 1985)— Buchanan utilizó el supuesto del hombre económico para establecer reglas que contendrían incluso los peores escenarios en la política. Incluso si los reguladores fueran pecadores, sería importante diseñar una constitución que obligara a tales pecadores a actuar más como santos.

Pero, para desarrollar una estructura política constitucional idealizada —una visión de una utopía práctica—, es preciso, en primer lugar, desbaratar la visión romántica e idealista de la política donde la democracia ilimitada es vista como un modelo práctico de autorregulación y reemplazar ese modelo por una visión más realista de los procesos políticos. Buchanan (y Tullock) lograron esto con la ayuda del razonamiento económico elemental; en especial, con la idea de que solo los individuos escogen, cuando escogen sopesan costos y beneficios, y que la forma como los individuos perciben los costos y los beneficios depende del contexto institucional en el que deben escoger. Conceptos sencillos, aplicados de manera consistente y permanente, generan con frecuencia resultados sorpresivos, que deben ser resaltados repetidamente.

El subjetivismo y los principios elementales de la economía

Irónicamente, a los economistas modernos les cuesta aceptar “la manera económica de pensar”; más en concreto, la función central que desempeñan el intercambio y la noción de los subjetivos costos de oportunidad en la toma de

decisiones. En 1963, en su discurso como presidente de la Southern Economic Association, Buchanan argumentó que los economistas deberían colocar en perspectiva la contribución de la maximización sujeta a restricciones[407]. La asignación de los recursos *no es* el problema central de la economía. Según Buchanan, los economistas deben concentrarse en la propensión humana de canjear, regatear e intercambiar, y en los arreglos institucionales que emergen como resultado de esta propensión.

Si no se toma este camino, es demasiado fácil que el error se infiltre en el análisis económico y se enraíce en el nivel más fundamental. En la economía, la definición de la asignación "hace demasiado fácil un resbalón a través del puente entre la utilidad personal e individual de las decisiones y los "agregados sociales"[408]. Los economistas saben que es difícil cruzar el puente, y Lionel Robbins tuvo éxito en evitar que muchos sumaran las utilidades para cruzar el puente. Pero el éxito de Robbins fue solamente parcial. Los economistas seguían pensando que, mientras especificaran su función de bienestar social, podían maximizar hasta donde llegaran sus deseos. Buchanan señaló que este ejercicio intelectual es ilegítimo. Los economistas deben abstenerse de participar en esta actividad.

La crítica de Buchanan contra los modelos de optimización no se refiere a la introducción de juicios de valor a través de la función de bienestar social. Tampoco es una crítica contra la formalización en sí misma. Buchanan critica que el sujeto de la economía se pierde en los ejercicios de matemáticas aplicadas y que, cuando el sujeto parece arrastrarse de regreso al análisis, ya está distorsionado. Buchanan insiste en este punto: la ventaja mutua que puede lograrse con el intercambio en entornos institucionales específicos es la verdad más importante de la economía política. La economía moderna ha amenazado nuestra habilidad para comprender esta verdad.

Consideremos, por ejemplo, la crítica de Buchanan sobre el modelo de competencia perfecta, a la luz de su pedido porque la *actividad* de intercambio ocupe el centro de la teoría económica. El equilibrio general perfectamente competitivo elimina todo contenido social derivado de las decisiones individuales. El individuo confronta un conjunto de variables determinadas externamente, y el problema de la escogencia se transforma en un problema mecánico de cómputo. En ese mundo solamente hay un punto de equilibrio y el modelo no puede captar la dinámica de la competencia ni la

conducta de intercambio que empujaría un sistema al equilibrio. Buchanan resume este punto de una forma agradable:

> Un mercado no es competitivo por suposición ni por construcción. Un mercado *se convierte* en competitivo y las reglas competitivas *llegan a* establecerse en la medida en que emergen las instituciones que ponen límites en los patrones de la conducta individual. Es este proceso de *conversión*, generado por la presión continua de la conducta humana de intercambio, lo que constituye la parte central de nuestra disciplina, si es que tenemos una y no los restos podridos de una perfección hipotética. Una solución para un conjunto de ecuaciones de equilibrio general no está predeterminada por reglas determinadas exógenamente. Una solución general —si la hay— *emerge* como resultado de un sistema completo y dinámico de intercambios, gangas, negocios, pagos colaterales, acuerdos, contratos que, finalmente, en algún punto, dejan de renovarse. En cada etapa de esta evolución hacia la solución se pueden obtener *ganancias.* Hay intercambios posibles y, dado que esto es cierto, la dirección del movimiento se modifica.
>
> Por estas razones el modelo de competencia perfecta tiene un valor explicativo muy limitado, salvo cuando se introducen cambios en variables exógenas al sistema. No hay lugar en la estructura del modelo para cambios internos, introducidos por hombres que siguen perturbados por la propensión de Smith. Pero ciertamente el elemento dinámico del sistema económico es precisamente esta evolución continua del proceso de intercambio, como lo reconoció Schumpeter en su análisis de la función empresarial[409].

La economía subjetiva obliga a los teóricos a esquivar las trampas de la abstracción. Establece el análisis económico en las escogencias de los individuos y exige que el análisis empírico se concentre en el contexto institucional de la escogencia y en cómo los agentes perciben sus limitaciones institucionales. El modelo mecánico del cómputo de la asignación y su corolario —el modelo de competencia perfecta— eliminan la escogencia genuina del estudio, tal como el enfoque en datos agregados ignora las ideas, los deseos, las creencias y las prácticas culturales que motivan a los actores históricos.

La gran contribución de Buchanan al pensamiento subjetivista fue la demostración de cómo una postura consistentemente subjetivista conduce a una perspectiva diferente sobre muchos asuntos. Buchanan contribuyó al desafiar la mismísima noción de una función objetiva de bienestar social que debía ser maximizada. En un nivel analítico microeconómico más concreto, Buchanan fue capaz de demostrar cómo la carga de la deuda se traspasa a generaciones futuras y no se soporta en el presente, en términos de recursos reales. En una controversia precisa, Buchanan criticó la teoría de las finanzas funcionales y la teoría tradicional de las finanzas públicas. La segunda sostiene que se incurre en el costo real de la deuda cuando se usan los recursos[410]. La teoría de las finanzas funcionales fue desafiada por dos razones: primero, porque no postula un modelo en el que los actores políticos carecieran del incentivo para tener superávit fiscal durante la época de bonanza económica. Durante las recesiones, por supuesto, el incentivo de incurrir en déficits está presente, pero ¿por qué puede querer un político reducir los gastos y aumentar los ingresos en la época de la bonanza? La política de las finanzas funcionales, si se desarrolla según fue diseñada, alteraría la lógica de la política concentrando los costos y dispersando los beneficios en tiempos de abundancia, pero sería un incentivo incompatible con la política electoral. En segundo término, la ortodoxia keynesiana no tomó en cuenta la transferencia generacional de la carga de la deuda. Por supuesto, esta transferencia intergeneracional fortaleció la lógica política, porque los grupos de interés menos informados y menos organizados serían los recién nacidos y, por lo tanto, el electorado y el político pueden darse el lujo de ignorarlos.

El énfasis de Buchanan sobre la estrecha relación entre el acto de escoger y la noción del costo lo indujeron a criticar la teoría tradicional de la deuda pública y también la teoría keynesiana de las finanzas funcionales. Durante la guerra, por ejemplo, el argumento típico era que el costo de oportunidad de los bienes públicos financiados con deuda era el uso alternativo para el que esos recursos habrían sido utilizados. En esas circunstancias, el acero era usado para producir armas, no automóviles.

Al introducir la distinción entre la influencia de la escogencia y la escogencia influida por los costos, Buchanan pudo mostrar el error fundamental de la teoría tradicional. Es cierto que el uso de los recursos

puede ser transferido, pero los instrumentos de deuda conllevan la obligación de pagar esa deuda. Buchanan argumentó:

> En la evaluación subjetiva del tomador de decisiones… los costos se concentran en el momento de la escogencia y no en los períodos subsiguientes en los que los desembolsos concretos deben efectuarse. Pero la influencia de la escogencia en los costos subjetivos existe únicamente porque los tomadores de decisiones reconocen que será necesario efectuar pagos en períodos futuros[411].

Los costos del financiamiento de la deuda influidos por la escogencia —es decir, la utilidad perdida como resultado de la escogencia— son soportados solamente en el futuro.

Buchanan insistió en que el costo debe ser entendido como la evaluación subjetiva del costo de oportunidad por parte de los individuos, si se pretende que tenga algún significado en una teoría de la toma de decisiones. Un ejemplo final, que puede aclarar el asunto, es la crítica de Buchanan a Pigou, quien consideraba que los impuestos eran correctivos. El remedio de Pigou era alinear los costos privados marginales —en sentido subjetivo— con los costos sociales marginales —en sentido objetivo—. El problema, señaló Buchanan, es que el analista debía especificar las condiciones según las cuales los costos medibles objetivamente podían ser determinados por los actores económicos y por los actores políticos. En el equilibrio competitivo general, los costos medibles sirven como un sustituto razonable de la evaluación subjetiva de los costos de oportunidad. Pero en una situación de equilibrio competitivo general no hay desviaciones entre los costos marginales privados y los costos marginales sociales. En otras palabras, Buchanan —igual que Ronald Coase— señaló que los remedios de impuestos de Pigou son o bien posibles y redundantes o bien imposibles de determinar, porque las condiciones presupuestas para su establecimiento eliminan su necesidad, o —si no existen estas condiciones— impiden que ocurran[412].

El proyecto neoclásico, donde la mitad de la revolución de la teoría del valor de mediados de 1870 enfatiza tanto como la mitad marginalista, conduce a una clase diferente de ciencia económica. En un resumen muy *grosso modo*, la situación conduce a una concepción de la ciencia económica como una ciencia filosófica, y no como una ciencia tecnocrática. A diferencia

de otros críticos de la economía moderna —como los institucionalistas o los poskeynesianos—, la tradición subjetivista conserva un compromiso con la universalidad, tiene un énfasis en el marginalismo e intenta estudiar cómo un orden sistémico emerge como consecuencia no intencional de la escogencia individual. Sin embargo, el subjetivista se une al institucionalista y juntos subrayan el contexto institucional de la escogencia; y se une también a los poskeynesianos, al reconocer que el orden del mercado puede fracturarse y que los problemas teóricos aparecen cuando se toman en cuenta de manera seria el tiempo y la ignorancia.

El subjetivismo exige una reestructuración más profunda de la teoría económica. Como añadidura a la apreciación renovada de la naturaleza de la escogencia, el contexto de la escogencia llega a ocupar un sitio central dentro del programa de investigación subjetivista. Poco puede dudarse sobre la importante participación de Buchanan en la reestructuración de una noción más amplia de la política económica. Esta concepción se basa en su aprecio de la naturaleza subjetiva de la escogencia y sus implicaciones para el orden social. En otras palabras, el subjetivismo es el fundamento del pensamiento de Buchanan.

La economía, la filosofía social y la economía política constitucional

Los promotores del positivismo y el formalismo prometieron rescatar la economía de su pasado inmaduro, cuando las preocupaciones éticas y las ambigüedades de la filosofía y del lenguaje natural oscurecían el pensamiento de sus personajes principales. La sumisión a la realidad empírica obligaría a los poseedores de mente científica a despojarse de sus creencias ideológicas y el razonamiento matemático eliminaría la habilidad de los teóricos de caer en supuestos no garantizados. Pero estas promesas eran falsas. La realidad empírica es compleja y debe ser vista a través de un lente teórico para tener sentido. Además, el razonamiento matemático puede ser preciso, pero irrelevante. El modelaje matemático asegura claridad *sintáctica*, pero no garantiza claridad *semántica*. El modelo puede ser preciso, pero carente de significado.

Tanto la aspiración empirista como la formalista fueron mal aplicadas al

estudio de los seres humanos. Es imposible derivar de un área científica las meras cosas —creencias, deseos, expectativas— que motivan al sujeto estudiado sin distorsionar al objeto estudiado. En otras palabras, eliminar el antropomorfismo de las ciencias físicas fue una causa noble, pero eliminar el antropomorfismo del estudio de los seres humanos eliminó precisamente lo que se suponía que debía estudiarse.

A la par de figuras como Friedrich Hayek, G. L. S. Shackle, Ludwig Lachmann e Israel Kirzner, Buchanan luchó con persistencia contra la desaparición del individuo del análisis económico[413]. Buchanan insistía en que el proceso económico existe siempre en un contexto político/legal/social, y rogaba a los economistas que prestaron atención a la estructura de leyes en la que las estrategias individuales se manifiestan. Insistía en que la reforma no se produciría manipulando a los individuos y sus estrategias, sino cambiando las reglas del juego. Con la introducción del esquema metodológico del análisis preconstitucional y posconstitucional, Buchanan logró demostrar el valor positivo y científico de la filosofía social para la economía. Propuso un análisis positivo de los asuntos normativos y el reconocimiento de que los economistas políticos nos involucramos en los análisis normativos, nos guste o no admitirlo.

Primero, Buchanan propuso que el análisis preconstitucional —el área de la filosofía social— podía ayudar a los economistas a comprender dos cosas: 1) el principio del intercambio voluntario y 2) los efectos de las estrategias, dado un conjunto de reglas, sobre el juicio social y filosófico de las propias reglas. Los economistas necesitan preguntar qué reglas del juego aceptarían las personas voluntariamente, detrás de un velo de incertidumbre, y después examinar cómo las reglas alternativas engendrarían patrones de conducta y consecuencias en el juego económico[414]. Los movimientos hacia delante y hacia atrás entre el análisis de la escogencia preconstitucional y posconstitucional constituyen el programa de investigación de la economía política moderna —y la integración a la ciencia económica de la filosofía social y moral—.

Al introducir la construcción teórica del velo de incertidumbre, Buchanan destacó la importancia para la política económica de la norma de Pareto. En el lapso preconstitucional, no sería aceptada ninguna negociación relacionada con las reglas del juego salvo que todas las partes tuvieran la expectativa de

vivir mejor con la adopción de tales reglas. Dado que los individuos se hallarían en una situación de incertidumbre sobre el lugar en que estarían situados en el entorno posconstitucional, no admitirían negociaciones que claramente otorgaran valor a un subgrupo más que a otro, una situación en que ciertamente los derechos de la mayoría se verían limitados por los intereses de la minoría. Aquí la preocupación —siguiendo a Wicksell— sería balancear los costos de las externalidades en la política con los costos de la toma de decisiones. Si la regla de la votación fuera tal que una pequeña minoría pudiera ganar, esa minoría podría imponer costos a los demás e incrementar sus propios beneficios a través del poder del Estado. Para evitar este problema de las externalidades, podría proponerse la unanimidad como única regla, pero la unanimidad conlleva costos incrementados, asociados con la toma de decisiones. La unanimidad conceptual emergió como la regla de decisión que minimiza los costos totales de las decisiones políticas, lo que nuevamente enfatizó la importancia del principio de Pareto para comprender el acuerdo político sobre las reglas.

En el ambiente posconstitucional, los participantes en el juego económico/político tratan las reglas como limitaciones y piensan en estrategias en respuesta a las mismas. Las reglas del juego que prometen "buena" vida pero generan incentivos que conducen a patrones de conducta no asociados con la "buena" vida, son, quizás, reglas que deben ser cambiadas. Buchanan ha argumentado que la economía política clásica descubrió que, mientras el Estado proporciona y mantiene reglas apropiadas, los individuos pueden dedicarse a sus propios intereses y disfrutar simultáneamente de los valores de la libertad, la prosperidad y la paz[415]. La visión liberal clásica, sin embargo, nunca fue implementada y durante una o dos generaciones no logró captar la imaginación de los intelectuales. Buchanan conjetura que este fracaso se debió a la ausencia de una teoría de la justicia en la economía política liberal clásica. Durante el siglo XX, los esfuerzos para desarrollar un modelo de justicia social para corregir esta debilidad han generado experimentos fallidos en el socialismo y en el Estado de bienestar socialdemócrata. Los errores del socialismo y del Estado de bienestar pueden ser atribuidos directamente a la incompatibilidad de incentivos entre las reglas de estos juegos y las estrategias de la ética del trabajo y la responsabilidad individual, una conducta asociada con la

prosperidad económica y la cooperación social: o, por lo menos, es el tipo de argumento que sugiere Buchanan. La veracidad de esta afirmación no es un asunto que nos incumba aquí. Mi intención es usar esta afirmación como ejemplo de cómo la obra de Buchanan proporciona un análisis positivo sobre la manera como escogemos entre reglas.

The Limits of Liberty contiene el análisis más articulado de Buchanan sobre su proyecto filosófico político. El subtítulo del libro, *Between Anarchy and Leviathan,* es un resumen nítido del propósito de la investigación de Buchanan. Frustrado por el fracaso de la filosofía política liberal clásica para limitar el crecimiento del Gobierno, algunos teóricos del mercado libre —entre ellos Murray Rothbard y David Friedman— sugirieron en las décadas del 60 y del 70 que el mercado podía proporcionar de manera endógena la infraestructura que gobernaría su operación: el anarcocapitalismo. Por añadidura, en las décadas del 70 y del 80 la obra de Hayek era interpretada con miopía por los académicos liberales clásicos, como una manta de reflexión sobre el constructivismo racional[416].

Buchanan compartió la frustración de los libertarios frente al crecimiento del Estado durante el siglo XX. Gran parte del crecimiento del Estado se relaciona con la visión romántica de la política que había capturado la imaginación de los liberales (*liberals*) de los Estados Unidos. Además, desde una perspectiva técnica, muchos argumentos a favor de la intervención del Gobierno se basaban en una comprensión deficiente de la economía y en una comprensión aún más deficiente de los procesos políticos. Mucha de la crítica sobre el mercado era engendrada por los que no comprendían los principios básicos del análisis del orden espontáneo. Buchanan creía que el análisis racional y la creación de las instituciones apropiadas del Gobierno podían emerger de los escritos de los economistas y encauzar el sistema en una dirección "deseable"[417]. La libertad se encontraría en el contrato constitucional, no en la ausencia de gobierno —pese al atractivo filosófico del anarquismo—, o en la sumisión a las fuerzas de la evolución. El anarquismo prometía una negación de la guerra de Hobbes de todos contra todos, y el evolucionismo prometía la elevación de la tradición al nivel de lo sagrado.

Buchanan propuso un argumento moderno para establecer estructuras de gobernabilidad, simultáneo con su esperanza de delinear los poderes del

Estado. En este sentido, Buchanan seguía el proyecto de Madison de otorgar poder y luego limitar al Gobierno. En *The Limits of Liberty,* Buchanan estableció la diferencia entre "el Estado protector" y "el Estado productor"[418]. El Estado protector implementa los derechos que emergieron en el tiempo preconstitucional. En esta modalidad, el Estado es ajeno a las partes contratantes y no intenta "producir" nada fuera del cumplimiento del contrato. El Estado productor, por otra parte, produce bienes colectivos. Ambas funciones del Estado son conceptualmente diferentes y no diferenciarlas conceptualmente lleva a la confusión. La ley, por ejemplo, no es objeto de escogencia en el tiempo posconstitucional, pero la oferta y la demanda de bienes públicos están sujetas a un proceso de escogencia colectiva.

Con el desarrollo de la teoría de la sociedad buscadora de rentas, el Estado productor debía ser diferenciado con mayor claridad de lo que podría llamarse el Estado redistributivo[419]. El Estado productivo incrementa el valor al coordinar los planes de los actores que son incapaces de hacerlo por acción individual. En cambio, el Estado redistributivo simplemente transfiere valor de unos individuos a otros, mediante acción colectiva. Lamentablemente, la lógica de la política sesga el proceso de acción colectiva en una forma que transforma a menudo al Estado productivo en un Estado redistributivo, incluso en oposición a las mejores intenciones de los actores económicos y políticos. Esta es una de las razones por las que Buchanan limita sus propuestas de reforma al nivel preconstitucional. Cuando es alcanzado el nivel posconstitucional, de poco servirá cambiar a los jugadores para lograr cambios duraderos. En el sistema de Buchanan, la reforma solamente es posible en el nivel de las reglas.

Al concentrar la atención en las reglas de la economía política, Buchanan impulsó el discurso económico para enfocar nuevamente las cuestiones morales y la tradición de la filosofía política.

Conclusión

Como he intentado demostrar, Buchanan fue, durante toda su carrera, un opositor a la corriente principal de la economía. No fue keynesiano, cuando el keynesianismo estuvo de moda. Se dedicó a un programa de investigación

subjetivista, cuando la mayoría de los profesionales de la economía habían perdido la visión de las raíces subjetivas de la revolución neoclásica. Rechazó los modelos formales de maximización de utilidad y de competencia perfecta, cuando estos modelos representaban la caja de herramientas de todos los economistas respetables. Finalmente, reintrodujo conceptos morales en la economía, cuando a los economistas les complacía rezar ante el altar del cientificismo.

Cuando Buchanan obtuvo el Premio Nobel, en 1986, a muchos les agradó que uno "de afuera" pudiera ser premiado. El propio Buchanan interpretó ese apoyo —frente a la reacción negativa de la prensa popular— como una inclinación a apoyar al que menos se espera que gane. Ciertamente, este sentimiento puso de relieve los buenos deseos y las felicitaciones duraderas que Buchanan recibió. Pero para mucha gente el premio representaba más que eso: el reconocimiento de que la economía era demasiado importante para ser dejada en manos de los eunucos técnicos e ideológicos —dos términos que Buchanan ha usado para describir a los economistas modernos —[420]. En los últimos cincuenta años, la economía ha borrado de la preocupación científica precisamente las cuestiones que más merecen la atención académica. Buchanan se dedicó a un programa de investigación más análogo a los de sus predecesores clásicos que a los de los economistas modernos inspirados por Paul Samuelson o Robert Lucas. Para los que vemos la economía como parte de una búsqueda amplia e interdisciplinaria de la verdad sobre el hombre y la organización social de intercambio y producción, cualquier movimiento en la dirección de pensadores heterodoxos es interpretado como una señal de que la profesión económica puede estar reconquistando su "sabiduría colectiva"[421]. Por supuesto, con frecuencia nuestras esperanzas se frustran tan pronto como discutimos el premio con colegas o con estudiantes graduados, que se preguntan dónde se encuentra el lema en el trabajo de un Buchanan. Pero se mantiene la esperanza de que los economistas se den cuenta de que nuestra disciplina tiene una herencia cultural y un capital social que han sido erosionados por la búsqueda ciega de la precisión científica. Hace muchos años, Boulding escribió sobre el libro *Foundations* de Samuelson:

> Los principios de generalidad y la elegancia matemática pueden ser… barreras para alcanzar y difundir el conocimiento… Puede ser que el

> descuido y la frontera literaria entre la economía y la sociología sean los terrenos de construcción más fructíferos en los años venideros y que la economía matemática permanezca demasiado límpida en su perfección, para que sea fructífera[422].

Las palabras de Boulding son aún más importantes hoy que hemos visto los frutos de la revolución formalista en la teoría económica y cómo esta ha separado la economía del discurso teórico social sobre la condición humana. Buchanan fue uno de los pocos que, a pesar de su compromiso profundo con la lógica de la argumentación económica, se opuso a la revolución formalista y se esforzó por colocar la economía moderna en el proyecto de la economía política clásica. Cualquiera puede estar en contra de este o aquel aspecto del proyecto, pero la empresa académica exige nuestro respeto, nuestra admiración y, con mayor fuerza, nuestra imitación.

Parte III
Sobre la práctica de la economía

Capítulo 18

¿Cuándo se arruinó la economía?

La economía moderna y su alejamiento de la realidad

El primero de marzo de 1933, Friedrich Hayek dictó la conferencia inaugural en la London School of Economics and Political Science de Londres. Hayek, que poco antes había sido nombrado por esa escuela catedrático Thomas Tooke en Ciencia Económica y Estadística, trató de explicar la tendencia de la opinión pública a respaldar el intervencionismo económico, tendencia implícita en esta paradoja: las preguntas sobre temas económicos son mucho más frecuentes que todas las demás, pero al mismo tiempo las respuestas dadas por los economistas son en general ignoradas por el público escéptico.

Hayek atribuía esta paradoja a dos causas: Primero, las enseñanzas de la economía son contraintuitivas. ¿Quién intuiría, por ejemplo, que una ley que incrementa los salarios podría elevar la tasa de desempleo? En segundo lugar, la docencia económica expone como utopías las respuestas de sentido común que suelen ofrecerse para resolver problemas concretos. Hayek sostiene: "La existencia de un cuerpo de razonamiento que impide a las personas seguir sus primeras reacciones impulsivas y las induce a balancear los efectos indirectos que pueden ser vistos solamente ejercitando el intelecto, en contra de los sentimientos intensos causados por la observación directa del sufrimiento concreto, generó y sigue generando una sensación de resentimiento"[423]. Hayek argumentaba que este resentimiento, asociado al examen reciente de los fundamentos analíticos de la economía clásica, constituyó un suelo fértil para el desarrollo de la Escuela Histórica Alemana, que adquirió preminencia entre los economistas. Esta escuela, junto con el institucionalismo de los Estados Unidos, ofreció a los economistas de mente práctica un método desprovisto de las características frustrantes de la economía analítica clásica. Un esquema de pensamiento que justificaba definir los problemas económicos como únicos —y brindaba soluciones no limitadas por principio económico alguno— fue un alivio para quienes aspiraban a convertirse en reformadores de la economía.

Hayek argumentaba, además, que todo el efecto de la Escuela Histórica fue sentido solamente por la segunda generación de economistas expuestos a esa influencia. La primera generación se oponía al método analítico de la

economía clásica, aunque su formación se había basado en ese método. Trataron de descartar la lógica rigurosa del pensamiento clásico, pero su formación impedía la separación completa de dicho pensamiento. La segunda generación, que no había sido formada según el método clásico, carecía de las herramientas mentales necesarias para interpretar los fenómenos económicos de manera teóricamente coherente.

A lo largo de este ensayo trataré de demostrar que el argumento de Hayek puede ser interpretado de dos maneras. Por un lado, estaba en lo correcto al sugerir que el intento de rechazar la teoría económica en nombre del "realismo" contradecía la buena economía. No tenemos otra opción más que pensar en términos de modelos y supuestos simplificados. Sería demasiado difícil comprender el mundo en términos diferentes. Sin embargo, por otro lado, la proposición de que todo el pensamiento está enmarcado en conceptos teóricos —sean estos adoptados consciente o inconscientemente— y, como resultado, que todos los hechos están cargados de teoría, no permite la adopción de cualquier teoría ni de todas las teorías. En cada caso, algunas teorías se aplican mejor que otras. Hayek no analizó esta circunstancia. Para sus propósitos, era suficiente contrastar la teoría con el historicismo y sostener que la teoría es esencial para el análisis económico adecuado y su aplicación a la política pública.

La coherencia interna es una forma de escoger entre teorías. Otra forma es la correspondencia de una teoría con la vida diaria. Demasiado realismo puede tergiversar el análisis, pero muy poco realismo se contrapone a lo científico. Si lo único que importara fuera la coherencia teórica, entonces el único límite en los ejercicios teóricos sería la imaginación del hombre. Dilemas interesantes reemplazarían las soluciones pragmáticas a los problemas del mundo: supuestamente la caracterización adecuada de la mayor parte de la teoría económica contemporánea. Supuestamente, los economistas deben dirigir un enfoque, por una parte, entre la pura descripción y la mera verificación de los eventos, y por otra, la indulgente gimnasia mental. En 1933, Hayek se dedicó solamente a los problemas asociados con las descripciones históricas, supuestamente libres de adornos.

La tarea del economista, según Hayek, era construir, a partir de elementos familiares, ensamblados a partir de nuestra experiencia diaria en el mundo, un modelo mental orientado a reproducir los hechos del sistema económico. Los economistas de su época, decía Hayek, comprendían mal esa tarea, porque ya

no prevalecía la comprensión de los principios autoorganizados de la economía de mercado. Estos principios habían sido el gran aporte de la economía clásica, pero en el tiempo en que los economistas neoclásicos confrontaron el reto historicista con el desarrollo del análisis marginal era demasiado tarde. La generación de economistas encargada de diseñar la política pública había perdido el discernimiento de las propiedades básicas del sistema de mercado. El resultado fue que la tendencia del pensamiento económico se desvió hacia la planificación gubernamental de la economía. Esta tendencia se reflejó no solamente en el interés creciente por el socialismo, sino que también podía ser detectada en el nuevo auge de los argumentos favorables al proteccionismo en el comercio internacional y a la regulación de la economía doméstica.

El error de Hayek

La conferencia de Hayek [1933] es interesante para nosotros en la actualidad, principalmente por su expresión temprana de los temas que dominaron más tarde su programa de investigación. Según Bruce Caldwell, la conferencia de Hayek —aunque titulada "La Tendencia del Pensamiento Económico"— "… probablemente constituye un punto de partida adecuado para hacer explícita la tendencia de su pensamiento"[424]. Hayek percibía la dirección de la política que dominaría crecientemente el pensamiento económico, pero culpaba por esta tendencia a las fuerzas equivocadas. El historicismo y el institucionalismo, junto con la Escuela Austriaca de Hayek, serían descartadas completamente por el formalismo durante la década posterior a la conferencia referida. El intervencionismo y la planificación fueron justificados no por argumentos historicistas, sino sobre la base de los refinamientos más avanzados que pudieran ofrecer la teoría económica y la técnica de la economía *neoclásica,* precisamente la esencia de la economía que Hayek trataba de defender.

Sin embargo, los argumentos teóricos de la economía austriaca fueron excluidos del canon de la "teoría" neoclásica y reemplazados por formulaciones matemáticas, incluso cuando las investigaciones empíricas de los institucionalistas americanos y de los historicistas alemanes no eran consideradas "empíricas" comparadas con las técnicas estadísticas modernas

de los econometristas[425]. La disciplina de la economía rechazó la tradición austriaca y también la historicista/institucionalista del pensamiento económico, aunque prácticamente llegó a similares conclusiones intervencionistas defendidas por la escuela historicista y los institucionalistas.

No fue esta la tendencia que Hayek señaló en su conferencia inaugural en la London School of Economics. Tampoco fue Hayek el único miembro de la Escuela Austriaca cegado por el camino que había tomado la economía. Ludwig von Mises escribió, en 1933, que no había diferencias sustanciales entre las varias escuelas de economía neoclásica moderna[426]. Para Mises, la economía austriaca encajaba con la corriente principal del pensamiento neoclásico, tradición identificada por Hayek como un conjunto de proposiciones que atacaban directamente el corazón del intuitivo y simplista atractivo de la interferencia y la planificación gubernamental. Para Mises, y también para Hayek, los enemigos de la ciencia económica moderna eran el marxismo, el historicismo y el institucionalismo. Las diferencias sutiles, en la teoría y en la forma de presentación de los principales economistas neoclásicos, no importaban mucho, al menos no cuando se las comparaba con estas otras corrientes. La economía neoclásica —definida como economía clásica fundamentada en la teoría de la utilidad marginal— era científica, mientras otras teorías eran pseudocientíficas.

Sin tomar en cuenta la miopía de Hayek y Mises, entre los economistas neoclásicos los austriacos eran diferentes. El economista vienés Carl Menger y sus seguidores enfatizaban, además del subjetivismo y del análisis de la utilidad marginal, la importancia para comprender los procesos económicos del conocimiento, la ignorancia, el tiempo, la incertidumbre, el cambio y el desequilibrio. Aparte de los economistas austriacos y suecos —y algunos americanos e ingleses como Frank Fetter y Philip Wicksteed—, los economistas neoclásicos ignoraron estos temas en sus teorías. Sin embargo, dado que los economistas austriacos estaban de acuerdo con la corriente principal en cuanto a la utilidad subjetiva y el análisis marginal, eran vistos por los demás, y también por ellos mismos, como similares a los economistas de la corriente principal, quienes pasaban por alto las “imperfecciones” del mercado, tales como el tiempo y la ignorancia[427].

Hayek y Mises no previeron lo que se acercaba. La tensión entre la economía neoclásica y la Escuela Austriaca solamente cobró importancia por

dos debates económicos que aún no habían empezado: uno con John Maynard Keynes sobre la teoría y la política macroeconómica, y otro con Oskar Lange sobre la factibilidad y las ventajas del socialismo. De hecho, el debate con Keynes, no fue por sí solo, suficientemente importante como para perturbar la visión de los austriacos sobre su estatus, considerado parte de la corriente principal. En realidad, este debate giró en torno a aspectos fundamentales del dinero y la teoría del capital, pero a simple vista se trataron más dudas superficiales de la política pública. En ambos lados la discusión fue oscurecida por el hecho de que la visión continental europea de Hayek, sobre el capital y la teoría monetaria, apenas fue comprendida y apreciada en Inglaterra y en los Estados Unidos. John Hicks comentó que Hayek escribía en inglés, pero su tema no era la economía inglesa[428]. La consecuencia fue que muchos de los planteamientos analíticos nunca fueron discutidos adecuadamente.

Por ejemplo, Hayek criticó la obra de Keynes *Treatise on Money,* señalando la tendencia de su autor a equiparar los factores económicos reales como factores agregados, y criticó también la ausencia de una teoría del capital en la obra de Keynes. Keynes nunca contestó a estas críticas con seriedad. En definitiva, el debate Hayek-Keynes puede verse como un caso típico de incomprensión mutua. Hayek compartía con numerosos economistas británicos las conclusiones básicas de las políticas de *laissez-faire* y por ese motivo Keynes asoció a Hayek, equivocadamente, con el aparato teórico de los antiintervencionistas británicos que Hayek había cuestionado parcialmente, aunque fuera sin proponérselo. Fue así como Keynes asoció a Hayek con la escuela "clásica" que debía ser subyugada por *The General Theory of Employment, Interest and Money.* Según los austríacos, la economía clásica bastaba para demostrar los problemas fundamentales de Keynes. Mises y Hayek interpretaban la *General Theory* de Keynes como un retorno, tanto a las falacias inflacionarias del pasado —que incluso las versiones crudas de la teoría cuantitativa del dinero ya habían desplazado— como a la economía de la abundancia, que negaba que los bienes de capital fueran escasos. Pero aquí los austríacos estaban equivocados[429]. Es un hecho que Keynes cometió errores fundamentales en el razonamiento económico, pero desde diferentes puntos de vista se introdujo profundamente en la economía clásica británica y dejó allí sus

huellas. No eran suficientes las referencias a la ortodoxia económica, en retórica o en sustancia, para frenar el impulso por abrazar la economía y la política keynesianas[430].

La Gran Depresión no solo impulsó la aceptación de la economía keynesiana, sino también le dio un nuevo prestigio al socialismo. Sobre el capitalismo, los críticos argumentaban que se trataba de un sistema tanto injusto como caótico. Los ciclos económicos eran vistos como manifestaciones de las contradicciones inherentes del capitalismo. Por razones obvias, durante la crisis este mensaje poseía un atractivo muy práctico.

Nada en la versión popular de este socialismo habría sacudido la imagen propia de los economistas austriacos como lo hizo la corriente principal de la economía. Desde la década de los 90, Eugene von Böhm-Bawerk utilizó la teoría económica neoclásica para refutar la teoría marxista sobre el funcionamiento del capitalismo. En 1920, Mises hizo lo mismo respecto a la idea de la planificación socialista, al demostrar que sin propiedad privada de los medios de producción, los planificadores socialistas no podían calcular racionalmente los usos alternativos de los recursos escasos[431]. Pero en la década de los 30 Oskar Lange utilizó el análisis del equilibrio neoclásico para demostrar la invalidez del argumento de Mises —siempre que uno supiera que los planificadores poseían conocimiento perfecto—. Según Lange, con conocimiento perfecto los planificadores socialistas podían calcular el uso alternativo de los recursos, tal como lo calcula el mercado competitivo, por la mecánica de prueba y error. Los planificadores socialistas se basarían en el conocimiento de las condiciones de oferta y demanda, con la misma mecánica que los agentes económicos, en una economía de mercado, lo harían según el modelo neoclásico de equilibrio alcanzado por la competencia perfecta. Si este modelo fuera teóricamente coherente, entonces el modelo de Lange aplicado al socialismo de mercado también sería coherente.

Así, Lange defendió el socialismo con argumentos neoclásicos y esa defensa sorprendió a los austriacos, como también los sorprendió que la aprobaran los economistas de la corriente principal. Economistas experimentados como Frank Knight y Joseph Schumpeter se adhirieron al aspecto analítico de Lange, y economistas jóvenes como Abba Lerner se empeñaron en profundizar en los argumentos de Lange. La respuesta de

Mises y Hayek fue emprender la explicación, con mayor claridad y mayor precisión, de la contraposición entre la economía austriaca y la ortodoxia neoclásica. Sin embargo, en esas fechas Hayek y Mises estaban ya demasiado alejados de la corriente principal como para poder atraer a los defensores de las teorías de Lange. La opinión generalizada sobre Mises y Hayek fue verlos, no como economistas serios, sino como especialistas de la derecha motivados políticamente. Por 1950, la Escuela Austriaca había caído al submundo de la ciencia económica: tanto, que hasta ahora despierta dudas la consideración de esta escuela como parte de la disciplina económica contemporánea. A mediados del siglo XX se había cumplido la predicción de Hayek: el intervencionismo, e incluso el socialismo, dominarían la economía. Sin embargo, el origen de esta tendencia no fue el historicismo antiteórico, sino la propia teoría neoclásica.

La revolución formalista

Según los economistas profesionales, la economía austriaca fue derrotada de golpe, tanto por el keynesianismo como por el socialismo neoclásico. Con respecto al capitalismo, el keynesianismo ponía en duda su estabilidad macroeconómica, mientras el socialismo neoclásico cuestionaba su eficiencia microeconómica. Los argumentos de Lange y Lerner podrían ser interpretados como demostraciones de que el socialismo ideal de mercado puede ejecutar tanto como el capitalismo ideal, pero una interpretación más directa fue que, en el mundo real, frente al supuesto poder monopólico del capitalismo del mundo real, el socialismo de mercado del mundo real sería incluso más eficiente.

Lo que indujo a la corriente principal neoclásica a respaldar estas ideas fue la falta de seriedad que estos economistas atribuyeron a factores como el uso y la imperfección del conocimiento económico, la presencia de ignorancia e incertidumbre, el transcurso del tiempo y los cambios de las condiciones económicas. Todas estas variables fueron descartadas en los modelos de equilibrio de la corriente principal. Mientras tanto, los austriacos continuaron sosteniendo las conclusiones de política contraintuitiva de la teoría económica heredada, porque, si los factores mencionados fuesen tomados con seriedad, nuevas formas de intervencionismo, basadas en la suposición de

que existe un conocimiento perfecto, generarían un equilibrio atemporal y permanente. Estas conclusiones parecen fantásticas y por eso mismo no pertinentes.

Los austriacos, por ejemplo, argumentaban que la inflación monetaria encontraba su camino a través de un sistema económico, mediante un proceso desgastado de ajustes en los precios relativos. Por lo tanto, el efecto de la inflación en los precios monetarios —nominalmente sin importancia— podía desencadenar efectos muy reales en la distribución subyacente de recursos. En otras palabras, las señales de los precios relativos podían distorsionarse y confundir a los inversionistas. La inyección de dinero en un sector de la economía podía crear la ilusión de un incremento de la demanda en dicho sector, lo que impulsaría nuevas inversiones innecesarias. Además, la inversión requeriría recursos que, lejos de constituir un agregado indiferenciado de capital, sería tanto heterogéneo como específico para ciertos proyectos. El capital requerido para construir una casa es diferente del capital requerido para fabricar un automóvil. Por lo tanto, las distorsiones en la inversión, causadas por disturbios monetarios, pueden producir consecuencias severas. Encandilado por el mantenimiento de una oferta estable de "capital", el Gobierno puede estimular excesivamente la oferta de casas, por ejemplo, a expensas de lo que anhelan los consumidores, que podrían ser automóviles. Sin embargo, la corriente principal de la economía neoclásica no dio importancia a estos problemas. Descartó la teoría cuantitativa del dinero, como lo hicieron los keynesianos, o aceptó la versión crudamente mecánica de dicha teoría que asume unos incrementos proporcionales parejos en el nivel general de los precios, como la consecuencia principal de los incrementos de la oferta de dinero. El trabajo teórico y metodológico de Mises y Hayek, que ponía énfasis en los procesos de ajuste al mundo real de los "datos" de la corriente principal, y los veía como dados y no problemáticos, pareció anacrónica a los economistas cuya atención estaba enfocada en un estado de equilibrio imaginario, que podía ser perfecto, o imperfecto cuando lo afectaba el desempleo.

En 1947, la publicación del libro de Paul Samuelson *Foundation of Economic Analysis*[432] amplió la brecha entre la economía austriaca y la corriente principal de la economía neoclásica. Samuelson fue pionero en la síntesis de la economía neoclásica y la economía keynesiana, y también

respaldó el argumento Lange-Lerner sobre el socialismo de mercado[433]. Por otra parte, en la década de los 50 Samuelson apoyó la visión neoclásica contra el mercado libre, con el desarrollo de la teoría de las fallas del mercado. Con anterioridad, el modelo del mercado de competencia perfecta era usado principalmente en experimentos didácticos, que contrastaban este modelo con las instituciones del mercado del mundo real. Estos experimentos contrafácticos echaban luz sobre la positiva función de aquellas instituciones[434]. Por ejemplo, en un mundo de información completa, lógicamente no existirán empresas ni ganancias. Por lo tanto, el contraste entre este mundo imaginario y el mundo real de empresas y ganancias demostraba que tales instituciones tendrían a lo sumo, quizás algún significado funcional en el manejo de la información imperfecta e incompleta del mundo real.

Este uso contrafáctico de la teoría de la competencia perfecta fue revertido por la revolución formalista de la economía[435]. La distancia entre la realidad y el modelo de competencia perfecta se veía ahora como una prueba de las intervenciones en la economía de mercado, que serían necesarias para aproximarse al equilibrio. A partir de 1950, el equilibrio competitivo y la conducta de maximización que idealmente generaría ese equilibrio representaron el corazón de los programas de investigación de los economistas. Y sucedió que la economía como disciplina fue transformada[436].

La minoría de los economistas pensaba que la economía de mercado se aproximaba al modelo, mientras la mayoría veía que el capitalismo se desviaba significativamente del modelo y que se justificaría una intervención importante del Gobierno. En ambos casos, el formalismo condujo a la utopía. Por un lado, la visión minoritaria idealizaba la realidad para que se aproximara al modelo y, por el otro, la visión mayoritaria veía una realidad distópica, carente de ajustes dinámicos, donde se le atribuían propiedades utópicas a las intervenciones diseñadas para que la realidad coincidiera con el modelo. Ninguno de los dos tipos de formalismo reconocía una posibilidad distinta de todo o nada. O el mundo real era un ejemplo de equilibrio estático o necesitaba un empujón del Gobierno para alcanzar ese estado. Las posibilidades intermedias, representadas por las instituciones del mundo real

ajustables al desequilibrio, se hicieron invisibles, porque el modelo solamente consideraba el equilibrio.

El equilibrio competitivo requería: 1) información perfecta; 2) grandes números de compradores y vendedores; 3) movilidad sin costo de los recursos; según este conjunto de condiciones, la lógica del modelo determinaba: 4) que cada participante en el mercado tratara los precios como dados; y 5) que cada precio fuera igual al costo marginal de producción. Como resultado de estos requisitos, las empresas producirían al más bajo costo promedio y obtendrían cero en ganancias económicas. En las décadas del 50 y del 60, la teoría de la corriente principal divulgó dos teoremas fundamentales de bienestar, derivados de pruebas de la existencia (matemática) y la estabilidad de este equilibrio competitivo. El primer teorema del bienestar estableció que una economía en equilibrio general competitivo sería "Pareto-eficiente". El segundo estableció que toda economía "Pareto-eficiente" podía lograrse mediante el mecanismo de mercado descentralizado. En conjunto, estos dos teoremas del bienestar prueban que *si* las condiciones apropiadas se dan, el mecanismo del mercado resulta en la mejor economía posible.

Pero tenemos aquí un *s*í de gran tamaño. Sin mercados futuros perfectos, por ejemplo, no puede asumirse una asignación intertemporal de recursos óptima. A menos que se cumplan las condiciones estrictas requeridas para el equilibrio competitivo general, el teórico económico no podría emitir pronunciamientos confiables sobre la eficiencia de la asignación de los recursos por parte del mercado. De hecho, este teórico podría pronosticar resultados no óptimos que demandarían acciones correctivas del Gobierno.

El nuevo papel del equilibrio competitivo fue promovido por las innovaciones metodológicas de Samuelson. Este se empeñó en reescribir la economía en el lenguaje de las matemáticas, con el fin de eliminar las supuestas vaguedades subyacentes en los debates entre los "economistas literarios" de las generaciones previas. Samuelson afirmaba que expresar la economía en el lenguaje axiomático de las matemáticas obligaría a los economistas a exponer explícitamente lo que antes quedaba implícito. Pero las técnicas matemáticas de Samuelson exigían funciones lineales bien educadas. De lo contrario, los resultados serían indeterminados y la precisión prometida no se alcanzaría. Para adaptar el comportamiento económico al lenguaje matemático, el mundo real debía ser depurado de su complejidad y

la situación problemática de los actores económicos debía ser simplificada drásticamente para ofrecer las formulaciones precisas que buscaba Samuelson.

El programa de investigación de Samuelson eliminaba el componente consciente de las alternativas económicas que los individuos confrontaban en un mundo de incertidumbre. La escogencia se reducía a un simple ejercicio determinado en un marco dado de medios y fines, algo que incluso un autómata podría manejar. La tarea de descubrir, no solamente los medios apropiados, sino también los fines que debían lograrse, fue dejada fuera de la ecuación. Además, quedó fuera del análisis que las instituciones y las prácticas del mercado surgen precisamente *debido a* las desviaciones del modelo del mercado perfecto. Así como la fricción entre las suelas de nuestros zapatos y la acera nos permiten caminar, también las imperfecciones del mundo real dan vida a las instituciones y las prácticas esenciales que hacen posible la vida económica. Es imposible modelar con precisión la complejidad de las instituciones y de los individuos, y por eso en la argumentación de Samuelson esta complejidad fue eliminada mediante supuestos simplificadores.

La enorme brecha, entre el análisis previo preservado por los economistas austriacos y el uso nuevo de modelos de equilibrio, puede ser ilustrada con la recepción que dieron los economistas al trabajo de Ronald Coase sobre los costos de transacción. En 1937, Coase escribió sobre la teoría de la empresa y en 1960 escribió sobre el problema de los costos sociales. Considerado como entregado al análisis de experimentos contrarios a los hechos, Coase se enfocó en el origen del mercado real y las instituciones legales como mecanismos para manejar los costos positivos de transacción en el mundo real[437]. En 1937 Coase señaló que sin costos de transacción las empresas serían innecesarias. Las transacciones en los mercados “spot” serían lo único requerido para coordinar la producción. Además, en 1960 Coase escribió que sin costos de transacción las leyes de propiedad también serían innecesarias. Las negociaciones voluntarias entre los actores económicos resolverían todos los conflictos relacionados con los derechos de propiedad. Por lo tanto, la existencia real de las empresas y de las leyes evidencia la verosimilitud y la ubiquidad de los costos de transacción.

Las teorías de Coase han sido groseramente malentendidas por los

economistas neoclásicos formalistas. En vez de destacar el significado funcional de las instituciones del mundo real, en un entorno de costos positivos de transacción, los argumentos de Coase han sido interpretados como una descripción de las implicaciones del bienestar en un mundo de costos de transacción iguales a cero. El "teorema de Coase" ha sido expresado en estos términos: en un mundo de costos de transacción iguales a cero, no importa la distribución inicial de los derechos de propiedad, dado que, mientras los individuos tengan la libertad de efectuar transacciones, los recursos serán canalizados hacia su uso de mayor valor[438].

La revolución formalista enterró más que las visiones teóricas de Coase sobre el papel de las instituciones de propiedad y los contratos. El trabajo histórico sobre la red compleja de las instituciones que sostenían la dinámica capitalista, engendrada por la generación previa de intelectuales neoclásicos tales como Knut Wicksell, Frank Knight, Jacob Viener y, también, Mises y Hayek, fue desechado en el trayecto hacia la teoría formal. En las décadas del 30 y del 40, el verdadero problema con la brújula del pensamiento económico no fue la crítica a la teoría sostenida por el historicismo y el institucionalismo. Tampoco fue la guerra contra el liberalismo clásico, emprendida por los keynesianos y los socialistas. La postura antiteórica del historicismo y del institucionalismo era autodestructiva, de tal suerte que el keynesianismo y el socialismo habrían subido, y luego habrían caído, con las mareas de la política. El verdadero problema para la economía era que el medio se estaba convirtiendo en el mensaje, mientras los parámetros del formalismo negaban el estatus científico y adoptaban la *teoría realista.*

Las ideas que desafiaban las técnicas del análisis formal pasaron a ser consideradas no dignas de consideración seria. Incluso, cuando una idea se consideraba interesante, si no podía ser incorporada a un modelo apropiado, esa idea no tendría mucho futuro[439]. La sustancia de la economía fue desplazada por la técnica matemática. El conocimiento económico fundamental fue repudiado, pese al progreso evidente alcanzado en la precisión de los economistas afiliados a estas ideas[440].

La primera víctima de la revolución formalista fue la rica tradición histórica e institucional de la economía, que todavía se encontraba vigente en los años 30. Los estudios de casos de industrias particulares, por ejemplo, eran algo frecuente. Sin embargo, después del desarrollo de la econometría, la

práctica de los estudios de casos fue descartada y remplazada por el análisis de amplias muestras de datos. La segunda víctima de la revolución formalista fue lo que podría llamarse "la manera de pensar del economista", la característica fundamental de la disciplina en sus versiones clásica y neoclásica tempranas. Lo mejor de la economía previa combinó un análisis de las particularidades del contexto institucional con la teoría enraizada en las generalidades de la escogencia en condiciones de escasez. Los individuos deben tomar siempre decisiones que implican un costo de oportunidad, pero la forma como sopesan sus escogencias es circunstancial, según el contexto particular de esa escogencia.

Samuelson purgó la teoría económica de su contexto institucional y el acercamiento econométrico a la economía empírica eliminó los detalles históricos. La parsimonia derrotó al pensamiento profundo. En esa época, la economía fue desplazada de un lado de la división cultural —las humanidades— al otro lado —las ciencias—, o por lo menos este movimiento reflejaba la autoimagen de los economistas que igualaban la ciencia con la precisión más que con la autenticidad.

El físico no admite que la imposibilidad de hacer predicciones certeras en muchos aspectos del mundo real —como la meteorología— interfiera con la búsqueda de las leyes precisas que gobiernan esos fenómenos. Mediante la búsqueda miope de los aspectos formales de la disciplina, la economía fue reducida al estado actual, en el que, conforme transcurre el tiempo, sabemos más y más sobre menos y menos[441].

El equilibrio: ¿Descripción de la realidad, crítica normativa o tipo ideal?

A la luz de la revolución formalista en la teoría económica, resulta útil distinguir el viejo uso del modelo de equilibrio como *tipo ideal* de su uso, por parte de los economistas pro mercado de la Escuela de Chicago, como una descripción de la realidad, así como también del uso, por parte de los neokeynesianos, como un estándar a partir del cual se podría modelar la realidad cuando no estuviera a la altura de las circunstancias[442]. Los últimos dos usos del equilibrio constituyen un ideal estático, donde la pregunta es si la realidad encaja o no con el modelo. En el uso del equilibrio como *tipo*

ideal, por el contrario, la pregunta es cómo los alejamientos de este equilibrio, ignorados por la Escuela de Chicago e identificados por los neokeynesianos como "fallas del mercado", pueden constituir formas de éxito incompleto. El enfoque de *tipo ideal* no intenta describir la realidad ni enjuiciarla. Es una construcción teórica que trata de aclarar algunas cosas que *podrían* ocurrir en la realidad. La investigación empírica determina si estos fenómenos están, de hecho, presentes y cómo se manifiestan[443]. Según esta óptica, el desequilibrio no es necesariamente una falla del mercado. Una situación menos que perfecta puede ser preferible a cualquier alternativa alcanzable.

Constituido como un *tipo ideal,* el equilibrio permitió a los economistas describir cómo sería el mundo en ausencia de imperfecciones como la incertidumbre y el cambio. El valor descriptivo del modelo yace precisamente en su distanciamiento de la realidad observada, que enfatizaba la función de las instituciones del mundo real confrontadas con el conocimiento imperfecto, la incertidumbre y otras circunstancias. El concepto del equilibrio era usado como *tipo ideal* por economistas austriacos como Mises y Hayek, los primeros economistas de la Escuela de Chicago como Frank Knight, los teóricos de la LSE como Ronald Coase, y los teóricos de la Escuela Sueca como Knut Wicksell. En contraste, el formalismo económico estuvo, en un principio, definido virtualmente por el uso del equilibrio como un parámetro para criticar la realidad. Por un lado, esta visión de la realidad hacía caso omiso de los elementos dinámicos del mundo real, y por otro suponía que la perfección estática debía ser alcanzada de alguna manera. Samuelson, Kenneth Arrow, Frank Hahn y, más recientemente, Joseph Stiglitz son los teóricos más conocidos que han usado los modelos de equilibrio de esta manera.

Casi al mismo tiempo que surgía la definición del equilibrio como medida no adecuada de la realidad, economistas de la Universidad de Chicago, como Milton Friedman, George Stigler, Gary Becker y Robert Lucas empezaron a usar el equilibrio como una *descripción* de la realidad. Según estos economistas, los mercados reales se aproximan impresionantemente a las propiedades de eficiencia del equilibrio competitivo general. Y aunque un mercado del mundo real se desvíe del ideal, las predicciones del modelo de equilibrio aproximan la conducta del mundo real mejor que los modelos

alternativos. En otras palabras, los mercados del mundo real actúan "como si" estuvieran en una situación de equilibrio competitivo. De hecho, Becker y Lucas tratan la existencia del equilibrio como una suposición básica implícita en su análisis de los fenómenos económicos. Al eliminar la brecha entre el modelo y la realidad, la Escuela de Chicago, en su forma más pura, elimina la necesidad de la intervención pregonada por Samuelson y otros economistas. De esta situación se deriva la reputación actual del *laissez-faire* como un dogma de los economistas ampliamente alejado de la realidad. En comparación con el supuesto inconcebible de la filosofía del *laissez-faire* en la Escuela de Chicago, la regulación del Gobierno se ha convertido no en fruto de un pensamiento económico crudo e "intuitivo", sino en una manifestación de una forma de realismo práctico.

Desde la perspectiva de los que ven el equilibrio como *tipo ideal*, tanto su idealización empírica como su uso como condena de una realidad estática parecen deficientes. En la Escuela de Chicago, el uso del equilibrio para describir la realidad combina el mundo mental con el mundo empírico. Y mientras los que usan el equilibrio para definir la realidad reconocen que el mundo no es perfecto, su ignorancia sobre las maneras en que las instituciones imperfectas producen una semblanza del orden económico les otorga una visión indebidamente pesimista del mercado y una tendencia optimista y no realista, de acogerse a órdenes legales para hacer que la realidad luzca como el modelo. *En ambos casos, el valor heurístico del equilibrio es sacrificado.* Al ignorar la dinámica del desequilibrio, ambas tradiciones niegan la posibilidad de que las instituciones de mercado del mundo real tengan propiedades de coordinación, incluso en presencia de conocimiento disperso, de una persistente ignorancia, la irreversibilidad del tiempo y condiciones cambiantes[444]. Mientras el uso descriptivo del equilibrio conduce a una aceptación de las transacciones del mercado, lo hace sobre una base no realista. Prueba de ello es que la Escuela de Chicago carece de una teoría que explique cómo logran los mercados determinados grados de éxito. Los críticos nunca se cansan de señalar que todo el trabajo importante se efectúa sobre la base de los supuestos del modelo. De igual forma, el uso del equilibrio como variante que condena la realidad fracasa en su intento de admitir que las imperfecciones existentes pueden, en un mundo dinámico, ser las fuentes de motivación y aprendizaje que conducen a la corrección de los

errores del mercado. Los usos predictivos y los usos normativos del equilibrio describen los mercados como esencialmente estáticos. Esto constituye un rechazo involuntario de la esencia de la contribución de Hayek, pese al apoyo verbal que con frecuencia los economistas formalistas atribuyen a los ensayos esenciales del mismo: "Economics and Knowledge" (1937) y "The Use of Knowledge in Society" (1945)[445].

La "información" como puente a la realidad

Hayek sugirió que la preocupación central de la economía es explicar "cómo la interacción espontánea de numerosos individuos, cada uno poseedor solamente de pequeños *bits* de conocimiento, da lugar a una situación en la que los precios corresponden a los costos, y que solo puede alcanzarse por mandato deliberado, si es guiada por alguien que tiene los conocimientos combinados de todos esos individuos". En otras palabras, la economía debe explicar la realidad observada. La observación empírica de que *los precios tienden a corresponderse con los costos* es el punto de partida de la ciencia económica. Sin embargo, la teoría neoclásica formal, en lugar de analizar cómo la información difusa es procesada y usada por actores económicos imperfectos, termina por identificarse con la suposición de que "todos los individuos saben todo" y, por tanto, escapan a "toda solución real del problema"[446].

Hayek fue más allá, al afirmar que "el tipo de conocimiento a que me he referido es aquel que por su naturaleza no puede formar parte de las estadísticas[447]. El contenido de los precios del mercado no es la clase de información que puede ser tratada como un producto. Para Hayek, el *costo* de la información no es lo esencial, sino la *dispersión.* Esa dispersión hace que el conocimiento económico sea inaccesible, salvo en circunstancias institucionalmente frágiles y especiales. Como lo explica Hayek, el conocimiento económico pertinente es "el conocimiento de las circunstancias especiales de tiempo y lugar"[448]. Solamente puede ser descubierto y utilizado en contextos institucionales particulares: contextos que son abstraídos en los modelos formalistas de equilibrio que ignoran las circunstancias de tiempo y lugar. En esto consiste la falta de conexión de la

economía contemporánea para comparar alternativas de arreglos institucionales del mundo real sobre el desempeño de la economía genuina[449].

El propósito fundamental del análisis económico, aceptada la visión de Hayek sobre el conocimiento económico, es determinar cómo un sistema dinámico de producción usa el conocimiento disperso de tiempo y lugar, de tal forma que se alinean los planes de producción con las demandas de consumo. El sistema de precios monetarios, dentro de un entorno institucional donde los derechos de propiedad están bien definidos y son bien respetados, sirve a esta función de alineamiento en, por lo menos, tres formas. Primero, *ex ante*, los precios transmiten conocimiento sobre las escaseces relativas de los bienes a varios participantes en el mercado y ellos pueden ajustar su conducta consistentemente. Si sube el precio de un bien, los actores económicos reciben la información de que el bien se volvió relativamente más escaso y que deben economizar su uso. Por esta razón, los participantes en el mercado tienen un incentivo para hacer uso del conocimiento contenido en los precios y para ajustar sus acciones a través del tiempo. Segundo, el sistema de precios sirve la función *ex post* de revelar el beneficio definitivo, o la falta de beneficio definitivo, de las acciones económicas. La buena empresarialidad —en el sentido amplio del término— es recompensada con ganancias, mientras que los errores son castigados con pérdidas. Por lo tanto, los precios del mercado motivan decisiones futuras al divulgar información sobre las condiciones cambiantes del mercado, y además, ayudan a los participantes en el mercado a evaluar las decisiones anteriores y a corregir las que hayan resultado erradas.

Desde este punto de vista, el proceso del mercado es un asunto de *ajuste dinámico* a las brechas entre un equilibrio estático de satisfacción universal y los numerosos desvíos de este modelo que se observan en el mundo real. Cada una de estas brechas entre lo que no ocurre y lo que ocurre representa una oportunidad de ganancia. La información del precio es también una motivación beneficiosa que, con el correr del tiempo, induce a ajustar el mundo real a las oportunidades de ganancias en un sitio particular[450].

La teoría del equilibrio formal contiene únicamente una imagen estática y distorsionada de estos aspectos del sistema de precios. Cuando reconocieron esta deficiencia, Hayek y otros economistas de la tradición austriaca

intentaron explicar cómo el sistema de precios opera en el *desequilibrio* del mundo real[451]. La crítica austriaca del modelo estándar es que en este no cabe el papel multifacético que desempeñan los precios de desequilibrio en el proceso del mercado.

La mera idea de una teoría económica del *proceso* del mercado contrasta con la naturaleza estática del análisis del equilibrio. Dado que solamente un conjunto de precios de *desequilibrio* impulsa la moción del proceso competitivo que caracteriza a los mercados del mundo real, la ortodoxia formalista, por su propia naturaleza, debe ignorar este proceso. Mises escribió:

> Las actividades del empresario, o de cualquier otro actor en el escenario económico, no son guiadas por consideraciones de conceptos como los precios de equilibrio o la economía de giro uniforme. Los empresarios toman en cuenta los precios futuros previstos, no los precios definitivos ni los precios de equilibrio. Descubren discrepancias entre los precios de los factores complementarios de producción y los precios futuros previstos de los productos, y su intención es sacar ventaja de tales discrepancias[452].

Los precios son la base del cálculo económico solamente en el contexto de un proceso de competencia que se origina en lo que descartan los formalistas: el desequilibrio. En el mundo real, los precios del mercado no contienen toda la información pertinente requerida para un equilibrio competitivo. Si tal información fuera conocida en el presente, la actividad económica sería innecesaria. Sin embargo, en las condiciones de desequilibrio, el reto activo para elevar los precios cuando la cantidad demandada excede la cantidad ofrecida, o el de bajarlos cuando la cantidad ofrecida excede la cantidad demandada, genera los incentivos y la información necesarios para coordinar las decisiones económicas. La discrepancia entre el conjunto de precios presentes y el pronóstico de precios futuros les genera a los empresarios el incentivo para descubrir oportunidades de ganancias económicas hasta ahora desconocidas. Por supuesto, en este proceso de percibir el futuro los empresarios pueden equivocarse y, de hecho, se equivocan, pero, al crear nuevas oportunidades de descubrimiento, estas equivocaciones suelen generar nuevas decisiones enfocadas a asignar o reasignar los recursos de

manera más efectiva, para alcanzar los fines buscados. Israel Kirzner escribió: “El proceso de mercado emerge como la implicación necesaria de las circunstancias de las acciones de la gente, de los errores, del descubrimiento de los errores y de la tendencia a revisar sus acciones para que sean menos erróneas que antes”[453]. El supuesto de conocimiento perfecto fue esencial para modelar el estado de equilibrio competitivo, pero descartó el examen de la ruta por la que el ajuste hacia el equilibrio podía lograrse. Si el sistema no estuviera ya en equilibrio, no podría explicarse cómo llegar a esa situación. Lógicamente, la omnisciencia se convierte en inacción. Nadie puede aprovechar una oportunidad de ganancias conocida por todos. Por lo tanto, si han de ser realistas, los supuestos del modelo deben relajarse, pero en esas condiciones el modelo se vuelve excesivamente complejo y pierde su elegancia formal.

Este dilema ha perturbado un elemento importante dentro de la corriente principal del pensamiento económico. Desde 1960, esta corriente ha procurado confrontar el reto de Hayek y examinado los aspectos de la información del mercado. El programa de investigación es de suma importancia en la evaluación del estado presente de la economía, no solo porque es la ortodoxia creciente del momento, sino también porque procura oponerse al elemento principal de la realidad que, según los austriacos, el formalismo económico oscurece. Dado que la nueva economía de la información es formalista en su uso de modelos de equilibrio, ha sido condenada a oscilar entre dos utopías: la de las propiedades de la información de los mercados reales, y la de sus alternativas.

La economía clásica se ha enfocado exclusivamente en el incentivo, generado por el precio, a comprar mayores o menores cantidades de un bien particular. Los nuevos economistas de la información reconocen también que los precios desempeñan una función comunicativa. Ven que los precios transmiten conocimiento vital, por ejemplo, sobre la escasez relativa y permiten que los participantes económicos coordinen sus decisiones. A George Stigler, de Chicago, se lo ve con frecuencia como el primer economista que desarrolló un modelo informacional consistente con la teoría de los precios estándar de los neoclásicos. Stigler argumenta que los individuos buscarán, en forma óptima, la información necesaria para alcanzar sus objetivos en el mercado, pero, a diferencia de Hayek, supone que harán

esto de manera óptima al comparar el costo marginal de la información con el beneficio marginal de continuar en la búsqueda de dicha información[454]. En otras palabras, Stigler juntó el contenido informacional de los mercados con el supuesto de que los modelos de equilibrio deben ser considerados como descripciones de la conducta genuina. Según Stigler, hay ignorancia económica en el mundo real, pero es el nivel óptimo de ignorancia. La intención de eliminar la ignorancia que subsiste implicaría búsquedas de información que serían más costosas que los beneficios que podrían producir.

Siguiendo a Stigler, economistas como Armen Alchian y Jack Hirshleifer desarrollaron modelos de búsqueda de información en los que varios aspectos del sistema económico —como la publicidad, los intermediarios, el desempleo, las colas y el racionamiento— asumen nuevas definiciones y significados funcionales[455]. Al mismo tiempo, los economistas que trataban el equilibrio como una norma crítica y no como una realidad —Kenneth Arrow, Leonid Hurwicz y Roy Radner— intentaron desarrollar modelos que tomaran en cuenta las imperfecciones de la información[456]. El análisis de Stigler extendió el supuesto de la conducta maximizadora al proceso de información. Predijo que varias prácticas emergerían de los mercados en busca de tal proceso y generarían el flujo óptimo en el proceso de búsqueda de información. En contraposición, Arrow, Hurwicz y Radner argumentaron que, frente a información incompleta, los agentes maximizadores serían incapaces de coordinar su conducta de manera óptima, a menos que un mecanismo apropiado se pudiera diseñar antes que el mercado[457]. El primer enfoque presuponía la eficiente asignación de recursos del mercado; el segundo, presuponía su ineficiencia y el predominio de las fallas del mercado. En ninguno de los dos enfoques analizó adecuadamente el desequilibrio o los componentes de información múltiple del proceso del mercado, que ayudan a los actores económicos a ajustarse y aprender del desequilibrio.

Entre los economistas contemporáneos, Joseph Stiglitz y Sanford Grossman han elaborado el segundo enfoque más sistemáticamente que otros economistas. Su búsqueda del papel de la información en los precios ha conducido a un cambio importante de protagonistas sobre muchas cuestiones básicas de la ortodoxia económica[458]. Grossman y Stiglitz suponen que

Hayek argumenta que los precios son "estadísticas suficientes" para la coordinación económica y concluyen que este argumento es inconsistente. Sostienen que en situaciones en las que la información privada es importante, los precios del mercado serían ineficientes desde el punto de vista de la información, porque el mercado no proporciona los incentivos adecuados para adquirir información. Por lo tanto, según Stiglitz y Grossman, el argumento a favor de la descentralización económica no es tan sólido como Hayek sugiere.

Sin embargo, desde este razonamiento Grossman y Stiglitz cuestionan a Hayek, partiendo del poco realista supuesto del equilibrio en las expectativas racionales. Sobre la base de este supuesto, ambos sostienen que los precios revelarán información con tanta eficiencia que nadie podría obtener una ganancia partiendo de conocer información privada[459]. Simplemente, los agentes individuales pueden ver los precios y obtener gratuitamente la información que tendría un costo elevado si se adquiriera privadamente. Esta gratuidad conduce a una subproducción de información por el mercado. Como resultado, los precios no reflejarán necesariamente toda la información disponible. Grossman describe la supuesta paradoja en estos términos:

> En una economía con mercados completos, el sistema de precios funciona de tal manera que los individuos, al observar solamente los precios y actuar movidos por su interés personal, asignan los recursos de manera eficiente. Sin embargo, no es necesario que tales economías sean estables, debido a que los precios revelan tanta información que se eliminan los incentivos para recolectar la información. El sistema de precios puede mantenerse solamente cuando es suficientemente ruidoso como para que los comerciantes que reúnen información puedan mantener esa información fuera del alcance de otros comerciantes[460].

Esta paradoja sí desafía el modelo de Stigler de búsqueda de información y también los teoremas de bienestar tradicionales del equilibrio competitivo general, cuando son considerados como descripciones de un sistema de precios descentralizado. Pero mucho antes de Grossman y Stiglitz, Hayek reconoció que el primero y el segundo teorema del bienestar no proporcionaban ni una descripción adecuada sobre cómo los procesos de

mercado reales coordinan los planes económicos, ni una sobre cómo el ambiente institucional del mercado descentralizado podía generar consecuencias deseables. Hayek sugirió que los economistas redirigieran sus programas de investigación para enfatizar el uso del conocimiento disperso y el impacto en el aprendizaje de los arreglos institucionales alternativos. Las críticas teóricas de Hayek a la economía estándar del bienestar son ampliamente oscurecidas por el análisis de Grossman y Stiglitz, porque este análisis traduce los argumentos de Hayek sobre el conocimiento disperso al lenguaje de la moderna teoría formal de la información. Esta situación deja fuera preguntas sobre el *contexto* y la *dimensión tácita* del conocimiento.

Hayek destacó que el problema económico no era el descrito por la economía estándar del bienestar: la distribución de recursos escasos entre fines competitivos[461]. Según Hayek, esta forma de exponer el problema —que lleva a la corriente principal neoclásica a proponer el equilibrio general como solución— "suele ignorar" los elementos esenciales de los fenómenos investigados, según Hayek, al ignorar "la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consecuente necesidad de un proceso constante de comunicación y adquisición del mismo". Para Hayek, la teoría del equilibrio no debe ser descartada, pero su verdadero propósito debe estar en la mente de manera constante. La modelación formal puede ser un sirviente valioso, pero nunca será un buen amo. Puede conducir a juicios equivocados, a menos que recordemos que la situación que se describe en el modelo tiene una importancia directa insignificante para solucionar problemas prácticos. Hayek reiteró constantemente que el modelo de equilibrio "de ninguna manera se apoya en el proceso social y no es más que un elemento preliminar práctico para el estudio del problema principal"[462].

La esencia de la propiedad coordinadora del sistema de precios no yace en su poder de comunicar perfectamente información correcta sobre la escasez de los recursos y las posibilidades tecnológicas, sino en "su habilidad para comunicar información sobre sus propias deficiencias en la comunicación de la información"[463]. Los precios relativos del desequilibrio, si bien son imperfectos, aportan una guía que impulsa la corrección de los errores y la necesidad de evitarlos. Este proceso dinámico del descubrimiento de los errores y su corrección eventual es ajeno a los modelos formales de "información económica" del equilibrio estático.

La función informativa de los precios es la esencia no solo del reto de Hayek a la ortodoxia económica, sino del asunto particular que lo llevó a lanzar el desafío del debate en torno al socialismo[464].

Un nuevo análisis del socialismo

Mises empezó este debate al señalar que el capitalismo, a diferencia del socialismo, podía apoyarse en la información y los incentivos del orden de propiedad privada que se manifiestan en la práctica del "cálculo económico", con base en los precios del mercado. El debate condujo a Hayek a comprobar que la corriente principal neoclásica, que formaba parte del pensamiento de los economistas socialistas, consideraba el conocimiento económico como algo dado, que los empresarios no necesitaban descubrir. La nueva economía de la información revive este error al no reconocer la posibilidad de la ignorancia genuina. El *laissez-faire* de Stigler, el intervencionismo de Stiglitz y otras teorías tratan el conocimiento "como si" existiera en los anaqueles de las bibliotecas. En tal situación, la única pregunta sería saber si nos interesa o no sacar los libros apropiados de las bibliotecas o comunicar a otros la información apropiada. Es importante la búsqueda de la información que ya fue recopilada, pero no es la actividad reflejada en el cálculo económico. Como Grossman y Stiglitz confunden el papel "informador" de los precios, que discute Hayek, con la información previamente divulgada por los modelos de equilibrio estático, malinterpretan el debate del cálculo socialista, entendiéndolo como el sistema capitalista, donde los precios asignan los recursos a partir de un proceso imperfecto de arbitraje, contra el socialista, donde la asignación de los recursos es desempeñada según los cálculos de la administración central, y es también imperfecta, porque no considera el costo de monitorear esa asignación.

Grossman y Stiglitz cuestionaron la eficiencia informativa del sistema de precios y entonces se consideró necesaria la alternativa de algún marco teórico para evaluar los sistemas económicos. Raaj Sah y Stiglitz desarrollaron un marco alternativo para comparar los sistemas económicos: se trata de un paso adicional en el camino marcado por el estudio previo de Grossman y Stiglitz, dedicado al examen de los costos comparativos de sistemas diferentes de coordinación económica[465]. Cuestiones

“informacionales” ocupan todavía el centro de la agenda de investigación, aunque el enfoque de la medición comparativa no se limita a la eficiencia informacional de los precios monetarios[466].

Armados con su comprensión supuestamente realista —aunque, de hecho, sigue siendo estática— de la información económica, Sah y Stiglitz proponen que los economistas se concentren en la “calidad de la toma de decisiones” dentro de diferentes estructuras organizacionales, como parámetro estándar de comparación. Escriben que “la manera en que los individuos se organizan afecta la naturaleza de los errores que genera el sistema económico”[467]. En su análisis, Sah y Stiglitz comienzan por afirmar que, en el sistema de mercado, si un emprendedor desaprovecha una oportunidad beneficiosa, es probable que otro emprendedor corrija esta falla. En contraposición, en una economía planificada, la decisión de no emprender un proyecto de producción, adoptada por la comisión planificadora, descarta su aprovechamiento por cualquiera. En tales circunstancias, ¿qué impacto tiene el mercado y qué impacto la economía planificada, sobre la habilidad de escoger entre proyectos de producción buenos y malos?

Supongamos que tenemos un estuche lleno de pelotas de *ping pong* y que cada pelota corresponde a un proyecto de producción. En una economía de muchas jerarquías —la economía de mercado— esperaríamos que se elija un número mayor de proyectos buenos y malos. En una economía jerárquica o planificada se escogerían un número menor de proyectos buenos, pero también un número menor de proyectos malos. Por lo tanto, según Sah y Stiglitz, “la incidencia del error de tipo I es relativamente más elevada en la jerarquía, mientras que la incidencia del error de tipo II es relativamente más elevada en la economía de muchas jerarquías[468]. El error de tipo I significa el rechazo de un proyecto que debió ser aceptado, y el error de tipo II es la aceptación de un proyecto que debió ser rechazado.

Este ejercicio puede ser interesante desde el punto de vista teórico, pero poco aporta a la explicación de la forma como operan los sistemas económicos. En el mundo real, los errores tipo I y tipo II están conectados y son omnipresentes. Rechazar un proyecto que debió ser aceptado permite que alguien aproveche los recursos liberados por el rechazo para emprender un proyecto que, sin la disponibilidad de recursos, habría sido rechazado. La pregunta entonces es: ¿Qué mecanismos sistémicos pueden detectar errores

de ambas clases [aceptaciones o rechazos] y proporcionar la información necesaria y los incentivos para corregir esos errores[469]? Kirzner expresa la idea así: "Una evaluación de la eficiencia del proceso de mercado comprende una evaluación de la forma como el proceso de mercado disemina los vínculos faltantes de información necesaria para descubrir las oportunidades superiores de asignación de los recursos"[470]. Al proceder a esa evaluación, los proyectos de producción no pueden ser considerados conocidos y dados. Deben ser descubiertos por emprendedores del mundo real, que operan en contextos institucionales específicos. El marco elaborado por Sah y Stiglitz descarta todo contexto en el que la innovación y el descubrimiento de información económica afecten la acción económica. Al ver los proyectos económicos como ítems dentro de una urna metafórica, tratan la información económica como si ya se encontrara en el anaquel de la biblioteca, de tal forma que la única pregunta que persiste es cómo dar a la gente suficientes incentivos para que saquen esos libros de la biblioteca y los utilicen. Esta actitud equivale a ignorar la pregunta fundamental estructurada por Mises y Hayek: ¿Cómo llega la información a los anaqueles de la biblioteca?

La visión de Hayek —erróneamente mencionada como el punto de partida del enfoque de Stiglitz sobre la información[471]— es que el proceso de mercado nos permite explotar, utilizar y descubrir conocimiento hasta entonces *desconocido* por los participantes del mercado. Los emprendedores no escogen el proyecto óptimo de producción entre un surtido de proyectos conocidos. Cada emprendedor debe *descubrir* oportunidades de proyectos beneficiosos, estar alerta a las oportunidades no aprovechadas por otros emprendedores y ejercitar su buen juicio al seleccionar las oportunidades. En palabras de Don Lavoie: "El punto clave del argumento del cálculo es que el conocimiento necesario de las posibilidades objetivas de producción no estaría disponible sin el proceso de mercado competitivo"[472].

Al pasar por alto la ignorancia inevitable de los actores económicos y consecuente problema del descubrimiento de la información, Sah y Stiglitz eliminan el foco de las preguntas que el análisis comparativo de los sistemas del mundo real se deben hacer. El problema no consiste en establecer las condiciones óptimas del equilibrio competitivo, sino en detectar los errores —las desviaciones, podemos decir— del equilibrio. Encontrar el error es

generar información económica, útil en un mundo que *no* se aproxima al equilibrio. Aprovechar tal información para obtener un beneficio es aproximar un poquito ese mundo al ideal normativo. Una comparación entre el capitalismo y el socialismo que ignore la habilidad sistémica —o la inhabilidad sistémica— de detectar y corregir errores es únicamente otro ejercicio basado en el concepto de equilibrio para acusar a la realidad sin tomar en cuenta su dimensión positiva.

Dificultades similares se observan en los trabajos de Pranab Bardhan y John Roemer, quienes argumentan que las revoluciones de 1989 desacreditaron injustamente al modelo socialista[473]. Ambos afirman que el sistema que se derrumbó en 1989 se caracterizaba por la propiedad pública de los medios de producción, una política no competitiva y no democrática, y una autoridad centralizada sobre la asignación de los recursos. Como alternativa, Bardhan y Roemer proponen un modelo de socialismo que destruye la autoridad centralizada, y la política no competitiva y no democrática, pero mantiene intacta la propiedad pública de los medios de producción. Estos autores interpretan la propiedad pública en términos amplios, como la del rol del proceso político en la distribución de utilidades de las empresas, con el fin de lograr una distribución igualitaria del excedente económico. Sostienen que es necesario un mercado competitivo para lograr la asignación eficiente de los recursos, pero que la propiedad privada no es un prerrequisito para que florezcan los mercados competitivos.

Según Bardhan y Roemer, el capitalismo incontrolado genera externalidades negativas, entre las cuales destacan las externalidades políticas. Estos autores añaden que el alto grado de concentración de la propiedad que se da en el capitalismo pervierte el proceso político bajo la influencia de los ricos. Por lo tanto, los aumentos de eficiencia en el régimen capitalista son neutralizados por la contaminación de la democracia. Para establecer un sistema armonioso y justo, estos autores sostienen que es indispensable la separación entre la economía y la política.

El problema tradicional relacionado con la propiedad pública fue la imposibilidad de separar los criterios económicos de los políticos en las decisiones tomadas sobre la asignación de los recursos. Bardhan y Roemer intentan librarse de este problema otorgando a las empresas, no al Gobierno, el poder de asignar los recursos. Sin embargo, para evitar la distribución

desigual de la riqueza, proponen un modelo de competencia entre las empresas, en el que los recursos permanecen como propiedad de la colectividad. Argumentan que el problema real es la competitividad, no la propiedad. El mercado debe ser restringido por la propiedad igualitaria, que Bardhan y Roemer definen como "democracia en la distribución, pero competencia en la provisión". En términos concretos, esto significa la distribución de derechos iguales sobre los beneficios de las empresas, en forma de acciones que pueden ser intercambiadas, pero no vendidas. Según Bardhan y Roemer, un mercado con estas características generaría las mismas señales necesarias que genera el mercado capitalista, pero evitaría la concentración del capital.

La pregunta clave a la que deben contestar desde su modelo es: ¿Cómo motivar a los gerentes de empresas públicas para que actúen con eficiencia? Según Bardhan y Roemer, la investigación moderna de la organización industrial demuestra que el modelo propietario/empresario ya no es aplicable a las economías capitalistas. Incluso en tales circunstancias, la corporación moderna puede ser disciplinada a través del mercado de capitales y el mercado laboral de administradores, de suerte que Bardhan y Roemer proponen imitar estos mercados mediante esquemas de incentivos que aten la reputación del administrador y su salario a su desempeño gerencial y a su éxito en la distribución de acciones no vendibles de las empresas que administra. En estas condiciones, el monitoreo se da en el frente económico y se mantiene el control político sobre la distribución de la riqueza.

La perspectiva que inspira este modelo es el programa de Stiglitz de repensar la economía en términos "informativos". Si deseamos una sociedad que cambie y evolucione, debemos escoger el capitalismo. En cambio, si aspiramos a una sociedad estable y segura, debemos optar por el socialismo. Cuando se introduce el concepto de información imperfecta e incompleta, los defensores del sistema de mercado de la Escuela de Chicago ya no pueden adherirse a la descripción de Pareto sobre la eficiencia del mundo real. Por lo tanto, el uso que Stiglitz hace de los supuestos del equilibrio de las expectativas racionales, para alcanzar una comprensión del capitalismo más realista que lo normal, entre los teóricos de las expectativas racionales, lo lleva paradójicamente a concluir que el capitalismo se desvía de su modelo, de tal forma que se justifica la intervención estatal —el socialismo— para

remediar esa situación[474].

Pero la preferencia puede inclinarse en la dirección de un mayor realismo, si se está dispuesto a retornar a los días en que la precisión era más importante que el virtuosismo matemático. Mientras Stiglitz, Grossman y Sah introducen admirablemente elementos realistas en el marco del equilibrio, ese marco mantiene su importancia crucial y les impide concentrarse en los aspectos centrales del debate sobre el cálculo socialista. Se toma en cuenta la falibilidad humana, pero se ignora nuestra capacidad para adaptarnos a condiciones cambiantes, y para aprender de los puntos de partida errados y de los proyectos inútiles. La imperfección humana forma parte del análisis, pero solamente para ser condenada por su contraste con el ideal del equilibrio. Lo que aún falta en el análisis es el examen de cómo los seres humanos imperfectos procuran adaptarse a un mundo real caracterizado por la ignorancia y la incertidumbre. Como consecuencia, llegamos a esta bifurcación del mundo: por un lado, un sector privado que obedece a los postulados de las expectativas racionales, pero que a la vez es incapaz de manejar el más insignificante desvío del equilibrio general; por otro, un sector público que, creado por la imaginación de los teóricos del equilibrio, es capaz de rectificar los problemas resultantes, "como si fuera guiado por una mano invisible". Volvemos a la síntesis neokeynesiana de Paul Samuelson: el Estado omnisciente cierra la brecha entre la norma y la realidad.

En el análisis de Mises y Hayek, por el contrario, el objeto de estudio es la red compleja de instituciones y costumbres que cobran vida debido al desequilibrio. Según Mises y Hayek, los derechos de propiedad garantizados por la ley impulsan el aprendizaje social en un mundo imperfecto, mediante estímulos a la inversión y a la toma de decisiones responsables. Estas circunstancias propician la experimentación económica enfocada en la corrección de errores y generan la base para el cálculo económico, al ampliar el contexto en el que los precios y las señales de ganancias y pérdidas pueden guiar razonablemente la asignación de los recursos. Los modelos formales de equilibrio competitivo, como el socialista de Lange, no pudieron manejar esas cuestiones institucionales. Igualmente inadecuados son los modelos formales, modificados para hacerlos superficialmente realistas, como la "nueva economía" de Stiglitz[475].

En la argumentación austriaca, el contexto concreto en el que se toman las decisiones divulga información vital. No es solo que conseguir información tenga un costo, sino que es una *información diferente*, cuando es estimulada por un contexto de intercambios rivales de propiedad privada. Los actores se apoyan en cierto conocimiento para tomar decisiones. Ese conocimiento es abstracto y no universal, y solo si lo fuera podría ser imitado y difundido a través de la planificación burocrática o de la deliberación política.

Por otra parte, en el modelo de Bardhan y Roemer no hay realismo, ni siquiera un realismo superficial, con respecto al funcionamiento de la democracia. En el mundo real de la democracia de masas, los problemas de agente y principal[476] son tan reales como los que confrontan las corporaciones modernas, y mejor no hablar de los problemas de la falsificación de preferencias[477] y la ignorancia generalizada[478]. Bardhan y Roemer equiparan el fracaso político con la influencia desigual, según las circunstancias, que acarrea el poder del dinero. —Esta equiparación se apoya más en supuestos que en pruebas—. En ausencia de las desigualdades de riqueza, ellos imaginan que grupos efectivos de intereses no podrían formarse y que, por lo mismo, el proceso democrático haría realidad "la voluntad del pueblo". Esto deja fuera la cuestión de la rectitud de las decisiones democráticas, incluso en ausencia de los grupos de intereses, e ignora la posibilidad de que factores como la ideología, la influencia personal, la identidad política, la xenofobia o la ignorancia diferenciada[479] puedan ser fuentes de poder desigual con tanta facilidad como el dinero.

Ida y vuelta a la utopía política y económica

La síntesis de Samuelson creó una mezcla bastante extraña entre la microeconomía del equilibrio general y la macroeconomía keynesiana. En la década de los 70, Robert Lucas resaltó que los estudiantes de posgrado aprendían en sus cursos de economía algo de teoría microeconómica los lunes y miércoles, y algo de teoría macroeconómica los martes y jueves. Se suponía que en el mercado laboral se descubriría el enlace entre la microeconomía y la macroeconomía. Pero si el mercado laboral se encontraba en equilibrio competitivo, esto implicaba que no había problema microeconómico, puesto que se habría alcanzado el volumen de producción de pleno empleo.

El círculo se volvió cuadrado en el modelo neokeynesiano de Samuelson, a través de la "rigidez a la baja de los salarios" y la "ilusión monetaria". El desempleo, según los economistas clásicos, se debía a la rigidez de los salarios, causada por los sindicatos o por las restricciones del Gobierno a los ajustes salariales. Cuando no existía tal rigidez, los recortes salariales podían servir para vaciar el mercado laboral, y no podía existir una tasa de desempleo elevada y prolongada. En contraposición a la postura clásica, Keynes consideraba que el desempleo podía emerger de manera endógena en los mercados libres, por dos motivos: primero, la falta de coordinación entre el ahorro y la inversión en el mercado de capitales podía causar una falla de la demanda efectiva, que alimentaría las expectativas pesimistas[480]; segundo, la resistencia psicológica de los trabajadores a los recortes salariales y su dificultad para diferenciar los salarios nominales de los salarios reales. Como en el socialismo neoclásico, el segundo de estos problemas ha sido apoyado por los teóricos, asociados con el equilibrio descriptivo y el equilibrio normativo. De hecho, el ataque a este punto de la teoría de Keynes impulsó el surgimiento de la Escuela de Chicago e impulsó también el estancamiento actual de la Escuela de Chicago causado por el Nuevo Keynesianismo.

En el sistema keynesiano modelado por Samuelson, a los trabajadores les importa su salario nominal relativo y no su salario real. Por lo tanto, en tiempos de crisis, los trabajadores se oponen a ajustes hacia abajo de los salarios nominales relativos, que podrían equilibrar el mercado laboral. Esta "rigidez" a la baja de los salarios crea la posibilidad de una situación de equilibrio con desempleo[481]. Según este argumento, solamente las herramientas de la política monetaria y fiscal pueden alejar a la economía de dicha condición y aproximarla al pleno empleo. Mediante el mecanismo de la inflación, los trabajadores serían menos agresivos en su resistencia al ajuste gradual e indirecto de sus salarios reales que mediante decisiones patronales de ajustes hacia abajo de sus salarios nominales. En consecuencia, las prescripciones de política pública, establecidas por la síntesis neokeynesiana de Samuelson, se fundamentan en la pericia de la intervención del Gobierno para evitar auges o declives excesivos y para promover el crecimiento económico. El consenso intervencionista fue incorporado a la existencia de un intercambio estable entre la inflación y el desempleo, y a la tarea

atribuible a los políticos de negociar dicho intercambio.

La mayor dificultad asociada con este modelo fue que se apoyaba en el supuesto de la irracionalidad de los trabajadores, tan inaplicable como el supuesto de hiperracionalidad enarbolado poco después por la Escuela de Chicago.

La suposición de Samuelson, sobre la existencia de trabajadores sistemática y permanentemente engatusados por la ilusión monetaria, era menos una síntesis real del modelo de equilibrio asociado a la economía keynesiana, que una enmienda *a priori* y no planeada del modelo microeconómico de la economía neoclásica de conducta racional, motivada por el interés personal. Como tal, era vulnerable desde dos ángulos: o desde la intención institucional de preservar su elemento "empírico" no planeado a expensas de la teoría neoclásica (poskeynesianismo)[482], o desde un intento no hiperformalista de purificar la síntesis, purgándola de sus contaminantes keynesianos. Por supuesto, la segunda alternativa era la más atractiva para una disciplina que se había asociado a la técnica formal. Esto explica el éxito deslumbrante de la "Nueva Economía Clásica" de la Escuela de Chicago en la década de los 70, con la alteración de la agenda política de una disciplina que se había vuelto marcadamente intervencionista desde la Gran Depresión.

La primera sacudida de la contrarrevolución de Chicago fue el análisis de Milton Friedman sobre las expectativas adaptativas. Acto seguido, la síntesis neokeynesiana fue desacreditada con fuerza por el desarrollo de la teoría de las expectativas racionales[483]. Y también fue repudiada la reconciliación de Samuelson sobre el tipo ideal de microeconomía con desempleo involuntario, junto con las prescripciones keynesianas, y se aceptó la perspectiva de que no podría existir el desempleo involuntario y que, por tanto, la acción del Gobierno no era necesaria. La consecuencia fue la derivación doctrinaria de las conclusiones del *laissez-faire*, que habían sido opacadas por la revolución formalista. Así, la economía fue librada de las impurezas keynesianas, introducidas en nombre del realismo. Como consecuencia, la teoría del equilibrio se usó no para enjuiciar a la economía de mercado, sino para insistir en que la misma se hallaba en un estado perpetuo de reposo. Presionada por la Escuela de Chicago para ofrecer una teoría coherente —formalista— sobre cómo la realidad se desviaba de la teoría del equilibrio, la síntesis neokeynesiana hizo implosión.

Dado que los economistas formalistas no podían modelar los procesos reales de ajuste de la economía capitalista al desequilibrio, debían escoger ahora en una terna de opciones: un mundo irracional de desequilibrio (keynesianismo original); un mundo racional, pero no realista, de equilibrio (nueva economía clásica); o una mezcla insostenible de las dos primeras (neokeynesianismo). Entregados al formalismo, los neokeynesianos habían intentado encajar, en el programa de la teoría del equilibrio general, las especulaciones de Keynes sobre el fracaso de las economías capitalistas, para mantener el pleno empleo. En la década de los 50, el modelo neokeynesiano había llegado a representar el estándar intelectual del argumento al que todos los economistas deseosos de atraer a profesionales serios debían adherirse. Pero la economía de Keynes inducía preguntas ajenas al alcance del modelo[484].

Insistiendo en que la realidad debía aproximarse a la teoría del equilibrio, la Escuela de Chicago resolvió la tensión entre la teoría neokeynesiana y la realidad. Sin embargo, como la Escuela de Chicago estaba tan entregada a los métodos formalistas como los neokeynesianos mismos, apenas pudo dar una explicación teórica sobre cómo las economías de mercado del mundo real podían aproximarse al equilibrio del pleno empleo. Comparativamente, Samuelson apenas pudo explicar cómo podía ocurrir un desequilibrio con pleno empleo. Los mercados perfectos eran una presunción —no una conclusión de la nueva economía clásica— tanto como el desempleo rígido fue una presunción del neokeynesianismo.

Las técnicas de las expectativas racionales y el desarrollo de la nueva economía clásica dominaron el pensamiento económico durante las décadas del 70 y el 80[485]. La suposición de conocimiento perfecto indujo a los nuevos economistas clásicos a interpretar toda ignorancia verdadera como óptima. El desempleo involuntario no podía existir en este modelo, porque, al incluir los costos de la búsqueda de empleo, el mercado laboral estaba permanentemente en equilibrio. El desequilibrio se consideraba incompatible con la teoría económica[486]. Si alguien estaba desempleado debía ser porque prefería continuar en la búsqueda de un empleo nuevo que aceptar un empleo con el salario ofrecido.

Los nuevos economistas clásicos también procuraban colocar la teoría del

ciclo económico sobre fundamentos firmes del equilibrio[487]. La teoría de Lucas sobre el ciclo económico presupone que las discrepancias en las señales de los precios impedían que los actores económicos distinguieran entre cambios en los precios relativos, causados por las condiciones del mercado, y cambios en el nivel general de precios, causados por la inflación. Los incrementos de la oferta de dinero que provocan cambios en el nivel general de precios no deberían afectar la producción; pero si ese cambio en el nivel general de los precios fuera malinterpretado por los actores económicos como un cambio en los precios relativos, el nivel de producción podría ser menoscabado por la confusión causada. He aquí la versión más simple de la teoría de Lucas: las causas de las distorsiones deben ser cambios no previstos en la oferta de dinero. Más tarde, la Escuela de Chicago insistió en que la teoría "real" —por oposición a la monetaria— del ciclo económico se fundamenta en factores exógenos, como cambios tecnológicos y choques aleatorios, que explican las fluctuaciones del nivel agregado de la producción.

La nueva economía clásica pedía demasiado. Los agentes económicos fueron moldeados para actualizar, de manera continua y óptima, su conocimiento del estado del mundo. Además, se suponía que los agentes económicos compartirían la comprensión monetarista del efecto de la política monetaria en el nivel de los precios. Estas suposiciones se tradujeron en los agentes económicos en habilidad para poner en jaque a los políticos. En tales condiciones, la intervención sistemática y racional del Gobierno carecía de efectividad. Solamente la política no prevista del mismo podía afectar al nivel agregado de la producción. Pese a su precisión cristalina, este modelo generó una visión del mundo obviamente contraria a la realidad. Por ejemplo: no causa controversia insistir en que el desempleo involuntario real ocurrió en la década del 30. Sin embargo, la explicación keynesiana sobre cómo ocurrió este fenómeno supone la existencia de agentes económicos carentes de cualidades de adaptación[488]. Constreñidos por las demandas metodológicas del formalismo, los economistas no podían explicar la adaptación imperfecta a las condiciones cambiantes, por lo que decidieron ignorar esas imperfecciones, en lugar de aceptarlas, como hizo el neokeynesianismo, como hechos brutos.

La suposición del mercado perfecto y las implicaciones extremas de política económica de la nueva economía clásica condujeron, como respuesta,

al desarrollo de la nueva economía keynesiana y a la resurrección de la importancia analítica del desempleo involuntario[489]. Los nuevos keynesianos trataron de proporcionar fundamentos económicos de escogencia racional para la rigidez de los salarios y los precios[490]. Los primeros modelos neokeynesianos subrayaron las rigideces nominales en el sistema de precios. En contraste con el modelo de los nuevos clásicos, que suponen que los precios son perfectamente flexibles, los neokeynesianos resaltan por varias razones la inflexibilidad de los precios. Afirman que los mercados laborales del mundo real se caracterizan frecuentemente por la inflexibilidad, debido al predominio de los contratos de largo plazo. Por lo tanto, incluso si los agentes tienen expectativas racionales, las rigideces nominales impiden los ajustes perfectos y crean la necesidad de las políticas intervencionistas keynesianas.

Sin embargo, los modelos tempranos de los neokeynesianos fueron criticados por los teóricos neoclásicos, por carecer de un fundamento en la teoría de la escogencia racional para los contratos laborales de largo plazo, a los que atribuían la rigidez del mercado. ¿Por qué las empresas maximizadoras de beneficios se encierran reiteradamente en contratos de largo plazo, que acaban probando no ser óptimos en una fecha futura? La siguiente generación de modelos neokeynesianos puso de relieve las rigideces reales en los ajustes del mercado, mientras conservó la suposición de expectativas racionales —o casi racionales— en la estructura del modelo. En un mundo de información imperfecta y de imperfecta estructura del mercado, los economistas neokeynesianos como Stiglitz podían demostrar que podía emerger un equilibrio que no dejara al mercado vacío[491]. En tales circunstancias, las rigideces reales podían generar desempleo involuntario en un equilibrio de largo plazo. Además, los nuevos modelos keynesianos eran inmunes a las críticas dirigidas a Keynes y a los neokeynesianos, que presuponían una irracionalidad persistente de los trabajadores y una percepción errada del nivel de los precios. Los modelos neokeynesianos están poblados por agentes maximizadores, libres del desequilibrio de la información, pero sujetos a la experiencia del desempleo involuntario. Este fue un desarrollo intuitivamente agradable, porque, como lo destaca Robert Gordon, es evidente que los trabajadores desempleados y las empresas están insatisfechos con su condición. “Los trabajadores y las empresas no actúan

como si fuera su voluntad reducir la producción y las horas trabajadas"[492]. Paul Krugman escribe:

> La nueva idea keynesiana sirve a un propósito importante. En la década del 70 la macroeconomía conservadora criticaba al keynesianismo aduciendo que, por tratarse de una teoría lógicamente defectuosa, no podía ser correcta. La nueva teoría keynesiana demostró, por el contrario, que es correcta la idea de que las recesiones representan fallas del mercado, corregibles por acciones del Gobierno. Esto es práctico, porque, en realidad, el keynesianismo es fundamentalmente correcto y es agradable contar con una teoría que nos permita admitirlo[493].

El nuevo keynesianismo puede lograr este resultado por medio del teorema de los salarios eficientes. Si la productividad de los trabajadores depende de sus salarios, es razonable que los empleadores ofrecieran salarios superiores al nivel que vaciara el mercado[494]. Así, los empleadores se opondrían a la reducción del salario hasta el nivel que vacía el mercado, para evitar el descenso de la productividad de la fuerza laboral. Sería racional establecer salarios superiores al nivel que vaciaría el mercado. Los trabajadores tomarían en cuenta que sus salarios son significativamente superiores a los que ganarían en otros empleos. Trabajarían mejor y serían más leales y más diligentes con sus empleadores[495]. Sin embargo, el lado adverso de salarios superiores al nivel que vacía el mercado es que tanto los trabajadores desempleados como los empleadores confrontan dificultades para negociar los salarios hacia abajo[496]. Los salarios demasiado altos y el consecuente desempleo involuntario están estructuralmente enraizados en el capitalismo.

Este modelo, sin embargo, es tan formalista como sus predecesores neokeynesianos y neoclásicos. Los nuevos keynesianos plantean numerosas preguntas interesantes sobre las fricciones del mercado; pero, dado que el modelo del equilibrio competitivo general permanece como el punto de referencia, el salario de eficiencia simplemente reemplaza la ilusión monetaria como un dogma no planeado y empírico, empeñado en explicar por qué ocurren inconvenientes como el desempleo en un mundo perfecto, que desde otra perspectiva se aproxima al modelo de equilibrio. Ciertamente,

el nuevo keynesianismo es una mejora en comparación con el supuesto neoclásico de ajustes instantáneos en todos los mercados, incluso el mercado laboral. Por lo menos los nuevos keynesianos toman en cuenta el desempleo involuntario, pero su explicación de este fenómeno es inconsistente hasta con el análisis más superficial de la manera como las empresas del mundo real suelen establecer los salarios. La experiencia diaria sugiere que los salarios altos con frecuencia *son causados por* —y no la causa de— las habilidades laborales que son objeto de una alta demanda. Cuando decae la demanda debido a la habilidad de un trabajador, su salario es recortado. Estas observaciones abren nuevamente la puerta a las explicaciones sobre el desempleo involuntario en el que algún factor exógeno impide que los trabajadores acepten recortes de salario para librarse del desempleo. Si hay desempleo sistémico, algo debe estar perturbando el mecanismo de corrección de errores de las ganancias y pérdidas del mercado. En este punto, la economía se habrá alejado decisivamente del nuevo keynesianismo, dado que este último enfoque *presupone* que el mercado contiene fuentes endógenas de desempleo masivo[497].

Por supuesto, es muy posible que en algunas empresas, industrias, e incluso economías enteras, el relato de los nuevos keynesianos resulte sostenible. Pero ciertamente recae en los divulgadores de esta teoría la responsabilidad de demostrar cuántas veces la misma no es más que una especulación; y aún no se han librado de esta obligación, como tampoco sus oponentes neoclásicos se han librado del compromiso de demostrar la existencia de mercados perfectos. Los nuevos keynesianos parecen estar satisfechos por haber colocado los fundamentos de la teoría de la escogencia racional bajo la convicción de Keynes, que establece que, sin otros elementos, los ajustes del mercado *no pueden* resolver el problema del desempleo. Así como los teóricos de las expectativas racionales desarrollaron "pruebas" elaboradas para demostrar que la teoría de los (neo-)keynesianos *no podría* ser correcta, los nuevos keynesianos arrancaron con el supuesto de que ella —o algo muy parecido— debe ser cierto, y luego trataron de explicar cómo esa "realidad" —según lo expresa Krugman— podía haberse convertido en lo que es. En definitiva, los nuevos keynesianos son tan ideológicos como la Escuela de Chicago. En manos de ambos grupos, la economía es reducida a un juego, en el que nociones preconcebidas sobre la bondad o la maldad de los mercados

son engalanadas con teorías espectaculares. En ninguno de los dos casos los economistas cumplen con su responsabilidad científica fundamental de comprobar la veracidad de sus explicaciones.

Expresar críticas tan serias contra las dos escuelas dominantes de la economía contemporánea es poco más que enfocar las implicaciones lógicas del uso del modelo de equilibrio, como representación de la realidad o como refutación de la realidad. Y esto nos lleva de regreso a la marginalización del estilo antiguo de la economía neoclásica, que cobró vigencia poco después del discurso de Hayek en 1933. En última instancia, fue un impulso ideológico —el anhelo de los economistas izquierdistas de justificar el intervencionismo keynesiano y el socialismo— que condujo al triunfo inicial del formalismo. Estos economistas no necesitaban ser persuadidos de que el mercado tenía poca capacidad de autocorrección y ajuste al desequilibrio. En consecuencia, trataron al Estado como un *deus ex maquina* que podía cerrar la brecha entre la teoría y la realidad. La reacción de la Escuela de Chicago contra esta visión fue igualmente ideológica, para todo su cientificismo. Pero en este caso la noción de *deus ex maquina* era el propio mercado. Pese a que Hayek era visto como un ideólogo, por su inhabilidad para formular su caso en el lenguaje del formalismo "científico", la introducción de este lenguaje tenía, de hecho, el efecto de otorgar licencia a cualquier predisposición ideológica que *pudiera* ser expresada en su terminología.

La visión utópica de la realidad de la Escuela de Chicago y la visión no utópica de sus oponentes cobraron vida por la suposición de que el equilibrio, por necesidad, era lo que debía describir el mercado. La Escuela de Chicago afirmaba simplemente esta visión con halagos a "la magia del mercado". Los keynesianos, los neokeynesianos y los nuevos keynesianos compartían la visión, pero negaban que la descripción resultante fuera correcta. En consecuencia, fueron conducidos a la noción del modelo como un ideal únicamente alcanzable por la acción del Gobierno. Sustituyeron la magia del mercado por la magia del Estado. Ni los keynesianos ni los de la Escuela de Chicago explican cómo la imperfección pueda ser remediada *institucionalmente*, en vez de ser eludida tanto por actores del mercado como por actores de la política con capacidades heroicas.

Ambas escuelas pasaron por alto que el equilibrio es una construcción estática que no pude representar un mundo dinámico de tiempo, ignorancia e incertidumbre, pero que la divergencia entre el ideal y la realidad puede

destacar las maneras como la realidad puede haber institucionalizado propiedades que faciliten la corrección de errores, de manera que, de hecho, pueda ser vista como tendiente hacia un mundo con alguna reminiscencia del equilibrio general. Pero, como toda visión ideal, el equilibrio es un postulado *no necesariamente afectado en el mundo real*[498]. La tarea principal de toda ciencia es la investigación del grado de correspondencia entre varios tipos ideales y la realidad empírica. Esto significa que la ciencia es principalmente materia de experimentación o, en las ciencias sociales, materia de investigación histórica: no construcción de modelos, sino experimentación de modelos; es decir: búsqueda de pruebas de la aplicabilidad de modelos inteligibles a situaciones dadas. Aun así, la "falsificación" de un tipo ideal en una instancia dada no requiere que sea descartada como inútil. Puede ayudar al científico a construir modelos realistas de las circunstancias particulares de lugar y tiempo. En una época, este procedimiento permitió que la economía fuera algo muy diferente de un ejercicio en la especificación de principios básicos para conclusiones predeterminadas.

¿Dónde estuvo el error?

No pretendo afirmar que los economistas que siguieron el procedimiento de tipo ideal, como Hayek, fueran inmunes a la ideología. Pero, en principio, tratar los modelos como tipos ideales permite a uno mismo o a sus colegas desterrar los prejuicios ideológicos, al someter los modelos a la prueba empírica de aplicabilidad y a la prueba filosófica de transparencia.

Por supuesto, esta ciencia de tipo ideal es, en sí misma, un tipo ideal. Es más aplicable a ciertos científicos y a ciertas disciplinas en algunas eras, y menos en otros u otras. Lamentablemente, desde 1933 la tendencia del pensamiento económico en la civilización occidental ha sido llevar este tipo ideal —y este ideal— a la categoría de esperanza piadosa. Pese a la adhesión oficial de los economistas al positivismo metodológico de Milton Friedman, la prueba de teorías en relación con la realidad se ha convertido en menos y menos esencial en su actividad. Por el contrario, la concepción de los modelos formales se ha convertido en un fin en sí misma[499]. Esto fue virtualmente inevitable, dado que los preceptos del formalismo requieren que la argumentación económica se produzca en cierto lenguaje, si ha de ser

considerada científicamente legítima[500].

Como resultado, ninguno de los principales centros de educación económica divulga la comprensión *teórica* de las instituciones de mercado del *mundo real.* Quedó fuera de los programas el propósito educativo legítimo. Deirdre N. McCloskey destacó que "la economía en las universidades de los Estados Unidos se ha convertido en un juego matemático. La ciencia fue extirpada de la economía y fue reemplazada por un juego de ´Nintendo de supuestos´ con tanta utilidad práctica como el ajedrez o la lotería"[501]. En lugar de producir economistas empeñados en comprender las propiedades de las fuerzas económicas en el tiempo histórico real, "las escuelas de posgrado producen iliteratos científicos". Estas críticas pueden parecer solo agudezas, pero dan en el blanco. El estudio de Arjo Klamer y David Colander, *The Making of an Economist* (Boulder, CO: Westview, 1990) explica cómo la revolución formalista sustituyó por habilidades matemáticas la sensibilidad a los detalles históricos e institucionales, y cómo los estudiantes han respondido predeciblemente al sistema interno de recompensas establecido por los economistas formalistas.

La desevolución del pensamiento que Hayek percibió cuando escribió "The Trend of Economic Thinking" establece un punto útil de comparación con la situación actual. Tal y como Hayek vio el peligro real asociado a la segunda generación de economistas antiteóricos, la primera generación de formalistas, exalumnos de economistas tradicionales, conservó la visión del realismo histórico e institucional que estuvo ausente de la educación económica de la siguiente generación y de las generaciones subsiguientes. Los modelos de equilibrio todavía debían contener algún estándar de realismo, aun cuando ese estándar ya no poseía legitimidad metodológica oficial. Más tarde, sin embargo, el modelo —y no el mundo— se convirtió en la fuente dominante de excitación intelectual. Desde entonces, la técnica ha desplazado a la sustancia.

Como resultado de esta progresión natural de la revolución formalista, ha emergido una nueva forma de relativismo teórico. Hayek veía el historicismo como un desafío relativista para las afirmaciones de la economía clásica y neoclásica, principalmente cuando eran aplicados a la política pública. Los argumentos relacionados con el *laissez-faire* eran rechazados por los historicistas que los consideraban basados en supuestos falsos sobre la

naturaleza humana, o en teorías analíticas que pudieron ser válidas en un período histórico, pero no en otro. Este argumento, basado en apariencia en hechos y en análisis científicos, no generaba evidencia empírica, por ejemplo, sobre las "leyes" de oferta y demanda "refutadas" en ciertas épocas de la historia, lo que habría requerido una explicación de los historicistas sobre qué motivaba las relaciones económicas observadas en ausencia de tales "leyes". Pero, en general, esas explicaciones alternas no se produjeron. Como solían hacer, los historicistas señalaron algún fenómeno que parecía contradecir superficialmente las "leyes" económicas y llegaron a la conclusión arrolladora de que, frente a tales fenómenos, sería conveniente abandonar las teorías que los involucran y sustituir la teorización por la recolección de datos y la realización de políticas públicas *ad hoc*. El efecto de este empirismo ingenuo fue reemplazar por teorías confusas e incoloras las teorías refutables, pertenecientes a la economía clásica, canonizadas en el método de Weber de tipos ideales. Bajo la apariencia de repudio del supuesto de la economía clásica de que instrumentalmente la conducta racional es un tipo ideal inscrito *universalmente* en el mundo real, el historicismo propuso un esquema teórico, igualmente *a priori* y no científico: un esquema de pluralismo motivacional no fundado en investigación rigurosa de evidencia de la conducta, que ni siquiera podía ser debatido inteligentemente, dado que sus supuestos teóricos sobre una era dada estaban implícitos y eran incoherentes.

La revolución formalista generó una indiferencia similar hacia la teorización empíricamente importante y rigurosa. El tipo ideal de teorización había sido diseñado para establecer si los *procesos* del mundo real podrían explicar el movimiento de los fenómenos de desequilibrio en su acercamiento a un equilibrio hipotético siempre elusivo. Pero, para expresar el modelo de equilibrio en términos matemáticos, los formalistas debían verlo como una condición estática, frente a la que los desequilibrios podían ser comparados sin considerar la variable tiempo, o eliminados como una ilusión.

Diferentes modelos formalistas generaron diferentes conclusiones, y como cada modelo es, en principio, igualmente incapaz de explicar los desequilibrios del mundo real, no hay forma de escoger entre ellos en sentido absoluto. Con igual facilidad, los argumentos económicos contra el intervencionismo, basados en los supuestos de los nuevos clásicos, podrían ser falsos, y podrían ser verdaderos los argumentos a favor de la intervención, basados en los supuestos de los nuevos keynesianos. Lo único que tenemos es

una sucesión de modelos lógicamente consistentes y muy elegantes, que dicen poco o nada sobre el mundo real, salvo que todo es posible.

Lo que es verdadero en la macroeconomía contemporánea también es verdadero en la microeconomía. Consideremos la situación en la organización industrial. Como señaló Franklin Fisher, en la organización industrial moderna, el principio organizador más importante es que no hay principios organizadores[502]. La teoría moderna simplemente demuestra que cualquier cosa puede pasar, dependiendo de los supuestos. Se admite que todos los modelos son no realistas y no iluminan situaciones reales en la economía. Esto se considera debilidad pragmática, pero no debilidad "teórica", porque la teoría ha sido separada de la realidad. La simplicidad no realista de los modelos es diseñada para permitir a los teóricos elaborar matemáticas complicadas, no para testearlos contra la realidad. Por el contrario, rara vez hay información teórica relacionada con el análisis empírico que ocurre. Y toda preferencia de política puede ser respaldada, de manera ambigua, por un modelo o por otro.

Irónicamente, el intervencionismo que esto permite es producto de la metodología de *laissez-faire* extremo de la Escuela de Chicago. Samuelson fue el responsable de la transformación de la teoría económica en una rama de las matemáticas aplicadas, pero Milton Friedman debe compartir algo de la responsabilidad por haber transformado la psicología de los economistas mediante sus influyentes *Essays in Positive Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1953), uno de los textos principales de la docencia económica de posgrado durante las últimas décadas, a la par de la biblia de Samuelson sobre economía técnica.

Friedman afirmaba que el realismo de un supuesto poco importaba si podía generar predicciones positivas. Se puede argumentar que en parte lo que tomó mal camino en la economía es que este testeo es la excepción y no la regla[503]. Pero el problema es más profundo. Incluso en los orígenes del formalismo, los teóricos fueron limitados por la sensibilidad histórica e institucional que les impedía enarbolar suposiciones obviamente falsas[504]. El propio Friedman, por ejemplo, atacó el texto de Abba Lerner, *The Economics of Control* (London: Macmillan, 1944) por no haber considerado numerosas preguntas institucionales que surgirían del uso del sistema de precios, en ausencia de un sistema de propiedad privada. La obra citada era economía en

el vacío, según Friedman, y no estaba "combinada con una evaluación realista de los problemas administrativos de las instituciones económicas o de sus implicaciones sociales y políticas"[505]. Pero precisamente tal evaluación es desafiada por la metodología de Friedman. En definitiva, todo lo hecho por Lerner —y por Lange con anterioridad— era una réplica para el socialismo del modelo supuestamente legítimo para el capitalismo —el modelo del equilibrio general perfectamente competitivo— que Friedman había instaurado como fundamento, en la Escuela de Chicago, de la comprensión de la *realidad* económica. Si cambiamos unos cuantos supuestos aquí y allá, el equilibrio general del socialismo puede lograr las mismas propiedades de eficiencia que el capitalismo de equilibrio general. Dado que el capitalismo del mundo real se desvía considerablemente del equilibrio competitivo —y es más probable que corresponda al equilibrio monopolista que al equilibrio competitivo— el socialismo del mundo real, construido según el modelo de Lange-Lerner, derrotaría al capitalismo. Sin embargo, en su papel de economista de sistemas comparativos y no especialista en metodología, Friedman implica que solamente un caso serio de confusión entre construcciones mentales y realidades empíricas puede dar como resultado este tipo de apreciación.

De la misma forma, a diferencia de la postura de otros miembros más tardíos de la Escuela de Chicago, como Gary Becker, el famoso apoyo de Friedman al *laissez-faire* económico está desconectado, en muchos casos, del modelo del equilibrio general. La visión de Friedman revela una profunda influencia de dos puntos de vista de Hayek: su análisis de las dificultades de información en la planificación del Gobierno y su comprensión del orden espontáneo, combinados con dos aportes de James Buchanan: el análisis de las decisiones públicas y la economía política constitucional[506]. Sin embargo, economistas posteriores tomaron la metodología de Friedman con mayor seriedad, según parece, que el propio Friedman. Sus preocupaciones pragmáticas fueron barridas y reemplazadas por elegantes modelos formales. El mundo económico ya no es objeto de estudio. Lo que concierne ahora a los científicos económicos es el modelo formal de una economía abstracta[507]. Así, Gary Becker define la investigación económica como el uso persistente y constante de los postulados de conducta maximizadora, equilibrio del

mercado y preferencias estables[508]. Sus asertos de eficiencia sobre los mercados se formulan en el supuesto de que estos postulados son descriptivamente correctos, aunque se trate de proposiciones de estática comparativa, cuando el mundo real es evidentemente dinámico.

Confrontados con esta clase de críticas divulgadas por Arrow, Stiglitz y otros teóricos de las fallas del mercado, los economistas de Chicago insisten típicamente en que el mundo real está en equilibrio *cuando todos los costos apropiados se incluyen en el análisis.* En otras palabras, los teóricos de las fallas del mercado han hecho una comparación ilegítima entre un estado ideal y el mundo imperfecto. El ataque de Demsetz a la "falacia del nirvana" es un ejemplo de cómo Chicago responde a fallas sugeridas del mercado. Demsetz argumenta que la teoría de Arrow sobre las fallas del mercado es el resultado de una cadena ilegítima de razonamientos, con los que se inicia una discrepancia deducida entre la situación ideal y la situación real, que después se transforma en una demanda de perfección a través del uso de un arreglo alternativo no examinado. Esta invocación a la perfección puede equipararse con la falacia del almuerzo gratuito: es decir, con la creencia de que el arreglo alternativo podría constituirse sin costo[509].

Este argumento establece un punto de análisis importante sobre el análisis institucional comparativo, pero contiene un desvío a favor del *status quo* que Demsetz no justifica. Demsetz implica que todo lo que existe debe ser eficiente y que, en caso contrario, todo cambio para mejorar ya habría ocurrido. Pero, si la economía fuera tan eficiente como supone Demsetz, muchos de los fenómenos que los economistas de Chicago estudian —incluyendo el dinero, las empresas y la ley— no existirían[510]. Esas instituciones permiten que, en el mundo real, los procesos realicen diferentes grados de autocorrección y coordinación económica que, supuestamente, el modelo formal de equilibrio competitivo debía encapsular en primer lugar. Pero estas instituciones cobran vida solo en la medida en que el equilibrio no sea una descripción de la realidad, sino un tipo ideal que *no* describe la realidad.

La nueva economía clásica que apareció en las décadas del 70 y del 80 expuso la misma complacencia sobre el *statu quo* y descartó el desempleo involuntario como un factor teóricamente incoherente y empíricamente inválido. Para clasificar el desempleo involuntario como un mito, los nuevos

economistas clásicos conjeturaron que los actores económicos ajustan su conducta con tanta rapidez —instantáneamente, para fines prácticos— que el equilibrio se daría en todos los puntos. En comparación con estas ideas, el teorema de salario-eficiencia de los nuevos keynesianos cobra la apariencia de un modelo de realismo sobrio[511].

El intervencionismo del nuevo keynesianismo se nutre con las goteras de la teoría del equilibrio, supuestamente impermeable, de la Escuela de Chicago. Pero los argumentos del nuevo intervencionismo son, simplemente, variaciones de los malos hábitos que dieron vida a la Escuela de Chicago. La teoría imperfecta del mercado, igual que la teoría perfecta del mercado, está enfocada en un modelo, no en el mundo que el modelo, supuestamente, representa.

* * *

Alan Coddington ha señalado que "en lugar de preguntar cómo la razón puede ser aplicada al conocimiento que los hombres puedan poseer, o poseen, de sus circunstancias económicas", la teoría económica moderna "pregunta cómo la razón puede ser aplicada a circunstancias perfectamente conocidas". El reto complicado es que "qué puede ser sabido, y cómo puede eso ser sabido —un conjunto de problemas de ignorancia, incertidumbre, riesgo, fraude, desilusión, percepción, conjetura, adaptación y aprendizaje— son entonces confrontados como complicación y refinamiento de la teoría"[512]. La concepción estática de la razón de los teóricos modernos está en conflicto con el correr del tiempo[513]. Los postulados de la teoría de la escogencia racional solo pueden generar pruebas formales si el futuro —con su novedad, su incertidumbre y su ignorancia— es excluido. El modelaje que excluye este componente de la realidad, no solamente para propósitos contrarios a los hechos, sino como parte de intentos realistas de describir o condenar el mercado, serán inevitablemente insuficientes[514].

Como he tratado de demostrar a lo largo de este capítulo, no se trata simplemente de una lamentación metodológica. Hay numerosas implicaciones serias. Por ejemplo, se excluye del análisis moderno la estructura temporal de la producción, con su empleo de componentes heterogéneos, para formar las variadas combinaciones que generan la

estructura excepcional del capital de una economía. Como resultado, la manera como las señales del mercado reorganizan constantemente las combinaciones de capital permanece invisible para el economista moderno. Tampoco el impacto de los ajustes monetarios de los precios, en el patrón del intercambio y la producción, es incorporado plenamente a la teoría. O se supone que los precios representan perfectamente la información subyacente —el equilibrio competitivo— o se supone que reflejan esa información de manera tan imperfecta que constituyen la falla del mercado. En ambos casos, el contenido informacional del sistema de precios está mal representado, y debe ser obvio que esto tiene implicaciones profundas para la comprensión de varios sistemas económicos y de varias veredas que conducen al del desarrollo económico.

La precisión del modelo de equilibrio se obtiene a expensas de la correspondencia con el mundo impreciso que el modelo, en sus inicios, debía ayudarnos a comprender. Es una paradoja que la expresión cuidadosa, en lenguaje natural, de conceptos y procesos imprecisos nos proporcione una imagen más precisa del mundo económico que el modelo matemático más riguroso. El pensamiento cuidadoso requiere coherencia. El pensamiento pertinente requiere correspondencia con la realidad. La buena economía requiere ambas características: coherencia y correspondencia.

El argumento frecuente de que los modelos matemáticos eliminan la ambigüedad en el pensamiento, al obligar a los teóricos a establecer supuestos explícitamente, se basa en una confusión entre los conceptos de claridad *sintáctica* y claridad *semántica.* El razonamiento matemático asegura que el modelaje es disciplinado por claridad sintáctica, pero genera ambigüedad semántica[515]. El abandono del razonamiento matemático asociado a los modelos de equilibrio induciría un retorno a los estándares de argumentación semánticos rigurosos sobre el mundo económico que “está allí”.

La pugna del siglo XX entre la teoría del mercado perfecto y la teoría de las fallas del mercado, ambas entregadas a los términos de debate del modelo formal de equilibrio general competitivo, será ganada inevitablemente por los teóricos de las fallas del mercado. Es obvio que el mundo económico no es perfectamente competitivo —y ni siquiera se acerca a esa situación—. Así nace el triunfo del intervencionismo que Hayek predijo: no porque la teoría

económica haya sido descartada, sino porque ha sido mal concebida. Mientras Stiglitz y otros teóricos contemporáneos de las fallas del mercado intentan contradecir el análisis de Hayek sobre los beneficios de la propiedad privada y del sistema de precios competitivo, en realidad su respuesta a Hayek constituye un *non sequitur*[516]. Dado que el argumento de Hayek no depende del alcance del equilibrio estático, las desviaciones del mercado real con respecto al modelo no constituyen una refutación de la postura de Hayek. De hecho, esas desviaciones son precisamente el punto de partida de Hayek.

Para analizar el argumento de Hayek con seriedad, los economistas deben descartar la falsa precisión de los modelos de equilibrio y emprender un razonamiento cuidadoso sobre los fenómenos imprecisos, como el transcurso del tiempo, los límites de nuestro conocimiento, la incertidumbre del futuro y las oportunidades de descubrimiento[517]. Quizás el argumento de Hayek no pueda ser sostenido cuando es confrontado en la forma descrita, pero esto no lo podremos saber hasta que se abandonen siete décadas de desastrosa formalización y vuelvan a abordarse las realidades de la vida económica.

Capítulo 19

El hombre como máquina

Introducción

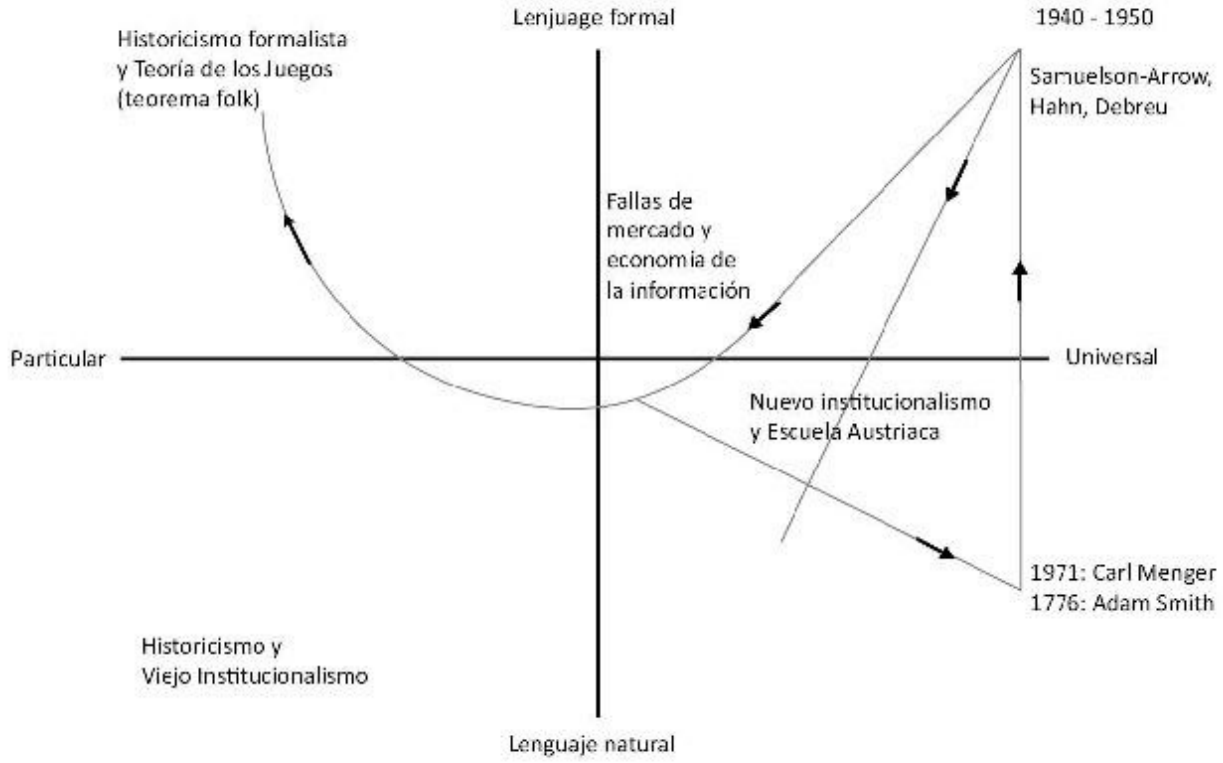
El gran economista austriaco Ludwig von Mises describió las diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias humanas con esta broma: “Si tiras una piedra al agua, se hunde. Si tiras un palo al agua, flota. Pero si tiras un hombre al agua, él debe *decidir* si se hunde o si flota”. Mises no negaba la naturaleza científica de la economía con este ejemplo de la volición humana. Intentaba comunicar a su auditorio el carácter definido y esencial de las ciencias humanas: estudiamos al hombre con sus propósitos y sus planes. Fritz Machlup lo expresó en estos términos: la economía es como las ciencias físicas, siempre y cuando la materia pueda hablar[518].

Lamentablemente, la economía del siglo XX procedió como si no importara que el hombre fuera el foco central del tema. ¿Acaso no era cierto que las ciencias físicas progresaron cuando los propósitos y los planes fueron extirpados del análisis? Los relámpagos no se debían a la ira de los dioses, sino a consecuencias de propiedades físicas. La eliminación del antropomorfismo era apropiada para las ciencias naturales. Pero la eliminación del hombre de las ciencias humanas equivale a la eliminación del sujeto de estudio. Al elemento humano se le elimina y se lo sustituye por una máquina de utilidad. La economía desarrolló una teoría de la máquina de la economía, pero se perdió de vista la economía humana.

La economía de la máquina tiene dos características, que aumentaron la atracción que sentían por ella los académicos afectados por un complejo de inferioridad en relación con las ciencias naturales: permitía explicar el uso de modelos de una forma negada por la volición humana e impulsaba la medición calibrada de los efectos agregados. Los modelos y las medidas fueron los símbolos de la ciencia, y la economía de la máquina permitió que los economistas persiguieran sin reservas el modelaje y la medición. Por supuesto, algunos economistas se resistieron a esta tendencia: quizás ninguno en un tono tan alto como los economistas austriacos Mises y Hayek[519]. Pero en gran medida, los críticos fueron silenciados. En este capítulo destacamos

el camino que tomó la teoría económica en el siglo XX, como resultado de la eliminación de la naturaleza humana, y después sugerimos maneras de reinsertar a los seres humanos en el centro del análisis económico.

El desarrollo del pensamiento económico se compone de cuatro visiones en competencia. Una sola de ellas es compatible con la comprensión de la economía que reconoce la naturaleza universal de las verdades económicas y hace de la humanidad la extensión alfa-omega del pensamiento económico. Esta visión —la primera— pertenece al análisis económico predominantemente verbal de Adam Smith, del nuevo institucionalismo y de la tradición de la Escuela Austriaca, que enfatizan en sus estudios la posición central del hombre que actúa y mantiene la naturaleza universal de las proposiciones económicas. La segunda se apoya en el historicismo y en el viejo institucionalismo. Aquí, aunque el modo de expresión sea verbal y el lugar de los actores humanos prominente, la convicción es que las verdades económicas reveladas por el estudio son solamente verdades *particulares,* íntegramente dependientes del tiempo y del lugar. La tercera pertenece al neoclasicismo de la economía del siglo XX. El elemento humano es virtualmente purgado del análisis y reemplazado por el *homo oeconomicus*: el optimizador comparable a un *cyborg*. La persona que actúa está conspicuamente ausente de esta visión. La verdad económica se desplaza de la comprensión de los humanos al poder de la predicción. En tales circunstancias, la forma de exposición es puramente formal: modelación matemática y pruebas estadísticas. Aunque pueda faltar el individuo —por la creencia percibida de equilibrio único— el determinismo posibilita la naturaleza universal de las leyes económicas. La cuarta presenta una clase híbrida entre los pensamientos de la segunda visión y la tercera. Al propagarse el teorema tradicional y la noción de los equilibrios múltiples, esta visión mantiene el análisis formal de nuestra tercera visión, pero rechaza la noción de verdades económicas equivalentes a verdades universales. En esta visión, como en la tercera, la reacción robótica domina el análisis y el actor humano es relegado a la periferia. La gráfica 19.1 representa las cuatro visiones y sus relaciones recíprocas.



El hombre como prioridad

Para Adam Smith y sus contemporáneos, el actor humano es el centro del estudio económico. Esta convicción provenía en parte de la preocupación compartida por lo que interpretaban como el significado moral de las actividades de intercambio, que veían ligadas intrínsecamente a la comprensión de la conducta del mercado. Sin embargo, este énfasis en el individuo como sujeto fundamental de la economía partía de la creencia de que toda la actividad económica es, en última instancia, la actividad de actores que eligen, y son falibles y creativos. Para los economistas de la generación de Smith, la verdad económica debía ser encontrada explorando las motivaciones y los resultados, intencionados o no, de la acción humana. Debido a este énfasis en el elemento exclusivamente humano de la economía, Smith y sus seguidores creían que las verdades económicas eran necesariamente de naturaleza universal. Algunas naciones eran ricas y otras pobres, no por la geografía única, ni por la relativa abundancia de recursos, ni por la providencia del tiempo histórico, sino porque algunas naciones se

acogían a políticas de impuestos bajos, una administración razonable de la justicia y un orden de propiedad privada que conducía a la generación de riqueza, mientras que otras no lo hacían así[520].

A los ojos de alguien como Smith, esto era verdadero para Inglaterra y para África. Además, la moda era expresar estas verdades verbalmente. En gran medida, las tecnologías de modelos modernos de matemáticas y estadística no estaban disponibles para los economistas de los siglos XVIII y XIX, pero de los escritos de Smith podemos inferir que en la práctica esta "limitación" no limitaba. En la mente de Smith, el enfoque sobre la naturaleza dinámica del hombre y las actividades del mercado se comprendía mejor cuando era expresado en lenguaje llano. Por lo tanto, no hay indicio alguno de que si las herramientas formales accesibles a los economistas de hoy hubieran estado a disposición de Smith y sus contemporáneos, estos las habrían utilizado[521].

Desde el punto de vista del pensamiento económico, el siglo XIX presenció el auge del historicismo, manifestado principalmente en la economía de la Escuela del Historicismo Alemán. Si bien estos economistas —por ejemplo Sombart y Schmoller— colocaron el elemento humano en el centro del estudio económico y, en consecuencia, usaban métodos verbales de análisis, para ellos la noción de verdades económicas universales era una quimera. Las "leyes económicas" efectivas en Alemania en el siglo XIX eran precisamente eso: verdades específicas para los pueblos alemanes del siglo XIX. La vieja economía institucional emergió más tarde, con un enfoque similar al estudio de la economía. El hombre era el centro del análisis, pero la universalidad de las verdades económicas no lo era.

En contraposición al historicismo, los economistas fieles a la tradición de la Escuela Austriaca —como Carl Menger, Ludwig von Mises y Friedrich Hayek— enfatizan el rol prioritario del hombre en la obra de Adam Smith[522]. Como Menger afirmaba, "el hombre, con sus necesidades y su dominio de los medios para satisfacer esas necesidades, es en sí mismo el principio y el fin de la vida económica humana"[523]. El economista, como ser humano, es el sujeto de su propio estudio. En este sentido las ciencias humanas tienen una ventaja sobre las ciencias físicas. Por esta posición única, las ciencias humanas son capaces de conocer las causas últimas de los fenómenos, con el ser humano como escogedor[524]. Esto capacita a las

ciencias de la acción humana a seguir la lógica de causa y efecto. Hayek escribió: "Siempre suplementamos de hecho lo que vemos de la acción de otra persona, proyectando en esa persona un sistema de clasificación de objetos que conocemos, no por haber observado a otras personas, sino porque es en los términos de estas clases que pensamos en nosotros mismos"[525]. Para los austriacos, precisamente lo que hace que la economía sea diferente de otras ciencias es que su área de estudio es la conducta humana deliberada. Se enfatiza la importancia del tiempo, de la incertidumbre y del aprendizaje, porque son las condiciones necesarias para la escogencia humana que el hombre del mundo real debe manejar constantemente. Ignorar estos asuntos o trasladarlos a la parte trasera del análisis económico es equivalente a purgar el elemento humano, que es el foco de concentración de la economía. El mundo confronta a los humanos con cambios incesantes. Nada es estático o nítido en las intenciones de una persona empeñada en realizar sus objetivos. La estática comparativa puede proporcionar un modelo útil para explicar alguna conducta observada, pero el análisis estático ignora los procesos dinámicos conectados inextricablemente con los propósitos del hombre para mejorar su situación. Reconocer la importancia de los procesos como características del mundo económico de los actores humanos reales destaca en mayor medida la centralidad de la conciencia y el propósito en el marco de la Escuela Austriaca. En un mundo de cambios dinámicos, algo debe dirigir los movimientos: la comprensión del mercado como proceso requiere un creador del cambio. Este generador de cambio es la imaginación creativa del empresario, que dirige el proceso de mercado con la intención de obtener ganancias y evitar pérdidas. El elemento empresarial de la acción humana es fundamental en el pensamiento austriaco[526]. Según Mises, "Esta función no es el principal atributo de un grupo o una clase especial de individuos. Es inherente a todas las acciones y afecta a todos los actores… El término "empresario"… significa un hombre que actúa visto exclusivamente según la incertidumbre inherente a toda acción"[527].

Los tomadores de decisiones económicas no reaccionan simplemente a lo que ven ni asignan sus recursos escasos a la realización de fines dados. El elemento empresarial de la acción humana involucra el descubrimiento de datos nuevos e información nueva: el descubrimiento nuevo, cada día, de los

medios apropiados y de los fines que deben ser buscados[528]. Por otra parte, la habilidad para detectar cambios en la información no es exclusividad de un grupo selecto de agentes. Todos los agentes tienen esa capacidad. Los descubrimientos empresariales son reconocimientos de errores *ex post* en los que han incurrido los participantes en el mercado, causados *ex ante* por sus expectativas, a veces excesivamente optimistas, a veces demasiado pesimistas. La existencia del error proporciona espacio para oportunidades de ganancia que pueden aprovechar los actores, si se mueven en una dirección menos errónea que antes.

El aprecio austriaco por el protagonismo del ser humano en el análisis económico no perturba la universalidad de las verdades económicas. Dada la complejidad de las dificultades humanas, el lenguaje natural se adapta mejor que el formalismo para transmitir estas verdades. Si bien los fines particulares que se buscan y los medios empleados varían según la gente, el lugar y el tiempo, la conducta deliberada, en el sentido más general del término, es una característica omnipresente en el mundo. Por lo tanto, si bien la aplicabilidad de las leyes económicas derivadas del punto de partida que es la acción humana puede variar dependiendo del tiempo o el lugar, su valor de verdad es universal. La universalidad de la conducta humana deliberada causa la universalidad de las verdades económicas que explican esta conducta. La economía puede explicar la tendencia y la dirección del cambio, aunque no pueda modelar o medir explícitamente la significancia estadística del cambio.

La persecución del elemento humano: el ascenso del neoclasicismo[529]

A medida que avanzaba el siglo XX, la idea de que la economía debía luchar por ofrecer leyes cuantitativas y capacidad de predicción ganaba terreno. En parte, esto era consecuencia del número creciente de herramientas matemáticas y estadísticas que parecían hacerlo posible. Y ciertamente, en la medida en que creció la sofisticación de la tecnología de la computación y bajaron sus costos, un mayor número de economistas usaron estos instrumentos en su análisis. Esta idea se apoderó del pensamiento económico: la verdad económica puede ser descubierta mejor a través del enfoque cuantitativo de las ciencias naturales. Es un hecho que, con la ayuda de las

matemáticas, las ciencias naturales habían progresado a un ritmo mucho más rápido que sus hermanas, las ciencias sociales. Por lo tanto, no es absolutamente imposible comprender por qué muchos economistas miraban como una guía el método y el enfoque de las ciencias exactas.

Los economistas neoclásicos aprovecharon la oportunidad para introducir en la economía los instrumentos formalistas de las ciencias naturales. Del lado teórico, el logro de esta clase que merece la corona fue el desarrollo de la teoría del equilibrio general, formalizado por Arrow, Hahn y Debreu. Estos economistas y sus seguidores articularon las condiciones matemáticas bajo las cuales se mantendría para toda la economía un equilibrio determinístico. La resolución del complejo sistema de ecuaciones simultáneas abrió la puerta a la descripción del equilibrio general. También fueron forjados los muy conocidos teoremas primero y segundo de la economía del bienestar. Como consecuencia, economistas como Samuelson crearon la noción de la existencia de una función de bienestar social, y con ella el campo de la economía del bienestar. Los economistas neoclásicos no dudaban de la universalidad del equilibrio general, los teoremas primero y segundo del bienestar, o las implicaciones del campo naciente de la economía de bienestar. Las "verdades económicas" eran en gran parte matemáticas, por lo cual carecía de importancia la cuestión de su universalidad. Las leyes económicas originadas de esta forma tienen tanta universalidad como las verdades matemáticas que las componen.

Pero gran parte de este "progreso científico" de la economía neoclásica impuso costos. Más específicamente, el elemento humano perdió progresivamente su protagonismo en la concepción neoclásica de la actividad económica. Por ejemplo, en el contexto del equilibrio general hay cantidades infinitas de agentes y todos son tomadores de precios. ¿Quién modifica el precio para vaciar el mercado? La respuesta de los economistas neoclásicos es la ficción del "subastador de Walras". Pero esta respuesta elude la esencia de nuestra simple pregunta: el "subastador de Walras" es ficción. Con seguridad, este subastador carece de contraparte en el mundo real, compuesto por personas que actúan. En tales circunstancias, ¿cómo puede el análisis del equilibrio general inducirnos a comprender mejor el mundo real, compuesto por gente real? En el mundo real, los participantes en el mercado persiguen activamente sus propios intereses. Aceptan o rechazan las ofertas de precios y, en última instancia, la interacción genera un precio que vacía el mercado.

Este proceso se desarrolla en el tiempo y es muy imperfecto. ¿Dónde las exigencias del tiempo y las imperfecciones desempeñan una función en el análisis del equilibrio general?

De forma similar, en el mundo del equilibrio general la ficción del "subastador de Walras" no permite falsos intercambios, pero ciertamente esto no sucede en el mundo real. El mundo real está poblado por actores ignorantes, que enfrentan la incertidumbre y cometen errores. Este rasgo, según el que los actores humanos posibilitan los mercados, es crucial para comprender el proceso real del mercado, pero no figura en el análisis del equilibrio general. Es como si los rasgos que caracterizan a un individuo humano fueran desvanecidos, o barridos para ocultarlos bajo la alfombra, y suplantados por el "subastador de Walras". En el mundo atemporal del equilibrio general no hay proceso alguno, ni movimiento de "aquí" hacia "allá"; solamente hay un "aquí" y un "allá" no conectados. Para hacer del elemento humano el centro del análisis económico, es preciso explorar. Una simple descripción de los estados inicial y final de la acción del hombre, suponiendo que este logra su fin, ignora precisamente el proceso de movimiento que la economía necesita explicar.

El esfuerzo de investigación neoclásica fue descrito en las páginas anteriores. Un elemento clave de ese esfuerzo es el análisis de estáticas comparadas, como medio para comprender las propiedades de bienestar y eficiencia del proceso económico en circunstancias cambiantes. Sin embargo, este esfuerzo ignoró en gran medida el papel del actor humano en el análisis económico. La función social de bienestar de Samuelson y Bergon, que pretendía representar el agregado de las preferencias de todos los miembros de la sociedad, se refería a los individuos de una manera tan abstracta que parecía empeñada en excluirlos del análisis. En lugar de comprender las preferencias humanas como algo en constante cambio, imposible de medir, y productos creativos de la escogencia y la toma de decisiones, la economía neoclásica del bienestar las trataba como resultados estáticos y homogéneos de supuestos determinísticos. En cierto sentido, la noción neoclásica de la economía del bienestar separó al hombre de la economía. A la luz del teorema de la imposibilidad de Arrow, comenzó a cuestionarse incluso la relevancia de la construcción de una función de bienestar social, aunque esto no impidió que numerosos economistas neoclásicos continuaran usándolo como medio válido y significativo, para analizar las propiedades del bienestar

en situaciones estáticas diferentes. A fin de cuentas, mientras la economía neoclásica tuvo éxito en aproximar la economía a la física, permanece la duda: ¿En qué medida se desarrolló nuestra comprensión de los procesos del mercado y la conducta humana falible, que caracterizan el mundo real?[530]. Sin duda el formalismo añadió sofisticación técnica a este campo, pero esos adelantos no se lograron sin costo, en términos de la centralidad del elemento humano en el estudio de la economía.

Este tipo de economía orientada por modelos técnicos, también confrontó un problema con su hermana gemela, la medición estadística. ¿Cuál es la importancia empírica del modelo? Las anomalías acumuladas y la falta de relevancia de los modelos en relación con el mundo real fueron destacadas por amigos y enemigos. Algo debía cambiar. Y lo que cambió no fue la mentalidad de "modelos y medición", sino las herramientas necesarias para medir los modelos.

De lo malo a lo peor: el historicismo formalista

La tendencia más reciente en la economía de corriente principal se fundamenta en la influencia creciente de la teoría de los juegos. John von Neumann y John Nash, elementos claves en el desarrollo de la teoría de los juegos, eran matemáticos entrenados. Otra mente clave fue la de Oskar Morgenstern, coautor con von Neumann. Morgenstern, que estuvo cerca de la tradición austriaca, trató de enfatizar la importancia de la previsión imperfecta y de la función del proceso del mercado. Al final, sin embargo, las premoniciones de Morgenstern fueron descartadas y la estructura teórica del juego fue construida sobre supuestos estáticos, como las creencias y las preferencias homogéneas y la premonición perfecta de los jugadores involucrados[531]. Las preguntas de Morgenstern fueron descartadas, mientras el énfasis central y el enfoque fueron asentados en los aspectos técnicos[532].

Inicialmente, la teoría de los juegos se recibió con gran interés y entusiasmo, pero en poco tiempo estos sentimientos desaparecieron. En la profesión, muchos encontraban dificultades para extender el fundamento más allá de los juegos de dos jugadores, desarrollados por von Neumann y

Morgenstern. Risvi afirma que la teoría de los juegos se incrustó realmente en la profesión económica, cuando los economistas se dieron cuenta de que había dificultades sustanciales con la teoría del equilibrio general[533]. Entre esas dificultades estaba la inhabilidad de la teoría del equilibrio general para tomar en cuenta la competencia imperfecta. En términos simples, la teoría de los juegos permitió que los teóricos analizaran numerosos escenarios en los que la teoría del equilibrio general tenía poco que aportar. A la par de las críticas de los economistas neoclásicos, quizás la crítica más sustancial contra la teoría de los juegos es que distorsiona la naturaleza del actor económico. Supuestos que simplifican la cuestión se adoptan para modelar varios escenarios, que serían demasiado complejos sin esos supuestos. En muchos casos, por ejemplo, se supone que los jugadores saben más de lo que realmente saben —o podrían saber—. En tales situaciones, estos modelos son tan alejados de la realidad como los modelos neoclásicos que suponen que los actores económicos tienen un conocimiento perfecto. En la evolución de la teoría de los juegos se establecen reglas estrictas que los jugadores deben acatar como si fueran autómatas, desprovistos de características y rasgos únicos: preferencias, gustos, intuición imperfecta, etcétera. Además, estas reglas fundamentales descartan el aspecto empresarial de la acción humana. En los casos en los que se supone conocimiento perfecto, simplemente no hay nada nuevo que puedan aprender los actores. Y en los casos en los que las acciones de los jugadores son restringidas severamente por la vía de las reglas del juego, es extremadamente limitada la habilidad de los jugadores para mantenerse alerta a las oportunidades nuevas.

En relación con este análisis, también debemos considerar el tema del equilibrio en la teoría de los juegos. Si bien la teoría del equilibrio general enfoca un equilibrio estático definitivo, el teorema común nos dice que pueden darse múltiples equilibrios en situaciones numerosas de la teoría de los juegos. Como se mencionó antes, tanto los neoclásicos como los de la teoría de los juegos fallaron, al no considerar el proceso del mercado con énfasis en el aprendizaje y el descubrimiento, para resolver el problema de coordinación identificado por Hayek[534]. En términos sencillos: ¿Cómo pueden los agentes, dotados de conocimiento imperfecto e intuición imperfecta, coordinar sus actividades con los demás? Con demasiada frecuencia, esta pregunta crítica es descartada por la vía de los supuestos del

modelo. Además, suponiendo que los individuos son capaces de coordinar sus actividades, sigue en la oscuridad la idea de que ellos serían capaces de alcanzar un equilibrio, dada la introducción constante de conocimiento nuevo e información nueva. Por lo tanto, está claro que numerosos modelos de la teoría de juegos describen un instante fijo en el tiempo, con un bagaje dado de conocimiento. Por último, debe analizarse la cuestión de la universalidad. En muchos casos, los teóricos de los juegos modelan algún escenario que muestra lo conseguido en uno de los múltiples equilibrios potenciales, como lo dicta el teorema común, y luego afirman que el equilibrio alcanzado no es universal. En otras palabras, el equilibrio alcanzado es uno entre una cantidad infinita de equilibrios posibles, que ocurrió en el momento particular y en el sitio particular que se analiza, pero que no se produciría necesariamente en todos los casos de circunstancias similares.

Nos hallamos en una situación indeseable. La característica que define el análisis económico ya no consiste en las proposiciones universales que se producen en una variedad de idiomas —naturales y formales—, sino que cualquier proposición puede probarse si se usa un solo lenguaje —el formal —. *Historicismo formalista* es el término que hemos acuñado para esta posición intelectual.

Los argumentos austriacos contra el historicismo ya no son estrictamente pertinentes. Los argumentos austriacos contra el formalismo todavía lo son, pero los austriacos no han comprendido cuánto se ha movido el piso desde 1950. En el período anterior, las proposiciones universales establecidas por economistas, de Smith a Menger, se representaban en un modelo formal, pero solamente con supuestos muy restrictivos. Bajo estos supuestos restrictivos, podía encontrarse un vector único de precio y cantidad que vaciaría el mercado. Pero estos supuestos restrictivos estaban muy lejos de la realidad. Problemas sobre la asimetría de la información, la estructura imperfecta del mercado, las externalidades y los bienes públicos llevaban a una asignación subóptima en el uso de los recursos escasos. La teoría de las fallas del mercado se desarrolló en respuesta a esas situaciones, pero persistió el problema de la naturaleza *ad hoc* de la introducción de esas desviaciones del ideal.

La nueva economía institucional —que comprende el derecho y la economía, el análisis de las decisiones públicas, la nueva historia económica, etcétera— fue desarrollada en respuesta a estas circunstancias. El resultado

fue el desarrollo de la teoría de las fallas del Gobierno y el análisis comparativo institucional. Pero muchos de estos desarrollos se expresaron en un lenguaje predominantemente natural, y muchos miembros del *establishment* formalista no aceptaron los resultados. Los teóricos fueron inducidos a escoger entre retornar al mundo institucional y rico del lenguaje natural, o entrar al reino del formalismo y permitir el particularismo.

A mediados de la década de los 80, la mayoría de los economistas estaban dispuestos a llevar su análisis hacia este historicismo formalista —una postura que habría sido absurda en la década de los 50—. Conceptos como los equilibrios múltiples y la dependencia tecnológica del propio pasado —*path dependency*— emergieron como temas unificadores en el análisis económico. Esta tendencia engendró cierta liberación, pero no nos acercó al estudio del hombre.

¿A dónde vamos desde aquí?

El historicismo formalista tiene muchos problemas, pero también ha diseminado las semillas de su propia corrección. Puesto que las teorías pueden ser desarrolladas para probar cualquier cosa, con el transcurrir del tiempo hay más y más confianza en el trabajo empírico para poder elegir entre teorías. Esto resulta más evidente en los trabajos de la teoría del crecimiento, pero se difunde a todas las áreas de la investigación contemporánea. La demanda de trabajo empírico ha coincidido con la aceptación creciente de formas alternativas de evidencia. Los estudios profundos de casos, el análisis histórico comparativo, las entrevistas, las encuestas, todas esas instancias son aceptadas como evidencia a la par de modelos econométricos monumentales.

He aquí nuestro punto de vista: esta apertura de la naturaleza del trabajo empírico aceptable representa una gran oportunidad para los austriacos, que pueden reintroducir al actor humano en el análisis. En el pasado, la Escuela Historicista creía que la evidencia histórica, narrativa y antropológica demostraba las particularidades del individuo. Irónicamente, nuestro argumento es que, al exponer el historicismo formalista a la evidencia antropológica e histórica, recobramos la naturaleza universal de las ciencias humanas. Si nada universal hubiera en la condición humana, ¿qué

ganaríamos con el estudio de los demás? ¡Nada! Los demás permanecerían más allá de nuestra capacidad de comprender. Por otra parte, si todos los individuos fueran idénticos, ¿qué podríamos aprender con el estudio de los demás? ¡Nada! No habría nada específico en sus circunstancias. La comprensión económica aumentaría con la elaboración de preguntas en términos particulares, pero analíticos, de la lógica de la escogencia. La interpretación de lo particular a través de lo universal genera la *narrativa analítica*[535]. La narrativa analítica conlleva la aplicación de la economía austriaca, como herramienta de interpretación de los datos etnográficos. Este enfoque subraya la flexibilidad de la escogencia en oposición a la rigidez requerida por las interpretaciones formalistas de la escogencia racional. La narrativa analítica, si es conducida según nuestras sugerencias, nos lleva al cuadrante inferior derecho de la gráfica 19.1. El individuo como escogedor regresa con carácter humano y circunstancias particulares.

El elemento empresarial de la acción humana operó en nuestro conocimiento de tiempo y espacio particulares para obtener las ganancias de interacciones mutuamente beneficiosas. En el análisis del proceso de mercado que debemos a Mises y Hayek, el empresario ejecuta el primer movimiento. Este empresario está atrapado entre esperanzas tentadoras y temores perturbadores, cuando procura reconocer lo desconocido o mejorar los resultados de las oportunidades de intercambio reconocidas. El proceso de mercado emerge de las imperfecciones previamente existentes en el mercado. La ineficiencia de hoy representa las oportunidades de ganancias de mañana para el empresario capaz de corregir la imperfección, de tal manera que permita a los individuos obtener ganancias de intercambios hasta entonces inexplorados.

Convertir en máquina al individuo o a la economía necesariamente elimina el desorden del descubrimiento empresarial y el ajuste del proceso. Sucede también que la imagen de la máquina expulsa de la economía las contingencias institucionales. Pero el análisis austriaco, al insistir en la centralidad del elemento humano en la vida económica, y en el contexto institucional en el que actúan los humanos, mantiene una posición en la disciplina de la economía que es analíticamente rigurosa —lógica de la escogencia— e institucionalmente rica —historia narrativa—.

Conclusión

El panorama intelectual de la economía política moderna ha cambiado considerablemente desde principios del siglo XX. Hemos argumentado que la disciplina comenzó ese siglo en una postura en la que los economistas pensaban que habían descubierto leyes universales, que podían expresarse en la prosa del lenguaje natural. Sus oponentes lo negaron, argumentando que la teoría económica no era universal. A mediados del siglo, la disciplina se movió a una posición en la que los economistas creían que habían refinado los principios universales, expresándolos en el lenguaje no ambiguo de las matemáticas. Sin embargo, para difundir las proposiciones económicas en esos términos, era necesario usar suposiciones restrictivas para asegurar la maleabilidad matemática. El elemento empresarial de la acción humana fue una fatalidad para la revolución matemática de la economía, porque desafió la maleabilidad. Lamentablemente para la ciencia económica, no podemos explicar la operación del mercado ni los ajustes del sistema de precios sin recurrir al empresario.

En lugar de reconocer esta situación, el discurso económico se dirigió a un desvío que resultó en una forma de historicismo formalista y dominó la economía en la última década del siglo XX. Empezamos un siglo nuevo, con la esperanza de que la lógica universal de la ciencia económica, y sus contingencias de volición humana y condiciones históricas, puedan coexistir bajo la sombrilla intelectual de las ciencias de los actores humanos. Es la visión inspiradora que Ludwig von Mises nos dio en 1949. Han transcurrido desde entonces más de cincuenta años. El trabajo pionero de Mises nos dejó los fundamentos de una ciencia económica que es a la vez humana en sus métodos y humana en sus preocupaciones.

Capítulo 20

Los límites del conocimiento económico

¿Qué función hay para el Gobierno en la promoción del bienestar económico de los ciudadanos dentro de las fronteras nacionales? Esta pregunta ha exasperado a los filósofos sociales durante siglos. Si suponemos que parte de la legitimidad de la autoridad política deriva procede de la satisfacción que otorga a sus ciudadanos, la respuesta es que un "buen" Gobierno debe adoptar políticas que aumenten el bienestar económico de tales ciudadanos. En qué consisten exactamente esas políticas ha sido uno de los temas principales de controversia en la economía desde que la misma se configuró como tal. Algunos economistas han sostenido que la función del Gobierno ha sido, en el mejor de los casos, la de árbitro. Otros han argumentado que el Gobierno debe participar activamente en el juego económico.

Hay dos tensiones teóricas en este debate. Primero, desde Adam Smith, una parte importante de la docencia económica ha puesto el énfasis en los aspectos mutuamente benéficos del comercio. Pero, para que se produzcan las ganancias del intercambio, el economista sugiere algún nivel de coerción, a fin de asegurar la condición del esquema básico de propiedad y contrato. Si el Gobierno no brinda la infraestructura legal, tampoco se obtienen los beneficios mutuos del intercambio. Para financiar el suministro de esta condición y otorgar poder al Gobierno con el fin de que la haga obligatoria, debe desaparecer la presunción de voluntariedad. Hasta el presente, la forma precisa de negociar esta división causa confrontación en la economía y en la economía política.

En segundo lugar, hay una relación interesante entre la visión epistemológica de la economía y la disposición del economista que actúa según la historia de la economía del desarrollo. Para simplificar dos continuidades hasta sus polos, podemos ver la economía en movimiento entre la "modestia epistemológica" y la "arrogancia epistemológica", en la forma como comprende su propia noción de su conocimiento científico —principalmente en el sentido de la predicción o del control—, y visualizar a los economistas enfocando su trabajo como "estudiantes de la sociedad" o

como “salvadores de la sociedad”. En la tabla 20.1 se muestra la interacción entre la cultura dominante de la disciplina y la disposición del economista.

Tabla 20.1. El estatus de la economía y el papel del economista

	El economista como estudiante	**El economista como salvador**
Economía con modestia epistemológica	Profeta precavido feliz	Ingeniero frustrado
Economía con arrogancia epistemológica	Profeta precavido frustrado	Ingeniero en funciones

Los resultados se expresan en categorías amplias, como “profetas precavidos” o como “ingenieros”. El “profeta” es una persona que advierte predictivamente: si usted hace *x,* ocurrirá *y*. No es alguien inspirado por la divinidad o algo semejante. El adjetivo “precavido” sugiere que la tarea del economista como profeta es principalmente tarea de advertirnos sobre los límites de lo que podemos hacer y lo que no podemos hacer. Es más probable que el economista como profeta ponga más el énfasis en “lo que no puedes” que en “lo que no debes”. Esta clase de economista tiene un respeto, aunque no siempre inviolable, por las obras y el valor de las instituciones que han sobrevivido al proceso de evolución social. Esto lo coloca en la posición de prevenir a los que repetirían o ignorarían los resultados duraderos de esos procesos históricos.

En contraste, durante los últimos ciento cincuenta años, el economista como ingeniero se ha desplazado a través de dos visiones del mundo —distintas aunque relacionadas— con respecto a instituciones que emergen de la historia. A finales del siglo XIX, un período caracterizado por la “frustración”, el economista orientado a la ingeniería se interesaba por el papel de las instituciones, pero le preocupaba diseñar instituciones sociales nuevas para reemplazar a las que se consideraban responsables de los problemas del día. El espíritu de la ciencia y la ingeniería, que aparentemente habían sido tan exitosas en la domesticación de la naturaleza, sería usado para controlar las fuerzas del mundo social, a fin de que sirvieran a la causa del mejoramiento humano, como consecuencia de la razón humana y no como consecuencia de la ciega evolución. A mediados del siglo XX, cuando las fallas de la generalidad del rediseño institucional eran más obvias, el

economista como ingeniero era más propenso a ignorar las instituciones históricas y a centrarse en los problemas de la asignación óptima del ingreso y de los recursos, pero dentro de un vacío institucional. Lo que une a los ingenieros de los siglos XIX y XX, y hace a su agrupación intelectualmente coherente, es su rechazo hacia al respeto del profeta precavido por las instituciones sociales históricamente exitosas. Los más antiguos las rechazaban, porque pensaban que podían ser mejoradas. Los más recientes, simplemente ignoran el asunto.

En este capítulo, exploramos la manera en que se observan las interrelaciones entre los economistas como profetas o como ingenieros, y la economía como epistemológicamente modesta o arrogante, en los debates sobre el papel del Estado en la promoción del desarrollo económico. Está claro que el Estado desempeña una función, pero ¿cómo lo hace: creando un entorno en el que las transacciones económicas suceden, o corrigiendo el fracaso de la acción voluntaria, para promover el desarrollo? En otras palabras: ¿cuán modesta o cuán segura de sí misma es la economía sobre el aporte directo de los economistas al desarrollo económico? Douglass North escribió que en estas discusiones es fundamental recordar que el Estado, más allá de lo depredador y explotador que pueda ser, sí es necesario para el desarrollo económico[536]. Adam Smith nos legó una afirmación clásica sobre este asunto cuando, en las notas que condujeron eventualmente a *The Wealth of Nations,* escribió: "poco más se requiere para llevar a un Estado del barbarismo más bajo al grado más elevado de opulencia que la paz, los impuestos bajos y una administración tolerable de justicia. Todo lo demás se alcanza por el curso natural de las cosas"[537]. He aquí una alusión al gobierno limitado, pero también a un gobierno organizado efectivamente y capaz de definir los derechos de propiedad y el respeto de los contratos. Por otra parte, los autores mercantilistas anteriores a Smith, los economistas proteccionistas alemanes y también los economistas keynesianos sostuvieron con vigor que el Estado no puede permanecer al margen para arbitrar el juego económico. Según ellos, el Estado está en una posición única para servir como corrector de los males sociales y, por ese motivo, desempeña una función definitiva y activa en la promoción de la riqueza de una nación. Entrelazadas en la historia de estos debates sobre la función del Estado en la economía política, hay preguntas sobre la naturaleza del peritaje económico, los supuestos

epistemológicos de la economía y la actitud del economista.

Ida y vuelta desde la filosofía moral a la ciencia

Antes de enfocarnos con mayor precisión en la historia de la economía del desarrollo, necesitamos una visión amplia, aunque breve, de la autocomprensión de la economía y de su propio punto de vista epistemológico. Nos limitaremos, más o menos, a los últimos trescientos cincuenta años, y comprobaremos la oscilación entre la modestia epistemológica, la arrogancia epistemológica y las implicaciones de ambas en la política económica. En Adam Smith encontramos una precaución reiterada sobre los límites de la sabiduría del filósofo moral, principalmente a la luz de lo que puede hacer el Estado con la política económica, y las diferencias entre el conocimiento del economista y el conocimiento del actor económico. Jeffrey Young distingue en Smith dos formas de conocimiento: el "contexto" y el "sistema"[538]. El primero se refiere al conocimiento que usan los actores, basados en su experiencia, para tomar decisiones diarias en la "vida ordinaria". Lo sistémico, por contraste, es lo que produce el filósofo y "revela lo que está oculto en la vida ordinaria de los agentes". La distinción de Young también se ve en el famoso pasaje sobre el "tablero de ajedrez" de Smith, en su *Teoría de los sentimientos morales*, donde Smith distingue entre "el principio de moción" de los actores individuales y las reglas sistémicas establecidas por la legislatura[539]. Especialmente importante es en ese pasaje la discusión de Smith sobre la "arrogancia" de quienes tratan de colocar a los actores como si fueran piezas en un tablero de ajedrez. Toda la noción de la "mano invisible", en particular como Smith la entendía, conectada a lo divino, es otro ejemplo de su llamado a la humildad filosófica frente a fuerzas sociales mayores.

A principios del siglo XIX, la economía permanecía en gran medida bajo la influencia de visiones relativamente modestas sobre su posición entre las ciencias. En las décadas que siguieron, dos desarrollos comenzaron a presionar la autoconcepción metodológica prevaleciente. El primero, que se explorará más adelante con mayor detalle, era un énfasis en la importancia del "conocimiento común" del actor y un escepticismo creciente sobre el conocimiento del experto. Este argumento estaba ligado a la Escuela

Histórica y a ciertos pensadores proteccionistas de Alemania y de los Estados Unidos. Ellos atacaban la ortodoxia de la época, argumentando que era, en cierto sentido, demasiado "científica", porque prestaba atención insuficiente a: cómo funcionan las leyes naturales del desarrollo humano, y a cómo facilitar mejor esos procesos. Al mismo tiempo, algunos de estos pensadores sostenían también que la economía era *no científica* por no prestar suficiente atención al funcionamiento de las leyes naturales del desarrollo humano y a cómo facilitar mejor esos procesos.

El segundo desarrollo fue el auge del pensamiento socialista, en particular el marxismo, que comenzó a criticar la ortodoxia clásica, en algún sentido del término, por no ser suficientemente científica. Desde el punto de vista de Marx, sus leyes de la historia representaban un enfoque más científico que la visión mundial clásica, para comprender el camino hacia el desarrollo de las economías industriales. Si bien Marx sugería humildad frente a estas leyes históricas, la culminación del proceso histórico sería un mundo en el que los humanos usarían su conocimiento de las fuerzas sociales para hacer historia, en vez de ser sujetos de la historia. El futuro del marxismo, en el que la producción de dirigiría "según un plan establecido", sería un orden social construido racionalmente de acuerdo con nuestro conocimiento de las leyes de producción[540]. Engels enfocó esto de una manera atractiva comparando al capitalismo con el relámpago y al socialismo con la electricidad, controlada por los humanos[541]. Tal como la comprensión científica de la naturaleza nos había permitido descubrir fuerzas naturales poderosas y sujetarlas al control humano, la comprensión científica del mundo social, quizás bajo la dirección de la economía, podía permitirnos el uso de la racionalidad para controlar las fuerzas de la producción.

A pesar de sus intentos para cambiar la imagen clásica de la disciplina, los marxistas y los historicistas permanecieron como integrantes de la heterodoxia. Sin embargo, principalmente las posturas de los marxistas tuvieron su efecto. Al mismo tiempo, la disposición de muchos que estudiaron economía también registró cambios. En vista de los eventos que rodearon la Revolución Industrial, entre ellos las condiciones en las fábricas y las variaciones en la distribución de la riqueza y el ingreso, un mayor número de individuos fueron atraídos por la economía, predispuestos a convertirse en salvadores en lugar de seguir siendo estudiantes[542].

Combinado con el movimiento progresista de los Estados Unidos y otros similares en diversas partes del mundo, este acercamiento a la visión de salvador puso una mayor presión sobre la disciplina de la economía y trastocó la comprensión de la misma.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la economía siguió adoptando elementos de las ciencias naturales con creciente frecuencia. La obra de Mirowski demuestra que la importación de conceptos de las ciencias naturales afectó profundamente el desarrollo de la economía neoclásica[543]. La unión del lenguaje de equilibrio, energía y "fuerza" con el auge de la filosofía positivista, a principios del siglo XX, empezó a incrementar el nivel de autoconfianza entre los economistas. Con una visión filosófica que priorizaba la predicción y el control, y un conjunto de herramientas teóricas que subrayaban el modelaje y la prueba empírica, la economía neoclásica se veía cada vez más como una extensión de la ingeniería. La confianza en la institucionalización en el mundo real de modelos de equilibrio general alcanzó su clímax en las décadas de los 30 y los 40, en la literatura de la planificación y el socialismo de mercado. La interacción creciente entre los economistas, los de la teoría de juegos y el complejo militar-industrial, cimentaron más profundamente la visión de los problemas económicos como problemas estáticos, de asignación de recursos, y casi de ingeniería. Libros como el de Abba Lerner, *The Economics of Control* (Macmillan, 1944) fueron ejemplos de esta visión de la economía en acción.

Al joven que se acercaba a la economía con la determinación de un salvador, la nueva autoconfianza de la misma le brindaba una combinación perfecta. La economía se convirtió en una oportunidad para poner en práctica los deseos propios de salvar al mundo, como un ingeniero social practicante. A los menos inclinados a convertirse en salvadores, el estado de la disciplina se les volvió una fuente de frustración. Si bien el "estudiante" se siente inclinado siempre a desempeñar el papel de profeta precavido, ese papel se ve reducido a la irrelevancia cuando el discurso dominante de la disciplina está más cercano a la ingeniería. A mediados del siglo XX, la economía estaba demasiado ocupada imaginando lo que podía hacer y quedaba poco tiempo para los que seguían advirtiendo que esas tareas no podían ejecutarse. Muchos economistas ortodoxos de ese período, principalmente los que no apoyaban un Estado intervencionista, pero también los marxistas, se hallaron

desempeñando el papel del profeta precavido, creyendo que la autoconfianza científica era en realidad una *hybris* intelectual. Frente al triunfo de la ciencia, visiones similares a las de los filósofos morales de ciento cincuenta años antes se consideraban pura metafísica.

Sin embargo, en los últimos treinta años, la disciplina ha cambiado en cierta manera. Por diversas razones, incluidos los fracasos de las políticas basadas en el enfoque de la ingeniería, la economía se ha alejado de las formas más extremas de arrogancia implementadas en el siglo XX. Los adelantos de la filosofía y nuestra mayor comprensión de la mente humana han puesto en tela de juicio las afirmaciones más sólidas del positivismo y del racionalismo, y han conducido a una apreciación renovada de la función de las instituciones sociales, como guías de los hombres falibles provistos de racionalidad restringida o limitada en un mundo complejo y ambiguo. El énfasis creciente en la retórica de la economía y en la historia de la disciplina, no solo en la historia de las ideas, ha contribuido a controlar las ambiciones irreales de principios del siglo XX. Un cambio interesante es que la mentalidad de ingeniero perdura como forma, pero no como función, en la complejidad creciente de la economía matemática. El resultado es que los que se acercan a la economía como salvadores se frustran ante el ámbito árido y carente de política de la economía supuestamente "pura" y también quizás debido al regreso de la modestia epistemológica. Además, el estudiante quizá se sienta inspirado por la nueva modestia, cuando observa la función del profeta precavido como algo más alcanzable. Sin embargo, las estructuras institucionales de la disciplina continúan recompensando desproporcionadamente a quienes poseen habilidad matemática, aunque no desarrollen funciones de ingenieros. El resultado es la frustración de una u otra clase para todos, salvo los que ven una belleza inherente en las herramientas.

En lo que sigue del capítulo, sobrepondremos esta historia a la de la función del Estado en la economía del desarrollo, para explicar los cambios que esta disciplina ha experimentado en su intención de explicar por qué algunas naciones son ricas y otras no.

El economista modesto y el Estado limitado

La historia de la función del Estado en el pensamiento económico empieza con las contribuciones más tempranas del pensamiento económico moderno. Los filósofos morales liberales del siglo XVIII, principalmente los relacionados con el iluminismo escocés, vieron clara la conexión entre el desarrollo del intercambio, el comercio y el desarrollo de varias medidas de "civilización". Desde su punto de vista, la extensión del comercio era el resultado de los límites a la función del Estado que pretendía ser el origen directo del desarrollo económico, y de limitar dicha función a proporcionar una infraestructura institucional que facilitara el comercio. A la vez, esta visión implicaba una contribución a la riqueza de las naciones mucho más modesta para el economista-filósofo moral.

El efecto civilizador del comercio pudo verse en tres niveles. Primero, el desarrollo del comercio creó incentivos para interactuar mediante la persuasión por la vía del beneficio mutuo y no mediante juegos de resultados nulos o negativos, originados por la fuerza o la estafa. En este ambiente, el comercio generó relaciones pacíficas entre los individuos, al crear una interdependencia con la división del trabajo y el intercambio. Segundo, el comercio promovió sociedades ordenadas y prósperas, a lo largo de procesos de mercado sujetos a la mano invisible o al orden espontáneo. Surgieron relaciones más civilizadas entre los individuos y se crearon órdenes sociales más civilizados. Tercero, el comercio promovió relaciones más civilizadas entre las naciones, extendiendo la ley de Ricardo al comercio internacional. Las naciones que mantuvieron barreras bajas al comercio internacional desarrollaron la cooperación y relaciones interdependientes con otras, reduciendo los beneficios netos, lo cual redujo asimismo la frecuencia de los conflictos armados. En esta sección se exploran los tres argumentos.

En, *The Wealth of Nations,* Adam Smith reconoció que la economía de mercado civiliza de varias maneras a los individuos. La transición desde las formas antiguas de organización económica a los mercados provocó el cambio de sociedades coordinadas frecuentemente por interacción cara a cara a sociedades que requerían procesos nuevos de coordinación social que podían operar entre actores anónimos. Como lo explica Smith en un pasaje muy conocido y relacionado con este principio:

> En una sociedad civilizada [el hombre] se ve siempre obligado a la cooperación y concurrencia de la multitud, porque su vida toda apenas

> puede ser período suficiente para granjearse la amistad de un corto número de personas[544].

Smith sostiene que podríamos tratar de conseguir esa cooperación apelando a la benevolencia de los demás con actos de beneficencia, pero es poco probable que eso funcione cuando el motivo de la cooperación no es una conexión personal, sino solamente el amor propio. Nuestra beneficencia nos recompensa porque el espectador imparcial nos da su aprobación, pero no conduce a las formas concretas de cooperación y beneficios pecuniarios de los que dependen los procesos económicos. Por lo tanto, dice Smith, debemos encontrar una manera de apelar al amor propio de los otros, y el pasaje famoso del carnicero, el panadero y el cervecero va por esa ruta.

Smith y otros argumentaron que el comercio demostró que la intervención directa del Estado no era necesaria para impulsar la conducta de cooperación entre los individuos y, a partir de tales argumentos, quedó claro que tal acción tampoco era necesaria para generar nociones más amplias de orden social. La mano invisible del iluminismo escocés ayuda a explicar cómo el comercio interno de una nación puede generar instituciones y resultados ordenados, pero no planificados. La fortaleza del sistema de Smith radicaba en que "el sistema de libertad natural" —no los esfuerzos intencionales del Estado para crear riqueza nacional— generaría la riqueza de las naciones. Sea cual fuere la forma como leemos la metáfora de la mano invisible, su mera invisibilidad connota procesos diferentes de las muy visibles actividades que emprende el Estado para generar desarrollo económico.

El aumento del comercio, que se concentra principalmente en las ciudades, tuvo otros efectos saludables en el orden social más amplio. En el capítulo "Cómo el comercio de las ciudades contribuyó al desarrollo del país", Smith explica que había tres formas en que el comercio entre las ciudades generaba consecuencias no intencionadas pero beneficiosas, también en las áreas rurales. Las primeras dos formas son marcadamente económicas, pero la tercera, que Smith atribuye a Hume, es la que consideramos más importante:

> Gradualmente, el comercio y la manufactura introdujeron orden y buen gobierno, y fomentaron la libertad y la seguridad de los individuos, entre los habitantes de las áreas rurales, quienes anteriormente casi vivían en un estado continuo de guerra con sus vecinos y de

dependencia servil con sus superiores[545].

Este argumento es un buen resumen de la visión de los escoceses con respecto a las funciones necesarias e innecesarias del Estado. Smith afirma aquí que el comercio, que en algún sentido claro precede al Estado, genera la "demanda" de reforma política y buen gobierno, y la ampliación de la civilización al área rural. Para Smith, el comercio es una propensión humana natural, que genera las mejores consecuencias cuando la propiedad y la libertad están seguras. Una ampliación del volumen del comercio conduce a mayores beneficios obtenidos de un Estado limitado y respetado.

La tercera forma como se creía que la limitación del Estado generaría efectos civilizadores era el comercio internacional. La idea estaba clara en la mente de Smith: la especialización y la división del trabajo conducirían a efectos saludables en la nación. El nexo entre la división del trabajo y "la extensión del mercado" originó un principio según el cual la evolución y el crecimiento de las economías podían volverse evidentes. Jean-Baptiste Say y David Hume extendieron esa visión. Say explicó cómo la producción era la fuente de la demanda y Ricardo usó el concepto de ventaja comparativa para extender la visión de Smith al comercio entre las naciones. Ambas explicaciones son importantes. El comercio generaría entre las naciones la misma interdependencia que había generado entre los individuos. En el caso de las naciones, la interdependencia conduciría a una reducción del nivel de los conflictos entre ellas.

Según los economistas políticos prematuros, la función del Estado estaba, en gran medida, limitada a la protección de las personas y las propiedades. Ellos sostenían que el comercio no restringido generaría los efectos benéficos que, según algunos, requerirían un Estado activo. La función del Estado consistía en proveer la infraestructura legal y política que hiciera el comercio posible. Como el jardinero que cultiva un ambiente en el que las plantas pueden florecer, el Estado era visto, en gran medida, como proveedor de las instituciones que los individuos necesitaban para beneficiarse de las ganancias del comercio. Se puede argüir que Smith explicaba las fuerzas económicas y sociales efectivamente activas en el mundo social de su tiempo y que, al identificar tales fuerzas, ofrecía una visión de humildad por la habilidad de los hombres de manipular conscientemente esos procesos económicos. La infraestructura institucional era la clave de la riqueza de las

naciones. Dirigiría nuestras pasiones por canales que generarían beneficios públicos, aunque no fuera esa nuestra intención.

Para Smith y sus contemporáneos, los argumentos de la economía eran modestos. No pretendía ser capaz de reconstruir el mundo. Solamente podía ofrecer algunos consejos generales sobre lo que debía hacerse, pero podía decir mucho sobre lo que no debía hacerse. El estudiante encontraría en esto una atmósfera agradable y con alegría asumiría el papel del profeta precavido. Vale la pena resaltar que, desde los años tempranos del iluminismo hasta bien entrado el siglo XIX, el papel del profeta precavido[546] era más radical que conservador, dado que la obra de Smith pretendía aplicar la razón al estudio de la sociedad. El conocimiento avanzado era, de hecho, la habilidad para discutir cómo la razón demostraba, en palabras de Hume, los límites de la razón. Estamos acostumbrados a identificar a menudo al profeta precavido como una voz "conservadora", pero en el contexto de la época de Smith era lo contrario. No debe sorprendernos que este papel modesto de la economía y del economista no encajara bien con los que se acercaban a la economía como salvadores, cuyo turno llegaría en la fase siguiente de la economía del desarrollo.

El proteccionismo y la identidad nacional: el salvador como ingeniero frustrado

El argumento a favor del comercio libre, principalmente entre las naciones, desarrollado por Smith y otros, respondía a prácticas anteriores que en la actualidad caracterizamos ampliamente con el nombre de "mercantilismo". Aún subsiste el debate de si el mercantilismo anterior a Smith podía entenderse como un sistema teórico coherente. En su análisis del pensamiento mercantilista, Lars Magnusson argumenta que, si bien no había una doctrina cohesiva ni un conjunto de propuestas políticas, varios mercantilistas británicos anteriores a Smith "… compartían principalmente la preocupación sobre cómo podía enriquecerse una nación y alcanzar más poder y más gloria"[547]. Para la mayoría de los mercantilistas, esa acción requería que el Estado administrara el comercio internacional, principalmente con el fin de generar una balanza comercial positiva. Según la respuesta de los economistas clásicos, como lo hemos mostrado, la riqueza nacional se

comprendía mejor en términos de las condiciones en que los bienes y servicios eran distribuidos entre la población, y los mercados y el comercio eran los mejores instrumentos para alcanzar ese fin.

Cerca de la época en que estos argumentos a favor del mercado se desarrollaban en Gran Bretaña y en Europa Continental, otra escuela de pensamiento mercantilista emergía en los Estados Unidos y en Alemania[548]. Como los mercantilistas anteriores, estos pensadores no estructuraron una escuela de pensamiento coherente. Sin embargo, el análisis más desarrollado sobre la fortaleza general de sus ideas provino, en 1841, del alemán Friedrich List y su *Nationale System der Politischen* Ökonomie (*Sistema nacional de la economía política*). Las ideas de List y las de pensadores similares de los Estados Unidos —como Alexander Hamilton y Henry Carey— son categorizadas a menudo como "economía nacional", ya que ellos, igual que sus predecesores británicos, se concentraban en el desarrollo de la riqueza y en el poder de la nación. En ocasiones, la obra de List se conecta con la Escuela Historicista Alemana, dado que su idea central consistía en que la teoría económica y la política apropiadas para un país en particular dependían del grado de desarrollo de dicho país. Al hacer que la teoría económica sea dependiente de la historia, List encaja con los historicistas alemanes, y al argumentar que en ocasiones el comercio libre no era la mejor opción política, List siguió la tradición de los mercantilistas anteriores a Smith.

Mientras List escribía, la naturaleza altamente descentralizada de las múltiples entidades políticas que caracterizaban a Alemania se transformaba en numerosas tarifas que limitaban el comercio nacional. Combinadas con las tarifas de importación —bajas o inexistentes— los estados alemanes eran mercados lucrativos para los vendedores extranjeros, principalmente los británicos. Con productos extranjeros que constituían una porción relativamente alta de la economía, los estados alemanes buscaban una manera de fortalecer sus industrias y sus identidades nacionales. La obra de List cayó muy bien en este entorno histórico. Como razonaremos después, gran parte de la obra de List, y las circunstancias que contribuyeron a que fuera bien acogida, auguraron ideas similares y contextos históricos en el surgimiento del enfoque en la economía del desarrollo del siglo XX, como también lo nota Magnusson[549].

List sostenía que el desarrollo económico se comprendía mejor como una

serie de etapas de maduración: de “barbarie” a “pastoral” a “agricultura” a “agricultura-manufactura” a “agricultura-manufactura-comercio”. Específicamente, List sostenía que las naciones podían pasar de la primera a la tercera etapa, haciendo uso del comercio libre, pero que se necesitaba alguna forma de proteccionismo para alcanzar la etapa final, en la que, una vez más, el comercio libre era deseable. La premisa teórica central era que la mera desigualdad del desarrollo económico mundial hacía que el comercio libre no fuera deseable en todas las circunstancias. Cuando un país llegaba a las etapas de desarrollo más elevadas, su habilidad para exportar bienes manufacturados baratos a los países situados en las etapas menos elevadas impediría el desarrollo de sus propias industrias manufactureras y truncaría la posibilidad de que los países menos desarrollados llegaran a las etapas de mayor desarrollo. La implicación sería que las naciones deberían adoptar estrategias proteccionistas en particular, para proteger lo que hoy se llama “industria infante”, con el fin de garantizar que las industrias internas tuvieran tiempo suficiente de desarrollo, sin la competencia de productos importados más baratos.

El aspecto nacionalista del enfoque de List requiere atención adicional. Como otros pensadores de principios del siglo XIX —David Levy demostró que Thomas Carlyle fue uno de ellos[550]—, List se oponía al “cosmopolitismo” de los economistas clásicos. Mientras según el enfoque de algunos críticos el comercio libre derrotaría a las viejas jerarquías de raza y género, la preocupación de List era la aplicación transnacional de la teoría económica y su enfoque en el individuo en lugar de en la nación. Como indica la serie de etapas del desarrollo, por lo menos habría que reconocer que teorías diferentes deben aplicarse a países diferentes. Además, a List le preocupaban los efectos del comercio libre en la nación entera. Por ejemplo, el comercio libre debe considerarse dañino, si el mismo significa que las industrias o los pueblos serían desplazados. List defendía también la tesis de que las naciones entendían que debían comprometerse con el “poder productivo” y no con la riqueza en sí misma. En un giro interesante, relacionado con la antigua tradición mercantilista, no veía la acumulación de dinero como el objetivo nacional, sino consideraba que el mismo debía ser el incremento del poder productivo de la industria. Y a diferencia de las acusaciones dirigidas a veces a los mercantilistas antiguos, List comprendía

que el poder productivo no era lo mismo que la riqueza, y prefería explícitamente el poder a la riqueza.

Un elemento que List destacó en su versión del sistema mercantilista fue que el nacionalismo y la identidad nacional eran una parte relevante del desarrollo económico. En Alemania, en la primera mitad del siglo XIX, List consideraba con naturalidad el fortalecimiento de la nación como elemento central de su punto de vista teórico. Gran parte de la preocupación por el argumento de la industria naciente era que el comercio libre hace que el desarrollo de la economía nacional dependa de fuerzas que no puede controlar. Cuando los precios mundiales y el comercio libre establecen las condiciones del desarrollo económico, las naciones no pueden controlar si evolucionan y cómo evolucionan sus propios poderes productivos, y no pueden determinar su propia identidad nacional ni su propio destino. En cierta forma, List fue un precursor de los argumentos marxistas sobre la naturaleza oculta de las leyes capitalistas y la necesidad de tomar el control de lo que anteriormente nos había controlado. En el siglo XX, la construcción de la identidad nacional y esos elementos marxistas se combinarían en las políticas de desarrollo económico del mundo poscolonial.

Merecen mencionarse tres aspectos del argumento de List en relación con la amplia historia que contamos aquí. El primero es que la visión de List supone que la industrialización es crucial para el desarrollo económico. List fue explícito en su creencia de que es deseable la industrialización rápida y temprana, incluso cuando implica un empeoramiento temporal de la nación. Como explicaremos más adelante, este enfoque estuvo en el centro de los debates cuando emergió el modelo soviético en la década de los 20 y durante el desarrollo económico posterior a la guerra. El segundo aspecto es que List ve la nación como una unidad de análisis. Comienza con la etapa de desarrollo en la que se encuentra la nación y pregunta qué es necesario para incrementar la fuerza industrial de la nación. El enfoque de List puede omitir la pregunta de si las políticas que recomienda realmente favorecen a la mayoría de los individuos. Cuando plantea esa pregunta, la contesta poniendo los intereses de la “nación” por encima de los intereses del individuo. Por último, List fue un precursor claro de las políticas de “sustitución de importaciones”, que dominaron muchas economías en desarrollo a mediados del siglo XX.

Las visiones relacionadas con List y con la Escuela Historicista redefinen el

papel que los economistas, o los conocedores de la economía, podrían desempeñar con respecto a una sociedad más extensa. Los economistas dispuestos a ser salvadores podrían afirmar que comprenden el proceso "real" en operación y aventurar la afirmación adicional de que poseen conocimiento suficiente para diseñar políticas que generarían mejores resultados económicos y otros beneficios, como el mejoramiento de la identidad nacional. Aunque no con tanta claridad como se vería en el siglo XX, List y los historicistas otorgaron al salvador cierta oportunidad para convertirse en ingeniero. En lugar de humildad frente a los procesos sociales que pueden ser comprendidos, pero no controlados, esta oposición al paradigma de Adam Smith sugería que los economistas debían confiar en que podían aportar contribuciones clave a la labor activista del Estado. Más tarde, en el siglo XIX, esta confianza alcanzaría un nivel superior en el rol que jugaron los miembros de la última Escuela Historicista Alemana, apodados los "Socialistas de la Silla". Se consideraban defensores intelectuales de los que ejercían el poder, y con esta pretensión se aproximaron más al ingeniero y se alejaron más del profeta precavido.

La relación entre la política y la función del economista puede ser cumulativa: es decir, los cambios en la percepción dominante de la política pueden alterar las percepciones de los economistas sobre sus propias funciones en la sociedad. No sugerimos que el interés personal limitado por el acceso al poder explique los cambios en las ideas. Es más probable que ocurra lo opuesto: cambios en las opiniones sobre "cómo funciona el mundo" modifican las percepciones personales de los economistas. Además, cuando las percepciones personales empiezan a cambiar, y los economistas se consideran y son considerados como salvadores, la situación puede afectar su comprensión del mundo. Si el salvador puede convertirse en ingeniero, y si parece tener éxito en lo que hace, un mayor número de salvadores potenciales son atraídos por la economía. En la medida en que los salvadores se convierten en ingenieros, buscan maneras de comprender el mundo, que contribuyen a la fortaleza de los salvadores-ingenieros. Ven el mundo en términos de ingeniería. Quizás haya aquí una clase de encierro, en el que las percepciones personales, el acceso real al poder y el capital humano de los economistas se refuercen mutuamente, y hagan que las visiones alternas parezcan tener costos de transacción muy elevados.

Sin embargo, cerca de mediados del siglo XIX, los salvadores relacionados

con List y la Escuela Historicista eran ingenieros frustrados. En gran medida, la comprensión dominante de la disciplina permanecía en el mismo campo que en la época de Adam Smith. En otras palabras: ser un salvador en ese tiempo requería ser heterodoxo y significaba frustración, porque su influencia era limitada tanto en la disciplina como en la política. Más tarde cambió la disciplina de manera que se le permitió al salvador-ingeniero ser parte de la ortodoxia, y la frustración desapareció.

El auge de los ingenieros en el siglo XX

A pesar del potencial de tal encierro intelectual, los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX presenciaron el auge del salvador y la fortaleza continua del estudiante. Con respecto a la fortaleza del estudiante, Max Weber emergió como uno de los científicos sociales más importantes del mundo. Entre sus numerosas contribuciones académicas, su nombre se asocia principalmente con la relación entre la ética protestante del trabajo y el desarrollo del capitalismo. En su obra *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Weber se propuso explicar cómo las creencias religiosas influyen en la organización y el desempeño de la economía. Puede uno estar o no de acuerdo con él, pero la importancia con que Weber analizó la cuestión de la riqueza y la pobreza amerita nuestra aprobación. Con demasiada frecuencia en la historia de la economía política, los pensadores trataron de explicar las diferencias entre las naciones, con referencia a la disponibilidad de los recursos naturales. Weber procuró mezclar un análisis de los recursos naturales con factores no económicos, para establecer por qué el capitalismo industrial apareció en el Occidente, específicamente en el noroeste europeo y no en China, pese a que unos siglos antes China era mucho más rica y más avanzada tecnológicamente que Europa. Contrariamente a las acusaciones de sus críticos, Weber nunca dio una respuesta de causa única a esta pregunta[551]. Para él, el protestantismo es únicamente una de las características diferenciadoras de su explicación. El protestantismo proveyó la justificación ética y moral de las prácticas que conducen al desarrollo económico, pero no fue la fuente del desarrollo[552]. En su *General Economic History,* Weber contrasta la estructura legal de la sociedad china, que no era apropiada para el desarrollo del capitalismo, con la estructura legal de

Occidente, que condujo al desarrollo del capitalismo[553]. Según Weber, el derecho chino se basaba en prácticas espirituales y mágicas, mientras la tradición legal de Occidente se había heredado y había evolucionado a partir del judaísmo y del derecho romano. La tradición legal occidental se apoyaba en una forma lógica de razonamiento jurídico, no en las consideraciones discrecionales, ritualistas, religiosas o mágicas, características del sistema legal chino.

La razón principal que explica por qué el sistema legal afectaba el desarrollo económico es que permitía el cálculo de las capacidades de los individuos en la toma de decisiones, relacionadas con actividades empresariales. El sistema legal tenía algo de certidumbre en sus reglas y por ese motivo los individuos podían recurrir al cálculo racional, para medir las consecuencias de sus decisiones. Otro factor importante del análisis de Weber es la existencia de un sistema de impuestos fijo, y no un sistema arbitrario. Este arreglo fiscal, vital para el crecimiento económico, es similar a la certidumbre legal: impulsa un horizonte de largo plazo entre los tomadores de decisiones y constituye un incentivo para los tomadores de decisiones responsables. Regresaremos a esta explicación en la sección sobre la revolución institucional de la economía del desarrollo. Antes exploraremos las consecuencias que afectan la teoría económica y la política, cuando no se sigue el sendero de Weber, que se centra en la economía política del desarrollo desde los puntos de vista comparativo e histórico. En el tiempo transcurrido entre Adam Smith y Max Weber, fue práctica común distinguir el mundo civilizado capitalista del mundo bárbaro no capitalista. La idea de un mundo avanzado y civilizado que no fuera de orientación capitalista era simplemente una contradicción. El enfoque de Weber sobre las instituciones volvía a la visión de Smith, y el reconocimiento de Weber del poder del cálculo económico en un sistema de decisiones descentralizadas sugiere la humildad de Smith en cuanto al papel del economista sobre el pronóstico de las consecuencias de los procesos económicos espontáneos.

Con el auge de la mentalidad ingenieril del siglo XX, las distinciones entre los países, entendidas desde el punto de vista de Smith y Weber, se desvanecerían por diversas razones. Preguntas sobre cómo la infraestructura institucional de una sociedad conducía o no al crecimiento fueron reemplazadas por preguntas sobre la mezcla apropiada de políticas que

habrían de ser implementadas por el Gobierno para alcanzar el desarrollo económico. No debe sorprendernos que esta situación haya cambiado la función de los economistas en el proceso. Los países pobres debían alcanzar a los países ricos, y el proceso de acumulación de capital y desarrollo capitalista que ocurría en Occidente era simplemente demasiado lento. La ventaja del retraso era que los esfuerzos concertados del Estado podían acelerar el desarrollo económico[554]. En el pensamiento y la historia del siglo XX, tres formas de desarrollo debilitaron el énfasis en la estructura institucional de la sociedad y trastocaron las consecuencias sobre cómo ese debilitamiento afectaría el desempeño económico: 1) El formalismo y el positivismo en la economía; 2) la revolución bolchevique y el auge del socialismo; y 3) la revolución keynesiana en la macroeconomía y el desarrollo de las instituciones internacionales de política pública conectadas con esa revolución. Cada uno de estos tres elementos desvió la atención de la estructura *institucional* apropiada de buen gobierno a las *actividades* que el Gobierno debe ejecutar: una transferencia desde el diseño de las reglas a la acción dirigida. A su vez, esto facilitó la trasformación del profeta precavido en ingeniero atraído por la función correspondiente de salvador de la economía.

El formalismo desvió la atención de los economistas desde cómo la estructura institucional de la sociedad impulsaba a los actores a comportarse de maneras más o menos proclives al desarrollo económico. La optimización en un marco de limitaciones dadas —la técnica clásica del ingeniero— se convirtió en el foco de la atención intelectual. El positivismo también contribuyó al alejamiento de las instituciones y al abandono de lo legítimo del estudio de la ideología como un componente importante de la teoría social. Las instituciones políticas, legales y económicas se sostienen con sistemas ideológicos de pensamiento. Por temor a las campañas ideológicas como las del fascismo, el positivismo se empeñó en eliminar de la ciencia económica todas las proposiciones no comprobables mediante test.

La combinación de la preocupación formalista con las propiedades del equilibrio y la indiferencia positivista por las ideas significó que la categoría de preguntas que dominaban la discusión sobre la riqueza y la pobreza de las naciones, de Smith a Weber, fueran descartadas en el campo de la economía política. De hecho, la economía política era despreciada y reemplazada por la

idea de la economía científica. La tendencia natural del desarrollo neoclásico de la economía llegó a ignorar las instituciones políticas, legales y económicas, y a favorecer las mediciones empíricas del desarrollo. El asunto de la infraestructura institucional del desarrollo era considerado como no científico. La medición hacía la ciencia, mientras la discusión sobre los derechos de propiedad, el Estado de derecho, las limitaciones constitucionales y la legitimación de los sistemas de creencias se descartaban por considerarse meditaciones poco científicas de filósofos mundanos. El triunfo del ingeniero había llegado.

La mentalidad keynesiana y los instrumentos analíticos fueron apropiados para llenar el vacío, cuando fueron descartadas las ideas de los clásicos y las de Weber sobre la riqueza y la pobreza de las naciones. En primer término, la teoría keynesiana fortaleció el clima de opinión posterior a la Gran Depresión respecto de que el capitalismo era inherentemente inestable. El fracaso de la demanda agregada resulta de las decisiones caóticas e irracionales de los inversionistas. No puede confiarse en la competencia del mercado libre como corrector de las consecuencias sistémicas de los errores en que incurren los actores privados. El *laissez-faire* como ideología legítima había muerto. En segundo término, las técnicas de agregados, desarrolladas por la revolución keynesiana, conferían a la economía una forma de medir el desarrollo económico. El desarrollo económico se convirtió en sinónimo de la medida del crecimiento del ingreso *per capita*. Obviamente, igualar el desarrollo económico con la teoría neoclásica emergente del crecimiento económico tuvo consecuencias profundas en los fundamentos teóricos del desarrollo económico. En tercer término, como su hegemonía económica emergió después de la Segunda Guerra Mundial, se fundaron varias instituciones internacionales para aplicar la política pública, derivada de la visión keynesiana sobre la función del Gobierno en el desarrollo económico.

El efecto de estos cambios filosóficos y metodológicos en la función del economista fue profundo con respecto a la práctica de la economía. Con la pretensión de tener el estatus científico en sus manos, los economistas se desplazarían de la función de profetas precavidos a la de ingenieros, porque ahora tenían las herramientas de la ciencia objetiva para guiar la política, con la apariencia de no responder a ninguna ideología. Además, con los cambios filosóficos reflejados por el positivismo y el formalismo, el ingeniero tenía no solo las herramientas, sino también la bendición filosófica, para ejecutar su

obra. El cambio de enfoque del marco institucional a las palancas de la política, combinado con el desarrollo de estilos de pensamiento formalista y cientificista, colaboró poderosamente con el interés del Estado que intentaba acaparar las herramientas políticas en sus manos. Por razones obvias, en esta situación los intereses del Estado son conservadores: el Estado no desea confrontar al conjunto de instituciones que prevalecen y opta por trabajar con ese conjunto para afectar la política. Esta coincidencia de intereses generó otra forma poderosa de encierro intelectual, que fortaleció el papel del economista como salvador, disfrazado en este caso de mero estudiante, utilizando un lenguaje científico y objetivo.

En la próxima sección abordaremos el caso soviético, pero es importante mencionar aquí cómo esa experiencia influyó en el pensamiento, precisamente en la época del ascenso del positivismo y del keynesiano. El éxito obtenido por la planificación soviética, que modernizó a una población campesina y la convirtió en una potencia industrial y militar, demostró que era viable una alternativa al sendero capitalista y que el salvador como ingeniero era un modelo digno de ser emulado. Se sabía que el caso soviético había estado manchado por la tiranía política en las décadas del 20 y el 30, pero se suponía que una sociedad democrática podía lograr la misma transformación social sin abusos contra los derechos humanos.

La promesa de la planificación soviética en términos de desarrollo económico fue aceptada en las décadas del 20 y el 30, antes del conocimiento completo de la represión política, las purgas y la colectivización. En esa época, las democracias occidentales estaban atrapadas en la crisis de la Gran Depresión, y el sistema soviético parecía evitar el problema mediante la planificación central y racional de la economía. El sistema soviético prometía ser más eficiente desde el punto de vista económico y más justo desde el punto de vista social. Cuando se difundió la información sobre las purgas políticas y la mortalidad de la colectivización, el argumento favorable se trasladó de la promesa soviética a la idea de incorporar la planificación socialista a las instituciones democráticas de Occidente. Las instituciones políticas soviéticas perdieron legitimidad intelectual, pero continuó la influencia de las políticas económicas soviéticas en los corazones y las mentes de los reformadores económicos. Estos reformadores ocuparían posiciones políticas importantes en las democracias occidentales y en las agencias internacionales encargadas del desarrollo económico mundial

después de la Segunda Guerra Mundial.

Al finalizar la guerra, la distinción entre el mundo capitalista y el no capitalista inspiraron la distinción entre los países del primer mundo —capitalistas y desarrollados—, los países del segundo mundo —socialistas y desarrollados— y los países del tercer mundo —subdesarrollados—. Una batalla intelectual y geopolítica comenzó entre los países del primer mundo y del segundo, para exportar consejos políticos a los países del tercer mundo sobre cómo recorrer el sendero de la modernidad. La evidencia histórica e intelectual demuestra que los consejos políticos que las naciones capitalistas y las socialistas aportaron al mundo subdesarrollado eran casi idénticos, y reflejaban la transformación intelectual de la economía política del desarrollo que hemos subrayado. Además, otorgaron a los economistas un papel estelar como salvadores del tercer mundo, en su función de "ingenieros practicantes". Los economistas del primer mundo y del segundo descartaron el enfoque viejo sobre la infraestructura institucional de la sociedad, y pusieron el énfasis en un papel proactivo del Gobierno —y de sus economistas— en la ingeniería de la senda al desarrollo económico.

El modelo soviético y el colapso de la planificación del desarrollo

Cuando los bolcheviques asumieron el poder en 1917, Lenin y sus colegas intentaban construir una economía comunista. Paul Roberts y Peter Boettke aportan evidencia sobre la motivación ideológica de las políticas de planificación centralizada que fueron implementadas entre 1917 y 1921[555]. Pero esas políticas confrontaron una realidad obstinada, que obligó al régimen bolchevique a cambiar el curso y adoptar la Nueva Política Económica (NEP, 1921-1928). La tensión ideológica que existió con respecto a la NEP condujo a un debate intelectual de grandes proporciones, en el seno de la élite gobernante bolchevique, sobre la naturaleza del socialismo y el sendero hacia el desarrollo. La calidad del debate económico era sofisticada en la medida en que lo permitían las discusiones politizadas sobre la política económica. Nikolái Bujarin favorecía una política basada en el mercado, que sirviera objetivos socialistas al permitir la acumulación y mantener la planificación controlada sobre la "alta jerarquía", de manera que el

campesino ruso fuera transferido a una sociedad industrial, de acuerdo con una política de crecimiento balanceado. Según Bujarin, en esas condiciones sería implementado nuevamente el socialismo completo, con su objetivo lógico de erradicar el mecanismo del mercado. Lev Shanin sostenía que la Rusia soviética tenía una ventaja comparativa en la producción agrícola, por lo que debía implementar una política de exportaciones agrícolas y de importaciones de capital —o sea, una política de crecimiento no balanceada — con el fin de industrializar la economía y prepararla para el socialismo completo. En contraste con Bujarin y Shanin, Evgeny Preobrazhensky nunca se alejó de las políticas comunistas adoptadas entre 1917 y 1921. Argumentaba que el primer acto de todo Estado socialista era nacionalizar la industria y que el camino del capitalismo al socialismo sería planificado y seguiría una estrategia racional.

En el nivel académico, estas posiciones alternativas fueron desarrolladas en el periódico soviético *Economía Planificada*[556]. Alec Nove sugiere que "se puede decir que en estas páginas nació la economía del desarrollo"[557]. Nove hace un análisis interesante de la historia intelectual. El énfasis de la economía del desarrollo posterior a la guerra sobre el "crecimiento" y la planificación de "largo plazo" de la economía es consecuencia directa de las discusiones soviéticas de la década de los 20. Evsey Domar observa que su estudio de los debates reportados en *Economía Planificada* fue "una fuente valiosa de ideas" en el desarrollo del modelo Harrod-Domar de crecimiento económico[558]. Pero la reconstrucción de Domar de los debates soviéticos minimiza la influencia intelectual de Karl Marx y destaca la anticipación de las ideas keynesianas. Si bien la interpretación keynesiana posee cierto atractivo porque comparte la mentalidad de ingeniería, no hace justicia al trasfondo marxista en los argumentos sobre el debate de la industrialización soviética. Sin embargo, para los propósitos de este capítulo, no nos concierne que sea correcta su interpretación del debate soviético. Nuestro objetivo es simplemente señalar el nexo entre el debate y los desarrollos subsecuentes de la economía del desarrollo posterior a la guerra.

El criterio que emergió de la experiencia soviética y del auge del keynesianismo fue que la economía del desarrollo era sinónimo del crecimiento de la macroeconomía, y las implicaciones de la política pública eran que el Gobierno podía diseñar, controlar y usar la ingeniería para lograr

el crecimiento económico realizando diversas intervenciones cruciales. El subdesarrollo era consecuencia de un bajo nivel de inversión, la ausencia de tecnología y los faltantes en el *stock* de capital humano. Las políticas del Gobierno debían servir como correctores de las fallas del desarrollo conducido por el mercado y como máquinas de crecimiento económico y desarrollo. Una fijación en la industrialización como el sendero y la medida del desarrollo fue clave para el proceso de planificación del mismo, y a menudo esto fue complementado por la adopción de políticas de sustitución de importaciones que veían el proteccionismo como el medio para alcanzar el fin, que era el crecimiento medido estadísticamente.

Como hemos visto, esta línea de pensamiento era poco original, y nos recuerda el nacionalismo y el proteccionismo de List y otros pensadores del siglo XIX. La diferencia, en este caso, era el apoyo adicional adquirido por la interpretación errónea de la experiencia soviética y el marco teórico del keynesianismo, que había comenzado a dominar el pensamiento económico y las habilidades de los economistas para fortalecer su función como salvadores en el lenguaje de la ciencia y las herramientas de la ingeniería. Una razón que explica la confianza de los economistas es que los argumentos de planificación económica esgrimidos en el siglo XX se extraían de la corriente principal del pensamiento económico de esa época, en contraste con la heterodoxia de sus predecesores en el siglo anterior. Estas ideas tenían influencia práctica en la economía del mundo real, una situación que nunca se logró con el nacionalismo económico de List y otros pensadores del siglo XIX. Los cambios de los vientos metodológicos y filosóficos, a principios del siglo XX, convirtieron las versiones posteriores del nacionalismo económico en ortodoxia y a los ingenieros frustrados en ingenieros practicantes.

Uno de los dilemas más fascinantes de mediados del siglo XX es la separación entre las creencias generalmente aceptadas sobre el éxito de la industrialización de la economía soviética y sus efectos en las vidas de los ciudadanos. Después que Stalin consolidó el poder, emprendió la industrialización rápida de la economía soviética, pensando que era el camino hacia el crecimiento necesario para instituir el socialismo y el poder necesario para contrabalancear a Occidente. El plan quinquenal de planificación incluía transferencias de riqueza de la agricultura a la industria, mediante la colectivización forzada de la primera y la planificación estatal de la segunda. Este proyecto fue exitoso, según muchas de las mediciones aceptadas. Los

datos registrados sobre la tasa de crecimiento del PBI *per capita* y otras variables macroeconómicas, y también el incremento de los recursos militares, elevaron a la Unión Soviética al rango de potencia mundial. La estrategia de industrialización forzada parecía ser la fórmula para el desarrollo económico y la influencia política.

En retrospectiva, muchas de las opiniones sobre la fortaleza de la economía soviética resultaron ilusorias. La ilusión se manifestó en tres formas. Primero, los datos generados por los propios soviéticos se incrementaban de manera sistemática: intencionalmente, con fines propagandísticos, y a base de mediciones erróneas y fallas en la comunicación. Segundo, las estimaciones de los economistas de la CIA también sobredimensionaban la fortaleza de la economía soviética: "En 1986, por ejemplo, la CIA estimó que el PBI *per capita* de la Unión Soviética era aproximadamente el 49% del de los Estados Unidos. La estimación revisada lo pone ahora cerca del 25%"[559].

La tercera fuente ilusoria es quizás la más importante: sea cual fuere la verdad sobre las variables macroeconómicas, la vida diaria de los ciudadanos soviéticos no se correspondía con la imagen que ellos pintaban. La realidad de las colas para comprar pan, la tecnología atrasada y disfuncional, los cuidados médicos inadecuados y las condiciones peligrosas de trabajo se parecían más a las circunstancias del tercer mundo que a las de una desarrollada potencia mundial. Varias medidas de bienestar demuestran las formas como los ciudadanos soviéticos estaban atrasados en relación con Occidente, en una medida que excedía con mucho las diferencias en las medidas convencionales de éxito económico. Datos comparativos sobre bienes de consumo, como los automóviles y los teléfonos, muestran que la economía soviética y la del este de Europa, de estilo soviético, estaban significativamente atrasadas en relación con Occidente. El consumo *per capita* de alimentos y una variedad de indicadores relacionados con la salud, incluida la mortalidad infantil, muestran tendencias similares[560]. La producción industrial medida no se tradujo en mejores oportunidades ni en mejores resultados para la mayoría de los actores económicos, y la inversión en equipo militar no se tradujo en un poder militar efectivo, como lo demostró el fracaso de la tecnología soviética en la primera guerra del Golfo Pérsico. La llegada de las doctrinas económicas que vieron a C, I y G (Consumo, Inversión y Gasto del Gobierno) como sus medidas del desarrollo

económico impidieron que los analistas hicieran preguntas importantes sobre la *composición* de esas variables, o sobre si se traducían en mejoras importantes en los condiciones de vida de los afectados. Las doctrinas fueron tanto la causa como el efecto de la perspectiva ingeniera-salvadora de la economía.

El problema con la equiparación de los agregados estadísticos que miden el "crecimiento" con la noción más general del "desarrollo" es que —parafraseando una observación de Friedrich Hayek en un contexto diferente, pero no ajeno— los agregados "ocultan los mecanismos más fundamentales del cambio"[561]. En la tradición de Adam Smith, el desarrollo económico era visto como la extensión progresiva de la división del trabajo —y la extensión del mercado—, junto con el advenimiento de arreglos institucionales que facilitarían la evolución y responderían a prácticas y estructuras nuevas. Por ejemplo, el enfoque en los agregados dificultaba ver cómo el gasto de la inversión podía estar o no estar generando una estructura de capital sostenible, que pudiera realmente producir bienes de consumo para aumentar el bienestar, por no mencionar el tipo de arreglo institucional necesario para que tal desarrollo se produjera. Generar tal estructura no era, enfáticamente, un problema de ingeniería sobre cómo maximizar K en un marco de restricciones, como Hayek intentó razonar en la misma respuesta a Keynes.

Además, en muchos lugares del mundo en desarrollo, los agregados ocultan que muchos de los recursos contados en el producto interno bruto oficial son desviados hacia el bienestar de la reducida clase política. La imagen clásica de las capitales suntuosas del tercer mundo, rodeadas de pobreza extrema, simboliza esta preocupación. La comprensión del desarrollo, que saturó el siglo XX, puede mostrar con facilidad su ceguera frente a esas diferencias y sus fundamentos en las instituciones políticas y económicas de esos países. Estas preocupaciones tenían especial importancia en relación con el papel de la ayuda que recibían de los países occidentales. Incluso en los casos en que la ayuda significaba una porción mínima del PIB, era con frecuencia una porción sustancial de los ingresos del Gobierno, que beneficiaba a los empleados del Gobierno y no a los necesitados de asistencia[562]. Todo este énfasis en las mediciones y los agregados distrajo la atención de las preocupaciones institucionales invocadas por Smith.

Los datos sobre los efectos de la planificación del desarrollo en el mundo

no soviético confirman estas preocupaciones. Más de cuarenta años de planificación del desarrollo, hasta principios de la década de los 90, dejaron el ingreso *per capita* de la India aproximadamente en trescientos dólares por año, con cerca del 40% de la población por debajo de la línea de pobreza. Dado que dicha población aumentó sustancialmente durante dicho período, la falta de crecimiento económico significó un crecimiento de la cantidad absoluta de hindúes por debajo de la línea de la pobreza en las décadas de auge de la planificación del desarrollo[563]. La historia de África fue similar. De 1965 a 1986, la tasa de crecimiento anual del PIB continental fue de 0.9%. Pero frente al crecimiento de la población, esto equivalía a un descenso cercano al 14.6% del ingreso *per capita* para el África subsahariana. Adicionalmente, la producción de alimentos por persona "cayó en 7% en la década de los 60, 15% en la década de los 70, y continuó deteriorándose en la de los 80"[564]. George Ayittey menciona también que se esperaba que los planes grandiosos de los Gobiernos africanos produjeran "enormes excedentes en el sector rural"[565]. Esto constituye un buen ejemplo de la imitación por los planificadores poscoloniales del fracasado modelo soviético.

Un asunto del que no suele hablarse en la evolución de las teorías del desarrollo económico es del papel de las universidades occidentales, como conductoras intelectuales del modelo soviético, y de los modelos keynesianos tempranos en la planificación económica del tercer mundo. Muchos de los líderes poscoloniales y servidores públicos asignados a la burocracia planificadora fueron educados en universidades occidentales durante las décadas del 50 y el 60, cuando el keynesianismo y los modelos relacionados con el crecimiento constituían la corriente principal del pensamiento económico. Algunos líderes poscoloniales también fueron entrenados en la tradición marxista, entonces razonablemente viva y saludable en las universidades. Incluso los que cursaron grados avanzados en universidades destacadas salieron de ellas con un conjunto de creencias sobre lo que produce desarrollo, incluyendo doctrinas que más tarde demostraron ser, en el mejor de los casos, inadecuadas, y muchas veces destructivas. Fueron estas instituciones los caminos por los que el economista como salvador pasó del primero al tercer mundo. Cuando las doctrinas occidentales se tradujeron en guías para el desarrollo del Sur y del Este, el economista, con las

herramientas científicas de ingeniería en la mano, fue fácilmente considerado como salvador. Muchos estudiantes de países en vías de desarrollo por ese entonces, e incluso en el presente, se conciben utilizando su educación occidental para volver a casa y resolver los problemas de su propio país. Esta actitud refleja el matrimonio del Gobierno activista con el economista como el de un salvador con un ingeniero. Tal entorno intelectual y la comprensión de la economía permitieron que los ingenieros practicaran su profesión en sus países de origen. Las universidades occidentales continúan siendo un conducto intelectual para la elaboración de políticas en el tercer mundo, pero, como el pensamiento económico ha evolucionado, los economistas entrenados en Occidente son ahora más críticos respecto a los enfoques basados en la planificación y han puesto mayor atención en el ambiente institucional.

¿Retorno a la humildad?

Al concluir el siglo XX, la coincidencia mundial de tres hechos empíricos de economía política obligó a los economistas y a los políticos a repensar la visión subyacente de la economía política como una ingeniería. Estos hechos fueron 1) el derrumbe del consenso keynesiano en política macroeconómica, 2) el colapso del comunismo de Estado en Europa del Este y en Europa Central, y 3) la frustración de los países menos desarrollados frente a los programas de ayuda extranjera[566]. Simultáneamente con el reconocimiento creciente de estos hechos por los académicos, los políticos y el público, la docencia de la economía se había ido transformando. Mientras la nueva economía keynesiana, la economía de la información y la teoría de juegos se convirtieron en herramientas de la economía moderna, ocurrió lo mismo con la teoría de las expectativas racionales, la nueva macroeconomía clásica, la Escuela de Chicago de derecho y economía, las nuevas enseñanzas de Chicago sobre la organización industrial, las Escuelas de Washington y California (UCLA) sobre la economía de los derechos de propiedad, la economía evolutiva de Schumpeter, la economía del proceso de mercado de los austriacos, la nueva organización industrial inspirada por Marshall y la teoría del análisis de las decisiones públicas. Muchos de estos cambios académicos en la economía quedarían eventualmente bajo la bandera del

nuevo institucionalismo económico, la ciencia política y la sociología.

Podría argumentarse que el derrumbe del keynesianismo condujo al retorno de la política del *laissez-faire* en los debates económicos, y que la experiencia transitoria en los albores del colapso del comunismo condujo a un enfoque sobre la función vital de las instituciones. A diferencia de las críticas del siglo XIX sobre el *laissez-faire*, cuyo enfoque en las instituciones era un intento de rediseñar las teorías mediante el uso de la razón, el resurgimiento reciente del interés en las instituciones refleja un retorno al respeto cauteloso de una era anterior. Para algunos, defender el *laissez-faire* y el énfasis en las instituciones estaría fuera de lugar, dada su creencia en un enfoque desprovisto de instituciones en la economía: una creencia popular que en la mayor parte del siglo XX sería también una defensa del *laissez-faire.* Pero no hay conflicto entre las prescripciones políticas del *laissez-faire* y el énfasis analítico en las instituciones, como se demostró en las obras de economistas clásicos como Adam Smith y David Hume, y también en las de economistas más modernos, como Friedrich Hayek y James Buchanan. La tradición del *laissez-faire* no ignoró las instituciones. Fue la visión de la economía como ingeniería la que, en primer lugar, supuso que podía trascender las instituciones evolutivas y más tarde consideró irrelevantes a las instituciones en un marco de optimización y equilibrio. Ambos enfoques de ingeniería descartaron con eficiencia la discusión "no científica" de la función de las instituciones que habían evolucionado a través de la historia y ninguno de los enfoques podía apoyar el *laissez-faire* sin ambigüedad[567].

Solamente una versión estéril de la economía —como la ingeniería— podía ignorar la función crucial de las instituciones o imaginar que el problema de transición o de la economía del subdesarrollo podían solucionarse simplemente obteniendo los precios correctos. Por supuesto, dejar que los precios floten libremente para vaciar los mercados, y guiar a los productores y a los consumidores a orientar su conducta, es un requisito necesario, pero no suficiente, para el desarrollo. La habilidad de establecer precios correctos es función de la operación efectiva de un conjunto complejo de instituciones, similar al conjunto de instituciones que intervienen en la definición y el establecimiento de los derechos de propiedad privada[568].

Referencias sobre el papel de las instituciones en el desarrollo económico pueden hallarse en Ostrom *et al.* y en Ahrens[569]. Si bien en esta obra se

enfatiza nuestra necesidad de descartar la dicotomía mercado-gobierno, que reflejó la confrontación ideológica entre el período clásico y el neoclásico, no nos equivocamos cuando decimos que la función del Gobierno en el desarrollo económico se vio severamente restringida en comparación con el consenso político posterior a la Segunda Guerra Mundial: un consenso sobre la función del Gobierno como corrector de los males sociales que resultan de las fallas del mercado[570]. La calidad de las instituciones —tanto las privadas como las públicas, que operan en la sociedad para impedir el saqueo— determinan la capacidad de una sociedad para realizar las ganancias generadas por la especialización y el intercambio, y estimulan la conducta de inversión a largo plazo que conduce a la creación de riqueza. Mancur Olson lo resume en estos términos

> Aunque las sociedades de bajos ingresos obtienen la mayoría de los beneficios derivados del comercio gracias a acuerdos que ellas mismas hacen cumplir, no obtienen las grandes ganancias derivadas de la especialización y el comercio. No tienen las instituciones que obligan imparcialmente al cumplimiento de los contratos y pierden muchas de las ganancias que resultarían de esas transacciones —como las de los mercados de capitales— que requieren la supervisión imparcial de terceros. No tienen las instituciones que garantizan los derechos de propiedad en el largo plazo y, por lo tanto, pierden las ganancias derivadas de la producción intensiva en capital. Además, en esas sociedades, la producción y el intercambio son menoscabados por políticas económicas y por saqueos privados y públicos. La intricada cooperación social que emerge cuando hay un conjunto sofisticado de mercados requiere instituciones mucho mejores y las políticas económicas que se aplican en la mayoría de los países[571].

El cambio más drástico del pensamiento económico moderno se concreta ahora, de hecho, en el énfasis que se pone en el estudio de las instituciones —reglas del juego y su aplicación— requeridas para ejecutar la complicada cooperación social de una economía de mercado avanzada. Esto requiere, además de las instituciones económicas y financieras, las políticas, legales y sociales necesarias para alinear los incentivos, y utilizar y comunicar la información efectivamente, de tal manera que millones de individuos puedan

coordinar sus asuntos. En ausencia de la operación efectiva de estas instituciones que permiten la coordinación compleja, los individuos no pueden generar los estándares materiales de vida, que son prerrequisitos del florecimiento de la humanidad.

He aquí el dilema del subdesarrollo: los individuos pueden vivir sus vidas de muchas formas, pero son escasas las formas como pueden vivirlas con prosperidad. Para lograr la prosperidad general, debe conseguirse la alineación de normas culturales, de reglas legales formales y de organizaciones. Ausente esta alineación de reglas informales, formales y organizaciones, la prosperidad generalizada no se alcanzará.

Dado nuestro propósito, no es importante que el Estado desempeñe una función positiva en el proceso. Lo que importa para la metadiscusión de la visión del Estado en el desarrollo económico es, de acuerdo con esta configuración, el Estado no es un agente activo encargado de sanar los males sociales, y los economistas no son ingenieros que ponen en práctica esta visión desde una perspectiva científica. Nuestra visión del Estado es consistente con otra era del pensamiento económico y de la política económica. En contraste con el enfoque de la función del Estado como corrector de las fallas del mercado, el enfoque actual es la capacidad de gobernar un conjunto de instituciones privadas y públicas, en las que se confía para impedir el saqueo proveniente de oportunistas privados o de explotadores públicos. Eliminar la pobreza no es consecuencia de un Estado que corrija brechas de inversión, o mejore los déficits del capital humano en una sociedad, y mucho menos de uno que pretenda controlar a la población mediante programas de educación contraceptiva.

De hecho, la función del Estado ha perdido importancia, y puede ser que también haya perdido importancia la función del economista. Vernon Smith caracteriza las implicaciones de la forma nueva de pensar sobre la economía, que emerge de la investigación experimental y del enfoque analítico sobre las instituciones, como una transformación de la “racionalidad constructivista” en la “racionalidad ecológica”[572]. En el campo de la economía del desarrollo, se trata del cambio de un Gobierno que dirigía directamente la orquesta de la actividad económica, por un gobierno proveedor de condiciones fértiles para el desarrollo. Esto representa un retorno hacia la comprensión más humilde de las contribuciones que puede aportar la

economía, en el sentido de que el creador de política se desplaza desde el desarrollo de la ingeniería económica al cultivo del desarrollo económico. Como resultado, el salvador retrocede a la postura del ingeniero frustrado, y queda más espacio para que el estudiante asuma el papel de profeta cauteloso y haga que esa función sea respetada. Por otra parte, el retorno a la humildad puede ser defendido sobre la base de un mejor conocimiento científico de la mente humana[573], y este hecho, irónicamente, otorga al profeta cauteloso una legitimidad nuevamente descubierta, que coloca al ingeniero salvador en una posición hasta cierto punto no científica[574].

Con el retorno a la humildad en la disciplina, el economista como estudiante puede estar en ascenso, y se ha cerrado el círculo del debate sobre la función económica del Estado en el desarrollo económico. Volvemos a la frase de Smith: "Poco más que paz, impuestos bajos y una administración tolerable de la justicia se requieren para llevar a una nación al grado más alto de opulencia desde el barbarismo más bajo. Lo demás es traído por el curso natural de las cosas". El énfasis en cómo los actores escogen entre contextos institucionales alternativos hace pasar también al economista de ejercer la función de salvador-ingeniero a ejercer la función de estudiante-profeta cauteloso y humilde frente a los procesos que los economistas no diseñaron ni pueden controlar.

Capítulo 21

Sacerdotes infalibles y humildes filósofos

No pretendas alcanzar lo que te sobrepasa,
ni investigues lo que supera tus fuerzas.
Pues las especulaciones desviaron a muchos,
y las falsas ilusiones extraviaron sus pensamientos.
El corazón obstinado acaba mal,
y el que ama el peligro en él perece.
La desgracia del orgulloso no tiene remedio,
pues la planta del mal ha echado en él sus raíces.
El hombre prudente medita los proverbios;
un oído atento es el anhelo del sabio.

Eclesiástico 3.21, 24, 26, 28

Introducción

En su libro *Reaching for Heaven on Earth —Alcanzando el cielo en la tierra —*[575], Robert Nelson estableció que la economía moderna había adoptado de hecho un significado teológico, rechazado por otras ciencias sociales y por disciplinas relacionadas con la política. Esta afirmación amerita que se le preste una perspicaz atención, pero la ruta seguida por Nelson para llegar a la conclusión referida es interesante en sí misma. Cuando escribe sobre el papel de los economistas en el Gobierno, Nelson argumenta que los economistas no limitan sus consejos a la pericia técnica, sino aprovechan sus posiciones como asesores económicos para impulsar con fuerza programas particulares. No se conforman con discutir la eficiencia de medios y fines de una política independiente en su propia evaluación, sino que ofrecen sus recomendaciones económicas cargadas de sus propios valores. La manera económica de pensar es un instrumento valioso para organizar e interpretar eventos que podrían ser neutrales en valor, pero los economistas como consejeros no son realmente neutrales en cuanto a los juicios de valor.

Esta conclusión condujo a Nelson a meditar sobre por qué se asignan a los economistas posiciones privilegiadas en el ámbito de la política. ¿Por qué

otras disciplinas, que también suministran apoyo valioso para reflexionar sobre problemas importantes, no tienen acceso a la audiencia pública sobre temas de política pública? Nelson razonó que la manera económica de pensar nos proporciona una forma de comprender y legitimar nuestro mundo moderno, y puede ser que la economía se haya convertido en la teología moderna —sustituto de la teología tradicional— entendida como el conjunto de doctrinas que dan sentido a nuestra realidad social y esperanza a nuestros esfuerzos por mejorar nuestras vidas. Al menos eso es lo que Nelson intentaba explorar en *Reaching for Heaven on Earth*. Su investigación tuvo efectos sorprendentes. Dado que el progreso económico era visto como la solución a los males sociales, se otorga a la disciplina económica un estatus especial como heraldo del progreso, y sus practicantes son transformados de humildes filósofos, que solo estudian el mundo, en sacerdotes infalibles del control social, responsables de acompañar a la humanidad en una era de progreso ilimitado y prosperidad ilimitada[576].

En *Economics as Religion —La economía como religión—*[577], Nelson desarrolla este argumento con mayor profundidad y explora los fundamentos de luminarias económicas como Frank Knight y Paul Samuelson. De hecho, la historia de la economía del siglo XX puede leerse como un proceso mediante el cual la economía calvinista de Knight fue rechazada y sustituida por la religión secular de la administración científica de Samuelson[578]. Nelson[579] demuestra cómo las afirmaciones de Samuelson sobre la economía científica libre de juicios de valor eran meramente una decoración retórica. Las ideas de Samuelson son la extensión lógica del movimiento intelectual del Progresismo Americano. El Gobierno, según este movimiento, pretende crear el Reino de Dios en la tierra y por ese motivo debe actuar como un corrector de males sociales —el desempleo, por ejemplo— y planificar el orden social. Conducida por las enseñanzas de la administración científica, la práctica de la administración pública prometió eficiencia en los asuntos públicos y elevación de la moralidad. Por lo tanto, el Estado liberal sería transformado por la ciencia para convertirse en un Estado administrador, cuya meta consistiría en erradicar los males sociales. Según Nelson, Samuelson debe ser visto como el proveedor de la "bendición científica al Estado regulador y al Estado de bienestar"[580].

A partir del análisis de Nelson, sostenemos que la transformación de una disciplina en un puro ejercicio de control ha puesto en riesgo la propia "alma" de la economía. La falsa pretensión de la administración científica condujo a los economistas a prometer que ejecutarían tareas que no podían cumplir. Una teoría falsa, combinada con una mala filosofía generó pretensiones científicas que ahora deben ser descartadas. Por el contrario, la docencia de la economía es necesaria para comprender las complejidades de la realidad social. Quizás sus dos funciones públicas más importantes sean: 1) explicar cómo, dentro de un conjunto específico de arreglos institucionales, el poder del interés personal puede generar espontáneamente patrones de orden social, que logran simultáneamente autonomía individual, prosperidad generalizada y paz social; y 2) establecer, mediante el análisis de medios y fines, parámetros sobre las nociones utópicas relacionadas con la política económica[581]. La primera función citada comprende el papel didáctico del economista que enseña los matices de la "mano invisible" de Adam Smith. La segunda capta la contribución que la economía, como disciplina técnica, puede ofrecer al discurso de la política pública. Cuando los economistas sobrepasan estas funciones y pretenden utilizar la economía como un instrumento primario de control social, se extravían intelectualmente y distorsionan las enseñanzas de la disciplina.

Ofrecemos a continuación tres casos en los que, a lo largo del siglo XX, los economistas se vieron superados por sus propias pretensiones cientificistas: la administración de la demanda de Keynes, el análisis costo-beneficio de reguladores y abogados, y el debate sobre el socialismo del mercado. Si es correcto nuestro argumento, el papel del economista debe retornar de la postura de sumo sacerdote a la de humilde filósofo. Puede ser que esta "degradación" dificulte que los economistas justifiquen su trabajo, pero la disciplina y los que la practican recuperarán su "alma" cuando rechacen al falso dios del cientificismo y sus pretensiones de ingeniería social.

La administración de la demanda keynesiana

En la disciplina de la economía política ha existido siempre una subcultura que sostiene que se puede confiar en quien practica la economía política para desarrollar esquemas de control social que superarían las consecuencias

“accidentales” del *laissez-faire.* A principios del siglo XIX, Thomas Malthus y Jean-Baptiste Say intercambiaron opiniones sobre si la economía de mercado puede o no generar superabundancias, o si el mercado es un mecanismo autorregulado que tiende al equilibrio cuando se igualan la demanda agregada y la oferta agregada[582]. La mayoría de los economistas respaldaron y mantuvieron la postura de que este aspecto regulador de la economía de mercado era uno de los principios más poderosos enseñados en la disciplina de la economía. Sin embargo, el debate sobre la autorregulación no cesó. Los escritos de Karl Marx sobre la tendencia inherente al sistema capitalista de conducir al monopolio, por una parte, y de sufrir crisis periódicas por otra, eran desafíos directos a la vulgaridad de la economía política que enseñaba la autorregulación.

A finales del siglo XIX, el *laissez-faire* estaba sometido a un ataque creciente y continuo desde los puntos de vista de la doctrina científica y la política pública. Puede ser que John Stuart Mill haya dado presunción teórica al principio de *laissez-faire*, pero eran numerosas las excepciones a ese principio que él mismo articuló y desde las que se invocaba la acción directa del Gobierno[583]. Las carreras políticas se construían sobre la idea de que era necesario restringir el poder del monopolio y de que la política pública debía controlar las fluctuaciones del mercado. En los Estados Unidos, la legislación antimonopolio fue introducida al mismo tiempo que las instituciones de la administración pública encargadas de vigilar la implementación y el cumplimiento de esta legislación. También fue transformado el sistema bancario con la intención de eliminar el “pánico”.

A principios del siglo XX, en los Estados Unidos la escuela principal de pensamiento económico criticaba el poco realismo de la política económica de la economía clásica. Esta escuela pregonaba una economía institucional, que negaba toda ley económica universal y exigía un Gobierno más activo para regular y controlar la economía, y promover la eficiencia y la justicia social. Por supuesto, había grupos de defensores de la economía política clásica, y economistas relativamente numerosos que practicaban la nueva ciencia de la economía neoclásica, pero la era progresista se posicionaba en el dominio intelectual de la escuela institucional de pensamiento económico. Este dominio no se limitó a la docencia de la economía. También penetró en las escuelas de leyes y en la naciente disciplina de la administración pública.

Cuando la catástrofe de 1929 se convirtió en la Gran Depresión de 1930, las voces que seguían fieles al *laissez-faire* fueron silenciadas. Los economistas que habían permanecido en la posición clásica fueron ignorados o cambiaron su discurso para adaptarse a las circunstancias. Algo debía hacer el Gobierno para afrontar los males sociales. Parte de la investigación económica argumentaba que la Gran Depresión había sido causada por las fallas políticas del Gobierno: una expansión del crédito en la década de los 20 generó un ciclo de auges y caídas, y las intervenciones del Gobierno en la década de los 30 —principalmente las restricciones al comercio— obstruyeron la habilidad del proceso de ajuste del mercado enfocada en la eliminación de la crisis. Pero este mensaje fue ignorado. El mensaje que resonó entre los políticos, el público y una nueva generación de economistas fue que el capitalismo de *laissez-faire* era proclive a instituir monopolios y ciclos de auge y recesión como los surgidos en la era de los "Robber Barons" —"barones ladrones": apodo colectivo y despectivo endilgado a los industriales millonarios de los Estados Unidos—. La situación se caracterizaba por el fraude implícito en los productos de mala calidad vendidos a los consumidores, la explotación de los trabajadores en las fábricas, y la humillación causada por el desempleo, como el que se experimentó en la década de los 30. Era tarea de los economistas aliviar estos males sociales utilizando las herramientas de la disciplina y la sabiduría de la administración pública.

La economía keynesiana respondió perfectamente a esta a demanda. La obra de John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*[584], brindó una crítica del modelo clásico de la autorregulación de los mercados, un diagnóstico sobre por qué las economías de Gran Bretaña y los Estados Unidos habían caído en depresión, y consejos políticos sobre cómo aliviar los problemas del desempleo y la inestabilidad. En aras de esta discusión, lo que más importa son las ideas generales que respaldan esta promesa: Keynes sostenía que la inversión era inestable porque se basaba en las expectativas volátiles de los inversionistas y sus oleadas de optimismo y pesimismo.

Sostenía también que la introducción del dinero en el sistema económico repudia a la ley clásica de los mercados, que prescribe la autorregulación. Los precios, según Keynes, no están conectados con la oferta y la demanda de

dinero. Tampoco está determinada la inversión por la tasa de interés que opera en la economía moderna. La introducción de expectativas en el análisis económico destruye las antiguas relaciones establecidas en la economía clásica. Por ejemplo, durante una recesión, dadas las expectativas relacionadas con la economía atrapada en una trampa de liquidez, los esfuerzos por salir de esa trampa mediante estímulos de la política monetaria serían inefectivos. Si la inversión no es racional, si se basa en "espíritus animales", entonces no se puede confiar al sector privado la evaluación de la eficiencia marginal del capital de las distintas asignaciones de bienes de capital, en diferentes proyectos en competencia. En la economía descrita por Keynes, los recursos pueden permanecer ociosos y no ser asignados a usos alternativos. Los ajustes automáticos que supone la economía clásica no entran en operación, porque la economía puede trabarse en un equilibrio con desempleo. Por definición, el equilibrio es un punto en el que nadie en el sistema tiene incentivo alguno o inclinación alguna, para trasladarse a una posición diferente de la que ocupa. Para que ocurra un traslado, debe introducirse una fuerza ajena al sistema. Keynes sostenía tenazmente que el Gobierno era la entidad más efectiva para afectar el cambio social.

Según Roger Garrison, la economía de Keynes es el keynesianismo del ingreso-gasto de los textos básicos de economía[585]. Este simple modelo sirvió a una generación de economistas como instrumento básico para comprender la política pública keynesiana, y fue un elemento fundamental de la presentación de Samuelson en su *Economics*[586]. De hecho, el giro de Keynes de la perspectiva analítica de la filosofía social está representado en el texto clásico de Samuelson. Por ejemplo, en la edición de 1948, Samuelson no presenta el análisis básico de oferta y demanda antes de la página 447[587], precisamente por la idea de que los principios microeconómicos solo se hacen efectivos después de que uno se asegura de que el sistema macroeconómico está equilibrado. Si se lo deja solo, el sistema capitalista sufriría de fallas en la demanda agregada y terminaría en un equilibrio con desempleo. Es tarea del economista diseñar el equilibrio de pleno empleo. Solo después de alcanzado este punto, la tendencia a la autorregulación de la economía de mercado puede servir, en situaciones donde no haya externalidades, la producción y el intercambio se limiten a bienes privados (no públicos), y la estructura del mercado sea considerada competitiva.

Un punto significativo que debemos reconocer es cómo la *General Theory* de Keynes, y más tarde *Economics* de Samuelson, invalidan la hipótesis de *Principles*, de John Stuart Mill. Con Mill, la hipótesis estaba asociada al *laissez-faire*, aunque las excepciones que este autor enumeró justificaban las intervenciones del Gobierno en la economía. Pero cuando llegamos a Keynes, y más tarde a Samuelson, la hipótesis es que el Gobierno *debe* intervenir constantemente para mantener la civilización económica y que solamente en ciertas circunstancias puede confiarse en el principio de *laissez-faire*[588]. Además, es importante reconocer la función cambiante de los economistas que requiere este cambio de hipótesis. En la época de Mill, el economista aún podía asumir el papel de estudioso de la sociedad, pero en las épocas de Keynes y Samuelson su tarea era asumir la función de salvador de la misma, con las herramientas científicas de esa profesión para preservar el balance social y enderezar los entuertos sociales[589]. Samuelson escribió: "Cuando las complejas condiciones económicas de la vida necesitan coordinación y planificación social, se puede esperar que los hombres juiciosos de buena voluntad invoquen la autoridad y la actividad creativa del Gobierno"[590].

Ludwig von Mises y Friedrich Hayek fueron dos de los mayores críticos de la transformación keynesiana de la disciplina de la economía. Mises puso al descubierto las falacias lógicas de la economía keynesiana[591]. Hayek resaltó los supuestos heroicos divulgados en nombre de los economistas situados en la posición de ingenieros del cambio social, a través del modelaje macroeconómico[592]. Para que funcionara el modelo de ingreso-gasto, el economista-ingeniero debería conocer el nivel agregado de estas variables actuales: el consumo, la inversión, el gasto público, y lo que sería el nivel de producción en condiciones de pleno empleo. El economista-ingeniero también debe conocer la manera precisa en qué se manifestará el efecto multiplicador, para equilibrar un incremento de los gastos del Gobierno con un incremento de la demanda agregada, a fin de lograr el nivel de producción de pleno empleo. Cada paso del análisis presupone que el conocimiento detallado de la vida económica está disponible para el macroeconomista, y que cada paso promovido de la política ha de resultar en el efecto preciso de la actividad económica, cuya intención es alcanzar el balance económico en los niveles de pleno empleo. En pocas palabras: el modelo supone lo que

debe probar.

Por otra parte, las teorías macroeconómicas tendían a enmascarar los datos económicos reales que los actores económicos utilizan para estructurar sus planes económicos. La política pública macroeconómica es equivocada y arrogante. Hayek sostenía que la "pretensión de conocimiento", evidente en el modelaje macroeconómico, se traduce no en una solución de los males sociales como el desempleo, sino en un esquema de utilización de recursos que no puede ser mantenido. En palabras de Hayek:

> Lo que esta política ha producido no es tanto un nivel de empleo que no habría sido posible por otras rutas, sino una distribución del empleo que no puede ser mantenida indefinidamente y que, después de cierto tiempo, puede ser mantenida únicamente por una tasa de inflación que rápidamente conduciría a la desorganización de toda la actividad económica[593].

El colapso de la hegemonía keynesiana, en la década de los 70, reflejó la victoria intelectual de Hayek. Sin embargo, la mayoría de los economistas no atendieron al pedido de humildad de Hayek y continuó la obsesión de comprender la vida económica en términos agregados. La resurrección de la economía keynesiana por obra de Joseph Stiglitz[594] y Paul Krugman[595] requiere los mismos supuestos heroicos sobre el poder de los economistas para perfeccionar el mundo con las palancas de la política económica. Son los mismos supuestos evidentes en la era de Keynes y Samuelson, pero con algunos cambios sutiles en el razonamiento teórico. Como lo indicó Robert Nelson, Stiglitz señaló que la estructura teórica de la economía de Samuelson contiene errores conceptuales fundamentales que ahora se comprenden bien[596]. Pero la obra de Samuelson estableció el estatus científico de la economía en la sociedad de los Estados Unidos y consiguió, para muchos economistas, puestos en el Gobierno, en los que podían utilizar su autoridad científica para para influir en la política pública.

Stiglitz reconoce los fundamentos erróneos de la economía de Samuelson, pero no sugiere que la revolución de la economía de la información que él dirigió, o la economía institucional asociada con Coase y North, o la revolución del análisis de las decisiones públicas dirigida por Buchanan y Tullock, deban conducir a un interrogatorio sobre la posición de los

economistas en la sociedad establecida por la obra de Samuelson. En cualquier caso, Stiglitz cree que la contribución de Samuelson a la economía moderna ha justificado el papel de los economistas en la sociedad, como fue redefinido por Keynes y Samuelson, más incluso que en sus propios escritos. La fe en el poder salvador de la administración pública, guiada por modelos económicos, no muere con facilidad.

El análisis costo-beneficio

La nueva economía personificada en la obra de Samuelson se ha construido sobre estas tres proposiciones:

1. El supuesto del *laissez-faire* ha sido revertido por la economía de Keynes y por el desarrollo de la economía misma desde Keynes.
2. La economía moderna ha proporcionado la caja de herramientas analítica para que los economistas asuman el papel de científicos/ingenieros sociales.
3. La caja de herramientas analítica de la economía moderna se fundamenta sobre nuevas técnicas de medición estadística, que garantizan que los modelos económicos de matemáticas abstractas pueden ser calibrados con precisión, generar predicciones claras, ser testados con exactitud contra los datos y, por lo tanto, proporcionar la base de iniciativas exitosas de política económica.

Para que funcionen estas proposiciones, debemos suponer que existen datos objetivos, y que pueden analizarse conjuntamente de una manera económica. Es obvio que el desarrollo del poder de la computación tuvo en el siglo XX mayor influencia en la forma como se desarrolla la economía, pero no es esa la parte de la historia que subrayamos. La cuestión que deseamos subrayar es más sutil. Los economistas suponen que ciertos datos existen para que ellos los manipulen. Nosotros sostenemos que, de hecho, no existen[597]. En el caso analizado en esta sección se supone que los datos son costos y beneficios

objetivos.

El análisis costo-beneficio satura el área de la economía pública. No es solamente la piedra angular del análisis de las externalidades. También implica el análisis de los impuestos, de la regulación y de los arreglos legales alternativos. El campo moderno del derecho y la economía [*law and economics*] sería imposible de reconocer si fuera descartado el análisis de costo-beneficio.

Conceptualmente, la forma económica de pensar no entra en conflicto con la lógica del análisis costo-beneficio. El problema surge cuando se trata de hacer el análisis estratégico suponiendo que los costos y los beneficios son entidades cuantificables, que pueden ser medidas y comparadas. En la economía del bienestar estándar de Pigou, las desviaciones de la asignación ideal de recursos son resultados de economías externas. En el plano de las decisiones privadas, los beneficios y los costos marginales se desvían de los beneficios y los costos marginales en el plano social. Se dice que una externalidad positiva conduce a una suboferta del bien o servicio en cuestión, porque los beneficios marginales privados que resultan de producir ese bien o servicio son inferiores a los beneficios marginales sociales que produciría. Una externalidad negativa genera el problema opuesto. Bienes y servicios no deseados se suministran en mayor cantidad que su nivel ideal, porque los costos marginales privados, derivados de la producción de este bien o servicio, son inferiores a los costos marginales sociales que genera este bien o servicio. En la práctica estándar, en casos de externalidades positivas, el Gobierno debería subsidiar la producción del bien o servicio para alinear los costos sociales y privados. En el caso de externalidades negativas, el Gobierno debería establecer un impuesto sobre la actividad para inducir la alineación de los costos sociales y privados. Conceptualmente, la lógica de este enfoque es irrefutable, pero como instrumento de política pública es extremadamente equivocada y ha causado daños enormes a la forma como los discursos económicos se expresan sobre temas de política pública[598].

Ronald Coase[599] y James Buchanan[600] señalaron hace tiempo los problemas fundamentales de la economía del bienestar de Pigou. Sus obras eran revolucionarios, pero las implicaciones más radicales fueron ignoradas en los años subsiguientes, cuando la cultura de la economía se comprometió profundamente con el análisis y la medición de datos. A todo el mundo le

gusta decir que la ciencia, en última instancia, es medir. Y si algo no se puede medir, de todas formas hay que medirlo, en lugar de poner en peligro la consistencia científica de una disciplina. Por lo tanto, a pesar de los profundos conceptos de Coase y Buchanan, el análisis costo-beneficio está lejos de ser abandonado por quienes practican la economía política, si bien muchos de ellos profesan lealtad a Coase y Buchanan.

La crítica de Coase y Buchanan contra Pigou puede resumirse como sigue: o las soluciones de Pigou son redundantes, porque los actores privados negociarían para eliminar el conflicto —en el caso de costos de transacción iguales a cero— o la solución de Pigou es inoperante —en el caso de costos de transacción positivos, incluidos los costos de información—. Si los actores privados son incapaces de juntar y alinear los costos y los beneficios, ¿cómo pueden hacerlo los empleados del Gobierno? En vez de medir lo que no podemos suponer racionalmente que se puede medir, tanto Coase como Buchanan proponen resaltar un costo de oportunidad en la economía política. El análisis comparativo institucional al que nos llevaría este enfoque, como lo indicó Coase, es el de "iniciar nuestro análisis con una situación que se aproxima a la que de hecho existe, para examinar los efectos de un cambio de política propuesto e intentar decidir si la nueva situación sería, en conjunto, mejor o peor que la situación original"[601].

La economía de pizarrón de Pigou es difícil de abandonar, aunque hayan sido señaladas sus contradicciones lógicas de redundancia o disfuncionalidad[602]. William Baumol, por ejemplo, resistió con vehemencia las implicaciones de Coase y Buchanan, y sostuvo que la tradición de Pigou era "impecable"; aunque admitía que, "con todo, tenemos poca razón para confiar en la aplicabilidad del enfoque de Pigou interpretado literalmente. No sabemos cómo calcular los requerimientos de impuestos y subsidios, ni cómo aproximar esas variables mediante prueba y error"[603]. La danza intelectual de Baumol inspiró a Coase a escribir una de las críticas más crueles de la economía moderna, ya que, después de resumir los comentarios de Baumol —en el sentido de que la lógica del enfoque de Pigou era "impecable"— afirmó que esto era así en el caso de que impecable significara que "si sus propuestas, de impositivas, que no pueden implementarse, fueran implementadas, la asignación de recursos sería óptima"[604]. Coase añadió:

“Nunca lo he negado. Mi punto de vista era simplemente que tales propuestas de impuestos son la materia con la que se construyen los sueños. En mi juventud se decía que lo que era demasiado ridículo para ser dicho podía ser cantado. En la economía moderna podría expresarse en matemáticas”[605].

El debate sobre el socialismo de mercado

En la primera mitad del siglo XX, este debate brindó otro ejemplo palpable sobre los economistas entregados a las pretensiones del cientificismo. En los años anteriores a 1920, Friedrich von Wieser, Joseph Schumpeter, Leon Walras, Vilfredo Pareto, Enrico Barone, Fredrick Taylor y Frank Knight señalaron que, si se esperaba que el socialismo optimizara la producción, debía tener éxito en satisfacer los mismos requisitos formales que, según se decía, el capitalismo satisfacía en condiciones de equilibrio[606]. En otras palabras: si la optimización implicaba el uso más eficiente de los recursos, el razonamiento sociológico debía satisfacer las condiciones de optimización derivadas de los principios marginales.

El economista polaco, Oskar Lange, asumió el desafío en los años 1936-1937, con una propuesta de socialismo de mercado que satisfacía los requisitos formales del capitalismo en estado de equilibrio general. Se decía, adicionalmente, que el socialismo de mercado sobrepasaba los resultados de la economía de mercado por la eliminación de los monopolios y los ciclos económicos que, en opinión generalizada, plagaban el capitalismo del mundo real[607]. El procedimiento de Lange se basaba en los pasos siguientes: Primero, permitir un mercado para bienes de consumo y plazas de trabajo. Segundo, colocar el sector productivo en manos del Estado, con reglas de producción estrictas para las empresas. En especial, informar a los gerentes de que los precios de la producción deben igualar a los costos marginales, y de que el volumen de producción debe minimizar el costo promedio. Se permiten ajustes basados en prueba y error, con el uso de los inventarios como señal. Las guías de producción deben garantizar que la totalidad del costo de oportunidad será tomado en cuenta y que serán empleadas las tecnologías de costo menor. En una palabra, estas guías de producción garantizarán el logro de la eficiencia productiva, incluso en un entorno de propiedad del Estado sobre los medios de producción.

Lange llegó aún más lejos en su argumentación a favor del socialismo. En su opinión, debido a su imitación de las condiciones de eficiencia del capitalismo, el socialismo es capaz, en teoría, de lograr el mismo nivel de producción eficiente que el mercado, y superará al capitalismo al limpiar a la sociedad de dos plagas que la perjudican: los monopolios y los ciclos económicos. En manos de Lange, la teoría neoclásica se convertiría en un instrumento poderoso de control social.

La respuesta de Hayek al modelo de Lange, inspirado por el socialismo de mercado, fue un ataque multifacético contra los supuestos informacionales arraigados en el modelo neoclásico de equilibrio general[608]. En primer término, Hayek argumentó que los modelos del socialismo de mercado carecían de habilidad para evaluar las adaptaciones necesarias de las condiciones cambiantes requeridas en la vida económica real. La imputación de valor a los bienes de capital, a partir de los bienes de consumo, representaba un ejemplo clásico. Joseph Schumpeter había argumentado que la valuación de los bienes de consumo en el mercado —según el modelo de Lange— torna redundante un mercado de bienes de producción, porque podríamos imputar *ipso facto* el valor de los bienes de capital correspondientes[609].

Por supuesto, la "solución" concordaba con el modelo de equilibrio general, en la que hay una conciliación previa de planes. (Es decir, no hay malas operaciones comerciales). La preocupación de Hayek, sin embargo, no se relacionaba con el modelo, sino con la forma como se realiza la imputación en el proceso de mercado, de tal manera que los planes de producción se coordinan con las demandas de los consumidores. No se trata de un procedimiento trivial. Requiere una variedad de señales del mercado para guiar a los emprendedores en sus procesos de decisión sobre el uso de las combinaciones de capitales y bienes en los proyecto de producción. En un sentido fundamental, Hayek sostenía que el socialismo de mercado no podía resolver este problema descartándolo. Por supuesto, si centramos nuestra atención analítica en las propiedades de un mundo en el que todos los planes han sido ya coordinados —situación que sería equivalente al equilibrio competitivo general—, el proceso mediante el que esa coordinación haya ocurrido no necesitaría ser destacado.

Tenemos aquí el punto central de Hayek. En ausencia de ciertas

instituciones y prácticas, no ocurriría el proceso que pone en marcha la coordinación de planes —incluso la imputación de valor de los bienes de consumo a los bienes de producción—. En esta circunstancia, habrá que apoyarse en algún proceso alternativo, para tomar decisiones relacionadas con los recursos, y ese proceso alternativo no podría apoyarse en los incentivos de la propiedad privada, las señales de los precios relativos y la contabilidad de ganancias y pérdidas, dado que el proyecto socialista los había abolido explícitamente. En otros términos, la proposición *ipso facto* del equilibrio competitivo no concernía al mundo que estaba fuera del estado de equilibrio. El hecho de que economistas neoclásicos destacados —como Knight y Schumpeter— no hayan reconocido este concepto elemental demostró la confusión que puede producirse en la economía por una preocupación científica sobre el estado de equilibrio, en oposición al proceso que tiende a aproximarse al equilibrio.

Según Hayek, el problema de la concentración en el estado de las cosas en un momento dado, como oposición al proceso, no se limitaba a suponer lo que debe sostenerse, sino a retirar la atención de la forma como las circunstancias cambiantes requieren adaptaciones por parte de los participantes. Como hemos señalado antes, el equilibrio es, por definición, un estado de cosas en que ningún agente dentro del sistema tiene incentivo alguno para cambiar. Si todos los datos estuvieran congelados, la lógica de la situación, llevaría por supuesto a los individuos a un estado de reposo, en el que serían coordinados todos los planes, y los recursos se asignarían de la forma más eficiente según el conocimiento con que se cuenta. Se mantendrían las condiciones de Lange: 1) Los precios se establecerían a partir de los costos marginales; 2) el costo total de oportunidad se reflejaría en el precio; y 3) la cantidad producida coincidiría con el punto más bajo de la curva del costo promedio de la empresa, de tal forma que serían implementadas las tecnologías de menor costo. Pero Hayek preguntó: ¿Qué nos dicen estas condiciones sobre un mundo en el que los datos no están congelados? ¿Qué ocurre cuando cambian los gustos y las tecnologías?

La asignación efectiva de los recursos requiere que haya correspondencia entre las condiciones subyacentes de gustos, tecnología, asignación de recursos, y las variables inducidas de precios y contabilidad de ganancias y pérdidas. En una situación de competencia perfecta, las variables subyacentes y las inducidas están alineadas perfectamente, y no hay problemas de

coordinación. En el ámbito académico de la economía, las tradiciones que rechazan la propuesta de autorregulación tienden a negar que haya algún nivel de correspondencia en el mercado entre las condiciones subyacentes y las variables inducidas.

En contraste con estas dos alternativas, Hayek intentó explicar la relación entre dichas variables. Para Hayek, la economía es una disciplina de tendencia y dirección, no una ciencia de determinación exacta. Los cambios en las condiciones subyacentes ponen en movimiento ajustes de acomodación, que se reflejan en las variables inducidas del mercado. Las variables inducidas quedan atrás, pero son impulsadas continuamente para alcanzar las condiciones subyacentes.

Hayek argumentaba que el conocimiento perfecto es una característica distintiva del equilibrio, pero no puede ser un supuesto del proceso de equilibrio. Ahora se pregunta: ¿Cómo llegan a aprender los individuos la información necesaria para coordinar planes propios con planes ajenos? En "Economics and Knowledge" y en "The Use of Knowledge in Society"[610] Hayek desarrolla este argumento: la forma como los agentes económicos aprenden representa el elemento empírico crucial de la economía. Las señales de los precios representan la guía institucional clave para aprender en el seno del proceso del mercado. La teoría neoclásica tradicional enseñaba que los precios eran instrumentos incentivadores y, de hecho, lo son. Pero Hayek señaló que los precios también desempeñan un papel informacional, que es ignorado por los economistas modernos, obsesionados por los modelos de equilibrio.

A lo largo de su carrera, Hayek subrayó diferentes aspectos del argumento desarrollado en estos dos artículos clásicos de su carrera. Llegó a asignar un papel particular a la naturaleza contextual del conocimiento que se utiliza en el proceso del mercado. El conocimiento, señaló Hayek, no existe separado del contexto de su descubrimiento y de su uso. Los que participan en la economía fundamentan sus acciones en un conocimiento concreto en determinado tiempo y en determinado espacio. Este conocimiento local que utilizan los participantes en el mercado para orientar sus acciones no es abstracto y objetivo y, en consecuencia, no puede ser usado fuera de ese contexto por los planificadores, para planificar una organización de la sociedad a gran escala.

El razonamiento de Hayek sobre por qué la planificación no puede funcionar no se limita al hecho de que la información requerida para coordinar los planes de una multitud de individuos es demasiado amplia para ser organizada con eficiencia. El conocimiento utilizado por los empresarios dentro del mercado no existe fuera de ese contexto local y, por lo tanto, ni siquiera puede ser organizado. No se trata solo de que los planificadores confrontarían una compleja tarea de cómputo. Es que confrontan un reto imposible, porque no les es accesible el conocimiento necesario, sin importar qué desarrollos tecnológicos pueden obtenerse para facilitar la tarea del cómputo.

El socialismo de mercado requiere un cambio en la disciplina de la economía, desde la comprensión de la labor económica hasta el propósito de planificar la misma. Las herramientas científicas de la economía neoclásica —con mayor importancia el equilibrio general— desorientaron a los socialistas y los indujeron a creer que podían planificar efectivamente. Los economistas han dejado de ser estudiosos de economía y se han convertido en jugadores activos: ingenieros que planifican la actividad económica. Por supuesto, tanto la historia como el trabajo de Hayek han demostrado que la posición requerida por el socialismo es insostenible a largo plazo. Teóricamente, Hayek aniquiló el programa socialista con los argumentos expresados en este texto. Ciertamente, la experiencia más poderosa fue el colapso dramático de la Unión Soviética, a principios de la década pasada. Esta experiencia reveló al mundo el desastre causado por la arrogancia económica, ejercida por los que pensaban que podían dirigir la vida económica de forma centralizada.

Conclusión

La obra de Robert Nelson *Economics as a Religion* es fascinante y constituye una investigación profunda sobre la función social que desempeña la economía en la época moderna. Nelson escribió:

> La religión más vital de la era moderna ha sido el progreso económico. Si el impacto de los economistas ha sido de hecho modesto en la generación de este progreso, incluso en la comprensión de los mecanismos que han impulsado el progreso, tuvieron una función

> importante en otorgarle legitimidad social. Se han constituido en el clero moderno de la religión del progreso, han interpretado sus formas, han refinado sus mensajes y han garantizado a los creyentes que el progreso continuará[611].

Nelson continúa y sugiere que nosotros, los economistas, "como otras clases clericales de la historia, vimos una existencia segura y protegida a menudo en los bosques de la academia"[612].

Nelson limita su análisis a la descripción positiva sobre cómo el crecimiento económico se ha convertido en una religión moderna y los economistas en guardianes clericales. Salimos de este análisis profundo, para examinar el lado más oscuro de esta transformación de nuestra disciplina. Con el uso de un razonamiento económico básico, esperaríamos una clase clerical protegida para responder racionalmente a los incentivos y abusos de su posición privilegiada, empeñada en levantar barreras contra los competidores. Como economistas, nosotros mismos estamos comprometidos con la idea de que la economía como disciplina es vital para comprender las fuerzas que moldean nuestro mundo. Pero también creemos que la condición de clérigos de nuestros colegas economistas ha dañado profundamente nuestra disciplina y, en el largo plazo, puede destruir la legitimidad de las enseñanzas que la economía ofrece[613].

Nos hemos centrado en tres áreas, respecto de las cuales los economistas del siglo XX intentaron justificar la expansión de su función como ingenieros sociales. En cada etapa hemos postulado que el argumento ofrecido por los economistas no se justificaba. La economía, como disciplina, necesita más humildad frente a la complejidad social, en lugar de intentar extenderse más allá de lo que es capaz de abarcar. Nuestro argumento es simple: si le pedimos a una disciplina que nos ofrezca algo que es incapaz de darnos, entonces los recursos intelectuales se perderán en un intento de proporcionar lo imposible. Tanto el primer error como el segundo se cometerán en la toma de alguna decisión intelectual, a medida que se persigan proyectos que deberían rechazarse y se ignoren proyectos que valen la pena.

¿Puede revertirse la situación de la economía? No lo sabemos. Sí sabemos que, si sostenemos que la situación no tiene remedio, entonces estaremos diciendo que, en esencia, es ideal, como creía Frank Knight. Por otro lado,

también reconocemos que el cambio exige que un gran empresario intelectual aproveche la oportunidad y reoriente la disciplina. La reorientación que pedimos es, sin embargo, una que reducirá el prestigio y el poder de los economistas en la sociedad moderna. Por lo general, no se pone en marcha la acción empresarial cuando la recompensa por la innovación es una reducción del estatus relativo. Por otro lado, creemos que si los economistas abandonan su privilegiada posición en la sociedad, podrían recuperar su "alma". Tal vez la oportunidad de beneficio que espera ser recibida por el economista-como-emprendedor intelectual sea la legitimidad de largo plazo de la disciplina de la economía política. Para obtener esa legitimidad, el economista debe abandonar las falsas promesas de la empresa pseudocientífica de la economía moderna —con su creencia en la administración pública eficiente, guiada por el modelo y la medición que la caracterizaron desde Samuelson—. Un economista de estas características podría enfrentarse a la ira de sus colegas contemporáneos. Pero uno espera que ese economista, al predicar la sabiduría de la humildad, tenga el honor de estar trabajando en la tradición de los gigantes intelectuales de la economía política: Smith, Hume, Mises, Hayek y Buchanan. Solo rechazando su estatus de sacerdote infalible y abrazando el de humilde filósofo podrá el economista tener la oportunidad de salvar a la economía de la maldición debida a la arrogancia. "Porque cualquiera que se exalte a sí mismo, será humillado: pero el que se humille, será exaltado"[614].

Parte IV
Conclusión

Capítulo 22

Algunos párrafos críticos que deben influir en lo que enseñamos, y por qué enseñamos economía

Smith, Mises y Hayek

A lo largo de este libro he procurado poner de relieve que la enseñanza de la economía no es un proyecto trivial. El tema es esclarecedor y los riesgos son grandes. Si fracasamos en nuestra tarea de educadores económicos, fracasamos en nuestra función como economistas. No hay escapatoria. La economía no es un juego que emprenden los profesionales brillantes, sino una disciplina que involucra los asuntos prácticos más vitales en todo momento histórico. La riqueza y la pobreza de las naciones están en juego. La duración y la calidad de la vida dependen de las condiciones económicas en que los individuos viven.

La disciplina de la economía alumbra todos los ámbitos de la vida humana y en este sentido la economía es una ciencia ambiciosa. Explica el comportamiento del hombre en el mercado, en la mesa de votaciones, en la iglesia, en la familia y en todas las demás empresas humanas. La manera económica de pensar no es solamente una ventana al mundo, es *la única ventana* que se relaciona con el hombre como actor humano. Esta afirmación puede parecerle arrogante al lector casual, pero la economía también enseña humildad. Como lo expresa F. A. Hayek: "La curiosa tarea de la economía es demostrar a los hombres cuán poco saben en realidad sobre lo que imaginan que pueden diseñar"[615].

La línea troncal de la docencia económica, de Adam Smith a F. A. Hayek, enseñó no solamente lo que puede decirnos la economía, sino también —y esto es incluso más importante— lo que *no* puede decirnos. Hay límites reales en el análisis económico y también esfuerzos para implementar el control económico. La razón principal que explica por qué la economía perdió el rumbo durante el siglo XX consistió en no reconocer esos límites y en confundir las ciencias políticas con las ciencias de ingeniería. Basadas en el conocimiento de las ciencias físicas, las ciencias relacionadas con la ingeniería encontraron soluciones tecnológicas que habrían sido inimaginables para las generaciones anteriores. Mis abuelos nacieron cuando

la mayor parte de los viajes se hacían a caballo o en carruaje, y murieron cuando ya se habían desarrollado los vuelos transatlánticos y el hombre había llegado a la luna. En la siguiente generación, Internet fue desarrollándose y transformó no solamente la forma como nos comunicamos, sino también la forma en que compramos, aprendemos y establecemos vínculos sociales. Estos asombrosos avances tecnológicos tienden a fortalecer la idea de que con la razón, los hombres pueden resolver, a través de la ciencia, todos los problemas que les salen a paso. Pero incluso en este ámbito de la innovación tecnológica tendemos a olvidar algo que es vital en la historia del progreso: el conocimiento tecnológico fue transformado en conocimiento útil mediante la acción ordinaria del comercio. Sin la función guía de la propiedad, los precios y la contabilidad de ganancias y pérdidas, no se habrían alcanzado los beneficios de la innovación. La razón es simple: sin las señales y los incentivos del sistema de precios, los actores económicos no pueden escoger, en un amplio conjunto de proyectos tecnológicamente factibles, los económicamente más rentables. Sin ese conocimiento económico, los proyectos tecnológicos serían un sistémico desperdicio de recursos.

Pero hay un punto aún más sutil que la necesidad del comercio para guiar la innovación tecnológica. La vida comercial no emergió como un diseño, sino de la propensión humana de intercambiar, negociar y trocar unas cosas con otras. La especialización de la producción y el intercambio existieron mucho antes de que los economistas introdujeran esos términos para ayudar a explicar la conducta humana. En otras palabras: los economistas no inventaron la economía, sino que emprendieron su estudio cuando la economía ya era una realidad, y se ocuparon de entender filosóficamente una práctica que ya existía. Esta situación es radicalmente diferente de la del ingeniero civil, que diseña un puente para facilitar el paso entre Manhattan y Brooklyn. Los políticos y el público pueden demandar que la economía se parezca más a la ingeniería, pero esta actitud es quizás la mayor fuerza corruptora de la ciencia.

Ahora bien: si aceptamos que la economía no puede desempeñar el papel de la ingeniería social, no podemos contentarnos con una visión de la economía puramente filosófica. La economía y la economía política pueden generar una información empírica significativa. La disciplina puede informarnos sobre cómo diversos marcos institucionales impactarán en nuestra habilidad para obtener las ganancias del comercio y de la innovación.

Si las instituciones facilitan el comercio y la innovación, esas ganancias serán una realidad; en el caso contrario, no lo serán. Con frecuencia suelo decir a mis estudiantes que la humanidad ha mostrado dos propensiones naturales: una, negociar, trocar e intercambiar —como nos enseñó Adam Smith—; otra, saquear, pillar y abusar —como nos enseñó Thomas Hobbes—. Cuál de las dos propensiones domina en determinado caso dependerá del marco institucional en el que los individuos viven e interactúan. La experiencia de la vida puede ser un círculo virtuoso de creación de riqueza, vidas más saludables y mayor riqueza, o un infierno en la tierra, vicioso y brutal. La economía no puede hacer predicciones exactas, pero puede, como ciencia, informarnos sobre las tendencias y las direcciones de cambio, que implicarán la capacidad de creación de riqueza o destrucción de riqueza del sistema económico político.

La línea troncal referida no explicó la forma de actuar de la economía partiendo de supuestos heroicos sobre la capacidad cognoscitiva de los individuos. Tampoco describió la política sobre el supuesto de déspotas benevolentes. La economía política, de Adam Smith a Friedrich Hayek, acepta a los humanos como son e intenta encontrar el marco institucional con el que limitar las actitudes de los individuos malvados, para que hagan el menor daño posible cuando ocupan posiciones de poder. A la vez, la economía política se vale de las motivaciones ordinarias de los hombres y de sus capacidades cognoscitivas limitadas, para realizar la cooperación social de acuerdo con la división del trabajo. Los economistas de la línea troncal descubrieron que en la economía de mercado de propiedad privada, con un gobierno constitucional de poder limitado, las agresivas ambiciones de los individuos abusivos pueden ser encauzadas hacia un orden social pacífico y próspero.

Lo que la economía y la economía política debían frenar era la *hybris* o arrogancia de los hombres. La arrogancia puede manifestarse de dos formas: puede ser la de quien se cree estar en una posición moral superior, o bien la de quien cree estar en una posición intelectual superior. Esta fue la *hybris* que Hayek calificó de arrogancia fatal en su obra *The Fatal Conceit*.

La cultura intelectual cuando escribió Adam Smith era proclive a esa crítica de la arrogancia, como lo demuestra esta cita de *The Wealth of Nations* [*La riqueza de las naciones*]:

> ¿Cuál es la clase de industria doméstica que el capital de un individuo puede aprovechar y cuyo producto probablemente tendrá el mayor valor? Es evidente que el propio individuo puede, en su propia situación, juzgar con mayor acierto que cualquier hombre de Estado o legislador. El hombre de Estado, que pretende dirigir a los individuos privados sobre la manera como han de emplear sus capitales, no solamente se recarga con la más innecesaria tarea, sino que asume una responsabilidad que no puede ser confiada a persona alguna, a concejo alguno, a senado alguno, y que en ninguna parte sería tan peligrosa como en las manos de un hombre que tuviera suficiente locura y suficiente presunción para imaginar que posee la capacidad de ejercitarla[616].

El "hombre de sistema", como Smith llamó al individuo caracterizado por esa *hybris*, fue ridiculizado[617]. Solo él podía ser "juicioso en su propia arrogancia" o poseedor de esa "locura y presunción" para pensar que podía ser superior a otros hombres en los asuntos relacionados con el comercio.

Cuando John Maynard Keynes escribió su *General Theory*[618], algo había cambiado radicalmente en la cultura intelectual. En lugar de ser visto como una figura ridícula, el "hombre de sistema" se consideraba necesario para resolver los problemas de la vaguedad de la vida comercial, y los de la sociedad industrial moderna con las fluctuaciones del desempleo y de los negocios. Desde entonces, la economía se ha desviado educacionalmente y como instrumento de la política pública: se convirtió en la sirvienta del "hombre de sistema", no en la razón para dudar de la sabiduría de los hombres arrogantes. Tenemos así *The Economics of Control* —la economía del control— y no *The Common Sense and Political Economy* —el sentido común de la economía política—[619].

Los economistas tienen ante sí la tarea de expresarle la verdad al poder, no de complacerlo. La disciplina, desde Smith hasta Hayek, nos ha instruido sobre la necesidad de limitar el poder, para restringir las capacidades depredadoras de la humanidad. Y cuando ignoramos estas enseñanzas, no invalidamos los resultados básicos que Adam Smith, Jean-Baptiste Say y Friedrich Hayek descubrieron sobre el poder del mercado para crear riqueza y el poder de la política para destruirla. El experimento comunista del siglo XX

refuerza la lección básica de la economía de línea troncal. Como lo expresó Ludwig von Mises:

> El conjunto del conocimiento económico es un elemento esencial en la estructura de la civilización humana. Es el fundamento sobre el que se han construido la industria moderna y todos los logros morales, intelectuales, tecnológicos y terapéuticos de los últimos siglos. Recae en los hombres la responsabilidad de utilizar correctamente o no el rico tesoro que proporciona este conocimiento. Pero si los hombres no aprovechan las mejores ventajas de estos tesoros e ignoran sus enseñanzas y sus advertencias, no anularán la economía, sino que eliminarán a la sociedad y a la raza humana[620].

Es seria la actividad en la que estamos involucrados como practicantes y maestros de economía. Debemos ensanchar las fronteras del conocimiento en nuestra búsqueda y ser capaces de comunicar a nuestros estudiantes, a los políticos y al público en general las verdades fundamentales de la economía de la línea troncal. Para ejecutar esta tarea no bastan los modelos económicos lógicamente válidos y las técnicas estadísticas sofisticadas. Necesitamos un razonamiento económico lógicamente firme y una comprensión de la historia humana. Debemos comprender al hombre como un ser falible, pero capaz de escoger, que vive en un entorno institucional históricamente contingente.

He tratado de demostrar en este libro que la economía es una disciplina que alumbra y entretiene: una disciplina comprometida con las cuestiones más importantes de nuestra época, en la que los asuntos de vida o muerte están en la balanza. Es nuestra responsabilidad profesional instruir a los estudiantes sobre lo entretenido que puede resultar la manera económica de pensar, para dar sentido al mundo, y los riesgos involucrados cuando se ignora la importancia de la ciencia económica por motivos de conveniencia política.

La línea troncal de la docencia económica nos suministra verdades fundamentales que sobrepasan el tiempo y el espacio. Tengo la esperanza de que los lectores de este libro vean esta colección de ensayos no como un catecismo de doctrinas establecidas, sino como una invitación atractiva para discutir la ciencia de la acción humana y su rama más desarrollada, la economía. Es necesario involucrar en el estudio de los seres humanos a los individuos mejores y más brillantes de cada generación. Ellos deben ver el

estudio de la economía como una experiencia intelectualmente excitante y digna de atención. También es necesario que sean inmunes a la tendencia intelectual de considerarse aptos para planificar el sistema o pretender optimizarlo a base de reparaciones. Alejarse del error que Hayek llamó "constructivismo racional" es un acto refinado acto de balance intelectual, en la dirección de lo que Vernon Smith llamó "racionalidad ecológica". El destino de la economía depende de la capacidad de los que nos encontramos en la línea principal del pensamiento económico para invitar al debate a cada generación. Y el destino de la humanidad dependerá de nuestra habilidad para enfrentar la ignorancia económica, la política de intereses especiales y las ambiciones arrogantes de los "hombres de sistema".

En última instancia, en economía, como en todas las demás ciencias, la verdad es mucho más importante que la popularidad y el poder. La tarea de educar a generaciones de estudiantes sobre la verdad en economía es una vocación admirable. De hecho es un llamado que exige nuestra atención y nuestra dedicación más cuidadosas en la profesión académica y docente. Los mejores economistas leen amplia y profundamente, reflexionan con dedicación, hablan de manera directa y escriben con claridad. Es una tarea seria para gente seria, pero también se presenta, en todo tiempo y lugar, como una aventura intelectual maravillosa entre las acciones humanas, siempre variadas y diversas. Espero sinceramente que las múltiples exploraciones sobre los principios económicos de la línea troncal de la ciencia económica, y los ejemplos de los grandes maestros que me enseñaron esos principios, difundan efectivamente mi entusiasmo por las disciplinas de la economía y la economía política. Más importante aún es mi sincera confianza de que esas ideas sirvan de invitación a mis lectores para que se unan a la gran conversación sobre este asunto.

Referencias bibliográficas

Adaman, F., and Pat Devine. 1996. "The Economic Calculation Debate: Lessons for Socialists". *Cambridge Journal of Economics* 20 (5): 523-537.

Ahrens, J. 2002. *Governance and Economic Development: A Comparative Institutional Approach*. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.

Albert, H., 1984. "*Modell-Denken und historische Wirklichkeit*". In *Ökonomisches Denken und soziale Ordnung*, edited by H. Albert, 39-61. Tübingen: J. C. B. Mohr.

Aligica, P. Dragos, and Peter J. Boettke. 2009. *Challenging Institutional Analysis and Development: The Bloomington School*. New York: Routledge.

Anderson, Gary, and Peter J. Boettke. 1993. "Perestroika and Public Choice: The Economics of Autocratic Succession in a Rent-Seeking Society". *Public Choice* 75 (2): 101-118.

——. 1997. "Soviet Venality: A Rent-Seeking Model of the Communist State". *Public Choice* 93 (1-2): 37-53.

Arrow, Kenneth. 1994. "Methodological Individualism and Social Knowledge". *The American Economic Review* 84 (2): 1-9.

Atkinson, A. 1987. "James M. Buchanan's Contributions to Economics". *Scandinavian Journal of Economics* 89 (1): 5-15.

Ayittey, George. 1994. "The Failure of Development Planning in Africa". In *The Collapse of Development Planning*, edited by Peter J. Boettke. New York: New York University Press.

Bardhan, Pranab, and John Roemer. 1992. "Market Socialism: A Case for Rejuvenation". *Journal of Economic Perspectives* 6 (3): 101-116.

——, eds. 1993. *Market Socialism: The Current Debate*. New York: Oxford University Press.

Barone, Enrico. (1908) 1935. “The Ministry of Production in the Collectivist State”. In *Collectivist Economic Planning*, edited by F. A. Hayek, 245-290. Reprint, London: Routledge.

Barzel, Yoram. 1989. *Economic Analysis of Property Rights*. New York: Cambridge University Press.

Bastiat, Frederic. 1964. “A Petition”. In *Economic Sophisms*. Irvington-On-Hudson, NY: Foundation for Economic Education.

Bateman, Bradley. 2005. “Bringing In The State? The Life and Times of Laissez-Faire in the 19th Century United States”. *History of Political Economy* 37 (5): 175-199.

Bates, R., A. Greif, M. Levi, J. L. Rosenthal, and B. R. Weingast. 1998. *Analytic Narratives*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Baumol, William J. 1972. “On Taxation and the Control of Externalities”. *American Economic Review* 62 (3): 307-322.

——. 2002. *The Free-Market Innovation Machine*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Becker, Gary. 1976. *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: University of Chicago Press.

Bellante, Don. 1994. “Sticky Wages, Efficiency Wages, and Market Processes”. *Review of Austrian Economics* 8 (1): 21-33.

Benson, Bruce. 1990. *The Enterprise of Law*. San Francisco, CA: Pacific Research Institute for Public Policy.

Berger, Peter. 1963. *Invitation to Sociology*. New York: Doubleday.

Berliner, Joseph. 1957. *Factory and Manager in the USSR*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Boehm-Bawerk, E. (1884-1921) 1949. *Capital and Interest*. 3 vols. Reprint, South Holland, IL: Libertarian Press.

——. (1891) 1994. “The Historical versus the Deductive Method in Political Economy”. *Annals of the American Academy of Political Science* 1. In *Classics in Austrian Economics*, edited by Israel M. Kirzner, 109-129. Reprint, London: Pickering & Chatto.

Boettke, Peter J. 1987. “Virginia Political Economy: A View from Vienna”. In Boettke and Prychitko, *The Market Process: Essays in Contemporary Austrian Economics*, 244-260.

——. 1989. “Evolution and Economics: Austrians and Institutionalists”. *Research in the History of Economic Thought & Methodology* 6: 73-89.

——. 1990. *The Political Economy of Soviet Socialism: The Formative Years, 1918-1928*. Boston, MA: Kluwer.

——. 1992. “Analysis and Vision in Economic Discourse”. *Journal of the History of Economic Thought* 14 (Spring): 84-95.

——. 1993. *Why Perestroika Failed: The Politics and Economics of Socialist Transformation*. New York: Routledge.

——, ed. 1994. *The Collapse of Development Planning*. New York: New York University Press.

——, ed. 1994. *The Elgar Companion to Austrian Economics*. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

——, ed. 1994. Introduction to *The Collapse of Development Planning*. New York: New York University Press.

——. 1994. “The Political Infrastructure in Economic Development”. In Boettke, *Calculation and Coordination*, 234-247.

——. 1995. “Hayek’s *The Road to Serfdom* Revisited: Government Failure in the Argument against Socialism”. *Eastern Economic Journal* 25 (Winter): 7-26.

——. 1995. “Why Are There No Austrian Socialists? Ideology, Science and the Austrian School”. *Journal of the History of Economic Thought* 17

(Spring): 35-56.

——. 1996. Review of *Whither Socialism*? by Joseph Stiglitz. *Journal of Economic Literature* 34 (1) (March): 189-191.

——. 1996. "What Is Wrong with Neoclassical Economics (And What Is Still Wrong with Austrian Economics)". In *Beyond Neoclassical Economics*, edited by Fred Foldvary, 22-40. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 1997. "Where Did Economics Go Wrong: Modern Economics as a Flight from Reality". *Critical Review* 11 (1): 11-64.

——. 1998. "Economic Calculation: The Austrian Contribution to Political Economy". *Advances in Austrian Economics* 5: 131-158.

——. 1998. "Is Economics a Moral Science?" *Journal of Markets & Morality* 1 (2): 212-219.

——. 1998. "Ludwig von Mises". In *The Handbook of Economic Methodology*, edited by J. Davis, D. Wade Hands, and U. Maki, 534-540. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 1999. "Which Enlightenment, Whose Liberalism: F. A. Hayek's Research Program for Understanding the Liberal Society". In *The Legacy of F. A. Hayek: Politics, Philosophy, Economics*, edited by Peter J. Boettke, vol. 1, xi-lv. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 2000. *The Intellectual Legacy of F. A. Hayek*. 3 vols. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

——, ed. 2000. *Socialism and the Market: The Socialist Calculation Debate Revisited*. 9 vols. London: Routledge.

——. 2001. *Calculation and Coordination: Essays on Socialism and Transitional Political Economy*. New York: Routledge.

——. 2001. "Why Culture Matters: Economics, Politics, and the Imprint of History". In Boettke, *Calculation and Coordination*, 248-265.

——. 2002. "Relevance as a Virtue in Economics". *Quarterly Journal of*

Austrian Economics 5 (4): 31-36.

——. 2008. "The Austrian School of Economics". In *A Concise Encyclopedia of Economics*, edited by David Henderson. http://www.econlib.org/library/Enc/AustrianSchoolofEconomics.html.

——. 2009. "Institutional Transition and the Problem of Credible Commitment". *Annual Proceedings of the Wealth & Well-Being of Nations* 1: 41-51.

——. 2009. Review of Eric Jones's *Cultures Merging. Economic Development & Culture Change* 57 (January): 434-437.

——, ed. 2010. *The Handbook of Contemporary Austrian Economics*. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.

Boettke, Peter J., and Christopher J. Coyne. 2003. "Entrepreneurship and Development: Cause or Consequence?". *Advances in Austrian Economics* 6: 67-88.

——. 2004. "Swedish Influences, Austrian Advances: The Contributions of the Swedish and Austrian Schools to Market Process Theory". In *The Evolution of the Market Process: Austrian and Swedish Economics*, edited by M. Beller, S. Gloria Palermo, and A. Zouache, 20-31. New York: Routledge.

——. 2006. "The Role of the Economist in Economic Development". *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19 (2): 47-68.

——. 2009. "Best Case, Worse Case, and the Golden Mean in Political Economy". *Review of Austrian Economics* 22 (2): 123-125.

Boettke, Peter J., Christopher J. Coyne, and Peter T. Leeson. 2003. "Man as Machine: The Plight of 20th Century Economics". *Annals of the Society for the History of Economic Thought* 43 (1): 1-10.

——. 2006. "High Priests and Lowly Philosophers: The Battle for the Soul of Economics". *Case Western Reserve Law Review* 56 (3): 551-568.

——. 2008. "Institutional Stickiness and the New Development Economics". *American Journal of Economics & Sociology* 67 (2): 331-358.

Boettke, Peter J., and Steven Horwitz. 2005. “The Limits of Economic Expertise”. Annual supplement, *History of Political Economy* 37: 10-39.

Boettke, Peter J., and Peter T. Leeson. 2003. “The Austrian School of Economics, 1950-2000”. In *Companion to the History of Economic Thought*, edited by Warren J. Samuels, Jeff E. Biddle, and John B. Davis, 445-453. Oxford: Basil Blackwell Publishers.

——. 2004. “Liberalism, Socialism and Robust Political Economy”. *Journal of Markets & Morality* 7 (1): 99-111.

——. 2006. *The Legacy of Ludwig von Mises: Theory and History*. 2 vols. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

Boettke, Peter J., and David L. Prychitko, eds. 1994. *The Market Process: Essays in Contemporary Austrian Economics*. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 1996. “Mr. Boulding and the Austrians”. In *Joseph Schumpeter, Historian of Economics*, edited by L. Moss, 250-259. New York: Routledge.

——. 1998. *Market Process Theories*. 2 vols. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

Boettke, Peter J., and Karen I. Vaughn. 2002. “Knight and the Austrians on Capital and the Problems of Socialism”. *History of Political Economy* 34 (1): 155-176.

Boulding, Kenneth E. 1936. “Time and Investment”. *Economica* 10 (May): 196-220.

——. 1941. *Economic Analysis*. New York: Harper & Brothers.

——. 1948. “Samuelson’s *Foundations*: The Role of Mathematics in Economics”. *Journal of Political Economy* 56 (June): 187-199.

——. 1950. *A Reconstruction of Economics*. New York: John Wiley & Sons.

——. 1956. *The Image*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

——. 1958. *The Skills of the Economist*. Cleveland, OH: Howard Allen.

——. 1962. *Conflict and Defense*. New York: Harper & Row.

——. 1966. *The Impact of the Social Sciences*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

——. 1970. *Economics as a Science*. New York: McGraw-Hill.

——. 1971. "After Samuelson, Who Needs Adam Smith?". *History of Political Economy* 3 (Fall): 225-237.

——. "Introduction". In *Collected Papers*, vol. 1, vii-xi. Boulder, CO: Associated Press.

——. "The Misallocation of Intellectual Resources in Economics". In *Collected Papers*, vol. 3, 535-552. Boulder, CO: Associated University Press.

——. 1978. *Ecodynamics*. New York: Sage.

——. 1981. *Evolutionary Economics*. New York: Sage.

——. 1985. "My Life Philosophy". *The American Economist* 29 (Fall): 5-14.

——. 1985. "Systems Research and the Hierarchy of World Systems". *Systems Research* 2 (1): 7-11.

——. 1990. *Three Faces of Power*. New York: Sage.

Brennan, Geoffrey, and James M. Buchanan. 1980. *The Power to Tax*. New York: Cambridge University Press.

——. 1985. "The Reason of Rules". In Buchanan, *Collected Works*, vol. 10. Indianapolis, IN: Liberty Fund, Inc.

Buchanan, James M. 1954. "Social Choice, Democracy and Free Markets". In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 89-102. Indianapolis, IN: Liberty Fund, Inc.

——. 1958. *Public Principles of Public Debt*. Homewood, IL: Irwin.

——. 1959. “Positive Economics, Welfare Economics, and Political Economy”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 191-209.

——. 1960. *Fiscal Theory and Political Economy*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

——. 1962. “What Should Economists Do?”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 28-42.

——. 1967. “Politics and Science”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 230-243.

——. 1969. *Cost and Choice*. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 6.

——. 1975. *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan*. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 7.

——. 1977. *Freedom in Constitutional Contract*. College Station: Texas A&M University Press.

——. 1977. “Law and the Invisible Hand”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 17.

——. 1977. “Politics, Property and the Law”. In *Freedom in Constitutional Contract*, 94-109. College Station: Texas A&M University Press.

——. 1979. “Politics without Romance”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 45-59.

——. 1979. *What Should Economists Do?* Indianapolis, IN: Liberty Press.

——. 1982. “Order Defined in the Process of Its Emergence”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 244-245.

——. 1983. “Political Economy: 1957-1982”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 19, 38-49.

——. 1986. “Better than Plowing”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, 11-27.

——. 1986. “Cultural Evolution and Institutional Reform”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 18, 311-323.

——. 1986. *Liberty, Market and State*. New York: New York University Press.

——. 1986. “The Potential for Tyranny in Politics as Science”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 17, 153-170.

——. 1991. *The Economics and Ethics of Constitutional Order*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

——. 1992. *Better than Plowing*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1993. “Asymmetrical Reciprocity in Market Exchange”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 12, 409-425.

——. 1996. “Economics as a Public Science”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 12, 44-51.

——. 1999-2001. *The Collected Works of James M. Buchanan*. 20 vols. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. 2001. “The Qualities of a Natural Economist”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 19, *Ideas, Persons, and Events*, 95-107.

Buchanan, James M., and G. F. Thirlby, eds. 1973. L. S. E. *Essays on Cost*. London: London School of Economics.

Buchanan, James M., R. D. Tollison, and G. Tullock, eds. 1980. *Towards a Theory of the Rent-Seeking Society*. College Station: Texas A&M University Press.

Buchanan, James M., and Gordon Tullock. 1962. *The Calculus of Consent*. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 3.

Buchanan, James M., and V. Vanberg. 1991. “The Market as a Creative Process”. In Buchanan, *Collected Works*, vol. 18, 289-310.

Buchanan, James M., and Richard Wagner. 1977. *Democracy in Deficit: The*

Political Legacy of Lord Keynes. In *Collected Works*, vol. 8.

Buchanan, James M., and J. Y. Yoon, eds. 1994. *The Return of Increasing Returns*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Caldwell, Bruce. 1984. "Praxeology and Its Critics: An Appraisal". *History of Political Economy* 16 (3): 363-379.

——. 1988. "Hayek's 'The Trend of Economic Thinking'". *Review of Austrian Economics* 2 (1): 175-178.

——. 1989. "Austrians and Institutionalists: The Historical Origins of Their Shared Characteristics". *Research in the History of Economic Thought & Methodology* 6: 91-100.

——. 1997. "Hayek and Socialism". *Journal of Economic Literature* 35 (4): 1856-1890.

——. 2004. *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek*. Chicago: University of Chicago Press.

Campbell, Donald. 1995. *Incentives: Motivation and the Economics of Information*. New York: Cambridge University Press.

Chafuen, Alejandro A. 2003. *Faith and Liberty: The Economic Thought of the Late Scholastics*. Lanham, MD: Lexington Books, 2003.

Cheung, S. 1973. "The Fable of the Bees: An Economic Investigation". *Journal of Law & Economics* 16 (1): 11-33.

Coase, Ronald. 1959. "The Federal Communications Commission". *Journal of Law & Economics* 2 (1): 1-40.

——. 1960. "The Problem of Social Cost". *Journal of Law & Economics* 3 (1): 1-44.

——. 1988. *The Firm, the Market and the Law*. Chicago: University of Chicago Press.

Coddington, Alan. 1975. "Creaking Semaphore and Beyond: A Consideration

of Shackle's 'Epistemics and Economics"'. *British Journal of the Philosophy of Science* 26 (2): 151-163.

Collins, Randall. 1998. *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press.

Converse, Philip E. 1964. "The Nature of Belief Systems in Mass Publics". In *Ideology and Discontent*, edited by David E. Apter, 206-261. New York: Free Press.

Cottrell, Allin, and W. Paul Cockshot. 1993. "Calculation, Complexity and Planning". *Review of Political Economy* 5 (1): 73-112.

Cowen, Tyler. 2007. *Discover Your Inner Economist: Use Incentives to Fall in Love, Survive Your Next Meeting, and Motivate Your Dentist*. Boston, MA: Dutton Adult.

Cowen, Tyler, and R. Fink. 1985. "Inconsistent Equilibrium Constructs: Mises and Rothbard on the Evenly Rotating Economy". *American Economic Review* 75 (4): 866-869.

Coyne, Christopher J. 2005. "The Institutional Prerequisites for Post-Conflict Reconstruction". *Review of Austrian Economics* 18 (3/4): 325-342.

——. 2007. *After War: The Political Economy of Exporting Democracy*. Stanford, CA: Stanford Economics & Finance.

Coyne, Christopher J., and Peter T. Leeson. 2004. "The Plight of Underdeveloped Countries". *Cato Journal* 24 (3): 235-249.

Cushman, R. 1994. "Rational Fears". *Lingua Franca* (November/December): 42-54.

Davidson, Paul. 1989. "The Economics of Ignorance or Ignorance of Economics?". *Critical Review* 3 (3-4): 467-487.

De Roover, Raymond. 1976. *Business, Banking, and Economic Thought in Late Medieval and Early Modern Europe*. Chicago: University of Chicago Press.

De Soto, H. 1989. *The Other Path*. New York: Harper Collins.

Demsetz, Harold. 1969. "Information and Efficiency". *Journal of Law & Economics* 10 (March): 1-22.

Dixit, Avinash. 1996. *The Making of Economic Policy: A Transaction-Cost Politics Perspective*. Cambridge, MA: MIT Press.

Domar, Evsey. 1957. *Essays in the Theory of Economic Growth*. New York: Oxford University Press.

Durbin, E. F. 1945. "Professor Hayek on Economic Planning and Political Liberty". *Economic Journal* 55 (220): 357-370.

Easterly, William. 2001. *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*. Cambridge, MA: MIT Press.

Ehrlich, Alexander. 1960. *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1928*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Elster, Jon. 2009. *Alexis de Tocqueville: The First Social Scientist*. New York: Cambridge University Press.

Engels, Frederick. (1892) 1972. *Socialism: Utopian and Scientific*. Reprint, New York: International Publishers.

Epstein, R. 1995. *Simple Rules for a Complex World*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Euken, W. (1940) 1951. *The Foundations of Economics*. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

Evans, Peter B., Dietrich Rueschmeyer, and Theda Skocpol, eds. 1985. *Bringing the State Back In*. New York: Cambridge University Press.

Fisher, Franklin. 1983. *Disequilibrium Foundations of Equilibrium Economics*. New York: Cambridge University Press.

——. 1991. "Organizing Industrial Organization: Reflections on the *Handbook of Industrial Organization*". *Brookings Papers: Microeconomics*

(June): 201-240.

Fleischacker, Samuel. 2004. *On Adam Smith's* "*Wealth of Nations*". Princeton, NJ: Princeton University Press.

Foss, Nicolai. 2000. "Austrian Economics and Game Theory: A Stocktaking and an Evaluation". *Review of Austrian Economics* 13 (1): 41-58.

Friedman, Jeffrey. 1995. "Economic Approaches to Politics". *Critical Review* 9 (1-2): 1-24.

——. 1996. "Introduction: Economic Approaches to Politics". In *The Rational Choice Controversy: Economic Models of Politics Reconsidered*, edited by Jeffrey Friedman, 1-24. New Haven, CT: Yale University Press.

——. 1996. "Public Opinion and Democracy". *Critical Review* 10 (1): i-xii.

Friedman, Milton. 1947. "Lerner's Economics of Control". *Journal of Political Economy* 55 (5): 405-416.

——. 1953. *Essays in Positive Economics*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1962. *Capitalism and Freedom*. Chicago: University of Chicago Press.

Friedman, Milton, and Rose Friedman. 1980. *Free to Choose*. New York: Harcourt, Brace & Jovanovich.

Frye, T. 2000. *Brokers and Bureaucrats*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Fukuyama, F. 2004. *State-Building: Governance and the World-Order in the 21st Century*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Garrison, Roger. 1984. "Time and Money". *Journal of Macroeconomics* 6 (2) (Spring): 197-213.

——. *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure*. New York: Routledge.

Gerschenkron, A. 1962. *Economic Backwardness in Historical Perspective*.

Cambridge, MA: Harvard University Press.

Goethe, Johann Wolfgang von. 1995. *Scientific Studies*. Vol. 12. Translated by Douglas Miller. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gordon, Robert. 1990. "What Is New-Keynesian Economics?". *Journal of Economic Literature* 28 (3) (September): 1151-1171.

Granick, David. (1954) 1980. *Management and the Industrial Firm in the USSR*. Reprint, Westport, CT: Greenwood Press.

Greaves, P. 1974. *Mises Made Easier: A Glossary for Ludwig von Mises's* Human Action. New York: Free-Market Books.

Gregory, Paul. 2003. *The Political Economy of Stalinism*. New York: Cambridge University Press.

Grice-Hutchinson, Marjorie. 1952. *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605.* Oxford: Oxford University Press.

——. 1978. *Early Economic Thought in Spain 1177-1740*. London: Allen & Unwin.

Grossman, Gregory. (1977) 1981. "The 'Second Economy' of the USSR". In *The Soviet Economy*, edited by Morris Bornstein. Reprint, Boulder, CO: Westview.

Grossman, Sanford. 1976. "On the Efficiency of Competitive Stock Markets Where Traders Have Diverse Information". *Journal of Finance* 31 (May): 573-585.

——. 1989. *The Informational Role of Prices*. Cambridge, MA: MIT Press.

Grossman, Sanford, and Joseph Stiglitz. 1976. "Information and Competitive Price Systems". *American Economic Review* 66 (May): 246-253.

——. 1980. "On the Impossibility of Informationally Efficient Markets". *American Economic Review* 70 (June): 393-408.

Hahn, Frank. 1973. *On the Notion of Equilibrium in Economics*. Cambridge:

Cambridge University Press.

Hamilton, Alexander. 1787. *The Federalist Papers #1*. http://thomas.loc.gov/home/histdox/ fed_OI.html.

Hayek, F. A. (1931) 1995. “Reflections on the Pure Theory of Money of Mr. J. M. Keynes”. In *Collected Works*, vol. 9, 121-146. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

——. 1933. “The Trend of Economic Thinking”. *Economica* (May): 121-137. In Hayek, *Collected Works*, vol. 3, 17-34.

——, ed. 1935. *Collectivist Economic Planning*. London: Routledge.

——. 1937. “Economics and Knowledge”. In Hayek, *Individualism and Economic Order*, 33-56.

——. 1941. *The Pure Theory of Capital*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1943. “The Facts of the Social Sciences”. In Hayek, *Individualism and Economic Order*, 57-76.

——. 1944. *The Road to Serfdom*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1945. “The Use of Knowledge in Society”. In Hayek, *Individualism and Economic Order*, 77-91.

——. 1946. “Individualism: True and False”. In Hayek, *Individualism and Economic Order*, 1-32.

——. (1948) 1996. *Individualism and Economic Order*. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

——. (1952) 1979. *The Counter-Revolution of Science*. Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. 1952. *The Sensory Order*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1960. *The Constitution of Liberty*. Chicago: University of Chicago Press.

——. (1964) 1967. “Kinds of Rationalism”. In *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, 82-95. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

——. 1967. “The Results of Human Action but Not of Human Design”. In *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, 96-105. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1973. *Law, Legislation and Liberty*. 3 vols. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1978. *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1991. *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*. In Hayek, *Collected Works*, vol. 1. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1988-2010. *The Collected Works of F. A. Hayek*, edited by Bruce Campbell. 19 vols. Chicago: University of Chicago Press.

Hazlitt, Henry. 1946. *Economics in One Lesson*. New York: Harper & Brothers.

——. 1959. *The Failure of the “New Economics”.* Princeton, NJ: Van Nostrand.

——, ed. 1960. *The Critics of Keynesian Economics*. Princeton, NJ: Van Nostrand.

Heilbroner, Robert, and William Milberg. 1995. *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought.* New York: Cambridge University Press.

Heyne, Paul, Peter J. Boettke, and David L. Prychitko. 2010. *The Economic Way of Thinking*. 12th ed. Upper Saddle River, NJ: Prentice Hall.

Hicks, John. 1967. “The Hayek Story”. In *Critical Essays in Monetary Theory*. Oxford: Clarendon Press, 203-215.

High, Jack. 1990. *Maximizing, Action, and Market Adjustment: An Inquiry into the Theory of Economic Organization.* Munich: Philosophia Verlag.

Hirschman, Albert O. 1977. *The Passions and the Interests*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

——. 1986. "Against Parsimony: Three Easy Ways of Complicating Some Categories of Economic Discourse". In *Rival Views of Market Society*, 142-160. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Hoover, Kevin. 1994. "New Classical Economics". In *The Elgar Companion to Austrian Economics,* edited by Peter J. Boettke, 576-581. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

Horwitz, Steven. 1996. "Money, Money Prices and the Socialist Calculation Debate". *Advances in Austrian Economics* 3: 59-77.

——. 2000. *Microfoundations and Macroeconomics: An Austrian Perspective.* New York: Routledge.

Hume, David. (1758) 1985. *Essays Moral, Political, and Literary*. Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Fund.

Hutchison, T. W. (1938) 1965. *The Significance and Basic Postulates of Economic Theory*. Reprint, New York: Augustus M. Kelley.

Hutt, W. H. (1936) 1990. *Economists and the Public*. Reprint, New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.

——. 1940. "The Concept of Consumer Sovereignty". *Economic Journal* 50 (March): 66-77.

Ickes, B., and Clifford Gaddy. 1998. "Russia´s Virtual Economy". *Foreign Affairs* 77 (5) (Fall): 53-67.

Inman, R. 1987. "Markets, Governments, and the 'New' Political Economy". In *The Handbook of Public Economics*, edited by A. Auerbach and M. Feldstein, vol. 2, 647-777. Amsterdam: North Holland.

Jones, Eric. 2006. *Cultures Merging*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Kamath, Shyam. 1994. “The Failure of Development Planning in India”. In *The Collapse of Development Planning*, edited by Peter J. Boettke, 90-145. New York: New York University Press.

Kant, Immanuel. 1958. *The Critique of Pure Reason*. Translated by N. K. Smith. New York: St. Martin’s Press.

Kaufmann, Felix. 1944. *The Methodology of the Social Sciences*. London: Oxford University Press.

Keenan, Sean. 1994. “New Keynesian Economics”. In *The Elgar Companion to Austrian Economics,* edited by Peter J. Boettke, 582-587. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

Keynes, John Maynard. (1936) 1964. *The General Theory of Employment, Interest, and Money*. Reprint, New York: Harcourt, Brace & Jovanovich.

Keynes, John N. 1891. *The Scope and Method of Political Economy*. Cambridge, MA: C. J. Clay, M. A. & Sons, at the University Press.

Kirzner, Israel M. 1960. *The Economic Point of View*. Princeton, NJ: Van Nostrand.

——. 1963. *Market Theory and the Price System*. Princeton, NJ: Van Nostrand.

——. 1978. *Competition and Entrepreneurship*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1979. *Perception, Opportunity and Profit*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1984. “Economic Planning and the Knowledge Problem”. *Cato Journal* 4 (Fall): 407-425.

——. 1987. “The Economic Calculation Debate: Lessons for Austrians”. *Review of Austrian Economics* 2 (1): 1-18.

——. 1992a. *The Meaning of Market Process: Essays in the Development of Modern Austrian Economics.* New York: Routledge.

——. 1992b. “Prices, the Communication of Knowledge, and the Discovery Process”. In *The Meaning of The Market Process: Essays in the Development of Modern Austrian Economics*, 130-151. London: Routledge.

——. 1997. “Entrepreneurial Discovery and the Competitive Market Process: An Austrian Approach”. *Journal of Economic Literature* 35 (March): 60-85.

——. 2000. Foreword to *An Entrepreneurial Theory of the Firm*, by Frederic Sauter, xiii-xiv. London: Routledge.

——. 2001. *Ludwig von Mises*. Wilmington, NC: ISI Books.

——. 2006. “Lifetime Achievement Award Acceptance Speech”. Society for the Development of Austrian Economics. Charleston, SC. November 19.

——. 2009. *The Economic Point of View.* Edited by Peter J. Boettke and Frederic Sautet. Indianapolis, IN: Liberty Fund, Inc.

Klamer, Arjo. 1984. *Conversations with Economists*. New York: Rowman & Littlefield.

Klamer, Arjo, and David Colander. 1990. *The Making of an Economist*. Boulder, CO: Westview.

Klein, Dan, ed. 1999. *What Do Economists Contribute*? New York: New York University Press.

——. 2001. *A Plea to Economists Who Favour Liberty*: *Assist the Everyman*. London: Institute for Economic Affairs.

Klein, Peter. 1996. “Economic Calculation and the Limits of Organization”. *Review of Austrian Economics* 9 (2): 3-28.

Knight, Frank H. (1921) 1971. *Risk, Uncertainty and Profit*. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

——. (1935) 1951. *The Ethics of Competition*. Reprint, New York: Augustus M. Kelley.

——. 1940. “What Is Truth in Economics?”. *Journal of Political Economy*

48 (1): 1-32.

——. 1960. *Intelligence and Democratic Action*. Cambridge, MA: Harvard.

——. 1999. "The Role of Principles in Economics and Politics". In *Selected Essays of Frank H. Knight,* edited by Ross Emmett, vol. 2, 361-391. Chicago: University of Chicago Press.

Koppl, Roger. 2002. *Big Players and the Economic Theory of Expectations*. New York: Palgrave Macmillan.

Kornai, Janos. 1992. *The Political Economy of Communism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Kreps, David. 1997. "Economics–The Current Position". *Daedalus* 126 (Winter): 59-85.

Krugman, Paul. 1994. *The Age of Diminished Expectations: U. S. Economic Policy in the 1990s*. Cambridge, MA: MIT Press.

——. 1994. *Peddling Prosperity*. New York: Norton.

——. 1995. *Development, Geography, and Economic Theory*. Cambridge, MA: MIT Press.

——. 1999. *The Return of Depression Economics*. New York: Norton.

Kuhn, T. S. 1959. "The Essential Tension: Tradition and Innovation in Scientific Research". In *The Third University of Utah Research Conference on the Identification of Scientific Talent*, edited by C. W. Taylor, 162-174. Salt Lake City: University of Utah Press.

Kukathas, C. 2003. *The Liberal Archipelago: A Theory of Diversity and Freedom*. New York: Oxford University Press.

Kuran, Timur. 1995. *Private Truths, Public Lies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Lange, Oskar. (1936-1937) 1938. "On the Economic Theory of Socialism". In *On the Economic Theory of Socialism*, 55-129. Reprint, Minneapolis:

University of Minnesota Press.

Lavoie, Don. 1985. *National Economic Planning: What Is Left?* Cambridge: Ballinger.

——. 1985. *Rivalry and Central Planning*. New York: Cambridge University Press.

Leeson, Peter T. 2005. "Endogenizing Fractionalization". *Journal of Institutional Economics* 1 (1): 75-98.

——. 2007. "Trading with Bandits". *Journal of Law & Economics* 50 (2): 303-321.

——. 2009. "The Laws of Lawlessness". *Journal of Legal Studies* 38 (2): 471-503.

——. 2009. *The Invisible Hook: The Hidden Economics of Pirates*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Leijonhufvud, A. 1981. "Life among the Econ.". In *Information and Coordination,* 347-359. New York: Oxford University Press.

Lerner, Abba. 1944. *The Economics of Control*. London: Macmillan.

Levy, David M. 1990. "The Bias in Centrally Planned Prices". *Public Choice* 67 (3): 213-226.

——. 2002. *How the Dismal Science Got Its Name: Classical Economics and the Ur-Text Of Racial Politics.* Ann Arbor: University of Michigan Press.

Lewin, Peter. 1999. *Capital in Disequilibrium: The Role of Capital in a Changing World*. New York: Routledge.

Lewis, Michael. 2003. *Moneyball: The Art of Winning an Unfair Game*. New York: Norton.

Lucas, Robert E. 1972. "Expectations and the Neutrality of Money". *Journal of Economic Theory* 4 (2): 103-124.

Lucas, Robert E., and Thomas Sargent, eds. 1981. *Rational Expectations and*

Econometric Practice. 2 vols. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Machlup, Fritz. 1978. *Methodology of Economics and Other Social Sciences.* New York: Academic Press.

Magnusson, Lars. 2003. "Mercantilism". In *The Blackwell Companion to the History of Economic Thought*, edited by Warren J. Samuels, Jeff E. Biddle, and John B. Davis, 46-60. Malden, MA: Blackwell.

Mahovec, Frank. 1995. *Perfect Competition and the Transformation of Economics*. New York: Routledge.

Mankiw, Gregory, and David Romer, eds. 1991. *New Keynesian Economics*. 2 vols. Cambridge, MA: MIT Press.

Marget, Arthur. (1938-1942) 1966. *The Theory of Prices*. 2 vols. Reprint, New York: Augustus M. Kelley.

Marshall, Alfred. 1920. *Principles of Economics*. Philadelphia, PA: Porcupine Press.

——. 1961. *Principles of Economics*. 9th ed. New York: Macmillan.

Marx, Karl. 1906. *Capital*. New York: Modern Library Edition.

Mayer, Hans. (1932) 1994. *Der Erkenntniswert der Funktionellen Priestheorien* [The cognitive value of functional theories of price]. In *Classics in Austrian Economics: A Sampling in the History of a Tradition*, edited by Israel M. Kirzner, vol. 2, *The Interwar Period*, 55-168. Reprint, London: Pickering & Chatto.

Mayer, Thomas. 1993. *Truth versus Precision in Economics*. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 2009. *Invitation to Economics*. New York: Wiley.

McCloskey, Deirdre N. 1987. *The Writing of Economics*. New York: Macmillan.

——. 1991. "The Arrogance of Economic Theorists". *Swiss Review of World*

Affairs 41 (7) (October): 11-12.

——. 1995. "Kelly Green Golf Shoes and the Intellectual Range from M to N". *Eastern Economic Journal* 21 (3) (Summer): 411-414.

——. 1996. *The Vices of Economists, The Virtues of the Bourgeoisie*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

——. 2006. *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 2010. *Bourgeois Dignity: Why Economics Cannot Explain the Modern World*. Chicago: University of Chicago Press.

McGinnis, M., ed. 1999. *Polycentricity and Local Public Economies: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

——, ed. 1999. *Polycentric Governance and Development: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

——, ed. 2000. *Polycentric Games and Institutions: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

McKenzie, R., and Gordon Tullock. 1989. *The New World of Economics*. Homewood, IL: Irwin.

Meardon, Stephen. 2005. "How TIRPs Got Legs: Copyright, Trade Policy, and the Role of Government in 19th Century American Economic Thought". *History of Political Economy* 37 (Suppl 1): 145-174.

Medema, Steven G. 1994. *Ronald H. Coase*. New York: St. Martin's Press.

——. 2009. *The Hesitant Hand*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Menger, Carl. (1871) 1981. *Principles of Economics*. Reprint, New York: New York University Press, 1981.

Milgrom, Paul, and John Roberts. 1992. *Economics, Organization and Management*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

Mill, John Stuart. (1848) 1976. *Principles of Political Economy*. Reprint, New York, NY: Augustus M. Kelley.

Mirowski, Philip. 1989. *More Heat than Light: Economics as Social Physics, Physics as Nature's Economics.* Cambridge: Cambridge University Press.

——. 2002. *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science*. New York: Cambridge University Press.

Mises, Ludwig von. (1912) 1980. *The Theory of Money and Credit.* Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Press.

——. (1920) 1990. *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*. Reprint, Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute.

——. (1922) 1981. *Socialism: An Economic and Sociological Analysis*. Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. (1927) 1985. *Liberalism*. Reprint, Irvington-on-Hudson, NY: Foundation for Economic Education.

——. (1933) 1981. *Epistemological Problems of Economics*. Reprint, New York: New York University Press.

——. 1944. *Omnipotent Government*. New Haven, CT: Yale University Press.

——. (1949) 2010. *Human Action: A Treatise on Economics*. Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. 1957. *Theory and History*. New Haven, CT: Yale University Press.

——. 1978. *Notes and Recollections*. South Holland, IL: Libertarian Press.

——. 1978. *The Ultimate Foundation of Economic Science*. Kansas City, KS: Sheed & McMeel.

Mitchell, W. C., and R. T. Simmons. 1994. *Beyond Politics: Markets,*

Welfare, and the Failure of Bureaucracy. Boulder, CO: Westview.

Mokyr, Joel. 2010. *The Enlightened Economy: An Economic History of Britain 1700–1850.* New Haven, CT: Yale University Press.

Moss, Laurence S., ed. 1993. *Economic Thought in Spain*. Aldershot, England: Edward Elgar.

Mueller, D. 1989. *Public Choice II*. New York: Cambridge University Press.

Murrell, Peter. 1983. "Did the Theory of Market Socialism Answer the Challenge of Ludwig von Mises? A Reinterpretation of the Socialist Controversy". *History of Political Economy* 15 (1): 92-105.

Nelson, Robert H. 1991. *Reaching for Heaven on Earth*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

——. 2002. *Economics as Religion: From Samuelson to Chicago and Beyond.* University Park, PA: Penn State University Press.

Neuman, W. Russell. 1986. *The Paradox of Mass Politics: Knowledge and Opinion in the American Electorate.* Cambridge, MA: Harvard University Press.

North, Douglass. 1981. *Structure and Change in Economic History*. New York: Norton.

——. 2004. *Understanding the Process of Economic Change*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Nove, Alec. 1969. *An Economic History of the USSR*. Baltimore, MD: Penguin.

Nozick, Robert. 1974. *Anarchy, State and Utopia*. New York: Basic Books.

Nutter, G. Warren. 1962. *The Growth of Industrial Production in the Soviet Economy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

O'Driscoll, Gerald P., and Mario J. Rizzo. 1985. *The Economics of Time and Ignorance*. New York: Basil Blackwell.

Olson, Mancur. 1996. “Big Bills Left on the Sidewalk: Why Some Nations Are Rich, and Others Poor”. *Journal of Economic Perspectives* 10 (2): 3-24.

——. 2000. *Power and Prosperity*. New York: Basic Books.

Osterfeld, David. 1992. *Prosperity versus Planning: How Government Stifles Economic Growth.* New York: Oxford University Press.

Ostrom, Elinor. 1990. *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action.* New York: Cambridge University Press.

——. 2000. “A Behavioral Approach to the Rational Choice Theory of Collective Action” (presidential address, American Political Science Association 1997). In *Polycentric Games and Institutions: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis*, edited by M. McGinnis. Ann Arbor: University of Michigan Press.

——. 2005. *Understanding Institutional Diversity*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Ostrom, Elinor, C. Gibson, S. Shivakumar, and K. Andersson. 2002. *Aid, Incentives, and Sustainability: An Institutional Analysis of Development Cooperation*. Stockholm: Swedish International Development Cooperation Agency.

Ostrom, Vincent. 1973. *The Intellectual Crisis in American Public Administration*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

——. 1997. *The Meaning of Democracy and the Vulnerability of Democracies*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Pareto, Vilfredo. (1909) 1971. *Manual of Political Economy*. Reprint, New York: Augustus M. Kelley.

Poteete, A., M. Janssen, and Elinor Ostrom. 2010. *Working Together: Collective Action, the Commons, and Multiple Methods in Practice*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Powell, Benjamin. 2006. “In Reply to Sweatshop Sophistries”. *Human Rights*

Quarterly 28 (4): 1031-1042.

Prychitko, David L. 1993. "After Davidson, Who Needs the Austrians? Reply to Davidson". *Critical Review* 7 (2-3): 371-380.

——. 1996. Review of *Whither Socialism?* by Joseph Stiglitz. *Cato Journal* 16 (Fall): 280-289.

Rajan, Raghuram. 2004. "Assume Anarchy? Why an Orthodox Economic Model Might Not Be the Best Guide for Policy". *Finance & Development* 41 (3): 56-57.

Rizvi, S. Abu Turab. 1994. "Game Theory to the Rescue". *Contributions to Political Economy* 13 (1): 1-28.

Rizzo, Mario. 2005. "The Problem with Moral Dirigisme: A New Argument Against Moralistic Legislation". *NYU Journal of Law & Liberty* 1 (2): 790-844.

Robbins, Lionel. 1932. *Essay on the Nature and Significance of Economic Science*. London: Macmillan.

——. 1947. *Economic Problems in Peace and War*. London: Macmillan.

Roberts, Paul Craig. 1971. *Alienation and the Soviet Economy: The Collapse of the Socialist Era*. New York: Holmes & Meier.

——. 2002. "My Time with Soviet Economics". *The Independent Review* 7 (2): 259-264.

Rodrik, Dani. 2007. *One Economics, Many Recipes: Globalization, Institutions, and Economic Growth.* Princeton, NJ: Princeton University Press.

Roemer, John. 1994. *A Future for Socialism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

——. 1995. "An Anti-Hayekian Manifesto". *New Left Review* (May/June): 112-29.

Romer, T. 1988. “On James Buchanan’s Contributions to Public Economics”. *Journal of Economic Perspectives* 2 (1) (Fall): 165-179.

Rosenberg, Alexander. 1992. *Economics–Mathematical Politics or Science of Diminishing Returns*? Chicago: University of Chicago Press.

Rothbard, Murray N. 1957. “In Defense of Extreme Apriorism”. *Southern Economic Journal* 23 (3): 314-320.

——. 1962. *Man, Economy, and State*. 2 vols. Princeton, NJ: D. Van Nostrand.

——. 1963. *America’s Great Depression*. Princeton, NJ: D. Van Nostrand.

——. (1972) 1976. “Praxeology: The Method of Austrian Economics”. In *Foundations of Modern Economics*, edited by E. Dolan. Reprint, Kansas City, KS: Sheed & Ward.

——. 1974. *Egalitarianism as a Revolt against Nature*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 2000.

——. 1992. “How and How Not to Desocialize”. *Review of Austrian Economics* 6 (1): 65-77.

——. 1995. *An Austrian Perspective on the History of Economic Thought: The Classical Economists*. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.

——. 2006. *For a New Liberty: The Libertarian Manifesto*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute.

——. 2009. *Man, Economy, and State*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute.

Rothschild, Emma. 2001. *Economic Sentiments*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Sah, Raaj K., and Joseph Stiglitz. 1985. “Human Fallibility and Economic Organization”. *American Economic Review* 75 (May): 292-297.

——. 1986. “The Architecture of Economic Systems”. *American Economic*

Review 76 (September): 716-727.

Salerno, Joseph. 1993. "Mises and Hayek Dehomogenized". *Review of Austrian Economics* 6 (2):113-146.

Samuels, Warren J. 1972. "In Defense of a Positive Approach to Government as an Economic Variable". *Journal of Law & Economics* 15 (October): 453-559.

——. 1989. "Austrians and the Institutionalist Compared". *Research in the History of Economic Thought & Methodology* 6: 53-72. ["Austrian and Institutional Economics: Some Common Elements" https://www.msu.edu/~emmettr/rhetm/tocs/6vol1989.htm]

——. 1992a. "Interrelations between Legal and Economic Processes". In *Essays on the Economic Role of Government*, vol. 1, *Fundamentals*, 139-155. New York: New York University Press.

——. 1992b. "The Legal-Economic Nexus". In *Essays on the Economic Role of Government*, vol. 1, *Fundamentals*, 162-186. New York: New York University Press.

Samuels, Warren J., and James M. Buchanan. 1992. "On Some Fundamental Issues in Political Economy: An Exchange of Correspondence". In *Essays on the Methodology and Discourse of Economics,* 201-230. New York: New York University Press.

Samuelson, Paul A. 1947. *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

——. 1948. *Economics*. 1st ed. New York: McGraw-Hill.

——. 1961. *Economics*. 5th ed. New York: McGraw-Hill.

Samuelson, Paul A., and William D. Nordhaus. 1989. *Economics*. 13th ed. New York: McGraw-Hill.

Sandmo, A. 1990. "Buchanan on Political Economy: A Review Article". *Journal of Economic Literature* 28 (1) (March): 50-65.

Sauter, Frederic. 2000. *An Entrepreneurial Theory of the Firm*. New York: Routledge.

Say, Jean Baptiste. (1821) 1967. *Letters to Mr. Malthus*. Reprint, New York: Augustus M. Kelley.

Schelling, Thomas. 1978. *Micromotives and Macrobehavior*. New York: Norton.

Schotter, A. 1981. *The Economic Theory of Social Institutions*. New York: Cambridge University Press.

Schumpeter, Joseph. 1954. *A History of Economic Analysis*. New York: Oxford University Press.

——. 2008. *Capitalism, Socialism, and Democracy*. New York: Harper Perennial.

Schutz, Alfred. 1967. *The Phenomenology of the Social World*. Evanston, IL: Northwestern University Press.

Selgin, George A. and Lawrence H. White. 1994. "How Would the Invisible Hand Handle Money?". *Journal of Economic Literature* 32 (4): 1718-1749.

Sen, Amartya. 1987. *On Ethics and Economics*. Oxford: Blackwell.

——. 1995. "Rationality and Social Choice". *American Economic Review* 85 (1) (March): 1-24.

Sennholz, Hans F. 1955. *How Can Europe Survive?* Princeton, NJ: D. Van Nostrand.

——. 1979. *Age of Inflation*. Belmont, MA: Western Islands.

——. 1985. *Money and Freedom*. Spring Mills, PA: Libertarian Press.

——. 1987. *Debts and Deficits*. Spring Mills, PA: Libertarian Press.

——. 1987. *The Politics of Unemployment*. Spring Mills, PA: Libertarian Press.

Shackle, G. L. S. 1972. *Epistemics and Economics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Shivakumar, S. 2005. *The Constitution of Development: Crafting Capabilities for Self-Governance.* New York: Palgrave.

Shleifer, Andrei, S. Djankov, E. Glaeser, R. La Porta, and F. Lopez-de-Silanes. 2003. "The New Comparative Economics". *Journal of Comparative Economics* 31 (December): 595-619.

Shleifer, Andrei, and Robert Vishny. 1998. *The Grabbing Hand*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Simmel, Georg. (1908) 1971. "How Is Society Possible?". In *On Individuality and Social Forms*, edited by Donald N. Levine. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

Simons, Henry C. 1983. *Simons´ Syllabus*. Edited by Gordon Tullock. Fairfax, VA: Center for the Study of Public Choice.

Skidelsky, Robert. 1992. *John Maynard Keynes: The Economist as Savior, 1920-1937*. New York: Penguin.

Smith, Adam. (1759) 1982. *The Theory of Moral Sentiments*. Reprint, Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. (1776) 1976. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Edited by Edwin Cannan. Reprint, Chicago: University of Chicago Press.

Smith, B. 1990. "Aristotle, Menger, Mises: An Essay in the Metaphysics of Economics". *History of Political Economy*, Annual Supplement to vol. 22: 263-288.

——. 1994. "Aristotelianism, Apriorism, Essentialism". In Boettke, *The Elgar Companion to Austrian Economics,* 33-37.

——. 1996. "In Defense of Extreme (Fallibilistic) Apriorism". *Journal of Libertarian Studies* 12 (1): 179-192.

Smith, Vernon. 1998. “The Two Faces of Adam Smith”. *Southern Economic Journal*. 65 (1): 2-19.

——. 2003. “Constructivist and Ecological Rationality in Economics”. *American Economic Review* 93 (3): 465-508.

Snowdon, Brian, Howard Vane, and Peter Wynarczyk. 1994. *A Modern Guide to Macroeconomics: An Introduction to Competing Schools of Thought*. Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing.

Solow, Robert. 1997. “How Did Economics Get That Way and What Way Did It Get?”. *Daedalus* 134 (4): 39-58.

Stark, Rodney. 2005. *The Victory of Reason: How Christianity Led to Freedom, Capitalism, and Western Success*. New York: Random House.

Steele, David Ramsey. 1992. *From Marx to Mises*. La Salle, IL: Open Court.

Stewart, Dougald. (1793) 1980. “Account of the Life and Writings of Adam Smith, LL.D”. In *Essays on Philosophical Subjects*, edited by W. P. D. Wrightman, 269-351. Reprint, Oxford: Oxford University Press.

Stigler, George. 1946. *Theory of Price*. Chicago: University of Chicago Press.

——. 1961. “The Economics of Information”. *Journal of Political Economy* 16 (3) (June): 213-225.

——. 1975. *The Citizen and the State*. Chicago: University of Chicago Press.

Stiglitz, Joseph. 1993. *Economics*. New York: Norton.

——. 1994. *Whither Socialism?* Cambridge, MA: MIT Press.

——. 2002. *Globalization and Its Discontents*. New York: Norton.

Stringham, Edward P. 2003. “The Extralegal Development of Securities Trading in Seventeenth Century Amsterdam”. *Quarterly Review of Economics and Finance* 43 (2): 321-344.

Summers, Lawrence. 1990. *Understanding Unemployment*. Cambridge, MA: MIT Press.

Swedberg, Richard. 1998. *Max Weber and the Idea of Economic Sociology*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

——. 2009. *Tocqueville's Political Economy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Tabarrok, Alex. 2009. "Elinor Ostrom and the Well-Governed Commons". *Marginal Revolution,* October 12. Accessed 20 January 2010. http://www.marginalrevolution.com/marginalrevolution/2009/10/elinor-ostrom-and-the-wellgoverned-commons.html.

Thomsen, Esteban. 1992. *Prices and Knowledge: A Market-Process Perspective*. New York: Routledge.

Tullock, Gordon. 1983. Preface to *Simons' Syllabus*, by Henry C. Simons. Fairfax, VA: Center for the Study of Public Choice.

——. 1994. *The New Federalist*. Vancouver: Fraser Institute.

——. 2004. "Entry Barriers in Politics". In *The Selected Works of Gordon Tullock: Virginia Political Economy*, edited by C. K. Rowley, vol. 1, 69-77. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. 2004. "The Welfare Costs of Monopolies, Tariffs, and Theft". In *The Selected Works of Gordon Tullock: Virginia Political Economy*, edited by C. K. Rowley, vol. 1, 169-179. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

——. 2006. "Adam Smith and the Prisoners' Dilemma". In *The Selected Works of Gordon Tullock: Economics without Frontiers*, edited by C. K. Rowley, vol. 10, 429-437. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

Vaughn, Karen I. 1980. "Does It Matter That Costs Are Subjective?". *Southern Economic Journal* 46 (1) (January): 702-715.

——. 1980. "Economic Calculation under Socialism: The Austrian Contribution". *Economic Inquiry* 18 (October): 535-554.

——. 1994. *Austrian Economics in America*. New York: Cambridge University Press.

Veblen, Thorstein. (1899) 1948. "Why Is Economics Not an Evolutionary Science?". In *The Portable Veblen*, edited by M. Lerner, 215-240. Reprint, New York: Viking Press.

Wagner, Richard E. 1989. *To Promote the General Welfare.* San Francisco, CA: Pacific Research Institute.

——. 2004. "Public Choice as an Academic Enterprise". *American Journal of Economics & Sociology* 63 (January): 55-74.

——. 2007. "Value and Exchange". *Review of Austrian Economics* 20 (2-3): 97-103.

——. 2009. *Fiscal Sociology and the Theory of Public Finance: An Exploratory Essay.* Northampton, UK: Edward Elgar Publishing.

Walicki, A. 1995. *Marxism and the Leap into the Kingdom of Freedom: The Rise and Fall of Communist Utopia*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Weber, Max. (1904-1905) 1958. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Reprint, New York: Scribners.

——. (1927) 1995. *General Economic History*. Reprint, New Brunswick, NJ: Transaction.

——. (1956) 1978. *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, edited by Guenther Roth and Claus Wittich, vol. 1. Reprint, Berkeley: University of California Press.

Weingast, Barry. 1995. "The Economic Role of Political Institutions". *Journal of Law, Economics and Organization* 2 (1): 1-31.

Wicksteed, Philip H. 1910. *The Common Sense of Political Economy: Including a Study of the Human Basis of Economic Law*. London: Macmillan.

——. (1914) 1938. "The Scope and Method of Political Economy in Light of

the ‘Marginal’ Theory of Value and Distribution”. In *The Common Sense of Political Economy*. 2 vols. Reprint, London: Routledge.

Wieser, F. von. 1927. *Social Economics*. New York: Adelphi.

Williamson, Claudia. 2009. “Informal Institutions Rule”. *Public Choice* 139 (3): 371-387.

Wright, Robert. 1988. “Kenneth E. Boulding”. In *Three Scientists and Their Gods*. New York: Harper and Row.

Young, Jeffrey. 2005. “Unintended Order and Intervention: Adam Smith’s Theory of the Role of the State”. In “The Role of Government in the History of Economic Thought”, supplement, edited by Steve Medema, *History of Political Economy* 37: 91-119.

Zaller, John. 1992. *The Nature and Origins of Mass Opinion.* Cambridge: Cambridge University Press.

Zingales, Luigi. 2009. “Keynesian Principles: The Opposition´s Opening Remarks”. *The Economist,* March 10. http://www.economist.com/debate/days/view/276.

1. Murray Rothbard, *Egalitarianism as a Revolt against Nature* (1974; Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 2000).

2. Rodney Stark, *The Victory of Reason: How Christianity Led to Freedom, Capitalism and Western Success* (New York: Random House, 2005); Alejandro Chafuen, *Faith and Liberty: The Economic Thought of the Late Scholastics* (Lanham, MD: Lexington Books, 2003); Murray N. Rothbard, *Economic Thought Before Adam Smith: An Austrian Perspective on the History of Economic Thought*, vol. 1 (Brookfield, VT: Edward Elgar, 1995), pp. 51-64, 97-133; Marjorie Grice-Hutchison, *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605* (Oxford: Oxford University Press, 1952), y *Early Economic Thought in Spain, 1177-1740* (London: Allen and Unwin, 1978); Laurence S. Moss, ed., *Economic Thought in Spain* (Aldershot, UK: Edward Elgar, 1993); Raymond de Roover, *Business, Banking and Economic Thought in Late Medieval and Early Modern Europe* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976); y Joseph Schumpeter, *History of Economic Analysis* (New York: Oxford University Press, 1954).

3. Milton and Rose Friedman, *Free to Choose* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1980), p. 272.

4. Frank H. Knight, "The Role of Principles in Economics and Politics", *American Economic Review* 41, no. 1 (1951): pp. 1-29, en *Selected Essays of Frank H. Knight*, vol. 2 (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1999), pp. 362-363, 364, 365.

5. Es importante enfatizar que las respuestas simples y directas de la economía no son necesariamente respuestas ingenuas. Véase http://www.austrianeconomists.typepad.com/weblog/2008/10/simple-answers.html. Como explicaré a lo largo de este libro, la única economía real es la economía de los precios relativos. A ninguna parte nos llevan las discusiones de "política macroeconómica" ajenas al rol de los precios. He aquí el mensaje fundamental del argumento: pueden darse problemas macroeconómicos de inflación, desempleo y fluctuaciones industriales, pero las explicaciones microeconómicas son las únicas atinentes. Se debe dejar que los precios cumplan con su tarea de divulgar la verdad y redirigir la asignación de los recursos.

6. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936; New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1964), p. 32.

7. Keynes, *General Theory*, p. 34.

8. F. A. Hayek, *The Pure Theory of Capital* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1941), p. 374. Hayek argumentó que la economía de Keynes "se basa en la suposición de que no existe escasez real, y de que la única escasez que debe preocuparnos es la escasez artificial creada por la decisión de las personas de no vender sus bienes y servicios por debajo de ciertos precios fijados arbitrariamente". En una nota al pie en esa misma página, Hayek agrega que la economía de Keynes equivale esencialmente a un retorno a una "ingenua etapa primitiva del razonamiento económico" y que difícilmente puede considerarse como un progreso en el pensamiento económico.

9 . Ludwig von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (1922; Indianapolis, IN: Liberty Fund 1981), p. 101.

10 . Keynes, *General Theory*, p. 155.

11 . J. B. Say, *Letters to Mr. Malthus* (1821; New York: Augustus M. Kelley, 1967), p. 59.

12 . Say, *Letters*, p. 20.

13. James Buchanan and Richard Wagner, *Democracy in Deficit*, en *The Collected Works of James M. Buchanan*, (1977; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2000), p. 4. Buchanan y Wagner argumentan que "la economía de Keynes le ha dado rienda suelta a los políticos; ha destruido las restricciones a los apetitos políticos de siempre".

14. Luigi Zingales, "Keynesian Principles: The Opposition's Opening Remarks", *The Economist* (March 10, 2009), http://www.economist.com/debate/days/view/276. "El keynesianismo conquistó los corazones y las mentes, tanto de políticos como de ciudadanos ordinarios, porque proporciona una justificación teórica para la conducta irresponsable. La medicina moderna ha establecido que una o dos copas de vino por día es bueno para la salud a largo plazo, pero ningún médico le recomendaría esta receta a un alcohólico en recuperación. Lamentablemente, los economistas keynesianos hacen exactamente esto. Dicen a los políticos, que son adictos a gastar nuestro dinero, que el gasto público es bueno. Y dicen a los consumidores, que también tienen problemas con el manejo de sus gastos, que el consumo es bueno y que el ahorro es malo. En la profesión

médica, este tipo de conducta ameritaría suspensión de la licencia profesional. En la profesión económica, lo que uno consigue es un trabajo en Washington".

15. F. A. Hayek, "The Trend of Economic Thinking" (1933), en *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 3 (1933; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1991), p. 17.

16. Emma Rothschild, *Economic Sentiments* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001); Samuel Fleischacker, *On Adam Smith's* Wealth of Nations (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004).

17. Dos de mis ejemplos preferidos de la obra de Smith son las cuatro máximas sobre los impuestos y su advertencia sobre el "malabarismo" de devaluar la moneda para pagar la deuda pública.

18. Adam Smith, *The Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), bk. 1, p. 18.

19. Smith, *Wealth of Nations,* bk. 1, p. 15.

20. Smith, *Wealth of Nations*, bk. 5, pp. 282-284.

21. El énfasis en los filtros institucionales y los procesos de equilibrio se desarrolla en la discusión de Robert Nozick sobre explicaciones tipo "mano invisible" en su libro *Anarchy, State and Utopia* (New York: Basic Books, 1974), pp. 18-22.

22. Say, *Letters to Malthus*, p. 21.

23. F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), p. 11*ff*.

24. Smith, *Wealth of Nations*, bk. 4, p. 478.

25. Knight, "The Role of Principles", p. 365.

26. Frédéric Bastiat, "A Petition", en *Economic Sophisms* (Irvington on Hudson, NY: Foundation for Economic Education, 1996), pp. 56-60.

27. Henry C. Simons, *Simons' Syllabus*, edited by Gordon Tullock (Fairfax, VA: George Mason University, Center for the Study of Public Choice, 1983), p. 3.

28. Desde el fallecimiento prematuro de Paul Heyne en el 2000, David L. Prychitko y yo nos hemos encargado de revisar y actualizar las últimas ediciones de su libro de texto. Paul Heyne, Peter Boettke and David L. Prychitko, *The Economic Way of Thinking*, 12th. edition (Upper Saddle River, NJ: Prentice Hall, 2010).

29. En un juego reciente de golf, un maestro retirado de una escuela

pública, al enterarse de que soy economista, me preguntó sobre mi afinidad con las enseñanzas de Trotsky. Creí que se trataba de una broma, pero este profesor siguió con sus declaraciones: La Gran Depresión fue "capitalismo inmoral" y la crisis del 2008 ocurrió porque "los capitalistas son ladrones". Tenía entonces dos opciones: tratar de lograr un buen tiro —o por lo menos no perder la pelota—o tratar de corregir cincuenta años de razonamientos equívocos por parte de este caballero tan dispuesto a compartir sus opiniones con todo el mundo. Decidí jugar al golf y no debatir sobre temas económico-políticos. A veces, pensé, uno tiene que escoger sus batallas.

30. Mi educación en Grove City College fue sobresaliente. Recuerdo con aprecio las clases de filosofía, historia política, estudios religiosos, estudios legales y teorías psicológicas. Hasta llegué a estimar mis clases sobre administración de empresas. En cierta época, me pareció que mis recuerdos eran similares a los de mis contemporáneos, pero, después de 25 años de experiencia en educación superior, mis presunciones han cambiado.

31. Chris Coyne, *After War: The Political Economy of Exporting Democracy* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2007) es un buen ejemplo de análisis económico dedicado a cuestiones de vida o muerte. Peter T. Leeson, *The Invisible Hook: The Hidden Economics of Pirates* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009) aplica el análisis económico a un tema inusual en forma amena y divertida.

32. F. A. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1991), p. 76.

33. Frank H. Knight, "The Role of Principles in Economics and Politics", *American Economic Review* 41, no. 1 (1951): pp. 1-29, en *Selected Essays of Frank H. Knight*, edited by Rose Emmett, vol. 2 (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1999), p. 364.

34. Hayek postula que estamos programados, por nuestra herencia evolutiva de convivencia en grupos pequeños, para tener intuiciones morales que a menudo chocan con la moralidad requerida para la vida en una "Gran Sociedad" (esto es, la cooperación social bajo el signo de la división del trabajo que caracteriza a la sociedad comercial moderna). De ahí resulta que la economía puede ser aplicada como sentido común, pero sus enseñanzas son pronto rechazadas por dos razones: 1) las intuiciones morales basadas en el orden íntimo son utilizadas para juzgar la conducta en el orden extenso, y 2) la política de grupos de interés, que contraviene la lógica económica a fin

de otorgar beneficios de corto plazo a grupos bien organizados y bien informados, dispersando los costos a largo plazo entre la gran masa de votantes poco organizados y mal informados.

35. En su obra clásica *The Common Sense of Political Economy: Including a Study of the Human Basis of Economic Law* (London: Macmillan, 1910), Wicksteed tomó la cita de Goethe que acabo de parafrasear como el epígrafe de su libro. Una forma de leer el reciente libro de Tyler Cowen, *Discover Your Inner Economist: Use Incentives to Fall in Love, Survive Your Next Meeting, and Motivate Your Dentist* (New York: Dutton Adult, 2007), es como un ejemplo moderno de este estilo de presentar el razonamiento económico a quienes desconocen esta disciplina.

36. Frank H. Knight, *Intelligence and Democratic Action* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960).

37. Una forma simple de comprender las diferencias metodológicas entre Mises y Hayek, por un lado, y los enfoques matemáticos y estadísticos, por el otro lado, es enfatizar el punto de partida de la disciplina y la dimensión humana que caracteriza la vida económica.

38. Joel Mokyr, *The Enlightened Economy: An Economic History of Britain 1700-1850* (New Haven, CT: Yale University Press, 2010).

39. Véase Peter J. Boettke, ed., *The Collapse of Development Planning* (New York: New York University Press, 1994).

40. Véase Peter J. Boettke y Christopher Coyne, "The Role of the Economist in Economic Development", *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19, no. 2 (2006): pp. 47-68.

41. John N. Keynes, *The Scope and Method of Political Economy* (Cambridge, MA: C. J. Clay MA and Sons at the University Press, 1891).

42. Véase el capítulo final de mi libro *Calculation and Coordination* (New York: Routledge, 2001) para una documentación de las correlaciones entre crecimiento económico y diversas medidas de bienestar humano.

43. En la Universidad de Nueva York (NYU) impartí un curso avanzado diseñado para los alumnos más brillantes. Fue un grupo realmente brillante, y sus carreras posteriores en finanzas, leyes y ciencias informáticas demuestran la validez de esta evaluación. En ese curso utilicé estos libros: *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, los *Principios de economía* de Alfred Marshall y el texto *Economics* de Joseph Stiglitz. Mi idea era provocar la reflexión sobre las continuidades y discontinuidades en la historia de la disciplina.

44. Hace poco supe de una clase grande de economía introductoria en una universidad muy prestigiosa donde la nota promedio en el examen final fue de 68 sobre 200. El profesor estaba muy orgulloso de su poder para hacer reprobar a sus alumnos, pero al parecer no se le ocurría pensar que si los estudiantes más brillantes obtenían un promedio de 34 por ciento de la calificación total, entonces de las tres hipótesis posibles —1) el material es muy difícil para los estudiantes; 2) el material no se enseña adecuadamente, o 3) el examen no fue correctamente diseñado en relación con el material enseñado— la hipótesis menos probable sea que el material en un curso de principios de economía es demasiado difícil para los estudiantes que promedian 1500 puntos o más en el examen SAT.

45. Tomado de un discurso de Becker durante un banquete en honor de Milton y Rose Friedman, patrocinado por el Banco de la Reserva Federal de Dallas, en el 2003. Según Becker, esta fue una de las lecciones más importantes que aprendió de Milton Friedman como profesor de economía.

46. Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010); F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; repr., Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996); Israel M. Kirzner, *Competition and Entrepreneurship* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1978); Murray N. Rothbard, *Man, Economy and State* (Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 2009).

47. Un movimiento intelectual encontrará un camino intermedio entre el aislacionismo y el oportunismo. El libro de Randall Collins, *The Sociology of Philosophies* (Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1998) es quizás el mejor trabajo sobre las características de movimientos intelectuales progresivos, regresivos y autodestructivos, respectivamente. Mi opinión personal es que la economía austriaca moderna ha tenido demasiadas tendencias regresivas y autodestructivas, y no suficientes elementos progresivos. Es mi deseo sincero que los jóvenes que ahora están iniciando su carrera de investigación y docencia, y contribuyendo a la Escuela Austriaca contemporánea, hayan aprendido de los errores de otros, y que tengan la mentalidad y las habilidades requeridas para lograr una aceptación generalizada, por parte de la profesión, de las ideas planteadas inicialmente por Menger, Mises y Hayek.

48. Véase, por ejemplo: Murray N. Rothbard, *For a New Liberty: The Libertarian Manifesto* (Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 2006);

Rothbard, *Man, Economy and State*; Kirzner, *Competition and Entrepreneurship*; *The Meaning of the Market Process: Essays in the Development of Modern Austrian Economics* (New York: Routledge, 1996); Don Lavoie, *National Economic Planning: What is Left?* (Cambridge, MA: Ballinger, 1985); Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning* (New York: Cambridge University Press, 1985); Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2004); Mario Rizzo, "The Problem with Moral Dirigisme: A New Argument against Moralistic Legislation", *NYU Journal of Law & Liberty* 1, no. 2 (2005): pp. 790-844; George A. Selgin and Lawrence H. White, "How Would the Invisible Hand Handle Money?", *Journal of Economic Literature* 32, no. 4 (1994): pp. 1718-1749; Roger Garrison, *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure* (New York: Routledge, 2000); Steven Horwitz, *Microfoundations and Macroeconomics: An Austrian Perspective* (New York: Routledge, 2000); Richard E. Wagner, *Fiscal Sociology and the Theory of Public Finance: An Exploratory Essay* (Northampton, UK: Edward Elgar, 2009); Roger Koppl, *Big Players and the Economic Theory of Expectations* (New York: Palgrave Macmillan, 2002); Edward P. Stringham, "The Extralegal Development of Securities Trading in Seventeenth Century Amsterdam", *Quarterly Review of Economics and Finance* 43, no. 2 (2003): pp. 321-344. Peter T. Leeson, "Trading with Bandits", *Journal of Law & Economics* 50, no. 2 (2007): pp. 303-321; Peter T. Leeson, *The Invisible Hook: The Hidden Economics of Pirates* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009); Christopher J. Coyne, *After War: The Political Economy of Exporting Democracy* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2007); Benjamin Powell, "In Reply to Sweatshop Sophistries", *Human Rights Quarterly* 28, no. 4 (2006): pp. 1031-1042.

49. Dejé NYU en 1997 para enseñar en Manhattan College, una excelente institución de pregrado que también contaba con un programa de MBA (maestría en administración de empresas). Mantuve mi afiliación con NYU, ya que editaba la revista *Advances in Austrian Economics* desde mi oficina en NYU, durante ese año académico. Pero aprendí una importante lección, concretamente, lo mucho que extrañaba enseñar a estudiantes de posgrado. De modo que cuando se presentó la oportunidad de retomar la docencia de posgrado en la Universidad George Mason (GMU), la acepté de inmediato, sacrificando la oferta de una cátedra permanente en Carthage College y una

vida bastante cómoda en Manhattan College, con una afiliación como investigador en NYU. Esta experiencia me enseñó mucho y, cuando ya estuve relocalizado en GMU, mi enfoque a la docencia con estudiantes de posgrado fue diferente al que tuve como profesor en NYU.

50. El libro de Michael Lewis, *Moneyball: The Art of Winning an Unfair Game* (New York: Norton, 2003) tuvo un gran impacto sobre mi forma de pensar acerca de nuestro departamento y nuestros centros de investigación en GMU. La analogía de GMU no es con los Mud Hens de Toledo, sino con los Oakland A's. Universidades como Chicago, Harvard, MIT, Princeton y Stanford son como los Yankees de Nueva York, los Red Sox de Boston y los Dodgers de Los Angeles. En otras palabras: ¿cómo pueden competir los equipos pequeños con los equipos grandes en las ligas mayores? Obviamente, se requieren estrategias de contratación, retención y promoción muy diferentes de las de los equipos grandes. Como afirmó James Buchanan cuando creó el programa doctoral en GMU, hay que "atreverse a ser diferente". O como dijo Vernon Smith, cuando se mudó a un departamento considerado de menor rango: "A mis ojos cualquier departamento que apoye mi trabajo es, por definición, un departamento de primera clase". GMU constituye un ambiente educacional único, precisamente porque nos hemos atrevido a ser diferentes, apoyando investigación y docencia en economía austriaca, historia del pensamiento económico, análisis económico del derecho, y análisis de las decisiones públicas (*public choice*), además de las áreas más convencionales (micro, macro, matemáticas y econometría).

51. Véase mi ensayo del 2008 titulado "The Austrian School of Economics", en David Henderson, ed., *A Concise Encyclopedia of Economics* (www.econlib.org/library/Enc/AustrianSchoolofEconomics.html) y también Peter J. Boettke, ed., *The Handbook of Contemporary Austrian Economics* (Cheltenham, UK: Edward Elgar, 2010).

52. Deirdre McCloskey, *The Writing of Economics* (New York: Macmillan, 1987), p. 19.

53. Estas recomendaciones pueden también conducir al éxito en otras ramas de la academia.

54. Este fue el consejo que me dio Mancur Olson en una charla de sobremesa después que leyó mi trabajo "Where Did Economics Go Wrong?" *Critical Review* 11, no. 1 (1997). Me recomendó que detuviera mi inclinación por el "evangelismo" metodológico, y que me concentrara más bien en mi

trabajo en el campo de la economía política comparada. He seguido su consejo desde entonces, pero retengo un fuerte compromiso intelectual con temas metodológicos, principalmente porque la metodología es lo que determina no solo cuáles son las buenas preguntas en economía, sino también, y lo que es más importante, cuáles son las mejores respuestas para dichas preguntas.

55. Recomiendo con fuerza que mis estudiantes enseñen teoría de los precios intermedia cuando están realizando sus cursos de posgrado y que se ofrezcan como voluntarios para hacer lo mismo una vez que consiguieron su primer trabajo como profesores.

56. Véase la lista de mis antiguos alumnos en mi página web (http://econfaculty.gmu.edu/pboettke/students.html), así como sus logros y publicaciones, siguiendo los enlaces de sus propias páginas web.

57. Lastre es la traducción que encontramos para *lunch tax* (que literalmente se traduce como impuesto al almuerzo). Si uno es un lastre, o un impuesto al almuerzo, quiere decir que le resta a sus colegas más de lo que les ofrece. Una breve reflexión sobre los diversos colegas que usted tuvo a lo largo de los años debería ayudar para que se convenza de que hay muchas formas de ser un lastre. Demasiados académicos actúan de manera desagradable, porque presumen que con ello dan señal de inteligencia. No es cierto. Solo proyectan complejos y, en los peores casos, mala educación y falta de modales. Es mejor evitar ese tipo de señales, y simplemente tratar de ser un maestro entusiasta, un investigador productivo, y un colega amable y colaborador.

58. Frank H. Knight, "The Role of Principles in Economics and Politics", *American Economic Review* 42 (March 1951), en *Selected Essays of Frank H. Knight*, edited by Ross Emmett, vol. 2 (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1999), pp. 361-391.

59. Knight, "The Role of Principles", p. 367.

60. Frank H. Knight, Intelligence and Democratic Action (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960).

61. Knight, "The Role of Principles", p. 361.

62. Henry C. Simons, *Simons' Syllabus*, edited by Gordon Tullock (Fairfax, VA: Center for the Study of Public Choice, 1983).

63. James Buchanan, "Better than Plowing", en *The Collected Works of James M. Buchanan*, vol. 1 (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1999), p. 15.

64. Para una excelente discusión sobre la labor institucional de Buchanan para profesionalizar la educación superior en los campos del análisis de las decisiones públicas y la economía política constitucional, véase Steve Medema, The Hesitant *Hand* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009), pp. 129-159. Véase, además, la discusión de Richard Wagner sobre el análisis de las decisiones públicas como proyecto académico y la experiencia en la Universidad de Virginia, en Virginia Polytechnic y en George Mason University, en "Value and Exchange", Review *of* Austrian Economics 20, no. 2-3 (2007): pp. 97-103.

65. Este énfasis en los principios básicos también explica la afinidad de Buchanan con la economía austriaca a lo largo de su carrera. No es únicamente el subjetivismo de los austriacos lo que atrajo su interés intelectual, aunque, como él argumenta en *Cost and Choice*, el problema con los economistas modernos es que muchas veces "se lanzan de lleno a los enredos técnicos del análisis, al mismo tiempo que ignoran ciertos puntos elementales de la lógica económica" (Buchanan, *Collected Works*, vol. 6). En este caso, lo que Buchanan estaba enfatizando era la aplicación consistente (y persistente) del concepto de costo de oportunidad. En general, es importante recordar que Buchanan, además de ser un subjetivista, es un individualista metodológico en ciencias sociales, un teórico del intercambio en economía y política, un institucionalista en derecho y política, un teórico del orden espontáneo en el mercado, un economista político positivista en finanzas públicas, y un teórico del contrato social en ciencia política. Pero en todos estos quehaceres Buchanan insiste en que debemos basarnos en la lógica económica elemental y aplicarla consistentemente y con persistencia en todo análisis. Una de las curiosidades empíricas de la moderna profesión económica, señala Buchanan, es que los economistas austriacos parecen tener una ventaja comparativa en comunicar esta lógica económica a los estudiantes. De ahí la reacción generalmente positiva de Buchanan al resurgimiento de interés por la economía austriaca, que empezó en la década de 1970 (James M. Buchanan, "Politics without Romance", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, pp. 47-48).

66 . James M. Buchanan, "What Should Economists Do?", en *Collected Works*, vol. 1, p. 29. Véase el simposio en *Review of Austrian Economics* para un tratamiento contemporáneo de este tema (Wagner, "Value and Exchange"). Nota del editor: Existe una versión en español de este artículo en

la revista *Libertas* 1 (octubre 1984), Instituto Universitario ESEADE, disponible en http://www.eseade.edu.ar/files/Libertas/49_2_Buchanan.pdf.

67. Buchanan, "What Should Economists Do?", p. 29.

68. Véase, por ejemplo, F. A. Hayek, "The Use of Knowledge in Society", en *Individualism and Economic Order* (1944; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1948), pp. 77-78, 80-82, 91. Una traducción al español se encuentra disponible bajo el título "El uso del conocimiento en la sociedad" en http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_080_12.pdf. "El problema económico de la sociedad no es simplemente el de cómo asignar unos recursos «dados» —entendiendo por tales aquellos «dados» a una única mente que tras su examen resuelve el problema planteado por dichos «data»—. Se trata más bien del problema de cómo garantizar el mejor uso de los recursos conocidos por cualesquiera miembros de una sociedad para conseguir unos fines cuya relativa importancia solo ellos conocen. O, dicho brevemente, es el problema de la utilización de un conocimiento que no le es dado a nadie en su totalidad". "El problema económico de la sociedad no es simplemente un problema de asignación de recursos 'dados', si 'dados' quiere decir dados a una sola mente que deliberadamente resuelve el problema planteado por estos 'datos'. Se trata más bien de un problema referente a cómo lograr el mejor uso de los recursos conocidos por los miembros de la sociedad, para fines cuya importancia relativa solo ellos conocen. O, expresado brevemente, es un problema de la utilización del conocimiento que no es dado a nadie en su totalidad". Hayek enfatiza luego que el conocimiento del que está hablando no es técnico ni abstracto, sino "el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar" que se revela únicamente en el contexto del proceso de mercado. Es más: enseguida señala que este conocimiento constantemente está cambiando como reflejo de las circunstancias cambiantes de la vida económica. El problema económico que enfrenta la sociedad no es el tipo de problema que pueda representarse como la optimización de un sistema de ecuaciones simultáneas. "Tal vez vale la pena recalcar", dice Hayek, "que los problemas económicos surgen siempre y únicamente como consecuencia del cambio". El sistema de precios produce sus efectos en última instancia como respuesta y reflejo de los ajustes cotidianos. Hayek no niega que el análisis del equilibrio tenga algún rol útil en el análisis económico, pero sí piensa que hay algo fundamentalmente errado con un enfoque que "habitualmente desprecia una

parte esencial de los fenómenos con que tenemos que tratar: la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consiguiente necesidad de un proceso a través del cual el conocimiento sea adquirido y comunicado constantemente".

69. Para una discusión más reciente sobre la naturaleza teleológica del mercado, véase James M. Buchanan and V. Vanberg, "The Market as a Creative Process", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 18. Es muy importante recordar la fraseología subrayada por Hayek para describir el orden espontáneo: "resultados de la acción humana, pero no del diseño humano". "The Results of Human Action but Not of Human Design", en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1967), pp. 96-105. El orden en sí no tiene ningún propósito, pero quienes participan en él tienen múltiples propósitos personales. A diferencia del mundo físico, esta es una de las características de los órdenes espontáneos en el mundo social.

70. Buchanan, *Cost and Choice*, p. 38.

71. James M. Buchanan, "Order Defined in the Process of its Emergence", en *Collected Works*, vol. 1, pp. 244-245.

72. Buchanan, "What Should Economists Do?", p. 37.

73. James M. Buchanan, "Social Choice, Democracy and Free Markets", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, p. 101.

74. Mi colega David Levy sostiene que "salvar las ideas" fue una motivación importante para James Buchanan y G. Warren Nutter cuando crearon el Thomas Jefferson Center for Political Economy en la Universidad de Virginia. Buchanan y Nutter prometieron, siendo aún estudiantes, que si en un futuro se les presentara la oportunidad de trabajar juntos en el mismo departamento, se dedicarían a "salvar las ideas" de la economía política clásica. Este esfuerzo que realizaron en la Universidad de Virginia fue un éxito rotundo. Véase James M. Buchanan, "Political Economy: 1957-1982", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 19.

75. Adam Smith, An *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), bk. 4, ch. 2, p. 478.

76. Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (1759; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982), p. 233.

77. Véase la discusión de Buchanan sobre el debate entre Knight y M.

Polanyi (“Politics and Science”, en Buchanan, *Collected Works*) y su elaboración posterior de este tema (“The Potential for Tyranny in Politics as Science”, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 17).

78. Véase Vincent Ostrom, *The Intellectual Crisis in American Public Administration* (Tuscaloosa, AL: University of Alabama Press, 1973). Aligica y Boettke proporcionan una revision del debate sobre reformas en administración pública municipal en *Challenging Institutional Analysis and Development: The Bloomingdale School* (New York: Routledge, 2009), pp. 5-51.

79. Para una mayor elaboración de estas ideas sobre el papel del economista en la sociedad véase Peter J. Boettke and Steven Horwitz, “The Limits of Economic Expertise”, *History of Political Economy* 37 (2005): pp. 10-39; Peter J. Boettke and Christopher J. Coyne, “The Role of the Economist in Economic Development”, *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19, no. 2 (2006): pp. 47-68; y Peter J. Boettke, Christopher J. Coyne and Peter T. Leeson, “High Priests and Lowly Philosophers: The Battle for the Soul of Economics”, *Case Western Reserve Law Review* 56, no. 3 (2006): pp. 551-568.

80. La humildad no debe estar en conflicto con la reforma de la política económica, pero, si queremos evitar que los esfuerzos de reforma se conviertan en constructivismo, debemos estar siempre en guardia contra las ambiciones exageradas. Según el maestro de Buchanan, Frank Knight, decir que ante una situación ya no cabe la esperanza es equivalente a decir que es ideal. Puesto que nuestro mundo está lejos del ideal, quiere decir que también hay esperanza.

81. James M. Buchanan, “Positive Economics, Welfare Economics, and Political Economy”, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 1, pp. 191-201.

82. En un brillante pasaje que anticipó una buena parte del posterior desarrollo del análisis económico-político del socialismo y el Estado de bienestar social-democrático, Ludwig von Mises argumenta que la inferencia de que el Estado debe controlar la economía es inevitable una vez que atribuimos perfección intelectual, además de perfección moral, a los funcionarios públicos *Human Action: A Treatise on Economics* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), p. 692. Si suponemos no solo buenas intenciones, sino omnisciencia, entonces es obvio que el Estado infalible manejará los asuntos cotidianos mucho mejor que los individuos imperfectos.

Una forma de entender la economía austriaca desarrollada por Mises-Hayek-Kirzner es en términos de una crítica del supuesto de omnisciencia en el análisis económico, manteniendo al mismo tiempo el supuesto de benevolencia. Gran parte del desarrollo posterior de la teoría del análisis de las decisiones públicas (*public choice*) en las décadas de los 50 y los 60 hizo lo contrario: mantuvo el supuesto neoclásico de omnisciencia, pero cuestionó el supuesto de benevolencia. Aquí lo que podemos apreciar es que, en su trabajo clásico sobre el papel del economista político, Buchanan cuestiona ambos supuestos, y esta es la ruta analítica tomada por quienes están trabajando en el desarrollo de la llamada "economía política robusta". Véase Peter J. Boettke and Peter T. Leeson, "Liberalism, Socialism and Robust Political Economy", *Journal of Markets & Morality* 7, no. 1 (2004): pp. 99-111; y Peter J. Boettke and Christopher J. Coyne, "Best Case, Worst Case, and the Golden Mean in Political Economy", *Review of Austrian Economics* 22, no. 2 (2009): pp. 123-125.

83. Buchanan, "Positive Economics", p. 195.

84. Alexander Hamilton, The Federalist Papers #1 (1787), http://thomas.loc.gov/home/histdox/fed_01.html.

85. F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1960); James M. Buchanan and Gordon Tullock, *The Calculus of Consent*, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 3.

86. Boettke and Leeson, "Liberalism, Socialism".

87. Véase F. A. Hayek, "Individualism: True and False", en *Individualism and Economic Order* (1946; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), pp. 11-14, donde argumenta que "casi no hay duda de que la principal preocupación de Smith no era tanto lo que el hombre eventualmente pudiera lograr con lo mejor de sí, sino darle la oportunidad de realizar el mínimo daño con lo peor de sí". Los filósofos de la Ilustración escocesa procuraban "un sistema social que no depende para su funcionamiento de encontrar hombres buenos para ponerlo en marcha, ni de que todos los hombres sean mejores de lo que son ahora, sino que hace uso de todos los hombres en toda su complejidad y variedad, que a veces es mala y a veces buena, a veces inteligente y a menudo hasta estúpida. Su meta era un sistema en el que fuera posible alcanzar la libertad para todos, en lugar de restringirla "a los buenos y a los sabios", como lo deseaban sus contemporáneos franceses. El gran descubrimiento de estos economistas y filósofos sociales del siglo XVIII fue

que “el sistema de propiedad privada producía dichos estímulos [dirigiendo las motivaciones de los hombres ordinarios para que persigan su propio interés contribuyendo al bienestar ajeno] en un mayor grado de lo que hasta ese momento se había supuesto”. El ser humano, motivado por el interés personal y sujeto a severas limitaciones cognitivas, es inducido, no obstante, por el entorno institucional de la propiedad privada y la competencia del mercado, a realizar acciones que promueven el bien común.

88. Véase la fascinante entrevista entre Hayek y Buchanan (1978), ahora disponible *online* como video en http://www.hayek.ufm.edu/index.php/James_Buchanan. Nota del editor: Esta entrevista también se encuentra transcrita y traducida al español en Adrián Ravier, *La Escuela Austriaca desde adentro*, vol. 3 (Madrid: Unión Editorial, 2013).

89. Hayek: *The Constitution of Liberty*.

90. Véase Boettke, Coyne and Leeson, “Institutional Stickiness and the New Development Economics”, *American Journal of Economics and Sociology* 67, no. 2 (2008): pp. 331-358.

91. Véase Peter J. Boettke, “The Political Infrastructure in Economic Development”, en *Calculation and Coordination* (1994; New York: Routledge, 2001), y también el trabajo de Claudia Williamson sobre instituciones formales e informales “Informal Institutions Rule”, *Public Choice*, 139, no. 3 (2009): pp. 371-387.

92. James M. Buchanan, *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan*, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 7.

93. David Hume recomendaba que cuando los economistas políticos diseñan reglas de gobierno y proponen restricciones constitucionales y frenos y contrapesos deben hacerlo según el supuesto de que todos los hombres son deshonestos. De esta manera, las reglas funcionarían de tal modo que los hombres malos podrían hacer el menor daño posible. *Essays Moral, Political and Literary* (1758; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1985). Véase además Geoffrey Brennan and James M. Buchanan, *The Reason of Rules*, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 10, pp. 53-75.

94. Eric Jones, *Cultures Merging* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006). Ver también Peter J. Boettke, Review of Eric Jones’s *Cultures Merging*, *Economic Development and Cultural Change* 57 (January 2009): pp. 434-437.

95. Hayek, *Constitution of Liberty.*

96. Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: Chicago University Press, 2004), pp. 232-260.

97. Hayek, *Law, Legislation and Liberty*, vol. 3 (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1979).

98. Buchanan, "Asymmetrical Reciprocity in Market Exchange", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 12, pp. 409-425.

99. Buchanan, "Asymmetrical Reciprocity", p. 422.

100. Como afirma Buchanan: "Las objeciones de Hayek a los racionalistas constructivistas están dirigidas en contra de aquellos reformadores académicos que —ignorando los límites establecidos por estas normas abstractas de conducta, producto de la evolución cultural— literalmente proponen crear 'hombres nuevos', descartando la uniformidad esencial de la naturaleza humana descubierta en el siglo XVIII, y sobre la cual debe basarse cualquier comprensión de las interacciones sociales (y por ende, cualquier posible reforma de las mismas)". Cultural Evolution and Institutional Reform", en Buchanan, *Collected Works*, vol. 18, p. 317.

101. Yo sostengo que las normas no solo deben acatarse, sino que deben señalar un contenido específico si han de producir un cambio social en la dirección de paz y prosperidad. Peter J. Boettke, "Institutional Transition and the Problem of Credible Commitment", *Annual Proceedings of the Wealth and Well-Being of Nations* 1 (2009): pp. 41-51.

102. En su libro *One Economics, Many Recipes: Globalization, Institutions, and Economic Growth* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2007), Dani Rodrik insiste en que "hay una sola economía, con muchas recetas", pero si nos basamos en la historia, en realidad hay "una sola economía, y pocas recetas para la paz y la prosperidad". Los ingredientes básicos son propiedad privada, libre comercio, libertad contractual, estabilidad monetaria y responsabilidad fiscal. Por supuesto, la receta no puede simplemente ser impuesta por tecnócratas desde Washington, sino que debe adecuarse a las condiciones locales, y en ese sentido el punto central de Rodrik tiene validez. Solo el camino propio conduce a la reforma efectiva, pero no todos los caminos propios son caminos productivos. El debate sobre el desarrollo económico, como todos los debates modernos sobre política económica, fue adversamente afectado por la "divergencia keynesiana" y sigue padeciendo de este legado de análisis agregado y políticas de control social.

103. James M. Buchanan, “Law and the Invisible Hand”, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 17, p. 96.

104. Buchanan, “Economics as a Public Science”, en Buchanan, *Collected Works*, vol. 12, p. 48.

105. Sobre el importante papel que pueden desempeñar los economistas en la sociedad véase Dan Klein, ed., *What do Economists Contribute?* (New York: New York University Press, 1999); y Dan Klein, *A Plea to Economists Who Favour Liberty: Assist the Everyman* (London: Institute of Economic Affairs, 2001). El clásico enunciado es el de W. H. Hutt: *Economists and the Public* (1936; New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1990).

106. Hans F. Sennholz, *How Can Europe Survive?* (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1955); Sennholz, *Age of Inflation* (Belmont, MA: Western Islands, 1979); Sennholz, *The Politics of Unemployment* (Spring Mills, PA: Libertarian Press, 1987); Sennholz, *Debts and Deficits* (Spring Mills, PA: Libertarian Press, 1987); y Sennholz, *Money and Freedom* (Spring Mills, PA: Libertarian Press, 1985).

107. Sennholz, *Age of Inflation*, p. vii.

108. Sennholz, *How Can Europe Survive?*, p. 31.

109. Stiglitz obtuvo el Premio Nobel de Economía en el 2001 por sus aportes a la economía de la información. Sin embargo, se hizo famoso en el 2002 con un libro en el que critica los recientes esfuerzos de globalización y cuestiona las políticas que favorecen a los mercados libres. Véase Joseph Stiglitz, *Globalization and its Discontents* (New York: Norton, 2002).

110. Sennholz, *How Can Europe Survive?*, p. 318.

111. Sennholz, *Debts and Deficits*, p. 163.

112. Boettke, *Calculation and Coordination: Essays on Socialism and Transitional Political Economy* (New York: Routledge, 2001), pp. 7-28.

113. Murray N. Rothbard, *Man, Economy and State*, 2 vols. (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1962), pp. 830-831.

114. Este aporte de Mises es la contribución más importante a la economía política que se haya realizado en el siglo XX. Véase Peter J. Boettke, “Economic Calculation: The Austrian Contribution to Political Economy”, *Advances in Austrian Economics* 5 (1998): pp. 131-158, para un examen de la importancia de este aporte austriaco a la economía política moderna. Véase además Peter J. Boettke, ed., *Socialism and the Market: The Socialist Calculation Debate Revisited* (London: Routledge, 2000), para una colección

de nueve volúmenes sobre el debate en torno al socialismo y la introducción a esos volúmenes para entender por qué la contribución de Mises es esencial para todo el debate.

115. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 548.

116. El desarrollo de este argumento de Rothbard es discutido en detalle por Peter Klein, "Economic Calculation and the Limits of Organization", *Review of Austrian Economic* 9, no. 2 (1996): pp. 3-28.

117. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 547.

118 . Véase el libro de Frédéric E. Sautet, *An Entrepreneurial Theory of the Firm* (New York: Routledge, 2000), pp. 85-132, para una discusión de los problemas de la centralización dentro de la organización interna de la empresa. Véase además Peter Lewin, *Capital in Disequilibrium: The Role of Capital in a Changing World* (New York: Routledge, 1999), pp. 134-174, para una discusión de las implicaciones de la teoría austriaca del capital para la organización empresarial.

119 . Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 548.

120 . Murray N. Rothbard, *An Austrian Perspective on the History of Economic Thought: The Classical Economists* (Cheltenham, UK: Edward Elgar, 1995), p. 317.

121 . Para una discusión muy clara de cómo esta presuposición ideológica fundamentaba las aspiraciones de la revolución bolchevique véase A. Walicki, *Marxism and the Leap into the Kingdom of Freedom: The Rise and Fall of Communist Utopia* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1995).

122. Rothbard, *An Austrian Perspective*, p. 323 ff.

123. Véase David Ramsey Steele: *From Marx to Mises,* (La Salle, IL: Open Court, 1992) para un resumen de todos los intentos tradicionales de abordar el argumento de Mises. Más intentos recientes de responder el desafío de Mises pueden verse en Pranab Bardhan and John Roemer, "Market Socialism: A Case for Rejuvenation", *Journal of Economic Perspectives* 6, no. 3 (1992): pp. 101-116. F. Adaman and Pat Devine, "The Economic Calculation Debate: Lessons for Socialists", *Cambridge Journal of Economics* 20, no. 5 (1996): pp. 523-537; y Allin Cottrel and Paul Cockshot, "Calculation, Complexity and Planning", *Review of Political Economy* 5, no. 1 (1993): pp. 73-112. Para respuestas desde una perspectiva Mises-Hayek a algunos de esos intentos por reformular el argumento socialista, véase Steve Horwitz, "Money, Money Prices and the Socialist Calculation Debate",

Advances in Austrian Economics 3 (1996): pp. 59-77; y Bruce Caldwell, "Hayek and Socialism", *Journal of Economic Literature* 35, no. 4 (1997): pp. 1856-1890.

124. Karen Vaughn, "Economic Calculation under Socialism: The Austrian Contribution", *Economic Inquiry* 18 (1980): pp. 535-554; Peter Murrell, "Did the Theory of Market Socialism Answer the Challenge of Ludwig von Mises? A Reinterpretation of the Socialist Controversy", *History of Political Economy* 15, no. 1 (1983): pp. 92-105; Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning* (New York: Cambridge University Press, 1985). En la década de los 70, la interpretación convencional del debate fue que los austriacos habían sido derrotados. La reinterpretación de este evento a menudo se atribuye a Vaughn, Murrell y Lavoie, pero al releer a Rothbard resulta evidente que su obra se anticipaba a esta reinterpretación por dos décadas.

125. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, pp. 549-550.

126. Rothbard: *Man, Economy and State*, vol. 1, pp. 280-284.

127. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, pp. 828-829.

128. Ibíd., p. 828.

129. Ibíd., pp. 828-829.

130. Yoram Barzel, en su influyente libro sobre el análisis económico de los derechos de propiedad, lo explicó de este modo: "La afirmación que la propiedad privada ha sido abolida en los Estados comunistas y que toda propiedad pertenece al Estado me parece que desvía la atención respecto de quiénes son realmente los verdaderos propietarios. Al parecer, estos propietarios también son dueños de la terminología". *Economic Analysis of Property Rights* (New York: Cambridge University Press, 1989), p. 104n.

131. Véase Peter J. Boettke and Karen I. Vaughn, "Knight and the Austrians on Capital and the Problems of Socialism", *History of Political Economy* 34, no. 1 (2002): pp. 155-176, para una discusión sobre Knight y el problema del socialismo, y su relación con el argumento contra el socialismo presentado por Mises y Hayek.

132. La crítica de Friedman a Lerner es perspicaz, ya que ataca a Lerner por elaborar su teoría en el medio de un vacío institucional. De ahí que Friedman reconociera que el deseo de mitad de siglo de desarrollar una teoría institucionalmente antiséptica del proceso económico se quedaría encallado y daría lugar a la reacción que, en el mundo económico, derivó en la Nueva Economía Institucional. Milton Friedman, "Lerner's Economics of Control",

Journal of Political Economy 55, no. 5 (1947): pp. 405-416.

133. En Boettke, *Why Perestroika Failed: The Politics and Economics of Socialist Transformation* (New York: Routledge, 1993), pp. 57-72, se discute el contraste entre la operación práctica y la operación teórica del sistema.

134. Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy* (New York: Holmes & Meier, 1971).

135. La obra de Roberts fue el fundamento de mi propio trabajo sobre la historia soviética y el colapso del comunismo. Boettke, *The Political Economy of Soviet Socialism: The Formative Years, 1918-1928* (Boston, MA: Kluwer, 1990); Boettke, *Why Perestroika Failed*; Boettke, *Calculation and Coordination: Essays on Socialism and Transitional Political Economy* (New York: Routledge, 2001). En la medida en que Rothbard se anticipó a la obra de Roberts, también se anticipó a mi propio trabajo en este campo.

136. No decimos que los incentivos no importan. Sí importan, y mucho. Pero como señaló Mises, el problema es más profundo que los incentivos confrontados por los gerentes. En *Human Action* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), p. 708, Mises escribe: "Nuestro problema no se refiere a actividades gerenciales. Concierne a la asignación del capital a varias ramas de la industria. La cuestión es: ¿En cuáles ramas debe incrementarse o restringirse la producción, en cuáles ramas debe ser alterado el objetivo de la producción, cuáles ramas nuevas deben ser inauguradas? Sobre estos temas es vano citar la honestidad del gerente y su eficiencia comprobada. Los que confunden la empresarialidad con la gerencia cierran los ojos al problema económico".

137. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 831.

138. Ibíd.

139. Hubo una ventana de oportunidad para estudios "de campo" por parte de investigadores occidentales gracias al "deshielo" iniciado por Khrushchev en 1956, y se escribieron varias tesis doctorales importantes por parte de un equipo de estudiantes de posgrado en ciencias políticas y economía que aprovechó esta oportunidad. En economía, este trabajo está representado por Joseph Berliner, *Factory and Manager in the USSR* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1957) y David Granick, *Management and the Industrial Firm in the USSR* (1954; Westport, CT: Greenwood Press, 1980) sobre la organización de las firmas soviéticas. A pesar de los importantes hallazgos empíricos contenidos en estas obras, los autores carecían de un

marco teórico apropiado para entender plenamente los resultados. Debido a esto, cuando la ventana se cerró y se acabaron las oportunidades para la investigación de campo, la información obtenida en este período se disipó y la literatura de la economía soviética fue nuevamente dominada por los modelos de optimización y/o las estimaciones estadísticas de tasas de crecimiento. El trabajo de economistas emigrados como Gregory Grossman, "The 'Second Economy' of the Soviet Union", en *The Soviet Economy* (1977; Boulder, CO: Westview, 1981), señalaría cómo funcionaba el sistema realmente y cómo se desviaba significativamente del modelo de planificación central, pero no fue incorporado a los libros de texto. Incluso el trabajo ampliamente aceptado de Janos Kornai sobre la administración de una economía de faltantes, *The Political Economy of Communism* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992), si bien proporcionaba conceptos que fueron incorporados en todos los textos (por ejemplo, la idea de *storming*), no cambió la orientación básica del modelo de planificación central en los libros de texto.

140. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 831.

141. Véase la discusión de Rothbard sobre la intervención triangular para un análisis de estos efectos (*Man, Economy and State*). Entre las muchas percepciones que Rothbard tuvo sobre las consecuencias económicas de la intervención, cabe notar su anticipación de la teoría de la búsqueda de rentas (*rent-seeking*) en la economía soviética desarrollada por Gary Anderson y Peter J. Boettke ("Perestroika and Public Choice: The Economics of Autocratic Succession in a Rent-Seeking Society", *Public Choice* 75, no. 2 (1993) y "Soviet Venality: A Rent-Seeking Model of the Communist State" *Public Choice* 93, nos. 1-2 (1997); David Levy ("The Bias in Centrally Planned Prices", *Public Choice* 67*,* 1990); y Andrei Shleifer and Robert Vishny *The Grabbing Hand* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998) cuando afirma que: "Los beneficiarios directos del control de la producción, por tanto, son los burócratas que administran las regulaciones: en parte por los empleos creados por dichas regulaciones, y en parte por las satisfacciones generadas por el hecho de disponer de poder coercitivo sobre otras personas" (*Man, Economy and State*). La inevitable aparición de "mercados negros" como consecuencia de las prohibiciones también genera una situación donde el control, paradójicamente, "se convierte en el otorgamiento de un privilegio monopólico para quienes se dedican al

mercado negro. Porque ellos probablemente serán empresarios muy diferentes a los que habrían tenido éxito en un mercado legal" (*Man, Economy and State*). El análisis de Rothbard también contempla el corto horizonte temporal de las inversiones generadas en los mercados negros, debido a la necesidad de mantener el secreto a fin de evitar la detección por parte de las autoridades.

142. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 831.

143. En *The Constitution of Liberty* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1960), p. 29, Hayek expresa: "Si hubiera hombres omniscientes, si pudiéramos saber lo que afecta nuestros deseos presentes y nuestras aspiraciones futuras, habría poca necesidad de libertad, y la libertad del individuo haría imposible una previsión completa. La libertad es esencial para dejar espacio a lo impredecible. Deseamos la libertad porque hemos aprendido a esperar de ella la oportunidad de muchos de nuestros propósitos. La sabiduría de todo individuo es limitada. Casi nunca sabemos cuál de nosotros es más sabio. Confiamos en los esfuerzos independientes y competitivos de numerosos hombres para inducir el surgimiento de lo que debemos desear cuando lo confrontamos".

144. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 832.

145. Ibíd., p. 835.

146. G. Warren Nutter, *The Growth of Industrial Production in the Soviet Union* (Princeton, NJ:, Princeton University Press, 1962); Paul Craig Roberts: "My Time with Soviet Economics", *Independent Review* 7, no. 2 (2002): pp. 259-264.

147. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, pp. 835-836.

148. Ibíd., p. 836.

149. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, pp. 836-837.

150. Roberts, "My Time with Soviet Economics", p. 260.

151. Paul A. Samuelson and William D. Nordhaus, *Economics,* 13th ed. (New York: McGraw-Hill, 1989).

152. Shleifer and Vishny, *The Grabbing Hand*; Paul Gregory, *The Political Economy of Stalinism* (New York: Cambridge University Press, 2003).

153. Rothbard, *Man, Economy and State*, vol. 2, p. 549.

154. Ibíd., p. 828.

155. Ibíd., p. 831.

156. Ibíd., p. 786.

157. Ibíd., p. 835.

158. Véase Boettke, “Why Perestroika Failed”, pp. 106-131, para una aplicación extensa de la receta de Rothbard al caso del período postsoviético.

159. Murray N. Rothbard, “How and How Not To Desocialize”, *Review of Austrian Economics* 6, no. 1 (1992): pp. 65-77.

160. Apuntes del curso de Boulding sobre “Great Books in the History of Political Economy” (George Mason University, Sept. 10, 1985).

161. Véase, por ejemplo, su aceptación y reservas sobre el keynesianismo en el prefacio de la primera edición de *A Reconstruction of Economics* (New York: John Wiley & Sons, 1950), p. ix. Véase además *The Skills of the Economist* (Cleveland, OH: Howard Allen, 1958), p. 5, donde Boulding se refiere a sí mismo como un economista clásico, por un lado (aunque aprendió mucho del institucionalismo y del historicismo), y como un keynesiano moderado, por el otro (aunque admita que Mises y Hayek plantearon problemas importantes y preocupantes).

162. Comenta Boulding: “Trabajé con él [Schumpeter] en la teoría del capital y descubrí lo que consideré un error fundamental en Böhm-Bawerk… No recuerdo ahora en qué consistía, y se ha extraviado mi manuscrito”. “My Life Philosophy”, *The American Economist* 29 (Fall 1985): p. 6. Al parecer, el análisis de Boulding no influenció a Schumpeter, ya que no hay ninguna referencia a la crítica de Boulding en la discusión de Schumpeter sobre Böhm-Bawerk en su *History of Economic Analysis* (New York: Oxford University Press, 1954).

163. Kenneth E. Boulding, “Introduction”, en *The Collected Papers*, vol. 1 (Boulder, CO: Colorado Associated University Press, 1971), p. viii.

164. Véase, por ejemplo, Kenneth E. Boulding, “The Application of the Pure Theory of Population Change to the Theory of Capital”, *Quarterly Journal of Economics* 48 (1934): pp. 645-646; y “Time and Investment”, *Economica* 10 (May 1936): pp. 196-220.

165. Kenneth E. Boulding, “Systems Research and the Hierarchy of World Systems”, *Systems Research* 2 (1985): p. 11.

166. Boulding estaba muy impresionado con Knight a pesar de sus desacuerdos sobre economía técnica. Describía a Knight como “una máquina de creatividad sin cambio de velocidades”, una descripción que también se aplica a Boulding.

167. Véase, por ejemplo, su reseña de los *Foundation of Economic*

Analysis, de Paul Samuelson. La lógica y el buen juicio son necesarios para la ciencia, según Boulding, pero la habilidad matemática no nos garantiza buen juicio. Más bien, es solo una ayuda para la lógica: "Las convenciones de generalidad y elegancia matemática pueden ser tan perjudiciales para la obtención y difusión del conocimiento como la insistencia en particularidades y vaguedades literarias… En los años venideros es muy posible que el territorio desordenado y literario en la frontera entre la economía y la sociología resulte ser el más fructífero, y que la economía matemática permanezca infértil debido a su propia perfección". "Samuelson's *Foundations*: The Role of Mathematics in Economics", *Journal of Political Economy* 56 (June 1948): p. 247. Véase además *Economics as a Science* (New York: McGraw-Hill, 1970), p. 115, donde Boulding argumenta que el razonamiento matemático es maravilloso como sirviente, pero terrible como amo.

168 . Creemos que Boulding estableció un récord como presidente de diversas sociedades académicas: American Economic Association, American Association for the Advancement of Science, International Studies Association, Peace Research Society, Society for General Systems Research y Association for the Study of the Grants Economy.

169. Carl Menger, *Principles of Economics* (1871; New York: New York University Press, 1981).

170. Alfred Marshall, *Principles of Economics*, 9th ed. (New York: Macmillan, 1961). Este es un punto que Wicksteed señaló con claridad en su importante discurso ante la British Economics Society en 1914. En lugar de constituir dos hojas de una tijera, explicaba Wicksteed, oferta y demanda son dos aspectos de la misma cosa —las evaluaciones subjetivas de los consumidores. Véase Philip Wicksteed, "The Scope and Method of Political Economy in Light of the 'Marginal' Theory of Value and Distribution", en *The Common Sense of Political Economy*, 2 vols. (1914; London: Routledge, 1938).

171. Véase, por ejemplo, Georg Simmel, "How is Society Possible?", en *On Individuality and Social Forms* (1908; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1971), para una discusión de la "motivante cuestión" de la teoría social.

172. G. L. S. Shackle, *Epistemics and Economics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972), p. 156.

173. El análisis de procesos examina los ajustes y los cambios de conducta dentro de un conjunto dado de parámetros. La teoría evolutiva examina las consecuencias de los cambios que se dan en los parámetros mismos.

174. Boulding, *A Reconstruction of Economics*, pp. 26-38.

175. Boulding, *Conflict and Defense*, p. 328.

176. Algunas citas famosas de Boulding ilustran su creciente desencanto con la economía de corriente principal. Cuando se le preguntó por qué el positivismo lógico llegó a dominar la ciencia económica en el siglo XX, Boulding simplemente respondió: "Por supuesto que nadie se opuso al positivismo lógico porque nadie quería ser tildado de negativista ilógico". A menudo, Boulding decía que Walras fue "un desastre total para la economía porque no tenía concepto alguno de la cadena alimenticia". En otras palabras, el concepto de dinámica evolutiva era totalmente ajeno al análisis de equilibrio que predominaba en la economía de corriente principal. Boulding también afirmaba que el principal problema de los economistas modernos es que usaban la matemática del siglo XVI para resolver problemas del siglo XX (y para colmo se creían muy sofisticados). Estas anécdotas fueron tomadas de conversaciones personales y de los apuntes de clase de un curso impartido por Boulding en otoño de 1985 en George Mason University, sobre los "Grandes libros en la historia de la economía política" (1985).

177. Boulding argumentaba que los recursos intelectuales podrían asignarse mal porque, en ausencia de un eficiente mercado de capitales para las ideas, carecemos de información confiable acerca de las tasas de retorno sobre el uso de dichos recursos. Más bien, esta información viene proporcionada por a) las subvenciones otorgadas por fundaciones y entidades públicas, y b) las modas intelectuales. Según Boulding, el verdadero problema era que la estructura de poder dentro del moderno sistema universitario (y especialmente el sistema de formación doctoral) servía para generar una tiranía de la moda, y al parecer no había "fuerzas" de retroalimentación en el sistema que pudieran "corregir" estos errores de asignación. Véase Kenneth E. Boulding, "The Misallocation of Intellectual Resources in Economics", en *Collected Papers*, vol. 3 (Boulder, CO: Colorado Associated University Press, 1973). Véase además Kenneth E. Boulding, *The Impact of the Social Sciences* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1966), pp. 102-114.

178. Boulding, *The Image*, p. 84.

179. Ibíd., p. 90.

180. Kenneth E. Boulding, *Ecodynamics* (New York: Sage, 1978), p. 20.

181. Kenneth E. Boulding, *Evolutionary Economics* (New York: Sage, 1981), p. 186.

182. Esto fundamentaba, en parte, la crítica de Boulding a la teoría *whig* de la historia del pensamiento económico, esto es, la creencia que todos los elementos válidos en el pensamiento de los antiguos ya están incorporados en el pensamiento moderno. Por el contrario, según Boulding, los escritos de autores antiguos, como Adam Smith por ejemplo, contienen elementos de sabiduría que nuestras técnicas modernas pasan por alto. Véase Kenneth E. Boulding, "After Samuelson, Who Needs Adam Smith?" *History of Political Economy* 3 (Fall 1971).

183. Boulding, *Ecodynamics*, pp. 2-24; Boulding, *Evolutionary Economics*, pp. 177-180.

184. Warren J. Samuels, "Austrians and the Institutionalist Compared", *Research in the History of Economic Thought & Methodology* 6 (1989): pp. 53-72.

185. Warren J. Samuels, "Interrelations between Legal and Economic Processes", *Essays on the Economic Role of Government: Volume 1—Fundamentals* (1971; New York: New York University Press, 1992), pp. 139-155.

186. Samuels, "Interrelations", p. 142.

187. Ibíd., p. 144.

188. Ibíd., p. 145.

189. James M. Buchanan, "Politics, Property and the Law", en *Freedom in Constitutional Contract* (1972; College Station, TX: Texas A&M University Press, 1979), pp. 94-109.

190. Samuels, "Interrelations", p. 139.

191. Buchanan, "Politics", p. 97.

192 . Buchanan, "Politics", p. 97.

193. Según Buchanan, el proceso legislativo —instrumento para reconciliar intereses contrapuestos— debe ser visto como fundamentalmente diferente del proceso judicial —instrumento para aclarar ambigüedades en la estructura existente de derechos. Esta distinción, afirma Buchanan, está ausente del análisis de Samuels. "Politics", p. 103.

194. Buchanan, "Politics", p. 98.

195. Buchanan, "Politics", p. 109.

196. Warren J. Samuels and James M. Buchanan, “On Some Fundamental Issues in Political Economy: An Exchange of Correspondence”, en *Essays on the Methodology and Discourse of Economics* (1975; New York: New York University Press, 1992), pp. 201-230.

197. Samuels and Buchanan, “Fundamental Issues”, p. 205.

198. Ibíd., p. 209.

199. Ibíd.

200. Ibíd., p. 213.

201. Ibíd., p. 215.

202. Ibíd., p. 217.

203. B. Ickes and Clifford Gaddy, “Russia’s Virtual Economy”, *Foreign Affairs* 77 (5) (Fall 1998): pp. 53-67.

204. Warren J. Samuels, “The Legal-Economic Nexus”, en *Essays on the Economic Role of Government* (1989; New York: New York University Press, 1992), pp. 162-186.

205. James M. Buchanan, “The Qualities of a Natural Economist”, en *The Collected Works of James M. Buchanan: Ideas, Persons and Events,* vol. 19 (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2001), pp. 95-107.

206. Después de un seminario en la Universidad George Mason, Tullock me preguntó cuál era la respuesta a un enigma empírico que él había mencionado durante el seminario. Respondí que no era yo tan rápido cuando estaba de pie... Tullock, fiel a su estilo, señaló una silla y me dijo que me sentara. Quería una respuesta.

207. Robert Nozick, *Anarchy, State and Utopia* (New York: Basic Books, 1974), pp. 18-22.

208. En el prefacio que escribió para el libro de Simons (Henry Simons, *Simons’ Syllabus* [Fairfax, VA: Center for the Study of Public Choice], p. v), Tullock describe la “conversión dramática” que resultó de su experiencia en la clase de Simons. En palabras de Tullock, ese curso “cambió mi vida”. También afirma que no conoce a otro estudiante que se haya convertido en economista simplemente por haber tomado un cuso con Simons, pero que conoce a varios economistas prominentes que fueron introducidos a la economía por Simons.

209. Simons, *Simons’ Syllabus*, p. 3.

210. Simons, *Simons’ Syllabus*, p. 6.

211. Ibíd., pp. 17-18.

212. Ibíd., pp. 42-50.

213. Gordon Tullock, "The Welfare Costs of Monopolies, Tariffs and Theft", en *Selected Works of Gordon Tullock: Virginia Political Economy*, edited by C. K. Rowley, vol. 1 (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2004), pp. 169-179.

214. Gordon Tullock, "Entry Barriers in Politics", en *Selected Works*, vol. 1, pp. 69-77.

215. R. McKenzie and Gordon Tullock, *The New World of Economics* (Homeland, IL: Irwin, 1989), pp. 39-42.

216. Tullock no está ciego en relación con las "fallas del mercado" y, de hecho, una gran parte de sus obras comienza con una admisión de las desviaciones del ideal que conduce a demandas de soluciones políticas y filantrópicas. Pero al examinar los procesos de filtro y equilibrio en las soluciones propuestas, Tullock a menudo provee la conclusión pesimista que el "remedio" del Gobierno y las correcciones filantrópicas pueden ser más dañinas que la enfermedad" del mercado que estas ideas buscan resolver.

217. R. Wagner, *To Promote the General Welfare* (San Francisco, CA: Pacific Research Institute, 1989), p. 56.

218. George Stigler, *The Citizen and the State* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1975).

219. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), bk. 4, ch. 2, p. 478; Smith, *Wealth of Nations*, bk. 5, ch. 1, p. 284; Smith, *Wealth of Nations*, bk. 5, ch. 1, p. 309.

220. Smith, *Wealth of Nations*, bk. 1, ch.10, p. 144; compárese con *Wealth of Nations*, bk. 4, ch. 2, pp. 489-490.

221. Thomas Schelling, *Micromotives and Macrobehavior* (New York: Norton, 1978). Hayek, por otra parte, tiende a enfatizar las consecuencias no intencionadas pero deseables de la acción humana. Ver, por ejemplo, F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1960); y F. A. Hayek, *Law, Legislation and Liberty*, 3 vols. (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1973).

222. Gordon Tullock, "Adam Smith and the Prisoners' Dilemma", en *The Selected Works of Gordon Tullock: Economics without Frontiers*, edited by C. K. Rowley, vol. 10 (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2006): pp. 429-437.

223. Gordon Tullock, *The New Federalist* (Vancouver: Fraser Institute,

1994).

224. De hecho, nuestro ejercicio es un ejercicio de la arqueología del conocimiento. Las influencias no son directas en términos de linaje pedagógico, y tampoco son siempre evidentes en los patrones de citación. Procuramos desterrar un conjunto de términos subyacentes. Podemos argumentar que en la arqueología del conocimiento se puede encontrar la fuente, como Tocqueville, de las ideas de Knight, Mises y Hayek que influyó en el proyecto de los Ostrom. Un comentario colateral: Hemos escuchado de un historiador de la Sociedad Mont Pèlerin que originalmente, Hayek sopesó la idea de nombrarla "Sociedad Tocqueville-Acton" pero Knight, entre otros, se opuso a ese nombre por la religión católica de Tocqueville y de Acton.

225. Thorstein Veblen, "Why is Economics Not an Evolutionary Science", en *The Portable Veblen*, edited by M. Lerner (1899; New York: Viking Press, 1948), pp. 232-233.

226. Frank H. Knight, "What Is Truth in Economics?", *Journal of Political Economy* 48 (1940): p. 5.

227. Ibíd., pp. 7-8.

228. Ibíd., p. 16.

229. Knight, "What Is Truth", p. 31.

230. El punto de arranque de Mises es esencial desde varias perspectivas, pero para nuestro propósito presente, queremos resaltar que comenzamos con un decisor individual porque es en el nivel del individuo que podemos atribuir significado a la acción humana en términos de propósitos y planes. Sobre la naturaleza no arbitraria de este punto inicial de la praxeología ver Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), p. 39.

231. Mises, *Human Action*, p. 3.

232. Mises, *Human Action*, p. 42.

233. Ibíd., p. 62.

234. Ibíd., p. 651.

235. El prototipo del método compositivo es la explicación del origen de un medio común de intercambio. Mises es interpretado a menudo como énfasis de la lógica de la acción humana, mientras que Hayek es interpretado como énfasis de la ocurrencia espontánea de los fenómenos sociales. Sin embargo, estas interpretaciones subestiman el aprecio de Mises por el orden espontáneo y el aprecio de Hayek por la lógica de la escogencia como fundamento

esencial del método compositivo de análisis. En *Human Action,* Mises establece que "Carl Menger solo suministró una teoría praxeológica irrefutable sobre el origen del dinero. También reconoció la importancia de su teoría para dilucidar los principios fundamentales de la praxeología y su método de investigación". En *Individualism and Economic Order,* Hayek analiza cómo la lógica de la escogencia es un componente necesario, pero no suficiente, para el desarrollo de una teoría sobre el proceso del mercado. El complemento de la lógica de la escogencia es hallado en un examen empírico de las propiedades epistémicas de los arreglos institucionales alternativos. El conocimiento empírico sobre cómo aprenden los actores, y cuán efectivo es ese aprendizaje en relación con la coordinación de sus planes con otros y el uso de recursos escasos de la manera más eficiente posible, en diferentes conjuntos sociales, constituye el conocimiento científico complementario que tiene la habilidad de traducir meras tautologías de la lógica de la escogencia en afirmaciones empíricamente razonables. F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), pp. 33-56.

236. F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (1952; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1979), pp. 68-69.

237. Para una idea general del programa de investigación de Hayek, ver Peter J. Boettke, "Which Enlightenment, Whose Liberalism: F. A. Hayek's Research Program for Understanding the Liberal Society", en *The Legacy of F. A. Hayek: Politics, Philosophy, Economics*, edited by Peter J. Boettke, vol. 1 (Edward Elgar Publishing, 1999), p. xi-lv. Para un análisis más detallado del análisis de Hayek ver Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: Chicago University Press, 2004).

238. Vincent Ostrom, *The Meaning of Democracy and the Vulnerability of Democracies* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1997), p. 98.

239. En su crítica del pensamiento basado en modelos, Vincent Ostrom se apoya en W. Euken, *The Foundations of Economics* (1940; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1951); y H. Albert, *Modell-Denken und historische Wirklichkeit",* en Ökonomisches *Denken und sociale Ordunung*, edited by H. Albert (Tibinger: J. C. B Mohr, 1984), pp. 39-61. Mises fue también un gran crítico del pensamiento basado en modelos de la economía moderna. Se sospecha que Ostrom no lo menciona porque mucha gente interpreta la metodología de Mises como cierre del lado empírico de las

ciencias sociales, pero esto de hecho es una interpretación falaz. Es cierto que Mises rechaza la epistemología positivista de la falsificación, pero esto no significa que su sistema ignore la realidad empírica. “Todos los teoremas de economía son necesariamente válidos en todas las instancias en que todas las presuposiciones están dadas. Por supuesto, no tienen significado práctico en situaciones en las que las condiciones no están presentes” (Mises, *Human Action*, p. 66). En otras palabras, el criterio no es falsificación, sino aplicabilidad. Una teoría es aplicable o no lo es, y eso es función de información empírica que el científico conoce. Ha habido gran interpretación errada sobre la posición austriaca definida por Mises a través de los años, incluso por parte de algunos de sus seguidores más cercanos, pero esto puede ser aclarado reconociendo que hay tres niveles de análisis en el sistema de Mises: la teoría pura, la teoría aplicada (o teoría contingente institucional), y la historia económica. La lógica pura de la escogencia es fundamento necesario para toda la economía, pero la teoría contingente institucional interpreta los ejercicios de pura deducción como proposiciones prácticamente atinentes, y la utilización de la teoría pura y de la teoría aplicada para proveer un marco interpretativo sobre la historia es, de hecho, el propósito y la plena justificación de desarrollar teoría.

240. Es importante destacar, sin embargo, que ni Vincent ni Elinor Ostrom rechazan la aplicabilidad del individualismo metodológico en el análisis del mercado y de otros escenarios. La pregunta es si se especifica un modelo riguroso. Los Ostrom prefieren el término “marco” al término “modelo” para describir el enfoque que guía su análisis. Ver Elinor Ostrom, *Governing the Commerce: The Evolution of Institutions for Collective Action* (New York: Cambridge University Press, 1990), pp. 214-215; y Vincent Ostrom, *Meaning of Democracy*, pp. 105-114.

241. Ostrom, *Meaning of Democracy*, p. 99.

242. Ver Ostrom, “Water and Politics California Style”, *Polycentric Governance and Development: Readings from the Workshop in Political Theory and Political Analysis*, edited by M. McGinnis (1967; Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1999), p. 31; Ostrom and Ostrom, “Legal and Political Conditions of Water Resource Development”, en *Polycentric Governance and Development: Readings from the Workshop in Political Theory and Political Analysis*, edited by M. McGinnis (1972; Ann Arbor: University of Michigan Press 1999).

243. Ver Crawford y Ostrom, “A Grammar of Institutions”, en *Polycentric Games and Institutions: Readings from the Workshop in Political Theory and Political Analysis*, edited by M. McGinnis (1995; Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2000).

244. Al margen de nuestro propósito principal, creemos que hay una confusión en la literatura relacionada con Menger y Hayek. Influidos por la obra de Schotter, *The Economic Theory of Social Institutions* (New York: Cambridge University Press, 1981), muchos han asegurado que Menger y Hayek ven las instituciones como conducta de equilibrio. No estamos de acuerdo. Las instituciones son las que establecen el equilibrio; los incentivos estructurales dictan el uso de la información y el descubrimiento de conocimiento nuevo. Hay una ambigüedad en los escritos de Menger y Hayek, porque el concepto de instituciones como centros de guía para la acción en un mundo de incertidumbre e ignorancia es ambiguo de cierta manera, pero creemos que leer a Hayek conduce a resultados de plena coordinación desde el enlace perfecto de los planes individuales: y esto es lo que se refiere a equilibrio —consistencia mutua de planes—; puede emerger un orden social que tienda a la coordinación en un punto determinado del tiempo, pero ese estado de cosas se define mediante conjuntos de expectativas mutuamente retroalimentadas; finalmente, existe un marco general de reglas que proveen un contexto en el que los actores persiguen sus planes, y es este marco el que genera el orden social —las expectativas mutuamente retroalimentadas— que permiten al actor coordinar su plan con el de los otros (el equilibrio).

245. Ostrom, Tiebout and Warren, “The Organization of Government in Metropolitan Areas: A Theoretical Inquiry”, en *Polycentricity and Local Public Economies: Readings from the Workshop in Political Theory and Political Analysis*, edited by M. McGinnis (1961; Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1999), pp. 31-32.

246. Ostrom, Tiebout and Warren, “The Organization of Government in Metropolitan Areas: A Theoretical Inquiry”, p. 45.

247. Ibíd. Este problema sobre los precios de los bienes públicos fue identificado por los teóricos italianos de las finanzas públicas que tuvieron gran influencia en el programa de investigación de Buchanan. El problema de la asignación de precios tiene sus raíces en el análisis del problema de los precios de los factores en una economía socialista, que fue identificado por

Mises cerca de 1920.

248. Ostrom, "Polycentricity (part 1)", en *Polycentricity and Local Public Economics: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis*, edited by M. McGinnis (1961; Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1999).

249. Ostrom, "Polycentricity (part 1)", p. 58. Énfasis en el original.

250. Parte de nuestro propósito en este texto es destacar la similitudes entre los proyectos de investigación de los Ostrom y las enseñanzas de académicos como Knight, Mises y Hayek. En *La acción humana,* Mises escribe sobre lo que denomina "La ley de asociación de Ricardo". La simpatía y la amistad son consecuencias, y no causas, de la cooperación social. Véase Mises, *Human Action*, pp. 143-176.

251. Ostrom, "A Forgotten Tradition: The Constitutional Level of Analysis", en *Polycentric Governance and Development: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis* (1967; University of Michigan, 1999), p. 164.

252. Hayek describe de esta forma la economía política liberal clásica de Hume y Smith: "la preocupación principal era no tanto lo que el hombre ocasionalmente pudiera conseguir cuando estuviera en su mejor momento, sino que tuviera la mínima posibilidad para hacer daño cuando atravesara momentos malos". Hayek, *Individualism and Economic Order.*

253. Ostrom, *Meaning of Democracy*, p. 273.

254. Ver también Peter J. Boettke, "Why Culture Matters: Economics, Politics and the Imprint of History", en *Calculation and Coordination: Essays on Socialism and Transitional Political Economy* (New York: Routledge, 2001), pp. 248-265; y Peter J. Boettke, Christopher J. Coyne and Peter T. Lesson "Institutional Stickiness and the New Development Economics", *American Journal of Economics and Sociology* 67, no. 2 (2008): pp. 331-358.

255. Ronald Coase, "The Federal Communications Commission", *Journal of Law and Economics* 2, no. 1 (1959): p. 18.

256. Ronald Coase, "The Problem of Social Cost", *Journal of Law and Economics* 3, no. 1 (1960): p. 43.

257. Ibíd., p. 44.

258. A. O. Hirschman, *The Passions and the Interests* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1977).

259. F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), pp. 11-14.

260. Ver, por ejemplo, M. McGinnis, ed., *Polycentricity and Local Public Economics: Readings from the Workshop in Political Theory and Policy Analysis* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1999).

261. Ibíd.

262 . Axel Tabarrok, "Elinor Ostrom and the Well-Governed Commons", *Marginal Revolution,* 2009. Disponible en http://marginalrevolution.com/marginalrevolution/2009/10/elinor-ostrom-and-the-wellgoverned-commons.html.

263. S. Shivakumar, *The Constitution of Development: Crafting Capabilities for Self-Governance* (New York: Pelgrave, 2005), p. 131.

264. Elinor Ostrom et al., *Aid, Incentives, and Sustainability: An Institutional Analysis of Development Cooperation* (Stockholm: Swedish International Development Cooperation Agency, 2002).

265. Vincent Ostrom, *The Meaning of Democracy and the Vulnerability of Democracies* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1997), p. 10.

266. S. Cheung, "The Fable of the Bees: An Economic Investigation", *Journal of Law and Economics* 16, no. 1 (1973): pp. 11-33.

267. Elinor Ostrom, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action* (New York: Cambridge University Press, 1990), pp. 58-102.

268. Elinor Ostrom, *Understanding Institutional Diversity* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005).

269. Ver Peter T. Leeson, "The Laws of Lawlessness", *Journal of Legal Studies* 38, no. 2 (2009): pp. 471-503.

270. Elinor Ostrom, "A Behavioral Approach to the Rational Choice Theory of Collective Action" (discurso presidencial, American Political Science Association 1997), *American Political Science Review* 92, no. 1 (1998): pp. 1-22; en *Polycentric Games and Institutions: Readings from the Workshop in Political Theory and Political Analysis*, ed. M. McGinnis (1988; Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2000).

271. Ver, por ejemplo, Peter J. Boettke and David L. Prychitko, "Mr. Boulding and the Austrians", en *Joseph Schumpeter, Historian of Economics* (New York: Routledge, 1996), pp. 250-259.

272. A. Poteete, M. Janssen and Elinor Ostrom, *Working Together:*

Collective Action, the Commons, and Multiple Methods (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010).

273. P. Dragos Aligica and Peter J. Boettke, *Challenging Institutional Analysis and Development: The Bloomingdale School* (New York: Routledge, 2009), p. 159.

274. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 13.

275. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 165.

276. Kenneth E. Boulding, "Samuelson's *Foundation*: The Role of Mathematics in Economics", *Journal of Political Economy* 56 (June 1948): pp. 187-199.

277. F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (1952; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1979).

278. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 19.

279. Ibíd., p. vii.

280. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 18.

281. Ibíd., p. 140.

282 . Mayer, *Invitation to Economics*, p. 3.

283. Ibíd., p. xiv.

284. Ibíd., p. 7.

285. Mayer, *Invitation to Economics*, p. 311.

286. Ibíd., pp. 115-155.

287. Berger, *Invitation to Sociology*, pp. 91-92.

288. Berger, *Invitation to Sociology*, pp. 127-129; Mayer, *Invitation to Economics*, pp. 157-159.

289. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 9.

290. Mayer, *Invitation to Economics*, p. 76.

291. Berger, *Invitation to Sociology*, p. vi.

292. Mayer, *Invitation to Economics*, p. 311.

293. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 122.

294. Ibíd., p. 124.

295. Ibíd., p. 126.

296. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 129.

297. Mayer, *Invitation to Economics*, pp. 227-310.

298. Ibíd., p. 55.

299. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 168.

300. Ibíd., p. 18.

301. Jon Elster, *Alexis de Tocqueville: The First Social Scientist* (New York: Cambridge University Press, 2009).

302. Richard Swedberg, *Tocqueville's Political Economy* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009).

303. P. Dragos Aligica and Peter L. Boettke, *Challenging Institutional Analysis and Development: The Bloomington School* (New York: Routledge, 2009); Vincent Ostrom, *The Meaning of Democracy and the Vulnerability of Democracies* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1997).

304. Berger, *Invitation to Sociology*, p. 176.

305. Gerald P. O´Driscoll and Mario J. Rizzo, *The Economics of Time and Ignorance* (New York: Basil Blackwell Publishers, 1985); Karen I. Vaughn, *Austrian Economics in America* (New York: Cambridge University Press, 1994); Peter L. Boettke, ed., *The Elgar Companion to Austrian Economics* (Aldershot, UK: Edward Elgar Publishers, 1994); Peter L. Boettke and Peter T. Leeson, "The Austrian School of Economics, 1950-2000", en *The Blackwell Companion of the History of Economic Thought* (Oxford: Basil Blackwell Publishers, 2003).

306. Alfred Schutz and Felix Kaufmann, alumnos de Mises, intentaron reconstruir la metodología del pensamiento de Mises apoyados en la filosofía de Husserl (Schutz) y en el positivismo (Kaufmann) para desarrollar una posición metodológica para las ciencias sociales. Ver Alfred Schutz, *The Phenomenology of the Social World* (Evanston, IL: Northwestern University Press, 1967); Felix Kaufmann, *The Methodology of the Social Sciences* (London: Oxford University Press, 1944).

307. Murray N. Rothbard, "In Defense of Extreme Apriorism", *Southern Economic Journal* 23, no. 3 (1957): pp. 314-320; Rothbard, "Praxeology, The Method of Austrian Economics", en *Foundations of Modern Economics* (1972; Kansas City, KS: Sheed & Ward, 1976). En este ensayo Rothbard defiende el apriorismo con argumentos algo diferentes de los de Mises. Sostiene que la proposición inicial de la teoría económica —todos los seres humanos actúan con un propósito— puede ser conocida por introspección (como Mises) y también puede ser apriorismo si es aprendida por la vía de la observación "amplia y empírica". Rothbard introduce lo que llamó una desviación "aristotélica" del estatus *a priori* del axioma de la acción. Sobre este asunto, Smith defiende la visión de un *apriorismo* ontológico —"una dimensión *a priori* profunda del lado de las propias cosas" (B. Smith, "In

Defense of Extreme (Fallibilistic) Apriorism", *Journal of Libertarian Studies* 12, no. 1 [Spring 1996]: pp. 179-192). En *Ludwig von Mises* (Wilmington, NC: ISI Books, 2001), Israel Kirzner narra que Mises, supuestamente, le dijo que el axioma de la acción se deriva también de la experiencia. Pero en su primer libro y tesis doctoral bajo la dirección de Mises, Kirzner sostiene el argumento tradicional de Mises: sabemos que los seres humanos actúan por la vía de la introspección (Kirzner, *The Economic Point of View* (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1960).

308. Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics* (1933; New York: New York University Press, 1981).

309. Böhm-Bawerk, "The Historical versus the Deductive Method in Political Economy", *Annals of the Academy of Political Science* 1, en *Classics in Austrian Economics* (1891; London: Pickering & Chatto, 1994), pp. 109-129.

310. Böhm-Bawerk divide la teoría de precios en dos partes: 1. teoría pura de intercambio y precio y 2. incorporación en el análisis de motivaciones individuales diferentes, circunstancias empíricas diferentes e instituciones concretas alternativas.

> La cantidad de atención asignada por los economistas a cada una de las dos partes de la teoría ha variado con la fase existente en métodos de investigación. Mientras la fase abstracta deductiva característica de la Escuela Inglesa iba en ascenso, la primera parte del problema de los precios era casi la única considerada, muy cerca de la exclusión completa de la segunda parte. Más tarde se adelantó el método historicista originario de Alemania. Estuvo caracterizado por la tendencia de enfatizar no solamente lo general sino también lo particular, para tomar en cuenta la influencia amplia y también las peculiaridades nacionales, sociales e individuales. (Böhm-Bawerk, *Capital and Interest*, 3 vols. (1884-1921; South Holland, IL: Libertarian Press, 1949), vol. 2, pp. 212-213). Sobre sus propias contribuciones en el área de la teoría pura, Böhm-Bawerk argumentaba: "Reconozco que lo que ofrezco con certeza se relaciona con un análisis complementario de la segunda parte de la teoría del precio…" (*Capital and Interest,* vol. 2, p. 213).

311. Kant, *The Critic of Pure Reason* (New York: St. Martin's Press, 1958),

pp. 1-30.

312. Kant, *Critique*, A95-130.

313 . Mises también estaba incómodo desde el punto de vista ideológico. Con estos dos inconvenientes, su pretensión de legitimidad intelectual fue difícil de mantener durante la mayor parte de su carrera. Se le consideraba sospechoso en metodología e ideología. Pero en ambos aspectos consideramos que Mises estuvo mucho más alineado con la corriente principal del pensamiento económico y político enfocado históricamente de lo que se admitió durante su vida.

314. Mises, *Epistemological Problems*. El apriorismo no contradecía la economía de esa época. Lionel Robbins publicó *Essay on the Nature and Significance of Economic Science* (London: Macmillan, 1932) y Frank Knight publicó "What Is Truth in Economics?", *Journal of Political Economy* 48 (1940): pp. 1-32. Pero cuando Milton Friedman publicó *Essays in Positive Economics* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1953), se volvió la regla para los economistas argumentar que la ciencia económica requería someter las hipótesis a pruebas empíricas.

315. P. Greaves, *Mises Made Easier: A Glossary for Ludwig von Mises'* Human Action (New York: Free-Market Books, 1974).

316. T. W. Hutchison, *The Significance and Basic Postulates of Economic Theory* (1938; New York: Augustus M. Kelly, 1965). La vehemencia del positivismo en economía estaba en gran parte *motivada ideológicamente*: como martillo filosófico para derrotar ideologías como el marxismo y el nazismo que cerca de 1930 se habían introducido en el área de la ciencia.

317. Hay un contraste entre esto y lo escrito por Max Weber y Ludwig von Mises, quienes fueron anteriores al positivismo y cuya opinión es importante como alternativa a la noción positivista de la ausencia de juicios de valor. Richard Swedberg, *Max Weber and the Idea of Economic Sociology* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1997); Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2004); Peter J. Boettke, "Why Are There No Austrian Socialists? Ideology, Science and the Austrian School", *Journal of the History of Economic Thought* 17 (Spring 1995): pp. 35-56; Peter J. Boettke, "Is Economics a Moral Science?", *Journal of Markets and Morality* 1, no. 2 (1998): pp. 212-219.

318. Mises, *The Ultimate Foundation of Economic Science* (Kansas City, KS: Sheed & McMeel, 1978), pp. 38, 120-124, 133; Mises, *Epistemological*

Problems, pp. 7-12; Mises, *Human Action* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), pp. 4, 30, 59. Ver también Greaves, *Mises Made Easier.* Este glosario, aprobado por Mises, incluye el término "positivismo lógico".

319. La opinión de Mises sobre la posibilidad de *tests* no ambiguos antecedió a la tesis de Duhem-Quine sobre la verdad o la falsedad de un aserto teórico que no puede ser determinada independientemente de un conjunto de afirmaciones. Boettke, "Ludwig von Mises", en *The Handbook of Economic Methodology* (Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing, 1998), pp. 534-540.

320. Johann Wolfgang von Goethe, *Scientific Studies* (Princeton, NJ: Princeton University Press), p. 307.

321. Mises, *Epistemological Problems*, p. 28.

322. Mises, *Human Action*, p. 69. Sobre el tema de la falibilidad en la metodología de Mises ver también estas obras de Barry Smith: "Aristotle, Menger, Mises: An Essay in the Metaphysics of Economics", *History of Political Economy*, Annual Supplement to Volume 22 (1990): pp. 263-288; Smith, "Aristotelism, Apriorism, Essentialism", en *The Elger Companion to Austrian Economics* (Northampton, MA: Edward Elgar, 1994), pp. 33-37; y Smith, "In Defense".

323. Véase Ludwig von Mises, *Theory and History* (New Haven, CT: Yale University Press, 1957).

324. Mises, *Human Action*, p. 66.

325. Varios autores austriacos han enfatizado "el conocimiento desde adentro" como característica distintiva de la ciencia humana. F. von Wieser, *Social Economics* (New York: Adelphi, 1927); Mises, *Human Action*; y F. A. Hayek, "The Fact of the Social Sciences", en *Individualism and Economic Order* (1943; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), pp. 57-76.

326. Además de Mises, sobre este punto véase también el clásico de Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (1952; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1979).

327. Mises, *Human Action*, p. 92.

328. Mises, *Human Action*, p. 31.

329. Las leyes económicas son deducidas del axioma de la acción *apriorísticamente* con la ayuda del supuesto *ceteris paribus* que permite una clase de experimento mental controlado. El progreso teórico en las ciencias humanas, según Mises, ocurre por la vía de estos experimentos mentales.

Mises va lejos al afirmar que el método de la praxeología es el método de construcciones imaginarias. *Human Action*, pp. 237-238.

330. Mises, *Human Action*, p. 35.

331. Ibíd., p. 40.

332. Por esto la sugerencia de Cowen y Fink de que la economía de giro uniforme es una construcción inconsistente y que el modelo Arrow-Hahn-Debreu de equilibrio competitivo es más útil puede desafiarse. Véase Tyler Cowen and R. Fink, "Inconsistent Equilibrium Constructs: Mises and Rothbard on the Evenly Rotating Economy", *American Economic Review* (September 1985): pp. 866-869. Depende del objetivo para el que se va a utilizar el modelo. Además, la crítica de Caldwell en "Praxeology and Its Critics" de que entre dos teorías *a priori* en competencia no hay capacidad de elegir una por sobre la otra, también debe discutirse. El criterio de escogencia es la relevancia para la tarea que el científico busca realizar. Nótese aquí la diferencia entre nuestra respuesta a Caldwell, que usa lo que Smith (en "In Defense") llama el apriorismo "subjetivista" de Kant y Mises, y la respuesta del propio Smith, que está más cercana a la posición de Rothbard y se basa en un apriorismo "objetivista" —"un *a priori* del mundo real"— ("In Defense", p. 191).

333. Barry Smith, "Aristotle, Menger, Mises"; "Aristotelism, Apriorism, Essentialism" y "In Defense".

334. Barry Smith, "Aristotle, Menger, Mises", p. 275.

335. Mises, *Human Action*, p. 92.

336. Ibíd., p. 32.

337. Ibíd., p. 39.

338. Debe quedar claro que el uso de postulados subsidiarios empíricos no altera la naturaleza *a priori* de las teorías establecidas.

339. Mises, *Human Action*, p. 65.

340. Ibíd., p. 21.

341. En relación con el argumento austriaco en defensa de la economía libre de juicios de valor, ver Boettke, "Ludwig von Mises" y "Is Economics…?".

342. Mises, *Human Action*, p. 32.

343. Ibíd.

344. Consideramos importante distinguir entre los filósofos de la economía (como Hutchinson, Blaug, Hausman, Rosenberg, etcétera) y los economistas

practicantes. Varios académicos, en especial McCloskey, han señalado que la práctica de los economistas está muy separada de la retórica oficial de la economía. Algunos filósofos de la economía, como Rosenberg, creen que esto refleja la falla intelectual de la disciplina de la economía, y otros, como McCloskey, creen que esto demuestra la bancarrota intelectual de la metodología prescripta por los filósofos. Si el consejo de los filósofos positivistas no puede ser aceptado en la disciplina de la economía, porque el sujeto no puede ser tratado en esa forma, entonces el uso de criterios positivistas para separar la ciencia de la no ciencia es lo opuesto a un comienzo. En el caso de alguien como Mises, sus escritos metodológicos no han sido comprendidos por amigos y enemigos precisamente por la caracterización errada de los errores filosóficos que él buscó señalar.

345. Mises, *Human Action*, p. 405.

346. Mises, *Human Action*, pp. 38-39.

347. Las teorías no son refutadas ni irrefutables, mediante el análisis empírico. Son aplicables o inaplicables: atinentes o no atinentes a la tarea de la interpretación empírica.

348. Mises, *Human Action,* p. 40.

349. Una descripción de este movimiento se encuentra en Peter J. Boettke, Christopher J. Coyne and Peter T. Leeson, "Man as Machine: The Plight of 20th Century Economics", *Annals of the Society for the History of Economic Thought* 43 (2003): pp. 1-10.

350. La narrativa analítica que proponemos aquí está enraizada en el método praxeológico que coloca las decisiones humanas creativas e inciertas en el centro del análisis. Aunque la narrativa analítica defendida por R. Bates et al. en *Analytic Narratives* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1998) es similar en cuanto busca usar la teoría económica para el propósito de interpretación histórica, se origina en un método de pura teoría de juegos, que reemplaza un mundo en el que actores no dotados de información perfecta buscan metas cambiantes en condiciones de cambios constantes, por un mundo de información perfecta y completa, en el que las escogencias de los agentes son deterministas.

351. Israel M. Kirzner, "Lifetime Achievement Award Acceptance Speech" (Society for the Development of Austrian Economics, Charleston, SC, November 19, 2006).

352. Ludwig von Mises, *News and Recollections* (South Holland, IL: Libertarian Press, 1978), p. 36.

353. Hans Mayer, *Der Erkenntniswert der Funktionellen Priestheorien* [*The Cognitive Value of the Functional Theories of Price*], en *Classics in Austrian Economics: A Sampling in the History of a Tradition*, vol. 2, *The Interwar Period* (1932; London: Pickering & Chatto, 1994), pp. 55-168.

354. Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (1922; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1981), p. 186.

355. Mises, *Socialism,* p. 102.

356. Mises, *Human Action*, pp. 337-338.

357. Frank Hahn, *On the Notion of Equilibrium in Economics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1973).

358. Kenneth Arrow, "Methodological Individualism and Social Knowledge", *The American Economic Review* 84, no. 2 (1994): p. 4.

359. Israel M. Kirzner, prefacio a Frédéric E. Sautet, *An Entrepreneurial Theory of the Firm* (London: Routledge, 2000), p. xiii.

360. Peter J. Boettke and Christopher Coyne, "Swedish Influences, Austrian Advances: The Contributions of the Swedish and Austrian Schools to Market Process Theory", en *The Evolution of the Market Process: Austrian and Swedish Economics*, edited by M. Bellet, S. Gloria-Palermo and A. Zouache (New York: Routledge, 2004), pp. 20-31.

361. F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996).

362. F. A. Hayek, *The Road to Serfdom* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1944).

363. Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning* (New York: Cambridge University Press, 1985).

364. Existe una abundante literatura surgida en la década de los 90 con la que se busca ordenar las importantes diferencias entre Mises y Hayek respecto del análisis del socialismo; y yo recomendaría que el lector leyera detenidamente los argumentos de Joseph Salerno, "Mises and Hayek Dehomogenized", *Review of Austrian Economics* 6, no. 2 (1993): pp. 113-146. Sobre este, yo creo que Salerno presenta algunos puntos válidos, incluso cuando yo me mueva, en última instancia, en una dirección distinta. Para ver mi posición sobre el tema, pueden leer mi ensayo "Economic Calculation: The Austrian Contribution to Modern Political Economy", en *Calculation*

and Coordination (New York: Routledge, 2001), y también mi introducción al trabajo, en nueve volúmenes, *Socialism and the Market Economy* (London: Routledge, 2000).

365. Como hemos visto, Mises y Hayek son ambos defensores del orden de mercado y de la propiedad privada. El intento por separar a Mises y Hayek en este asunto es un error.

366. Ronald Coase, en *The Firm, the Market and the Law* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1988), explicó cómo su propio trabajo en la teoría del costo de transacción de la empresa emergió de las discusiones de este debate. W. H. Hutt, en "The Concept of Consumer Sovereignty", *Economic Journal* 50 (1940), estableció el término "soberanía del consumidor" en ese tiempo y también estableció la expresión "planificación económica colectiva" como una de las fuentes de inspiración. El debate es importante, no solo por la evaluación de los sistemas económicos, sino también por obligar a los académicos a pensar con creatividad sobre las instituciones del capitalismo desde los puntos de vista del productor y del consumidor.

367. E. F. Durbin, "Professor Hayek on Economic Planning and Political Liberty", *Economic Journal* 55, no. 220 (1945): pp. 357-370.

368. Lionel Robbins, *Economic Problems in Peace and War* (London: Macmillan, 1947).

369. F. A. Hayek, "Kinds of Rationalism", en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (1964; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1967), pp. 82-95.

370. Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2004).

371. F. A. Hayek, "The Trend of Economic Thinking", *Economica* (May 1933): pp. 121-137, en *The Collected Works of F. A. Hayek*, edited by W. W. Bartley III, vol. 3 (1933; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1991), pp. 17-34; Oskar Lange, "On the Economic Theory of Socialism, en *On the Economic Theory of Socialism* (1936-1937; Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1938), pp. 55-129.

372. Hayek, "The Trend of Economic Thinking", pp. 125, 22.

373. Hayek, *Road to Serfdom*, p. 137.

374. Más tarde Hayek estableció que su crítica del racionalismo constructivista coincidía con el espíritu de Hume de "usar la razón para bajar

las pretensiones de la razón".

375. Paul Milgrom and John Roberts, *Economics, Organization and Management* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1992).

376. Timur Kuran, *Private Thruths, Public Lies* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995); Douglass North, *Understanding the Process of Economic Change* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004).

377. Mancur Olson, *Power and Prosperity* (New York: Basic Books, 2000); Andrei Shleifer et al., "The New Comparative Economics", *Journal of Comparative Economics* 31, no. 4 (December 2003): pp. 595-619. Para un análisis más amplio ver Christopher J. Coyne, "The Institutional Prerequisites for Post-Conflict Reconstruction", *Review of Austrian Economics* 18, no. 3/4 (2005): pp. 325-342; y Peter L. Leeson, "Endogenizing Fractionalization", *Journal of Institutional Economics* 1, no. 1 (2005): pp. 75-98.

378. W. Baumol, *The Free-Market Innovation Machine* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2002); P. Boettke y C. Coyne, "Entrepreneurship and Development: Cause or Consequence?" *Advances in Austrian Economics* 6 (2003); J. Coyne and P. Leeson, "The Plight of Underdeveloped Countries", *Cato Journal* 24, no. 3 (2004): pp. 235-249.

379. R. Bates et al., *Analytical Narratives* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1998).

380. H. de Soto, *The Other Path* (New York: Harper Collins, 1989).

381. T. Frye, *Brokers and Bureaucrats* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2000).

382. F. Fukuyama, *State-Building: Governance and the World-Order in the 21st Century* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2004).

383. R. Epstein, *Simple Rules for a Complex World* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995).

384. El Premio Nobel de 2004 a Kydland y Prescott fue otorgado, en parte, por su trabajo sobre reglas versus discreción lo que es consistente con este punto básico de Hayek.

385. Elinor Ostrom et al., *Aid, Incentives and Sustainability: An Institutional Analysis of Development Cooperation* (Stockholm, Sweden: Swedish International Development Cooperation Agency, 2002).

386. C. Kukathas, *The Liberal Archipelago: A Theory of Diversity and Freedom* (New York: Oxford University Press, 2003).

387. Bruce Benson, *The Enterprise of Law* (San Francisco, CA: Pacific

Research Institute for Public Policy, 1990).

388. Barry Weingast, "The Economic Role of Political Institutions", *Journal of Law, Economics and Organization* 11, no. 1 (1995): pp. 1-31.

389. James M. Buchanan, *What Should Economists Do?* (Indianapolis, IN: Liberty Press, 1979), p. 279.

390. Ver R. Cushman, "Rational Fears", *Lingua Franca* (November/December 1994): pp. 42-54, para una explicación sobre el episodio de Virginia, el auge de la ciencia política de la escogencia racional y la reacción que suscitó.

391. James M. Buchanan, *Better than Plowing* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1992), p. 164.

392. A. Leijonhufvud, "Life among the Econ", en *Information and Coordination* (New York: Oxford University Press, 1981), p. 359.

393. Robert H. Nelson, *Reaching for Heaven on Earth* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1991), p. 2.

394. Deirdre McCloskey, "Kelly Green Golf Shoes and the Intellectual Range from M to N", *Eastern Economic Journal* 21, no. 3 (Summer 1995): p. 414.

395. T. S. Kuhn, "The Essential Tension: Tradition and Innovation in Scientific Research", en *The Third University of Utah Research Conference on the Identification of Scientific Talent*, edited by C. W. Taylor (Salt Lake City, UT: University of Utah Press), pp. 162-174.

396. Un cambio de perspectiva en la edad madura no es suficiente. Puede atribuirse a suavidad de la mente o a uvas ácidas. El disidente debe ser consistente desde temprana edad, pero debe apoyar la disidencia de una manera que llame la atención.

397 . Sobre las contribuciones económicas de Buchanan, véase A. Adkinson, "James M. Buchanan's Contributions to Economics", *Scandinavian Journal of Economics* 89, no. 1 (1987): pp. 5-15; Peter J. Boettke, "Virginia Political Economy: A View from Vienna, en *The Market Process: Essays on Contemporary Austrian Economics*, edited by Peter Boettke and David Prychitko (1987; Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing, 1994), pp. 244-260; T. Romer, "On James Buchanan's Contributions to Public Economics", *Journal of Economic Perspectives* 2, no. 1 (Fall 1988): pp. 165-179; y A. Sandmo, "Buchanan on Public Economy: A Review Article", *Journal of Economic Literature* 28, no. 1 (March 1990): pp.

50-65. Sobre la "nueva" economía política, ver D. Mueller, *Public Choice II* (New York: Cambridge University Press, 1989) y R. Inman, "Markets, Governments and the "New" Political Economy", en *The Handbook of Public Economics*, edited by A. Auerbach and M. Feldstein, vol. 2 (Amsterdam: North Holland, 1987), pp. 647-777; W. C. Mitchell and R. T. Simmons, *Beyond Politics: Markets, Welfare and the Failure of Bureaucracy* (Boulder, CO: Westview, 1994). En *Beyond Politics*, Simmons y Mitchell ofrecen una práctica introducción a la escuela del análisis de las decisiones públicas.

398. Sandmo, "Buchanan on Political Economy", pp. 62-63.

399. Probablemente Buchanan sea más conocido por el trabajo conjunto que desarrolló con Gordon Tullock. Ver *The Calculus of Consent* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1962) y en *The Collected Works of James M. Buchanan*, vol. 3 (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1999). La influencia de Tullock merece ser reconocida en toda la obra de Buchanan. La tensión entre la perspectiva filosófica de Buchanan y la perspectiva económica de Tullock creó una cooperación muy productiva.

400. James M. Buchanan, *Public Principles of Public Debt* (Homewood, IL: Irwin, 1958).

401. Buchanan, *Cost and Choice*, en *The Collected Works of James M. Buchanan*, vol. 6.

402. Esta contribución, por supuesto, no ha sido reconocida consistentemente por los economistas del *establishment*, que veneran al dios del formalismo. Pero los asertos metodológicos de Buchanan a lo largo de su carrera han advertido sobre los costos del formalismo para la comprensión económica y proporcionan inspiración, a los que trabajan fuera de la moda formalista actual, sobre el progreso real que puede lograrse en el pensamiento económico buscando persistentemente los principios fundamentales de la disciplina. Parecería que un principio formalista como la navaja de Occam se pondría del lado de los antiformalistas.

403. Buchanan, *Freedom in Constitutional Contract* (College Station, TX: A&M University Press, 1975); Buchanan, *Liberty, Market and State* (New York: New York University Press, 1986); Buchanan, *The Economics of Ethics and Constitutional Order* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1991).

404. James M. Buchanan and J. Y. Yoon, *The Return of Increasing Returns* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1994).

405. Buchanan, *What Should Economists Do?*, pp. 280-282.

406 Amartya Sen, en "Rationality and Social Choice", *American Economic Review* 85, no. 1 (March 1995): pp. 1-24, intentó responder a la crítica de Buchanan sobre la literatura de la escogencia social.

407. Buchanan, *What Should Economists Do?*, pp. 17-37.

408. Ibíd., pp. 22-23.

409. Buchanan, *What Should Economists Do?*, pp. 29-30. (Énfasis en el original).

410. Steven Pressman me comentó que la teoría de las finanzas funcionales de Abba Lerner sostenía que los Gobiernos debían balancear sus presupuestos cíclicamente. Por el contrario, la idea de Lerner era que los Gobiernos podían afrontar déficits indefinidamente siempre y cuando los ciudadanos estuvieran dispuestos a otorgar préstamos al Gobierno. Este aspecto de la doctrina no se convirtió en parte de la ortodoxia keynesiana, reflejada en el pensamiento de Paul Samuelson, Robert Solow, James Tobin y Laurence Klein, que argumentaban a favor de presupuestos cíclicamente balanceados. Pero implícita en la crítica de Buchanan está la idea de que balancear el presupuesto en términos del ciclo económico produce un colapso que culmina en la postura de Lerner de déficits indefinidos, como consecuencia de la conducta política.

411. Buchanan, *Cost and Choice*, p. 60.

412. Karen Vaughn, "Does It Matter That Costs Are Subjective?" *Southern Economic Journal* 46, no. 1 (January 1980): pp. 702-715. El ensayo se refiere al dilema presente en esta situación. Para calcular el impuesto apropiado correctivo, el creador de la política debe conocer el precio de equilibrio, pero el entorno que exige corrección implica una situación de desequilibrio.

413. En el salón de clase, por ejemplo, una de las preguntas más confrontadoras y más interesantes dirigidas a los estudiantes era: "¿Quién es el individuo en la economía?" El método docente de Buchanan —al menos cuando fue mi profesor, en la década de 1980— era abstenerse de asignar un texto, pero reservar cerca de una docena de libros que debían ser leídos de principio a fin durante el semestre. Buchanan calificaba a los estudiantes sobre una serie de ensayos breves, que se entregaban cada quincena durante el semestre. En una de las clases que tomé con él, las tareas giraban en torno a manipular el modelo del venado y el castor, de Adam Smith. Irónicamente, ese semestre también tuve el privilegio de estudiar con Kenneth Boulding,

que también dedicó la mayor parte del semestre a discutir el modelo básico de Adam Smith. Boulding me explicó que Frank Knight, profesor de Buchanan y Boulding, dedicaba sus clases a discutir la religión del mundo o el modelo venado-castor de Smith. Yo estaba, simplemente, experimentando una larga línea de metodología docente.

414. El velo de incertidumbre fue introducido por Buchanan y Tullock en la obra *The Calculus of Consent* y más tarde John Rowls hizo famoso el velo de la ignorancia.

415. Buchanan, *Economics and Ethics.*

416. Digo "con miopía", porque el pensamiento de Hayek era mucho más que una advertencia contra el constructivismo —pero no es este el sitio para discutir en detalle las contribuciones de Hayek—. La lectura miope de la crítica de Hayek al constructivismo racional indujo a Buchanan a oponerse a Hayek.

417. Debo afirmar de inmediato que Buchanan nunca se consideró como un salvador (ni consideró la economía como una salvadora). De hecho, para Buchanan el economista salvador es la forma más elevada de arrogancia. (Ver lo escrito por Knight en la obra de Buchanan *Limits of Liberty*, vol. 7, p. 209).

418. Buchanan, *Limits of Liberty*, pp. 88-90.

419. J. M. Buchanan, R. D. Tollison and G. Tullock, eds., *Towards a Theory of the Rent-Seeking Society* (College Station, TX: Texas A&M University Press, 1980).

420. Buchanan, *Liberty, Market*, p. 14.

421. Pido disculpas por la violación obvia de individualismo metodológico implicado en esta oración.

422. Kenneth E. Boulding, "Samuelson's *Foundations*: The Role of Mathematics in Economics", *Journal of Political Economy* 56 (June 1948): pp. 247, 199.

423. F. A. Hayek: "The Trend of Economic Thinking", *Economica* (May 1933): pp. 121-137, en *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 3, *The Trend of Economic Thinking* (1933; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1991), p. 21.

424. Bruce Caldwell: "Hayek's 'The Trend of Economic Thinking'", *Review of Austrian Economics* 2 (1988): p. 178.

425. Bruce Caldwell: "Austrians and Institutionalists" *Research in the*

History of Economic Thought & Methodology 6 (1989): pp. 91-100.

426. Ludwig von Mises: *Epistemological Problems of Economics* (1933; New York: New York University Press 1981), p. 214.

427. Por supuesto, los economistas austriacos se enfrascaban en debates con los economistas de la corriente principal. Dos temas importantes que encendían estos debates fueron la teoría del capital (J. B. Clark) y la teoría sobre valor y precio (Alfred Marshall).

428. John Hicks: "The Hayek Story", en *Capital Essays in Monetary Theory* (Oxford: Clarendon Press 1967), pp. 203-215.

429. La crítica de Henry Hazlitt en *The Failure of the "New Economics": An Analysis of the Keynesian Fallacies* (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1959) argumenta que muchas de las falacias dentro del keynesianismo son consecuencia de la mala lectura de la doctrina ortodoxa. Véase también Hazlitt, *The Critics of Keynesian Economics* (Princeton, NJ: Van Nostrand 1960).

430. Una biografía intelectual de Keynes cuando escribía la *Teoría general* puede encontrarse en Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes – The Economist as Savior, 1920-1937* (New York: Penguin, 1992).

431. Ludwig von Mises, "Economic Calculation in the Socialist Commonwealth", en *Collectivist Economic Planning*, edited by F. A. Hayek (1920; London: Routledge, 1935); y Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (Indianapolis, IN: Liberty Fund 1981).

432. Paul Samuelson, *Foundations of Economic Analysis* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1947). El éxito de Samuelson entre los economistas puede explicarse desde dos niveles. En primer lugar, la envidia que los economistas tienen de la física. La matematización de Samuelson prometía completar la transformación de la economía a la física social, que había comenzado con León Walras. En segundo lugar, Samuelson no solo era una persona inteligente, sino también estratégica. Poco tiempo después de que sus *Foundations* se transformaran en el libro de texto más importante de la educación de posgrado, su *Economics* se convirtió en el texto de cabecera de la educación del nivel universitario. En una década, Samuelson se volvió sinónimo de economía y su estilo de razonamiento —no tanto la sustancia— jamás se abandonó.

433. Véase Samuelson, *Foundations*, pp. 203-253, donde aborda el tema de la economía del bienestar y las implicaciones de su modelo de competencia.

Véase también Paul Samuelson, *Economics* (New York: McGraw Hill, 1961), pp. 678-689 y 818-836, para encontrar el tratamiento que daba a la planificación socialista.

434. Frank H. Knight, *Risk, Uncertainty and Profit,* University of Chicago Press (1921; Chicago, IL: Chicago University Press, 1971).

435. Uno de los mejores ejemplos de este giro es considerar las diferencias interpretativas entre Samuelson y Hayek sobre las implicaciones de las teorías de los precios en equilibrio de Vilfredo Pareto (*Manual of Political Economy,* 1909; New York: Augustus M. Kelly, 1971) y Barone ("The Ministry of Production in the Collectivist State", en Hayek, *Collectivist Economic Planning*, pp. 245-290) para la planificación económica. Hayek incluyó una traducción de Barone en su obra, precisamente porque pensó que era claro que Barone había demostrado la incapacidad práctica de la planificación socialista para replicar lo que se consigue en una economía de mercado competitivo. En forma similar, Pareto es claro al respecto de que el planificador colectivista deberá enfrentar una tarea magnánima, incluso cuando se tratara de una economía simple, mientras que el sistema capitalista resuelve el problema del cálculo económico todos los días a través del proceso impersonal del mercado. Tanto Barone como Pareto, sin embargo, demostraron que, para alcanzar la eficiencia económica en la producción, el colectivismo tendría que resolver el mismo conjunto de ecuaciones que la economía capitalista. En otras palabras, había una similitud formal en cuanto al problema económico de las dos economías. El reconocimiento de esta similitud formal fue el punto de partida del análisis de los problemas que la economía planificada debería enfrentar, no su solución. Sin embargo, como Samuelson sostenía que la crítica de Mises al socialismo había sido ya refutada por Barone y Pareto, consideraba que el sistema de planificación colectivista podría simplemente replicar el proceso de prueba y error explicado por Barone y por Pareto. El hecho de que ambos negaban explícitamente que tal tarea pudiera llevarse a cabo fue ignorado por Samuelson.

436. Esta transformación de la economía se debió, además de a Samuelson, a Kenneth Arrow, Gerald Debreu y Frank Hahn. No es una coincidencia que cada uno de estos individuos haya contribuido a la teoría de las fallas del mercado y al desarrollo del modelo del equilibrio competitivo general.

437. Ronald Coase: *The Firm, the Market and the Law* (Chicago, IL:

University of Chicago Press, 1988).

438. En la que posiblemente sea la mejor biografía intelectual de Coase hasta la fecha, Steven Medema sostiene que Coase estaba interesado en examinar las consecuencias de arreglos legales alternativos sobre la performance económica, en lugar de usar técnicas económicas para examinar las leyes. Esta diferencia en el énfasis explica la falta de interés de Coase en la economía y el derecho de Posner, un movimiento preocupado por usar técnicas económicas para examinar la eficiencia de diversos arreglos legales. Coase no solo sugirió un programa de investigación de comparación institucional alternativo, sino que sistemáticamente cuestionó la coherencia lógica de la corriente principal de la economía neoclásica. Coase se preocupó por mostrar que perseguir la lógica de la maximización en un contexto de costos de transacción iguales a cero llevaba a conclusiones diferentes de la economía del bienestar de Pigou. Si los costos de transacción eran cero, entonces los agentes económicos resolverían el conflicto mediante la negociación; pero si los costos de transacción (incluyendo los costos de información) eran positivos, entonces cómo podrían saber las autoridades qué nivel rígido de impuestos y subsidios serían correctos para cada situación. El programa de investigación de Coase encerraba una crítica de la práctica del momento y una alternativa positiva que ahora surge en la Nueva Economía Institucional, de la cual Coase es el principal referente. Steven Medema, *Ronald H. Coase* (New York: St. Martin´s Press, 1994).

439. Paul Krugman, en *Development, Geography and Economic Theory* (Cambridge, MA: MIT Press 1995) admite que la teoría del desarrollo de Albert O. Hirschman y Gunnar Myrdal era esencialmente correcta al enfocarse en la complementariedad estratégica en la inversión y en el uso de las fallas de coordinación, para explicar por qué algunos países son pobres y por qué otros son ricos. Pero estas ideas fueron ignoradas por los economistas en los 50 y en los 60, porque no estaban debidamente modeladas —lo que Krugman defiende, puesto que solo una idea debidamente modelada merece una atención seria de parte de la profesión—. Avinash Dixit en *The Making of Economic Policy: A Transaction-Cost Politics Perspective* (Cambridge, MA: MIT Press, 1996) propone un argumento similar respecto de la teoría económica de la política. Es esta actitud entre la segunda y la tercera generación de economistas después de Samuelson que se ha vuelto la dominante en la economía de la corriente principal.

440. Me referí a esta evolución del pensamiento económico en Peter J. Boettke, "What is Wrong with Neoclassical Economics (And What is Still Wrong with Austrian Economics)", en *Beyond Neoclassical Economics* (Aldershot, UK: Edward Elgar Publishing, 1996); Cf. Robert Heilbroner and William Milberg, *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought* (New York: Cambridge University Press, 1995).

441. Nada de lo que dije en este párrafo es originalmente mío. Véase Albert O. Hirschman, "Against Parsimony: Three Easy Ways of Complicating Some Categories of Economic Discourse", en *Rival Views of Market Society* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992); y Amartya Sen, *On Ethics and Economics* (Oxford: Blackwell, 1987). Hirschman propuso que complicáramos el discurso económico al reconocer la increíble complejidad de la naturaleza humana, mientras que Sen sugiere que recapturemos la filosofía moral y la sumemos al discurso económico.

442. A menudo los académicos mezclan los diferentes usos. Frank Knight, por ejemplo, empleó el equilibrio como tipo ideal en su clásico *Risk, Uncertainty and Profit*, pero en *The Ethics of Competition* (New York: Augustus M. Kelly, 1951) lo empleó como un estándar ideal a partir del cual criticar la realidad. A Alfred Marshall se lo recuerda como uno de los pioneros en el análisis parcial del equilibrio (que asume el equilibrio general de la economía, pero se enfoca en un mercado en particular), que a menudo se ve como un distintivo de la Escuela de Chicago, pero también podemos leer a Marshall como un teórico del tipo ideal, cuando afirma que el análisis del equilibrio es previo al "estudio avanzado" que, en esencia, será más evolucionista (*Principles of Economics*, Philadelphia, PA: Porcupine Press, 1920, p. 269). Sin embargo, incluso en estos casos uno puede distinguir fácilmente entre los diversos usos de la construcción imaginaria del equilibrio.

443. Jeffrey Friedman, "Economic Approaches to Politics", *Critical Revue* 9, no. 1-2 (1995): pp. 1-24; Max Weber, *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology,* vol. 1 (1956; Berkeley, CA: University of California Press, 1978), pp. 9-12; Fritz Machlup, en *Methodology of Economics and Other Social Sciences* (New York: Academic Press, 1978), pp. 207-301, aborda la metodología del tipo ideal en cuanto a su aplicación a la economía en general; Ludwig von Mises describe en *Human Action* (Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), pp. 236-237 este enfoque como "el método de la

construcción imaginaria". Compárese con Hayek, *Pure Theory of Capital* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1941), pp. 14-28.

444. Los que se inclinan hacia el uso descriptivo del equilibrio niegan básicamente que estos problemas, complejos en apariencia, existan en el mundo real. Desde el punto de vista filosófico, el argumento se basa en la antigua creencia de que el cambio es una ilusión. Por el otro lado, aquellos que usan el equilibrio como estándar crítico de la realidad ven la existencia de un problema como una evidencia, por definición, de que la solución ideal del equilibrio competitivo puede, de alguna manera, alcanzarse. Si el mercado no brinda esa perfección, entonces el Estado *debe* ser capaz de hacerlo.

445. Los trabajos relevantes de Hayek se encuentran recolectados en F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996).

446. F. A. Hayek, "Economics and Knowledge", en *Individualism and Economic Order*, pp. 50-51.

447. F. A. Hayek, "The Use of Knowledge in Society", en *Individualism and Economic Order*, p. 83.

448. Ibíd., p. 80.

449. En "Economics and Knowledge" Hayek sostiene que la lógica pura de la escogencia es necesaria pero no suficiente, para explicar la sistemática coordinación de la economía. Una comprensión de la coordinación económica exige una comprensión empírica del *aprendizaje*. El programa de investigación de Hayek habría cambiado el foco desde el uso óptimo de los recursos en determinadas circunstancias hacia la exploración del impacto que diferentes alternativas institucionales tienen sobre el aprendizaje.

450. Hayek recoge el análisis divulgado por Oskar Morgenstern y enfatiza que el pronóstico perfecto es una característica del equilibrio, pero no una precondición necesaria para que ocurra el equilibrio. De hecho, Morgenstern había demostrado que si los agentes económicos poseyeran una visión perfecta del futuro, una solución determinada de equilibrio se les escaparía. Joan Robinson también enfatizó que el único camino para alcanzar el equilibrio sería encontrarse ya en un punto de equilibrio: ningún proceso hacia el equilibrio podría ser articulado sobre la base de una teoría de pronósticos perfectos. Para Hayek, la implicación de este enfoque teórico es que los economistas deben concentrar su atención no en el estado de

equilibrio, sino en el ajuste dinámico y el aprendizaje a través del tiempo. "Una teoría que comienza suponiendo que los ajustes han llegado a un punto donde no se necesitan más cambios", argumenta Hayek, "no tiene relevancia para nuestros problemas. Lo que necesitamos es una teoría que nos ayude a explicar la interrelación entre las acciones de los diferentes miembros de la sociedad durante el período —que es el único período práctico de importancia— anterior a que la estructura material del equipamiento productivo se encuentre en un estado en que sea posible un proceso repetitivo y sin cambios" (F. A. Hayek, *Pure Theory of Capital*, pp. 16-17).

451. Israel M. Kirzner, "Entrepreneurial Discovery and the Competitive Market Process: An Austrian Approach", *Journal of Economic Literature* 35 (March 1997): pp. 60-85, es una investigación sobre cómo la teoría del aprendizaje empresarial encaja dentro de este programa de investigación y se enfrenta a la teoría estándar de los precios. El trabajo de Franklin Fisher, *Disequilibrium Foundations of Equilibrium Economics* (New York: Cambridge University Press, 1983) es el abordaje por parte de un líder de la teoría del equilibrio de la necesidad de un fundamento en el desequilibrio de la economía del equilibrio. Una teoría de la convergencia hacia el equilibrio, de acuerdo a Fisher, debe desarrollarse, no suponerse.

452. Mises, *Human Action*, p. 329.

453. Israel M. Kirzner, *Perception, Opportunity and Profit* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1979), p. 30.

454. George Stigler, "The Economics of Information", *Journal of Political Economy* 69, no. 3 (June 1961): pp. 213-225.

455. En la teoría de la búsqueda, en contraste con la posición austríaca del proceso del mercado, véase Jack High, *Maximizing Action and Market Adjustment: An inquiry into the Theory of Economic Organization* (Munich: Philosophia Verlag, 1990), pp. 28-36, 83-124.

456. Esta línea de la literatura intentó responder preguntas informacionales/comunicacionales y motivacionales, asociadas a la estructura de los incentivos. La conclusión principal fue que la descentralización era menos importante que los incentivos, pero la versión de descentralización analizada en estos modelos fue muy diferente de la hipótesis de Hayek sobre el uso del conocimiento en la sociedad, incluso cuando se suponía que Hayek era el punto de partida de esta literatura.

457. La información económica condujo a los economistas a investigar los

costos de agencia, la asimetría de la información, la interacción estratégica y el diseño organizacional. Son todos problemas importantes, pero hay buenos motivos para argumentar que los modelos desarrollados para explorar estos fenómenos no lograron dilucidar cómo los procesos de ajuste del mundo real lidian con ellos.

458. Véase Joseph Stiglitz, *Whither Socialism?* Cambridge, MA: MIT Press, 1994); Stanford Grossman, *The Informational Role of Prices* (Cambridge, MA: MIT Press, 1989). Un tratamiento de libro de texto de la economía de la información en general puede encontrarse en Donald Campbell, *Incentives: Motivation and the Economics of Information* (New York: Cambridge University Press, 1995). Una crítica austriaca del programa de Stiglitz-Grossman puede encontrarse en Esteban Thomsen, *Prices and Knowledge: A Market-Process Perspective* (New York: Routledge, 1992). Para una crítica a *Whither Socialism?* de Stiglitz, véase Peter J. Boettke, review of *Whither Socialism?* by Joseph Stiglitz, *Journal of Economic Literature* (March 1996); y David L. Prychitko, review of *Whither Socialism?* by Joseph Stiglitz, *Cato Journal* 16 (Fall 1996).

459. A mediados de la década de 1970 el supuesto de expectativas racionales era común en todos los modelos.

460. Stanford Grossmann, "On the Efficiency of Competitive Stock Markets Where Traders Have Diverse Information", *Journal of Finance* 31, no. 2 (May 1996): p. 585.

461. James M. Buchanan también sostiene con fuerza que los economistas deben centrar sus esfuerzos en estudiar las relaciones de intercambio y los diversos arreglos institucionales que resultan de estas interacciones, en lugar de estudiar los estados de equilibrio, lo que pone a Buchanan en el mismo equipo que Mises y Hayek y otros pensadores como Richard Whately en *What Should Economists Do?* (1964; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1979), pp. 17-37. Véase también Israel Kirzner, *Competition and Entrepreneurship* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1973), pp. 212-242.

462. Hayek: "The Use of Knowledge in Society", pp. 78, 91.

463. Israel M. Kirzner: "Prices, the Communication of Knowledge and the Discovery Process", en *The Political Economy of Freedom: Essays in Honor of F. A. Hayek*, edited by Kurt Leube and Albert Zlabinger (Munich: Philosophia Verlag), p. 196.

464. Ha habido cierta confrontación sobre la importancia relativa del

análisis del cálculo económico de Mises y el problema del conocimiento de Hayek. Pero los dos argumentos parecen ser las dos caras de una misma moneda. El cálculo económico sin conocimiento es un oxímoron y el conocimiento sin la capacidad de calcular no es relevante. La propiedad privada y el cálculo monetario son los medios mediante los cuales el problema del conocimiento puede resolverse en economías complejas. Ese es el argumento que las críticas de Hayek y Mises al socialismo compartieron, a pesar de sus diferencias en el énfasis. Como señaló Mises en *Liberalism*, la "objeción definitiva que la economía encuentra a la posibilidad de una sociedad socialista [es que] debe ignorar la división intelectual del trabajo, que consiste en la cooperación de todos los empresarios, propietarios de la tierra, y los trabajadores como productores y consumidores en la formación de los precios de mercado". *Liberalism* (1927; Irvington-on-Hudson, NY: Foundation for Economic Education, 1985), p. 75. Véase Peter J. Boettke, "Economic Calculation: The Austrian Contribution to Political Economy" (1998) para más profundidad en la discusión.

465. Raaj K. Sah and Joseph Stiglitz, "Human Fallibility and Economic Organization", *American Economic Review* 75 (May 1985): pp. 292-297; Sah and Stiglitz, "The Architecture of Economic Systems", *American Economic Review* 76 (September 1986): pp. 716-727.

466. El contenido informacional de numerosas prácticas de mercado, no solamente de los precios monetarios, es reconocido por Hayek y otros autores de la tradición austriaca como Fritz Machlup. El intento de Stiglitz de remediar la naturaleza poco realista del equilibrio descriptivo, prestándole atención a los temas de la información, está condenado al fracaso, porque la información es dinámica y el formalismo la vuelve inherentemente estática.

467. Sah and Stiglitz, "Architecture", p. 716.

468. Ibíd., p. 719.

469. P. J. Boettke, *Why Perestroika Failed: The Politics and Economics of Socialist Transformation* (New York: Routledge, 1993), pp. 135-138.

470. Israel M. Kirzner, *Market Theory and the Price System* (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1963), pp. 301-302.

471. Stiglitz, *Whither Socialism?*, pp. 6, 24-25.

472. Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning* (New York: Cambridge University Press, 1985), p. 102.

473. Pranab Bardhan and John Roemer, "Market Socialism: A Case for

Rejuvenation", *Journal of Economic Perspectives* 6, no. 3 (1992): pp. 101-116.

474. Stiglitz demostró la sensibilidad a los supuestos iniciales de los resultados del equilibrio general. Los modelos de expectativas racionales, con cambios menores, no conducen a las conclusiones de eficiencia del tipo "Chicago", una vez que se hacen leves cambios en los supuestos iniciales como algunas concesiones de realismo.

475. Lange, por ejemplo, acusó a Mises de "institucionalismo" por sugerir que la capacidad para realizar un cálculo económico racional se relacionaba con un contexto institucional específico, el de la propiedad privada de los medios de producción. Oskar Lange, "On The Economic Theory of Socialism", en *On the Economic Theory of Socialism*, edited by Benjamin Lippincott (1939; New York: Augustus M. Kelly 1970); En *Whither Socialism?*, pp. 174-175, Stiglitz también duda de la importancia de la propiedad privada en el desarrollo económico.

476. Véase la "teoría del Estado" discutida en P. Evans, D. Rueschmeyer and T. Skocpol, eds., *Bringing the State Back In* (New York: Cambridge University Press 1985).

477. Timur Kuran: *Private Truths, Public Lies* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995).

478. Philip E. Converse, "The Nature of Belief Systems in Mass Publics", en *Ideology and Discontent,* edited by David E. Apter (New York: Free Press, 1964), pp. 206-261.

479. W. Russell Neuman: *The Paradox of Mass Politics, Knowledge and Opinion in the American Electorate* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1986); John Zaller, *The Nature and Origins of Mass Opinion* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992).

480. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936; New York: Harcourt, Brace & Jovanovich, 1964), pp. 245-271.

481. Aquí, el concepto de equilibrio se define en sentido clásico: una situación en la que no hay fuerzas endógenas que harán cambiar el estado de cosas. La definición del estado de equilibrio fue fundamental para el keynesianismo. Como escribe Franklin Fisher: "La pregunta central que Keynes intentaba responder en *The General Theory of Employment, Interest and Money* era si era posible, y cómo era posible, que una economía se

encontrara en una situación de equilibrio con desempleo. Para mostrar esto, no es suficiente mostrar que tal equilibrio existe, sino también se debe mostrar que tiene propiedades de estabilidad como para que la economía que se acerque lo suficiente a esa posición no pueda salir sin un cambio exógeno de las circunstancias". Franklin Fisher, *Disequilibrium Foundations of Equilibrium Economics* (New York: Cambridge University Press, 1983).

482. Paul Davidson, "The Economics of Ignorance or Ignorance of Economics?" *Critical Review* 3, no. 3-4 (1989): pp. 467-487; y David L. Prychitko, "After Davidson, Who Needs the Austrians? Reply to Davidson", *Critical Review* 7, no. 2 (1993): pp. 371-380.

483. La teoría sobre las expectativas adaptables fue, de hecho, el último aporte de Friedman en su larga lista de críticas al sistema analítico keynesiano y a sus conclusiones de política pública. Su trabajo en la teoría del consumo había cuestionado las premisas de comportamiento de la teoría keynesiana del consumo, su trabajo sobre la teoría cuantitativa del dinero había desafiado la teoría monetaria keynesiana, y su trabajo sobre las reglas en contraste con la discreción había sembrado dudas respecto de la fina sintonía keynesiana.

484. Las teorías de Keynes sobre el fracaso del capitalismo moderno se basaban en factores culturales y sicológicos tanto como en factores económicos. El surgimiento de la tan cacareada imagen de la bolsa de valores como un casino era, según Keynes, el resultado del cambio en la cultura del comercio bursátil. Durante el siglo diecinueve, los *traders* más civilizados y cultos servían como barrera de contención de los espíritus animales. Durante el siglo veinte, sin embargo, los viejos hábitos se evaporaron y con ellos los frenos contra las grandes oleadas de optimismo y pesimismo. El intervencionismo que Keynes proponía para corregir estos quiebres en el mercado se basaba en el supuesto de que los enrolados en el Gobierno estarían en una posición mejor para evaluar la eficiencia de la inversión del capital —especialmente en el largo plazo— que los atrapados en el ajetreo diario del comportamiento de la bolsa.

485. Una colección de los trabajos principals puede encontrarse en Robert E. Lucas and Thomas Sargent, eds., *Rational Expectations and Economic Practice*, 2 vols. (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1981); Brian Snowdon, Howard Vane and Peter Wynarczyk: *A Modern Guide to Macroeconomics* (Aldershot, UK: Edward Elgar, 1994), pp. 188-218; Kevin

Hoover, “New Classical Economics”, en *The Elgar Companion to Austrian Economics,* edited by Peter J. Boettke (Aldershot, UK: Edward Elgar, 1994), pp. 576-581.

486. Véase, por ejemplo, la entrevista de Lucas en Arjo Klamer, *Conversations with Economists* (New York: Rowman & Littlefield, 1984). Este rechazo a la teoría del desequilibrio no solo abortó el desarrollo del análisis keynesiano tradicional, sino también el trabajo de Clower y Leijonhufvud, el análisis poskeynesiano del tipo hecho por Paul Davison, así como la economía austriaca. Fisher caracterizó la posición de Lucas como de “mercados que siempre se vacían”. Los movimientos de los precios de mercado reales deben analizarse como una secuencia de equilibrios temporales. Las ofertas de precios se ajustan instantáneamente al punto del equilibrio de corto plazo. Véase Fisher, *Disequilibrium Foundations*, pp. 5-6.

487. En su teoría del ciclo económico, Lucas menciona varias veces a Hayek —quien poco antes había obtenido el Premio Nobel— como un precursor de su enfoque. Hayek sí insistió, de hecho, en que los keynesianos habían cometido un error al no desarrollar una teoría del equilibrio del ciclo económico. Pero lo que Hayek quería decir era que uno no podía ofrecer una explicación del desempleo, a menos que comenzara con una situación de pleno empleo y explicara cómo se había llegado allí en primer lugar. En el sistema de Keynes y sus primeros seguidores, el pleno empleo se rechazaba al comienzo del análisis. Se partía del desempleo —recursos ociosos—. Hayek utilizó el estado de equilibrio de pleno empleo solo como paso previo al análisis real, en el que se disponía a explicar cómo el desempleo podía emerger. La posición de Hayek, entonces, estaba en la vereda opuesta tanto de la de Keynes como de la de Lucas. Keynes supone lo que necesita explicarse y Lucas trata el equilibrio no solo como el comienzo sino como el fin de su análisis.

488. Uno de los problemas del sistema keynesiano fue la falta de simetría entre los motivos y la conducta atribuida a los agentes económicos, en oposición a la supuesta simetría de los expertos económicos encargados de perfeccionar la economía. Se suponía que los agentes económicos eran irracionales y egoístas, mientras que los políticos del Gobierno eran completamente racionales y enfocados en el bien público. Como todos los tipos ideales, este podría representar la realidad en algún tiempo y espacio particular, lo cual debe comprobarse, no suponerse. De lo contrario, el teórico

podría simplemente predeterminar las conclusiones de política económica al manipular los supuestos.

489. Robert Gordon, "What is New-Keynesian Economics?", *Journal of Economic Literature* 28, no. 3 (September 1990): pp. 1115-1171; Lawrence Summers, *Understanding Unemployment* (Cambridge, MA: MIT Press, 1990).

490. Gregory Mankiw and David Romer, eds., *New Keynesian Economics,* 2 vols. (Cambridge, MA: MIT Press, 1991).

491. Así como Samuelson fue la figura central de la revolución formalista, Stiglitz emergió como la figura central de la economía contemporánea. Las ideas de ambos dominaron la docencia de posgrado y, como Samuelson, Stiglitz publicó un libro para nivel introductorio, *Economics* (New York: Norton, 1993), resumiendo el alcance de sus vastas contribuciones a la economía para una nueva generación de estudiantes. Así como Samuelson definió la economía desde la década de los 50 hasta finales de los 70, la economía de Stiglitz probablemente domine el pensamiento económico principal y la educación desde ahora hasta bien entrado el siglo XXI. La influencia de este autor ha sido más directa, ya que ha trabajado como economista jefe del President's Council of Economic Advisors y para el World Bank. Muchos argumentos inspirados en Stiglitz se han implementado en los debates políticos sobre la intervención en la industria de la salud —selección adversa—, la banca —riesgo moral y selección adversa—, y la legislación antimonopólica —competencia imperfecta—.

> Los efectos de la influencia de Stiglitz hacen de la economía una ciencia todavía más intervencionista de lo que incluso Samuelson habría preferido. Samuelson abordó las fallas del mercado como la excepción de la regla general que era la eficiencia. Pero el teorema de Greenwald-Stiglitz pone a la falla del mercado como la norma, estableciendo "que el Gobierno casi siempre podría mejorar la asignación de recursos del mercado". Y el teorema de Sappington-Stiglitz "establece que el Gobierno *ideal* podría dirigir una empresa mejor de lo que podría hacerlo el sector privado" (Stiglitz, *Whither Socialism?*, p. 179).

492. Cita de Snowdon, Vane y Wynarczyk en *Modern Guide*, p. 288.

493. Krugman, *Peddling Prosperity* (New York: Norton, 1994), p. 215.

494. En otras palabras, la relación causal implícita en la teoría de la

productividad marginal se invierte en el teorema del salario eficiente. Los salarios no dependerían de la productividad marginal de los trabajadores, sino que la productividad de los trabajadores sería consecuencia del nivel de los salarios.

495. Se supone que los potenciales empleados saben más sobre sus habilidades que los empleadores. Dado que los costos de contratar y despedir no son un tema trivial, a las empresas les preocupa contratar gente que saben que, eventualmente, deberán tener que dejar ir, debido a la baja productividad. En esta situación, el modelo del nuevo keynesianismo sugiere que los trabajadores dispuestos a trabajar por salarios menores que el salario eficiente enviarán la señal de que son trabajadores de baja productividad. Esta es una versión de la teoría de la selección adversa.

496. Los trabajadores desempleados son vistos como incapaces de negociar hacia abajo los salarios por una variedad de motivos que han sido resumidas como las ventajas de los que están adentro —los trabajadores incumbentes— sobre los que están afuera —los desempleados—. El costo de reemplazar a los de dentro por los de fuera es, a menudo, elevado, incluyendo la inserción de los que están fuera, en el ambiente de trabajo, de los que están dentro, si es que los de dentro perciben la amenaza del recorte de salarios, debido a la presión de los de fuera.

497. Cf. Don Bellante, "Sticky Wages, Efficiency Wages and Market Processes", *Review of Austrian Economics* 8 (1994): pp. 21-33.

498. En este párrafo, sigo a Jeffrey Friedman, "Introduction: Economic Approaches to Politics", en *The Rational Choice Controversy: Economic Models of Politics Reconsidered* (New Haven, CT: Yale University Press, 1996), pp. 16ff. Friedman elabora una metodología weberiana y particularista, pero yo no estoy de acuerdo con la crítica a la economía previa al formalismo, por suponer, en lugar de investigar, la correspondencia de los tipos ideales con la realidad.

499. Compárese Friedman "Introduction", pp. 12-13, con Thomas Mayer, *Truth versus Precision in Economics* (Aldershot, UK: Edward Elgar, 1993).

500. Según Robert Solow, después de 1940 "la discusión juiciosa ya no es la manera de practicar la economía". La construcción de modelos se ha convertido en el ejercicio intelectual estándar.

501. Deirdre N. McCloskey, "The Arrogance of Economic Theorists", *Swiss Revue of World Affairs* (October 1991): p. 12.

502. Franklin Fisher, “Organizing Industrial Organization: Reflections on the *Handbook of Industrial Organization”*, *Brookings Papers: Microeconomics* (1991): pp. 201-240.

503. Véase, por ejemplo, Alexander Rosenberg, *Economics – Mathematical Politics of Science of Diminishing Returns?* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1992).

504. A menos, por supuesto, que la introducción de tales supuestos fuera un ejercicio mental contrafáctico.

505. Friedman, *Essays*, p. 139.

506. Véase, por ejemplo, Milton Friedman, *Free to Choose* (New York: Hartford, Brace & Jovanovich, 1980).

507. En el nuevo intervencionismo, un conjunto de suposiciones —búsqueda óptima, competencia perfecta, etc.— ha sido reemplazado por otro —información asimétrica, competencia imperfecta, etc.— y de ahí se derivan los resultados lógicos. El modelo, no la economía, es el objeto de investigación.

508. Gary Becker, *The Economic Approach to Human Behavior* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), p. 5.

509. Harold Demsetz, “Information and Efficiency”, *Journal of Law and Economics* (March 1969): pp. 1-22.

510. Estas ideas son un ejemplo de por qué Coase debe ser contrastado con Stigler, Becker y Posner. El punto de partida del análisis de Coase era que en el equilibrio general el fenómeno que él creía iluminar estaría ausente. Las causas del fenómeno, entonces, deben encontrarse en las desviaciones del equilibrio —en el caso de Coase, los costos de transacción positivos—. En *Human Action*, de Mises, este método de contraste se utiliza para ilustrar la importancia funcional de diversas instituciones del mercado en un mundo de cambio y desequilibrio. Al explorar la lógica de un mundo libre de cambios, uno puede, por contraste, explorar un mundo de cambios que sería muy difícil de examinar directamente sin la ayuda de esta herramienta mental.

511. Lo mismo podría decirse del rumbo que sigue la investigación sobre el socialismo de mercado. De momento, estos modelos no están tan trabajados como los del nuevo keynesianismo. Pero en el trabajo de Roemer, el elemento clave es el diseño del mecanismo y la determinación de la adecuada relación contractual y de monitoreo para alinear los incentivos. En resumen, Roemer intenta utilizar el marco de la escogencia racional y del equilibrio

para resolver problemas asociados al socialismo de mercado. Como los modelos neokeynesianos cuestionan la eficiencia de los mercados financieros y laborales bajo el sistema capitalista, la necesidad de una solución al estilo Roemer crece, de la misma forma que las décadas de los 30 y los 40 los modelos socialistas tuvieron una relación parasítica con el keynesianismo.

512. Alan Coddington, "Creating Semaphore and Beyond: A Consideration of Shackle's 'Epistemics and Economics'", *British Journal of Philosophy of Science* 26 (1975): p. 151.

513. Gerald O'Driscoll and Mario Rizzo, *The Economics of Time and Ignorance* (New York: Basic Blackwell, 1985), pp. 52-70.

514. Numerosos economistas contemporáneos afinan la teoría tradicional con la incorporación de situaciones más realistas, como los rendimientos crecientes, los equilibrios múltiples y los descubrimientos de la economía experimental. En una encuesta reciente sobre la teoría económica moderna, David Kreps sostiene que estos desarrollos —especialmente la economía experimental— tienen el potencial de hacer que la economía sea relevante para la realidad. "Economics – The Current Position", *Daedalus* (Fall 1997): pp. 59-85. Pero, como la teoría de las fallas del mercado, el punto de muchos de estos trabajos es demostrar cómo la conducta del mundo real se desvía de los modelos estándares de equilibrio. El modelo estándar sigue siendo el punto de referencia, por lo que el paso del tiempo, la generación de nuevos conocimientos y las condiciones cambiantes todavía deben ser incorporados.

515. Coddington, "Creaking Semaphore", p. 159.

516. Véase, por ejemplo, Stiglitz, *Whither Socialism?*, pp. 24-26, 269-277. Véase también la reseña de John Roemer del libro de Stiglitz, que llamó "An Anti-Hayekian Manifesto", *New Left Review* (May/June 1995): pp. 112-129.

517. Como concluye Karen Vaughn en su obra sobre la migración de la Escuela Austriaca a los Estados Unidos, "Parece indiscutible que la comprensión científica se vería muy mejorada si, en algún punto en el futuro, pudiéramos, genuina e inteligentemente, decir, como Milton Friedman, que no existe tal cosa como la economía austriaca, sino solo la buena y la mala economía. Pero en este punto 'buena economía' no querrá decir una economía de preferencias y restricciones, sino también una economía del tiempo y la ignorancia". Karen Vaughn, *Austrian Economics in America* (New York: Cambridge University Press, 1994), p. 178.

518. Fritz Machlup, *Methodology of Economics and Other Social Sciences*

(New York: Academic Press, 1978).

519. Si bien los viejos institucionalistas rechazaban las estrategias de modelado, sí reconocieron la importancia de la medición.

520. En el manuscrito de 1775 que resumía su investigación y resultó en la obra *The Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), p. xl, Smith escribió: "Paz, impuestos bajos y una administración tolerable de la justicia. Poco más es necesario para llevar a un Estado del nivel más bajo de barbarismo al nivel más alto de opulencia. Todo lo demás sucede por el curso natural de las cosas". Ver D. Stewart, "Life and Writings of Adam Smith" (1793), reimpreso en Smith, *Essays on Philosophical Subjects* ("Account of the Life and Writings of Adam Smith, L.L.D", en *Essays on Philosophical Subjects* [1793; Oxford: Oxford University Press, 1980], pp. 269-351).

521. Sugerimos que el modelo Arrow/Debreu, en lugar de formalizar la "mano invisible", inhibió nuestra comprensión de esa imagen.

522. Carl Menger, *Principles of Economics* (1871; New York: New York University Press, 1981); Ludwig von Mises, *Human Action, A Treatise on Economics* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010); F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1997).

523. Menger, *Principles*, p. 108.

524. Mises, *Human Action*, pp. 17-18. Aquí Mises aborda el tema de la acción humana como dato último.

525 . Hayek, *Individualism*, p. 63.

526 . Según Israel Kirzner, "El proceso competitivo del mercado es esencialmente empresarial… El elemento empresarial en la conducta económica de quienes participan en el mercado consiste… en su alerta a cambios en las circunstancias que previamente pasaron inadvertidas y que encierran la posibilidad de mayores ganancias en los intercambios, en comparación con las circunstancias actuales". *Competition and Entrepreneurship* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1978), pp. 15-16.

527. Mises, *Human Action*, pp. 252-253.

528. Kirzner, *Competition*, pp. 30-87.

529. El término "neoclasicismo" es vago y amplio. Reconocemos las variantes significativas en la tradición neoclásica, pero nuestra crítica se

dirige a la tensión formalista de la economía neoclásica. Es nuestra opinión que el término "neoclasicismo" se oscureció a finales del siglo XX. Originalmente, el neoclasicismo comprendía proposiciones universales sobre el mundo, derivadas del uso del análisis marginal. En la segunda mitad del siglo XX la extensión de la economía neoclásica pasó de la elaboración de proposiciones universales sobre el mundo al análisis formal con implicaciones particulares. Por ejemplo, ¿es razonable colocar a Josh Stiglitz y Robert Lucas en el mismo campo neoclásico? Las diferencias drásticas entre ellos destacan la ofuscación de lo que abarca el neoclasicismo. Ver Fisher, "Organizing Industrial Organizations: Reflections on the *Handbook of Industrial Organization", Brookings Papers: Microeconomics* (1991). Fisher argumenta que el principio clave de la organización industrial moderna es que no hay principios de organización. La teoría moderna demuestra simplemente que todo puede pasar, dados supuestos diferentes.

530. Alexander Rosenberg, *Economics – Mathematical Politics or Science of Diminishing Returns?* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1992). En este libro se argumenta que la economía puede ser matemática interesante o ciencia progresiva empírica, pero no ambas cosas.

531. Philip Mirowski, *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science* (New York: Cambridge University Press, 2002).

532. La teoría de los juegos se enfoca en tres hechos básicos de la acción humana y la cooperación social: 1) las interacciones estratégicas, 2) el regateo y la negociación, y 3) el marco institucional. ¿Cómo influyen las reglas del juego en la forma en que los jugadores participan en el mismo? Desde el punto de vista austriaco, la mayor debilidad de la teoría de los juegos es el supuesto de conocimiento común. Ver Nicolai Foss, "Austrian Economics and Game Theory: A Stocktaking and an Evaluation", *Review of Austrian Economics* 13 (2000): pp. 41-58.

533. S. Abu Turab Rizvi, "Game Theory to the Rescue", *Contributions to Political Economy* 13 (1994), pp. 1-28.

534. Hayek, *Individualism*, pp. 33-57.

535. Para la descripción más conocida de la narrativa analítica, ver R. Bates, A. Grief, M. Levi, J. L. Rosenthal and B. R. Weingast, *Analytic Narratives* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1998).

536. Douglass North, *Structure and Change in Economic History* (New York: Norton, 1981), p. 24.

537. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), p. xliii.

538. Jeffrey Young, "Unintended Order and Intervention: Adam Smith's Theory of the Role of the State", ed. Steven Medema, *History of Political Economy* 37 (2005): pp. 91-119.

539. Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (1759; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982), p. 234.

540. Karl Marx, *Capital* (New York: Modern Library Edition, 1906), p. 92.

541. Frederick Engels, *Socialism: Utopian and Scientific* (1892; New York: International Publishers, 1972), pp. 68-70.

542. El movimiento del Evangelio Social en el siglo XIX fue analizado por Bradley Bateman en "Bringing in the State? The Life and Times of Laissez Faire in 19th Century United States", ed. Steven Medema, *History of Political Economy* 37 (2005): pp. 175-199. El análisis es un buen ejemplo del auge de la naturaleza de salvador entre las personas interesadas en temas económicos.

543. Philip Mirowski, *More Heat than Light: Economics as Social Physics, Physics as Nature's Economics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

544. Smith, *Wealth of Nations*, p. 18.

545. Smith, *Wealth of Nations*, p. 433.

546. Richard Cobden fue, en la Inglaterra del siglo XIX, un buen ejemplo de profeta precavido radical. Sus argumentos coincidían bastante con los de Smith y divulgaba muy efectivamente la visión epistemológica modesta de la economía. Dedicó su vida a defender el comercio libre y era claramente radical.

547. Lars Magnusson, "Mercantilism", en *The Blackwell Companion to the History of Economic Thought*, eds. Warren J. Samuels, Jeff E. Biddle and John B. Davis (Malden, MA: Blackwell, 2003), pp. 46-60.

548. Para más información acerca de los economistas norteamericanos Willliam Cullen Bryant y Henry C. Carey, véase Stephen Meardon, "How TRIPS Got Legs: Copyright, Trade Policy and the Role of Government in 19th Century American Economic Thought", ed. Steven Medema, *History of Political Economy* 37 (2005): pp. 145-174.

549. Magnusson, "Mercantilism", pp. 58-59.

550. David M. Levy, *How the Dismal Science Got Its Name: Classical Economics and the Ur-Text of Racial Politics* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2002).

551. Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (1904-1905; New York: Scribners, 1958).

552. Una revisión del proyecto de Weber para las ciencias sociales se encuentra en Richard Swedberg, *Max Weber and the Idea of Economic Sociology* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1998).

553. Max Weber, *General Economic History* (1927; New Brunswick, NJ: Transaction, 1995).

554. A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1962).

555. Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy: The Collapse of the Socialist Era* (Albuquerque, NM: University of New Mexico Press, 1971); Peter J. Boettke, *The Political Economy of Soviet Socialism: The Formative Years, 1918-1928* (Boston, MA: Kluwer, 1990).

556. Una discusión detallada del debate sobre la industrialización soviética puede ser encontrada en la obra de Alexander Elrich *Soviet Industrialization Debate, 1924-1928* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960), aunque Elrich tiende a reconstruir los argumentos del debate en términos que se comprenden en la síntesis neoclásica. El libro *Political Economy* de Boettke presenta una interpretación de esos debates que busca colocarlos en el contexto de los debates ideológicos entre los líderes bolcheviques.

557. Alec Nove, *An Economic History of the USSR* (Baltimore, MD: Penguin, 1969), p. 129.

558. Evsey Domar, *Essay on the Theory of Economic Growth* (New York: Oxford University Press, 1957), p. 10.

559. Peter J. Boettke, ed., Introduction to *The Collapse of Development Planning* (New York: New York University Press, 1994), p. 7.

560. Boettke, *Why Perestroika Failed: The Politics and Economics of Socialist Transformation* (New York: Routledge, 1993), pp. 35-36.

561. F. A. Hayek, “Reflections on the Pure Theory of Money of Mr. J. M. Keynes”, *The Collected Works of F. A. Hayek,* ed. Bruce Caldwell, vol. 9 (1931; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1995), p. 128.

562. David Osterfeld, *Prosperity versus Planning: How Government Stifles Economic Growth* (Oxford University Press, 1992), pp. 150-151.

563. Shyam Kamath, “The Failure of Development Planning in India”, en Peter Boettke, ed., *The Collapse of Development Planning* (New York: New York University Press, 1994), p. 91.

564. George Ayittey, “The Failure of Development Planning in Africa”, en Peter Boettke, ed., *The Collapse of Development Planning* (New York: New York University Press, 1994), p. 155.

565. Ayittey, “The Failure”, p. 162.

566. Véase respectivamente James M. Buchanan and Richard Wagner, *Democracy in Deficit: The Political Legacy of Lord Keynes*, en *The Collected Works of James of James M. Buchanan*, vol. 8 (1977; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2000); Boettke, *Why Perestroika*; William Easterly, *The Illusive Quest for Growth: Economists’ Adventures and Misadventures in the Tropics* (Cambridge, MA: MIT Press, 2001).

567. Paul Krugman, *Geography, Development and Economic Theory* (Cambridge, MA: MIT Press, 1995). Krugman sostiene que la resistencia de los economistas de la corriente principal para discutir ideas que desafían la formalización inmediata los conduce a menudo a ignorar las ideas que, a fin de cuentas, demuestran ser las más fundamentales para solucionar los apremiantes problemas de la política económica. Krugman usa los campos del desarrollo económico y la geografía económica como ejemplos para mostrar cómo la obsesión por la formalización llevó a su declive como campos de investigación en la profesión económica. La historia del auge, la caída y el nuevo auge de la economía del desarrollo es una historia complicada. Pero el hecho, como señala Krugman, de que en este campo se desafiara a la formalización en una disciplina donde tal formalización era el símbolo del avance científico jugó un papel significativo. Es interesante destacar que en el análisis de Krugman la razón para que sea difícil la formalización no responde a los asuntos que nosotros hemos discutido, sino a la dificultad técnica de encuadrar economías de escala en modelos de competencia perfecta. De hecho, lo que Krugman sostiene en estas disquisiciones es que una nueva clase de modelos que han desafiado a los modelos del mercado competitivo están ahora en capacidad de absorber, de una manera rigurosa, las ideas de las economías de escala y la geografía económica. Las ideas que desafiaron a la formalización pueden ahora tomarse del estante, se les puede quitar el polvo y pueden introducirse en el pensamiento contemporáneo de la economía y la política pública.

568. Véase la interesante nota de Raghuram Rajan en "Assume Anarchy? Why an Orthodox Economic Model Might Not Be the Best Guide for Policy", *Finance and Development* 41, no. 3 (2004): pp. 56-57. El argumento de Rajan es directo. Todo el modelo de mercado supone que el marco institucional necesario para su operación está en su lugar, mientras que en los países ex socialistas y en los países del mundo subdesarrollado es precisamente la ausencia de ese marco la que debe ser abordada si se busca una transición exitosa hacia un orden social más pacífico y más próspero.

569. Elinor Ostrom et al., *Aid, Incentives and Sustainability: An Institutional Analysis of Development Cooperation* (Stockholm: Swedish International Development Cooperation Agency, 2002); J. Ahrens, *Governanace and Economic Development: A Comparative Institutional Approach* (Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing, 2002).

570. Como hemos destacado, los economistas clásicos tampoco suscribían esta dicotomía, aunque algunos analistas afirman erróneamente lo contrario. Sin embargo, la síntesis neoclásica suscribe esta dicotomía al enfatizar las fallas del mercado y las correcciones del Gobierno a la demanda agregada insuficiente, el equilibrio con desempleo, la inestabilidad del mercado de capitales y el subdesarrollo.

571. Mancur Olson, "Big Bills Left on the Sidewalk: Why Some Nations Are Rich, and Others Poor" *Journal of Economic Perspectives* 10, no. 2 (1996): p. 22.

572. Vernon Smith, "Constructivist and Ecological Rationality in Economics", *American Economic Review* 93, no. 3 (2003): pp. 465-508.

573. Véase, por ejemplo, F. A. Hayek, *The Sensory Order* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2004).

574. Este argumento es consistente con el que esgrime Bruce Caldwell acerca de la contribución de Hayek. El trabajo de Hayek sobre la filosofía de la mente ofreció una crítica científica al cientificismo. Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2004).

575. Robert H. Nelson, *Reaching for Heaven on Earth* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1991).

576. La labor de Nelson no debe entenderse como una crítica de la economía. Lo que trató de demostrar es que los economistas no practican una forma de análisis libre de valor y, de hecho, no pueden practicar libertad de

valor cuando ofrecen alguna guía política. Por otra parte, en lugar de una crítica frívola contra la economía, Nelson se involucró de hecho en investigación histórica para demostrar que muchos de los fundadores de la economía y de la economía política tenían compromisos teológicos importantes. Usaban las construcciones intelectuales de su teología para construir su economía, y hablaban en términos mesiánicos de la disciplina de la economía y sus consejos. Para una discusión sobre la relación entre la economía neutral en cuanto a valor y la economía política pertinente al valor, ver Peter J. Boettke, "Is Economics a Moral Science?", *Journal of Market and Morality* 1, no. 2 (1998): pp. 212-219; Peter J. Boettke, "Why Are There No Austrian Socialists? Ideology, Science and the Austrian School", *Journal of the History of Economic Thought* 17 (1995): pp. 35-56.

577. Nelson, *Economics as Religion: From Samuelson to Chicago and Beyond* (University Park, PA: Penn State University Press, 2002).

578. A pesar de su severa crítica a la religión, Knight no pudo librarse de sus antecedentes de pensamiento cristiano. Para Knight, como en la teología cristiana temprana, la propiedad privada y la economía de mercado son consecuencias del pecado original. Vivimos en un mundo imperfecto, en el que la propiedad y el mercado sirven para contrarrestar la proclividad natural de hombres pecadores obsesionados por el poder y las ventajas. La propiedad y el mercado son soluciones imperfectas, pero son mejores que las alternativas. Ver Nelson, *Economics*, pp. 136-137.

579. Nelson, *Economics*, pp. 37-48.

580. Nelson, *Economics*, p. 263.

581. James Buchanan, "Economics as a Public Science", en *The Collected Works of James M. Buchanan*, vol. 12 (1996; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2000). Según Buchanan, la tarea de la economía como ciencia pública es proporcionar a los ciudadanos comprensión sobre la labor de una economía organizada y las consecuencias de intervenciones alternativas en la labor de la economía para que los ciudadanos sean participantes informados dentro del proceso democrático. En la forma de pensar de Buchanan, los economistas deben diferenciar entre el análisis de lo que es, lo que podría ser y lo que debería ser para tomar decisiones democráticas inteligentes.

582. Jean-Baptiste Say, *Letters to Mr. Malthus* (1821; New York: Augustus M. Kelley, 1967).

583. John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (1848; New York:

Augustus M. Kelley, 1976), pp. 941-979.

584. John M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936; New York: Harcourt, Brace & Jovanovich, 1964).

585. Roger Garrison, *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure* (New York: Routledge, 2000).

586. Paul Samuelson, *Economics* 1st. edition (New York: McGraw Hill, 1949) pp. 225-279.

587. Samuelson, *Economics*, p. 447.

588. Samuelson escribió:

> El hombre moderno ya no puede creer "que el Gobierno que gobierna mejor es el que gobierna menos". En una sociedad fronteriza, cuando un hombre se desplazaba hacia el oeste, al oír ladrar al perro de su vecino, habría cierta validez en la norma de "que cada hombre reme en su propia canoa". Pero hoy, en nuestra amplia sociedad interdependiente, las aguas están demasiado pobladas y el vigoroso individualismo sería intolerable".

En otro párrafo, Samuelson reconoce que este sistema de "vigoroso individualismo" condujo al rápido progreso material, pero agrega que también produjo los ciclos económicos, el desperdicio de recursos, la desigualdad del ingreso, la corrupción política por intereses monetarios y la sustitución de la "competencia autorregulada a favor del monopolio que lo consume todo".

589. Para un análisis del economista y de la función económica del Estado, ver Peter Boettke y Steve Horwitz, "The Limits of Economic Enterprise", *History of Political Economy* 37 (2005): pp. 10-39. En el artículo citado se usan términos diferentes , pero la idea básica es que solamente hay dos equilibrios intelectuales estables: 1) el economista como estudioso y el Estado como árbitro del juego económico; y 2) el economista como salvador y el Estado como jugador activo en el juego económico.

590. Samuelson, *Economics*, p. 153.

591. Ludwig von Mises, *Human Action* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), pp. 710-803.

592. F. A. Hayek, *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1978), pp. 98-100.

593. Hayek, *New Studies*, p. 29.

594. Joseph Stiglitz, *Globalization and Its Discontents* (New York: Norton, 2002).

595. Paul Krugman,*The Return of Depression Economics* (New York: Norton, 1999).

596. Nelson, *Economics*.

597. Esto es cierto para la macroeconomía y para ciertas preguntas microeconómicas. El producto interno bruto mide el valor producido en un año específico, sumando los precios de los bienes finales. Hay medidas sofisticadas para evitar el doble conteo, etcétera, pero este problema asusta más aún: para que tenga sentido la suma de los precios de los bienes finales, el analista debe suponer que son los precios de equilibrio que reflejan el costo de oportunidad de la producción de cada bien. Esto requeriría condiciones verdaderas del equilibrio competitivo general que son muy restrictivas y puede argumentarse que jamás están cerca del mundo real. Si fueran verdaderas, la política microeconómica de Keynes sería redundante. La asignación ideal de los recursos escasos habría sido ya alcanzada. Que el ascenso de Keynes haya ocurrido casi sin oposición apoya esta visión de Nelson: la victoria de la fe sobre la razón en la economía política moderna. También demuestra que cuando las ideas y los intereses están alineados es sumamente difícil desbaratar un sistema de creencias.

598. El mundo de los comités de política económica se divide entre fuerzas "promercado" y "antimercado". El diálogo entre ellos es un análisis agresivo de costos y beneficios. Los comités promercado generalmente se basan en costos que excederían los beneficios para una familia de cuatro individuos. Las fuerzas antimercado responden con "evidencia" que el mercado libre generaría costos al ciudadano promedio muy superiores a los beneficios generados por el mercado. Así se desarrolla el discurso, pero ninguno dispone de los datos que sostengan sus especulaciones.

599. Ronald Coase, "The Problem of Social Cost", *Journal of Law and Economics* 3, no. 1 (1960): pp. 1-44.

600. James Buchanan, *Cost and Choice,* en James Buchanan, *Collected Works,* vol. 6.

601. Coase, "The Problem of Social Cost".

602. Coase, *The Firm, the Market and the Law* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1988), pp. 157-185. En esta obra Coase elabora sobre la

contradicción de la economía del bienestar de Pigou.

603. William J. Baumol, "On Taxation and the Control of Externalities", *American Economic Review* 62 (1972): pp. 307, 318.

604. Coase, *The Firm*, p. 185.

605. Ibíd.

606. Peter J. Boettke, *Socialism and the Market: The Socialist Calculation Debate Revisited*, vol. 4 (London: Routledge, 2000).

607. Oskar Lange, "On the Economic Theory of Socialism", en *On the Economic Theory of Socialism* (1936-1937; Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1938).

608. Hayek, *Individualism and Economic Order* (1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1996), pp. 33-56, 77-91, 181-208.

609. Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (New York: Harper Perennial, 2008), pp. 167-231.

610. F. A. Hayek, "Economics and Knowledge", en *Individualism and Economic Order* (1937, 1948; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1980); F. A. Hayek, "The Use of Knowledge in Society", en *Individualism and Economic Order* (1944; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1948).

611. Nelson, *Economics*, p. 329.

612. Ibíd., p. 332.

613. Y esta pérdida de legitimidad tendrá un impacto negativo gigante para la sociedad ya que nublará la comprensión del principio del orden espontáneo y del análisis de los medios y los fines que establece ciertos límites a las aspiraciones utópicas de los empresarios políticos.

614. Lucas 14, 11.

615. F. A. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1991), p. 76.

616. Adam Smith, *The Wealth of Nations* (1776; Chicago, IL: University of Chicago Press, 1976), p. 478.

617. Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (1759; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982), p. 233.

618. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936; New York: Harcourt, Brace & Jovanovich, 1964).

619. Abba Lerner, *The Economics of Control* (London: Macmillan, 1944); Philip H. Wicksteed, *The Commnon Sense of Political Economy: Including a Study of the Human Basis of Economic Law* (London: Macmillan, 1910).

620. Ludwig von Mises, *Human Action* (1949; Indianapolis, IN: Liberty Fund, 2010), p. 885.